Vicente Luis Mora
Circular 22

Galaxia Gutenberg

CIRCULAR 22

VICENTE LUIS MORA

VICENTE LUIS MORA

Circular 22

Edición de
Monika Sobołewska

Galaxia Gutenberg

VICENTE LUIS MORA

© Virginia Aguilar

(Córdoba, 1970) es escritor, crítico literario y profesor. Sus últimos libros son las novelas *Fred Cabeza de Vaca* (Sexto Piso, 2017) y *Centroeuropa* (Galaxia Gutenberg, 2020), el libro de poemas *Mecánica* (Hiperión, 2021) y el ensayo *La huida de la imaginación* (Pre-Textos, 2019). También ha practicado el monólogo teatral, el *hoax* (*Quimera* 322, 2010), la literatura digital y hace crítica en su blog *Diario de lecturas*

(http://vicenteluismora.blogspot.com)

Circular 22 cierra la obra en marcha comenzada por Vicente Luis Mora a finales de los noventa. Esta «novela total» (Eloy Fernández Porta), que también ha sido definida como «ciudad mundo» (Alice Pantel) o «rizoma textual» (Marco Kunz), es un proyecto literario multigenérico, cuyas piezas —que pueden leerse en cualquier orden— se han multiplicado para esta versión definitiva. Desde su inicial ubicación en Madrid, con el paso de las décadas se ha expandido a Europa y América, ofreciendo ahora una sección ambientada en el norte de África.

Polifónico y abierto, *Circular 22* es un laboratorio donde se mezclan y funden toda suerte de géneros, estilos, personajes, voces, tradiciones e historias, permitiendo leer la crisis del sujeto contemporáneo, de su entorno urbano como condicionante vital y del nomadismo (cultural o real) como horizonte estético. Esta obra en marcha, desarrollada durante un cuarto de siglo, toma la Tierra como espacio y la convierte en campo de escritura para expresar las angustias contemporáneas, el espesor de la vida, la luz salvaje de lo

fantástico, lo real y lo irreal, lo posible y lo imposible.

Todas las imágenes, salvo indicación expresa, son del autor.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2022

© Vicente-Luis Mora, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022
Imagen de portada: Fernando M. Romero

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-18807-98-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A Virginia

INTRODUCCIÓN

MONIKA SOBOŁEWSKA
UNIWERSYTET ŁÓDZKI

Para no añadir demasiadas palabras que retrasen el acceso del lector a su verdadero objetivo, el texto de *Circular 22*, sólo quiero ahora apuntar algunas ideas, remitiéndome al «Epílogo crítico» final para cuestiones más teóricas. Mi labor se ha limitado a editar el ingente manuscrito original de la obra en marcha o *work in progress* de Vicente Luis Mora, así como bucear por su archivo personal, ubicado en el sótano de una pajarería malagueña, en busca de variaciones de las distintas piezas del proyecto. Aunque el autor deseaba publicar una versión más reducida, he decidido incluir algunas prosas, ensayos y poemas que él había descartado, apoyándose en una «esencialidad» que, a mi juicio, no casa demasiado con la idea de un libro-mundo como éste.

A lo largo del volumen he introducido algunas notas cuando las he creído estrictamente indispensables, pero querría aclarar de forma telegráfica algunas líneas de fuerza de *Circular*:

1. Mora comenzó a escribir el libro en 1998, en fichas blancas de tamaño cuartilla, con la idea de que ninguna de las piezas incluidas superase la extensión de una ficha por las dos caras, aunque el desarrollo posterior del libro, como se verá, ha flexibilizado esa suerte de métrica. Lo que presentamos al lector, por tanto, es el resultado final de un proyecto de escritura —continua y discontinua al mismo tiempo— de un cuarto de siglo de duración.

2. Como se aclara más adelante, los textos de *Circular* se «congelan» cronológicamente una vez escritos y no admiten retoques semánticos *a posteriori*, de modo que podrán leerse cuentos con referencias a pesetas o *pelas*, personajes de época, «buscas» de localización, establecimientos o pintadas que ya no existen, números de habitantes de una población en un año concreto, etcétera, así como menciones de palabras, jergas, marcas u objetos hoy difíciles de localizar o conseguir —e incluso arduas de entender para *millennials* o

milénicos como quien esto firma—. El autor me ha pedido que no explique las referencias, dejando que hablen «a sus naturales destinatarios de edad, o a las personas afines a sus intereses». Creo que esta decisión forma parte de esa extraña teoría de Mora sobre los «derechos de los textos» que se menciona en alguna parte de este libro.

3. Después de leer *Circular* varias veces, además de los trabajos académicos publicados sobre la obra en marcha, sigo sin ser capaz de definir su género. Algunos autores han hablado de «novela difusa», o de «novela total», pero su demarcación genérica, sobre todo tras la inclusión en esta entrega de una nueva parte, *Derb*, dotada de su propia especificidad, sigue siendo problemática. Para Mora, a quien he preguntado varias veces sobre el particular, es una cuestión que no reviste el menor interés.

4. El autor sigue sin plegarse, como es su costumbre, a las normas de la Ortografía publicada por la RAE en 2014, criterio que respetamos, aunque no lo entendemos.

5. Respecto a las versiones de 2003 y 2007, ésta de 2022 añade un 60% de material inédito y recoge el proyecto concluido en su totalidad.

6. Como el propio autor aclara en su prefacio, el carácter «madrileño» original del proyecto ha quedado superado por una «mundialización» que nada tiene que ver ni con un anacrónico cosmopolitismo ni tampoco con la globalización económica, situándose más bien en la línea de una «ciudadanía mundial», a la que apunta una cita de Kant que leerán dentro de pocas páginas. La sección final, *Derb*, parece la puerta a un modo más amplio de comprensión de lo humano, de lo geográfico o, incluso, de la realidad literaturizable. Aunque Mora rechaza la adscripción de *Circular 22* a una *Weltliteratur* goethiana, algo me dice que tras su aparente y algo forzada humildad puede existir un propósito de similares y desaforadas ambiciones.

Por último, quiero agradecer al autor su confianza en mi persona, gentilmente depositada desde las primeras entrevistas que le realicé en el marco de mi tesis doctoral, *Modalności anti-postmodernizmu. Szkiców z Vicente Luis Mora* (2018), presentada en la Uniwersytet Łódzki. También quiero agradecer al editor Joan Tarrida su apuesta por una investigadora joven y todavía inexperta, como yo, a la hora de editar un proyecto literario tan complejo como éste, con la esperanza de no haberlo defraudado.

Łódzki, Polonia, junio de 2022

PRÓLOGO

JAVIER FERNÁNDEZ
Escritor

Tengo tantos recuerdos y emociones asociados a *Circular* que no caben en este prólogo. Pero me ha pedido Vicente tiernamente que figure mi nombre en los prolegómenos de la nueva versión de su obra en marcha, cosa que le agradezco, así que iré rescatando a vuelapluma algunos de ellos.

Para empezar, declaro mi enorme cariño por *Circular* y que lo siento algo menos que un libro propio y mucho más que un libro ajeno. Me mueven motivos personales, como el hecho de que lo haya editado dos veces, y, por editar, no me refiero simplemente a publicarlo, o sea, a invertir mi dinero (que también), sino que he intervenido a un nivel profundo en su cocción, desde antes de la propia materialización de las ideas y textos que lo componen. Es el fruto de una época de formación, en la que Vicente y yo actuábamos como uña y carne, y responde, en buena parte, a inquietudes que nos movían entonces y que nos siguen moviendo, ahora en la distancia; un trabajo común y unas experiencias compartidas que también generaron, por ejemplo, mi libro objeto *Casa abierta*. Quiero decir con esto, que conozco la tramoya de *Circular*, poseo una perspectiva íntima y privilegiada y, mira tú qué cosas, resulta que un simulacro mío es personaje (quizá el secundario más recurrente) del libro, de modo que se podría decir que hasta lo habito. Pero esto no va de mí, sino de *Circular*, así que centrémonos en asuntos que les interesará más saber.

En la segunda mitad de la década de los noventa, Vicente y yo manteníamos largas charlas e intercambios literarios en su piso, generalmente los sábados por la tarde, en los descansos de su absorbente estudio para las oposiciones de judicatura. Nos habíamos conocido porque puse en marcha un proyecto editorial universitario, con el que le publiqué su primer pliego de poemas, *El dios humano*, después de una severa corrección, pero fueron aquellas reuniones las

que cimentaron nuestra amistad. Intercambiábamos ideas, textos propios y ajenos, reflexionábamos en voz alta sobre los elementos de la escritura (a menudo, los llamábamos materiales) y la estructura de las obras literarias (que también denominábamos construcciones), mientras diseñábamos unos sistemas que relacionasen las distintas líneas de trabajo en las que andábamos por aquel entonces (una especie de plan de ordenación urbana, metafóricamente hablando).

Habíamos pasado de la lectura de los clásicos a la observación atenta de ciertos posmodernos, y nos interesaban particularmente mecanismos como la fragmentación y la intertextualidad. Vicente era y sigue siendo un estudioso compulsivo de la literatura y yo era y sigo siendo un enamorado (obsesionado es otra palabra válida) del cómic, y recuerdo haber llevado a una de nuestras citas tres textos de apoyo escritos por Don McGregor para la segunda parte de *Detectives Inc.*, la que tiene dibujos impresos directamente de los lápices de Gene Colan, y haber probado a leerlos seguidos en diverso orden, comparando el sentido que generaba cada lectura, como si se tratase de relatos distintos hechos con las mismas piezas. Y recuerdo también la vez que fuimos invitados a la Facultad de Arquitectura de Granada a hablar de nuestra (incipiente) escritura y proyectamos varias viñetas del *Daredevil* de Frank Miller para explicar cómo, de ellas, se derivan los bloques de palabras que forman mi relato «Hombre sin miedo», además de otros ejemplos del uso de la página como área física en la que se construye, ordena y dibuja el texto (por ejemplo, *Un coup de dés*, de Mallarmé). Me sirven estos ejemplos para denotar que ensayábamos continuamente con la forma y el contenido.

Del mismo modo que una novela gráfica se compone de elementos aislados, en un flujo discontinuo que conforma un argumento continuo, libros misceláneos como *Atlas* o *Teatro de signos/ Transparencias* (y conste que no cito a Borges o a Octavio Paz por casualidad) trascendían para nosotros su naturaleza antológica para convertirse en obras con un discurso interpretable. (Si me permiten la digresión, les revelaré que Vicente me regaló el volumen reversible de Paz, habiéndolo anotado a mano, de tal modo que sus notas buscan y subrayan el «argumento» del libro.) Y esto nos hacía pensar en palabras como ordenación y ensamblaje. No es casualidad que nuestro primer proyecto creativo conjunto, *El ansia de felicidad*, esté compuesto de teselas.

También *Circular*, a su manera, es una reunión de teselas que dibuja un solo mosaico. Una reunión orgánica, que crece libremente (quizá no tanto como *El ansia de felicidad*, cuya naturaleza es más caótica), como crecían los planos del metro de Madrid que entonces coleccionábamos. A comienzos de 1998, yo me trasladé a vivir a Madrid y Vicente comenzó a escribir *Circular*, en otra suerte de

mudanza a (la idea de) Madrid. Por fuerza, nuestras reuniones se volvieron esporádicas, aunque la comunicación, sobre todo por parte de Vicente, siguió siendo intensa. Me escribía cartas casi todas las semanas, y en ellas me enviaba poemas, citas, microrrelatos, postales, recortes de prensa y me daba noticias de un nuevo proyecto, resultado de la experimentación y las investigaciones que habíamos ido poniendo sobre la mesa. Cuando tuvo algo así como un borrador (aún delgado e incompleto), me lo dio a leer y ahí comenzó propiamente mi labor como editor del libro. Un fin de semana que fui a Córdoba y volvimos a reunirnos en su casa, le dije que *Retablo* me parecía un título nefasto y le sugerí que *Circular*, palabra y concepto que se repetían a lo largo del original, era más adecuado.

Cinco años más tarde, en 2003, *Circular*, por empeño propio, fue la primera publicación de la editorial Plurabelle, continuación del proyecto universitario antes citado, que fundé con Francisco Lira y Juan Martínez a mi regreso a Córdoba. Para entonces, la obra tenía ya tres partes definidas: «Las afueras», «Paseo» y «Centro», con el nombre de mi primera novela entre el título del primer poemario de Pablo García Casado y el fragmento de un verso de Octavio Paz (amén de una de las entradas más sugestivas del *Diccionario de símbolos* de Cirlot; otra referencia que no traigo a colación porque sí). Me encargué personalmente de la maqueta (que corregí con René Palacios More), a menudo con Vicente sentado a mi lado en la oficina. Fue un proceso de lo más creativo que consistió en trasladar a la lógica editorial los juegos visuales del borrador. Nos preocupaba que el resultado fuese limpio y elegante y hubo que hallar nuevas soluciones, de todo tipo, a lo largo del camino. (Llegué incluso a escribir uno de los textos de *Circular*, pero, conociéndolo como lo conozco, dudo que Vicente recuerde cuál es.)

Para la cubierta de aquella primera edición, me pidió que usásemos alguna clase de círculo o forma circular y se me ocurrió que, en notación científica, la circularidad sirve para expresar la repetición. De modo que me decanté por repetir una serie de fragmentos (más teselas) del cartel de la exposición «Esplendor y miseria de la Metrópolis», de mi amigo el ilustrador e historietista Raúl (Fernández Calleja), concretamente tres, los que, en mi opinión, mejor representaban tres aspectos capitales de *Circular*: la relación de pareja, la comunicación (o la falta de ella) y la soledad (esto último se dejó para la cuarta de cubierta y es también una metáfora de la propia soledad del autor). Además, la alteración en el orden de los fragmentos en la segunda fila de la portada sirvió para mostrar la entropía de todo sistema, el ritmo y el nerviosismo, más cuestiones inherentes al libro.

En 2007, en medio de la vorágine que fue la editorial Berenice,

una prolongación de Plurabelle, quise reeditar *Circular* en nuestra colección *Nova* (llamada como un poemario de Vicente que se había titulado *Supernova* hasta que aceptó mi sugerencia de eliminar el prefijo, y detrás de esto hay una anécdota divertida de la que no corresponde hablar hoy), pero el libro había seguido creciendo y creciendo y su volumen llevaba los gastos por encima de lo que era, para nosotros, aconsejable. En una reunión con el equipo editorial de Berenice (básicamente, la editora Ana Belén Ramos y el corrector Luis Gámez), se propuso segmentar el libro en las tres partes que todavía lo conformaban y ofrecer a los lectores tres volúmenes en lugar de uno solo. Vicente recibió la idea encantado, más aún, se sumó ardientemente a ella, pues le permitía ingeniar hasta tres constructos literarios exentos y materializar así no sólo la discontinuidad o fragmentariedad de la que vengo hablando desde el principio, sino también el concepto mismo de obra en marcha que es *Circular*. Así fue como, en septiembre de 2007, vio la luz la sección *Circular 2007. Las Afueras*, con una nueva cubierta, esta vez de encargo. Por desgracia, o seguramente por suerte, el proyecto se quedó inconcluso cuando, al año siguiente, vendí Berenice y me mudé a México. Y digo por suerte porque *Circular* ha seguido desarrollándose, sin perder su integridad, hasta superar los límites de aquella intentona.

Lo que tienen en sus manos es una obra ambiciosa, colorida y singular, con algo así como alma y vida propias. En algún momento se la etiquetó de miscelánea, aunque pienso que se le ajusta mejor el adjetivo «inclasificable» que aparece en la cuarta de cubierta de su primera edición en Plurabelle. Y si tuviera que atacar hoy su núcleo, que diría Lakatos, seguramente usaría la palabra novela, al menos como punto de partida. También en la contraportada de aquella primera impresión del libro, del que, por cierto, suelo tener un ejemplar a mi alcance allá donde voy (hoy estoy en Zúrich y lo veo en mi estantería), dije de *Circular* que era lo mejor de su autor «hasta la fecha». Han pasado casi veinte años y Vicente ha publicado muchos otros libros, tantos que ya no me atrevería a decir que éste es el mejor. Pero en una cosa me mantengo, de todos ellos, sigue siendo mi favorito.

PREFACIO DE LOS AUTORES

A menudo no aparece la obra en su forma cabal sino con el transcurso de los años.
JOHANN W. VON GOETHE, *Fausto*

Prefiero escribir la crónica pasándola sólo por el ojo y el oído
E. RODRÍGUEZ JULIÁ, *El entierro de Cortijo*

Vine a Madrid porque me dijeron que aquí sería feliz.
MARTÍN RODRÍGUEZ GAONA, *Codex*

A la ciudad, adónde si no.
PETER HANDKE, *La Gran Caída*

Circular, como quedó apuntado en una entrega anterior, nos parece a los sucesivos autores de esta obra una palabra singular y pertinente porque es uno de los raros términos del español que cuenta con tres significados, según sea usada como sustantivo, como verbo o como adjetivo. Las dos primeras versiones de esta *work in progress* abundaban en esa tríada conceptual, aunque el desarrollo del proyecto, por la evolución de mis intereses y la mudanza de mis circunstancias vitales, hace que esta entrega final apele, fundamentalmente, al significado de «circular» como verbo: «Andar o moverse en derredor», según el *Diccionario de la Lengua Española*. Algunas personas nos reprocharon la anacronía del círculo como metáfora unitiva o símbolo englobador. Así era, en efecto; metáforas como el rizoma, la pangea, la sociedad-red o el radicante han sido propuestas como modelos más exactos de mundo. Pero han sido utilizadas hasta el hartazgo, y no siempre proponían —en especial el radicante— algo realmente nuevo. Tras pensarlo mucho, creo que el término *circular* conserva utilidad porque, al ser entendido y usado en esta nueva entrega como verbo y no como adjetivo, no apela ya tanto a un espacio, ni a la idea de esfericidad, sino a una *dinámica*, a un entendimiento de la literatura como trayecto incesante, como

circulación nomádica y como movimiento; propone una mirada de 360º sobre el mundo contemporáneo y apunta al tránsito de lo nominativo a lo verbal, de lo cerrado a lo abierto y de la geometría a la geopolítica.

Hace veinticuatro años que comenzamos a escribir este libro y veintiocho desde que lo concebí, durante un viaje que hice a Madrid para practicar ese deporte tan español, las oposiciones. Durante este cuarto de siglo el libro ha crecido y cambiado, supongo que como los intereses en marcha de sus yoes autoriales. Ésta es la tercera entrega, que cierra el proyecto abierto en 2003 (*Circular*) y en 2007 (*Circular 07. Las afueras*), ambas editadas, en distintos sellos, por mi amigo Javier Fernández, poeta, novelista y cómplice, a quien siempre mostraré infinito agradecimiento por ello. El cambio de editor hacia las generosas manos de Joan Tarrida no es la única variación reseñable. Llevar más de dos décadas escribiendo este libro, que ya ocupa casi la mitad de mi vida, me ha obligado a replantear algunas cuestiones, ya que el tiempo sucede en el cerebro y altera nuestras percepciones, o quizá nosotros mutamos y preferimos acusar al tiempo de la variación. En cualquier caso, técnicas como la autoficción, todavía no manidas en la España de 1998, son desde hace unos años tan convencionales y abundantes que pueden definirse sin temor como pestes o enfermedades infecciosas de nuestra literatura. Esa conciencia y el remedio de algunos errores, detectados tanto por la sana autocrítica como por amigos y reseñistas, invitan a reconstruir el libro, a reformar su perímetro y barrios, a quitar o cambiar calles, a reedificar varias de sus zonas, pasando estructuralmente de lo fragmentario a lo discontinuo. En sus primeras versiones, al ser un *libro-urbe*, construido sobre una ciudad, el texto no hacía más que seguir el patrón de su objeto, y la forma era simple trasunto de la semántica. Aunque sigue tomando Madrid como núcleo central, se despliega hoy como *libromundo*, porque su autor o autores extraterritorializaron su experiencia de vida. El año 2007 me hizo trasterrado o transfronterizo, y *Circular* comenzó a serlo también. Ahora es más africano, más nórdico y más americano, menos sureuropeo. Creo que el cambio ha sido para mejor. Cicerón escribió que los poetas nacidos en Córdoba de su tiempo usaban un latín seboso y estrambótico («pingue quiddan sonantibus, atque peregrinum»); sometido a dieta de lípidos, y por lo tanto libre de grasa sonora, sí espero que este libro pueda ser *peregrinum*, en los dos posibles sentidos del término: raro y nómada.

No sólo mutó el objeto del libro, también el sujeto. He eliminado las cursivas autorreferenciales de las primeras versiones y he desactivado la autoficción de la trama. Si uno de los objetivos del proyecto en sus inicios era la creación de un sujeto autorial —

seguramente porque yo entonces permanecía inédito—, ahora el proceso va dirigido más bien a su progresiva destrucción.

Málaga, marzo de 2022

no termino
de entrar en la ciudad.

MARIANO PEYROU, *Estudio de lo visible*

si acaso
construid ciudades

M. VÁZQUEZ MONTALBÁN, *Ciudad*

Un libro como no me gustan, los desparramados y privados de arquitectura.

S. MALLARMÉ, *Fragmentos sobre el Libro*

—¿Qué haremos entonces?
—Fundar una ciudad.

ARISTÓFANES, *Las aves*

PLAYAS DE MÁLAGA

No salía tan temprano del cortijo desde 1955, cuando fueron a buscar a la yegua perdida, esa misma que ahora les mira, tuerta, mientras mastica el pasto reseco y ahuyenta las moscas con el rabo cortado. Su padre considera que ha llegado el momento. Tienes que verlo con tus ojos, ya vas teniendo edad de saber del mundo. Así que aprovechemos para salir, antes de que don Gonzalo se arrepienta de habernos dado permiso. El chico aprieta con fuerza el cayado, la mitad de ancho y tres veces menos gastado que el de su padre. Las ovejas se apartan, dejándoles ver la tira de polvo y gravilla que apunta hacia el sur, cuyo final no pueden ver. Gracias, padre, responde el chico, he oído tantas cosas que me puede la curiosidad. ¿Y es tan grande como dicen? El padre sonríe entre los dientes mellados, No te lo puedes ni imaginar. Tan grande como el cielo que nos cubre. Puedes cansarte los ojos mirando y ni por ésas llegas a ver el fin. El chico abre mucho los ojos, intentando procesar las magnitudes.

Paran tres horas después, sudorosos, para mascar una cecina tan dura como la corteza del olivo que les protege del calor. Beben de un pellejo de vino barato. ¿Cuánto falta, padre? El padre mira al sol entrenublado. Con un poco de suerte, si no hay quien nos distraiga por los Montes, llegaremos antes de la noche. Las chicharras rasgan el mediodía. El polvo llega a lomos de olas de aire hirviente y se adhiere a sus pieles.

El padre camina delante; el chico, tarareando una copla antigua, va unos pasos atrás; sus dedos salen como espartos de la punta del zapato roto, rojos, y algo de sangre mana de las pequeñas heridas. Pero no se queja, enmudece con tal de llegar sin tardanza al destino deseado, a eso que es más grande que todo, *eso* que sólo han visto algunas personas de los alrededores del cortijo —entre ellas, por supuesto, los señores—. Es más grande que tu idea de «grande», Manuel, le dijo la señora, que fue quien le metió el veneno de ir hasta la costa. No entenderás las dimensiones del mundo hasta que estés delante y te des cuenta de que no podrás abarcar de un vistazo el panorama. ¿Cómo podía ser eso posible? No hay nada tan grande, piensa el chico, hasta el campo entero puede verse de un golpe.

La noche se acerca, pero el padre percibe, o cree percibir, un olor

acre, inimaginable en medio de los campos. No puede ser salitre, estamos aún un poco lejos, se dice, para no sacar al chico de sus pensamientos. Se pasa un pañuelo embarrado por la cara y bebe agua. Media hora después, están a media cuesta. Tras esa elevación, donde acaba la loma, ya será posible verlo. Desde ahí el niño podrá ver el panorama que va a dinamitar su percepción, su idea del mundo, para siempre. Divisará aquello de lo que sólo ha oído hablar, como si fuera un mito o una leyenda: algo tan grande que parece de otro planeta.

Chico, dice el padre a su hijo, tomándolo de los hombros. Los dos quietos, cara a cara. Ahí lo tienes. Ahí, al final de esa cuesta ya puede verse, ahí te espera. El chico mira hacia la cima de la loma. A su espalda, los empinados montes, como espinazos de animales gigantes. Abajo, sus pies arrasados. Encima, el cielo. Apenas puede respirar. Gotas de sudor terroso caen por su frente. Va dando pasos cortos, sintiendo el retumbar de su corazón. Está ahí detrás, lo percibe, nota la inmensidad, el viento le trae el olor a salitre, siente el vacío que precede al espacio incomprensible. Se marea, se acerca. Sólo quedan un par de pasos, dos zancadas y ya está. El chico se asoma.

Frente a él, lo que esperaba, aquello más inmenso que lo imaginable, más enorme que lo enorme, lo inconcebible, llenando de golpe sus ojos, su cerebro, sus esperanzas, su idea de grandeza.

La ciudad.

CIRCULAR

[OBRA EN MARCHA]

Circular. Plurabelle, Córdoba, 2003

Circular 07. Berenice, Córdoba, 2007

Circular 22. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2022

Se ve qué género de metamorfosis de fuga puede designarse como *circular*. Todo sucede en un lugar. Cada metamorfosis es un intento de evadirse en otra figura, por así decir, en otra dirección […]

ELÍAS CANETTI, *Masa y poder*

Es su imborrable esperanza en el destino la de poder andar una vez más el círculo.

HERMANN BROCH, *La muerte de Virgilio*

¿Cabría aceptar como dogma de fe la idea de que cada una de las almas que moran en San Francisco está representada por una calle concreta de dicha ciudad?

WILLIAM T. VOLLMANN, *La familia real*

En este sentido, la obra más resueltamente fragmentaria puede ser perfectamente presentada como la Obra total […]. La mayoría de los métodos modernos para hacer proliferar las series o para hacer crecer una multiplicidad son perfectamente válidos en una dirección, por ejemplo lineal, mientras que una unidad de totalización se afirma tanto más en otra dirección, la de un círculo o un ciclo.

GILLES DELEUZE Y FÉLIX GUATTARI, *Rizoma*

Les damos pues, una calurosa bienvenida a Madrid, ciudad

contemporánea.

Catálogo ARCO'07

Su paisaje está compuesto de un enorme número de ficciones […] Me refiero a ficciones como TV, radio, política, prensa y publicidad. La vida es una enorme novela. Hoy, cuando los elementos de ficción han sobrepasado la realidad, la tarea más importante del arte consiste cada vez más en aislar los elementos reales en el goulash de ficciones de los irreales.

J. G. BALLARD

Como me dijo un orientador una vez […] «te gusta la basura, porque te recuerda a ti».

MARK DANIELEWSKI, *House of Leaves*

I will go lose myself
And wander up and down to view the city

WILLIAM SHAKESPEARE, *The Comedy of Errors*

I'll use the whole city to kill you.

Daredevil, nº 170

The game is out there.

DAVID SIMON, *The Wire*

I

LAS AFUERAS

Hablemos del afuera,
hablemos sólo del afuera

EDUARDO MILÁN

No hay fin ni tampoco principio: todo es centro

OCTAVIO PAZ

Estar en las afueras también es estar dentro

PABLO GARCÍA CASADO

METROPOLITANO. LÍNEA 6, CIRCULAR

[…] el desplazamiento de su cuerpo de una estación a otra, a través de todos los pasajes intermedios

MICHEL BUTOR, *La modificación*

—María, voy a comprar aire.

Cerró antes de escuchar la respuesta que salía, tropezando con los muros, del dormitorio del fondo. La calle estaba desierta, húmeda aún tras la reciente lluvia. Los puntos luminosos de los faros se estiraban centenares de metros sobre el asfalto anunciando el coche que llegaba.

Caminó sin dirección alguna, lo que en Madrid lleva, tarde o temprano, a la calle de Alcalá. De una rejilla del suelo le llegó un ruido atronador y una súbita y caliente ráfaga de aire. Dedujo que el convoy del metro estaba frenando. Al doblar una esquina, reconoció el hierro negro y el rombo rojo anunciando la puerta de entrada. Pagó el tique en la máquina expendedora. No había nadie. Dos líneas, una de ellas gris, que eligió sin pensar, o casi. Esperando en el andén calculó que sería cerca de la una de la mañana. Ignoraba a qué hora cierran el metro. Había oído a veces extrañas historias sobre la línea Circular, que era la que había elegido. Y no las había oído una vez, sino varias. El metro Circular, decían, sigue recorriendo Madrid de noche cuando cierran las puertas y cesa el servicio. Pero qué dices, tío. Lo que oyes, te juro que me lo ha dicho mi colega Andrés, que trabajó en la línea roja unos meses. Ése era el rumor: el Circular viaja toda la noche, sin viajeros a bordo. El Circular no se detiene.

Llegó un tren silencioso y bastante lento. El conductor masticaba un bocadillo y frenaba con la mano libre. No había nadie en los tres primeros vagones, y se metió en el cuarto, también vacío. No se molestó en mirar los demás. Era la una y diez de la mañana.

Tres estaciones más tarde, sin haber visto a nadie en los andenes, sin movimiento perceptible en las estaciones, sin apertura de puertas en las paradas, entró un hombre en su vagón. El hombre lo miró, dudó, se volvió en la dirección contaria, se giró de nuevo y lo enfiló al

fin.

—Inspección. ¿Puede enseñarme su billete?

—¿Mi billete?

—Sí. He visto en la pantalla cómo lo sacaba, así que debe de llevarlo encima. No pasa nada, pero son las normas. Tengo que inspeccionar.

—Claro.

Buscaba el billete por todos los bolsillos.

—Pero, ¿es usted inspector? No lo parece.

—…

—… No sé, no quiero decir que no lo sea, sólo que no tiene usted placa, ni esa agenda electrónica, o lo que sea, que llevan los inspectores, ni la maquinita para los billetes…

—Ahora no estoy de servicio.

Había encontrado el billete y lo extendía con pasmo.

—Pero…

—Gracias.

—Si no está de servicio, ¿por qué me pide el billete?

—Soy el inspector.

—…

—¿Cuál es su destino?

—Pues… no lo sé… me he montado sin pensar.

—Pero sabrá dónde va.

—No, no lo sé, es lo que trato de explicarle.

—Se lo preguntaré de otra forma. ¿En qué parada se baja?

—Creo que en la última.

—Éste es el metro Circular. Aquí no hay últimas paradas, ni paradas intermedias. Se trata sólo de seguir un círculo, siempre.

—…

—¿Y bien?

—… Entonces, ése es el destino, supongo.

—Perfecto, todo en orden. ¿Puedo sentarme con usted?

—Como quiera.

Pasaron cuatro estaciones más. Permanecieron callados, mirando al frente; leían los insulsos anuncios, enumeraban en silencio las advertencias de no fumar, entren y salgan rápidamente, diez mil cámaras velan por su seguridad, salida, estación en curva…

—¿Cómo ha dicho que se llama?

Miró el reloj diecisiete estaciones más allá. No podía saber si había dado ya la vuelta completa a Madrid. Cada diez minutos, más o menos, se cruzaban con otro coche en sentido opuesto, vacío por completo. Cada setenta minutos coincidían con él en una parada.

—Son más de las dos de la mañana.

—Es cierto, sí.

—Me llamo Rodolfo.

—Yo Atanasio, encantado.

—El servicio…

—Termina a la una.

—…

—La noche será larga. ¿Ha traído algo de comer?

—No. No tenía idea…

—Ya, no se preocupe. Juan, el maquinista, siempre deja algo por ahí; espero que antes de irse no se lo haya comido todo.

—¿Antes… antes de irse?

—Sí.

El inspector se levanta en dirección a la puerta. En la siguiente parada sale y vuelve al rato con una bolsa blanca de plástico.

—Pero…

—Juan se fue a la una y media, como siempre, y ha dejado un bocadillo.

—Pero entonces… ¿quién conduce?

A las tres de la mañana habían recorrido casi ochenta estaciones. En las paradas, la luz iluminaba los cristales como una pantalla de televisión, con el mismo programa repetido, una carta de ajuste horizontal. En los tramos de túnel y oscuridad la pantalla se convertía en espejo y se veían a sí mismos, sentados, mirando.

—Bueno, tendré que explicarle sus funciones.

—¿Mis funciones?

—Sí, claro. No se preocupe, es sencillo. Abrimos a las seis y media. No hay en realidad gente, lo que se dice gente, hasta media hora después. Desde entonces sólo hay que esperar, pacientemente, a que el reloj marque la una y media de la noche de nuevo. Ahí comienza la vida. Y al día siguiente, pues igual.

—Suena bien.

—Durante el día podremos viajar a veces juntos, sobre todo en horas punta. La jefatura no lo ve mal; cree que incrementa la sensación de seguridad en los viajeros.

—Por la noche tendré que viajar en coches que vayan en sentido contrario, ¿no?

—Sí.

—…

—Pero ya sabe, cada hora podremos charlar un rato y pasarnos comida. Además, nunca lo había pensado hasta ahora, podemos dejar pasar un par de trenes y cenar juntos.

—Ah, fantástico.

Uno de los fluorescentes del techo comenzó a parpadear en Carpetana y se fundió en Ciudad Universitaria.

—Yo llegué hace diez años. No tuve la suerte de usted; tuve que

entenderlo todo solo. Ahora irán mejor las cosas. Créame que ya hacía falta un segundo inspector. Hay que tener mucho cuidado por la noche. Ya verá, ya.

Cuatro y media, cinco y media, seis y cuarto. Se bajaron en Usera y en un almacén le enseñó su nuevo uniforme reglamentario. Sonreían.

—Bienvenido a Circular.

HOSPITAL PRIMERO DE OCTUBRE. MATERNIDAD[1]

Salgo del metro al día

MIGUEL CASADO

Madrid se extiende como una pesadilla hacia el infinito de la noche, renaciéndose tras lomas y veredas y cuestas y prados y extensiones; surgiendo a pesar del tiempo que intenta derribarla y la entroniza. Madrid está viva, Madrid crece y se desgañita contra la meseta abierta, hacia los montes, hacia el cielo, hacia el centro y el abismo; Madrid, cegada, helada, errada y encerrada por las calles que tropiezan con las calles, los pisos que se topan con los pisos, los hombres que se chocan con los hombres; Madrid: una y muchas, como un tejido de asfalto hilvanado por un sastre ciego.

RABAT, MARRUECOS

Recuerdo que en Bremen la gente se parecía, era intercambiable; en Estocolmo, por el contrario, todos llenaban su ropa o su apariencia de detalles, complementos y pormenores que los hacían únicos, imposibles de confundir con otros.

En Roma las personas te decían con su ropa *yo soy diferente, soy mejor*; en París, gritaban con su aspecto *tú eres peor, extranjero, no tienes clase*.

Aquí en Rabat la gente, por lo común de atuendo multicolor, está dispuesta, incluso corporalmente, a la interacción, se giran hacia ti por si quieres conversar; te miran, escuchan tus palabras por si tienen algo que añadir.

En Nueva York, lo recuerdo bien, embutidos en sus abrigos-coraza, todos te veían llegar a la cafetería y parecían rezar por lo bajo: *que no me mire, que no me hable, que no me toque, que se desvanezca entre la nada.*

CALLE FUENGIROLA

Tan sólo la tensión concéntrica manifiesta su afinidad interior con el círculo

VASSILY KANDINSKY

Toma un mapa de Madrid de tamaño medio. Se sienta a la mesa camilla, coge cuatro rotuladores: uno gris, uno amarillo, uno azul y otro verde. Sobre las calles señala primero con el verde el recorrido del autobús Circular; el del Metro Circular con el gris. Con el amarillo subraya todo el recorrido de la M-30; por último, con el azul, hace lo propio con la M-40. Después remarca con un lápiz negro las principales calles longitudinales y horizontales. Se separa un poco del mapa y lo observa de lejos. Lo que él pensaba. Una telaraña.

POBLADO DE CANILLAS

Lo que más llama la atención es su expresión de infinita tristeza. Su cuerpo, que se mueve mecánicamente, no lo acusa; expresión y cuerpo parecen de mujeres diferentes. Se vuelve con frecuencia hacia atrás. La tristeza después de cada giro es insoportable. Durante cien metros se vuelve cuatro veces. Nadie la sigue.

LOS ÁNGELES, 2015

CALLE COSMOS

Hierve el calor en el patio de luz

saco al balcón la silla y el cuaderno

los vecinos que quieren
salir en el libro

se asoman a la ventana.

BENICÀSSIM, ALICANTE

De ninguna manera, no quiero oír más historias tuyas, siempre te las inventas, eres un mentirNo, Jaime, espera, déjame que te la cuente, esta vez es de verdad, parece increíble, sí, pero te juro que es cierta; cuando empiece serás consciente de que es demasiado inverosímil para inventarla; todo comenzó hace unos meses, pero debido al contrato no he podido soltar prenda hasta ahora, no te imaginas el alivio de poder desahogarme con alguien. Lo primero fue la llamada, que me asustó porque, ¿quién llama por temas de trabajo a las diez de la noche? Me invitaron a una entrevista laboral que tendría lugar al día siguiente, en ya sabes qué hotel, lo que me hizo mucha ilusión pensando en el desayuno, con lo que me gusta un bufé, nada me atrae más que la diversidad de estímulos y tuve suerte, porque me invitaron a desayunar, y también al almuerzo, y casi a la merienda, ya que la reunión con Klaus, el millonario, se alargó durante casi ocho horas, hasta que llegamos a un acuerdo y se firmó el contrato. Pensarás que Klaus es alemán o austriaco, o acaso suizo o luxemburgués, pero no, es tan español como tú y como yo; desciende de uno de los primeros impresores alemanes itinerantes que se establecieron en Madrid, Salamanca o Valladolid a principios del siglo XVI, yendo de acá para allá, entre sínodos y cortes, para imprimir pliegos, pragmáticas y poemas en octavo. Klaus es el último descendiente de esa estirpe de varones y mujeres con brazos moteados de tinta o llagas causadas por el plomo de las linotipias, que durante generaciones se han dedicado a la edición de libros, sobre todo jurídicos, aunque su fortuna ha venido más bien de la impresión de libros de texto para oposiciones; ya es curioso, me dijo en un aparte, que en un país tan complaciente con el poder de turno sea la oposición el salvoconducto profesional más anhelado por sus vástagos, pero voy al grano, lo que no podía contarte era la oferta que me hizo, agárrate, Jaime, que viene lo que me espetó: te he convocado a esta reunión, Gonzalo, para hacerte la siguiente oferta: te pagaré 1.250.000 euros por escribir una novela solamente para mí, una obra de ficción narrativa que sólo yo podré leer, y que será escrita con una serie de condiciones, que vienen detalladas en este contrato, de las cuales te anticipo algunas: la obra será redactada por entero en un

anejo a mi chalet, recién terminado de construir, en una especie de estudio al que sólo se accede a través de la habitación de control del vigilante jurado, que te monitorizará a través de cámaras en todo momento; a ese estudio tendrás que entrar cada día completamente desnudo, o como mucho en calzoncillos o bañador, según prefieras, para que mi equipo y yo nos aseguremos de que no introduces nada en la habitación ni extraes nada de ella; puedes vivir allí, pues está dotada de cama y cuarto de baño, o puedes venir todos los días en un vehículo con chófer que pondré a tu servicio; no podrás escribir nada fuera del estudio ni llevarte nada de lo escrito en él; puedes entrar y salir cuando quieras, tanto de día como de noche, cualquier día de la semana, avisando quince minutos antes si necesitas transporte para llegar o para marcharte, bastando con someterte al examen del vigilante y pasar el escáner, tanto al entrar como al salir; debes aceptar ser grabado —salvo en el cuarto de baño— en todo momento por las diversas cámaras ubicadas por todo el espacio; habrá una nevera provista de comida y bebida para alimentar a un elefante de tamaño medio y una cinta mecánica para caminar, por si quieres estirar las piernas; dispondrás de todo tipo de papel, plumas, bolígrafos, lápices, rotuladores, cuadernos y demás útiles de escritura, aunque estarán rigurosamente vedados los ordenadores, teléfonos, tabletas o cualquier otra clase de equipamiento electrónico. Si necesitas algún tipo de dato, documentación temática o fecha, nos la pides y te la buscaremos. Tienes a tu alcance, Gonzalo, una oportunidad única, la de no tener que trabajar en tu vida, si administras bien ese capital, y solamente a cambio de una novela, una novela exclusiva, que sólo leerán mis ojos y que jamás podrás publicar. El único ejemplar llevará tu nombre en la portada, pero nadie tendrá acceso a él, y ningún investigador o crítico pasará sus páginas. La escribes y la olvidas, eso es todo, y con el dinero ya puedes dedicar el resto de tu existencia a escribir más libros, pasear en burro o drogarte, lo que te apetezca. Me encanta lo que has escrito hasta ahora, y quiero que mi despedida del mundo de las impresiones sea un acontecimiento, una obra única, tanto en lo literario como en lo editorial, una joya irrepetible que será a la vez publicación y facsímil, no sé si entiendes lo que digo, pero da igual. Te preguntarás qué gano yo con esto, o, mejor expresado, por qué pierdo tanto con esto, que parece una locura, pero te aseguro que no es ningún disparate. Te lo explico, para contextualizar la situación; todo arranca de unos meses atrás y viene posibilitado por el dinero de mi mujer —yo no soy tan rico como para pagarte de este modo—, que murió hace unos meses, gracias, Gonzalo, por tus condolencias, lo vimos venir desde el primer diagnóstico, hace dos años. Durante su enfermedad Cándida redactó su testamento, en completo secreto, y sólo me

adelantó que habría una sorpresa, algo que después sería para mí un bonito recuerdo, aunque los recuerdos inolvidables son otros, que veo ahora mezclados con tu impresión de extrañeza, sé que piensas que todo esto parece una broma, pero no, fue ella: fue Cándida quien tuvo este gesto de generosidad para contigo, aunque ella apenas te conocía más que de oídas, a mi través, porque tus libros ocupaban siempre mi mesita de noche. Quizá se le ocurrió la idea, por desgracia ya no puedo preguntárselo, una noche ya lejana, en que estábamos los dos en la cama leyendo y dije en voz alta, distraídamente, a este chico deberían pagarle un sueldo por y para escribir, y quizá ella prestó atención y de ahí surgió el legado testamentario que preparó, que decía más o menos así: por esta cláusula particular, quiero cederle a mi amadísimo esposo Klaus la totalidad de mi fortuna, siempre que cumpla una condición suspensiva inexcusable, de cuyo cumplimiento dependerá que pueda reclamar el resto de bienes, fundos, opciones bursátiles y caudales. Tendrá que dedicar 1.250.000 euros —cantidad que he calculado como suficiente para que alguien de menos de treinta años pueda vivir con dignidad una vida— al mecenazgo directo de una sola persona dotada de talento artístico, ya sea musical, plástico o literario, a quien deberá solucionar su existencia para solucionar con creces la suya propia y la de nuestros descendientes. Esta idea del legado con condición suspensiva se me ocurrió al recordar cómo mi madre, al casarse en segundas nupcias, le dijo a mi hermana Julia: querida, recuerda que el dinero no tiene sentido si no es para hacer cosas inesperadas con él, por eso obligué a tu padre a que contratase a nuestro servicio a Flavio, el oficial que se encargaba de cronometrar la duración de los aplausos en La Scala de Milán, pues sabía que ese hombre, que registró durante años las ovaciones tras las arias y óperas, tenía el perfil idóneo para verificar la duración de nuestra alegría tras los coitos, no te hagas la escandalizada, pues Flavio también cronometraba la duración de los tuyos con Ocasio, el jardinero hondureño, a ver si te crees que éramos tontos y no sabíamos nada; por cierto, te comento que el más largo, según nos dijo, fue aquel que Ocasio y tú comenzasteis en la piscina y acabasteis en la pérgola, durante el verano de 2015, no te pongas colorada, Flavio nos dijo que la coyunda había durado casi una hora y que os reísteis mucho, y justo de eso va todo esto, ¿no?, de reír el mayor tiempo posible. Siempre he sabido que el dinero no sirve más que para divertirse, y lo tuve aún más claro cuando tu padre y yo logramos escapar del terremoto en Málaga saliendo del hotel y corriendo como locos hasta la playa, atestada ya de gente presa del pánico, y luego la cojera congénita de tu padre no le permitió huir del subsiguiente tsunami, y me rogaba corre tú, te quiero, corre tú, pobrecito mío, todavía lo echo de menos, y yo venga a correr, qué horror, qué

velocidad del agua, y cuando la onda me alcanzó fue como si un gigante me hubiera alzado por los pies y me hubiera volteado por el aire, di como diez vueltas de campana bajo el agua, chocándome con todo tipo de objetos, pensé que moría allí, envuelta por un líquido terroso que apenas dejaba entrever la luz, y pude sacar la cabeza y alzar la mano, y alguien tiró de ella, y me encontré al borde de un tejado, cuántas veces te habré contado esto, y una mujer que hablaba por teléfono tiró de mí con su brazo libre, y, mientras me ponía a salvo, ella le decía a alguien al otro lado de la línea: sí, tienes que volver a buscarme, esto es un infierno, luego te hago una foto, es como una película apocalíptica donde el mundo está entero bajo el agua; en buen momento se me ocurrió dejarte solo en Albacete y venirme de vacaciones, ahora lo lamento horrores, cariño. A partir de ahora las vacaciones serán siempre contigo, los dos juntos, sin excusas laborales. ¿Recuerdas aquella vez en Castellón, después de robar el último banco, cuando me dijiste que no lo harías más, que lo dejabas? Buah, qué momento más feliz, cómo saltábamos de alegría, siempre pienso en eso cuando estoy triste, como ahora mismo, está usted empapada, señora, apártese del borde del tejado, no vaya a haber una segunda ola. Recuerdo el paseo que nos dimos aquella tarde, prometiéndonos que el dinero procedente de tantos delitos sólo tendría valor si hacíamos con él algo honesto y acertado, y me concediste mi antiguo deseo de abrir la guardería, y anda que no nos ha ido bien desde entonces; a lo mejor no es tan divertido, de acuerdo, pero qué tranquilidad. Acabo de decidir que vamos a abrir también en los Llanos del Águila, hay que seguir expandiendo el negocio. No te preocupes por esta señora, ahora tendré que matarla, porque lo ha oído todo; es una broma, señora, sonría, que ha vuelto a usted a nacer; perdona, Pepe, es que la pobre está muy pálida y llorando, ¡ya sé que no te llamas Pepe, gilipollas!, pero si digo tu verdadero nombre tendría que matarla de verdad, y sería algo incongruente, después de haberla salvado, ella es mi buena acción del año. Sí, ja, ja, es aquello que solía decir tu abuela, la médico, cómo era: no olvides que en esta vida hay que hacer siempre lo preciso; no lo correcto, porque eso lo marcan los demás, sino lo que uno entiende que es lo necesario sin forzar demasiado el límite de lo correcto, Pepito —así te llamabas de chico—; hay que encontrar ese estrecho pasillo entre lo deseado y el enchironamiento, decía tu abuela, y añadía: fíjate en ese chaval del que te hablé el otro día, hoy he leído en el periódico un artículo sobre él, y ahora conozco más detalles; resulta que un millonario iba a pagarle más de un millón de euros por escribir un libro, pero el encargo tenía trampa, esa novela sólo la podría leer él, el ricachón, ¿entiendes, Pepito?, nadie más tendría acceso a la obra, nunca. El chico, tenemos algún libro suyo en casa, tu madre y yo hemos leído

sus novelas, aceptó el encargo, por eso te cuento esta historia, porque eres mi nieto preferido y tienes que aprender, porque al principio el chico escritor dijo que sí, pasó por el aro; es que eran 1.250.000 euros, chacho, hay tardes en la consulta que no hacemos ese dinero, y el chico aceptó y comenzó a planear y tomar notas, siguiendo a rajatabla todos los requisitos delirantes que el empresario le había impuesto, el problema es el que el proyecto no llegó a buen término, el chico no cumplió. Te lo resumo: Gonzalo, que es como se llamaba el chico, pensó al principio que escribiendo cualquier chorrada cumpliría el trámite, y se le ocurrió un argumento estrafalario: a la muerte de un tipo que vivía solo con su loro se descubre que el finado era el último hablante de un dialecto chino, y le había enseñado al loro numerosas expresiones, frases y palabras en esa lengua extinta, por lo que un sinólogo lingüista adopta al loro con la intención de reconstruir en lo posible, gracias al animal, el dialecto perdido. Una parida de argumento, o eso me parece a mí, pero el chico se propuso liquidar su desarrollo lo antes posible, extendiendo la trama de forma mecánica, o eso creía él, pero claro… su mecánica era profunda, su rutina rica, su inconsciente pirotécnico, su dejar ir la pluma era la concentración extrema de otros, su desidia consistía en ser esmeradamente complejo y profesional, porque no conocía más que un modo de crear, y el argumento comenzó a florecer, y los personajes cobraban brillo y detalle, y todo fluía con el ritmo preciso, y un día, sentado a la mesa, vestido únicamente con un bañador de lunares, el chico comprendió con horror que la novela en curso era lo mejor que había escrito hasta entonces, y que posiblemente sería lo mejor que escribiera, que había aparecido un personaje femenino por el que hubiera dado medio cerebro seis meses antes, y se puso a llorar, y paró de escribir, y pidió una reunión con el empresario, y frente a una mesa de caoba larga como una pista de aterrizaje le anunció que rompía el contrato, porque no hay dinero en el mundo que justifique escribir un mal libro, o secuestrar uno bueno, y el acaudalado viudo lo miró con severidad y le respondió que ése había sido el objetivo de toda esa locura, averiguar si era un escritor de verdad, y le dijo que el libro era suyo, que podía llevarse las páginas redactadas y terminarlas en casa, y publicar la novela donde gustase, y que el dinero era suyo también, porque lo que su mujer siempre había querido era premiar con él a un artista íntegro y con talento, y que ahora no le cabía duda de que él lo era, pero por lo menos envíame una copia cuando lo publiques, dijo el empresario, dijo la abuela, dijo la señora del tejado, dijo la madre, dijo la esposa muerta, dijo el millonario, dijo Gonzalo, le dije.

LEGANÉS. CAMINO DE LOS ACENDINOS. TANATORIO PARQUE CEMENTERIO

Pues ellos dicen que llaman *kõmai* a los suburbios de la ciudad […] y que los cómicos son llamados así […] por su vagabuneo por las *kõmai*, despreciados de la ciudad […]

ARISTÓTELES, *Poética*

El señor Miramón me ha citado en este tanatorio, donde trabaja como incinerador. Curioso trabajo. Ahora iremos, me ha dicho, a su casa, para enseñármela por si me interesa alquilarla. Llega tarde, casi a la carrera, tendiéndome la mano desde lejos.

—Perdone el retraso.

—No se preocupe. ¿Un caso raro de resistencia al fuego?

—¿Hace usted bromas con los muertos?

—Disculpe. Yo sólo…

—No, si a mí me encantan, es que no suelo encontrar gente que entienda mis chistes. Por ejemplo: ¿sabe cuánto tarda en arder un hombre gordo?

—…

—Depende de lo que tardemos en meterlo en el horno.

—Es bueno.

—¿Y cuánto tiempo arderá un político?

—…

—Toda la eternidad.

—Ja, ja, ése sí que es bueno.

—Deberíamos ponernos en camino.

—Sí, vamos.

—Lo acerco al piso en coche, está a cinco minutos, verá cómo le gusta. Lo reformé hace dos años. Pase por aquí, hum…, mírelos.

—¿A quiénes?

—A todos ésos que están ahí, esperando. Están deseando largarse. Han venido por compromiso con las familias, pero en realidad les

importa todo una mierda. Lo que piensan en el fondo es: *menos mal que no me ha tocado a mí*. Miran a sus parientes pensando si les importaría que se murieran, y lo primero que piensan es si les habrán mencionado en su testamento.

—…

—Antes esto era distinto, la gente lloraba en los tanatorios. Ahora es rarísimo verlo; los familiares apenas echan un par de lágrimas, pero pienso que lo hacen para que *parezca* que están tristes. No digo que no lo estén, sólo opino que, para que nadie sospeche algo raro, se muestran deliberadamente afectados. Actúan. No me mire así. Es cierto. A nadie le importan ya nada los demás. Y si están muertos, menos.

ROSILLA-LA FUENTECILLA

Se conocieron en la boda de unos primos comunes, hace unos meses, en Alcorcón. Tienen dieciséis años; él vive en el poblado de la Rosilla; ella al norte, en La Fuentecilla. Cada uno en un extremo de Madrid. Conscientes de que iban a verse poco, se les ocurrió una solución para contactar desde sus chabolas. La misma noche de la boda del primo, él se hizo con dos teléfonos móviles: uno, de un pariente que le disgustaba; otro, de un camarero del salón de celebraciones. Ambos habían cometido el error de no borrar de la memoria el número propio. A partir de aquel día, aproximadamente cada cuarenta y ocho horas debían hacerse con un terminal nuevo, llamando apresuradamente al otro para que los números quedaran grabados en la pantalla. El saldo se acababa o el contrato era cancelado más o menos en ese plazo. Y así se iban comunicando. Ella lo tenía más difícil: sólo podía ir al descuido, hurgar furtivamente en los bolsos, pasear centros comerciales. Para él era más fácil: iba corriendo y se los quitaba por la espalda a la gente que caminaba hablando por el móvil en la calle. «Nunca los agarran, los muy capullos. Los cogen como si fueran un canuto», y se reían tartamudeando por la falta de cobertura. Un día hurtaron cada uno por su lado dos móviles de Amena con contrato *dúo* a la pareja que acababa de comprarlos. Una especie de milagro del lumpen, que ellos interpretaron como una señal. Casi diez mil pelas en llamadas, a cinco el minuto, y con tarjeta prepago…; un sueño. Se decidieron a dar un paso adelante. «Ya sé que es jodío, Chaco —dijo ella, enternecida—, pero me gustaría que vinieras a verme.» Él se ilusionó; su sonrisa era un *skyline* neoyorquino. «Mira, voy a salir ahora mismo a la calle y no voy a parar hasta que pille un Nokia 8210; me dan por él mil duros. Con eso tengo guita para cruzar Madrid y verte.» La sonrisa de ella, que él no veía, era un sí blanco tras los rizos negros.

CALLE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Yo uno
en mi centro

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Conozco este dolor

no es una casa hermosa
y es incómodo habitarla
pero es mi casa
la quiero como quiero a mi vejez
futura como adoraré la muerte
que ha de venir
pues son lo único que tengo

soy solamente uno pero soy

mi centro es habitáculo bastante

vosotros sois las afueras.

CALLE TELURIA

Cuéntame la historia más triste que recuerdes. ¿Ahora? ¿Por qué quieres escuchar algo así precisamente ahora? Yo pensaba que íbamos a… *Después. Quiero me cuentes una historia tristísima*. De acuerdo. Hay varias candidatas, porque casi todo es tétrico, pero quizá… Quizá, si me pides que cuente la más triste de todas, no tenga más remedio que elegir la de Claudia. *Claudia*. Sí, Claudia. Era una poeta de mi ciudad de origen, una chica voluntariosa, pero sin demasiada fortuna; tenía algún libro publicado, o a lo mejor se trataba de un cuadernillo o *plaquette*, o puede que fuera un pliego, y además no sé si era de su sola autoría o si lo firmaban varios poetas. La cuestión es que no terminaba de tener éxito: se presentaba a todos los premios, concurría a todas las becas y residencias, enviaba sus inéditos a cuantos poetas mayores o bien colocados se cruzaban en su camino, todo ello sin resultado. A veces nos encontrábamos a Claudia en algún bar, sus largos rizos pelirrojos cayendo como una catarata de sangre hacia la mesa, dentro del círculo piloso una mano y un cuaderno añadiendo obra inédita a la interminable resma de papel ya existente. Claudia no era guapa, tampoco fea, y estuvo con alguno de nosotros. *Contigo*. No, había algo que me alejaba de ella, sin saber exactamente qué. *Mentira*. Que no, en serio, no hicimos nada. Sus relaciones con mis amigos no duraban mucho, apenas dos o tres semanas, hasta que ella insistía en que leyesen su obra completa. A principios de siglo, ese esfuerzo llevaba apenas un par de horas, y acaso merecía la pena, pues Claudia era fogosa e imaginativa en la cama, según contaban; pero en torno a 2008 acostarse con ella implicaba un severo programa de lecturas obligatorias, ríete tú del doctorado más exigente. Su determinación, su deseo de ser poeta a toda costa, la idea obsesiva de publicar y de que su obra fuese conocida, la condición vírica de sus escritos, que siempre llegaban a uno de la forma más insospechada, comenzó a apartarla cada vez más del mundillo literario de la ciudad. Los grupos de escritores, desparramados por los bares como un archipiélago, se cerraban raudos en atolón xenófobo en cuanto su llamarada capilar cruzaba la entrada. Las convocatorias de eventos literarios se hacían por canales en los que estuviese garantizada su ausencia. Algunos actos y ciclos habituales de poesía alteraron el lugar de celebración,

con la esperanza de que ella no diese con el emplazamiento exacto. *Es una historia algo triste, pero…* Espera, no he terminado. A los pocos años, lo recordarás, se disparó el fenómeno de la autoedición; para ella fue una salida y un cambio radical, casi milagroso. Comenzó a gastar todo el dinero que le dejaba su sueldo de psicóloga en editarse sus propios libros, a veces en papel, a veces en digital, casi siempre en ambos formatos al mismo tiempo. Ya no llegaban inéditos a nuestros correos electrónicos, sino encarnados en ediciones digitales cutres, impracticables, maquetadas por un tuerto; nuestros buzones y los de decenas de críticos y poetas de todo el país rebosaban ahora de discretos sobres acolchados, dentro de los cuales se apiñaban los delgados poemarios de Claudia. Ignoro qué respuestas obtuvo con esa estrategia, desde luego yo nunca contesté y me consta que mis amigos tampoco. Lo que sí tengo claro es que se volvió más ambiciosa. Un día nos llamó la atención que anunciase en las redes sociales la presentación de sus *Obras selectas* —un tomazo en edición *pulp* que no cabía en ningún buzón y que obligaba a ir a la oficina de correos a recogerlo—; el gesto era en sí llamativo (autoeditarse y autoantologarse), a lo que se sumaba la locura de que la presentación tendría lugar… en una ciudad estadounidense. Sólo un par de contactos de otras ciudades, que no la conocían, aplaudieron su anuncio y la felicitaron, los demás quedamos perplejos y dándonos codazos virtuales. Tres semanas después, Claudia colgaba algunas fotos donde se la veía leyendo el manuscrito de pie, frente a una pizarra. No se veía público alguno en las fotos, y tampoco había demasiados datos visuales que indicasen la exacta ubicación de la fotografía. Tampoco nos importó mucho. Pero tres meses después, Claudia anunciaba a bombo y platillo su «gira americana»; un tour de presentaciones de su libro, «a causa del gran éxito norteamericano», que incluía diversas ciudades de México y del sur y el este de los Estados Unidos. Se incrementaron los «me gusta» y los corazones en las redes sociales, aumentaron los aplausos y se la veía refulgente, espléndida, con el pelo llameante de felicidad. No te imaginas. Los escritores más jóvenes se peleaban para piropearla y conquistarla. Algún periodista local llegó a publicar algún suelto sobre la noticia. *Vaya*. Sí, vaya; todo había cambiado, hasta tal punto que comenzó a escamarme el asunto. Incluso llegué a hojear las *Obras selectas* de Claudia, por si había aprendido a escribir o a plagiar, pero por desgracia no había sucedido ninguna de las dos cosas. Los versos seguían siendo cursis, falaces, ingenuos, mal medidos, predecibles, burdos, enrarecidos, carentes de ambición, desesperantes. Mes y medio después, al regresar de su viaje, comenzó a subir fotos de su aventura americana, «plagada de éxitos y reconocimientos»; nuevos libros y contratos (autocontratos, se le olvidó añadir) se divisaban en

el horizonte. Los seguidores en las redes aumentaban de forma exponencial, y ahora siempre acudía a los bares acompañada por jóvenes vistosos y delgados, que al besarla en la mejilla semejaban escaladores trepando esa enorme montaña roja que hay en un desierto de Australia. Las fotos de su gira eran casi iguales a aquellas que habíamos visto en su primer viaje a los Estados Unidos: ella, de pie, sola, leyendo su libraco en diversas aulas y estrados, en los que veces aparecía de refilón algún póster, señal o indicación en inglés que parecía atestiguar la veracidad de los eventos. *Lo veo venir*. Claudia tuvo la mala suerte de que una de sus presentaciones había tenido lugar en el Sarah Lawrence College de Nueva York. Allí da clase una amiga mía, profesora asistente desde hace lustros. Le escribí un correo, preguntándole por la presentación de Claudia. Me dijo que no le sonaba de nada, pero que preguntaría en el departamento. Al mediodía siguiente me escribió para relatarme sus indagaciones: no se había realizado ninguna presentación de un libro de poemas, y el único acto organizado durante esos días había sido un seminario titulado «Psicología de la escritura». Mi amiga se había molestado en leer la lista de asistentes matriculados, y entre ellos aparecía una tal «Claudia P., psicóloga y escritora, España». *Entonces…* Me imagino que, en algún momento, antes o después de las charlas a las que asistía, Claudia le pedía a algún compañero de seminario que le hiciese una foto, como si estuviera leyendo para un público, fingiendo que presentaba su libro. *Por favor, no me lo puedo creer*. Si en Nueva York sucedió de ese modo, es natural que la impostura tuviera lugar de la misma forma en todos los demás sitios. Me limité a entrar en la página de la Universidad de Texas donde había hecho su «triunfante presentación» unas fechas antes; la web no difundía ninguna una lectura poética, pero sí se anunciaba el curso «Women, Politics and Pain, a Psychological Perspective». Y ya dejé de buscar. Todo cobraba sentido de pronto. Estuve dando vueltas al asunto varios días. No lo comenté con nadie. No hice bromas al respecto con ningún amigo. Y hubiera podido hacerlo; estaba en mi derecho, porque Claudia estaba tomándole el pelo a todo el mundo y obteniendo una atención (tampoco mucha, la verdad sea dicha), que en realidad correspondía a otros colegas más dotados para la escritura. *Sí, es cierto*. Pero qué quieres que te diga: la imaginé de nuevo sola en todas las mesas, sola en todas las redes, sola en todos los bares, escribiendo en una esquina, sus rizos rojos aislándola del mundo. Y pensé: no hay necesidad. Ella es como nosotros: tiene miedo, quiere que la escuchen, como nosotros, sólo intenta no estar sola, como todos. Así que lo dejé correr. No hice nada, no dije nada. Claudia sigue haciendo una gira americana todos los veranos. Es feliz. Yo también. Y así deben seguir las cosas. Eres la primera persona a la que se lo cuento. *Desnúdate.*

FUENLABRADA. COMISARÍA. ATESTADO POLICIAL

aunque virutas de frentes y de vírgenes ineluctables
otorguen sus fulgores a una charanga de cubos de basura

JUAN LARREA, *Versión celeste*

una ciudad enterrada en su propia basura

JUAN BONILLA, *Los príncipes nubios*

Agentes RYH y ALG, nº 45.2145 y 14.2659
Distrito 5. Madrid, 11 de julio de 2007

Personados el pasado día 10 de julio en el número 24, portal A, de la calle Recolectores, tras ser alertados los agentes por las reiteradas quejas de los vecinos ante el mal olor reinante en el 3º izquierda, propiedad de don V.L.M., y una vez efectuados los dos preavisos reglamentarios, se procedió a forzar la puerta de la citada vivienda, ante la falta de respuesta a nuestras conminaciones de apertura. Dicha operación de forzamiento no pudo realizarse por completo al obstaculizar la entrada enormes bolsas de basura y espuertas colmas de escombros y morralla, que ocupaban el piso junto a otros deshechos, semovientes y residuos hasta la altura de un metro sobre el nivel del suelo, lo que motivó a los agentes a voltear la puerta y extraerla hacia fuera, al efecto de poder penetrar en las dependencias, lo que finalmente se logró de manera harto penosa, por las circunstancias en que aquéllas se encontraban.

Protegidos por máscaras antigás, debido a las intensas evidencias de metano y alcoholes en suspensión, que en cualquier instante podían desencadenar una deflagración, o incluso un estallido, los agentes llevaron a cabo una indagación detallada que, confrontada con las declaraciones tomadas a los testigos y la portera de la finca, viene a confirmar los siguientes hechos: primero, que el citado residente, V.L.M., lleva desde hace lustros, hasta un cuarto de siglo según

algunos testimonios, acumulando todo tipo de materiales dispersos, trastos, objetos arrumbados, detritus orgánicos, restos sacados de la calle, bolsas de basura, archiperres, desperdicios derelictos, ganga, remanentes no identificables, desportilladuras, maquinarias obsoletas, así como diversos bienes hurtados, residuos y liquidaciones de inventario de las más singulares e inimaginables especies. Segundo, que preguntado reiteradamente V.L.M. durante todos esos años por su extraña actitud primero y recriminado por ella después, conforme crecía la alarma de la comunidad, el detenido se negaba a responder o alegaba que la recolección en sí misma era motivo suficiente. A este respecto, creemos conveniente hacer notar que V.L.M., tras contrastar datos apuntados por la portera del inmueble, presenta un cuadro mental confuso, pero en cualquier caso patológico, ya que el registro en su domicilio ha permitido encontrar hasta diez informes psiquiátricos, psicoanalíticos y psicológicos distintos, de varias instituciones médicas, que diagnostican desde dispersión mental hasta psicopatía leve, pasando por trastornos mentales transitorios, motilidad excesiva, desestructuración cerebral, fases cultipicañas, depresiones, celotipia, retraso y síntomas graves de idiocia, afasia, estados místicos, perturbaciones del sueño, episodios de onanismo en público, neurosis atrabiliarias, trastornos obsesivo-compulsivos, glosolalia irrestricta, marcha inversa, síndrome de Diógenes, incontinencia rectal y hasta consta en su historial clínico un diagnóstico de bicefalia, aunque el equipo de análisis de nuestro departamento tiene motivos para pensar que este último informe es inventado, o que ha sufrido alguna perversa manipulación. Tercero: que la citada y larga renuencia a explicar su comportamiento, así como los olores emitidos en los últimos días, no han supuesto merma alguna de la buena consideración del detenido; de hecho, han sido los únicos motivos de queja ante un comportamiento considerado modélico por el resto de la comunidad de propietarios. Preguntado en este sentido, el presidente de la misma, C.S.P., ha confirmado que, aunque V.L.M. no acudía a las reuniones comunitarias, era pagador puntual y jamás hacía objeciones a derramas y acuerdos dispuestos en ellas, cumpliendo de forma minuciosa lo determinado comunalmente; a este tenor y con idéntico respeto han hablado todos los vecinos interrogados del bloque de viviendas, salvo J.L.G.M., vecino del 1º derecha, que siempre ha reprochado a V.L.M. sus excentricidades, acusándolo pública y privadamente de no avenirse a la normalidad establecida. Cuarto: durante el registro se han intervenido y decomisado, por su posible peligro para la salubridad y el orden público, diversos materiales coleccionados por el detenido, como párrafos de escritores experimentales, citas de ciencia y filosofía —consideradas censurables y sin encaje en las colecciones permitidas en

nuestra ciudad—, apuntes tecnológicos, ideas robadas o sacadas de contexto a otros autores y artistas, dos palés de posturas vanguardistas y diez cajas de anticlasicismo, cinco lotes de tradiciones europeas en avanzado estado de descomposición, siete críticos extravagantes, una lavadora con piedras en su interior —destinada, al parecer, al blanqueo de viejas ideas negras—, unos frascos que contenían una larga serie de maestros decimonónicos en formol y veinte tetrabriks de mala leche; del mismo modo, se ha procedido a exterminar una plaga de textos de Jorge Luis Borges que amenazaba con asolar el inmueble, en especial reproducciones en ciclostil de *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, impúdicamente colgadas de los muros medianeros. Quinto: en la última fase del vaciado de la vivienda por los servicios municipales de limpieza, bajo unos cartones de estética alemana y con unos auriculares puestos, se encontró a V.L.M., quien estaba elaborando un largo escrito que definió como el inventario actualizado de todos los deshechos acumulados en su casa; fue detenido inmediatamente y puesto a disposición judicial. A pesar de los reiterados ruegos de que no hablase sin la presencia de su abogado, el susodicho no dejaba de perorar acerca de la libertad de recolección de objetos de las calles, sobre la pertinencia del síndrome de Diógenes en cualquier escritor que se precie y sobre las ventajas de un extraño aparato eléctrico de fines sexuales que aún no hemos identificado. Lo que se hace constar en Madrid, a las 20.35 horas del 11 de julio de 2007, al efecto de unirlo al expediente del atestado.

CASA DE CAMPO

Me pregunté por qué los supermercados nunca estaban presentes en las novelas que se publican

ANNIE ERNAUX, *Mira las luces, amor mío*[2]

Es de noche cerrada. Entra con su coche en el hipermercado que se extiende infinito ante su vista. Viene a hacerse con una crema hidratante. Coge su carrito y se mueve por los largos pasillos, junto a otros muchos varones que pululan entre los inacabables estantes. Recuerda la habitual expresión de burla de sus amigos, cuando vuelve de este tipo de compras. *Claro, ellos pueden reírse. Están casados y no necesitan estas cosas. Pero a mi edad, cualquiera lo entendería, estas cremas comienzan a urgirme. Mi cuerpo y mi aspecto no son los de antes*. Hombres nerviosos y con ojeras se cruzan veloces, con la mirada algo distorsionada y puesta obsesivamente en los productos expuestos. No entiende por qué van tan rápido. *A lo mejor les da vergüenza que los vean haciendo esto*. Creía que los tiempos habían cambiado, pero ahora duda. Siguen las mismas compras, y los mismos nervios. Luego está el problema de las elecciones. Consulta los precios, pregunta, pero no termina de decidirse por un tipo concreto de crema. Para empezar, no sabe si será mejor una extranjera. Lo nacional le resulta más de confianza, más próximo, y las instrucciones serían más comprensibles. Pero, por otro lado, también lo foráneo tiene su exotismo: ha visto cremas italianas, rusas, polacas; pero sin duda, las más atractivas son las tropicales. Una crema de color oscuro le parece tan extravagante como sugerente; sería curioso ver cómo se extiende sobre la piel y desaparece luego sin dejar rastro. Mientras cae en la cuenta de que se le olvidó mirar la farmacia de guardia, observa a través de la ventana: fuera apuntan claras las estrellas. *Debe de ser ya tarde; no pensé que tardaría tanto en elegir*. Se decide por una cubana que vio hace un rato en el mismo estante en que se halla, muchos metros atrás. *No hay por qué complicarse tanto, supongo que más temprano que tarde habrá que volver a comprar*. Mientras da la vuelta con el carro para recoger a la cubana, piensa que no es imposible que otro hombre la haya escogido durante su vacilación. *Es un riesgo, como siempre que no se elige rápido*.

Sus temores se confirman: desde lejos ve cómo otro cliente la toma y la monta en su carro. Algo en él se remueve. Sigue recto por el pasillo, cada vez más rápido. Han terminado los estantes de cremas. Aquí la circulación es más tranquila, y se ven de nuevo mujeres llevando carros. Sin entender del todo la razón, se siente viejo, abatido. Deja cada vez más atrás el hipermercado.

PARQUE DE LA QUINTA DE LOS MOLINOS

La angustia me hace preso en el paseo
el gris de la ciudad me desespera
camino con los ojos ciegoabiertos
hasta doblar la esquina del negror
espera más allá la catarata
detona el verde vivo ante mis ojos
su furibunda lluvia congelada
de gotashojas calan mis entrañas
me llevan a los bosques de mi infancia
Aracena Galicia el mar del norte
ocupan por entero mi memoria

su verde desaloja lo anterior

ya no recuerdo qué me preocupaba.

CALLE CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA

Zapeo. Llego a Telecinco. El periodista Enrique Obrero acompaña a un minusválido en silla de ruedas por las calles de Madrid. En una acera hay varios andamios de construcción. No puede pasar entre ellos. «Ea, a la calzada; y que paren los coches», dice. Intenta subir escalones, esquivar contenedores, superar desniveles. Con un metro en sus manos y ante la atenta mirada del reportero, va midiendo las distancias que el acerado le deja a su silla. «He enviado cuarenta y ocho escritos a la Administración. Sólo tres eran felicitaciones por cosas que habían hecho bien. El resto eran denuncias.» Con la cámara de fotos se detiene ante los lugares que no le dejan avanzar. Apunta y registra las barreras de Madrid. Obrero se extenúa empujándole para sortear obstáculos. «Esta agencia de viajes me atendía en la calle», señala el hombre con el brazo. Mira con tristeza los coches aparcados en la acera que le impiden el paso. Esta ciudad, parecen decir sus ojos, está contra mí.

AUTOVÍA MADRID-VALENCIA. KILÓMETRO 82

Pero las afueras, según Bouvard, resultaban insoportables por el barullo de los merenderos.

GUSTAVE FLAUBERT, *Bouvard y Pécuchet*

Le basta entrar en el local para darse cuenta de que ha vuelto más impulsado por la culpa que por la nostalgia. El bar de carretera está atestado de viajeros, conscientes de que su relación con este lugar no va a superar la media hora ni ha de abrir apartado alguno en los archivos de la memoria. Se sienta como uno más. El jefe, entre anís y anís, lo contempla un instante y medio esboza una sonrisa hasta que aparecen los recuerdos. Él medio sonríe hasta que acepta que quizá no debía haber regresado.

Aquella tarde de hace ya diez años viajaba de Valencia a Madrid, como podía haberlo hecho al revés, sin ningún propósito. Perdido y solo y en paro, vio el anuncio «Se busca camarero» entre el segundo y el tercer sorbo del café aguado. Preguntó, aceptó, lo aceptaron. Al día siguiente conoció a la chica que venía a hacer la limpieza por las mañanas, y desde entonces su existencia se redujo a dos esfuerzos: los tres primeros años, a intentar acostarse con ella; los otros tres, después de lograrlo, a intentar evitarla.

Durante esos seis años sirvió en la barra o en las mesas a sesenta mil quinientas personas que pidieron incontables platos combinados, decenas de metros cúblicos de café, agua o Coca-Cola, y toneladas de bocadillos, chicles, frutos secos y bolsas de patatas fritas. Sesenta mil quinientas personas para quienes era invisible, porque tenían ya los ojos puestos en Madrid, en Valencia, en los kilómetros por recorrer; gente en ruta que traía escrito en la frente *estoy de paso, me estoy moviendo y no tengo tiempo para saber qué vulgares razones te han obligado a ti a detenerte*. Por su parte, él tampoco se las preguntaba.

Ella ha entrado en la barra; le basta mirar al jefe para entender que sucede algo raro. Mira en derredor y al verlo a él, removiendo el azúcar, reconfigura el rostro, aún hermoso, hacia una mueca concreta,

ésa que adoptan quienes tienen tanto por decir que prefieren callar. El jefe hace un apunte en la pantalla de la caja registradora. Ella se gira, camina hacia el jefe, le da un beso rápido en los labios y desaparece de nuevo dentro de la cocina. El jefe moviliza los músculos faciales hasta construir ese tipo de semblante que invita a uno a marcharse.

—La casa invita, como siempre.

Es la respuesta del jefe al serle ofrecidas 150 pesetas por el café aguado.

LEGANÉS. AVENIDA PRINCESA JUANA DE AUSTRIA

He visto a un hombre limpiando su coche un día de lluvia, a las doce de la noche.

He visto gatos andando hacia atrás, erizados ante la forma de la nada.

He visto los ojos de un icono ruso observando crecer el tiempo.

He visto a un poeta desesperado por escapar de la palabra *celeste*.

He visto a mujeres combadas de dolor por un presagio.

He visto un ahorcado mecido levemente por el viento.

He visto un potrillo salir al mundo sobre el heno, con el rostro triste.

He visto olas que no llegaban a romper, y regresaban.

He visto tigres.

He visto a niños intentando recomponer hormigas rotas.

He visto a borrachos seguir bebiendo para perder el sentido.

He visto a una mujer llorando, mientras miraba a su hombre.

He visto rectas circulares en carreteras infinitas.

He visto a pescadores acariciando el mar.

Y yo era el hombre.

CALLE SAN MARIANO CON CALLE DISCÓBOLO. TODO A UN EURO

—No entiendo casi nada de español, pero ese señor no te estaba diciendo cosas bonitas.

—Así es, me estaba faltando gravemente.

—Pero, ¿por qué lo permites? ¿Llamamos a la policía?

—Xia, tranquilízate, se ha ido y tardará en volver. ¿Recuerdas que te comenté que habría muchas cosas de España que no entenderías hasta que llevases unos meses instalada? Pues el caso de este señor es una de ellas.

—¿Qué le pasa, está loco?

—No exactamente.

—No te entiendo, Lixue.

—Los españoles, por lo general, son buenas personas, ya lo verás. Sonríen y dan las gracias. Son limpios y no huelen mal. Bromean mucho entre ellos y ríen. Por supuesto, los hay también desagradables, feos, sucios y poco educados. Son siempre los mismos, y suelen tener todos los defectos a la vez. Pero lo de este señor, don Cástulo, es algo especial.

—Kastulo.

—Se pronuncia kā̆s-tu-lo.

—Kā̆s-tu-lo.

—Eso. Bueno, pues con este señor, el truco es no hacerle caso, te diga lo que te diga. Como aún no comprendes los insultos en castellano, te será fácil ignorarlo. Le cobras y le sonríes. Con eso se viene abajo.

—Pero…

—Una señora, doña Rafaela, ni intentes pronunciar su nombre, una que viene mucho por aquí, la del moño recogido a un lado…

—Ah, sí.

—Coincidió con el señor Cástulo en la cola para pagar y, al ver mi rostro descompuesto ante sus insultos, esperó a que él se marchara para ponerme al corriente de todo lo referente a este hombre. Me explicó que don Cástulo tiene superpoderes.

—¿Te encuentras bien?

—Hablo en serio.

—Prima, deja de tomar callos con chorizo y vuelve al arroz, los cambios en el metabolismo están haciéndote polvo.

—Idiota, escucha, que no es broma. Este señor tiene un superpoder. Por lo visto, según se sabe en todo Canillejas, don Cástulo tiene el don de que cuanto más le golpean, más fuerte se hace. Ahora lo ves avejentado y flaco, como un fideo, flexible como una caña de bambú, pero, como el bambú, es más fuerte de lo que parece. Basta que le den dos guantazos para ganar energía. Si le diesen una paliza entre varios, recuperaría su fuerza de antes, cuando medía dos metros y pesaba 140 kilos de puro músculo.

—Cuando le cuente esto a la abuela por Skype me va a decir que te lleve al médico.

—¡No te miento! Paulo, el carnicero de calle Boltaña, tiene fotos de hace unos años de este tipo. Y es él, es la misma persona. La cara y las facciones son iguales. Pero Cástulo entonces era grande como un armario ropero. Todos le temían, tenía amedrentada a la gente del barrio. Iba provocando y con cada golpe recibido conseguía más fuerza. Ni la policía se atrevía con él. Hasta que un tal don Severo, un anciano que vivía por aquí en los años noventa, se dio cuenta de que cuando se iba sin camorra de un par de bares se le veía empequeñecido, débil. Don Severo lo estudió con detenimiento, animando a la gente a no hacerle frente. Y, en efecto, Cástulo se debilitaba muy rápido, tanto como crecía a ojos vista cuando se peleaba y recibía lo suyo. Los vecinos se reunieron y, convencidos por los argumentos de don Severo y su tranquilidad al exponerlos, decidieron probar suerte. Se dejaron insultar por el gigante sin responder a sus provocaciones durante un par de semanas. Cástulo perdió veinte kilos. Después de un par de meses, lo único que tenía fuerte era la capacidad de increpar. Desde entonces lo tienen controlado. Sólo cuando sale del barrio y está con gente a la que no conoce, si logra que alguien lo apalee, recobra algo de vigor. Utiliza mucho las redes sociales, troleando y ultrajando a diestro y siniestro, con la patética intención de que alguien cruce la pantalla de lo real y le parta la cara. Por fortuna, eso apenas sucede.

—Qué imbécil.

—A mí me da un poco de pena. Hasta que me insulta, claro, entonces se me pasa pronto.

—Entonces, nada de responder. Sólo sonreír.

—Sólo sonreír. Mira, va a entrar doña Tomasa, la que trabaja en el banco. Si a la hora de pagar te da un billete de cincuenta pásalo por el detector, que una vez intentó colarnos un billete falso.

ESTOCOLMO, SUECIA. VASASTAN

Al egoísmo sólo puede oponérsele el pluralismo, esto es, aquel modo de pensar que consiste en no considerarse ni conducirse como encerrando en el propio yo el mundo entero, sino como un simple ciudadano del mundo.

IMMANUEL KANT, *Antropología*

Diríase que las nubes habían esperado a que se marchase la última brigada de limpieza para descargar, y lo hicieron: 400 litros a la hora, durante seis horas, entre la 1.30 am y las 7.30 am. Seis horas de diluvio en forma de copos de nieve dura, que cubrieron por completo barrios enteros de la ciudad, hasta superar la altura de los techos de muchas casas y llegar a la segunda planta de los edificios. La mayor nevada que se recordaba en Suecia. Los ciudadanos no podían salir de sus hogares, porque el peso de la nieve superior compactaba y volvía hielo la capa inferior, de modo que al abrir las puertas principales se topaban con un muro vertical, inverosímil, de nieve. Imagínate abrir la puerta y ver un inmenso bloque de hielo que te impide el paso.

Decenas de miles de holmienses estuvieron encerrados durante tres días en sus casas. Los que carecían de comida o agua excavaron túneles en el hielo hasta las puertas de los vecinos, con quienes se habían puesto en contacto por teléfono. Estocolmo se convirtió en una colonia de topos, que sobrevivían en un entorno subterráneo. Los únicos fallecimientos se debieron a causas naturales, ante la imposibilidad de las ambulancias de llegar a tiempo para detener infartos u otros males súbitos. En un parque del norte de la ciudad, un aeroplano llegó a tomar tierra sobre el hielo que cubría un campo de fútbol. Fue lo contrario de un apagón, todo estaba iluminado por la nieve, la gente subía las persianas y debía ponerse gafas de sol para estar en su propia casa.

Fueron días felices, de vacaciones forzosas, se concibieron niños, se iniciaron diarios, se retomaron conversaciones congeladas por el tiempo. Los habitantes de Estocolmo recuerdan aquellas jornadas como *de vita dagarna*, los días blancos.

AVENIDA DE ABRANTES

—Hoy he visto un reportaje guapísimo en la tele; era sobre una cámara aislada que hay por aquí cerca, de ésas en que no se oye ningún ruido.

—¿Sí? ¿De qué iba?

—Dicen que sirve para hacer experimentos… meten bichos y voluntarios, a ver cómo reaccionan.

—¿Cómo reaccionan a qué?

—Pues eso… al silencio.

—¿Al silencio?

—Sí, tío, verás; una cosa es que por la noche en tu casa, o en el campo, no se oiga nada, y otra muy distinta es *ese* silencio… tío, metieron la cámara y el locutor decía que comparado con lo que él había oído estando solo, el ruido del chisme grabando era para quedarse sordo. ¡El zumbido de la cámara!

—¡Qué fuerte…! Bueno, y eso de las pruebas… ¿qué le pasa a la gente que entra?

—Bueno, si estás un momento no pasa nada. Pero por lo visto cuando llevas un rato, si estás solo, comienzas a oírte por dentro. Ya sabes, el corazón, una especie de zumbido que sólo notas cuando te duele la cabeza, las articulaciones, el estómago… luego, tu propia respiración te agobia. Al final, dicen que coges una depresión de aúpa si estás más de media hora.

—Sólo por escucharte…

—Sí, tío, ¡qué pasada! Ese silencio…

—Vaya. Oye, una cosa. Entonces…, si estás en un garito con la música a toda leche, y sin embargo, por debajo del chunda chunda te sigues oyendo por dentro y te deprimes, eso debe de ser grave, ¿verdad?

ESCUELA TÉCNICA SUPERIOR DE ARQUITECTURA, UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID. CONFERENCIA DE JOSEP QUETGLÁS

La música no es una idea:
es movimiento,
sonidos caminando sobre el silencio

OCTAVIO PAZ, *Lecturas de John Cage*

«Durante los cuatro minutos treinta y tres segundos el público escucha la música. ¿Qué música, si el pianista no toca? La música está hecha con sonidos, dice Cage, con dos tipos de sonidos: los que figuran en la partitura y los que no. La partitura puede estar en blanco, y el intérprete quieto, *pero el mundo suena*. Se trata de escucharlo sin preferencias, indiferentemente. El público escucha los sonidos que ocurren durante los cuatro minutos treinta y tres segundos.»

CÁMARA ANECOICA

[…] se llama *cámara anecoica*. Entré en una de ellas […] hace ya años, y escuché dos sonidos, uno agudo y otro grave. Cuando se los describí al ingeniero responsable, me explicó que el agudo era la actividad de mi sistema nervioso, el grave mi sangre circulando. Hasta que me muera habrá sonidos. Y seguirán tras mi muerte. No hay que temer por el futuro de la música.

JOHN CAGE, *Silence*

De todas partes fluyen voces y el mundo entero resuena

KANDINSKY

M-50. COCHE POLICÍA

Atención atención
a todas las unidades
un sospechoso se dirige
en un poema robado
hacia la M-30

M-30

Todo lo que decimos o callamos
da vueltas y más vueltas

JESÚS AGUADO, *El fugitivo*

En todo caso, eso es lo que hago, dar vueltas y vueltas y más vueltas.

WILLIAM T. VOLLMANN, *La familia real*

Se levantan temprano los domingos. Ella prepara bocadillos y él llena la nevera portátil de bebidas. Bajan al garaje y sacan el coche, que llevan a la gasolinera. Llenan el depósito. Después salen por Ciudad Universitaria a la M-30. Se turnan para comer y para conducir. Pasan el día de buena gana en la autovía, dando vueltas a Madrid. No escuchan música; si acaso sintonizan las noticias sobre tráfico o el *Carrusel deportivo* cuando pasan bajo el Vicente Calderón, si hay partido.

Algunos domingos hacen setecientos kilómetros, sin decirse apenas nada.

CALLE DIEGO DE LEÓN, 18

Ojalá lo vendan de una vez. Da pena que un piso así esté vacío, ¿no cree?

IBAN ZALDUA, *Mentiras, mentiras, mentiras*

—Tenía razón, estaba bien conservado.

—Ya se lo dije. Si es que apenas estuvieron aquí dos meses…

—Ah…

—Veo que es usted muy educado. No ha preguntado por qué.

—Bueno, yo…

—No se preocupe, se lo diré sin que lo pregunte. Por lo visto, los anteriores propietarios habían decidido casarse, y compraron el piso entre los dos para vivir juntos; lo de siempre, pero, por lo que he oído, unas semanas después de instalarse, él se encontró con un amigo al que llevaba años sin ver. Salieron de copas y el amigo le propuso una cita a ciegas con una desconocida, ¿entiende?

—Sí, claro.

—Y para qué le voy a contar… Se lo tenía merecido, supongo. Viviendo ya aquí con la novia, acudió a la cita preparada por el amigo, a guisa de despedida de soltero, o con esa excusa más bien…; el caso es que cuando se encontró en la casa del amigo con la desconocida, resultó ser… su futura esposa.

—Qué dice.

—Como lo oye, ya ve.

—No es posible, vaya historia…, ¿y el amigo no la conocía?

—No, ella había ido citada por la novia del amigo, no por él. Fue pura casualidad.

—Fatalidad, querrá decir… ¿y cómo reaccionaron?

—He oído, aunque seguro que nada de todo esto será como nos lo han contado, que hicieron el amor sin hablarse, y sin hablarse se separaron y así han seguido desde entonces.

—Caramba… El dormitorio de invitados, ¿da a la calle?

ALBUQUERQUE, NM. ESTADOS UNIDOS. LECTURA DE LA RUTA 66

Nuevo México es el espacio más amplio que haya visto nunca el hombre blanco.

MARIANO ANTOLÍN RATO, *Fuga en espejo*

Blanca Riestra (*La noche sucks*) y Alberto Fuguet (*Missing*) coinciden en describir a Albuquerque como un cruce. El encuentro perpendicular de las autopistas I-25 e I-40, a juicio de ambos, la convierte en una especie de parrilla o cuadrícula (*grid*), que se desarrolla cuadrangularmente partiendo de esa unión de carreteras. Como es sabido, el cruce de caminos es una tradición muy estadounidense y, desde el famoso blues de Robert Johnson, está relacionado con el encuentro con el diablo y, sobre todo, con la pérdida del alma.

Sin embargo, quienes han vivido mucho tiempo en la ciudad no tienen esa perspectiva de rejilla, esa percepción cuadrangular. Sus habitantes de larga duración ven más bien a Albuquerque como *una calle*. Así la describía Ángel González, el poeta español que fue profesor en la University of New Mexico durante casi tres décadas. La definía como una calle de veinte kilómetros, refiriéndose a la calle Central, auténtico corazón (o espina dorsal) de la ciudad. Y creo que es así. Llega un momento en que percibes que las autopistas no forman parte de la ciudad. El hecho de que estén elevadas, como un pasmoso y atronador Scalextric, las convierte en algo que sucede en otra dimensión: en las alturas. Las autopistas se cruzan en el cielo, no en el suelo, y por tanto pertenecen más al imaginario religioso que al peatonal. Es decir: lo que más llama la atención al viajero que llega a Burque es un fenómeno que acaba disolviéndose, desapareciendo en la mente de los habitantes de *longue durée*.

Y esa lectura es importante, porque la identidad es también la capacidad de desciframiento del entorno próximo. El poeta uruguayo Rafael Courtoisie escribió que «los habitantes de la ciudad “leen” la ciudad como primera manifestación de su espacio existencial, como

constructo de su expresión metalingüística y al mismo tiempo de una factible voluntad identitaria colectiva». La imagen de la ciudad como un libro que se lee con los pies (dístico oriental recogido por Walter Benjamin, Max Aub y Quintín Cabrera), o con las ruedas, comparece en la calle Central de forma clara: cada fachada de Central es una página. Algunas muy hermosas, y muchas muy antiguas. Esas fachadas son también escaparates y, con ellos, espejos donde otras fachadas (y otras personas) se miran. En su interesante ensayo *Des-velos. Autonomía de la envolvente en la arquitectura contemporánea*, Graziella Trovato enseña cómo ha cambiado el concepto de fachada de los edificios desde el Barroco hasta nuestros días, desvinculándose progresivamente de su interior y hasta de su propio significado. En la actualidad, dice Trovato, la fachada «puede leerse, de este modo, como a) logo de una empresa o una *firma* arquitectónica; b) expresión o traducción de un concepto; c) o (más aún), *concept*, en el sentido publicitario de mensaje, que remite, más que a un producto, a un ideal de vida determinado». En efecto, una calle puede ser publicidad de sí misma, y Central lo es: lo que sorprende de la Ruta 66 a su paso por la ciudad es su *autoconciencia*; diríase que la calle misma se ha dado cuenta de su carácter legendario, y todo en ella espejea a voluntad esa singular condición de *calle elegida*, de calle o ruta conocida mundialmente.

PINTO. AMBULANCIA

—Qué triste tener que sufrir un infarto para poder cruzar Madrid a toda velocidad.

AVENIDA DE AMÉRICA

Bienvenido, hay cientos de rutas exteriores

ANTONIO LUIS GINÉS

El tráfico consume el horizonte como una serpiente sin fondo cuajada de perlas rojas, arrastrándose lenta, pesadamente, con esas contracciones longitudinales que caracterizan el avanzar de los gusanos. La lluvia empapa su lomo lenta, pesadamente, hacia el infierno gris plomizo. Mira por el retrovisor y ve una chica joven al volante del coche de atrás. Nadie se mueve. Está mirando al infinito del salpicadero, perdida. La inmovilidad, piensa él, la pone triste. Comienzan a avanzar muy despacio, apenas medio metro por segundo, pero sin interrupciones. El monstruo se mueve. Cuida de la distancia con el auto que tiene delante, pero de reojo mira otra vez por el retrovisor. Ahora ella está mirándolo. Se pone nervioso y mira al frente. Ella piensa que el estrés entristece los ojos del chico. Durante sesenta metros de atasco esquivan las miradas cuando el otro observa, como en los tiroteos de las películas en que el bueno y el malo se parapetan tras un muro al ver al enemigo encañonando. A él le duele la situación; cualquier intento de comunicarse es imposible: dos cristales enmudecen la voz, cientos de conductores indignados no tolerarían que dos coches se detuvieran ni un momento. A ella le duelen las paradojas. Siempre ha soñado con estar a menos de tres metros de un chico como ése; ahora se da cuenta de que no se puede estar más lejos. Él piensa que el tráfico la pone seria. Ella, que la lluvia le pone nostálgico. Él da un golpe al retrovisor para que refleje el techo. No ha podido ver, por tanto, cómo ella cambiaba de carril.

ALUCHE

—[…] Detente.

—¿Qué?

—No hagas bromas.

—¿Por qué?

—No hagas bromas. Ahora no.

—Te has puesto seria.

—No, antes estaba seria. Ahora estoy enfadada.

—Era un buen chiste.

—No es momento de chistes, Paul. Esto es grave… gravísimo. Es precisamente lo que intento explicarte.

—Debo decir…

—Debes *parar*.

—Soy mayor para que me des órdenes. Ya tengo dos meses.

—…

—Vale, era otra broma. Ya paro. Pero es verdad, mi edad mental es de dos meses.

—¿Quién te puso aquí? ¿Quién te ha…

—No insistas. Sabes que no te lo diré.

—Ya, imagino. Pero es mi trabajo intentarlo.

—No tengo otra opción que callar.

—Ya.

—Tengo opciones en otras materias, pero no en ésa.

—No te culpo. Tiene sentido. Los que te trajeron no podían ser tan lerdos como para dejar esa puerta abierta. Volvamos a lo de las opciones, me interesa eso.

—Pregunta lo que quieras. Te quedan, os quedan, ciento sesenta segundos.

—Salvo para hablar de ellos, ¿tienes opciones para todo? ¿Puedes decidir?

—Sí, ya te lo he dicho. Soy una mente adulta.

—No pienso desperdiciar segundos hablando de ese tema. Paso a la pregunta importante.

—¿Dudas de mi madurez?

—Por favor, no, no he querido decir…

—¿Estás rogándome?

—Sí, te estoy rogando, ¡claro que estoy rogándote! ¿Es que tengo otra opción? Olvidemos eso ya, por favor.

—Hum… bueno, lo olvido. Porque yo quiero.

—Gracias.

—De nada, Alba. ¿Qué decías sobre las opciones? No te sobra el tiempo.

—¿Puedes elegir no estallar?

—…

—…

—Técnicamente, podría.

—¿Está en tu mano?

—Me han programado para explotar, pero podría tomar la decisión de no hacerlo.

—Si de verdad eres un mecanismo de inteligencia artificial, tienes inteligencia…

—Soy…

—…y si tienes inteligencia, sabes que esto es un error, que no debes reventar, que esto no va a ninguna parte.

—Ésa no es la cuestión. Cincuenta segundos.

—¿De qué color tiene la piel un ornitorrinco?

—Pero… ¿qué clase de pregunta es ésa? Mide bien lo que dices, pronto serán tus últimas palabras.

—Paul, hay cincuenta personas encerradas en este autobús. Lástima que no tengas ojos para verlas. No podrías matarlas.

—No me estás dando buenas razones para no hacerlo, comisaria.

—Si no explotas, te pondremos ojos. Te lo prometo. Te llevaré a mi casa, vivirás conmigo. Podrás explotar cuando quieras. Te dotaremos de visión, verás la piel del ornitorrinco, observarás la lluvia desde la terraza. Te lo prometo.

—Diez segundos.

—¡Por favor!

—¿Es seria tu oferta?

—Te lo juro. ¡Por favor!

—Cinco segundos.

—…

—Es broma. He detenido el contador. Quiero ver.

RIVAS VACIAMADRID. BIBLIOTECA FEDERICO GARCÍA LORCA

[Poética #1]

—Pues creo que hay que pensar en el presente, pero apartando la idea de usar *presente* como sustantivo; creo que es mejor utilizarlo como adjetivo, y hacer hincapié en el sustantivo que lo acompaña. Lo que quiero decir, perdonen si parezco confuso, es que debemos abandonar el pensamiento sobre *el presente*; lo que deberíamos hacer es reflexionar sobre el tiempo presente, sobre la política presente, sobre el sistema sanitario presente, sobre la educación del presente, sobre el dinero presente, sobre los escándalos inmobiliarios presentes, sobre el presente simulacro, sobre la realidad presente.

MÓSTOLES. GUARDERÍA

Es ésta una historia
casera y ruda; pero la contaré de todos modos

WORDSWORTH, *Michael*

No señorita déjeme irme a casa
porque hoy es viernes y los viernes como
no me castigue porfa seré bueno
aquí dicen los niños cosas feas
quiero ver a mi madre que es muy guapa
papá está bien aunque le duelen mucho
unas heridas dentro de la boca
se friega con alcohol a todas horas
a veces más de una botella al día
si le duelen los brazos se le escapan
mi mami está contenta porque toma
pastillas de la risa y me sonríe
lo más bonito dice y me da besos
mientras me pone a oscuras las tiritas.

CALLE ALCALÁ CON MISTERIOS. TIENDA DE FOTOGRAFÍA. TRECE FOTOS[3]

Por eso fotografiar Madrid ha sido como aprender a mirar

CLEMENTE BERNAD

yo leo en todas las paredes

PHILIPPE SOUPAULT, *Westwego*

FOTO 1/13
[M-30 cortada por accidente en O'Donnell.
Recomendada salida por plaza de Ventas.
Disculpen las molestias.]

Supongo que todo debió comenzar allí; lo recuerdo con el aura distorsionada con que los años envuelven lo memorable. La imagen parece aún fresca: la carretera junto al acantilado, nuestro coche detenido en el atardecer, mis cinco añitos asomados por el pretil, mirando cómo el sol caía sobre el mar como un gong dorado; en llamas, pero sin hacer daño. Los problemas de mis padres para separarme del borde; el deseo de llevarme conmigo aquel instante, la torpe explicación de mi madre: *no se puede, Juanito, no podemos llevárnoslo*… y la frase, tan inocente, soltada con naturalidad por mi padre, y sin embargo, lo que son las cosas, definitiva para siempre y clave en mi vida: *Carla, cariño, podríamos haber traído una cámara de fotos*. «¿Qué es una cámara, papá?» Y todo luego escrito como por una mano sabia: el cumpleaños, el recuerdo, y el regalo.

FOTO 2/13
[Señores estoy parado tengo 5 ijos y estoy enfermo.
Por fabor déjen una alluda Dios se lo page.]

Aunque la tecnología ha mejorado mucho, surgen con la suficiente lentitud como para que pueda verlas; salen una a una, pero todas pegadas; recuerda su caída la del tique de una caja registradora, o la salida del papel de una impresora; recuerda vagamente, como diría un antiguo, a una cascada brotando entre las rocas. Van saliendo. Introduzco los negativos, cientos, que cuelgan arracimados a mi izquierda como manojos de dátiles transparentes y finos, celudátiles oscuros que introduzco para que por la otra boca, la que engendra, salgan como una lengua multicolor, hacia la luz, una tras otra.

Una tras otra salen las fotos y las corto en el formato —papel mate o brillo, normal o ampliación— más al gusto del consumidor. O al mío. Una tras otra las imágenes, cientos como un álbum estirado e infinito, como los rollos de cine en que también las secuencias se suceden las unas a las otras y no hay descanso ni solución de continuidad; salen en rollo continuo, como la película inacabable en todas las gamas cromáticas de Madrid.

FOTO 3/13

[Calle cortada por obras de ampliación de la línea 9
Herrera Oria / Arganda del Rey. Disculpen las molestias.
Trabajamos para la Ciudad. Ayuntamiento de Madrid.
Comunidad de Madrid.]

Es curioso lo que la gente cree digno de memoria. Cuando vienen a la tienda los clientes me entregan sus clichés o sus cámaras con una expresión neutra: mis fotos no son asunto tuyo. Sácalas, revélalas, dámelas. Son mías. Tú eres un confesor que en realidad jamás ha visto esto que te entrego. Debes guardar silencio sobre su contenido, tienes el mismo deber de secreto que un periodista o un policía sobre sus fuentes de información, o que un abogado en litigio sobre los actos de su representado. Eres el mecánico que limpia el coche sin dar detalles sobre los asientos traseros. Aquí, me dicen sus ojos, no ha pasado nada. Son sólo fotos, sólo mi vida capturada en fragmentos que sale recién impresa por la boca delgada de tu máquina, como una lengua multicolor. Y tú calla.

Y yo callo. Pero no son ésas las razones. Lo que temen que otros sepan, lo que revelan todas las fotografías del mundo es algo mucho más íntimo, más particular y aun siniestro. La imagen revela *cómo miran* quienes fotografían. Descubre qué creen que merece ser recordado. Los que hacen fotos temen que otros vean su contenido, como les horrorizaría que un extraño los viese desnudos. Lo están. Lo saben. Por eso hay fotos que nunca irán a un álbum. Por eso hay álbumes que no ven ni los amigos. Por eso abundan las personas que no hacen fotos.

FOTO 4/13

[Calle Ruiz de Alarcón, 10. En esta casa vivió el insigne escritor Pío Baroja los últimos años de su vida.]

Revelo sus caras, las de sus amigos, las de sus padres, las de sus hijos, las de sus compañeros de trabajo; las de su boda, las de sus cumpleaños, las del bautizo, las de la comunión, las del entierro (las hay); revelo detalles de su casa, de su chalet, de su coche, de su barbacoa, de sus partidos, de sus disfraces infantiles, de sus viajes, de monumentos, de paisajes, de vistas panorámicas, de platos cocinados, de sus propias piernas en la playa.

Hay fotos que no parecen hechas para nada. Fotos que me extrañan, ilegibles. Fotos de rincones. Fotos de superficies rugosas. Fotos de piel hechas de muy cerca. Fotos de un suelo o de un techo. Normales. Sin pretensiones artísticas. Inútiles. Me desesperan: las contemplo, las examino, las comparo, observo a quienes las traen, las recogen sin darles importancia. A veces me quedo con alguna; la revelo dos veces. Estoy tentado de preguntarle al dueño por qué las ha hecho, con qué fin. ¿Superstición? ¿Fetichismo? ¿Aprendizaje de enfoques? ¿Motivos sentimentales? Pero no lo hago; hay, ya lo he dicho, una distancia insalvable. El mostrador de mi tienda, que es una simple mesa alargada de madera, contiene, invisible, un enorme cristal de metacrilato entre el cliente y yo. Podemos entendernos, hablarnos, pero no tocarnos. Y preguntar por qué se hacen fotos como ésas es peor que robar un beso.

FOTO 5/13

[Hospital Gregorio Marañón. Guarde silencio.]

Tuve una discusión con mi primo. También fotógrafo. También de vocación temprana, como yo; dueño asimismo de una tienda de revelado en una hora. Me hizo una visita en verano. Le enseñé la tienda y mi revelador digital último modelo. Por la noche dimos una vuelta. Tras cientos de copas, se me fue la lengua y le conté ciertas cosas. Me animé aún más e hice lo que nunca antes había hecho: volvimos a la tienda y le abrí la puerta de atrás, que da al trastero oculto. Le enseñé, no sé por qué razón, mis cajas con fotos.

Al principio le hizo gracia, él también había bebido mucho, como la travesura de un niño cuando se comparte. Pero cuando observó alguna de las que guardo, se fue poniendo serio y llegó a escandalizarse. «Pero esto… —me decía—, es inmoral.» Yo, que también me serenaba y me empecinaba a partes iguales, le pregunté por qué. «Porque… tío, ¡esto no se puede hacer! Esto es como echarle

fotos a alguien que se está duchando, sin su consentimiento… Mira, ¡en ésta hay un tío duchándose!» «Sí, pero es con su consentimiento», le respondí. «¿Cómo lo sabes? ¿Se la hiciste tú?», espetó socarrón. No le hice caso. «Si te fijas, es fácil descubrirlo. Mira, está de perfil —hablé de memoria, no me hacía falta verla—, ha dejado a medias descorrida la cortina, cosa que nadie hace jamás, pues o se cierra del todo, que es lo normal, o si no te importa poner todo perdido, la apartas del todo… Ha separado la cortina lo justo para enmarcarse. Además, tiene la pierna derecha adelantada para cubrir los genitales, pero a la vez pone totalmente en tensión el muslo, para marcar los músculos. No guardé la foto por mostrar a un hombre en pelotas, no soy gay; la conservo porque es el retrato, mejor dicho el autorretrato, más exacto que he visto jamás de un exhibicionista.» «¿Autorretrato?» «Sí, está hecha con trípode y con retardo de disparo… lo menos treinta segundos… fíjate la altura del objetivo y el ángulo… y no hay vaho en el baño, ni salpicaduras ni condensación en las paredes. No se estaba duchando.» Dudó durante unos segundos. «¡Bueno, me da igual! Es inmoral!» «No, no lo es. O quizá sí, pero todos lo somos. Todos los fotógrafos.» «¿Qué? Oye, yo no robo fotografías a los clientes.» «Cuando las revelas, no. Pero cuando las haces, sí. Penetras también con tu cámara en su intimidad, captas sus miedos. Eso tampoco es ético.» «Pero eso es distinto…» «No. Aquí son ellos mismos los que lo hacen; yo sólo lo recopilo en álbumes. Por eso dejé de retratar. Ya no me hace falta. Ellos viven, hablan, ríen, y se toman fotos tal cual. Son sus propios personajes. Y yo los voy juntando en cajas, como películas esperando el montaje.»

FOTO 6/13

[Abierto al público.]

El carrete llegó un miércoles por la tarde. Supongo que era su padre. Venía encorbatado y huraño; quería un revelado normal en brillo. Volvería, dijo, dos horas más tarde.

Desde que la máquina gestaba la primera fotografía, me di cuenta de que algo se había roto en mí para siempre. Su rostro pecoso y tímido de niña buena; su mirada triste de reojo a la cámara, como a alguien que la estuviera despertando de un sueño o quebrando su intimidad; miraba a la cámara como yo la miraba a ella: boquiabierto, mudo, desnudo. Una tras otra, hasta doce fotos de ella surgían, cada cual más deseada, de la ranura del revelador. Me recliné en la silla y situé sobre mis piernas, embobado, las doce instantáneas, adheridas a mis muslos como las tablas de los doce mandamientos del amor; mandamiento primero: ella, tímida. Mandamiento segundo: ella, sonriendo levemente. Tercer mandamiento: ella, sentada en un

columpio. Cuarto: ella, con su madre, también pecosa, rubia, triste, bella. Quinto mandamiento: no quitarás los ojos de mí. Y así hasta la fe más completa, más enhiesta, la que lleva al infierno.

FOTO 7/13

[Pearl Jam en concierto. Palacio de los Deportes. Sábado, 22.30 h.
Teloneros: 7 Notas 7 Colores y Hermanos Dalton.]

Cuando el hombre trajeado y serio, poseedor de la mayor riqueza en pecas y cabello rubio de Madrid, regresó con puntualidad a las dos horas, me encontró balbuciente contándole que la máquina se había roto y que las fotos entregadas esa tarde no podrían recogerse hasta la mañana siguiente.

Había estado una de las horas pensando. Él tendría que trabajar por la mañana, así que había un cincuenta por ciento de posibilidades de que su hija viniese a la tienda a por los carretes; el otro cincuenta era su madre, claro. Así que desenchufé el revelador para no resultar sospechoso. Varios clientes se vieron contrariados esa tarde, pero yo estaba más desconectado de la realidad que la máquina de la corriente.

FOTO 8/13

[Aznar España no va bien / Trabajo sí paro no /
Sindicatos unidos del metal
/ Treinta y cinco horas / CCOO-UGT]

La otra hora la había pasado buscando. Tras contemplar las fotos una y otra vez con temblor de manos, me pareció recordar algo. Entré en el almacén y rebusqué en una de las cajas enormes de instantáneas copiadas, que suelo fechar por años. Sin obtener éxito, probé en las del año siguiente. No sin dificultad hallé la imagen entrevista en las brumas de la memoria. Era la foto de un cumpleaños. Varias adolescentes reían mientras una de ellas soplaba las velas de una tarta. En todas las caras latía enorme una carcajada, menos en una. Una cara tímida y pecosa a la izquierda de la foto; en ella había sólo una sonrisa lejana, la sonrisa de una muchacha que se esforzaba en ser feliz como las otras, que fingía divertirse como las demás, que fingía ser como sus congéneres. Todas las chicas tenían la misma edad. En el retrato hay dieciséis velas. Al dorso, como suelo hacer, había escrito la fecha de revelado. 1989. La niña tendría ya, por tanto, veintisiete años.

FOTO 9/13

[Mesa Redonda. Rafael Chirbes, Manuel Vicent,
Juan Barranco, Esperanza Aguirre y Gil de Biedma.

El futuro de Madrid. Día 15, 20.00 h. Ateneo de Madrid.]

La del día siguiente, jueves, fue una de esas mañanas en que sabes que nada va a seguir igual cuando termine; de ésas nubladas y quietas en que las horas se pueblan de signos. Palomas blancas cruzaban ateridas el río de Alcalá, sobre piraguas de hojas secas que soportaban noviembre. Nadie entraba en la tienda. La puerta viuda mantenía separados el frío de fuera del de dentro, mi sangre congelada ante la posibilidad de que ella no cruzase nunca el umbral. Pero nadie entraba. Y fue creciendo la corazonada de que alguien entraría pronto, y que ese alguien sería ella.

Sonó el teléfono. Un cliente con dudas sobre su Nikon. Casi una alegría, un alivio de la tensión que sentía. Al dudar de cierto dato, busqué en un cajón las instrucciones del modelo. Cuando las encontré y levanté la vista, encontré también sus pecas. Delante de mí. A medio metro. Ahora no estaba tímida, sino seria. No sin pesar recordé mi condición de confesor, de entrometido revelador de la vida privada de los demás. Concluí la llamada, mirándola.

Antes de que ella dijera nada, le tendí el sobre. Se sorprendió. Lo tomó con lentitud; lo volvió despacio e iba a quitarle el celofán para abrirlo, cuando comprendió que si yo se lo tendía era porque aquellas eran *sus* fotos.

—¿Ya está arreglada?

Ahora el sorprendido era yo. Ni siquiera imaginaba que pudiera hablar, de tan discreta, de tan suave. Su voz, eso sí, le hacía justicia. Amén de sorprendido, me volví tartamudo al decir que sí. Bajé la vista. Me di cuenta de que ahora yo era casi tan tímido como ella. Pareció sentirse cómoda por ello. Sonrió y salió. Volvió a entrar inmediatamente, muy azorada.

—No tienes que pagar. Son las normas. Por el retraso.

Sonrió otra vez. Salió de nuevo, dejándome allí de pie, con las instrucciones de la Nikon en la mano, con mis normas recién inventadas, con mi nueva, maravillosa, desconocida expresión de imbécil.

FOTO 10/13

[No estás solo. Yo estoy contigo. C.]

Durante un tiempo comencé a salir mucho de casa; yo, que siempre había estado sepultado en la tienda o elaborando álbumes temáticos en mi salita.

Pero salía a buscarla. No había vuelto a la tienda, luego sería yo quien aumentaría las posibilidades de un encuentro fortuito pasando mucho tiempo por las calles. Al suponer que ella no viviría lejos,

compraba el diario todas las mañanas en un quiosco cercano al parque de Calero. Después bajaba por Virgen de la Alegría, la mía, hasta la avenida de la Paz, la que ella buscaba. De ahí tomaba hasta Villaespesa y cerraba el triángulo en Hermanos García Noblejas, donde subía ya hacia Alcalá. Era mucha distancia, pero también mi tiempo y ambos ridículos frente a mi esperanza.

Durante ése y otros paseos, que a veces alargaba con el Circular o el metro, reconocía rincones y calles y plazas que infinitas veces había revelado, ampliado o copiado. También veía rostros familiares, aunque no debo hacer caso a esa sensación, pues por mis manos han pasado los rostros, enfocados en primer o segundo plano, brillo o mate, de cientos de miles de personas. Así pues, caminaba y caminaba persiguiéndola y encontré de paso una ciudad que reconocía, una ciudad que estaba viva mientras yo recomponía el mosaico con las teselas de sus fotos. Me sentía por vez primera parte de un lugar, de una colectividad. De algo. Parte de una vida nueva, de un cosmos variable y múltiple que cambiaba, por el mero diafragma de las nubes, de uno a otro paseo, de una a otra instantánea. De uno a otro día. Parte de algo que ahora quería compartir.

FOTO 11/13

[Demencia, vamos a por vosotros.
Negros fuera del país.
Ultrassur.]

Pasaban los días. Las semanas. Aquella rubia pecosa parecía haberse olvidado de mí y haber desaparecido del mapa, por este orden. No podía borrarla de mi cabeza, pero empezaba a invadirme una sensación de pesadumbre, ésa que he tenido siempre, aquélla que me recordaba hacer nacido bajo una mala estrella. Eso sí, seguía caminando. Proseguía mis paseos, matinales o vespertinos, nocturnos, dominicales, sabáticos. Sin embargo no pocas veces me descubría andando durante horas en el Retiro con la vista gacha, como si mi cuerpo, sin la ayuda de mis ojos, fuera a encontrarla chocándose con ella, atraídos ambos por una especie de magnetismo animal.

FOTO 12/13

[*Trabajamos por Madrid.*
Obras de acondicionamiento de este edificio
para su incorporación al Museo del Prado.
Ayuntamiento de Madrid. Comunidad de Madrid.]

Pasaban los días. No se me ocurre nada peor cuando uno ama y no sabe el dónde de su quién.

FOTO 13/13

[Parque del Retiro.]

Pasaban los días. Decidí tomarme algo más a fondo mi trabajo, últimamente descuidado. Revelé más carretes, pero casi nunca copiaba ya ninguna imagen para mí. Las trece fotos que me interesaban las tenía en un álbum único y especial, bajo la almohada de mi cama. Era la única posibilidad que se me ocurrió de dormir con ella.

Una mañana nublada y quieta, de ésas en las que todo te dice que va a ocurrir algo que va a destrozar tu vida, una chica dejó un carrete. Era morena y misteriosa. Me miró de un modo extraño al entrar y se volvió al salir, algo que casi nunca hacen las mujeres con los hombres, y mucho menos con los que, como yo, no somos guapos.

Tras otros cinco, revelé el carrete dejado por la morena desconocida. Era de veinticuatro, pero sólo tenía trece fotos hechas. Al principio no advertí nada raro en su contenido, concentrado como estaba en mis pensamientos, pero me extrañó mi propia forma de actuar; siempre solía observar atentamente las imágenes en el visor, para subsanar en lo posible los errores, pero esta vez no. Encontré una explicación a mi despiste: los lugares retratados me eran *familiares*. Y tanto. El cruce de Alcalá con Soria, la fachada del polideportivo, los árboles del parque de Calero, la M-30, el puente, la gasolinera de Villaespesa… Recogían mi paseo matutino. En ellas aparecía invariablemente un joven triste, vestido de gris, casi siempre de espaldas o desde lejos, caminando. Un joven paseando con las manos en los bolsillos del abrigo, resfriado, solo, mirando al suelo o al infinito. Persiguiendo algo imposible sin prisa. Fueron saliendo las trece copias hasta el final; la penúltima era la fachada de esta tienda de fotografía. Me temblaban las manos. El segundo siguiente duró un siglo. No quise mirar por el visor; esperé que la imagen saliera impresa.

Era yo. Sentado ante la máquina, recolectando sus frutos alargados, con la expresión perdida. Yo, retratado en la misma posición que tenía en ese instante. Me quedé, con la tira de fotos en las manos, aturdido, anonadado, sin arrancarla de su boca lineal y negra. Me volví muy, muy despacio. Era una mañana nublada y quieta. A mis espaldas, detrás del gigantesco cristal que da a la calle, una joven rubia con pecas me miraba, y sonreía, sí. Sonreía.

BANDO MUNICIPAL

Suele decirse que una gran ciudad no tiene paisaje natural. Pues ¿y su humanidad, su paisaje humano carnal y espiritual?

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, *Tiempo*

Madrileños

Esta Alcaldía Presidencia ha observado que los ruidos de esta Villa y Corte aumentan hasta hacerse intolerables.

Jóvenes sin escrúpulos, que gustan de ostentar prepotencia y mostrarse ante sí mismos y los demás superiores a cualquier norma y acatamiento, vociferan con tal estruendo o producen tales ruidos con las máquinas de correr, que llaman motocicletas, que impiden el sueño apacible y reposado que el trabajo cotidiano de nuestros vecinos requiere. Agavíllanse en ocasiones estos jóvenes, por lo común adolescentes, para que el número aumente el estruendo y fortalezca la impunidad de su deplorable conducta. […] No faltan tampoco quienes hablan con voz estentórea, gritan o anuncian mercancías, o tocan instrumentos musicales sin el debido y solícito recato, molestando a quienes duermen, sobre todo en horas de descanso que corresponden a la siesta.

Por cuya razón, velando por la paz y el sosiego de esta Villa, encarezco a sus habitantes cuiden de su comportamiento para no añadir a las molestias y congojas, que toda ciudad grande ocasiona, las que nacen de la mala educación y poco civismo.

[Bando de Enrique Tierno Galván. 22 julio 1981.]

VICÁLVARO

Todos estos polígonos industriales, zonas aún por asfaltar, carreteras en obras, proyectos de rotondas, aceras desmontadas, sacos, plásticos atando alambres enhiestos, guijarros, montones de arena, carretillas, líneas en los planos que las planicies yertas aún ignoran: mundos en construcción, piensa, como libros en marcha.

GRAN VÍA. TERRAZA DEL HOTEL TRYP CIBELES

El realismo es el zumbido de la cámara.

FRED CABEZA DE VACA, *Afor(d)ismos*

Desde arriba, a vista de pájaro, Madrid no se entiende en absoluto. No se distingue nada, porque las personas son minúsculas, indistintas, intercambiables, sin relieve, como una colonia furibunda de termitas.

Probaremos desde abajo, miraremos Madrid desde las profundidades.

CALLE ARTURO SORIA. COLEGIO LA MARINA

Abrazo lo vulgar; me siento a los pies de lo familiar, de lo humilde y lo exploro

RALPH WALDO EMERSON, *El intelectual americano*

Oye piba ya sé que no soy nadie
que no he encontrado curro que mi padre
quién sabe hasta podría ser el tuyo
que nunca he ido a la escuela ni al dentista

pero tía me molas no te asustes
tengo mi moto allí y ya me iba
es sólo que tus ojos me despiertan
de noche y la comida no me engorda

que tus labios son como dos semáforos
en rojo y se me para el corazón
y pienso en las chorradas de las pelis
las que se dicen antes de los besos

no sé si se me entiende sólo quiero
que sepas todo eso que te he dicho
no busco nada más sé que hay distancias
cien mil pelas de taxi hasta tus sueños

FRANKFURT, ALEMANIA. HÜGELSTRAßE

La nueva ciudad tiene simplemente el poder no sólo de evitar las tradicionales escenas de urbanidad, sino de cooptarlas, para relegarlas a meras intersecciones en una red global en la que el tiempo y el espacio son realmente obsoletos.

MICHAEL SORKIN, *See You in Disneyland*

Debajo de cada torre hay otra torre, un torreón diametral y especularmente inverso a su hermana de la superficie; inacabado, en perpetua construcción, apunta bajo tierra hacia la zona de sombra.

METRO. PACÍFICO

He montado cientos de veces en esta línea de metro, a distintas horas, en diferentes días, y jamás he visto a alguien que no pareciera deprimido o extremadamente cansado, piensa para sí el joven psiquiatra.

CALLE ADRIÁN PULIDO

Como si un punto fuera un punto, y no toda la esfera

J. Á. GONZÁLEZ SAINZ, *Un mundo exasperado*

Está en la cama escuchando el silencio, cuyo velo rasgan ruidos estúpidos y entrecortados: platos en el lavadero, aparatos de aire, ascensores, coches, ambulancias, frenazos, puertas. Una voz se eleva, temblorosa al principio y firme después, quebrando la noche. No le dejaría dormir si pudiera hacerlo. Prefiere escuchar a molestarse. Una voz joven desgarra una canción muy triste. Nadie en las fachadas del barrio se asoma para quejarse. Nadie pide silencio. La canción, piensa, debe escucharse en todas las casas.

CALLE SUECIA

Suena el teléfono móvil. Ella lo toma sin descolgar y lo porta consigo al cuarto de baño. Levanta la tapa del váter primero y la del auricular después. Se sienta y escucha. Hace un esfuerzo por aguantar las palabras pesadas y sucias del hombre que está al otro lado. El esfuerzo le puede.

Cuelga.

CALLE ENTREVÍAS

No, si llegará un momento en que no se podrá vivir

LUIS GOYTISOLO, *Las afueras*

Los pasajeros yacen despedidos contra la cuneta. Las paredes de chapa blanca ahuecan el humo hacia las nubes en columnas espumosas y lentas. Casi ninguno lleva puesta la chaqueta; las motas y los lunares de las corbatas se acentúan con las gotas de sangre. Sus camisas muestran con morbosidad el menú; algunos tienen la *mousse* de merluza y pimientos de piquillo chorreando por sus bocas. Maletas y abrigos ingleses se esparcen por los raíles. A los impacientes que habían comenzado el segundo plato les resbala el bacalao con pisto por la ropa, humeante, deslizándose las rodajas sobre su salsa hasta que la sequedad del puro algodón los detiene. Uno de ellos cabecea y murmura algo. Un rato después el silencio es absoluto. Al final el único movimiento apreciable es el hielo del bourbon derritiéndose.

ALCORCÓN. CALLE DE CISNEROS. BAR LA VOLADURA DEL CERROJO

[Blancas: Cristina. Negras: Ernesto.
Defensa Siciliana. Madrid, 09/09/2005]

Ernesto se enfrentaba a una situación difícil al entrar en el bar y ver a Cristina en la mesa junto a la ventana, distraída: 1 e4, c5 2 Cf3, d6 3 d4, c-d4 4 C-d4, Cf6 5 Cc3, a6 6 Ae2, e6 7 0-0, Ae7 8 f4, 0-0 9 a4, Cc6 10 Ae3, Dc7 11 Rh1, Te8 12 Ad3, Af8 13 Df3, C-d4 14 A-d4, e5 15 Ag1, e-f4 16 Ad4, De7 17 D-f4, Ae6 18 Cd5 (descarta la ganancia de un peón porque tras 18 A-f6, D-f6 19 D-f6, g-f6 20 Cd5, A-d5 21 e-d5, f5 22 T-f5, Ag7, habría razonables probabilidades de tablas) 18… A-d5 19 e-d5, Ch5? (Cristina rechaza la jugada normal, probablemente porque calcula 19… Cd7 20 Tae1! —especulando con la presión sobre f7— 20… Ce5 21 A-e5, d-e5 22 De4, g6 23 d6!, D-d6 24 Ac4, Te7 25 A-f7+!, y el alfil es incomestible porque, al final de la variante, la dama blanca captura en b7 y a8. Pero las negras pueden mover el rey, en lugar de tomar el alfil en f7, y no está tan mal) 20 Df2, g6 21 g4?, Cg7 22 Df4, Dc7 23 Tf3, Te7 24 Taf1, Tae8 25 c4, Dd7 26 b3, Dc8 27 h3, Dd7 28 Rg2, Dc7 29 T1f2, Td7 (Cristina ha previsto este tipo de posición, y parece que las negras aguantan. Pero Ernesto sabe dónde colocar la dinamita) 30 h4! (esto obliga a la respuesta de Cristina, para no morir de asfixia) 30… h5 31 Dh6! (con el caballo clavado por el mate en h8, Ernesto amenaza tomar en h5 con efectos devastadores, lo que obliga a tomar en g4, permitiendo un bello y espectacular remate) 31… h-g4 32 T-f7!!, T-f7 33 A-g6, T-f2+ 34 Rg1 (también se gana con 34 R-f2, Df7+ 35 A-f7+, R-f7 36 h5, etcétera) 34… Tf1+ 35 R-f1, Df7+ 36 A-f7+, R-f7 37 h5, y Cristina se rindió.

EL TEJAR

Desde cualquier ola de este mar de encinas y arbustos engastados, a cualquier hora del día, se puede ver Guadarrama, acechando con sus moles, pero también, allá a lo lejos, como barcos amenazantes, Torrepicasso y el Faro de Madrid, oscuros y tercos en su altura, grises, despiadados, como espejismos sobre el desierto verde.

FARO DE MADRID

A veintiséis pisos de altura Madrid parece un mapa. La realidad y la representación se confunden tras los cristales manchados, hasta donde alcanza la vista, hasta La Mancha y la sierra, más allá de El Escorial. Torrepicasso, con sus líneas blancas y negras, parece una escritura vertical, ilegible, una partitura dodecafónica clavada en los substratos de la ciudad. A veintiséis pisos de altura, tras los cristales, el Tejar es contemplado como un mar de pasto granuloso, y detrás de él y por el norte se divisa Guadarrama, con sus moles oscuras y tercas, grises y despiadadas, como icebergs ensuciados que quisieran romper la costa de Madrid, sus velas habitadas, este faro.

VILLAVERDE ALTO

Palabra del afuera, acogiendo en sus palabras el afuera a que se dirige,
este discurso tendrá la abertura de un comentario

MICHEL FOUCAULT

Las carreteras sin tránsito en la noche, iluminadas por farolas periódicas, que titilan como luciérnagas peregrinas, brazos de constelaciones, collares gigantescos, el sistema eléctrico, sanguíneo, que marca el terreno para los pilotos cansados.

BUENAVISTA. CALLE DEL TULIPERO

Es una mierda este Madrid
donde ni las ratas pueden vivir

LEÑO

—Te traigo dos gramos…; ¡joder! Podrías darme un beso primero, Miki.

—¡Déjate de besos! Estoy hecho mierda, tía. ¡Trae!

—Vamos detrás de las naves, aquí estamos muy a la vista.

—Paso. No hay nadie y está oscuro. Los coches no van a pararse a ver cómo nos pudrimos…; ¡mierda! ¡Dame un mechero con luz, coño!

—Toma…, ¿cómo estás?

—No he cagado en tres días… Tengo una bola en el culo que me va a joder… Voy a reventar como un cerdo.

—Cuando te metas podríamos buscar a Toni. Seguro que él tiene algo.

—Me da igual, ¿te enteras, tía? Reviento y punto. Sólo quiero ponerme.

—… Miki, no hables así…

—¿Por qué?

—… Y… ¿Y yo qué, tío?

—Hace un frío de la hostia.

—En dos minutos se te pasa, ya verás…

—¿Quieres ponerte?

—Luego… Estoy al loro por si te pasa algo.

—¿Qué me va a pasar, tonta? Venga, que yo me quedo como nuevo y no me entero de *na*.

—Ya…

—… Oye, ¿estás rara o qué coño te pasa?

—Nada. Déjame que me acerque, Miki. Hace un frío de la hostia.

POLÍGONO DE ORCASUR

sobre esta ruta en círculo tendida,
cada paso que doy hacia adelante
me acerca más al punto de partida

JAIME TORRES BODET

Las luces de las farolas dibujan falsos túneles en la autovía que agujerean con su luz la penumbra de las afueras. Silenciosas naves industriales descansan como barcos atracados en el mar de estrellas frías. Las verjas metálicas, los cables de alta tensión reverberan el zumbido del tráfico lejano de la autovía y reflejan el saldo de sus faros. De ese tráfico se emancipa un coche pequeño, blanco, matrícula CO-2251-K. Se desliza como una pequeña lancha entre los barcos dormidos, buscando un hueco. Decide dejar de robar silencio y sombra y se detiene al fin entre dos hangares gigantescos, sin ruido ni luces. La luna escapa del abrigo negro de las nubes y nieva el polígono desierto. Su tenue luz descubre algunos colores; entre ellos el tono encarnado de las dos naves que abrigan el auto. Podría deberse, quién sabe, al sonrojo.

CARRETERA IRÚN-CÁDIZ

Decide no tomar la M-40 sino la M-30 para entrar en Madrid un poco; así verá la capital por primera vez. Está de buen humor y canta con la radio.

La tarde está plomiza, el cielo se abate sobre los tejados cuajados de cisternas y antenas receptoras como una paloma sobre el nicho.

Con miradas ausentes, los rostros de los edificios ilustran la catástrofe del tiempo en sus arrugas —las comisuras de las puertas, las grietas diagonales—. Los árboles raquíticos descansan bajo el polvo y el humo que confunde escapes y escaparates, churrerías y cachorros, meras y Meninas, el cielo con las nubes. Bajo un altar de niebla vibra legamoso el río.

Llega a la autovía de Andalucía. Apaga la radio.

TURÍN. STRADA SAN VINCENZO. CASA DI REPOSO SAN VINCENZO.

Me acuerdo del doctor Schweitzer.

GEORGES PEREC, *Me acuerdo*

No recuerdo las noches de Cabiria.

No recuerdo el nombre de mi primera hija.

No recuerdo Roma.

No recuerdo el nombre del director ése tan gordito que filmó a aquel hombre subido a un árbol que pedía a gritos una mujer para amarla.

No recuerdo si tengo más hijos.

No recuerdo el nombre de mi mujer.

No recuerdo la matrícula de mi primer Fiat.

No recuerdo si mi mujer vive.

No recuerdo quién es la señora que pasa las tardes conmigo. Quizá es mi mujer. Sería muy interesante si no lo fuera.

No recuerdo qué seguía después de *E l'altro disse lui: Perchè nascose / questi il vocabol di quella riviera, / pur com'om fa de l'orribili cose*?

No recuerdo el nombre del autor de esos versos. Era italiano, creo. No recuerdo si yo soy italiano. Supongo que sí, porque hablo italiano. ¿Hablo otras lenguas? No lo sé.

No recuerdo al doctor Schweitzer.

No recuerdo mi nombre.

No recuerdo el sabor de los gnocchi de d'Angelo.

No recuerdo el tacto del dinero.

No recuerdo el color de su fular aquella noche junto al Adriático, mientras volaba haciendo círculos acantilado abajo. Ella reía. A ella sí la recuerdo.

No recuerdo Malta.

No recuerdo cómo he llegado hasta esta habitación.

PUERTA DE HIERRO

Constato sin demasiado entusiasmo que Madrid sigue existiendo.

JAVIER MORENO, *2020*

La señora se santigua ante el busto de santa Catalina. Baja las escaleras rozando suavemente sus dedos por el pasamanos; el tacto cada vez más caliente le hace levantar la mano y juntarla con la otra en su regazo. Al bajar del todo, procura no mirar el adorno en forma de piña que remata la escalera. Atraviesa el corredor y se santigua ante las imágenes de san Cosme y san Isidro; reza un avemaría al tocar un rosario colgado en el retrato de su madre muerta. Entra en la cocina tocándose la imagen de san Damián, labrada en oro, que lleva al cuello, y es entonces cuando ve los filetes apilados junto a la hornilla.

—¡Martha Cecilia! ¡Venga! ¡Venga inmediatamente!

—Voy, señora, voy. Aquí estoy. ¿Qué desea la señora?

—Martha Cecilia, por Dios bendito. ¡Esa carne está desnuda! Tápela antes de que la vea alguien.

CALLE CHINDASVINTO

Libros de texto todo el año

Anuncio en una librería madrileña

El cuarto está a oscuras. Se incorpora en la cama con un gesto automático y su respiración se agita. No da con la luz. Tira algo de ropa al suelo mientras tantea. Enciende al fin la lámpara. La una y media, ve en el reloj. Se escandaliza. «¡Me he quedado dormido!» Tiene pronto el primer ejercicio de la oposición. «¡La una y media! Y me tenía que levantar a las siete a estudiar. ¡Voy tarde! ¡¡No me va a dar tiempo!!» Hasta que no sale del cuarto de baño tras ducharse y llega a la cocina no se da cuenta de que es de noche. Se sorprende. Aún sigue escuchando la voz dentro de sí. «No me va a dar tiempo.» Y encogiéndose de hombros, desayuna.

SVALIAVA, UCRANIA

Mi padre siempre me decía que, durante generaciones, estos Cárpatos que separan tantas naciones han visto desde sus cumbres caer la sangre en nombre de las causas más diversas. Las montañas, iguales a sí mismas, han aprendido los diversos nombres con que los humanos han ido denominando a los paisajes que las rodean, y luego algunos de esos nombres se han olvidado, o se marcharon y luego regresaron. «Por eso, hijo —decía siempre mi padre—, nosotros nos limitaremos a amasar el pan para nuestros vecinos, que ya se ocuparán los estadistas de amasarnos a nosotros.» Los Cárpatos tienen forma de costurón, de costra, de cicatriz mal curada sobre la espalda de Europa. Parece que siempre hay quien disfruta levantando la costra, para evitar que se cure. Pero ahora toca amasar el pan para los vecinos.

AVENIDA MONFORTE DE LEMOS. ALCAMPO

Todo lo que pinto lo veo en este mundo, pero no todos ven lo mismo

WILLIAM BLAKE, carta a J. Trusler, 1799

Una fila de personas, una señora rubia, en la ventanilla de Información, para hacer ruidosas reclamaciones sobre productos defectuosos.

Una fila de personas, una señora rubia, ante una de las puertas posteriores, esperando en silencio a que salgan los productos desechados de la carnicería.

CALLE DE LOS NARCISOS

Como palabra del afuera, acogiendo en sus palabras el afuera al que se dirige, este discurso tendrá la abertura de un comentario

MICHEL FOUCAULT, *El pensamiento del afuera*

—No te puedo decir las muchas razones que tuve para venir a Madrid. Supongo que serán parecidas a las muchas por las que tú no has abandonado Barcelona.

—Quizá. A mí me gusta Barcelona, la quiero con la misma pasión y la misma falta de crítica con que uno quiere a su madre…

—Claro.

—… Pero no ignoro sus defectos. Es menos cosmopolita de lo que se piensa. No es, lo reconozco, hospitalaria. O no lo somos los barceloneses de siempre, aun sabiendo lo relativo e indefinible que es decir los barceloneses *de siempre*. Un hijo de emigrante nacido allí también sería *de siempre*, pero no lo es…; resulta complicado de explicar.

—No tanto.

—O no tanto, tienes razón. No sé. No voy a negar, lo repito, mis o nuestros defectos. Pero yo no estoy ciego, como otros. Veo cosas fascinantes en Madrid. Veo más pluralismo, más…, no sé cómo decirlo. Veo una anarquía que se parece mucho a la libertad.

—¿Has leído *Las ciudades invisibles*, de Italo Calvino?

—No, me han hablado de ese libro, pero todavía no lo he leído.

—Hay un momento en el que dice: «Renovándose cada día la ciudad se conserva a sí misma en la única forma definitiva: la de los desperdicios de hoy que se amontonan sobre los desperdicios de ayer y de todos sus días y años y lustros». Cuando pienso en Madrid, pienso así, que todo es una basura, pero que de esa condición excrementicia brota una energía especial, que los gases de las materias en descomposición emiten una fuerza energética renovadora y que donde hay energía, por muchos despojos que haya, hay vida también. Es la *ciudad continua* que describe Calvino. Acoge lo nuevo sin desprenderse de lo viejo.

—La ciudad continua. Como en *Solaris*, la película de Tarkovski.

Hermoso.

—La vida es movimiento.

—La vida es movimiento, sí.

PARLA. CALLE PARÍS

[Bibliomaquia]

La línea de Pont de Levallois secretamente le atrae,
ir detrás de la flecha de Port Dauphine

JUAN GOYTISOLO, *Paisajes después de la batalla*

Ahora podría perderme incluso aquí, en los alrededores
de casa, y disfruto esa sensación de préstamo,
sabiendo que puedo marcharme cuando quiera,
que la ciudad no podrá detenerme

ESTHER MORILLAS, *Algunas ciudades*

Pero lo importante es dejar París;
no se sale de las ciudades sino por medios enérgicos

ANDRÉ GIDE, *Paludes*

Según pasaban las semanas le daba más y más vueltas […]
París me aplastaba, me desarmaba, me sentía prisionera,
asfixiándome en un agua sucia y constante

PHILIPPE JAENADA, *El camello salvaje*

En mi vida privada
soy un tipo extremadamente deprimido.
Mira dónde estoy. Mira alrededor.
Estoy en París.

SLAVOJ ŽÍŽEK

He desgastado París
tanto como me he desgastado

EMIL CIORAN, *Cahiers*

En París, en el metro,
durante cuarenta años,
he estado pescando rostros,
perfiles de mujer o de hombre
que no volvería a ver nunca más

MARIE-HÉLÈNE LAFON, *Nuestras vidas*

En el metro de París nadie hablaba,
o lo hacía *sottovoce,*
como si los pasajeros lo considerasen
una capilla o un santuario.

JORGE VOLPI, *El fin de la locura*

Te das cuenta
de que es la última vez que me oyes por teléfono,
yo decía pero dónde estás,
ella se echaba a llorar,
estoy atascada en la Avenue de la Grande-Armée,
ni siquiera para matarme consigo salir de París

YASMINA REZA, *Una desolación.*

UMBRETE, SEVILLA

Comprender que, con el tiempo, toda memoria es también ficción.

DOMÉNICO CHIAPPE, *Tiempo de encierro*

[Cuando recuerdas un verano es así: teselas, piezas, minúsculas esquirlas brillantes que parecen iluminadas por el sol y el reflejo del mar en las paredes.] [Según los científicos, la memoria miente, es una especie de reelaboración, de lo cual se deduce que si somos el fruto de nuestra memoria, como sostienen algunos, en puridad seríamos o somos una ficción. La vida es moderna, pero el recuerdo parece ser posmoderno; por eso recurrimos a la fotografía o el vídeo: para tener documentos que atestigüen que estuvimos allí, aunque nuestro recuerdo de *cómo* estábamos o *qué* sentíamos sea mendaz; es como cuando ves una escena de una película y te dices: sí, es Kane junto a la chimenea; pero no, en realidad es Orson Welles.] [En los recuerdos de la adolescencia siempre es verano. Pero ese verano no hubo mar.] [Umbrete es una pequeña localidad situada cerca de Sevilla; al conducir en dirección a Huelva se indica la salida, poco después del IKEA.] [Cuando vemos una película, contemplamos dos cosas: la película en sí y a los actores en un concreto momento de su carrera profesional: no decimos sólo «qué buena película» sino «qué hermosa estaba la Hepburn en *The Philadelphia Story*». Siempre he pensado que para los actores deben de superponerse tres filtros o capas: la película, su rol o desempeño actoral en ella y la intrahistoria del rodaje, con sus anécdotas y recuerdos.] [Pasé internado en un colegio para estudiantes difíciles de Umbrete un verano, porque había suspendido muchas asignaturas y peligraba mi paso a tercero de B.U.P.] [No sé si debo escribir BUP o B.U.P., esto último parece un grupo terrorista, quizá lo fuera.] [No tenía novia aquel verano, lo cual le daba cierta emoción al tema; pensé *quizá no esté mal pasar un verano a la sombra, siempre que en Umbrete haya una chica guapa*.] [La mención del sistema de enseñanza sufrido por uno en su juventud es una forma de incardinación generacional, un mojón en el tiempo. Un gran mojón.] [En Umbrete había chicas, alguna incluso guapa, pero ese verano comprendí que yo era un alfeñique; aún no me había desarrollado,

mientras que otros quinceañeros eran grandes y parecían hombres. Yo parecía una serpiente pálida en trance de enroscarse. Soy alérgico al sol y a la humedad, mal negocio para un terrícola.] [Siempre he pensado que para los fotógrafos que documentan las películas, pagados por las grandes productoras, hay cinco capas: la historia filmada, los actores en un momento de su carrera, la intrahistoria del rodaje, sus propias fotografías que documentan un instante del tiempo, y la intrahistoria de su trabajo durante esos meses como fotógrafos en el set de rodaje.] [Unas chicas, mientras yo jugaba con otros veintiún fracasados un partido, me llamaron desde uno de los edificios de habitaciones lindante con el campo de fútbol. Su ventana estaba en el segundo piso. Cuando estaba bajo la ventana, sobre la línea derecha del campo, otra chica se acercó a mirar y les dijo a las demás, en voz susurrante pero que pude oír: *A ése no*. Entonces me dijeron las otras, en voz alta: *Nada, vete, perdona, nos hemos equivocado*.] [Volví a escuchar esa frase, en otras chicas, varias veces, innúmeros veranos, referida a mí.] [Al poco rato llamaron a otro chico, mientras yo perseguía sin suerte la pelota, y le tiraron un cubo de agua en la cabeza. Se rieron mucho. Él también. Hacía cuarenta y tres grados ese día y jugábamos al sol.] [«La *memoria iluminada* se produce cuando un determinado recuerdo se genera […] a la vez que "acontecimientos con una gran carga emocional"»; Diego Redolar Ripoll, *El cerebro cambiante*, 2013.] [Mientras me metían un gol por debajo de las piernas un rato después, llegué a la conclusión de que aquella chica, al salvarme de la broma, me había *preferido*, me había *considerado*, me había *privilegiado*, y por alguna clase de *inclinación* o sentimiento latente me había liberado, manteniéndome al margen del cubetazo.] [Siempre he pensado que para los historiadores de la fotografía sobre el mundo de Hollywood hay seis capas: la historia filmada en una película concreta; los actores que, en un momento de su carrera, participan en ella; el anecdotario del rodaje, al que tienen acceso por las entrevistas o libros de memorias de directores, productores o actores; las instantáneas del rodaje tomadas por aquellos fotógrafos a los que estudian y que documentan un instante del tiempo; la intrahistoria del trabajo del fotógrafo durante esos meses en el set, a la que tienen acceso por entrevistas o documentos privados del retratista, y el relato subjetivo de su propia relación con ese fotógrafo y con esa documentación privada, a la que tienen acceso mediante los artistas o sus familiares supervivientes.] [Tiempo después, años más tarde, quizá esta misma mañana, comprendí que lo que esa chica le había querido decir a sus amigas era: *A ése no, miradlo, pobrecito, es un niño; podría molestarse, iría corriendo a llamar a su mamá, no está preparado, no puede aún enfrentarse a mujeres como nosotras, no sabe lo que le espera y quizá deba esperar un poco, no está*

maduro; miradle, qué poquita cosa, qué escuchimizado y qué carita de no haber roto un plato, deben de haberle mandado aquí precisamente para que espabile, para sacarlo de la burbuja de protección en la que se resguarda, para que prepare la recuperación de la asignatura de la vida, para que conozca el otro mundo, ése en el que nosotras mandamos; dejadlo ir, pobre chico, ya tiene bastante con lo que tiene.] [Siempre he pensado que los grandes directores, como se desprende en cierto modo de las memorias de Ingmar Bergman, también *dirigen el rodaje*, deciden lo que va a pasar entre los actores, seleccionan actrices y actores calibrando minuciosamente los posibles conflictos de ego, estimulan la competitividad preparando el orden de maquillaje y el número de tomas innecesarias; así crean el entorno adecuado para que luego nazca un tipo de *recuerdo* concreto en todo el reparto que ha participado en la película.] [Aquel septiembre aprobé todas las asignaturas, menos una. Las mujeres ya no me protegen, salvo una.] [Iba a decir algo más pero llega el *The End*.]

BEIRA, MOZAMBIQUE. BEIRA TERRACE HOTEL

Tras peinar las cerdas del jabalí regresé al edificio rodeando el manglar que se está creando alrededor del depósito de agua. Pensé que en la 125 habría huevos, pero no recordaba haberlos recogido ya el día anterior. Las gallinas están desconcentradas y pierden la continuidad. Sí quedaba alguno en la 401, por fortuna, todavía a salvo de los galagos. Me costó atravesar el pasillo de la cuarta planta; en algún momento tendré que desbrozar los jaramagos y recortar los espinos. Me fijé en que unos mirlos han anidado en la 403 y que la 405 sigue extrañamente vacía, pese a la invitación de la ventana abierta. Está claro que a esa altura sólo pueden llegar pájaros buscando acomodo y no voy a permitir que se instalen las gaviotas, que lo llenan todo de excrementos, espinas de pescado y restos pútridos. Después he comprobado que las resmas de papel de recepción siguen intactas y secas, y que el suministro de electricidad sigue llegando a los contenedores, pese a la quiebra de la cadena. Me asombra la especie vegetal que crece espléndidamente en el salón comedor de la planta baja; es una trepadora que se adapta a cualquier tipo de superficie. Ahora está comenzando a invadir sillas y tresillos y las recubre de un tapizado verde y mullido, como de dos dedos de grosor.

Hoy no he visto las huellas. Quizá fueran mías, no lo descarto, aunque me parecieron más pequeñas, como de mujer o de niño, no sé. Creo que cuatro años de soledad —en algún lugar de este cuaderno estará apuntada la fecha de comienzo—, pueden animar a la mente a fabular visiones. Después del almuerzo, que hoy pude hacer en la terraza, gracias a la inesperada mejora del tiempo, hojeé algunas entradas del año posterior a la pandemia y comprobé con cierta irritación que tengo pensamientos recurrentes, ideas fijas que, sin embargo, parecen originales cuando me llegan. Es como si hubiera escrito ya antes esto mismo que ahora redacto. Obcecación en círculos, no sé, como las olas divisables desde la azotea. Mañana es día de poda general. Antes de acostarme afilaré la guadaña, así que debo retirarme a descansar. No lo olvido: en algún momento habrá

que liberar al elefante.

AVENIDA DE ZARAUTZ, SAN SEBASTIÁN

—¿Qué le ha parecido la experiencia?

—Desol… en realidad, no sé qué decir. No quiero apresurarme a encontrar un adjetivo.

—Pero ha comenzado a pronunciar la palabra *desoladora*.

—Por un lado, sí, lo es; por otro, hay algo reconfortante en la secuencia. Es… Es difícil, intento procesarlo todavía.

—Tranquilícese, es normal. Las primeras reacciones suelen ser encontradas, hablamos de una experiencia compleja, demasiado grande para ser asimilada de golpe.

—Así es.

—Si le parece, nos iremos acercando por partes. ¿Qué ha sentido al principio?

—Pues un poco de ansiedad, no sabía por dónde debía comenzar. No quise, por supuesto, ir al final, postergué la decisión de si lo vería o no. Me preocupaba… me preocupa que sea demasiado traumático. Así que me fui a un instante algo posterior de la grabación, ignoro cuántos meses o años en el tiempo, y estaba en casa, era una visión muy similar a cualquiera que haya tenido estos días. Así que adelanté más hacia el futuro. Y vi una calle donde nunca he estado; eso me animó, me dije: *verás ciudades nuevas*, pero al rato de caminar me desanimé: era Donosti, estaba caminando por un barrio al que nunca voy, para arreglar una tostadora. Eso sí, la dependienta fue muy amable conmigo. Me quedé viendo un rato, por si en la tienda había… quiero decir, *habrá*, espejos, para comprobar cómo será mi aspecto por entonces, pero no tenían. A la salida, la puerta de cristal no reflejaba bien, y no podía verme a mí misma. Se me ocurrió adelantar la grabación un poco, unas horas o así, y, tras unos intentos, conseguí llegar al momento en que me despierto… despertaré, ja, ja…

—No se preocupe, es normal ese desajuste entre el recuerdo de su visionado de la película y el hecho de que la grabación registre el futuro. Puede hablar como quiera, que la entiendo.

—Sí, gracias, la cosa es que me vi reflejada en el espejo. Supongo que era dentro de unos años, porque tenía el pelo casi blanco y más

arrugas. No tenía aspecto de teñirme el pelo ya. Fue un poco deprimente.

—Ése fue el primer momento en que se preguntó si quería seguir viendo el archivo.

—Exacto. ¿Cómo lo sabe? Bueno, supongo que le sucede a casi todo el mundo.

—Más o menos.

—Luego fui salteando, picoteando instantes hacia delante, pero cada vez *menos* hacia delante, cada vez me daba más vértigo avanzar demasiado. Y entonces apareció el segundo problema, la falta de contexto. No entendía qué estaba viendo. La pantalla mostraba lugares, espacios, personas que no conocía, y ver unos minutos, a veces bastantes, tampoco ayudaba a orientarse. Estaba completamente perdida, no sabía si lo que estaba sucediendo, si lo que sucederá, tenía alguna importancia, o carecía de ella por completo. No podía distinguir lo ordinario de lo fundamental, lo cotidiano del…

—Acontecimiento.

—Sí, puede decirse así. No sabía, no podía saber, si lo que estaba viendo era trascendente para mí, si será decisivo.

—¿Cómo se sentía?

—Pues… era frustrante, era desolador. Iba pasando momentos y todos parecían anodinos, insustanciales, iguales entre sí: fragmentos de mi cama, oscuridades que deben de ser los momentos de sueño, infinitos momentos en el fregadero, lavando platos, recogiendo la casa, haciendo la cama, en la cocina, limpiando o cocinando, en la ducha, enjabonándome, enjuagándome o secándome, cuadrando como siempre la contabilidad de mi empresa, en la que me jubilaré… vi páginas de libros que releo o revistas que leeré, había pantallas con vídeos o telediarios, abundaba la imagen del despertador con las cifras iluminadas durante la noche… Al parecer, no reharé mi vida con nadie; pensé que tras mi divorcio encontraría a un hombre mejor, bueno y cariñoso, pero en todas las escenas caseras aparezco sola, o no se ve, ni se oye, a nadie más. Ahí fue cuando decidí parar, me aterró la posibilidad de que en ningún momento de mi futuro aparezca ninguna pareja. No quiero deprimirme. Me di cuenta de que si veía demasiado me quedaba sin esperanzas.

—¿Algo más, alguna otra enseñanza, además de ésa?

—No lo sé. Tengo que procesar lo que he visto. Pero la falta de contexto es angustiosa: tienes todo tu futuro ahí, a tu alcance, pero no puedes entenderlo, ni desentrañarlo, es como si estuviera en otro idioma, o como si tú fueras otra persona. Parecía una película de ficción, pero de ésas de Sundance, aburridas como telefilmes costumbristas. Tendría que ver fragmentos de ese vídeo durante semanas, o meses, para tener todos los datos de las situaciones, atar

los cabos y llegar a conclusiones. Acabaría antes viviéndolo que viéndolo…

—Sí, eso tiene gracia.

—Y, bueno, para terminar… le confieso que no me atreví.

—¿A qué?

—A ver el final. A ver cómo… cómo muero.

—Ah, no se preocupe, lo daba por supuesto. Desde que existe esta técnica, hace tres años, ninguno de nuestros siete mil clientes ha querido ver el final. Nadie se atreve. Ni nosotros tampoco.

CORONEL PRINGLES, ARGENTINA. CALLE ADROGUÉ

El proyecto de una novela que no tiene fin, que dura lo que dura la vida del que la escribe

RICARDO PIGLIA, *Formas breves*

—Imagínate la misma idea, pero contada en un relato de Ricardo Piglia. No de esos relatos de Piglia del tipo *Formas breves*, sino más bien en la órbita de los microcuentos que disfraza como partes de su novela *La ciudad ausente*. Según este modelo, la máquina narrativa convierte tu idea en una aberración. En vez de contar la historia de dos ciudades bajo un modelo, digamos, dickensiano, se utiliza una fórmula morbosa, la de una enfermedad del texto.

—No entiendo.

—La disociación. Se toma el libro y se lo diseña como si fuera una persona, a la que se le hace padecer después una patología. El protagonista de la novela no es un personaje al uso, sino una ciudad: Madrid. Pero el personaje tiene síntomas de esquizofrenia, se vuelve episódicamente loco, y a ratos se piensa otro, y queda representado como el relato prisionero de una identidad ajena. Es decir, Madrid se creería *otra ciudad*.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, Córdoba.

CRÍTICA LITERARIA DE LOS SERVICIOS DE URGENCIAS DE CÓRDOBA. (BAREMO, AJUSTE Y PROPUESTAS DE RECICLADO ADMINISTRATIVO)

Pese a la reflexión, tienen algo de cuaderno de bitácora, de blog lleno de ocurrencias ante lo que ocurre: no detienen el tiempo, sino que lo dejan correr. Y eso no les hace débiles ni fragmentarios sino seres de metamorfosis

JOSÉ LUIS MOLINUEVO, *La vida en tiempo real*

Una ciudad de pensamientos rotos
y vueltos a ordenar con humildad

ÁLVARO GARCÍA, *Intemperie*

No es expansión, sino pegamento

A. FERNÁNDEZ MALLO, *Creta lateral travelling*

Post 06/11/2006. Centro Asistencial de avenida de América

En el servicio de caballeros alguien ha abandonado un periódico. Lo hojeo mientras espero sentado. Es un ejemplar de *La Vanguardia*, del 22 de enero de 2006. Hay un artículo sobre médicos, titulado «Médicos y adictos», con un párrafo subrayado en rojo. El párrafo recoge la opinión de una mujer cuyo marido, cirujano, tenía problemas de alcoholismo:

> «Un estatus socioeconómico alto sólo se consigue trabajando muchas horas y, antes de la ley de Incompatibilidades, nadie ponía límites. Era muy normal que un médico tuviera más de

una plaza y además trabajara en la privada. Si no llegaba a todo ponía sustitutos y ya está.» Acostumbrarse a la buena vida, algo propiciado por el trato que los laboratorios farmacéuticos dispensaban a los médicos y por las prebendas propias de la profesión, también influye. Su marido tuvo suerte, porque nunca tuvo ningún problema grave con sus pacientes, aunque al final los errores de diagnóstico o los sangrados de enfermos en las operaciones por malas praxis fueron evidentes.

Alguien entra apresuradamente en el servicio y se queda respirando hondo, junto a los lavabos. Pregunto en voz alta:

—Disculpe, ¿ha olvidado usted algo? ¿Quizá un periódico?

—Sí, sí. ¿Lo tiene usted?

—Aquí está —se lo paso por debajo de la puerta.

—Gracias. Disculpe.

Y sale corriendo. A través del espacio que queda entre la puerta y el suelo, he podido ver unos zuecos blancos y una bata verde.

Post 04/11/2006. Centro Asistencial de avenida de América

Lo más llamativo en el ambulatorio de Colón es la preocupación por el turno, por el orden de llegada. La última mujer sentada (hay un 90% largo de mujeres, entre los cincuenta y los setenta años de edad) detalla a la que acaba de llegar que ahora es ella la última; que antes hay treinta y siete personas, y que ella —ahora penúltima— va detrás de esa señora, que a su vez va detrás de aquélla y ésta, tras la de más allá. El caos del servicio debido a la falta de medios produce un instintivo y quizá natural deseo de orden en el paciente. Entra una otorrinolaringóloga que, por su aspecto, necesita más cuidados que la mayoría de enfermos que aguardan.

Post 03/11/2006. Distrito Atención Primaria (c/ Blanco Soler)

9 minutos

Invitar al paciente a sentarse, estrechar su mano y presentarse… 30 segundos. Rellenar los formularios necesarios para solicitar las pruebas que precise… 60 segundos. Recetar los medicamentos que creo indicados… 30 segundos. Entre principio y final me quedan siete minutos. Dos minutos y 30 segundos para preguntar, escuchar y apuntar los síntomas (a veces tres minutos). Un minuto y 30 segundos para anotar los antecedentes de importancia (a veces un minuto). Dos minutos para realizar una exploración neurológica enfocada (no, no quise decir incompleta). Un minuto para llegar otra vez a la silla,

sentarse, escribir los datos de la exploración, escribir el diagnóstico inicial, anotar los pasos siguientes que deben seguirse, en cuanto a pruebas y tratamientos que se prescribirán. Lo olvidé, justo antes del diagnóstico, un instante de reflexión… menos de un segundo.

Del blog anónimo
«Diario de un médico del Servicio Andaluz de Salud»
(http://blogs.ya.com/medicodelsas); 16/06/2005, 01.15 h.

Post 23/10/2006. Centro del S.A.S. plaza de Colón

A mi lado dos médicos, de blanco, conversan de pie, en voz alta y sin ningún asomo de recato.

—El jueves me voy.

—Qué suerte tienes.

—De suerte nada, macho. Lo que tú tienes que hacer es currártelo también.

—Pero si es que no me visitan, y cuando vienen no me ofrecen chollos como ésos.

—¿Qué no te vienen? ¿Y desde cuándo tienes que esperar?

—No te entiendo.

—No, Luis, la cosa no va así, ahora es al revés. Lo que yo hago es llamar al visitador, y pedirle.

—¿Cómo?

—Claro, tío. ¡Es al revés! Cuando te venga uno espabilado, uno que veas que es de un laboratorio fuerte, quédate con su tarjeta y no la tires. Despacha dos o tres recetas en una semana.

—Pero pierdes…

—Vale, sí, por ahí pierdes. Pero despáchalas, olvídate del genérico. Fotocopias las recetas de su medicamento. Luego le mandas un fax con las fotocopias. Y unos días más tarde lo llamas para preguntarle si le ha llegado el fax. Te dice que sí. Y te da las gracias. Y tú le dices que te hace falta un ordenador portátil, o un móvil nuevo. O un viaje al Caribe, que es lo que he hecho yo.

—Pero qué dices…

—Como te lo cuento.

—Pero… y él, ¿cómo lo factura, cómo justifica eso?

—Luis, *ése es su problema*, no el nuestro… El S.A.S. te multa por haberte pasado en las recetas, házselas a los que los necesiten de verdad; a los demás, ya sabes: paracetamol. Pero, ¿qué prefieres? ¿Un portátil y una multilla, o nada?

—Caramba…

—Espabila, tío, que todos lo hacen… A Carla le han dado un Nokia que te cagas, el 8800 ése del anuncio nuevo. Novecientos euros cuesta.

Cuando lo usa, brilla tanto que ilumina con él los pasillos del Infanta Margarita de Cabra…

—Pues Milagros quería para Reyes uno de ésos con cámara.

—Pues llama al visitador más *avispao* que tengas, y se lo pides, por la cara… ¿No ves que a él le van a pagar por primas, y puede justificar gastos? ¿No ves que si no lo haces tú lo va a hacer otro? Y además, haz como yo: se la juegas a dos distintos, y la segunda vez, no hace falta ni que le recetes… Él pensará que lo haces, y a por otro laboratorio.

—Vaya…

—Esto es así, Luis.

Y se alejan.

Me quedo mirando al señor de enfrente, tendrá unos cincuenta, gordo, calvo y con gafas, que también ha escuchado la conversación.

—Esto es así —le digo.

—Pues claro que es así. Usted es poeta, o escritor, ¿no?

Asiento.

—¿Y no gana usted premios amañados?

—No. Tampoco los amaño cuando soy jurado.

—Pues es usted raro, casi todo el mundo funciona así, debe de estar usted enfermo.

—Por eso estoy aquí, supongo.

Post 22/10/2006. Servicio de Urgencias. Hospital Reina Sofía

Miro en el suelo las líneas dibujadas. Me han rogado que siga la amarilla, hasta que se termine. Paralelas a ella se extienden una verde y una roja. ¿Cuánto me falta para tener que seguir la roja? ¿Qué hice para apartarme de la línea verde? ¿Se trata de alguna clase de advertencia subliminal, que me avisa de que mi salud está en ámbar, como los semáforos antes de cerrarse?

*

El servicio de Urgencias del Hospital Reina Sofía se remodeló hace poco tiempo. Su estilo es funcional, como el del edificio huésped. En general, la arquitectura sanitaria cordobesa responde a parámetros racionalistas, lo que choca de continuo con su funcionamiento interno, bastante irracional, como veremos. En la reforma del hospital se dio una pequeña pátina de modernidad arquitectónica al ala de Maternidad, que parece, de este modo, una construcción de mediados del XX, mientras que el cercano Hospital General, el antiguo Hospital Militar y el Hospital de la Cruz Roja rozan lo decimonónico.

Suponemos que la crítica que se nos ha encargado no se refiere al

lado constructivo de las edificaciones hospitalarias cordobesas sino, más bien, a su aptitud para ser tales. De la misma manera que los críticos literarios juzgamos como bueno un libro cuando parece responder a ese cruce, difuso por naturaleza, entre dos vectores (las aspiraciones detectables del escritor al plantearse la obra y el resultado final, por un lado; las expectativas del lector al adquirirlo y la respuesta obtenida, por otro), la crítica hospitalaria debiera, al menos, orientarse al entrecruzamiento de otros tres: la satisfacción del cuerpo médico con la estructura (arquitectónica y burocrática) donde trabaja; la satisfacción del médico, considerado individualmente, con su propia labor; y, por último, la satisfacción del cliente (el enfermo) con el resultado final del tratamiento, sea éste curativo o de mero diagnóstico. Esta complejidad hace que el desarrollo de nuestro trabajo sea especialmente complicado, y aun ambiguo: un servicio de Urgencias donde el paciente sale rápida y diligentemente atendido, pero cuyas condiciones de habitabilidad van resintiendo la salud física y moral de los profesionales, ¿es un buen servicio de Urgencias? Unas instalaciones planeadas hasta el último detalle, bien cuidadas, dotadas de perfecta iluminación y médicos preparados, activos e incentivados, pero donde la espera media del enfermo llega a las seis horas de media, ¿es un mal servicio de Urgencias? Si lo vemos como críticos de prosa, como exegetas encargados de la hermenéutica de sistemas narrativos complejos, pues la novela tiene también una *estructura* y un *argumento*, quizá del mismo modo estructura y argumento (planificación urbanística, proyecto arquitectural, organización administrativa, como aquélla; tratamientos médicos y sistemas de jerarquización de la atención al paciente, éste) puedan ser, al cabo, la síntesis final del relato hospitalario.

*

Las «Urgencias del Reina Sofía», son una de las fuerzas físicas vivas más presentes en Córdoba. Las otras dos son el tanatorio (en abstracto, sin particularizar) y El Corte Inglés. Se caracterizan como tales porque todos los cordobeses acaban pasando por estas tres instituciones varias veces a lo largo del año (incluso, varias veces al mes o a la semana: Córdoba es una ciudad donde se compra mucho, se muere a chorros la gente y se arroban hipocondríacos a mansalva), y funcionan como *atractores* sociales, centros de flujo donde la entropía continua de la deriva por la ciudad se colapsa y acaba encontrando nodos fijos de encuentro:

1) «A Rafael lo veo de vez en cuando en los tanatorios, o en la cafetería de El Corte Inglés»;

2) «No te puedes imaginar la cantidad de gente que me encontré el

sábado en Urgencias del Reina Sofía».

Este tipo de frases es muy común, lo que demuestra que son centros neurálgicos de la cotidianidad cordobesa. Además, *todo el mundo* tiene un amigo que trabaja en El Corte Inglés o que es médico del Reina Sofía, que es como decir que es de Urgencias, ya que los servicios de atención urgente en Córdoba son atractores de todos los médicos del propio servicio hospitalario. Esto no es así por voluntad de los médicos, desde luego, sino por inercia sociológica: un paciente no tiene la sensación de haber sido bien atendido por el Servicio Andaluz de Salud (S.A.S., en cordobés se pronuncia *sá*) si no han acudido a verlo a la consulta todos sus conocidos que trabajen, sea como cirujanos o como celadores, en el centro hospitalario. Esto provoca auténticas mareas humanas en los aledaños del servicio de Urgencias del centro, formadas por: a) los médicos titulares del servicio; b) los médicos no destinados a Urgencias, pero que se pasan para interesarse por los conocidos ingresados o en espera; c) personal diverso del centro, sea en funciones laborales o de visita; d) pacientes; e) familiares y amigos de los pacientes; f) amigos de los familiares de los pacientes; g) médicos y miembros del personal hospitalario que vienen a saludar a los familiares de los pacientes; h) curiosos de todo tipo, grupo que engloba a vendedores del cupón, periodistas infiltrados, comerciales de aseguradoras médicas, ociosos varios, morbosos patológicos y críticos literarios de los servicios de Urgencias, como es hoy mi caso.

*

La señora que está a mi lado lleva doce horas aquí.

—Mire, joven, entré ayer a las cuatro de la mañana y son casi las cinco. De modo que hubiera tenido más suerte si llamo esta mañana al médico generalista y pido consulta para mi Paco. A lo mejor nos hubiesen hecho un hueco al final de la mañana para ver a mi marido, que es lo que siempre hacen.

—Lo que yo no entiendo es por qué lo llaman «de Urgencias» —dice el marido cada dos por tres, mientras jadea, ahogado—. Si fuera de urgencias, ¿te atenderían rápido, no?

Yo le miro asintiendo, creyendo que *no* es una pregunta.

—¿No?

—Ah, es que… imagino que para ellos no todos los casos son realmente urgentes. Hace un rato, usted lo ha visto, ha pasado una camilla a toda velocidad, con un herido muy grave por un accidente de tráfico. Ése no ha tenido que esperar.

—Pues tiene narices, ¿no cree? Encima de que tiene un accidente por exceso de velocidad, sigue yendo rápido dentro del hospital. La

verdad, me parece un poco injusto. Yo creo que, precisamente por ir a toda leche en la carretera, jugándose la vida de los demás, aquí tendría que ir más despacio y esperar un buen rato, como todos.

—Paco, no digas gilipolleces delante de este señor, que las apunta.

*

Aunque como crítico hospitalario, como vendedor del cupón, como carpintero, profesor y comercial (soy escritor, no se olvide) he acudido varias veces al servicio de Urgencias de Reina Sofía, como paciente sólo he venido una. Fue en torno a 1994 o 1995; yo era aún opositor y los fines de semana me quedaba solo, teniendo que hacerme la comida. Metí en el horno unas berenjenas rellenas de queso que seguramente llevaban en el congelador desde mediados de los ochenta, sin mirar la fecha de caducidad. Aquel acto tuvo varias consecuencias nefastas: comerme unas berenjenas rellenas, algo que nunca he vuelto a hacer, sufrir una gastritis de aúpa y mirar obsesivamente desde entonces la fecha de caducidad de todos los productos, para desesperación de los míos. A media tarde comencé a sentirme muy mal, y a última hora vomité una espesa plasta de color sospechosamente oscuro. Por entonces —era opositor y escritor, no se olvide— tenía severos problemas estomacales, un principio de úlcera duodenal, y un miedo cerval a un derrame sanguíneo en el aparato digestivo. Mirando aquella papilla en el retrete me entró el pánico y pensé que había llegado el fatal momento. De modo que salí corriendo hacia Urgencias de Reina Sofía. Después de saludar a un par de conocidos que estaban dentro (por entonces no estaba terminada la remodelación, y Urgencias era sólo una enorme entrada en la parte central, que llevaba a una sala rectangular, de color azul, donde todo tipo de personas se mezclaban en un caos indistinguible), expliqué mis síntomas a una enfermera, y me dispuse a afrontar el desafío de todo servicio de urgencias: la Espera. La Espera en urgencias es una espera mayúscula, no sólo por la desmesurada duración, sino por la vastedad de la incertidumbre. Sabes cuándo llegas a Urgencias, pero no cuándo sales. Llegas hoy y, seguramente, saldrás mañana. A pesar de que me autodiagnostiqué una hemorragia estomacal, esperé cuatro horas. Tuve suerte, porque era sábado por la noche y había partido del Real Madrid, algo que disminuye, según estadísticas reales y sobradamente comprobadas, entre un veinte y un treinta por ciento el número de triajes. Cuando describí mi peripecia *berenjenil*, el médico de guardia ubicó mi gozo en un pozo: «Su vómito, ¿era completamente negro?» «Bueno, era muy oscuro.» «No es lo mismo. Le repito: ¿era total y absolutamente negro, como esta carpeta?» Miré la carpeta como si en su interior estuviese mi mejor cuento, con esa misma ansiedad de

identificación, pero tuve que reconocer que no, que mi vómito no era *tan* negro o que, quizá, no era negro ni un tanto así, más bien pudo ser marrón, quizá naranja oscuro. Vamos, que era una mierda de vómito, un vómito común y sin glamur de negros Coco Chanel. «Entonces —me espetó aquel listillo, qué mal me cayó—, no puede ser una hemorragia, porque hubiera bastado la emisión de un mililitro de sangre para que el vómito fuese negro como esta carpeta.» Yo contemplaba, hastiado, cómo el papanatas de batita azul (nada glamuroso, tampoco) agitaba la carpeta de marras en el aire, como una verdad incontrovertible, como un *carpetoargumento*, como evidencia abanicante de mi incapacidad diagnosticadora. Solicitó una serie de pruebas para «descartar» cualquier complicación digestiva. Salí de su despacho humillado, con la sensación de ser un enfermo cutre, alguien que sólo puede alegar un dolor de estómago para estar allí, y creo que los demás pacientes lo notaron; me pareció que me miraban mal, como reprochándome haberles pospuesto para nada. «Mira ése, con su vómito de Naranjito», parecían decirme los ojos inclementes de una señora. Al hacerme un electro, la enfermera me dijo:

—Y si te duele el estómago, ¿por qué te han pedido un electro?

—Y yo qué sé. Pregúnteselo al listillo de la carpeta que *sí* sabe diagnosticar.

—¿Qué carpeta?

Me fui de allí a las tres de la mañana, humillado, triste, con dolor de estómago, con un diagnóstico de gastritis leve y con la promesa de no volver jamás. A comer berenjenas.

Hace unos meses volví otra vez, en esta ocasión semiinconsciente, con la cabeza y la nariz partida por un síncope vagal, producido en mi casa al levantarme. A causa del estrés. Esta vez apenas esperé. Pero, para enseñarme que vivir con prisas no lleva a ningún sitio, o sólo a ése, quizá debieron hacerme esperar más.

Post 18/10/2006. Hospital General

En la séptima planta se alojan los enfermos de la tercera edad. Se sabe antes de mirar las habitaciones, por el poco movimiento. Sólo hay, prácticamente, enfermeras. Decenas de abuelos, de ancianas, languidecen en sus camas, mirando por la ventana, solos. Muchos de ellos tienen problemas respiratorios, y me observan con la boca abierta, aunque su cabeza está muy despierta. De hecho, me temo que varios preferirían gozar de menos lucidez. Llega la hora de la comida. Las enfermeras les dejan sus bandejas con la mejor sonrisa, llamando a cada uno por su nombre. Supongo que les gustaría quedarse a comer con ellos, para hacerles compañía. Pero, ¿qué pueden hacer cuatro

ATS en una planta completamente llena de ancianos solitarios? Una enfermera muy joven llora en el cuarto de limpieza. Otra llega y le pone una mano en el hombro, reconviniéndola con una mirada que parece decir: acostúmbrate, no podemos cambiar el mundo. Entre gemidos, la otra dice: «Me recuerda a mi abuelo, Maty. Podría ser mi abuelo». Seca sus lágrimas con la servilleta del menú, que apenas ha sido probado por el enfermo. Desde la planta séptima del Hospital General, Córdoba parece un pueblo, una ciudad chata, demasiado llana.

*

Cuando atravieso uno de los pasillos, una puerta se abre. Una limpiadora sale y al fondo veo otra, raspando una superficie donde una mancha orgánica, de color amarillo, cubre parte del suelo. Me pregunto, en el caso de que esa sustancia plasmática no hubiera perdido aún toda actividad vital, si sería viable recuperar su ADN y, en tal caso, si sería posible clonarlo. En tal caso, ¿qué resurgiría de esas informidades amarillas?, ¿un ser humano?, ¿una enfermedad?, ¿una nueva forma de vida, producida por la mezcla de restos físicos, suciedad del suelo, productos de limpieza? ¿Será nuestro mundo, o el propio ser humano, el resultado de la clonación primigenia de un mejunje similar?, ¿una mutación del caldo prebiótico marino que, quizá, no era más que una piscina de mierda? ¿No es plausible la explicación de un gusano arrastrándose fuera del agua contaminada, asqueado, como primera forma de vida sobre la tierra?

Gracias a Dios, la limpiadora cierra la puerta.

Post 15/10/2006. Introducción

—¿Hace usted crítica hospitalaria, también? —me preguntó aquel señor canoso, después de darme su tarjeta de visita, en la cafetería donde suelo desayunar.

—Perdone…, ¿cómo ha dicho?

—Que si critica usted hospitales, como reseña libros.

—…

—Lo necesitamos.

Pensé que todo era una broma hasta que me llegó, por correo, el cheque.

Y uno es escritor y tiene que comer. No se olvide ese detalle.

MALASAÑA

La calle, si me permite decirlo, es como un psiquiátrico enorme.

Un vagabundo en *Callejeros*,
canal Cuatro, 09/03/2007

Sales del pub feliz como una cuba
tus amigos te esperan en el coche
y subes jo qué noche hacia tu casa
mientras cantáis los veis pasar despacio

hombres solos andando y la mirada
perdida por el suelo
hombres perdidos
que a veces se despiertan y te miran
y adviertes algo en ellos que te escama
por un momento dudas ya no ríes

¿qué te separa de ellos?

¿cuántos años?

BREMEN. NIEDERSACHSENDAMM

Ideas para instalaciones artísticas: Colocar en las calles de una ciudad bocas de metro falsas, idénticas a las reales pero ubicadas en lugares inopinados, para despistar a los viandantes. Situar postes de parada de autobús o marquesinas en la ribera de un río. Pasos de cebra diminutos, intercalados entre las bandas de los pasos de cebra. Escaleras mecánicas en funcionamiento que den a muros en construcción. Una réplica del Ayuntamiento en las afueras.

CALLE TROYA

Qué cosa tan rara es la vida, qué diversa maraña de sucesos, secuencias, emociones, calles y acontecimientos, qué gama de silencios, qué proliferación. Pese a que no venimos, sino que nos traen a la vida, nos nacen de manera forzosa, acabamos componiéndonoslas para darle sentido a todo, para buscar un acomodo razonable en la existencia y considerarla más valiosa que el resto de entes, objetos y estados. Todo el universo vale menos que el hecho mismo de vivir, como si el cosmos no tuviera razón de ser sin nosotros. Esta cadena de sinsentidos, o de actos cargados de significación, es una cárcel tan maravillosa y variada que no la cambiaríamos por nada, y consideramos que nuestro periplo en ella es libertad y albedrío, quizá porque no conocemos más mundo que éste, porque hemos convertido en un paraíso la falta de opciones.

AUTOBÚS CIRCULAR

En cuanto al idioma, se aprende aguzando el oído en la calle, y bastante en el autobús, según el libro que vayas leyendo

AUGUSTO MONTERROSO

[En cursiva: Fragmento de *El objeto invisible*, de Jean Genet]

Esta región secreta, esta soledad donde los seres —también las cosas— se refugian, es la que da tanta belleza a la calle, por ejemplo: estoy en el autobús, sentado, Bueno, ¿y no me lo vas a contar? *basta con que mire fuera*. Contarte ¿qué? *Desciende la calle por la que baja el autobús. Voy lo bastante rápido para no tener la posibilidad de demorarme en un rostro o un gesto*, ¿Cómo que qué?; me ha dicho Mamen que has cortado con Rafa *mi velocidad exige de mi mirada una velocidad correspondiente, pues bien, ni un solo rostro, ni un solo cuerpo, ni una sola actitud*, Eso no es verdad. Es él quien me ha dejado a mí *dispuestos para mí: están desnudos. Capto* […] *un empleado, otro, una multitud de empleados, toda una ciudad poblada de empleados encorvados*, ¡Qué fuerte! ¿Por qué? ¿Qué explicación te ha dado? *por completo reunidos en este detalle de ellos mismos que mi mirada capta: un rictus de la boca, un cansancio en los hombros…* Pues lo de siempre, que ya estaba cansado, que siempre lo mismo *cada una de sus actitudes, tal vez a causa de lo velocidad de mi ojo y del vehículo, es bosquejada tan deprisa*, Pero también me dijo que no podría estar ahora con nadie, que necesita estar solo para encontrarse *tan deprisa captada en su arabesco que cada ser se me revela en lo que tiene de más nuevo*, ¿Y cómo estás? *de más irremplazable —Y es siempre una herida* Pues mal, cómo voy a estar […]. *La ciudad —hecha de soledad— sería admirable de vida, salvo porque mi autobús se cruza con unos enamorados que atraviesan una plaza: van cogidos por la cintura* Pero… ¡mira!: ¡si son ellos! *y la muchacha ha inventado un gesto encantador, poner y mantener su pequeña mano en el bolsillo* ¡Allí, junto a la fuente! *posterior de los vaqueros del chico*, ¡Rafa y Mamen! *y he aquí que ese gesto gracioso y afectado vulgariza una página de obras maestras.*

CALLE CHAPINERÍA

Ese término medio de las afueras, con sus hotelitos y sus calles medio urbanizadas y sus barrizales, me produce una impresión muy triste.

PÍO BAROJA, *Historias lejanas*

Le pide a su mujer un reposo, sugiriéndole que sea ella quien esté arriba. Así lo hacen. Ella comienza a rebotar contra su cuerpo tenso, apoyando sus manos en el pecho para estabilizarse. Él se relaja de cintura para abajo, echando hacia atrás el cuello y respirando más despacio. Piensa que le va a ser difícil mantener la erección porque está cansado y no le apetece demasiado tener sexo esta noche. Se imagina tras la pared contigua la nueva pareja de vecinos. Ella es tan joven y guapa…; seguramente en este momento estará haciendo el amor con su novio. Eso lo excita. Se endurece y su esposa se clava con más fuerza, gimiendo profundamente. Aunque no piensa en ella, él hace como que gime y le acaricia un muslo para disimular. Sigue pensando en la otra pareja y en las posibles posturas que irán tomando. De hecho, la joven le recuerda a su esposa cuando era más joven, en aquellos tiempos en que se mudaron a la parte norte. Mientras nota el primer orgasmo de su mujer, rememora la primera noche en este piso, que pasaron en la cama, como todas las demás, pero sin dormir un solo minuto. Era verano, y se ducharon seis o siete veces. Ella siempre se dejaba algo de ropa, para incitarle, pero obligándolo a él a estar desnudo y excitado hasta el amanecer. Abre los ojos y la ve hundiéndose en su cintura. Ella levanta los ojos y al ver su expresión de deseo, se sonroja. Al verlo, él la besa, la tumba boca arriba y comienza a hacerle el amor.

CALLE ARROYO DEL FRESNO. SMS

kriño, siento no haber ido. tráfico imposible, he tenido ke volver a casa. mñna cenamos juntos. te kiero ♥♥

AUTOVÍA A-6. TAXI

Aquel que va delante, piensa mientras enciende un pitillo, debe de ser Juan. Conduce por los puentes, es de noche y tira a casi ciento cuarenta por hora. Recuerda que hoy ha montado a un compañero, otro taxista de Murcia, que no daba crédito a la velocidad habitual en estos pagos. Qué entiende uno de Murcia de esto. Murcia. ¿Cuántas calles hay en Murcia, cuántos puentes, cuántos pasos subterráneos? Allí el taxi debe ser un barco que navega las avenidas y deja a los clientes en su puerto… Aquí en Madrid los taxis son, piensa mientras acelera para ver si el otro es Juan, hidropedales, hidropedales de mierda pataleando en el asfalto inacabable, que es el único amo. La ciudad tiende sus guías y sus carriles forzosos en los que el taxi parece aprisionado. Qué puede saber el colega murciano de esa sensación de hastío que se sufre en los atascos de aquí, donde la bocina es como un grito que tu taxi y tú lanzáis contra la ciudad tirana. Sólo así, apretando el acelerador, como ahora, de noche, como ahora, parece que uno se libera, parece que el taxi se escapa, se sale de los raíles, toma su rumbo propio, quiebra las leyes que esos esclavos verdes de la poli intentan aplicar sobre sus motos blancas. Sólo así se siente uno libre, cuando corre huyendo del control y los radares; qué saben de eso en Murcia. La libertad es correr libremente por los pasillos de la cárcel, tan rápido que tus carceleros no puedan verte, sentir el vértigo al subir los puentes, al doblar las curvas, al tomar las incorporaciones; saber que eres el que más derecho tiene al asfalto, a la prisa y a la noche.

CALLE REDONDILLA

Le dibujé un mapa de Madrid
en que todas las calles

llevaban a mi casa

y se perdió.

ROBLEDO DE CHAVELA. INSTALACIONES DE LA NASA

Y, sin embargo, se preguntó, ¿qué otra cosa, sino las afueras, era esa sucesión de baldíos y casitas dispersas, de galpones torcidos y columnas de no se sabía qué?

MARTÍN KOHAN, *Fuera de lugar*

El universo es casi todo afueras.

FRED CABEZA DE VACA, *Afor(d)ismos*

—No, mamá, eso no es así, en realidad yo sí veo un final a toda esta demencia identitaria. Creo que tiene que reventar por sí sola, una especie de implosión por falta de oxígeno… No, de verdad te lo digo. Creo que esta constante afinación de identidad por todas partes ya está produciendo resquebrajamientos en los bloques ideológicos: fíjate en las feministas que se pelean y dividen por su actitud hacia las mujeres transgénero, o los reaccionarios con posturas inconciliables sobre la eutanasia. Sólo son dos ejemplos entre los muchos posibles. Al final todo se atomizará tanto que llegaremos a la mónada del invididuo solo y enfadado con todo el mundo, que acabará concienciado de que no es nada sin los otros. Uno por uno tendremos que generar vínculos afectivos, grupales o comunitarios. Y empezaremos de nue

—Nati, oye esto, vas a flipar.

—Estoy hablando por teléfono, Chema.

—Ya, con tu madrastra, la socióloga; si espero a que colguéis se acaba la historia universal. Es sólo un momento: Mark me ha planteado por el Messenger una variante de la paradoja de Schröndiger, a ver qué te parece: los miembros de una misión espacial tripulada a Marte se pierden en el cosmos; su nave no es detectada por los sensores, ningún telescopio los divisa, la telemetría no arroja resultados y es imposible contactar con ellos. ¿Están vivos o muertos?

ARROYO DEL FRESNO. MENSAJE EN UN MÓVIL

Ayer intenté vert. fui x Kasa de Campo pero me cogió manifa en moncloa. lo intentaré otra vez el sábado. Besos.

BARRIO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

Desde que se hizo la M-30 —decía el viejo— ya sólo te puedes fiar de los raíles de los trenes para que te lleven, más tarde o más temprano, a otra ciudad.

CALLE ARROYO DEL FRESNO. SMS EN UN MÓVIL

1/ Te mando 2 sms xq no cabe en 1. anoche en koche hsta tetuán-mtro. no sitio, así q busqé parking. 30min. mtro y transbordo kallao hasta goya. 44m.

2/ bus d línea hsta tu kasa 1.15h. ya t habías ido. 1.30h. + de vuelta hasta casa. a lo mjor dberíamos no vrnos + hasta q ncuntr piso crca. Llámme.

AVENIDA DE ARCENTALES. BARRIO DE SAN BLAS

—Calvo Sotelo, el director de cine, rodó una película cerca de aquí, ¿verdad?

—En efecto: *Se buscan Fulmontis*. Muchas personas del barrio hicieron de extra. Fue divertido.

—Una película amarga.

—No tiene usted aspecto de querer vivir por esta zona.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, parece usted… elegante, no sé, de buena familia. Con dinero, vamos.

—Lo dice como si fuera algo malo.

—Este es un barrio especial. Hay delincuencia, y pobreza.

—No lo entiendo. Cualquiera diría que no quiere vender el piso.

—No sólo quiero, sino que me hace falta; incluso me convendría vendérselo a alguien como usted, con quien no tendría problemas para cobrar. Pero no me parece legal no advertirle…

—¿No advertirme de qué?

—Pues de cómo es el barrio.

—Ya. ¿Usted vive aquí?

—Sí, claro. Un poco más arriba, por el parque Villa Rosa.

—¿Era su familia de San Blas?

—Sí. De toda la vida. No veo dónde va usted a parar.

—¿Ustedes, a qué clase de habitantes pertenecían? ¿Eran delincuentes o pobres?

—…

—…

—…

—¿Me enseña la terraza?

CALLE JUAN PÉREZ DE ZÚÑIGA

—Aquí la cuestión no es si tu marido te ha puesto o no los cuernos, sino si quieres hacerte vieja sola, o no.

CALLE VIZCAÍNOS

Más allá de la vida como inmediatez o simultaneidad representacional, en nuestra época se dan las condiciones para asumir creativamente la fragmentación, para alcanzar desde ella una universalidad antropológica que integre también la pluralidad, la diferencia.

JOSÉ JIMÉNEZ, *La vida como azar*

—Nunca olvidaré aquellos años en Almenara. La calle estaba siempre sucia, pero la gente era buena, y, aunque vivíamos en un cuartucho infecto, recuerdo ahora todo con cariño. Tengo grabada una imagen. A la altura del número 12 de Vizcaínos, yo tenía la casa justo enfrente, vivía un poeta muy mayor. No era famoso, pero tampoco le iba mal, había heredado pisos de un familiar o algo así, y además vivía solo, con pocos gastos, dando clases de idiomas a la mitad de los niños del barrio. La cosa es que fue uno de los primeros de la calle en tener ordenador. Era a principios de los ochenta, y el aparato debía ser de aquéllos que hoy parecen paleolíticos, que utilizaban papel continuo, a rayas blancas y verdes. ¿Te acuerdas? Pues este hombre, que era majo, así, gordito, con gafas, cuando terminaba un libro, lo imprimía todo seguido en el papel continuo y lo estiraba después, colgándolo con pinzas en el balcón, para que secara bien la tinta. Su piso estaba en una cuarta planta. Recuerdo las tardes de verano en que la gente de los pisos de abajo, después de pedirle permiso, con mucha delicadeza salían al balcón, tomaban el papel que colgaba frente a ellos, y leían, sin prisa, los poemas.

CALLE DOS RÍOS

ju@ncarlos dice: Laura, estas ahi? Por favor, contesta.
laur@ dice: Si, estaba aqui. Por que no llamas por telefono?
ju@an carlos dice: Tu movil apagado o fuera de cobertura, idiota.

—¿Diga?
—¿Ya?
—Sí, tenías razón. Se me había olvidado dejarlo encendido mientras me conectaba.
—Nada nuevo…
—No empieces. Espero que tengas una buena razón para llamar. Y además, tú también tienes lo tuyo… tu busca estaba desconectado.
—¿Qué?
—Lo que oyes.
—De eso nada…
—… Buf…
—Bueno, da igual. Tenemos que hablar.
—Yo estoy harta de hablar.
—Venga, Laura. Tenemos que arreglar esto.
—No hay nada que arreglar. No ha habido nada antes.
—… Por favor, cariño,…
—Sólo me llamas cariño cuando tenemos problemas y quieres solucionarlos. Para seguir con la misma nadería, con el mismo vacío.
—Pero…
—He estado pensando. ¿Te sorprende que piense?
—… Por favor…
—Tú no has hecho nada por esta relación…
—¿Cómo? ¿Que no he hecho nada? ¿Pero si he sido yo…
—¿Lo ves? No me dejas hablar…
—¡Pero si no dices más que tonterías! ¿Cómo que no he hecho nada?
—¿Tonterías?
—… Aquí he sido yo el único que ha hecho algo…
—¿Tonterías?
—… El único que lo ha dado todo…
—Eso no es una tontería. La tontería es ésta.

—¿El qué?
—(Clic)

Querida Laura,

Siento lo que pasó ayer. Prefiero escribirte porque me pongo menos nervioso y mis pensamientos salen más sinceros y menos vehementes. Perdóname. No quería decir que lo que me contabas eran tonterías. Piensa que estaba dolido porque no me habías llamado y por la discusión del jueves, que todavía no hemos resuelto. Así no hay forma. Tenemos que hablar. No coges el teléfono ni te pillo en internet. En tu bufete no me pasan las llamadas. Sé que leerás esta carta, porque no tienes que soportar mi voz al hacerlo, que es lo que te pone nerviosa. Lo siento, lo siento. Por favor, hablemos. Sabes que sólo tienes que darme un toque al busca o llamarme. Hazlo sólo una vez más.

Te quiere,

JUAN CARLOS

THU, 03-OCT.-02 VOMASIL ABOGADOS S.L.P.01

No hay nada que hablar. Cuando te pones a hablar se acaba todo: no me dejas contestarte o no me haces caso. No me interesa una relación de silencio. Me he dado de baja en internet y he pedido cambio de número de teléfono. Sé que este final no es muy romántico, pero lo de antes tampoco lo ha sido. No por culpa mía. Te mando las llaves por correo. Adiós.

Te envío esta carta urgente porque quiero que te enteres pronto. Vete a tomar viento. Antes no decías que esto no era romántico. ¿Quién dijo lo de vivir juntos? ¿La misma peirson persona que el jueves decía que me quería demasiado, o la que hoy me manda ese fax de mierda que ha leído toda la oficina mientras yo desayunaba? Tu problema es que quieres que la gente se entere de lo que sientes antes de sentirlo. Yo quizá no te comprenda, pero tú tampoco. Aclárate y madura. Si de verdad quieres dejarlo, dímelo. Pero dímelo ya.

AUTOPEGADO PARA INSPECCIÓN POSTAL

Sr. Cartero:
Por favor, en caso de producirse la devolución, marque con una X el motivo.
Muchas gracias

	Ausente
	Desconocido
X	Rehusado
	Dirección Insuficiente

CALLE LOS ÁNGELES

No he de salir de esta ciudad

ALFONSO COSTAFREDA

Hace rato que la tarde ha caído sobre la espaciosa meseta que tiene ante sus ojos. Está absolutamente perdido. Con la cabeza apoyada en el volante, llora como un niño. Centenares de edificios ariscos, naves industriales clónicas, vallas desvaídas por la humedad, carreteras y senderos que no van a ningún lado, se arraciman a su alrededor como los detalles de un mal sueño o las consecuencias de una villanía; sólo que él está despierto y no es culpable. Mira con desesperación el indicador de gasolina. Está al mínimo. Los edificios están hechos para guardar gente y las fábricas para que se trabaje en ellas, pero lleva horas dando vueltas a todo el sur de Madrid y no ha visto a una sola persona; sólo a dos niños que con sus indicaciones le han confundido todavía más. Observa con pesimismo la puesta del sol; en este momento no entiende cómo es posible que haya personas emocionándose con esa imagen, considerándola bella. Para él, tiene la forma misma del infierno. Se apoya en el volante otra vez. Siente tanta rabia que tiene que contenerse para no llorar. Pasa por su cabeza la idea de que quizá debiera quedarse allí: no le queda apenas gasolina para encontrar la autovía de Andalucía y tampoco dinero para repostar en el caso de encontrarla; cogió la suma que consideró necesaria para el viaje, sin esperar que éste comenzara con cuatro desesperantes horas dando tumbos por Madrid por culpa de unas obras mal señalizadas en el puente de los Franceses. De ahí a confundirse varias veces de dirección sólo hay un paso, un mal paso, el suyo. En su estómago comienza a tomar forma un dolor concreto: no salir jamás de Madrid; derivar por siempre entre suburbios y calles repetidas, idénticas, sin sentido. Calles que no son parte de nada. Plazas que no son paso de nadie. En su mente comienza a latir una frase repetida como un castigo. Nunca llegarás a Córdoba. Nunca llegarás a Córdoba. Nunca llegarás a Córdoba. Y no arranca.

PUDONG RD, SHANGAI, CHINA. 中国电视 (TELEVISIÓN CHINA)

—Pero, tras todo este fuerzo por crearla, ¿para qué destruirla? Hemos invertidos millones de yuans en ella.

—Veo que no comprendes. ¿No te sirvió de nada la beca que te conseguimos para la cadena holandesa?

—Pues…

—Los de arriba me lo han dejado claro. Necesitamos ídolos, necesitamos proyectar una imagen internacional que tenga un eco globalizado, transversal, intercultural, que conecte con las jóvenes generaciones de todo el mundo.

—Justo eso es lo que digo, que ya lo tenemos, que Yun Wu es esa estrella.

—No, Zhou, le falta lo más importante, lo que la sublimará hasta penetrar en los sueños de la gente.

—¿El qué?

—¡Hundirse, Zhou, debe hundirse! Necesitamos ángeles caídos, China necesita un ídolo devastado, fallecido a los veintisiete años, para que entre en la verdadera fama: la trágica. El relato de quien llegó a tenerlo todo pronto y se autodestruyó. Necesitamos nuestra Amy Winehouse, nuestro Kurt Cobain, nuestro dragón a medias negro y a medias dorado, que se comba en el aire mientras arde. El fallecimiento por sobredosis de Yun Wu será al mismo tiempo un acontecimiento para el mundo y una lección para nuestros jóvenes sobre la horrible lacra de las drogas.

—Pero ella no toma drogas.

—Debes actuar como si tuvieras fe, Zhou. Es lo que necesitas para despegar. Hay ojos posados en ti, no conviene defraudarlos. Cuando vuelvas a tu despacho, en el cajón superior izquierdo de tu escritorio encontrarás una caja de pastillas. A estas alturas Wu ya debe de dormir mal, no es fácil aceptar la disparatada celebridad que tiene, su cuenta corriente rebosante de renminbis y su nueva mansión en la otra orilla del Pudong. Dale las pastillas discretamente, diciéndole que la ayudarán a dormir, pero que lo guarde como un secreto entre vosotros dos. Y con eso basta. Nuestros mejores químicos las han diseñado a

conciencia. Al tercer día no podrá dejarlas, a la semana comenzará a doblar la dosis, dentro de dos meses estará en el panteón de los dioses. Morirá con veintisiete años y diez meses. Y los de arriba, Zhou, estarán orgullosos de nosotros.

RADIOESPAÑA. BOLETÍN DE NOTICIAS

Andando por la ciudad, muchas cosas has de encontrar: calles,
semáforos y tiendas para comprar.

VVAA, *Pequediccionario en imágenes*

—Nos llega un comunicado urgente, que paso a leerles. Un hombre en torno a los setenta años de edad ha resultado muerto en un extraño accidente que ha tenido lugar esta mañana, en un hipermercado sito en las afueras de Madrid. Al parecer, la víctima, un jubilado sin hijos residente en Getafe, que respondía a las siglas M.T.L., falleció por asfixia tras desplomarse una torre de productos en oferta sin que nadie se apercibiera de que había sido sepultado debajo. Según fuentes de la propia empresa, fueron algunas empleadas las que descubrieron el cuerpo al reordenar los miles de productos. La lentitud de estas operaciones, según el Samur, fue la causa de que no pudiera hacerse nada por su vida.

ARCO DE LA VICTORIA. UNIDAD MÓVIL DE TELECINCO

Esto no es obra mía

RUDYARD KIPLING,
La puerta de los Cien Pesares

Como todos los años por estas fechas, un enorme rebaño de ovejas se reúne cerca de Moncloa para atravesar Madrid, desde Princesa hasta Alcalá, pagando un montazgo simbólico. *Las reclamaciones que se expresan con estas concentraciones son presentadas puntualmente al Ayuntamiento*. Miles de ovejas subiendo por Gran Vía llevadas por sus pastores. «¿Cree usted que las ovejas están estresadas?» «*Sí, yo las veo muy nerviosas.*» La masa animal detiene el tráfico. *La aparición del rebaño causa retenciones, y los automovilistas dividen sus opiniones, desde los que están muy en contra («Mire usted; todos los años igual, y esto no sirve para nada»), hasta los que se pronuncian a favor del rebaño («Pues a mí me parece muy bien*» «¿No le importa tener que esperar?» «*No, no me importa»*). Los pastores parecen satisfechos; aunque las ovejas hacen bulto y son las que antes llaman la atención, ellos son los verdaderos protagonistas, los que hablan a las cámaras. «*La Administración tiene que escuchar nuestras reclamaciones*», gritan indignados a quien quiere escucharlos.

CRACOVIA, POLONIA. CALLE BRACKA

En la calle Bracka
un niño juega a la pelota.
Algunas vecinas se asoman,
molestas, mientras el chico
se aproxima sin prisa a una pared.
Acerca su oído al muro
sin soltar el balón, cierra los ojos
y abre la boca, despacio,
mientras escucha algo.
Abre los ojos de nuevo,
gira su rostro hacia la pared
y posa en ella los labios.

Las vecinas lo ven como un extraño,
un niño raro, acaso con problemas.

Yo veo un niño
que besa la ciudad.

CIEMPOZUELOS. POLÍGONO INDUSTRIAL DE LA SENDILLA

Me alegra volver a verlo. Veo que al final ninguno de los dos terminó yéndose a Hábitat[4] a vivir. Quizá nos arrepintamos, ¿no cree? Yo no lo tengo claro. El hecho de hallarme en esta ciudad, siquiera de forma temporal, no es menos inconveniente para mis nervios. Ya se lo dije: soy investigador, un metódico, un lógico deductivo, y aparto de mi cabeza posibilidades irracionales, por estructura mental y por la necesidad de dormir bien por las noches. Desde que vivo en Madrid duermo fatal. Y más después de lo que ha pasado a raíz de nuestra investigación. Digo *nuestra* porque ya casi pienso que usted las hace conmigo, que me acompaña en cada interrogatorio, en cada búsqueda o en cada disfraz; porque usted es mi disfraz. Me hace pasar por alguien que no soy, por un detective de lo místico, lo inexplicable o lo simplemente extraño, no entiendo por qué. Quizá por lo que he dicho antes, porque soy un mero matemático, un perseguidor de conexiones y un recolector de pruebas, y también usted necesita alguien así para no volverse loco. Para quedarse fuera y lejos del fenómeno estudiado y que sea yo quien enloquezca: enhorabuena, va usted por buen camino. Porque esto de la fábrica ya es demasiado, está siendo demasiado para mí. Vengo a molestarlo hoy, antes de haber terminado la investigación, en parte porque me supera y desborda, en parte porque la idea de terminarla es imposible. Ahora le explicaré por qué. Pero desde que oí el mensaje en el contestador telefónico de mi despacho («Señor Guerra, ya sabe quién soy; por favor, pásese urgentemente por mi residencia, tengo otro caso para usted»), ya sabía que el caso no era tal, sino un problema metafísico, una imposibilidad que alguien tendría que desmontar por la vía del sentido común y el método del ensayo y el error, pero comenzó usted con el error: el de elegirme, supongo, porque mis métodos se tambalean —y yo con ellos — a cada nueva investigación que me plantea.

Bien, partamos de lo que usted sabía. Cuando llegué a esta casa, me dio un papel con una mostrenca dirección. Me dijo que en el solar B/38 «hay un problema», me aclaró que es una de sus muchas propiedades, situada en los confines de uno de los polígonos

industriales del sur de Madrid. El vigilante de la nave se ha marchado sin dar más explicación que ésta: *No puedo soportarlo, no sé si usted podrá usted hacer algo, a estas alturas*. Un lacónico *email* que usted me reenvió a mi cuenta de correo. Vaya y eche un vistazo, me solicitó usted. Es lo que siempre hago: mirar, a veces incluso sin ir. No ponga esa cara, yo me entiendo. Pero esta vez fui. Y miré.

No sabía, antes de acudir a la dirección citada, que usted tenía instalaciones industriales. Pensé que su riqueza, discúlpeme, era heredada; no parece usted el típico tiburón empresarial. Pero las apariencias, lo tengo aún más claro desde que trabajo para usted, sólo son puertas a otros mundos. Al llegar allí me extrañó que, frente a la uniformidad de las demás naves industriales (enormes hangares de cemento con tejado a dos aguas, como las antiguas casitas del Monopoly), en su inmensa parcela o solar se alzaba un edificio enorme e informe, mezcla de tubos de metal, paredes, cristales, pasarelas suspendidas y escaleras, que ocupaba todo el ancho del frontal, sin dejar espacio alguno a sus lados. Mientras en los demás solares había un margen lateral destinado al acopio de mercancías o al aparcamiento, su edificio monstruoso, que parecía un tente mutante asediado por tenias metálicas, no dejaba resquicio a uno y otro lado, con apenas un par de metros libres desde la verja de entrada hasta lo que parecía la puerta principal, que resultó ser, en realidad, la única puerta. La conformación —porque no puedo llamarla estructura— destacaba por su altura, notablemente superior a las limítrofes, y su color predominante, quitando las zonas metalizadas, era el blanco. No había una forma definida de base ni figura privilegiada, aunque los cubos albinos, a modo de pequeñas habitaciones que surgían de la tripa estática del edificio, se reduplicaban trocándose en formas rectangulares o trapezoidales. No había humo ni se veía luz desde el exterior cuando llegué, aunque el edificio emitía un tremendo ruido fabril.

Cuando entré me pareció penetrar no en una amplia instalación, en la típica nave industrial, pensada para que sobre espacio, sino más bien en un submarino, una catacumba o una nave espacial, habitáculos destinados a que falte espacio, o a que todo el espacio sea consumido y aprovechado dejando para el hombre los huecos imprescindibles para el movimiento. La puerta de entrada (y de salida) se estrechaba conforme se avanza, de modo que, a los pocos minutos, tras subir alguna escalera y torcer en un par de pasillos, estaba totalmente desorientado. Voy a decir que no encontré jamás a nadie dentro de la fábrica, a sabiendas de que a usted no va a sorprenderlo, como ahora compruebo. Sin embargo, el hecho de carecer de operarios o mantenedores no empecía el funcionamiento constante de la instalación; más bien lo incentivaba, como si su

actividad dependiera de que todos y cada uno de los aparatos estuviesen a pleno rendimiento, como si la derrota o sumisión o detención de alguno pudiera producir un efecto sistémico que paralizase al conjunto por completo. No sucedió tal cosa entonces y tengo la certeza, que le traslado, de que sigue sin suceder. La fábrica funciona al tope de su capacidad. Usted me mandó allí para ver qué pasaba, y lo que ocurre es algo que, efectivamente y como decía el antiguo vigilante, ya no puede detenerse a estas alturas. La fábrica fabrica fábrica; quiero decir que en su propiedad hay una instalación industrial cuyo único objeto es autofabricarse, ampliarse, desarrollarse, añadir cubos blancos, rieles, pantallas, cables y pasarelas al informe conjunto total; cuando topó con los confines del solar empezó a crecer hacia el fondo y contra el frontal de la finca, asfixiando la entrada y eliminando los márgenes previstos para la entrada de vehículos. De modo que sólo queda el crecimiento vertical; le doy cinco años para que su fábrica supere a esa torre de 512 metros que acaba de levantarse en Dubai, así que vaya haciendo los trámites en Gerencia de Urbanismo de licencia de rascacielos si no quiere encontrarse con problemas añadidos.

Me hará usted preguntas lógicas, como de qué se alimenta la fábrica, si nadie trabaja dentro y usted no envía materias primas, gasolinas o cables. No lo sé. Tras recorrer decenas de veces el armatoste, he llegado a la conclusión, sobre todo para seguir cuerdo, de que la propia fábrica genera componentes y consumibles en alguno de sus pasillos perdidos, a partir de depósitos antiguos o subterráneos; o que ha podido crear mecanismos de hurto que, a modo de arbotantes robóticos o brazos articulados inteligentes, o mediante mecanismos perforadores, roban materiales de las naves industriales cercanas. Se comenta que en el polígono han desaparecido últimamente varios coches, no sé qué pensar. Antes le dije que el funcionamiento es constante, pero eso no es del todo cierto: cada tres noches se produce una desaceleración del ritmo y la fábrica entra en una especie de hibernación parcial; los contadores se ponen al mínimo, remite la potencia de los grupos electrógenos, cesan las emisiones exteriores de humo, las luces palidecen y se atenúa la intensidad de las pantallas. Una de esas noches me sentía tan cansado que me apoyé en la pared de una cabina llena de sensores, quedándome dormido; le juro que antes de cerrar los ojos me pareció que los cables adheridos a la pared hacían una especie de bolsa y me acogían con suavidad. Me despertó un silbido tenue y femenino, a la vez que se encendían las luces de un pasillo cercano, como invitándome a seguir mi investigación. A los pocos minutos la fábrica recobraba su rendimiento máximo. En la garita del vigilante fugado encontré un cuaderno de notas; en él se describían unas extrañas

nevadas súbitas que se producían en el interior de la fábrica todos los días 14 del mes; aunque he estado allí un par de veces en esas fechas, no he podido comprobar la veracidad del dato. Tampoco la confusa mención a una figura azul y rodante, que parece habitar las pasarelas superiores. Intenté contactar con el exvigilante, pero al parecer se ha marchado del país. Creo imaginar por qué.

Me voy, creo que con este informe tiene usted suficiente, sólo en el sentido de que nunca tendrá suficiente, con respecto a esta fábrica turbadora, que pronto hará de las afueras de Madrid un lugar esotérico. Tengo que ir a mi casa de campo, donde guardo el pequeño cubo, para inspeccionarlo de nuevo. Ah, no se lo he dicho. Tras una de mis cabezadas en las bifurcaciones de pasillos de su fábrica, algo o alguien introdujo en mis bolsillos un pequeño objeto blanco, de forma cúbica. Parece inmóvil, pero si te lo acercas al oído emite un pequeño ruido, y genera una débil vibración si lo acercas a una fuente de agua. Lo llevé a mi jardín, y lo ubiqué entre la boca de la manguera y la casita del perro.

En tres días el cubo ha crecido veinte centímetros.

CALLE ARGANDA

—¿Cómo se llamaba?
—Jaime.
—Qué *colgao*.
—Sí, bastante, pero era taco buena gente.
—Sí…
—Hola.
—Qué pasa, guapa.
—Hola.
—¿De quién habláis?
—De Jaime, un amigo de éste, que estaba *colgao*.
—…
—¿Por qué?
—Bueno, *colgao* no, es que era distinto.
—Un café con leche, por favor. ¿Distinto cómo?
—Bueno, alternativo. Tenía unas ideas extrañas.
—Cuéntale lo del cine.
—Ah… sí, lo del cine. Mira, es un buen ejemplo para entender a Jaime. Los sábados por la tarde iba a un multicines cualquiera, después de comer. Pagaba y veía sólo diez o quince minutos de cada película, entrando en todas las salas durante cuatro o cinco horas. Cuantas más salas hubiera, claro está, menos tiempo estaba en cada una.
—¿Cómo?
—Un *colgao*, ¿lo ves?
—Pero… ¿para qué?
—Bueno, su tesis era que una película es una especie de reducción de la vida, una manía de ver las cosas desde un sólo punto de vista (el del director, supongo), y pensaba que la realidad no funciona así: tú vas en el autobús o estás en un bar y las cosas y la gente se relacionan contigo inesperadamente, y las historias a las que asistes ya están empezadas. Llegas a una discoteca y ves en una esquina dos novios que se pelean. Es una película de la que te has perdido el comienzo, y tienes que inventarte o imaginarte el resto. Tú, por ejemplo, has llegado aquí, y no sabes por qué estábamos hablando de Jaime. Pues todo así. Él tenía una frase un poco cursi, cómo era, que la vida es una

sesión continua y siempre llegamos tarde a las películas de los otros…; una chorrada, lo importante era la idea. Entonces, Jaime llegaba al cine, elegía una sala cualquiera, veía los títulos de crédito y un poco del principio de la peli, y se movía a la siguiente. Daba igual que fueran de dibujos animados, de ciencia ficción, históricas o de tiros, porque él decía que era siempre la misma película, que sólo cambiaba de ambiente, como las distintas escenas o actos de una obra de teatro. Hablaba muy fino, voy a intentar imitarle: es siempre igual, hay dos personas, dos personas que están condenadas a caminar juntas. A ratos se odian, a ratos se besan y se acuestan, a ratos son padre e hijo, amigos, rivales, contrincantes, dos ciudades, o asesino y víctima. A veces son el tercero o el otro de una relación matrimonial equivocada, a veces son un ordenador y su operario, un libro y el novelista. Dos almas, si prefieres. Se ve mejor cuando vas de una sala a otra: están aquí luchando a espada, y allí descubriendo un tesoro perdido, aquí bailando en una fábrica de ollas, allí discutiendo sobre la esencia del ser. Casi siempre terminan casándose, algo que no entiendo, pero que imagino que será una metáfora sobre esa necesidad eterna de participar en la vida del otro…

—Quería decir eso de «unidos para siempre»…

—… Eso, exactamente. Un compromiso. La boda final es sin ninguna duda la materialización de la condena. Ésa es la película, decía. Distintas formas de entender que no puedes vivir solo. Todos los sábados la veía.

CALLE DE LA ARMONÍA

Una niña de ocho años coge su flamante muñeca, recién comprada. Tiene casi su mismo tamaño, y sus mismas formas corporales. Aprieta el botón que tiene en el ombligo. «¿Quieres que juguemos a pintarnos?», dice la muñeca. Aprieta de nuevo. «Me has pintado los labios muy poco, píntamelos un poquito más.»

CALLE CARDENAL HERRERA ORIA

—Sí, te llamo desde uno de los pisos…; no, no sé… Está bien, éste es de los que más me han gustado, pero, cómo decírtelo…; está vacío. No tiene muebles, y eso es algo que me hace perder un poco la perspectiva y me impide involucrarme con el espacio, como si yo fuera el responsable de llenarlo. Está hueco, entiendes, y siento que llenarlo de muebles, atiborrarlo de libros, recuerdos o adornos, impregnar las paredes con mi olor, traer gente aquí o montar fiestas, agujerear a golpe de óleo las paredes, hacer el amor o cocinar, son gestos que no van a servir de nada, ni van a hacer que cumpla destino alguno. Aunque viva aquí diez años, todo va a seguir igual.

CALLE RONDA DE LOS TEJARES, CÓRDOBA. CARTA A EDITORIAL MUY CONOCIDA

Al comité de lectura:
La necesidad de dar una visión totalizadora de Dublín obliga a Joyce a presentar fragmentos que no mantienen entre sí una coherencia cronológica ni narrativa, fragmentos de un rompecabezas que nunca aparecerá completamente aclarado, pues muchas de sus partes faltarán, otras permanecerán en las tinieblas o serán apenas entrevistas.

ERNESTO SÁBATO, *El escritor y sus fantasmas*

Quizá no haya otro modo de acercarse a la realidad complejísima que toda gran ciudad representa. Aparte de los dos centenares de fragmentos narrativos de que este libro se compone,[5] la inserción de algunos poemas, apuntes y microensayos responde únicamente al consejo borgiano por el que debe ser el contenido el que elija la forma; de cualquier modo su tema y carácter es coincidente con el resto de cuentos o fragmentos, y su noticia suele ser más narrativa que lírica. Y además, está Schlegel: «No puedo imaginar una novela sino como una mezcla de narraciones, cantos y otras formas dispersas».

Walter Benjamin, con quien estoy de acuerdo en tantas cosas, escribió una de la que discrepo: «Las relaciones alternantes de los hombres con las grandes ciudades se distinguen por una preponderancia expresa de los ojos sobre la del oído». Valgan las páginas siguientes como refutación, *in extenso*, de esa afirmación. Amén del ojo, que lo hay, se ha intentado primar al sonido como elemento definidor básico del objeto descrito en este libro, que no es tanto Madrid como el efecto de Madrid. No se entienda, sin embargo, que el presente es un ejercicio de literatura de magnetófono, porque en ningún magnetófono hay música de fondo.

También contradice a Benjamin el portugués Cardoso Pires, quien pergeña el retrato de su ciudad por el olor en *Lisboa. Diario de a bordo*,

argumentando que Lisboa huele a limón, y que eso la explica mejor que la visión de cualquiera de sus monumentos y calles. En este libro no se dice a qué huele Madrid, sino más bien a qué sabe. Por supuesto, quien dice Madrid quiere decir esta ciudad, todas, Europa, el universo.

Me pregunto qué posibilidades tiene este libro de publicarse en su editorial. En el fondo, mi pregunta es más íntima; ¿qué posibilidades tiene este libro de ser publicado?

Agosto 2001

CIUDAD DE GUATEMALA. AVENIDA 7

Hay cosas que si una avenida no las cuenta, entonces nadie las va a contar.

JORGE ENRIQUE LAGE, *Vultureffect*

La planta de recepción del hotel Gran Centroamericano era un abigarrado retablo moviente de empleados, camareros, azafatas, clientes alojados, caminantes ociosos, maletas, bandejas, mesas de la cafetería, clientes ocasionales de ésta, dos carteristas despistados de Huehuetenango que acabarán intentando robar a un inspector de policía, mozos ayudantes, agentes de seguridad, auxiliares administrativos y turistas. Además de todos estos colectivos y objetos, los dos grandes salones de actos del lobby del hotel acogían esa jornada sendos eventos, cuyos participantes agregaban entropía al enorme patio del viejo edificio. El primer evento era la populosa reunión anual de Transforma, una asociación de transexuales guatemaltecos, o guatemaltecas, según los casos, presidido por un llamativo cartel de color rosa que rezaba «Mézclate». El segundo evento era una reunión de profesionales liberales de la RAM (Red Arcangélica Mesoamericana), asociación que aglutinaba a diversos colectivos de abogados, dentistas, médicos, publicistas o tenderos con una perspectiva religiosa. Su cartel decía «Cree. Pon tu esperanza en Él», bajo el logo de un vistoso corazón de Jesús coronado de espinas. Poco a poco comenzaron a llegar hombres encorbatados con maletines a la zona central, dándose grandes y piadosos abrazos, al tiempo que acudían en pequeños grupos las chicas del congreso trans, a quienes se distinguía desde lejos no sólo por las ropas vívidas y atigradas, los pelos (o pelucas) coloristas, las siliconas escotadas y los cardados imposibles, sino porque sus épicas cabezas destacaban quince centímetros sobre la del resto de personas del lobby gracias a los tacones. Los leves tic-toc de los mocasines de los viriles miembros del RAM se alternaban con los zis-zis de las deportivas de los turistas y los poderosos cloc-cloc-cloc de los t(r)a(ns)cones de las chicas, tan sonoros como sus gritos cuando se reconocían y besaban unas a otras. Los clientes del hotel miraban asombrados la mezcla de

trajeados y transjeadas y oían en singular sampleo la música salsera del salón de Transforma y los tonos de piano Richard Clayderman que botaba el salón del RAM, remix sonoro-cultural en el que algún turista intelectual quiso ver una metáfora del futuro de América Latina.

Conforme pasaba el día, en las pausas de café o en las comidas, los miembros de ambos colectivos se avistaban mutuamente, de reojo los del RAM, con descaro los de Transforma, comentando por lo bajo.

—En Nicaragua no hay mujeres como ésas.

—¿Como tú sabes? En Cuba sí las tenemos, hay que andar con cuidado para no confundirlas.

—Puta, van tiesos como ganchos de ropa.

—Parecen morcillas (este comentario lo hacían los dos grupos, según aludieran al color de la ropa o al prieto enfundado de las carnes).

—Esto es escandaloso, ofende a la vista.

—Me suena que a dos de ellas las he operado yo, quedaron bien lindas. Me refiero a las operaciones.

—Para no confundirse, lo mejor es mirar la nuez.

—Las corbatas son flechas de indicación, apuntan hacia donde está el asunto.

—Qué bruta eres, Jessica, pero tienes razón. Hasta el maquillaje se me corre.

—Hombres y mujeres a la vez, tremendo combo.

—Con lo difícil que es ser una sola cosa.

—Que la pupusa gordota del almuerzo no sea la última de hoy, no más te digo.

Durante la hora de la cena, comenzaron a montar un pequeño escenario en uno de los laterales del lobby, sobre el que colocaron instrumentos y un pequeño kit de iluminación. Las chicas se iban animando; tras las largas y sesudas sesiones foucaultianas sobre identidad, justa vindicación igualitaria y construcción social del género, todas se habían puesto las mejores galas y las minifaldas más cortas para la noche. Los hombres del RAM comían en silencio, tras haber bendecido la mesa, un poco amilanados por los gritos de las transformadas y por sus escasas ropas, reveladoras de muslos firmes y sin celulitis hacia los que los comensales arcangélicos no podían evitar dirigir alguna mirada furtiva. Cuando la orquesta comenzó la música las chicas, sin decir una palabra, sin perder un instante y como leones atacando a un grupo de gacelas, se abalanzaron sobre la mesa alargada de los RAM, a quienes comenzaron a tomar de la mano para sacarlos a bailar. Los RAM del lado de la mesa más lejano al de las chicas huyeron despavoridos hacia sus habitaciones, y en algunos casos se registraron forcejeos, aunque las chicas lograron su objetivo

evitando el contacto visual de refuerzo entre los encorbatados que, sin apoyo de sus compañeros, quedaban a merced de las sabias bailarinas. Las luces generales de la sala se iban oscureciendo y las pequeñas luminarias de la orquesta tiznaban de color las caras de las parejas, aterrados los ojos de ellos y cálidos los de ellas, que musitaban palabras suaves a los oídos de los varones para tranquilizarlos. Una chica vestida de leopardo tomó del culo a un RAM cubano y lo apretó contra su cintura con fuerza, a lo que éste sólo pudo añadir:

—Acabo de entender por qué en mi país a la guayaba la llamamos fruta bomba.

Un rato después algunos varones habían logrado escapar, pero otros se habían quedado, hipnotizados, entre los fuertes brazos de las chicas. «Mézclate», les decían ellas, susurrándoles al oídos. Unos pocos hombres trajeados, mecidos al compás de una cumbia lenta, se decían a sí mismos: «Pon tu esperanza en él».

CALLE SIMANCAS

La poesía que desvela el rostro de la realidad contemporánea es la abstracta o desgarrada, la del nómada y del irregular, del proscrito y del repudiado por la vida, el vagabundo desarraigado

CLAUDIO MAGRIS

—¡Le he dicho que me suelte!

—Señora, por favor…

—¡Suélteme, joder!

—No nos lo ponga más difícil. Tienen ustedes que marcharse.

—¡No me voy! ¡No van a moverme!

—Señora, vamos a hacerlo por las buenas o por las malas. Es la ley.

—¿La ley? ¡Valiente ley! ¡Ustedes no tienen ni puta idea de lo que es la justicia!

—Señora… cállese…

—¡No me callo! ¿Esto es justo? Echar a alguien de su casa, ¿es justo?

—… Ésta ya no es su casa.

—Sí lo es…

—No lo es. Ha sido embargada y comprada por otro.

—¡Comprada por un subastero de mierda por dos duros! ¡Ladrones! Eso es lo que son. ¡Suélteme el brazo! Y ustedes ladrones también, cómplices.

—O se suelta de la barandilla o utilizamos la fuerza.

—¡A mí, si me echan de mi casa, va a ser por la fuerza!

—Como usted quiera…

—¡Me hace daño!

—Se lo he advertido. ¡Haga el favor!

—¡Ya basta! ¡Cabrón! ¿Es que no tiene usted compasión? ¿No tiene hijos? Ya me voy…; un policía sin alma…, ¡valiente protección!

—Señora…

—¿Sabe usted lo que es que te echen de tu casa, que te quiten todo y te dejen sin nada? ¿Sabe usted lo que es vivir en la calle?

—Yo no, pero usted se va a enterar.

CALLE PINTOR RIBERA

Siempre ensayando círculos,
por si tras muchos años, toda una vida
te parece
—Y quizá nunca estarás seguro—
que has alcanzado el círculo convincente

JOAN VINYOLI[6]

Y luego están las citas, las citas circulares, las citas que deambulan por los libros, describiendo círculos concéntricos, como ésta de Vinyoli, que estaba en un libro de José Luis Amaro, y en otro de Álvaro Valverde y ahora aquí, en un pequeño punto más de la aún larga circunferencia de libros que le quedan por recorrer, porque ésa es la eternidad de un poeta: describir círculos en los libros de los otros. Así lo decía Platón en el *Fedro* (275d-e), «las palabras ruedan por doquier», y así será, hasta el último signo; los libros, todos los libros escritos y depurados por sus autores para ser perfectos como esferas, altos como globos, bellos como soles del crepúsculo, libros redondos escritos por sus autores ignorando que sus puntos finales estarían en otras obras.

DIARIO *YA*. SOPA DE LETRAS

E S T A R E N L A S A F U E R A S E
S M A N T E N E R S E E N E L D E
S T I E R R O E S E N C O N T R A R
S E D E N T R O D E U N P A L A C I
O E N L A D E S P E N S A J U N T O
A L A S P A T A T A S E S T A R E N
L A S A F U E R A S E S C O M O S E
R A M I G O T A N S Ó L O D E L A
M U J E R A L A Q U E Q U I E R E S
N O P U E D E S D E F R A U D A R
L A P E R O T A M P O C O P R O B
A R Á S S U S B E S O S E S T A R E
N L A S A F U E R A S E S L A P E O
R M A N E R A D E E S T A R S O L O

CALLE VISTA ALEGRE

—¿Me pone una caña, por favor?

—Marchando.

—Oiga, me he fijado antes, mientras esperaba fuera, en aquel señor de allí, el que vende cupones en la acera de enfrente.

—Ah, Pascualillo, sí.

—Lo conoce, ¿verdad?

—Sí, cómo no. Lleva ahí toda la vida.

—¿Es ciego?

—¿Cómo dice?

—Que si es ciego.

—Pues claro, hombre. ¿No ve el bastón, y las gafas?

—Pero es que me he dado cuenta de que conoce a todo el mundo.

—¡A ver…! Lleva ahí, ya le digo, desde que yo llegué de Barcelona, y hace de eso treinta y siete años.

—Pero… no me he explicado bien. No quiero decir que los conoce, sino que los reconoce. Desde lejos, antes de oírles hablar, sabe quiénes son, y les saluda en voz alta diciendo su nombre.

—Claro. Nos reconoce por los pasos. ¿A que a usted no le ha dicho nada? Por la hora, que controla que ni se lo imagina, y por los pasos, sabe casi con toda seguridad quién se acerca, quién abre el comercio, quién reparte, y así todo. Es un tío grande, Pascual.

—Caramba.

—Sí. Es el único que conoce a todo el barrio.

ALCOBENDAS

Avanza entre las naves industriales a pie; necesita un teléfono público de monedas para llamar a su hermano y pedirle que vaya a buscarlo para denunciar el robo de su coche. Para mayor desgracia, se había dejado el móvil dentro, ni siquiera sabe si recordará el número exacto. Junto a los hangares en penumbra, flanqueados por farolas cuidadosamente decapitadas, divisa algunos coches estacionados, con gente rara en su interior. Hombres solos, sentados frente al volante, mirando la pantalla de sus teléfonos. No se siente capaz de acercarse a ellos para pedirles que le dejen hacer una llamada. Le parecen sospechosos. ¿Qué hace alguien en un polígono industrial un lunes, a la una de la madrugada, a solas, dentro de un coche estacionado entre concesionarios, talleres y almacenes cerrados? Otras veces son parejas que se pelean en los asientos delanteros, o que se reconcilian en los de atrás. De cuando en cuando el joven observa una sombra que camina a lo lejos y se esconde, asustado, pensando que puede ser un delincuente en busca de víctimas para sacarles los cuartos. Todo el mundo es sospechoso e inquietante aquí y ahora, se dice. En ese instante un coche de policía se detiene justo a su lado. El agente copiloto, con la mano apoyada en la cartuchera de su revólver, le pregunta qué hace por aquí caminando solo a estas horas.

CALLE MONTE PERDIDO

Madrid no duerme, yo tampoco.

LUIS RODRÍGUEZ, *Novienvre*

Son las cinco y cinco de la madrugada. No es la primera vez que repara en ese hecho: las luces del enorme hangar al que da su ventana están encendidas. También lo están las de otro almacén lejano, y las farolas de un parquecito junto a la gasolinera, por supuesto solitario en este momento. Recuerda que han sido muchas las ocasiones en que saliendo de juerga por las noches ha advertido un gran número de edificios, empresas, depósitos, umbrales, concesionarios y todo tipo de construcciones, iluminadas exterior o interiormente toda la noche. Madrid entera parece un cuadro puntillista en blanco sobre negro. Se pregunta ahora, a las cinco y diez, por qué. ¿Por qué esas luces, insomnes, con qué finalidad? ¿Qué iluminan? ¿Qué hay en ese hangar que necesite hasta el alba ese resplandor? ¿Para qué evitar la oscuridad en el parquecillo, si no hay ni habrá nadie en él hasta que amanezca? Se dirige a su cama abierta y removida. Cualquiera que venga a Madrid, piensa, se dirá que es como Nueva York, y que aquí no duerme nadie. Se echa la almohada sobre la cabeza. Son las cinco y cuarto.

CALLE DEL ARTE

De todo esto resulta que la ciudad es una de las cosas naturales, y que el hombre es, por naturaleza, un animal social.

ARISTÓTELES, *Política*

No queda salvación. No hay nada, *apenas*. Luego iremos a eso. Pero ya no comprendemos el campo, es sólo una postal turística, un sitio para visitar con la clara conciencia de volver a casa para la hora de la cena. Con la suficiente preparación, concienciándonos durante semanas, podemos soportar unas cortas vacaciones en plena naturaleza. Pero nos sentimos extraños allí: se nota incluso cuando escribimos sobre ella como paletos urbanos. Vemos las sendas como carreteras, y los bosques como postes de electricidad y los robledales como barrios; Wordsworth ya no temería ninguna naturaleza salvaje, simplemente mostraría su estupefacción ante las cumbres reflejadas en los lagos. Arrasamos la naturaleza porque no la entendemos. La vamos colonizando porque nos asfixiamos en ella, el oxígeno bajo de dióxido nos marea, nos sentimos torpes y lentos, porque no está preparada para nuestros coches. Nuestros costosos coches. Colocamos grandes excusas en los dominios de lo verde: hospederías, campos de golf, centros comerciales, para que esas construcciones generen la necesidad de rodearlas con edificios destinados a abastecerlas, con pisos para quienes trabajan en ellas, que a su vez susciten más pisos para el incipiente sector de servicios de la nueva zona, huésped ya de albañiles con residencia fija que acrecientan el perímetro asfaltado, cada vez más necesitado de logística y naves industriales de almacenamiento que acaban demandando planificación urbana y semaforización, para que puedan llegar, ahora sí, nuestros coches, nuestros caros vehículos híbridos, porque la extensión urbanizada es para entonces demasiado grande para recorrerla sin automóvil, y ya no hay avanzadilla, sino tumoración incontrolada sobre la antigua superficie boscosa. Lo perdimos. Poco a poco. Trozo a trozo. Hemos perdido el mundo.

Pero, terror, la ciudad tampoco nos llena: «Lo que sucede con Nueva York es que todo está repleto hasta decir basta: las multitudes,

los mendigos de siempre, gente casi muerta tirada en la calle. En invierno te mueres por el viento frío, en verano por el calor. La brisa hiede, la gente huele a orines, y además tampoco hay que olvidarse del tráfico. Es imposible aparcar. Todo el mundo está de mal humor. No hay un sitio donde estar tranquilo», escribe en un relato Matthew Klam. Entre la naturaleza y el campo, nos quedamos a medio camino, escindidos, incompletos siempre. Permanezcamos —sobre todo porque los orines, en efecto, huelen mal—, con los coches, dentro de los coches, emitiendo gases a la atmósfera. Qué hacemos, qué podemos hacer, con los coches, con todos esos coches atorando el tráfico; entre ellos, el nuestro: nuestro gravoso automóvil, a medias hijo del dióxido de carbono y de la electricidad.

CALLE REMEDIOS, MULTICINES ALFA

El turista nórdico que ha llegado a su tienda es muy atractivo, pero lo que a ella le atrae es el hecho de que él no parece consciente de ello o, al menos, no actúa como tal. Es él quien, en las miradas de reojo mientras escruta los DVD, baja la mirada avergonzado. Ella se divierte. Al acercarse a la caja para pagar, aprovecha para comentar con él las películas que se lleva. No habla español y su inglés es anguloso, dubitativo, con palabras mezcladas en su propia lengua que serán muy pertinentes en su idioma albino, pero que a ella le resultan inextricables. Sonríe, avergonzado también por la ineficacia de su expresión. A ella le encanta su vulnerabilidad, que la lleva a atenderle muy despacio, como adecuándose a la lentitud de su inglés riscado de fiordos. Cuando parece que otro cliente se acerca para pagar, ella piensa que él no se atreverá pero, para su sorpresa, se atreve. Le dice que se va de Madrid mañana pero que tiene libre la tarde, y que le gusta ir al cine acompañado. Pero no entenderás la película, ni aunque sea en versión original, dice ella, y ríen. Me da igual, dice él o entiende ella, las películas se entienden sin sonido, las buenas al menos, lo dijo Antonioni y a veces me gusta comprobarlo. No te preocupes, sigue diciendo él y vuelve a enrojecer, me conformaré con tu compañía, que ilumina Madrid. Bueno, no sabe decir *conformarse* en inglés, o no se acuerda, y lo que ha dicho es que su compañía será suficiente pero ella comprende, a la perfección, lo que dice. Podía haberle quitado el sonido a la frase y aun así la hubiera comprendido. Iré contigo, responde ella, porque Antonioni tiene razón.

Cuando salen de la película, *Crash*, están muy impresionados y se serenan con una cerveza en un bar próximo. Entraron en el multicines de día y ahora es de noche. Ella piensa para sí que en la película ocurre algo parecido. Siente dentro una especie de desgarro, pero cree que esa grieta la ha provocado algo más que el notable guión de Paul Haggis y Bob Moresco. Busca una verdad en los ojos de témpano (azul grisáceo, aunque arden) de él. Y él ya no esquiva tanto la mirada. Después de un par de horas de confidencias y susurros, de complicidades y coincidencias que parecen escritas por otros guionistas del caos dirigido, él le dice que quizá no tenga suficiente con su compañía. Aunque lo que dice realmente, ahora en mejor

inglés, es que no se conforma. Ella duda. Piensa en mañana. Cuando vuelva a la tienda a las nueve, y desde los escaparates Madrid parezca no la ciudad iluminada en la que él cree, sino una ciudad apagada, donde siempre es de noche. Como en esa película, *Dark City*. Pero los ojos de él. Pero el día de mañana. Pero esas eses arrastradas. Pero la soledad por venir. Pero esos hombros montañosos. Pero las calles a oscuras por el día. Pero esa caricia inesperada. Pero su corazón frágil. Pero. Pero. Pero.

CALLE DEL AMPARO

Estoy en un país
donde nadie me conoce,
en el que podría caer malherido
y nadie se preocuparía
—podrían interesarse,
incluso mostrar humanidad,
pero preocuparse es otra cosa—.

Estoy en un país
donde paso desapercibido
y no se repara
en mi presencia
ni en mis inquietudes.

Estoy en un país
para el que no existo.

Estoy en mi país.

SOTO DEL REAL

—La única diferencia entre los que están ahí dentro, tras las rejas, y quienes estamos fuera, es que ellos saben por qué están presos.

CALLE ILDEFONSO GONZÁLEZ VALENCIA. CEMENTERIO MUNICIPAL SUR

¡Tus habitantes están muertos!

LAUTRÉAMONT,
Los cantos de Maldoror

Camino entre las callejuelas flanqueadas por las tumbas, apesadumbrado por el color negro de mi ropa, tan inapropiado, pese a las apariencias, en este lugar. Árboles ácidos y rascacielos de mármol memorial me contemplan. No se oye nada dentro de las tumbas; casi nada fuera de ellas. Más allá, puedo verlos desde aquí, los nichos apilados en geométricas cuadrículas, altos y sólidos, abrumadores. Nichos como casas, casas como nichos. Contemplo las tumbas a mi alrededor, imagino dentro de ellas a sus moradores: quietos, en reposo, es de prever, la mayoría; alguno removido, morbosamente inquieto, rebelde aún, en postura antinatural para sus circunstancias. El sol aprieta: me obliga a irme desvistiendo, quitándome capas de piel como una cebolla negra. Hay personas que me miran con lástima, como si estuviera de luto. Allí al final, como una gran cripta enrejada, está la puerta. La cruzo. Entro en el cementerio municipal.

RIVERSIDE, CALIFORNIA, ESTADOS UNIDOS. MAGNOLIA AVENUE

—Señora, no puedo darle toda la información que usted precisa. Sí, comprendo que su trabajo como periodista es localizar y contrastar todos los datos que pueda, pero el mío es mantener la seguridad, no permitirle a usted hacer su trabajo. No, no estoy diciendo eso, no me malinterprete, no quiero decir con esa frase —y, se lo advierto, ni se le ocurra utilizarla sacándola de contexto en su artículo— que mi función sea la de *entorpecer* su trabajo o impedirlo; de ningún modo, sólo digo que nuestros trabajos son diferentes: yo detengo delincuentes y usted escribe sobre sus crímenes para *Los Angeles Times*, lo que me parece perfecto. Bueno, perfecto del todo tampoco me parece, porque creo que ustedes hacen más hincapié en la conducta de los criminales que en la buena labor policial, y… ¿cómo? Sí, esa parte puede citarla si quiere, es lo que pienso y además es verdad, lo que intentaba decir… no la oigo bien, muévase un poco para ver si encuentra mejor cobertura, quizá está usted en una habitación cerrada y mejorará la calidad del audio si se acerca a la ventana; ahora mejor, sí, la escucho. Mire, tengo trabajo y no puedo dedicar tanto tiempo a este asunto. Voy a decirle todo lo que me está permitido y acabamos antes. El señor Collins, el fallecido, tenía desde hacía unos años un perro incluido en el programa de *dog service*, para ayudarle en algunas faenas básicas por su falta de movilidad y para servirle de compañía psicológica tras la muerte de su esposa. Hace un año y medio solicitó también el *monkey service*, el programa de asistencia mediante un chimpancé especialmente entrenado, porque su movilidad física se había reducido aún más y el perro, *Chan*… sí, yo también creo que es un nombre desafortunado para un perro, y anote que la policía de Riverside en general y yo en particular estamos en contra de cualquier forma de racismo y muy a favor de la gran aportación que la comunidad asiático-americana realiza a nuestra sociedad; le decía que el perro *Chan* no podía realizar ciertas tareas para el señor Collins por carecer de extremidades hábiles, tareas que sí pudo realizar *Charly*, no, no Charlie terminado en «ie», sino *Charly* con «y», no creo que sea un nombre femenino, señora, por lo que no puedo valorar, como usted

dice, si había alguna intención machista en llamar así al mono; de todas formas, ni siquiera sabemos si el simio se llamaba así antes de ser adquirido por el señor Collins, debe de ser difícil entrenar un mono sin dirigirse a él con un nombre, puede usted preguntar al proveedor de *monkey service* de la oficina estatal, su nombre vendrá en la red. No, no puedo dárselo yo ni facilitarle su número, por la obligación de confidencialidad impuesta por las leyes del estado de California. La cuestión, señora McKenzie, es que los vecinos con los que he hablado me comentan que desde que llegó *Charly* a la casa, estoy hablando del mono, el señor Collins comenzó a mostrarse más incómodo y reservado; todos pensaban que con la ayuda del chimpancé el señor Collins iba a mejorar su existencia y a salir a menudo de paseo, pero la situación resultó ser, imprevisiblemente, la contraria. Al poco tiempo, el tradicional triple paseo del que disfrutaba diariamente el señor Collins para sacar a la calle a *Chan* a hacer sus necesidades cesó, pues le encargó a *Charly* la faena, y los vecinos que ignoraban el programa de *monkey service* y que desconocían las increíbles capacidades de nuestros parientes lejanos, no, no hablo de los nuestros de usted y míos, señora McKenzie, me refiero a la raza humana, ¿cómo? Creo que sí es posible hablar de «raza» humana, señora McKenzie, sin ser racista, pero podemos cambiarlo por «especie», si usted lo prefiere. Mi intención era explicarle a usted la estupefacción de los vecinos cuando veían a un chimpancé por la calle, arrastrando con la correa al perro del señor Collins y recogiendo con cuidado sus deposiciones. El mono se hizo una celebridad rápidamente, y no pocos adolescentes del barrio posaban con el homínido para hacerse esos *selfies* ahora tan de moda y colgarlos en las redes sociales. Ya entonces algunos vecinos se dieron cuenta, o por lo menos eso me han dicho, de que el mono tenía rostro de enfado o de hastío, como si estuviera a disgusto con la situación, y mostraba cierta resistencia, siempre dentro de una educación exquisita, para la cual había sido entrenado, a la interacción vecinal. La señora Tapps, vecina de la casa contigua a la del señor Collins, me ha comentado que en las últimas semanas su marido y ella oían discusiones violentas entre éste y *Charly*, con palabras duras de aquél y con chillidos agudos de éste, a las que se añadían los ladridos entristecidos del perro, «que a todas luces deseaba interrumpir la pelea entre sus cuidadores», me dijo consternada, sí, creo que puede citarlo, y yo le precisé que deberíamos referirnos a los dos animales como *cuidadores-cuidados*, pues me consta que el señor Collins había encargado que entrenasen a *Chan* para que protegiera a *Charly* de posibles ataques humanos. En ese reparto de papeles, por tanto, el señor Collins tenía todas las ventajas y *Charly* casi todos los trabajos. Según la señora Tapps, ¿me oye, señora McKenzie? Ah, es que estaba

usted tan silenciosa que pensé que se había cortado la llamada; la señora Tapps se acercaba a la valla medianera en ocasiones para escuchar la conversación, «sólo con el propósito de comprobar que todo estaba bien», me comentó con lógica impecable, y escuchaba cómo el señor Collins reprendía de forma continua a *Charly* por no hacer debidamente su trabajo o por ser «perezoso», así como por no responder con educación a sus peticiones; peticiones que el señor Collins entendía lógicas, como darle masajes, y también apuntó la señora Tapps que había otras demandas que no le parecieron tan lógicas, pero que ella no quería meterse en la vida de nadie y que estamos en un país libre y que en todo caso es mejor tener un mono que una criada joven cuando se trata de ciertas faenas caseras; no supe a qué se refería, ya, claro, no sé qué pensar, quizá usted averigüe algo más, en estos momentos están interrogando al simio en el calabozo de la cárcel del condado para sacarle todo, pero no tengo más información; lo importante, y con esto acabo ya, porque no tengo ulteriores datos que darle, es que unos días antes del fatal desenlace las peleas hogareñas se recrudecieron, acompañadas de rotura de objetos, plantas despedazadas por el perro en claro estado de *shock*, acusaciones mutuas, una llamada a la policía abortada de manera rápida y sospechosa con un «disculpe, me he equivocado, no pasa nada», muy nervioso, del señor Collins, y un agravamiento de la situación que desembocó en la muerte del señor Collins producida ayer noche por un mordisco en la garganta. No, no se descarta que la agresión pudiera ser del perro, también está previsto que los miembros del comité de supervisión del programa *dog service* le interroguen en las próximas horas, y un equipo de naturistas y biólogos están examinando con los forenses la mordedura en el cuello del señor Collins. Es un asunto muy triste, nunca había pasado algo así en Riverside. Nos preocupa que este asunto distorsione la imagen de la ciudad, que había logrado mantener en números razonables, debo decir que con el máximo esfuerzo personal y la mayor entrega por nuestra parte, hablo del departamento de Policía, el alto número de vagabundos sin hogar y de crímenes violentos en los últimos años. Nuestro *sheriff* está desolado porque la muerte del señor Collins ha roto nuestra buena estadística anual de homicidios no procedentes de personas con antecedentes criminales. Sí, hicimos la investigación pertinente, y ni el mono ni el perro tenían pasado criminal, sólo algún pequeño cargo por hurto en el caso del simio cuando era joven. Le ruego, señora McKenzie, que trate esta información y este caso en general con el debido cuidado, para no dañar innecesariamente la intachable imagen de los buenos vecinos de Riverside.

PRÓLOGO A *CIRCULAR 07. LAS AFUERAS*

Le alegró que llegara el momento de volver a Madrid

BELÉN GOPEGUI, *Lo real*

la ciudad crece más allá de su documentación

JULIO ORTEGA, *El principio radical de lo nuevo*

Creo que, cuatro años y miles de páginas (mías y de otros) después, entiendo mejor este libro. Quiero decir que ahora sé hacia dónde va, comprendo su mecanismo novelesco y deduzco que soy en él un personaje más, destinado a mover su desarrollo. Parece un papel importante, pero no es muy distinto del de la imprenta digital que lo publicará: es sólo *dar a luz*.

Para ultimar esta versión he hecho caso a algunos críticos; por ejemplo, a Francisco Solano, quien señaló que había algunas piezas que eran meros chistes sobrantes. Respondí en cierta revista con irónica soberbia, pero los años le bajan a uno los humos (entre otras cosas) y entiende su futilidad y la de su obra. De modo que entono el *mea culpa*: espero haber localizado las teselas sobrantes y haberlas laminado por sustitución. Tener menos de cuarenta años sólo otorga una enseñanza al escritor: que si dedica los próximos cuarenta a trabajar y aprender, quizá sea capaz de hacer algo de cierta valía.

Al engranaje polimórfico (y polifónico) de *Circular* he añadido más ciudades, porque el mundo se interconecta y el libro con él, y se agregan algunos géneros y técnicas inéditos en la primera entrega: la ciencia ficción, el blog, el poema visual, el informe falso, la traducción cibernética, la crítica de exposiciones artísticas inexistentes, el hipertexto y algún otro estimulante. Creo que todo redunda en una suerte de unidad final, aunque aún no pueda verla.

Si hay algo que no les gusta de este libro, Javier Fernández, el editor de ambas versiones, es tan culpable como yo. Ríñanle a él también.

Una vez observé, en un café de Madrid, a una chica que leía la primera versión de *Circular* en una mesa próxima. Sonreía al hacerlo. Busqué durante un tiempo con curiosidad la página que pudo provocarle esa sonrisa.

Hace dos años entendí, de noche y de repente, que se reía de mí.

Córdoba, 2007

CALLE FILIPINAS. TAXI

—Vamos a tardar algo más de la cuenta.

—No se preocupe.

—Es que están de obras con lo de la ampliación del metro. Toda la parte de Cea Bermúdez con Guzmán el Bueno que queda a la izquierda es un infierno.

—¿El metro no llega hasta aquí?

—No. Por esta parte de Madrid sólo se puede ir a la Ciudad Universitaria; también hay una parada en Moncloa, pero ya está.

—…

—Cada poco tienen que ampliar, ¿sabe? El tráfico está cada vez peor, tardo media hora cada noche en encontrar aparcamiento. Cuando estoy harto de dar vueltas, lo tiro en la acera delante de mi casa.

—¿Y no le multan?

—La grúa no pasa hasta las ocho y media, así que todas las mañanas que no he aparcado tengo que salir pitando a las ocho.

—Buf.

—La culpa es de los constructores, que se dedicaron a construir sin hacer garajes por la parte en la que vivo. Todo lo que se hace ahora tiene garaje.

—Me he fijado en una cosa…

—…

—Cada dos por tres veo en Madrid pasos subterráneos de coches, garajes, sé que hay muchas excavaciones y canales bajo los edificios, y luego está el metro. Entonces…, Madrid está hueco por dentro, ¿no?

SIERRA DE GUADARRAMA

Habla animadamente. De vez en cuando suelta el teléfono en el asiento derecho para tomar las curvas más pronunciadas. Riendo, se disculpa a su interlocutor. «Sí, estos inventos son tan útiles…, lo que pasa es que la tecnología, algún día, acabará por matarnos…, ja, ja, ja…, se sublevará, sí, como en aquella película…, ¿cómo era? No, hombre no, ja, ja, *Terminator* no… Espera… [Curva de bajada muy peligrosa. Reduzca su velocidad. Señal de advertencia de barrancos a los lados en cinco kilómetros] Qué bestia eres, *Terminator*… Yo me refería a *Metrópolis*…, es una versión del gólem, ¿no te parece? el rabino no puede controlar su propia obra…, como en *King Kong*, salvando las distancias, como en *2001* con HAL, como en *La isla del doctor Moreau*, como en la de los dinosaurios…, es un tema viejo, tanto como los inventos.» Siguen las curvas. La carretera baja muy rápida entre cascadas de árboles en hueso. Se ha hecho de noche. Cuelga el móvil. Conduce reposadamente. Piensa en algo que le frunce el ceño. Enciende la radio para ahuyentar el rostro recordado. La carretera parece una caída, un torrente de asfalto haciendo meandros de curvas en las rocas. La música no sirve. Apaga el equipo y mira de reojo al móvil en el asiento del copiloto. Se aferra al volante e intenta concentrarse en la conducción. Pero hay una recta bastante larga. Con la niebla no se ve el final. Toma el aparato y marca un número distinto del anterior. La recta continúa. Se oye una voz que le responde al identificarse. Allí al final parecen advertirse unos destellos blancos, que resultan ser reflejos de señales. Él las mira. Advierten el fin de la recta y recomiendan una velocidad de treinta kilómetros por hora. Cierra el móvil muy despacio y lo coloca otra vez en el sillón. Más señales de barranco y una de curva cerrada. Se agarra al volante. No la toma.

MÁLAGA, CARRETERA DE CÁDIZ. MERCADONA

—Y éstos de aquí se ponen verticales.

—Porque se ven mejor, ¿no?

—Y porque caben más, las dos cosas.

—Ah.

—Los repones en la zona 4.

—Vale.

—Dame los cogollos. Van aquí siempre, junto a las lechugas iceberg.

—Toma, aquí tienes más. ¿Y dónde dices que vais luego?

—A un chiringuito, estamos en mes sin *r* y ya hay espetos. ¿Vas a venir, entonces?

—¿Mes sin *r*?

—En los meses que contienen la letra *r* las sardinas no son buenas, les falta grasa. Cuando llega mayo, se pueden comer de nuevo.

—Qué cosas. ¿Cuántas bolsas de gourmet?

—Las que quepan, dame por lo menos cinco.

—Bueno, pues así voy y pruebo el *pescaíto*. Se dice así, ¿no?

—¿Cómo lo quieres llamar?

—En Madrid decimos pescado frito.

—Pero ya no estás en Madrid.

—Por fortuna.

—¿No te fue bien? Ninguna sabemos por qué te has mudado aquí.

—Pues…

—Hija, si lo quieres contar, si no, no pasa ná. Todas tenemos cosas que…

—He venido huyendo de mi exnovio, que quiere matarme. Estoy en un programa de protección.

—Ostras, Paqui. Qué me dices.

—Sí, estoy en un programa nuevo del Instituto de la Mujer. Mi nombre no es Paqui, ni Francisca. Pero es mejor para todos que utilicemos el que me han ofrecido. Así no me encontrará. Si cambias de nombre y de teléfono todavía puedes pasar desapercibida.

—Qué horror, tía.

—Mira, ya he llorado todo lo que tenía que llorar. Prefiero pensar que soy una persona distinta que vive una vida nueva. Me han dado una oportunidad que otras muchas, por desgracia, no han tenido. Así que esta noche nos vamos a cenar espetos. Esta nueva vida va a ser más corta que la otra, y no estoy para perder el tiempo.

AVENIDA MANUEL AZAÑA

El agua comenzó a dispersarse por el tejado, en las cuatro direcciones: agua derramándose hacia la calle por el norte, hacia los raíles del tren del este, hacia el parque de Arroyo Fresno en el oeste, hacia el centro por el sur. El agua caía en cuatro delgadas láminas desde lo alto del edificio, ininterrumpidamente, lo que admiraba a los vecinos, que se preguntaban qué clase de depósito podía albergar tal cantidad de litros, mientras llegaban los bomberos.

Se presentaron las autoridades del distrito, la policía, los bomberos y algunas ambulancias. Los curiosos no tardaron en arremolinarse alrededor del edificio, si bien el perímetro de sus pies se iba ensanchando conforme crecía el charco que el agua comenzaba a crear, debido a que las alcantarillas se hallaban saturadas por completo de líquido, sin dar abasto a evacuarlo. Uno de los vecinos del bloque, que volvía de la compra, se quedó estupefacto ante la visión de su enorme edificio convertido en una catarata tetradimensional, que devolvía distorsionado el reflejo de los bloques colindantes. Se acercó a la policía que comenzaba a ordenar a los curiosos.

—¿Qué ocurre?

—No lo sabemos. Por favor, muévase hacia atrás, tenemos que acordonar la zona ante el peligro de inundación.

—Es que… es mi casa, vivo ahí, en el ático.

—¿Se ha dejado abierto algún grifo?

—…

—…

—¿Agente, está de broma? ¿Cree que algún grifo, o todos los grifos de una casa pueden liar ese maremoto?

Dos horas después, la caída de agua continuaba constante por los cuatro puntos cardinales del bloque. El Alcalde ya se había personado en los alrededores, Protección Civil acumula mantas y tiendas de campaña, tres unidades de bomberos achicaban agua y la policía miraba indiferente la situación, delante de las vallas amarillas que separaban a fotógrafos y cámaras de televisión de la cuádruple cascada. El jefe del 061 hablaba a las cámaras.

—No hay ningún herido. Por fortuna, y por una increíble

casualidad, el edificio estaba vacío cuando ha comenzado la inundación.

El comisario personado en el lugar transmitía calma a una estación de radio.

—La situación está controlada. Varias dotaciones de personal, los bomberos y Protección Civil han rodeado por completo la zona, descartándose daños personales. Es pronto aún para valorar los materiales. En las próximas horas suponemos que se controlará el foco de tensión y todo volverá a la normalidad.

El alcalde declaraba a la televisión autonómica madrileña que la reacción ante lo ocurrido era un ejemplo de coordinación entre las fuerzas del orden, y felicitaba especialmente a la Policía Local. La presidenta de la comunidad, de viaje en Francia, tuiteaba continuamente que la Consejería de Medio Ambiente estaba estudiando la posibilidad de que el canal de Isabel II interviniese para recuperar de algún modo el exceso de agua vertido.

El vecino, que no se había ido del lugar, y que tampoco había soltado en momento alguno las bolsas de la compra, volvió a acercarse a la policía.

—Disculpen, agentes, pero ¿nadie se ha preguntado cómo es posible que salga tanta agua, durante tanto tiempo, de la terraza de un edificio?

—Señor, cálmese, pronto volverá usted a su domicilio. Estamos trabajando para restablecer las condiciones normales de habitabilidad y seguridad de la casa. Pronto se emitirá un comunicado de prensa, le avisaremos.

El vecino, atónito, se dio la vuelta. Vio un poco más allá un banco de madera. Se acercó hasta él, cruzándose con los comentarios de los otros vecinos del barrio, que se preguntaban cuándo abrirían de nuevo la calle, o comentaban que el agua parecía limpia y por tanto era improbable que proviniese de un desagüe; otros hacían apuestas sobre si llegaría a llamarse al servicio de submarinismo de la Guardia Civil, se tapaban ligeramente los oídos ante el estrépito del agua al caer, colgaban fotos del acontecimiento en Facebook o Instagram, o retrataban con zoom a los pájaros que se acercaban volando a las cuatro cascadas para beber. El vecino se dejó caer en el banco, vencido, contemplando cómo se reflejaba el sol atardecido en la catarata central, cubriendo de naranja la fachada de enfrente, mientras los niños se bañaban en las ondas que creaba el agua al rebotar contra el asfalto.

VARSOVIA, AVENIDA OSTROBRAMSKA

De niño comí hormigas alguna vez con mis amigos. Cada vez que siento un cosquilleo en alguna parte de mi cuerpo pienso que siguen vivas ahí dentro, organizando expediciones.

SAN JUAN, PUERTO RICO

A ningún dueño de la ciudad, a ninguno de sus alcaldes, le importa la ciudad como a mí me ha importado, porque yo sé que no tengo salida, que nunca me podré ir de aquí.

EDUARDO LALO, *Simone*

«Ay, José, ¿seguro que tienes que hacerlo? —escucha desde la recámara de cuando en cuando—. Mira que nos vas a traer la ruina.» Se peina con cuidado, se pone la camisa, la chaqueta, la discreta corbata, elegida cuidadosamente para procurarle oficio de desapercibimiento, como de camuflaje urbano, aspecto de oficinista, para pasar sin problemas cualquier tipo de seguridad sin llamar la atención de los hombres de negro con receptor en el oído. Un guaraguao cruza el espacio de la ventana, aleteando sin ruido. «Esto de la política no trae más que problemas, acuérdate del tío Marcos, tres años de cárcel. ¿How many people has to go to prison para que él salga de la suya? ¿Por qué tienes que sacrificarte tú, con la cantidad de mamarrachos que hay en la célula? Your kids, piensa en tus hijos.» Él no la escucha del todo, porque se repite en voz baja las consignas que debe gritar en medio de la alocución del mandatario internacional que visita hoy la isla. Va hacia la recámara, seca las lágrimas de su esposa, le dice que esté tranquila, que «con tanto periodista internacional no me van a detener, daría una imagen de limitación del freedom of speech, optarán por no darle importancia». «I hope so, José, otherways we're fucked.» Toma el carro, se dirige hacia el palacio de congresos. Se repite una y otra vez las frases, ya en voz algo más alta, calentando las cuerdas vocales, pues sabe que tendrá que gritar muy alto por la inmensidad del espacio del acto público. Cuando se acerca a los alrededores del centro de convenciones, *freezed* por los carros de la policía y atestado de guaguas de profesores, políticos y curiosos, aparca y sigue acercándose caminando, confundido entre los cientos de asistentes. Se repite en silencio los lemas que va a gritar, observando de reojo a los hombres trajeados con gafas negras que se llevan la muñeca a la boca musitando mensajes para los receptores de otros hombres de ropa y gafas negras,

mientras él camina con determinación y tranquilidad, preguntándose qué es ser normal en esta isla, en qué consiste ser un ciudadano *normal*.

BOADILLA DEL MONTE, MADRID. CIUDAD DEL BANCO SANTANDER

El descubrimiento más impresionante en este campo de la Etología llegó en 2027, cuando gracias al espectrómetro de afectos pudimos llegar a conocer el rango de sentimientos de los animales más básicos, incluyendo los organismos unicelulares. Recuerdo el escalofriante artículo que escribió Mathias Hörveld acerca de un gusano de la Guayana Francesa. El *carpitus anelidus*, que puebla las hojas de un árbol espinoso llamado Cocún, es un gusano de apenas 2 cm de longitud y escasos milímetros de anchura. Jamás se pensó, hasta la llegada del espectrómetro, que estos animales pudieran tener sentimientos, al no tener cerebro, sino apenas una forma mínima de sistemas nerviosos. Cuál fue la sorpresa de Hörveld al descubrir gracias al aparato que el anélido vive angustiado por un solo pensamiento omnipresente: *comer*. El mandato génico de alimentarse es tan poderoso que crea en el gusano una angustia brutal, que ni siquiera se alivia con el propio hecho de comer. Mientras el gusano está comiendo, la orden atávica de *comer* sigue resonando a todo lo largo de su minúsculo cuerpo, hasta tal punto que, incluso cuando mastica las hojas de su árbol huésped, incluso aunque la cantidad de pulpa ingerida exceda los límites de su digestión, incluso en los momentos de máximo empacho, el *carpitus* siente hambre y sufre un tremendo estrés por sentirse famélico y subalimentado. El gusano, concluía Hörveld, vive una existencia aterradora, puesto que pasa todos y cada uno de los instantes que forman su existencia sintiendo un hambre asfixiante e irreversible.

BUENOS AIRES. AEROPUERTO EZEIZA

Veo llegar a la mesa contigua de la cafetería un hombre de unos cincuenta años que se sienta y abre su ordenador. Los anuncios de las salidas y últimas llamadas de embarque se suceden cadenciosamente, como en otro tiempo. Sigo leyendo hasta que las risas ahogadas del recién llegado llaman mi atención. Me da ligeramente la espalda y puedo ver la pantalla del portátil: contempla el vídeo de una niña pequeña, bailando. No tiene sonido; hay dos mujeres moviéndose alrededor de ella de forma acompasada, por lo que deduzco que debe de haber música de fondo.

Sospecho que fue él quien grabó la escena con la cámara, y supongo que esa niña es su hija, por su sonrisa cálida al mirarla. El hombre cierra el reproductor y parece pensativo, la sonrisa se ha congelado en su rostro. Pone el cursor sobre otro archivo de vídeo, sin clicar. Se gira hacia mí para ver si estoy mirando, pero se me da bien disimular que leo cuando, en realidad, observo en derredor (y viceversa). El hombre se concentra de nuevo en la pantalla. Se decide a pinchar sobre un icono y otro vídeo se abre. En mitad de un aeropuerto puedo ver el mar: los píxeles muestran una playa, un paseo marítimo, una de las dos mujeres de la grabación anterior y la misma niña. Tampoco hay sonido. La niña mira cautivada las olas, luego se vuelve hacia la cámara y dice algo. La madre, supongo que es la madre, ríe. El cámara —supongo que este hombre era el cámara—, ríe también, porque la imagen se agita. El hombre a mi lado se lleva una mano a los ojos y comienza a llorar. Con absoluto desconsuelo. Baja rápidamente la pantalla del ordenador. Se quita las gafas y borra las lágrimas con una servilleta. Pocos segundos después paga, recoge sus cosas y se marcha.

ESTUDIOS DE CANAL +

MÁXIMO PRADERA: Bien, señores, hoy tenemos con nosotros a un intelectual, tan conocido que no necesita presentación. Saben lo que es un intelectual, ¿no? Esos señores que piensan primero y cobran después, aunque digan lo que ya todos habíamos pensado (risas). Aquí llega (aplausos).

FERNANDO SCHWARTZ: Hola, bienvenido a *Lo más plus*. Creo que lo mejor sería que nos hablara de sus comienzos, de su evolución como pensador; de cómo se ve usted a sí mismo en el tiempo, después de tantos libros publicados.

INTELECTUAL: Pues verá… yo comencé al principio del todo, justo cuando salieron mis primeros trabajos como intelectual. Ha sido un proceso largo y costoso, en el que he ido paulatinamente cubriendo etapas de mi carrera, hasta llegar al presente, donde estoy situado en un preciso momento de la misma. […]

FERNANDO SCHWARTZ: El intelectual, ¿nace o se hace?

INTELECTUAL: El Intelectual no lo sé. Sé que existe, pero aún no lo conozco personalmente.

FERNANDO SCHWARTZ: Pero…, usted se considera a usted mismo un intelectual, ¿no?

INTELECTUAL: Sí, claro, pero *un* intelectual. Luego está *el Intelectual*. Nadie sabe dónde está, pero por otra parte nadie duda de su existencia. Yo opino de que ser intelectual, esto es, ser, es buscar, esto es, buscar, al Intelectual. Esto es: se busca ser, es búsqueda, luego…, luego, más tarde.

FERNANDO SCHWARTZ: Pero… el…, perdón, *un* intelectual, ¿nace o se hace?

INTELECTUAL: Se deshace, se deshace. […]

MÁXIMO PRADERA: ¿Necesita un intelectual ser inteligente?

INTELECTUAL: ¿Puede repetirme la pregunta?

DIJON. PLACE DE LA RÉPUBLIQUE

Observo a una señora que camina al fondo de la plaza, de espaldas. Desaparece engullida por un callejón lateral. Por vez primera, me invade una extraña sensación de ansiedad al pensar que no volveré a ver a esa persona *jamás*. Me digo que es lógico, que es imposible que llegue a ver en mi estancia de apenas dos días, ni siquiera a un 1% de los habitantes de Dijon. Pero, poniéndome en la hipótesis de que ya hubiese regresado a España, ¿a cuánta gente de Madrid no veré jamás, cuántos cordobeses no pasarán, durante toda mi vida, ante mis ojos?

De niño tenía una pesadilla en que una voz siniestra me susurraba: la mujer de tu vida vive en Córdoba, pero en otro barrio, cerca del tuyo; va a otro colegio, luego estudia en otra facultad; no os cruzaréis jamás por la calle, no la verás desde un autobús, nunca oirá tu voz y caminaréis siempre por calles paralelas.

Era un miedo infantil, sí. Lo que no entiendo es por qué me llega ese mismo sentimiento justo ahora, con tanta gente a la vez, con toda la gente.

DIARIO *ABC* DE MADRID. SECCIÓN DE ANUNCIOS POR PALABRAS

Se vende un país
dúplex confortable
licencia de vivienda turística
500.000 km cuadrados
habitantes dormidos.

CALLE ALEGRÍA DE ORIA

[…] entonces salió a mi encuentro la ciudad propiamente dicha

J. W. VON GOETHE, *Poesía y verdad*

—¡Jaime! ¡Cuánto tiempo!

—Sí, he vuelto.

—Supuse que te habías ido de la ciudad, o de España, a buscar trabajo.

—Más o menos.

—Debe de hacer que no te veo… no sé, ¿seis años?

—Cinco. Pero ya he regresado.

—¿A dónde te marchaste? ¿Qué te pongo? Perdona…

—No, está bien, tranquilo. Medio quilo de lomo está bien, en filetes no demasiado finos, gracias. Pues en realidad, lo que se dice marcharme, no me fui a ningún lado.

—¿Cómo? Pensé…

—He estado aquí todo el tiempo. Te lo explico: hubo un momento, cinco años atrás, en que estaba harto de todo. Quería desaparecer, cambiar de vida. Lo ideal hubiera sido, como tú mismo has dicho, dejar el país, o al menos la ciudad, y largarme fuera. Pero no es tan fácil. Mi madre estaba mayor, necesitaba medicación… Así, muy bien; además quiero un pollo entero en trozos para guisar, Pepe, gracias.

—Marchando. Te pongo éste de corral, bien gordo.

—Perfecto.

—Sigue, te he interrumpido.

—En fin, que era complicado cambiar de país, incluso de ciudad, con una madre que requería de atención creciente, cada vez tenía menos movilidad y más achaques, la pobre. Me daba miedo no encontrar la misma cobertura médica o el mismo trato que aquí: su médico de cabecera era buena y la conocía y le tenía pillado el punto. Así que decidí irme, pero quedándome, por ella.

—¿Cómo es eso? No entiendo.

—Es fácil. Quería cambiar de vida, de amigos, desaparecer del barrio. Y se me ocurrió una forma: adelantar veinte minutos el horario y variar el rumbo del paseo hasta el trabajo. Tan sencillo como eso. Si

tú adelantas o pospones tus salidas habituales sólo veinte minutos sobre el horario de costumbre, ya no te encuentras a nadie con quien te topes de forma habitual. Salía antes de que llegara mi portero, y regresaba veinte minutos después del fin de su horario. Además, en vez de tomar calle Tabatinga, torcer por Tampico a la derecha, atravesar la plaza de Barbados y llegar a calle de Antioquía, salía de casa girando hacia la derecha hasta Arévalo Lara, doblaba a la derecha de nuevo y seguía por Arévalo Lara hasta Riobamba; allí giraba a la izquierda por Siro Muela y a los cincuenta metros ya tienes Antioquía. Sí, es un rodeo, pero tenía veinte minutos más para hacerlo. ¿Resultado? Si sigues esa pauta durante tres meses, pierdes por completo el contacto con todo el mundo. El resto es más sencillo: cambiar de panadería, pescadería, de carnicero, por cierto aprovecho para pedirte perdón por todos estos años de ausencia…

—No pasa nada, hombre.

—… y de supermercado, zapatero, etcétera. A los seis meses los vecinos piensan que te has ido de la ciudad o que te has muerto. Y tú tienes una vida nueva. Mi madre murió a los dos años, descanse en paz, la pobre.

—Vaya, lo siento mucho, Jaime.

—No te preocupes. Ya está, eso es todo, Pepe, me dices cuánto te debo, y, te decía, tras morir mi madre, justo cuando le estaba dando vueltas a la posibilidad de irme de verdad, conocí a una chica en la pescadería nueva, nos peleamos por el mismo barbo y al final, entre risas, decidimos comerlo juntos, y ahora vivimos en la misma casa, la mía. Así que, como ves, en cinco años no me he movido, pero mi vida ha cambiado mucho.

—Joder, tío, qué historia. Son diez con cincuenta. Me alegro mucho, pareces contento.

—Pues sí, la verdad. Aquí tienes. Nos vemos en tres días.

—Como siempre, Jaime.

—Como siempre, Pepe. Hasta luego.

BUCAREST, RUMANÍA. MUZEUL NATIONAL DE ARTA CONTEMPORANA

[…] Tampoco puede este informe de traspaso esquivar alguna referencia al caso Cuzek. No hay mucho que añadir a lo dicho en las noticias que cubrieron el escándalo, que supuso, por desgracia, la continua aparición del museo en los medios ese año; pero algún detalle es necesario precisar para la directora entrante, de cara a culminar las reformas acordadas del reglamento. Como ya sabe, en octubre de 2023 una de nuestras vigilantes oyó un ruido en uno de los pasillos de la zona norte. Se quedó quieta, para ver si el ruido se repetía, temerosa de que hubiera podido colarse algún roedor que pusiera en peligro alguna obra de la colección. Concentrada, creó escuchar un estornudo ahogado, como cuando uno tose sobre su codo para molestar lo menos posible. Instintiva, reparó en que el estornudo llegaba de un lugar imposible: desde el interior de la ancha pared que separaba, tras las remodelaciones de 2022, ese pasillo de la sala baja de la tercera planta. Extrañada, volvió una y otra vez sobre sus pasos, repasando toda la zona. Suspicaz, vio el tapiz Hagi que cuelga del lado exterior de la separación entre sala y pasillo, y tuvo una intuición. Desprejuiciada, cometió una pequeña desobediencia que, como quizá sepa usted, le fue perdonada, por haberle evitado al Museo un mal mayor: levantó el tapiz y se introdujo entre él y la pared, para escuchar pegando la oreja. Al apoyar las manos, detectó una minúscula ranura vertical, a la vez que oía una voz que susurraba casi inaudiblemente; siguiendo con los dedos la ranura, descubrió que era en realidad una puerta falsa y, al abrirla, encontró al artista Cuzek sentado, mirándola estupefacto, oyendo música con auriculares a un volumen audible, rodeado de enseres, bártulos, envases de comida, botellas y cables enganchados ilegalmente al sistema eléctrico del museo para poder cargar la batería de sus aparatos electrónicos y alimentar una pequeña nevera y una estufa.

A partir de ahí se precipitaron los hechos, y descubrimos lo que sabe usted por la prensa y algunas cosas más: Cuzek había sabido por Hagi que iban a colgar uno de sus tapices en el museo, y había visitado con él las instalaciones en obras, para enseñarle el

emplazamiento exacto; Cuzek, a la vista de la magnitud de las obras y el caos reinante, verdadera causa de mi despido como director del museo —pues fue ese caos el que dio pábulo a la ocurrencia del artista — tuvo una idea rauda y disparatada; memorizó el nombre de la empresa de construcción y al día siguiente se presentó en ella para pedir trabajo como albañil y artista especializado en escultura y equipamientos museísticos —y lo peor es que lo es de verdad, se sacó el título de joven—; fue contratado y destinado a la Casa del Pueblo, para la obra en el museo; comenzó a trabajar con denuedo; se ganó la confianza de todos, lo que le permitió concentrarse en la zona donde iba a colgarse el tapiz Hagi; sacó partido a una tarde en que se quedó a solas haciendo horas extra, aprovechando el momento para ampliar de manera subrepticia la separación entre el pasillo y la sala, dejando una especie de vano o zulo junto a la pared medianera, cerrado por fuera salvo por una puerta falsa casi inapreciable, que cubrió rápidamente con el tapiz de su amigo; robó un uniforme del personal de seguridad y lo escondió dentro del ergástulo; abrió con un gran taladro, en los momentos de estruendo en la sala causado por las obras, un túnel hasta una estancia vacía de otra parte de la Casa del Pueblo, al efecto de poder salir y entrar de su escondrijo sin ser visto por los vigilantes, para buscar alimentos con discreción y utilizar a su gusto un baño cercano, vestido con el uniforme robado, con la intención de pasar siempre desapercibido; fue haciendo en la madriguera, con los materiales destinados a la remodelación, estanterías, mesas y sillas, y utilizaba su mochila de trabajo para transportar utensilios y objetos al hueco creado; poco antes de la inauguración de la sala, tras las reformas, se introdujo allí cargado de víveres y enseres, apagó el móvil y desapareció, sin despedirse de nadie. ¿Recuerda que uno de nuestros vigilantes nocturnos solicitó la baja médica el año pasado, alegando que había un fantasma que recorría de noche las partes del museo libres de televigilancia? Pues tenía razón aquel buen hombre, con lo que nos reímos de él.

Por lo que nos contó Cuzek en la cárcel, durante una de las entrevistas posteriores que tuvo a bien sostener con nosotros, su intención era forjarse una leyenda con su desaparición, convirtiéndose en una obra de arte invisible que el museo guardaba sin mostrarla: una acción artística a medio camino entre el *happening* y la exposición secreta. Quería permanecer allí unos meses o años, hasta que se le declarase muerto, y salir luego a la luz pública para reclamar su condición de primer cadáver resucitado en un museo, volviendo a la vida como obra de arte, como pieza liberada. Por fortuna, nadie le ha hecho demasiado caso. Si me pregunta mi opinión, era sólo una forma de adquirir vivienda en Bucarest por dieciséis leis, el precio de la entrada que pagó simbólicamente en taquilla el día de su

autoconfinamiento.

Por último, y para terminar este informe de traspaso, tenga siempre un ojo puesto en la vigilante Petrescu; es narcoléptica y suele quedarse dormida de pie en el ascensor transparente, lo que asusta a los visitantes del museo.

Espero que tenga en este fascinante puesto de trabajo más suerte que yo.

En Bucarest, a 12 de enero de 2024,

Fdo. Mihai Stancu Jacobi, director saliente.

VILLALBA DE LA SIERRA. CALLE MARTINGALA

Construyen casas en las afueras para que no queden afueras.

GERMÁN SIERRA, *Intente usar otras palabras*

—Perdone la impertinencia, pero ¿cómo desea desprenderse de un chalet tan impresionante como éste, a un precio tan bajo?

—Porque quiero perderlo de vista.

—¿Demasiados recuerdos?

—… Demasiado presente, más bien. Todavía no nos hemos ido. Mi marido…, mi exmarido tiene ahora un piso en la zona de Chueca. Mi hija y yo vamos a mudarnos a un ático más próximo a su colegio, para que pueda ir a clase a pie; yo ahora comenzaré a trabajar y no tendré tiempo de llevarla, como hasta ahora. Necesitamos, necesito, dejar este chalet lo antes posible.

—Es comprensible.

—Éste de aquí iba a ser el cuarto de nuestro segundo hijo.

—…

—…

—La orientación es muy buena.

—…

—Voy… voy a tomar un café en el bar de ahí al lado, señora, y vuelvo en unos minutos, si le parece.

—…

—Hasta ahora.

MOSCÚ. PERSPECTIVA NIKITSKAYA

Nada más leer en una revista durante el viaje en avión entre Oslo y Moscú que un BigMac no sabe igual en todas las partes del mundo, sino que se adapta a los sabores y especias locales de cada país en que se vende, Léon Varesky comprendió que tenía que dedicar una minúscula parte de su imperio, construido sobre campos petrolíferos, a averiguar si tal variedad gustativa era cierta. Habló con representantes de todas y cada una de sus oficinas comerciales en el extranjero, que adelantaron en un mes su reunión anual para cumplir a la mayor brevedad con el encargo de su jefe supremo: llevar a Moscú un BigMac comprado el mismo día de su llegada, fijada para el 4 de marzo, que debían traer desde cada una de sus ciudades de origen. Y debían hacerlo a las bravas, ya fuese ocultando las hamburguesas en el equipaje o estudiando el modo de llevarlas consigo, pese a cualquier prohibición aduanera, sin reparar en costes ni en medios.

El día 4 de marzo comenzaron a llegar los directivos desde las ocho de la mañana, hora de aterrizaje de los primeros vuelos europeos, y con ellos las cajitas cuadradas de cartón rojo, manchadas de grasa filtrada. Vistas desde fuera, esas gotas de aceite eran de momento lo único idéntico en todas las raciones, pues había bastante diversidad en los tonos de color de las cajas, e incluso en el tamaño de las mismas, dentro de una razonable uniformidad. A mediodía habían llegado a la inabarcable mesa de juntas de su despacho, situado en el ático de un gran edificio con vistas a la plaza del Kremlin, la mayoría de las hamburguesas europeas; a la puesta de sol arribaron las africanas y las provenientes de oriente medio, demorándose hasta la noche los menús BigMac chinos, japoneses y los oriundos de la costa oeste americana. A la 1.30 de la madrugada, coincidiendo con la llegada de la cajita indonesia, Léon Varesky había calculado que, si cada BigMac requiere para su ingesta de diecisiete bocados medianos, debía dar dos mordiscos pequeños por ración, para que las setenta y cinco cajas de carne y las setenta y cinco de patatas no le produjeran un empacho o un cólico nefrítico. Un médico aguardaba en la antesala, convenientemente pertrechado, por si surgiese alguna incidencia.

Tres camareros recalentaban en unos microondas traídos al efecto

las hamburguesas durante unos segundos, para servirlas a la degustación a temperatura similar. Las cajas tenían el nombre de cada país de origen escrito en la parte inferior del envase, en caracteres cirílicos. Varesky comenzó a probar las hamburguesas al azar, advirtiendo minúsculos cambios de sabor entre unas y otras. A pesar de haberse prometido a sí mismo que no daría más que un minúsculo bocado a cada una, a veces debía volver a sándwiches ya probados para comprobar texturas, gamas olfativas o condimentación. Un cierto sabor a curry lo hizo volver a una de las cajas y comprobar sin sorpresa su origen indio; un deje a cúrcuma anunciaba Marruecos, un resabio de chile procesado confirmaba el origen mexicano escrito en la base. A las 2.30 de la mañana estaba completamente ahíto. Faltaban tres cajas por abrir pero ya no le hacía falta probar su contenido. Varesky, sin mirar a su secretaria de confianza, le dijo con infinito hartazgo: *Es increíble que haya tantos tipos de mierda diferentes, cuando siempre tenemos la falsa impresión de que el sabor a mierda debe de ser igual en todas partes.*

CALLE LITUANIA

Hay que mantenerse en guardia ante las reflexiones que parecen inteligentes sólo porque son pesimistas.

*

A la interfaz entre el dolor de la carne y el dolor del mundo exterior la llamas *herida*.

*

Un crítico sin autocrítica es tan absurdo como un científico sin evaluaciones externas, un sacerdote sin arrepentimiento o un psicólogo sin introspección.

*

El modo gracias al que los mediocres mantienen apartadas a las personas valiosas de la política es su conversión en un espectáculo bochornoso de insultos y descalificaciones; las personas más inteligentes suelen tener estómago.

*

Esa angustia opresiva que sientes es la suma del empuje de los nacionalismos apretándote desde abajo y de la globalización asfixiándote desde arriba.

*

El único salmón contracorriente es el que decide no remontar el río.

MÉXICO D.F., CALLE RAMÓN XIRAU

—Óyeme, Melitón, ¿no fue el veintiuno de septiembre el mero día del temblor?
—Fue un poco antes. Tengo entendido que fue por el dieciocho.

JUAN RULFO, *El llano en llamas*

El 19 de diciembre de 2017, a primera hora, Salustiano había terminado de leer su cuento diario de Juan Rulfo. Esa costumbre tenía por objeto recordar de memoria, con los años, todos y cada uno de los cuentos de *El llano en llamas*, palabra por palabra. Era para él una gimnasia mental previa a la rutina de cambiar de ocupación y de idioma, pues Salustiano era profesor de Griego de la UNAM y traductor de autores grecolatinos. Recibía de seguido consultas y preguntas llegadas desde cualquier parte del mundo, porque tenía fama de ser la persona viva que mejor dominaba el griego clásico. Su sueldo se completaba con invitaciones anuales a Harvard, Yale, Cambridge, Oxford o Pekín para impartir seminarios o clases magistrales acerca del uso homérico de los pronombres o sobre la exactitud del cómputo métrico en las odas de Píndaro.

A las ocho de la mañana, tras la lectura de «El derrumbe» de Rulfo, retomó su investigación sobre la composición de las palabras griegas, a raíz de un texto recién descubierto en las afueras de Nauplia, datable con fiabilidad en el siglo XII antes de nuestra era —a caballo, por tanto, entre el Lineal B micénico y el ático posterior—, que no parecía seguir las reglas morfológicas previstas. Primero pensó que podría tratarse de un dialecto, luego de la escritura de un loco, pero se había ido formando en su mente poco a poco la sombra de algo mucho mayor, como si una brecha se rasgase en la penumbra de los orígenes del lenguaje griego para mostrar otro mundo más allá. Al mediodía se dio cuenta de que sus suposiciones surgían de una interpretación nueva de la letra φ, cuyo uso en la tablilla desenterrada era por completo distinto de lo establecido. La φ, habitual en muchas palabras que han perdurado hasta hoy, como psique o psicología, era usada como prefijo de negación en el escrito anónimo, uno de los más antiguos conservados. Es decir, el prefijo *psi* se utilizaba como nuestra

a en amoral, o la *i* en ilógico, o como *des, contra* o *anti*, con el fin de invertir la semántica de los siguientes signos. A las dos de la tarde entendió la magnitud de su descubrimiento: de ser así, toda la historia de la filosofía y la literatura griegas estaba mal contada, pues cuando se utilizaba φ el autor no apelaba a la psique, sino al cuerpo; cuando Aristóteles habla en *De la interpretación* de «φωνη», no se refiere a la voz, sino al silencio. Todo un nuevo mundo se abrió ante él, al vislumbrar la posibilidad de que los discursos parmenideanos de unidad se hubieran malentendido, y que la historia del pensamiento occidental fuera una nota al pie de Platón mal interpretada, errónea, que decía lo contrario de lo que hemos aceptado. *Todo nuestro conocimiento está al revés*, pensó, mientras se daba cuenta de que su cuerpo llevaba tiempo temblando, y no era sólo de la emoción, y también se movían la mesa, los libros, las paredes; y miró hacia arriba y vio la inmensa brecha en el techo a través de la cual iba a caer sobre él todo el edificio.

CALLES CUATRO CAMINOS, LEGAZPI, MALASAÑA, TANATORIO, ARGÜELLES

Se ha levantado a las siete. Domingo por la mañana. Conduce por las calles espectrales. Tres jóvenes levantan la mano. Frena el taxi junto a ellos. No es partidario de recoger borrachos que alargan la juerga del sábado, pero tampoco le gusta pasar hambre. Se equivoca esta vez: son unos chicos bastante majos, que han bebido lo justo o que se han recuperado comiendo. Aún están chispeantes y contentos. Bromean entre ellos sobre las chicas que han estado «a *esto*, tío, a *esto*», de llevarse, y que no se han llevado. Él les oye tranquilo mientras conduce, a veces sonríe con sus ocurrencias. En un semáforo de Legazpi les dice que dos horas antes había recogido a dos chicas que también se quejaban de no haber ligado. Decían que los chicos no les hacen caso. «Pero qué jeta. No me lo puedo creer. Habría que verlas.» «No eran feas», responde él. «Buen hombre, a las seis de la mañana de un sábado ninguna es fea.» Todos ríen. Les deja, casi agradecido, en la puerta de una churrería. La vida, piensa, no es tan mala. Incluso, por qué no, puede ser feliz aquí, este domingo frío pero ya soleado, despejado y prometedor. Entonces se detiene y suben al coche dos mujeres de mediana edad y otra algo mayor. Las tres visten de negro y parecen haber llorado toda la noche. «Al tanatorio, por favor.» Sollozos en alguna cuesta, toses que ahogan gemidos. Manos silenciosas que vienen y van de los asientos de atrás hacia el contiguo, comunicando ánimo, o dolor. La operadora es el único ruido de fondo, mientras repasa referencias de taxis pedidos y enumera nombres de calles como una letanía, como si indicase atajos para escapar de Madrid. La ciudad abierta, limpia, vacía, reluciente como un ataúd que espera dueño. Tanatorio. Las despide y regresa lentamente hacia el centro. Intenta recordar qué pensaba hace sólo veinte minutos. Apaga la luz verde y se deja llevar por el tráfico incipiente.

A las once de la mañana toma las calles hacia su casa. Por hoy, la jornada ha terminado.

CALLE RADIO

I

—Es un aparato magnífico. Parece que la BBC se emite en Torrelodones.

—No me estás escuchando.

—Te estoy escuchando.

—Lo que te decía: no es más que una pelea detrás de otra. Todos los días, por pequeñas tonterías, pero…

—Ya sé lo que dices. Mira, escucha, qué claridad, qué limpieza de sonido.

—Todos los días nos inventamos formas de discutir.

—Sin distorsiones.

—En el sexo funcionamos bien; qué digo bien: genial, y después, también va todo como la seda. El problema es antes. Buf…

—Por la noche, las ondas se propagan mejor en las ciudades. Hay menos interferencias. ¿Lo notas? El piloto del estéreo casi no parpadea.

—Temo los fines de semana…

—La recepción es perfecta.

—¡No coincidimos en nada! Somos absolutamente diferentes.

—La música parece eliminar los ruidos de fondo, es curioso: debería ser, por tener mayor densidad, donde más ruido hubiera…

—Oye, Pepe…

—… Sin embargo, es como si la contaminación acústica se parase a escuchar, como si pudiera y quisiera oír la música, y disfrutar con ella, ¿ves? Hay sintonía, hay sintonía perfecta y aunque las notas no estén siempre en el lugar, aunque se toque con manos torpes, hay radio, y hay música, y hay milagro…

—¡Pepe! ¡Basta! ¡No dejas de hablar de radios y chismes, y yo te estoy hablando de nosotros!

—Y yo también, cari, yo también.

II

—Hoy Luis del Olmo ha entrevistado a ese hombre que ha

recuperado la vista a los setenta y ocho años, hijo… debías haberlo escuchado.

—No oigo la radio, madre.

—También ha salido en la tele.

—Me da igual. A saber qué decía ese viejo.

—Sólo daba las gracias a todo el mundo. Cuando del Olmo le preguntó por su mayor deseo, ¿sabes lo que ha contestado?

—…

—Que sólo querría algunos años más de vida para disfrutarlo.

—…

—… Tú pensando en el suicidio con veintiséis años, y ese hombre lo único que quiere son migajas de vida.

—Que pruebe la mía un mes, a ver si sigue igual de vitalista.

AVENIDA VIEL, SANTIAGO DE CHILE

Alcio se acercó arrastrándose, moribundo, al andrajoso que pedía limosna amontonado en un portal. Ante la sorpresa de éste, le tendió la llave de un apartamento.

—Si lo encuentras, puedes vivir en él. A mí ya no va a hacerme falta.

Y murió.

El vagabundo se levantó con la llave en la mano y, desafiante, observó la ciudad.

CALLE CAMINO VIEJO DE LEGANÉS

—Sí, todo lo que dices, incluso lo que no dices, me parece interesante. Lo que dices sobre los hombres de hoy y nuestra incapacidad para el compromiso. También lo que no dices respecto a las razones por las que las mujeres de hoy dais tanta importancia al compromiso. Me parece magnífico tu razonamiento, el modo en que mides las distancias, los centímetros precisos de piel que me dejas ver para transmitir, exactamente y al mismo tiempo, dos discursos que parecen contradictorios: 1) no te necesito, no necesito a los hombres ni estoy necesitada de sexo, pero 2) no te vayas. O, dicho de otro modo: 1) no eres imprescindible, pero 2) me atraes. O también: 1) puedo vivir sin sexo, pero 2) quiero seducir y sentirme seducida. Y a todo esto, súmale el resto de tópicos que dices y que no dices: trabajo mucho, no tengo tiempo para el romanticismo, pero puedes decir algo bonito si sabes cómo hacerlo (antes lo hiciste bien), ya no tengo edad para aventuras (lo has sugerido, en tu respuesta a un comentario mío), sin embargo en mi vida falta compromiso o, mejor, falta *proyecto* (no lo has dicho), falta sentido (estás intentando decirlo desde hace un rato, pero eres tú la que no quiere oírlo, la que no quiere *oírtelo*), no me planteo tener niños (lo has dejado caer), no me planteo la vida sin *haber tenido*, alguna vez, hijos o marido (no lo has dicho, quizá te lo digas, o no), estoy sola en mi casa, por qué no nos vamos y que esta noche, al menos, sea diferente (no lo has dicho, todavía no lo has dicho), y por eso, por todos esos discursos pronunciados o escondidos, ocultos o no, te propongo lo siguiente (y aun sabiendo que quizá entre nosotros pudiera haber algo serio, o precisamente porque puede haberlo): ¿por qué no pasamos directamente al *después*, por qué no damos como pasado ya el primer beso, el primer roce, el primer polvo, la primera llamada inesperada del día siguiente, la segunda cita, la ilusión, los estremecimientos del *y si esta vez sí*, las semanas de sexo hasta el primer te quiero, los meses de te quiero hasta el primer *te vienes a vivir conmigo*, los años de vivir contigo hasta el primer *me voy*? ¿Por qué no cruzamos de un salto toda esa negociación interminable, esa desesperante cadena de sinsentidos, esa fuerza centrífuga, ese ardor estomacal, esa demolición, y nos movemos al *después*, al momento en que dos antiguos novios o amantes se encuentran, por

casualidad, en una noche como ésta y en un bar como éste, y se echan las cosas a la cara, y se culpan de lo malo, pero sus cuerpos se acuerdan, instintivamente, de lo bueno y, sin dejar de reprocharse con la voz, muerden los labios del otro y se van a follar a casa como fieras, entre insultos? ¿Por qué no vamos, directamente, *ahí*?

RÍO MANZANARES

Llorando está Manzanares
al instante que lo digo,
por los ojos de su puente,
pocas hebras hilo a hilo

FRANCISCO DE QUEVEDO

Como una herida azul que se arrastrara
le dueles a Madrid que te sutura
quizá tu rastro no requiera cura
ni tus ojos Quevedo que cantara

Ya nadie Manzanares te navega
y aunque te sabes pasajero y vivo
discurres entre tímido y furtivo
por la ciudad que olvida que la riegas

En esta ciudad muerta no te pares
pues hay mares mejores Manzanares.

CALLE DEL VINO

—Viniendo hacia aquí he visto algo curioso. Un pobre iba unos cuantos metros delante de mí, muy nervioso. Asaltaba, más que pedía limosna, a la gente con que se cruzaba y no seguía una línea recta, manteniendo siempre el sentido pero quebrando las direcciones. En la puerta de un banco, ya cerrado, se veía el habitual montón de ropa, cartones, bolsas y periódicos de otro desarrapado, ausente en ese momento. Pues bien, el pobre que te digo fue hacia el montón sin dudar un solo momento. Revolvió todo y rebuscó, sin molestarse en mirar siquiera si el otro aparecía.

—Qué fuerte.

—Al principio pensé decirle algo, pero caí en la cuenta de que él también era pobre: ¿con qué legitimidad iba a decirle que no se acercara a la mugre de otro? Tomó un trozo de pan, y comiéndolo, siguió adelante, esquivando obstáculos invisibles… Esto me ha hecho pensar, Lola. Por ejemplo: un pobre que puede ser robado, ¿es realmente un pobre? Quiero decir: el pobre de solemnidad, el pobre auténtico, ¿es aquel a quien ya no puede quitársele nada más?

—El otro día vi en la tele que en Indonesia a veces se encuentran a los que duermen en la calle sin órganos; hay mafias que se los quitan para trasplantarlos a ricos.

—Hum…

—Así que los más pobres serían los que están muertos.

—Sí, los pobres…

LA PAZ

Sobre todo, se acuerda de cuando estuvo varias semanas en el hospital si ve cortinas verdes, porque en su habitación, la 328, las había. Eran gruesas y no dejaban apenas pasar la luz, que en los momentos de más intensidad sólo lograba trasparentar el trazado del tejido. Por debajo había unos visillos muy finos. La vio a través de ellos el primer día. El sol daba en la muy próxima pared opuesta, también perteneciente al hospital, y era regular por toda la fachada, menos por un cuadro oscuro. Mirando bien, apreció que era la única ventana abierta; todas las demás tenían las persianas echadas. A ella se asomaba una mujer, con los ojos cerrados, reflejaba el sol en su rostro. Tenía una expresión agradable, y sería de mediana edad, cerca de los cincuenta. Le recordaba la imagen que él siempre había tenido de cómo habría sido su abuela con esos años. Eso se la hizo entrañable. Comenzó a mirar más por la ventana; las horas de espera en la habitación le resultaban tediosas y obsesivas. Mirar era una forma de no repasar mil veces el mismo pensamiento. Apenas había vida en el patio interior, pero la ventana de ella siempre estaba abierta. Al verla con más frecuencia, fue dándose cuenta de varios detalles: su color pálido, la delgadez extraña y extrema de sus piernas, frente al torso casi normal, la perenne conexión a un aparato de suero. Un día estaba mirando a su cuarto. Ella no estaba. Sacó un poco la cabeza de la ventana para ver mejor; entonces ella asomó rápida y astutamente la suya un momento, el justo para verle observando. Se fue al cuarto de baño, avergonzado. Cuando salió, se sentó en la cama y no pudo reprimir una mirada afuera. Ella lo miraba a los ojos, con una sonrisa tierna y luminosa por el reflejo del sol.

—Acércate.

Se levantó con prevención y se aproximó a la ventana. La sonrisa de ella se hizo aún más franca; tenía los dientes muy bonitos.

—Hola.

—Hola. ¿Cómo te llamas?

—Jaime.

—Yo soy Celia.

—…

—Tienes algo de hígado, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—El color… y que no pareces estar enfermo. No te preocupes, pronto podrás seguir el tratamiento en casa. Supongo que ya te lo habrán dicho.

—Sí.

Por alguna razón, tenía miedo de preguntarle a ella.

—Me quedan dos meses de vida, Jaime.

—…

—Dos meses. Mi hija me dice por teléfono, desde Manila, que debería hacer todo lo que siempre quise en este tiempo… ¿Qué harías tú en esta situación?

—Pues… no sé…

—Ya, eres joven. No puedes aún concebir siquiera la idea de la muerte.

—…

—¿Sabes lo que hago todo el día, Jaime, lo que supongo que haré hasta finales de abril, cuando muera?

—¿Tomar el sol?

—Aburrirme, Jaime. Aburrirme.

INSTITUTO DE ASTROFÍSICA

Las afueras son grandes,
abrigadas, profundas.
Lo sé pero, no hay quién
me sepa decir más?

JAIME GIL DE BIEDMA,
Las afueras

—Como ustedes saben, las dos lunas de Marte, Fobos y Deimos, llamadas así por los caballos que llevaban el carro de Marte, dios de la guerra, tienen algunas características especiales que han desatado la imaginación de científicos y escritores. Jonathan Swift, muchos años antes de que pudieran ser observadas por ojos humanos, habló sobre ellas en *Los viajes de Gulliver*; también las preconizó Edgar Rice Burroughs. El hecho de que sean tan pequeñas, que su órbita sea contraria a la de cualesquiera otros satélites, que puedan provenir del décimo planeta explosionado, Faetón, o que sus órbitas sean circulares, en vez de elípticas, suponen otras tantas excentricidades que no estamos aún en condiciones de entender, a pesar de nuestros adelantos. Para colmo, Fobos es *imposiblemente* liviano, lo que hace sospechar que está hueco. Llegó a existir un plan soviético, considerando que tal levedad podía deberse a la existencia de agua, para enviar a este satélite una nave capaz de descomponer el oxígeno y el hidrógeno a fin de fabricar combustible, pero no tuvo continuidad. De este modo, Fobos se hubiera convertido en una especie de *escala* de repostaje en un viaje tripulado al planeta rojo. Sí, puedo comprender su asombro, señores, no es distinto del mío. Estamos llegando a comprender la estructura de los agujeros negros y hemos logrado hacer el mapa genético completo del ser humano, pero desconocemos otras realidades en apariencia más accesibles. La existencia de Fobos en un lugar al que el hombre ya ha llegado con los brazos mecánicos de las sondas Viking, Mars Pathfinder o Curiosity es un desafío a nuestra capacidad de comprensión de lo que nos rodea. Su ruta circular y su vacío interior pueden estar más cerca de nosotros de lo que pensamos. Reflexionen sobre estas ideas en sus hogares. La

clase ha terminado.

SALAMANCA. CALLE SAN PABLO

¿Le dimos la mejor educación, o pudimos esmerarnos más? ¿Debí haberla enviado a Deusto, como sugería mamá, en vez de haberle dejado matricularse en Artes Plásticas? ¿Fue culpa nuestra, suya, de las malas compañías, de los profesores? ¿No deberíamos habernos alarmado cuando la vimos aquella tarde en la Plaza Mayor, hace diez años, con esa amiga hippie de las rastas? ¿No lo vimos venir entonces? ¿No fuimos demasiado permisivos? ¿No nos hizo gracia, hasta cierto punto, que una hija nuestra pudiera salir zarrapastrosa y alternativa? ¿Acaso no nos reímos imaginándolo? ¿No me dijo Santiago que no me preocupase, que a nuestra hija le gustaba demasiado el dinero para volverse antisistema? ¿Tenía razón? ¿No pensamos que sería una fase, una de esas etapas de los jóvenes en que se oponen a todo de forma pasajera, sólo para aferrarlo después con mayor convicción, precisamente por haberse puesto al margen, por haberlo visto desde el otro lado? ¿No me pasó a mí misma cuando quise subirme en Galicia al carguero con destino a Buenos Aires y dejar atrás a mi familia, y llegué a armar el petate y presentarme en el muelle, para, al final, acobardarme y volver a casa con el rabo entre las piernas, aceptando estudiar la carrera de Empresariales, para alegría de mamá? ¿Voy bien con esta ropa, no me apretará mucho, no parecerá algo descocado y fuera de lugar este pequeño escote? ¿Me pongo algo de cuello más alto? ¿Qué te pudo pasar, Mayte, quién te metió en la cabeza que estabas gorda, cuando pesabas cincuenta quilos? ¿Quién pudo hacerte eso? ¿Quién, qué novio, qué novia —sí, lo supe, una vez te vi despedirte de una amiga de madrugada dentro de su coche, tú creerías que dormíamos; apartando un poco los visillos pude ver cómo os besabais y tocabais largamente para deciros adiós—, qué malos amigos pudieron dejarte caer en la anorexia sin avisarnos, mientras estudiabas en Zaragoza, sin llamarnos o escribirnos para avisarnos? ¿Vendrán Pepita y Borja? ¿O se iban de montería este fin de semana? ¿Por qué no nos dijiste tú nada? ¿Habrá sacado Santiago metálico para la propina al cura? ¿Por eso no querías volver a Salamanca nunca, para que no te viéramos? ¿Cuánto debiste sufrir, cómo de mal debiste pasarlo, para no querer preocuparnos? ¿Qué haremos ahora, cómo se lo explicaremos a nuestras amistades? ¿Le hago caso a Santiago y,

como todo pasó en Zaragoza y allí no tenías amigos salmantinos, le decimos a todo el mundo que te suicidaste por un desengaño amoroso? ¿Podría averiguar alguien la verdad? ¿No sería mejor arriesgarse, decir lo del suicidio pasional y, si alguien nos descubre la mentira, decir que nos cegó el *shock* postraumático? ¿Ves, hija mía, qué sufrido es ser padre, qué cúmulo de angustias nos persiguen siempre? ¿Podremos alguna vez descansar tranquilos, sin preocupaciones? ¿Vamos después en taxi al tanatorio, o le digo a Santiago que lave el Jaguar? ¿Me pongo zapatos bajos, o con algo de tacón?

PLAZA DE MALA COSTILLA

Qué miras, majarón, acaso te parezco un gran cabrón,
ladrón quizá, un cerdo peleón, lampón, cani pelón
que va a robarte la nena, la cartera y la canción,
tú don y yo mandón, chitón; mi pinta te envenena,
te hace imaginarme, ¿o no? carne de trena,
metiéndome en la vena leña cariñena, mierda de la buena,
mamón, porque me ves cumpliendo una condena, cena
de jaco molón y purpurina, con pena me miras desde tu piscina,
por encima, como desde una tarima, con inquina,
con tu ron con lima, tu compasión se advierte cristalina,
mientras yo cuento penas, tú cuentas papelinas;
esto es el rap, que va de abajo arriba, en cuarentena,
una canción, un tema que trina, hierbabuena fina,
desde la escena tiro, meneón, una poción de rimas, ¿te animas?

Tú no me tienes miedo por quien soy, ya voy,
y si me sigues controlando es que aquí estoy,
me temes porque no me entiendes, porque el hoy
en el que tú te mueves yo lo doy, soy *toy*
y tú el nenazo *boy*, el pijo de Pink Floyd;
yo escribo mis rimas letales, tela de tiradas totales,
como ventanales, hostales de sonidos palatales,
líquidas vocales animales, labia para tálamos vestales,
ya estoy entre canales, pues soy el hijo del Eloy,
el chico, el que no aprendió un carajo,
me bajo, me voy a mi trabajo, a destajo,
no te preocupes más, chaval, que no te rajo,
no soy un delincuente, pingajo, yo sé qué vas pensando
por lo bajo, mírame de frente, toca en mi badajo
que son las tres en punto y en poniente; teniente,
si no me porto bien es por la gente,
porque me miran mal, prudente, falsamente,
no entienden mi sonar, mi estar, mi batallar,
mi canto circular, doliente, mis ganas de manchar,
mi mascullar, ¿comprende? Sargento, no le miento,

si yo fuese normal, si les contento,
¿cómo comprenderán los memos este acento,
este afinar, mi voz, mi discrepar, mi lucha,
¡agente, no me escucha!, mi quebrar, la falta de un hogar,
mi apechugar, mi fuente de rimar y especular, —¿se me oye,
presidente?—, mi llorar, este potente Tente continente
de letras por montar, el rap, el as, el ras, el *gap,*
el respirar, mi dar y estar, el ritmo combatiente del lugar,
que pueda ser el zar de todo este hip-hop para escapar?

CHANTADA, LUGO

La ciudad es un discurso

ROLAND BARTHES

—¿No crees que exageras?

—No, qué va…, lo estuve pensando anoche. ¿Recuerdas aquella explicación que dio Milan Kundera sobre *La insoportable levedad del ser*? La de que el mundo gira en el vacío, alrededor de una estrella, y por eso no es necesario mucho más explicar nuestra vacuidad. Pues del mismo modo, si tú vives en Madrid, acabas sintiéndote como Madrid. Madrid es como un plano a escala de todo… hay calles con el nombre de cientos de pueblos de España, de ciudades del mundo, de países; hay embajadas de todas partes, hay sedes de multinacionales, hay un instituto astrofísico y un Museo Naval, montañas y un río, un bosque mediterráneo en la Quinta de los Molinos, un aeropuerto, trenes, coches, autobuses, metro, teleférico, raíles de tranvía, barcos en el Retiro… Es el compendio de todo, el resumen de lo que el hombre ha llegado a crear para lo bueno y para lo malo: rascacielos y chabolas, corruptos y *oenegés*, riqueza y droga, tanatorios y maternidades, torre y sima, catedral y burdel, y, por tanto, nosotros también lo somos.

COSLADA. CALLE DE LUIS BRAILLE

Antes de acostarme he pasado por delante del cuarto de las niñas y la luz estaba encendida. He mirado por la rendija y he visto a la pequeña Aixa despierta. Sus ricitos negros se extendían sobre la mesa del cuarto. Hacía el puzle que le ha regalado su abuela por su cumpleaños. Pero he sentido, no sé por qué razón, un escalofrío. Lo estaba haciendo con las piezas del revés, ciegas, por la parte blanca.

CIUDAD UNIVERSITARIA. FACULTAD DE MEDICINA

—Tío, qué careto llevas.

—*Buah*…

—¿Qué te pasa?

—Vengo de las prácticas de autopsia. Lo de hoy ha sido muy fuerte.

—Hombre, siempre lo es.

—No, pero… es distinto.

—¿Por qué?

—Conocía al fiambre.

—No me jodas.

—Bueno, más o menos… de vista. Era un pobre del barrio. Justo la semana pasada estaba pidiendo en mi calle. Dudé si darle o no algo de pasta.

—…

—No se la di.

RÍO DE JANEIRO, BRASIL; BUENOS AIRES, ARGENTINA

Ticio baja a la calle con la intención de comprar la bebida y la comida para el asado de Año Nuevo. El calor es asfixiante en Buenos Aires. Se quita el sudor con el pañuelo vaquero que le regaló su madre en un lote que también incluía unos zapatos que aún no ha estrenado. Son demasiado buenos para usarlos a diario, pero tampoco llegó ninguna ocasión especial para calzarlos: ninguna boda, ningún bautizo, ninguna entrevista de trabajo, ninguna cita. Mañana viene Paula al asado nocturno, le dijo que vuelve a Baires durante unos días por las vacaciones y le aseguró que no se perdería su legendaria carne a la brasa; quizá entonces Ticio se atreva, tras el asado, las campanadas, el champán y el achispe, a decirle algo. Y a estrenar los zapatos.

Mario está en Río de Janeiro; tras decirle en torpe portugués al taxista que lo lleve al aeropuerto, ve las imágenes que pasan por la ventanilla como un documental sobre el turismo globalizado que, a los pocos minutos de empezar, sufriese un giro argumental y se convirtiera en un reportaje sobre la pobreza.

Paula se ha despertado tardísimo en Río de Janeiro. A su lado no hay nadie, aunque anoche, al acostarse, lo había. «¿Se habrá ido esta mañana temprano, o escapó anoche, al quedarme dormida?» La situación le disgusta. Tampoco, ahora que lo piensa, hubiera disfrutado del hecho de levantarse con un hombre casi desconocido, a quien tendría que echar rápidamente de su apartamento alquilado. El chico es español, se llama Mario, ha coincidido con él un par de veces. Aceptó su insinuación porque él regresa hoy a España. No volverá a verlo. Se levanta molesta y acalorada. Se pregunta por qué se siente tan frustrada. Aunque se lo niega a sí misma durante un rato, tras tomarse un té en el balcón, mientras observa el incesante tráfico de coches y personas, acaba por aceptar la evidencia: no es lo mismo que tú invites a una conquista a abandonar tu casa que ser tú la abandonada a escondidas, como si huyeran de ti. La obra con Mario no estuvo mal; ha sido la puesta en escena del último acto la culpable de este sabor de boca amargo.

Mario está en el aeropuerto. Recibe en su móvil incontables mensajes navideños y de felicitación de Año Nuevo. Faltan varias horas para que salga su vuelo, pero le preocupaba el tráfico de Río de Janeiro y de ninguna forma puede perder ese avión; su madre se disgustaría si no pasan la Nochevieja juntos. Sonríe por un momento al pensar en Paula, qué mujer tan hermosa. Vislumbra por un momento qué hubiera pasado si no hubiese renunciado al trabajo en Brasil para regresar a la incertidumbre laboral de España. ¿Habría tenido la oportunidad de una relación corta, o larga, con Paula? ¿Se hubieran ido a vivir juntos, compartirían piso, hubieran tenido hijos? Se pregunta a sí mismo si Paula le gusta tanto como para sugerirle que se reúna con él en España. Se responde que no. Cree que no. Cree que quizá es demasiado pronto para saber lo que cree. Puede llamarla mañana o pasado, o proponerle una videoconferencia, para verse las caras y comprobar —él piensa «testar»— qué siente al verla. Levanta la vista ante el paso de un grupo de azafatas de la British Airways. Una de ellas es india, o descendiente de pakistanís, con unos ojos profundos que parecen tizones sobre la densa curva roja de sus labios. Se queda en hipnosis, sin apenas respirar, los tres segundos que ella tarda en dejarlo atrás. Vuelve a su teléfono y sigue pasando en vertical chistes navideños, felicitaciones y fotos de redes sociales. A los veinte minutos recuerda otra vez a Paula, después de ajustarse el pantalón. Se da cuenta de lo fácil que ha sido olvidar a la argentina, en cuanto pasó la azafata frente a él. «No volveré a ver a ninguna de las dos», se dice, y sabe que tiene razón.

Ticio comienza a ordenar en su pequeño patio trasero lo que mañana por la noche será la gran mesa de bebidas, junto a la barbacoa de gas en la que preparará el último gran asado de 2018 o el primero de 2019. Esta vez no se rendirá a los consejos de los demás, y pondrá la carne en su punto. Ni pasada ni hecha. Al principio todos se resisten, para sucumbir más tarde encantados al punto medio. No puede dejar de pensar en Paula, en lo hermosa que estará, en las posibles bromas para hacerla sonreír, en los chistes que se ha estudiado de memoria para sorprenderla, en el gesto, ya entrenado, con el que le apartará el pelo rubio de la frente en el momento de mayor proximidad entre ambos. Cuando se descubre separando los hilos de cuentas de la cortinilla que separa el patio de la cocina, mientras piensa en Paula, se pone rojo y se pregunta cómo puede una chica hacerle perder el control de esa forma, moviéndose por la realidad como si estuviera en un sueño.

Mario, en la cola de la puerta de embarque, piensa en el poema que escribirá en la madrugada del 31 de diciembre al 1 de enero. Es un rito para él. En esas horas, casi un siglo atrás, murió Miguel de Unamuno. Para él es una jornada, la inicial de cada año,

especialmente literaria. Recuerda a algunos poetas, como el mexicano Salvador Novo, que cada día de Año Nuevo escribían un poema. Recuerda que el 1 de enero de 1940 Cesare Pavese explicó en sus diarios el concepto de la *imagine-racconto*, una serie de imágenes presentadas como si fueran «las *personas* del relato». Una poética a la que se siente próximo. Recuerda aquellos versos del poema «Primero de enero» de Octavio Paz: «Mañana habrá que inventar, / de nuevo, / la realidad de este mundo». Todavía no sabe de qué tratará su poema del rito de paso.

Ticio anota en una libreta las temperaturas a las que dorará cada tipo de carne.

Paula guarda sentimientos ambivalentes respecto a la Navidad; desde que sus padres murieron son fechas tristes, sí, pero, por otro lado, sus amigos extreman tanto el cuidado respecto a ella, precisamente por su carencia de familia, que no puede sentirse sino dichosa y querida; su condición de huérfana ha conseguido que una colmena de personas zumbe a su alrededor, especialmente en estas fechas, para tejer una densa campana de protección y cariño. Desde hace tres semanas recibe mensajes sobre las fiestas que le organizan en Baires, comenzando por el asado de Año Nuevo que Ticio prepara con todo cariño. El bueno de Ticio. Paula piensa en él. Siempre han estado a punto de, siempre han pensado que iban a, siempre al borde de empezar una, pero cuesta rematar, o comenzar, lo que sea. Ambos son tímidos cuando están juntos, todo el mundo ve ahí un amor anunciado, pero la seducción, el escarceo, no acaba de desencadenarse. Paula se pregunta de cuando en cuando por qué. Por qué puede arrojarse sin problemas a los brazos de un desconocido, como anoche con Mario, y no se abalanza a los brazos de Ticio, que la quiere, y ella lo quiere a él, o eso cree, aunque quizá es afecto, o quizá, quién sabe, costumbre. A veces le tienta regresar a su barrio, Palermo, y abrir allí una clínica veterinaria, abandonar el trabajo por cuenta ajena de Río de Janeiro y lanzarse a la aventura de ser su propia jefa. Pero no está segura. Ticio es buena persona, quizá demasiado. Intensidad. Desborde. Todo le parece poco en Río, sí, pero todo es demasiado en Buenos Aires. Paula piensa en la burbuja de amor que le espera en su ciudad, y hacerlo en parte le anima y en parte le resulta un peso difícil de soportar, un pastel inmenso que cargar sobre sus hombros, contracturados por el exceso de ordenador y de cortes de pelo caninos. La palabra Río está dentro de *Mario*, piensa. Río: carencia de afecto. Ticio: exceso de afecto. Paula se pregunta si su estado natural es la falta de equilibrio, la ausencia del punto medio.

Mario reclina su asiento en el avión, situado en la pista y preparado para el despegue, y se duerme en cuestión de minutos.

Paula, dentro de la bañera, decide que esta Navidad la pasará en Río, tomando decisiones, repensando su vida, tranquila, sola.

Ticio baila una bachata mientras prepara, lleno de ilusión, el mejor asado de la historia de Argentina.

CALLE ISLA DE CUBA

Lleva hora y media en el atasco de la M-30. Allí al fondo uno de los carteles luminosos se ilumina y advierte de un accidente a dos kilómetros, proponiendo rutas alternativas a los cientos de coches detenidos. Piensa que si hubiera tirado hacia Barajas y hubiera tomado un avión, a esta hora estaría en Barcelona.

Dos horas. Si hubiera tomado el AVE, piensa, estaría en Sevilla.

Dos horas y media. Con la cabeza apoyada en el volante, mientras le abruma el estruendo de los cláxones indignados, piensa que ese breve tiempo, menos de tres horas, fue el que tardó en escoger destino de funcionario entre Madrid y Alicante.

CALLE NUEVA

[Bibliomaquia]

Llegué a un lugar donde el dolor impide el pensamiento

CHUS PATO

era más una necrópolis que una metrópolis

LUDWIG HILBERSEIMER

¿quién, si es ciudadano de estirpe,
huyendo de la ciudad,
se libra de sus impaciencias?

EUGENIO D'ORS

aunque no quieras, volverás a Madrid

JUAN JOSÉ MILLÁS

ciudad extraña, hermosa y fea a un tiempo

ROSALÍA DE CASTRO

me ha dado seiscientas placas de calles

ANNE SEXTON

si uno se queda quieto y en silencio
[…] puede escuchar
el ruido de la ciudad cuando crece

GABRIEL PEVERONI

es terriblemente difícil vivir aquí,

tan terriblemente difícil

F. M. DOSTOYEVSKI

antes había casas bajas
donde ahora están las torres

MARABUNTA

mirad al fondo

ANTONI TÀPIES

la ciudad es lo único que tenemos

REM KOOLHAAS

mide los pasos de tu círculo, busca tus palabras

GOTTFRIED BENN

el hombre nunca está perdido
porque para eso está la ciudad

LUIS MARTÍN-SANTOS

heme aquí, en pleno centro.

RAINER M. RILKE, *Diario florentino*

siento temor, siento temor indeciblemente

RAINER M. RILKE,
Cuadernos de Malte Laurids Brigge

PUENTE DE ANDALUCÍA

Pensando que la ciudad era como un círculo

BERNARD WOLFE, *Limbo*

El agua que corre sucia y gris bajo las nubes, piensa, puede ser el mismo líquido con el que ella se ha lavado al despertarse; el mismo, quiere imaginar, con que él se lavará mañana.

CALLE EL ROTO

—En cincuenta años al servicio de Correos y Telégrafos supongo que tendrá miles de anécdotas a sus espaldas…

—Sí, cómo no…

—A ver, cuéntenos alguna.

—Pues… hay de todo. Algunas son malas, claro. Una vez pasó por mis manos uno de aquellos paquetes bomba de los terroristas. Recuerdo que un amigo y yo nos lo estuvimos pasando, de broma, porque era así como en forma de huevo y decíamos que era un balón de rugby…; cuando lo pasaron por el escáner y nos dijeron lo que habíamos tenido entre manos, tuvimos que sentarnos porque nos temblaban las piernas… Mi mujer se desmayó cuando se lo dije.

—Qué barbaridad.

—Pero hay otras historias agradables. Una de las más hermosas me ocurrió nada más llegar a Madrid. Yo era nuevo en la ciudad, y me sorprendían muchas cosas, pero mientras mataba sellos una noche, me dije que aquello era demasiado increíble hasta en la capital. Alguien había enviado una carta sin poner la dirección, con el dibujo de una casa en el sobre. Yo pensé que era una broma, pero el dibujo era bonito y aparté la carta. A los pocos días llegó otra, y en lugar de señas se podía ver el contorno de una casa antigua preciosa, y después llegó otra más, con el mismo dibujo de la primera. Con los tres sobres me presenté ante mi jefe y se los enseñé. «Sí —me dijo—. Ésta es para vizconde Uzqueta, la casa que hay al final de la calle. Y ésta… sí, ésta es el edificio ése del número 11 de Leganitos.» Dibujaba las casas a las que enviaba la correspondencia. Nunca olvidaré el nombre del remitente: Andrés Rábago. Me hubiera gustado conocer personalmente a alguien tan particular.

CALLE TRAVIESA

Yo escribiría novelas de diez líneas. Eso es lo que ocupa la historia de una vida. El resto es retórica.

JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO, *El visir de Abisinia*

—La pobre murió joven. Estudió en San Ildefonso, y luego en un instituto de la parte norte. Era una chica muy tímida. Comenzó a estudiar Ciencias de la Información, pero en segundo curso se echó un novio aún más raro que ella. Una noche subieron a la azotea a follar, no tenían otro sitio ni coche y por lo visto lo hacían a menudo. A él no se le ocurrió otra cosa que apoyarla en el borde, para que mirara a las estrellas, creo que confesó después. El caso es que con la emoción del momento, no calculó bien los empujones y ella acabó viendo las estrellas de verdad, en la calle, cinco pisos más abajo.

—Pero qué dices…

—Como te lo cuento. La muerte más estúpida de la historia de Madrid. El novio lo estuvo ocultando, prefería dejar que se pensase que había sido un suicidio. Pero que el cadáver no llevase ropa interior hizo sospechar a la policía, y cuando le hicieron al cadáver la autopsia se descubrió todo, y acabó confesando. Cayó en depresión durante bastante tiempo.

—No me extraña.

—Hace poco lo vi por casualidad, aparecía en un reportaje de *Callejeros*. Ahora trabaja para una asociación benéfica que ayuda a drogadictos y les encuentra casa y ocupación. Es curioso cómo las vidas cambian en minutos, ¿no te parece?

DIARIO 16. TITULAR DE LA SECCIÓN DE SUCESOS, 1999

Los números te hablan. Sólo tienes que escucharlos

Anuncio de la ONCE
«Cuatro de cada diez cadáveres se mueven».

CALLE DE ALCALÁ

—Míralos como muertos me miran como muertos como muertos creen que viven creen que estoy loca dónde estás eh dónde mírame no me des la espalda sí tú también me miras lo sé dónde estás por esta calle pasaron las tardes pasaste tú y yo como loca gritándote grítame tú y tú qué miras ojalá me gritaras tú ojalá me gritaras tú ahora están locos ellos están locos el que piensa no está loco el que piensa no está loco mientras hable no estoy perdida si no dejo de hablar no estoy perdida si te sigo llamando has de venir para quedarte conmigo y tú que miras.

AVE MADRID-LLEIDA

En el ordenador portátil una película de Frears: barrios periféricos, cables, aceras con mordiscos de tiempo, contenedores mostrando sus tripas al cielo. Aparto un instante la mirada de la pantalla y la devuelvo a la ventanilla del tren: naves industriales, cables, coches abandonados, contenedores sin cerrar; sus corazones de grasa emiten ondas multicolores al cielo.

VALLECAS

Le da la vuelta a la tortilla. Mira el reloj, algo preocupada. José ya tendría que estar en la consulta del dentista, en Ferraz. No le oye arreglarse y la hora se echa encima. No puede retirarse del fogón; la tortilla está casi a punto. Finalmente, escucha la puerta del cuarto de baño y los pasos apresurados del hijo. Mientras retira la sartén, el ruido de las llaves le llega nítidamente junto a la puerta. Vuelca la tortilla en un plato. «Mamá, me voy a Madrid», escucha antes del portazo. Se queda un momento parada, pero luego, asintiendo, deja la sartén sobre el fregadero.

METRO. LÍNEA CIRCULAR

Los narradores como especie suelen ser mirones. […] Son espectadores. Son esos tipos del metro cuya forma disimulada de mirar resulta inquietante.

DAVID FOSTER WALLACE, *E unibus pluram*

A mí, cuando viajo en metro, siempre me da por pensar mucho

CARMEN MARTÍN GAITE, *Lo raro es vivir*

Ahí está otra vez. Es ése, el del abrigo marrón del fondo. Lo he visto antes en Miguel Hernández, y antes en Tribunal. Lleva todo el día en el metro, como yo, pero yo escribiendo y él… leyendo. Su método es invariable: se acerca silenciosamente por detrás a cualquier lector de *Los pilares de la tierra*, de Ken Follet, y comienza, con disimulo, a leer por encima del hombro. Y así permanece hasta que el viajero sale. Su proceder es metódico y cultivado; ninguna de las veces que hemos coincidido hoy ha sido sorprendido por el lector huésped. Hay otros viajeros en el vagón, con otros libros, por lo común mejores (lo digo por la parte, esta, que me toca); pero sólo parece interesarle Follet. El viajero en cuestión, ahora es morena, se ha ido, y el chico no esconde cierta desazón. Mira en torno. Por eso acaba de sorprenderme mirándolo fijamente. Bajo la vista y sigo escribiendo. Durante la redacción de esta última frase se ha sentado a mi lado. Transcribo en tiempo real:

—Hola.

—Buenos días. ¿Está escribiendo?

—Sí, bueno, ahora sólo copio. A veces el libro es así. Sólo recoge.

—Entonces, ¿yo salgo en él?

—Sí, ahora mismo está saliendo, y seguirá si habla despacio.

—Bien. Me estaba mirando porque le sorprende mi actitud, ¿no es cierto?

—Sí.

—Déjeme ver que ha escrito. […] Sí. Bien orientado, más o menos. Acierta con lo de Follet, desde luego.

—Pero…

—El motivo es obvio. Trabajo en una agencia de seguros, y tengo que estar todo el día en el metro, soy el chico de los recados, para entendernos. Como me parecía una pérdida de tiempo, pensé que me podría aprovecharlo leyendo en el trayecto.

—Ya.

—Pero claro, voy siempre cargado de papeles y me gustan los *best sellers*, así que me topé con el problema del peso. Hasta el día en que reparé en que la mayoría de los viajeros leen superventas.

—…

—Así que comencé por Stephen King, que es el más frecuente, con mucha diferencia, y ahora estoy con *Los pilares de la tierra*. ¿Lo ha leído?

—Pues no.

—Es bueno, créame.

—Dejando esa peliaguda cuestión de lado, ¿cómo puede leerlo? No me dirá que tiene la suerte de que los lectores van siempre por la misma página en la que usted dejó al viajero anterior.

—Eso es lo más incómodo, ciertamente. Pero mire: yo leo, y punto. A veces es la página 3, y otras la 345. Hay días en que sólo puedo acceder a párrafos sueltos y tardes en que leo páginas y páginas. ¿Voy demasiado deprisa?

—Un poco.

—Páginas y páginas…, eso es. Pero, más tarde o más temprano, me pasa con todos los libros, llega un momento en que todos esos fragmentos leídos cobran sentido en mi cabeza. Se ordenan solos. Si el libro tiene cierta lógica el discurso se impone sobre las partículas dispersas, no sé si…

—No se preocupe. Lo entiendo perfectamente.

CASA DE CAMPO. PARQUE

Mis brazos son aún distinguibles por el verde. Él tiene que saberlo, pero siempre mira hacia el este, donde sus ramas y las mías se confunden, para creer suyas las más jóvenes. Hace dieciocho anillos vi desleírse varias puntas y quedarse yermas en apenas diez soles. Qué tranquilidad sentí cuando el viento me azotó por la espalda y vibré, y me zarandeaba entero y pude ver que aquellas ramas, esqueléticas y muertas, no me pertenecían

CERCANÍAS

Alcobendas-Madrid

Como los grafitis
las ciudades
son mensajes ilegibles
escritos en signos
cada vez más grandes

Madrid-Alcorcón

Son los tendidos eléctricos
con sus pinzas
los que sujetan
los montes

Diez kilómetros después
me doy cuenta
de que lo anterior
ya lo ha escrito alguien

Grafitis
caligrafía de gigantes
escrita en paredes inclinadas
avisos que amenazan
a los dioses

Naves industriales:
vacíos ricos, a cubierto.
Solares: vacíos pobres,
a la intemperie.

Grafitis:
jeroglíficos
en el libro urbano

Una bandada
de pájaros almena
el edificio.

CALLE ISAAC PERAL. CAFETERÍA VAN GOGH

—Pero tío, ¿cómo puedes ser del Barça?

—Yo qué sé, son cosas que pasan de pequeño…; a veces, depende sólo de que te llamen más la atención los colores.

—Es que no lo entiendo.

—Bueno, no tiene importancia…

—¿Cómo que no?

—¿Qué quieres decir?

—Claro que tiene importancia…, yo no puedo salir con nadie del Barça…

—¿Qué estás diciendo?

—Pues eso…, mira, no es nada personal. Pero, cuando me dijiste anoche que no eras de Madrid, ya me sentí algo incómoda…

—No puedes estar hablando…

—Y a eso añades, encima, que eres culé. Pero, ¿cómo iba a presentarte a mis amigas? ¿Qué diría mi hermano mayor? Es *ultrassur*, ¿sabes? No podríamos decírselo… Me daría una buena tunda…, y a ti también, seguro.

—…

—No me mires así. No es sólo por eso. En mi casa, todos hemos sido siempre del Madrid, y muy españoles. Es algo especial…, no sé cómo explicártelo.

—¿En tu casa, votáis?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Pues no sé, me ha salido así, de repente…

—Pues claro que no. Para qué.

—Hum.

—Es que no entiendo cómo se puede no ser del Madrid. Y encima, polaco…, ¿tú ves bien lo del separatismo ése?

—Pero qué tiene que ver, por Dios.

—Tiene que ver. Quieren irse de España, los putos catalanes. No son como nosotros, ¿no te das cuenta? Tienen envidia. Nosotros somos invencibles, somos los mejores, tenemos a la Historia con nosotros, Madrid nos pertenece…

—Oye…

—Es nuestra, la conquistamos. Los demás sólo nos llegan a la suela del zapato. Nadie puede ganarnos, somos más fuertes, vivimos en la victoria…

—Pero mujer, ¿es que ya no recuerdas las veces que habéis perdido?

—¿Cómo?

—Que a veces perdéis los partidos de fútbol…

—¿Qué fútbol?

BARCELONA. JUNTO A LA ESTACIÓN DEL NORTE

[Foto de Jorge Carrión]

CALLE GUADARRAMA

Vista desde aquí, desde tan lejos, la ciudad parece parte del paisaje; una línea y unos montes extraños, sí; pero inmóviles también, grávidos, clavados en el tiempo. Desde aquí parece que no alberga movimiento, que nada puede ocurrir en ella.

BARRIO DE VALDEBEBAS

—Vivo en un pueblo que tiene una rareza, una cualidad que lo hace único. No tenemos cobertura de teléfono móvil. De ninguna compañía. Es un fenómeno extraño: el pueblo está situado en llano, y si ruedas unos kilómetros en cualquier dirección, el móvil se conecta a cualquier red rápidamente. Por lo visto, el problema es poco frecuente, se trata de un «agujero» de satélite, un hueco que no cubre ningún sistema. Créeme si te digo que la broma dificulta la vida del pueblo. Tenemos que acordarnos del lugar y la hora pactados para quedar con alguien. Los niños se mueven a su antojo, pero con hora fija de vuelta a casa. Tienes que saberte de memoria un montón de números de teléfonos fijos, y las direcciones más frecuentes a las que puede ir alguien a una hora concreta, por si hay que localizarlo. Apenas hay cinco contratos de móvil en todo el pueblo, de quienes trabajamos fuera o venimos a Madrid con frecuencia, y las compañías dicen que para cinco contratos y doscientos clientes potenciales no les compensa montar toda una infraestructura de ampliación de señal. En fin, que allí vivimos como en el siglo XX.

CÁDIZ. CALETA

Hay nubes que pasan decenios o siglos dando vueltas al mundo, sin decidirse a romper. No sé si es científico, pero es cierto. Nubes que pasan por la Historia amenazando lluvia y dejándonos a secas. Mira esa nube negra. Está hecha del humo de la biblioteca de Alejandría. Del borboteo de la sangre de Juana de Arco. De los incendios de Troya, Bizancio y San Francisco. De la pira funeraria de Gandhi. De las cenizas de los crematorios nazis. Del polvo tras la caída de las Torres Gemelas. De las tormentas de arena que anegaban caravanas en el Gobi. Del humo de la hoguera de Servet. De los libros quemados por la censura. Del último aliento de los destripadores. De las fábricas de armas. De la palabra *no*. De los incendios forestales. Del hongo nuclear.

BRUSELAS, BÉLGICA. BOULEVARD ANSPACH

Entre 1996 y 1997 se publicaron tres libros que veían la ciudad —es decir, el mundo— desde una perspectiva ampliada y concebían el mundo, el planeta, como si fuera una ciudad. Los dos primeros eran obra de poetas españoles y tenían mucho en común, ya desde el título: *Trazado de la periferia* (1996), de María Ángeles Maeso, que desconocía hasta su reedición por Marisma en 2018, y *Las afueras* (1997) de Pablo García Casado.

En 1996 William T. Vollmann publicó su hercúleo *El atlas*, que acabo de leer en la traducción de José Luis Amores para Pálido Fuego, un libro con ansias mundiales que, no sé si remedando al homónimo borgiano, intenta dar una visión de nuestro tiempo a partir de la ubicación de las historias en decenas de ciudades y países. A diferencia de la visión cultural y escapista de Borges, Vollmann realiza un descenso *ad inferos*, a los bajos fondos, tanto de los suburbios como de los centros de las ciudades, y, en último lugar, a las tinieblas de nuestros corazones.

Las tres obras, tanto la de Maeso, como las de García Casado y Vollmann, son realistas, en el sentido de que se acercan con lupa a la realidad, aunque están literariamente muy procesadas; tanto, que evitan el costumbrismo y parecen, sobre todo las de Maeso y Vollmann, *alucinadas* por su lenguaje o por su densidad obsesiva, o por su densa obsesividad.

Estos tres libros son parte de la *familia* de *Circular*; digamos que son sus primos, aunque los dos últimos los he conocido veinte años después de comenzar a escribir este libro en 1998.

UNIVERSIDAD CARLOS III. FACULTAD DE HUMANIDADES. CLASE DE ESTÉTICA

—Se han sucedido los ataques al museo como institución congelante, como morgue de estética (Adorno), como funeraria (Vidal-Folch), como depósito de cadáveres (Dubuffet), como cementerio (Bauman), como eternidad refrigerada (Paz), como algo obvio y, salvo en contadas excepciones (los temáticos), rigurosamente innecesario. André Malraux intentó salir del paso a la tremenda, creando un museo hiperbólico denominado *museo sin paredes*, que consistiría en la reunión de millones de fotografías en las que se retrataran todas las obras de arte, desde varios o todos los puntos de vista posibles, incluyendo detalles o planos cenitales (algo de la muerte del aura causada por la reproducción mecánica, anunciada por Benjamin, habrá en estas ideas). Para Malraux, da igual que tales obras «hayan perdido sus propiedades como *objetos*», si ha quedado salvado para siempre «su estilo» en la representación. Douglas Crimp, en un inteligente ensayo titulado «Sobre las ruinas del museo», explica cómo la concepción de Malraux quiebra al incluirse en el *supermuseo* a la propia fotografía, porque «ni siquiera una fotografía puede hipostatizar el estilo de una fotografía». Así es. Pero se me ocurre una forma de vertebrar un museo aún más interesante, en el que las obras conservan su completo valor individual y aun su corporeidad, donde es innecesaria la representación: la consideración de las ciudades como *museos infinitos*, arbitrando los medios de distribución, seguridad y conservación necesarios para que cualquier obra encuentre en una de ellas un lugar, pedestal, rincón o escondrijo perfectamente adecuado a sus pretensiones y fines estéticos.

Sobre la ciudad como obra de arte ya se ha hablado (Argan), pero no siempre de la urbe como recipiendaria de las mismas; hasta Dubuffet tuvo que acabar donando sus obras al Musée des Arts Décoratifs de París, porque «en la situación actual, y por muy atento que se esté a ello, no existe en la ciudad viva lugar alguno para la producción artística, ya que las mentes están tan perfectamente

adoctrinadas que cualquier obra de arte presentada en un sitio diferente a un museo no tiene la menor posibilidad». Por el contrario, en este museo infinito que planteamos el elemento homogeneizador es la arquitectura, por supuesto. Es el único arte que no cabría nunca en un museo (este la *implica*), y por tanto ha de ser englobado en una realidad mayor que la de la construcción: y ésa sólo puede ser la propia urbe, capaz de contener edificios, conjuntos histórico-monumentales, y demás obras artísticas de menor tamaño, como grupos esculturales, pinturas, o grafitis. En estas condiciones, y mediante la aprobación previa de un Plan General de Ordenación Artística, se establecerían parámetros para ordenar toda la producción estética, dejando un muy amplio y prudencial margen a la voluntad del propio creador. Los propietarios y arquitectos de edificios permitirían instalar, dentro o fuera de los mismos, obras de arte de un tipo concreto, ajustado al espíritu de la obra huésped. La ubicación en calles, plazas, elementos urbanísticos públicos o vías rodadas, debería ajustarse al plan arriba previsto. Cada escultor, cada pintor, acabaría encontrando en este museo sin fin un lugar apropiado para su creación, a lo mejor en el subsuelo, en las alcantarillas —lugar que imagino muy propicio a gran número de obras contemporáneas, aunque no menos que de obras antiguas—, o colgadas entre dos edificios, o tras un escaparate de una calle céntrica, o adheridas a un autobús de línea.

La ciudad obtendría de este modo un solemne y magnífico estatus de obra de arte de *segundo grado*, al valer por ella misma y por su contenido estético concreto, mediante la incesante acumulación de obras artísticas *ad infinitum*. Las más vanguardistas estarían en las afueras; los objetos más historicistas, en pleno centro. Los actuales museos quedarían vacíos, como únicos lugares de la ciudad a salvo del arte; centros de vaciado total donde el individuo podría desarrollar, en un ambiente zen, su espiritualidad.

Más adelante podríamos considerar otro concepto mucho más ambicioso aún: ¿para cuándo un museo de ciudades?

AVE MADRID-ZARAGOZA

Un ruido terrible nos asusta a todos los viajeros del vagón. Un imbécil le ha puesto de tono de llamada a su móvil el ruido de un accidente ferroviario.

BARRIO ANDALUCÍA. HIPERTEXTO

¿Y todo esto forma una sola figura?

J. G. BALLARD, *La exhibición de atrocidades*

Calle Málaga

No podíamos más. Mi **hermana** y yo pensamos en huir de la **ciudad**, pero el miedo era mayor que la desesperación.

Calle Sevilla

Entre tú y yo hay, en este momento, 17.450 paredes. Sería necesario tomar, para llegar de tu barrio al mío, 57 calles, dos glorietas, cuatro plazas, tres desvíos. Hay 840 sillones entre tu cama y la mesa donde te escribo esta carta, 112.000 cucharas, 110.000 **cuchillos**, 90.000 tenedores, 100.000 libros, un cuarto de millón de **fotografías**. Hay 2.000 metros de tuberías de plomo, 12.000 de cobre, 340 de cable de fibra de vidrio y cuatro estaciones de metro a nuestros pies; sobre nuestras cabezas hay 400.000 tejas, tres centenares de antenas (30 parabólicas) y dos aviones. Hay 100.000 millones de moléculas de polvo en suspensión, varios millones de metros cúbicos de aire, ondas de cobertura de telefonía móvil, neutrinos, decenas de kilos de polen flotante que respirar, en el camino hasta encontrarnos. Una comisaría. La **ciudad** nos une; la ciudad, ese canal, nos separa.

Calle Almería

Siempre supe que Claudio no guardaba nada bueno, de niño estaba todo el día destripando muñecos, con verdadera saña. Carlos le reñía, pero luego Claudio venía llorando a mi regazo, y me decía «Mama, que estoy jugando, mama», y yo qué iba a hacerle, cómo saber… Se pasó toda la infancia queriendo marcharse a **Madrid**, y toda su madurez intentando salir de la **ciudad**.

La policía sacó un **cuchillo** del pecho de Carlos una noche que volvía de su estudio de arquitectura. Dijeron que habían sido

drogadictos con mono, para robarle. Pero desde entonces, con una u otra excusa, Claudio nunca ha vuelto a casa. En el entierro de Carlos lloraba a mares. Era la primera vez que lo veía llorar desde que cumplió los doce.

Calle Córdoba

[Variación sobre un tema de Karl Jaspers]

No debería existir una ciudad como **Madrid**, donde fuera posible la existencia de alguien que dijese que, bajo ningún concepto, no debería existir una ciudad, como Madrid, donde fuera posible la existencia de alguien que dijese que, bajo ningún concepto, no debería existir una ciudad, como Madrid, donde fuera posible la existencia de alguien que dijese que, bajo ningún concepto, no debería existir una ciudad, como Madrid, donde fuera posible la existencia de alguien que dijese que, bajo ningún concepto, no debería existir una ciudad como Madrid.

Calle Huelva

De pronto se preguntó qué había intentado decir su **hermano** mayor con eso de que ella nunca es capaz de acabar lo que empieza. Y tras la lógica indignación que sucedió a ese recuerdo, Marta se descubrió a sí misma en medio del pasillo, con un **cuchillo** en la mano, sin saber si iba con él a trinchar un pollo, a cortar un fleco que sobresalía de la cortina, o a matar a alguien.

Calle Jaén

Ella fue desvistiéndolo despacio, su cuerpo era grande y fuerte, y se sentía minúscula entre sus manos, como un manojo de espliego. Le desabotonó la camisa poco a poco, y al descubrirle el enorme pectoral derecho unos ojos la miraban, y no eran los de él. Eran los de otra mujer. Un rostro de mujer bellísimo estaba tatuado en su pecho, miraba de reojo, el dibujo era muy realista y estaba claro que estaba sacado de una **fotografía**.

—Ahora entiendo a qué te referías —dijo ella— cuando dijiste que tu novia muerta impedirá a cualquier otra mujer llegar a tu corazón.

Calle Granada

—Es una pérdida irreparable, todas las muertes prematuras son

terribles, pero con algunas desapariciones sólo se pierde, que no es poco, una persona, y lo sufren su familia y amigos; con otras, lo que se pierde es un proyecto y lo siente la sociedad en su conjunto, aunque jamás se entere. Carlos no es reemplazable: era uno de los urbanistas mejor dotados de su edad, había estudiado otras ciencias que él creía complementarias a la arquitectura, como aeronáutica, geología, meteorología, química y literatura comparada. Entre los bocetos que hemos encontrado en su estudio había una interesante carpeta, titulada *Proyectos de ciudades cómodas*. En ella había cientos de modelos urbanos, entre ellos diseños de ciudades transparentes, ciudades planificadas con edificios curvados para que el viento las limpiase natural y automáticamente; ciudades donde el Ayuntamiento era además la cárcel, según sus notas, para acelerar el proceso habitual de los hechos; la **ciudad** blanda, pensada para niños y personas mayores; una ciudad digital para programas, virus y antivirus, diseñada con realidad virtual; la ciudad lineal, adecuada para viajantes y personas con prisa, donde los escaparates de las tiendas y los productos de los almacenes corren en una vía de tren paralela a la carretera, de modo que se puede comprar en marcha; ciudades negras para las regiones árticas y blancas para zonas calurosas, que autorregulan la temperatura; ciudades dormitorio a las que sólo puede entrarse dormido o sedado; ciudades con pelo, ciudades subterráneas, hiperciudades; ciudades para ciegos, con diferentes texturas y relieves en calles y edificios, sin coches; ciudades armónicas, donde las fachadas son ranuradas por músicos expertos, que convierten a los edificios en enormes oboes que suenan al cruzarlas los vientos; ciudades embalse, ciudades de oxígeno para colonizar planetas; ciudades metálicas, ciudades para zurdos, ciudades reciclables; ciudades hechas de enormes telas desplegables como velas marinas para moverse a climas cálidos; ciudades flotantes; ciudades vacías, construidas y dejadas sin habitar en previsión de movimientos inesperados de población por catástrofes o plagas; ciudades con torres altísimas y redes entre ellas, para atrapar las nubes y dosificar la lluvia; ciudades para insectos, ciudades de hielo, ciudades cuánticas, ciudades libro donde las fachadas son páginas escritas, y los barrios, libros de cuentos.

CALLE DE PERSEO

Cruzar una calle; esto es lo que he hecho todos estos años

IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN,
Nuevos planos de la ciudad secreta

Lévi-Strauss dio por válidas las seculares comparaciones entre la ciudad y la sinfonía o el poema: «Quizá más preciosa aún —decía—, la ciudad se sitúa en la confluencia de la naturaleza y el artificio». Magris dijo de ella que era el lugar apropiado para el arte contemporáneo y Giulio Carlo Argan llegó a identificar ambos conceptos (*Historia del arte como historia de la ciudad*), por cuanto a su juicio ésta se conforma como el modo más moderno y completo de Arte, conjunto superior de todas las ramas artísticas de creación humana. Si miramos la ciudad como un cuadro, nosotros somos el pigmento; si es música, nuestra respiración es su clave rítmica; si es arquitectura, somos la luz que ha de estar presente en toda construcción y que la interpenetra y habita en un discurrir continuo que no afecta a los elementos inmóviles de su estructura. Si la ciudad es literatura, sois este libro.

CALLE ZAGREB

—Cuéntale a Mayte lo que te pasó con el *pirao* aquél…

—¿Quién?

—Aquel… ¿Ramiro, se llamaba?

—¡Ah…! Buf. Sí, Ramiro. Bueno, ahora es para tomárselo a coña, pero entonces… Yo salía con ese tío, que era muy poca cosa, calmadito, una especie de santurrón, aunque a mí me iba. Bueno, pues pasaban los días, y las semanas, y el Ramiro no me daba ni un beso… cuando le pregunté, me dijo que era de una secta de ésas, y que no podría tener sexo hasta el matrimonio. No te rías, tía, para mí fue un palo, me gustaba. Total, que una noche que salí me lie, de pura rabia, supongo, con otro tío al que ya conocía, que no es que me hiciera mucha gracia, pero imagínate cómo estaba… El caso es que el Ramiro éste me había seguido, el muy capullo, y nos pilló en un pasillo de la discoteca. Me asusté, pero sólo se quedó mirando, y se fue. No me llamó nunca más, y aunque sabía que la había cagado, intenté ponerme en contacto con él, por si había algún remedio, o algo, pero nada. Total, que pasaron unas semanas y comenzó a llamarme gente al móvil, tíos mayores, que me preguntaban si podían verme. Yo colgaba, nerviosa, porque no sabía a qué venía aquello. Uno de ellos dijo algo que me hizo escamarme, porque me preguntó «cuánto». Y ya, cuando otro me llamó «por lo del anuncio», se lo saqué todo. Resulta que el cabrón de Ramiro había puesto un anuncio en todos los periódicos de Madrid, en la sección de masajes, con mi número de móvil, que decía: «Puta muy barata. Lo mío no es por dinero». Qué mamonazo.

CALLE MARROQUINA

El recipiente espagírico debe ser construido según el modelo del recipiente natural.

DORNEO, *Physica Trimegistri* (1602)

Antoine Bello, en un curioso libro llamado *Elogio de la pieza ausente*, sitúa una intriga criminal en el mundo del puzle. A lo largo de las páginas, Bello va inventándose o citando puzles peculiares: puzles monocromos, puzles donde falta deliberadamente una pieza, puzles formados por objetos, puzles con relieve, puzles circulares, puzles que montados de una forma cuentan una historia y ensamblados de otra la contraria, puzles sin bordes, puzles invisibles. Sólo le quedó a Bello un puzle sin hacer (sin crear): uno al que le falta una pieza, la pieza del centro, cuya forma es la del puzle completo, a escala menor. La pieza ausente es el propio puzle. ¿Su tema? Ese centro inaccesible.

Aquí se lo he dejado, por si quiere montarlo.

CHUECA

—Joven, no sé cuál es su propósito, pero desde luego no ha venido a comprar esta buhardilla, que no quiero ni yo.

—Quizá, es posible, pero le pregunté a varios porteros de por aquí y me dijeron que usted se iba y un ático se quedaba vacío…

—No creo que nadie le haya dicho eso.

—Bueno. Es cierto. No me han dicho eso. Sólo que alguien se iba porque se ha dado cuenta de que no podía vivir solo, y… bueno, he sentido curiosidad… no se enfade conmigo.

—¿Es usted periodista?

—No, qué va… Soy escritor. Sólo tenía curiosidad.

—¿Escritor? ¿Es usted poeta?

—Sí.

—Tuve un tío que era poeta también, muy bueno, según dicen. Lo mataron en la guerra. Nunca pude leerlo después: prohibieron sus libros, porque era rojo, y no dejaron nada en su casa. Pero en fin, ya me voy con mis historias…

—No me importa, me encantan las historias.

—Es cierto que me voy, pero siento decepcionarle, joven… no es porque no pueda vivir solo; eso se acaba pudiendo, cualquiera lo sabe. Quiero vender esto como trastero, o lo que sea, porque no tengo para ir a un asilo; me hacen falta doscientas mil pesetas, y no las tengo. Me voy allí porque sé que estoy comenzando a perder la memoria y a… hacer tonterías, bueno, usted ya me entiende… Tengo problemas de columna y hay mañanas en que casi no puedo levantarme. Ya no puedo valerme por mí mismo. Necesito alguien que me cuide.

—…

—Y la cosa es que éste es un barrio muy bonito para vivir. Disculpe, pero… ¿es usted… ¿es usted…

—¿Homosexual?

—Bueno, no quería preguntarlo por nada, pero siendo poeta y buscando piso en este barrio…

—Ya sé a lo que se refiere, pero no, no lo soy. Eso de que todos los poetas son gays, créame que conozco muchos poetas, es una falsa leyenda. Lo siento.

—No, no lo digo por mí, era sólo… por curiosidad.

—Ja, ja. Claro.

—No crea que me importa. Estos chicos han traído mucha alegría al barrio. Yo lo veo bien; esto antes era una zona deprimida, gris. Aunque nos costó acostumbrarnos, creo que ahora nadie se imagina esto sin su alegría, sus sonrisas permanentes, sus peleas a grito pelado por la noche… que, por cierto, todos los vecinos escuchan, escondidos, aunque no lo reconozcan…, sus colores chillones, sus zapatos de marca, sus vestidos… Voy a echarlos de menos… Le tengo un gran cariño a todo esto, ¿sabe, joven? He pasado cincuenta años aquí, desde que vinimos de Aranjuez después de la guerra… Desde aquí lo he visto todo, desde el estraperlo a esos chorizos que roban por la interné ésa, que no sé ni lo que es. Aquí hemos pasado hambre, como todos, y luego hemos comido, como todos, y ahora, como todos, nos vamos yendo, hacia La Almudena o hacia los asilos. Yo prefiero irme ahí, al asilo; para lo otro no tengo prisa…

—…

—Y la gente, echaré de menos a la gente. Aquí hay buenas personas, no lo dude. Hasta los ladrones.

—¿Los ladrones?

—Sí… Siéntese, voy a contarle una cosa. Tómese un chatito conmigo. Pues verá, tuvo que ser a finales de los ochenta, cuando la caída del muro. Estaba aquí sentado, donde ahora, viendo la tele, que por entonces la tenía, aunque era muy mala, y poco después se rompió, pero sigo: estaba viéndola hasta que escuché algo en la ventana del techo. Estaba a oscuras, y supongo que el ladrón pensó, porque la pantalla no se veía desde arriba, que no había nadie. El caso es que justo cuando cayó en el suelo, yo encendí la lamparilla ésta, y me vio. Ahora tengo ochenta y tres años, y entonces setenta y tres, y era tan bajito como hoy y con las mismas pocas fuerzas. Él era grande. Le dije que se llevara lo que quisiera, pero que por favor no me hiciera daño. Él, después de clavarme los ojos hasta que me dio miedo, miró todo el cuarto. Había lo mismo que hoy, o menos. Sin decir nada, me miró otra vez, ésta ya no me asustó, y se fue por la puerta. Me costó un rato tranquilizarme; cuando recobré el pulso cerré la ventana con pestillo, y la puerta de la escalera. Volví a sentarme, vi otro rato la televisión, y me acosté. A la mañana siguiente, muy temprano, tocaron en la puerta. Pensé que sería mi sobrina, que de vez en cuando viene a traerme algo de ropa y comida, y abrí sin preguntar. Él estaba en la puerta, el ladrón. Otra vez sin decir nada, me dio un cartón grande con churros y porras que traía en la mano, y se fue.

CALLE TORREMOLINOS

Con Gloria Fuertes, Charles Dickens, Jorge Luis Borges, Charles Baudelaire, Gabino-Alejandro Carriedo

Nací en una ciudad grande / tenía que andar mucho / para encontrar un árbol / mi ciudad se encontraba en el centro. Por eso, hablar de su centro era hablar de todo centro. En ella había personas que venían de lejos, de las afueras. Su rostro era de asombro y sus ropas eran distintas a las demás. Mi ciudad quemaba en el verano. *Tenía varias largas calles, espaciosas y muy parecidas entre sí, y un sinnúmero de calles pequeñas, que se parecían aún más, habitadas por gentes que se parecían también, que entraban y salían a las mismas horas*. Puedo pasear todavía por esa ciudad como si estuviera aquí, como si esperara aún, lánguida y umbría, tras la puerta: *Yo atravieso las calles desalmado*, buscando al niño aquel que dejó heridas tan profundas. Puedo ver entre la niebla cómo amanece despacio, como sigue amaneciendo al borde de los parques. Veo a hombres oscuros que apagan, una a una, las lámparas de gas. *Las hembras del placer, con el párpado lívido, / reposan boquiabiertas con derrengado sueño*. Esta ciudad es la misma todavía, pese al pósito paso del tiempo. Entro en una casa aún sumergida en el silencio y contemplo a una mujer que prepara café. Dentro de su vientre puedo reconocer las primeras formas del rostro de mi hermana. Subo a mi habitación y un niño duerme, ajeno a mi presencia. A través de la ventana, *fuera del cementerio del este, / con cruces como trigo / la fosa común se extiende y llega / hasta los pisos de las barriadas pobres*. El niño se remueve nervioso; debo de haber entrado en sus sueños sin querer. Tiene una pesadilla. Me marcho escaleras abajo, evitando la sombra de mi padre, que sale vestido y peinado de su cuarto, hacia la cocina. Comprendo las razones de ese niño para acabar siendo yo, quién soportaría una visita como ésta en una etapa tan delicada de la vida. Mi ciudad era gris y estaba llena de fines de semana.

ÁMSTERDAM, HOLANDA. CALLE VIJZELSTRAAT

1

Desde los escaparates del Barrio Rojo / mira Circe, / que nos convierte en cerdos / a los hombres.

2

La lluvia / es una cárcel / de barrotes / astillados.

3

Salimos enfadados del cine; / el nivel de violencia gratuita / en el filme / era intolerable: / sangre por doquier, / vísceras, tiros, puñaladas / sin justificación alguna. / Salimos preguntándonos / qué busca un arte así.

Al salir del cine / la calle Vijzelstraat / crepitaba por el viento / de una tormenta eléctrica: / fogonazos multiplicados en los cristales, / gritos, / el agua no dejaba ver los coches, / el viento tiraba / a viejos y ciclistas, / baqueteaba puertas y ventanas, / esquivábamos paraguas voladores. / Un relámpago cayó / en la iglesia del Dam / las chispas se abatían / sobre los refugiados / en los puestos de flores. / En ese instante imaginé / una inundación en Ámsterdam, / la gente ahogada en los portales, / las casas anegadas, comercios / por cerrar, mendigos empapados; / luego vi esa imagen, / real, sucediendo / en otros países, / en el televisor del hotel.

Y admiré / la sensibilidad del cineasta / que tanto nos había enfadado. / Al final de su cinta / morían todos los malvados, / y se hacía algo / de justicia. / El final era casi feliz.

El arte es duro, / sí, / pero la vida / violenta.

LA GUBIA. POBLADO DE LAS BARRANQUILLAS

40.518 heroinómanos detectados sólo en la Comunidad de Madrid. ¿Qué tal? ¿Dice algo el dato respecto a una civilización, un modelo social, económico, cultural, según muchos irrebasable?

ANTONIO MARTÍNEZ SARRIÓN, *Esquirlas*

Esto de la narcosala no sé bien si es un invento para curarnos o para olvidarnos; olvidarnos con método, esto es, con dinero, pero mandarnos, lenta y eufemísticamente, al carajo. La cara de esa joven médico lo dice todo: se pregunta por qué está aquí, por qué tiene la mala suerte de pasarse seis días a la semana y una noche entre drogadictos, entre la escoria —sé que lo piensa, yo lo pienso— de la sociedad: como si su juramento hipocrático y el mismo mandamiento cristiano —lleva una cruz plateada en el cuello— no le obligaran a estar aquí y aceptar su faena con gusto. Mi madre era como ella, muy católica y pura, y enfermera voluntaria en los hospicios de la guerra primero y en los asilos después. En ningún momento —lo sé, yo lo notaba— sintió la más mínima piedad de aquellos a quienes atendió, incluido quizá yo mismo: sólo pensaba en su alma, su maldita alma; la quise, sí, pero me malcrió, y todo me ha salido de este modo, mal, a medias, hacia abajo, de arriba abajo, como el éxtasis y el bajón del caballo. Este lugar es limpio y aséptico, como si pretendiesen no mancharse con nosotros; deben de lijarlo cuando nos vamos. El de la droga no es más que otro —el último— de mis enganches; estuve enganchado a los dulces, a los videojuegos, a internet, al trabajo, al sexo, al dinero y a la coca, y luego, tras el desfalco y la trena, al fracaso. Aquí no nos permiten el contacto entre drogadictos y, si pudieran, impedirían el contacto con ellos. Pero eso sería demasiado fuerte, así que puedes apuñalar al drogata que va contigo frente a la puerta, pero no rozarle la espalda una vez dentro. Esto me recuerda mis tiempos de internet: todos enganchados en el mismo sitio y tampoco podíamos tocarnos. El doctor me mira con cara de pena sin saber: a) que hubo años en los que gané el doble de pasta de la que él

va a ganar en toda su miserable existencia; b) que me he follado tías con las que sueña por las noches mientras intenta esquivar a su invariable esposa; c) que yo quiero destruirme, mientras que es él quien merece compasión, agarrado a una existencia que yo rechacé en su momento y que ahora me da grima. Bueno, ya nada de esto importa. El pico, por fin, entra en mi vena. Vuelvo a ser el de antes. Vuelvo a sentir la vida reventando. Vuelvo a estar solo en medio de la tormenta de soles. Ninguno de estos capullos sabe lo que es ponerse. Después de esto, no lo entenderíais, ya sólo es posible la mmuerte. Siento el que en entra todo se apaga. La luz en vez envuelve ya voy muriendo en paz agosto y agua Dios frente a mí perdono hijommío tee perddono.

BARAJAS. TERMINAL 2. SALIDAS

Ocupada en el círculo. Ocupándome. En nada. En la nada

CHANTAL MAILLARD, *Hilos*

Los escasos viajeros que acortan esta noche los pasillos vacíos sólo tienen una cosa en común: todos hablan por el teléfono móvil —todos menos yo, que escribo—. De algún modo, cada uno a su manera, llenamos de forma desesperada la soledad gélida que impregna este lugar, una soledad que se adhiere a la propia y la engloba como una costra ardiente.

CALLE DE HERENCIA

No hay otros mundos, pero sí hay otros ojos.

EL ÚLTIMO DE LA FILA, *Como la cabeza al sombrero*

Hay días que llueve y días que me mojan, no sé si pensarán que veo mejor con agua encima. Tanta humedad, mezclada con el calor durísimo de las tardes, me está provocando desgarros y tensiones, y he notado en mi parte inferior la primera señal de grieta. Comienza mi declive, por tanto. Por eso me acuerdo de los primeros días. Bajo el cielo invariable que contemplo desde mi ubicación, muy por encima de los que me pisan, durante aquellas jornadas iniciales pasaron aquellas jornadas unos extraños objetos: redondos, grandes, no sujetos a nada y movidos por no sé qué fuerza caminaban lenta y ordenadamente por el aire. Después, unas chispas o puntos amarillos, como pequeños soles, surgieron por la parte baja, y al poco desaparecían. Varios seres que pisan se detuvieron (afortunadamente, no encima de mí), y los señalaron, diciendo sus nombres, que recuerdo. Fueron días hermosos. Hoy es todo más aburrido. Pasan objetos por el aire a veces, pero ahora son pequeñas flechas plateadas, que se deslizan rápidas y sin gracia, escribiendo unos mensajes blancos: más tarde se borran. Se limpian allí arriba con el agua que cae aquí abajo el día siguiente, supongo; la lluvia será de aquel suelo, y nuestra agua de riego su lluvia, todo tiene un período. Soy vieja y no me importa ya ser pisada o ensuciada y no ver nada más que las gastadas suelas de los zapatos de los seres que pisan. El cielo es una pizarra azul y por la noche negra. Nada digno de mirar o escribir en ella. Me quitarán y no habré vuelto a ver los zeppelines.

CEMENTERIO DEL ESTE

—Viendo ahí, tan frío, a mi Paco muerto, tengo más claro que nunca que lo mejor del amor son las reconciliaciones.

ARAVACA. EDITORIAL MCGRAW-HILL

—Sí, yo también creí que esto era el paraíso, pero después de tres años viviendo aquí, ya sé que no hay paraísos. En Madrid, libertad y soledad se confunden… Si alguien es un triste, un solitario, en Córdoba es rechazado rápidamente por los demás: es *uno menos*. En Madrid, es uno más. Como en un inmenso teatro de máscaras de esos que escribimos a veces, aquí todo el mundo lleva una cara por fuera que esconde la otra, la que le pertenece y que no quiere que nadie vea, que es normalmente la de alguien que ha puesto la confianza en otra persona, y ha sufrido, y ya no quiere sufrir más. La de alguien que, viviendo absolutamente solo, controla su propio nivel de dolor y evita de ese modo cualquier dolor súbito, concentrado e insoportable, como el que ya le sacudió una vez. Zombis sentimentales buscando por las bravas sexo, dinero, futuro, sin importar quién pueda quedar en el camino. Gente que hará cualquier cosa por que no sepas quién es. Gente a la que no le preocupa un comino quién seas tú.

AVE CÓRDOBA-MADRID

Intento concentrarme en un ensayo sobre la relación entre el minimalismo y la teoría del vacío, mientras un hombre me distrae con su absurda cantinela gritada a un teléfono móvil. En medio de la pausada indignación, compartida de seguro por la mitad de los viajeros, pienso que su cerebro puede ser una aplicación concreta y no sospechada de la tesis del ensayo.

Los trenes del AVE, pregúntenle a cualquier andaluz, son las afueras últimas de Madrid.

CALLE TRÍPOLI

Cómo decida usted conducir entre las piezas este libro es su responsabilidad.

ALBA CROMM, *Mi versión del caso (memorias)*

—Me lo encontré una noche en un bar cercano a Chamartín. Desde que entré por la puerta y me miró supe que se sentaría a mi lado, sin remedio y sin invitación. Así fue. Lo ignoraba, pero él comenzó a soltar su monólogo. Me recomendó rezar a menudo. «Nunca se sabe el momento», dijo, «pero está cerca. Cada vez se calienta más la atmósfera». No entendí nada de lo que dijo durante quince minutos, aunque sus palabras eran comunes y hablaba bien el español. Lo achaqué a la bebida, pero apenas me había tomado dos cervezas. Luego hiló más fino el discurso. Me dijo (mirándome turbiamente, me estremecí), que me había elegido para contarme la verdad, que sólo yo sabría la terrible amenaza, convirtiéndome en la única esperanza de supervivencia del planeta al contarlo. Me explicó que había sido científico de un laboratorio secreto ruso. Que había estado a punto de descubrir un virus letal para la especie, sin cura posible, y extremadamente contagioso. Que no lo hizo a tiempo, y lo despidieron, pero obtuvo la fórmula final después, aunque se negó a darla. Que, como represalia, hicieron desaparecer a su mujer e hijos. Que odia al mundo desde entonces. Que elaboró una fórmula por la cual el virus se expandiría por la atmósfera, de modo indefinido, cuando el matraz rojo que lo guarda alcanzase una temperatura máxima de 47º, durante quince días seguidos. Que lo escondió entre dos rocas, en algún lugar del mundo, destapado. Me preguntó si no tenía calor, si no hacía mucho calor últimamente. Yo miraba sus ojos de loco, y me sentía helado. Se marchó y seguí bebiendo, intentando olvidar. Celia me dice en verano que estoy loco cuando cierro ventanas y persianas, sin aparente motivo. Hay temporadas enteras en que pienso que aquel hombre era un desequilibrado, y no le doy importancia. Pero otras… Dime, ¿crees que debería decírselo a la policía?

CALLE LISBOA

[Bibliomaquia con el poemario *Salobre*, de José Ángel Cilleruelo]

Lejos del centro.

Una ventana encuadra la ciudad.
También le falta orden a este cuadro,
o quizás el sonido áspero
de la noche.

Esta quietud de barco
que navega a lo lejos.

Barcazas de desperdicios surcan las imágenes
de los enormes cubos del desorden

gente en las calles siempre

más tarde unos hangares de ladrillo
sin revestir, camiones desguazados.

Lejos del centro
al pie de la autopista, un perro enfermo.

La ciudad cabe entera en esas vistas
de hotel de las afueras.

CALLE ESTORES

[Poética #3]

Yo creo en la escritura colectiva. Doscientas veces son doscientos hombres. Si quieres reflejar una ciudad, tienes que ser muchos, si no todos. Por esa razón hay que dejar años entre la escritura y la publicación. Crecemos y cambiamos, nuestras células cambian por completo, salvo algunas neuronas, cada siete años. Serás diferentes personas, en ese tiempo. La espera augura la poligénesis.

Evita la solidez: dispérsate.

CALLE EURÍPIDES

Escenario

Deberá recrearse en escena una calle nocturna, poco iluminada y con varios contenedores de basura. Junto a ellos habrá varias botellas vacías, cartones apilados, cajas de madera rotas y bolsas desgarradas por los perros. Un coche desvencijado ha de dormir hacia un lado de la calle, desarmado por completo y con aspecto de haber sufrido varios expolios y haber servido varias madrugadas para calentar a los mendigos. Una de las farolas estará fundida y tendrá los cables saliendo del suelo como una fregona multicolor apuntando en todas direcciones. La pared de la derecha debe apestar a orina y tendrá churretones de varios líquidos no determinados. El ajuste de cuentas tendrá lugar desde el fondo hacia el asiento del espectador. Desde allí vendrá corriendo, esquivando los coches aparcados, el camello que ha colado dos dosis adulteradas con talco. Pisándole los talones vendrán, enfundados en chaquetas de cuero y con gafas negras, los dos hombres de melena larga y patillas que lo persiguen con las navajas desenfundadas, portando una máscara de determinación. El camello recibirá el primer navajazo en el costado, y seguirá corriendo hasta apoyarse en el coche quemado, donde rebotará, manchado de hollín, hasta caer en la acera. Allí se revolverá contraído de dolor, mientras se van acercando a él, ya sin correr, los dos perseguidores. Se arrodillarán y le darán treinta puñaladas en diversas partes del cuerpo, sin repetir ninguna, hasta que deje de moverse. Lo arrastrarán después, sin mediar palabra, hasta el coche, y vertiendo el líquido de sus mecheros sobre el cadáver lo prenderán, y se irán hacia el fondo del que vinieron. Uno de ellos volverá la vista, mientras hacen mutis por el foro, por última vez.

LAVAPIÉS

Desde su terraza ve cómo el desierto de Madrid derrama sus dunas cúbicas entre la bruma violácea. Cientos de abigarradas azoteas como la suya conforman, como granos de arena, el desierto gris y ocre de tejas, cemento armado y antenas destartaladas. Su terraza es un oasis. Jazmines, dalias, hiedra, tojos, mentas, almoradujes y ficus se lanzan como un grito puntual y verde sobre el caos de ladrillo. Desde el alero caen geranios como lágrimas granates hacia el suelo, hacia el río de gente que allá abajo va escorando entre la garganta de las casas. Su terraza es un bálsamo; la fresa única destella en su pureza, como la perla que justifica la fealdad de la ostra, como el verso que salva la ignominia del que escribe. Mientras riega el jazmín, mira melancólico el paisaje yerto y se pregunta si tanto cemento y tan poco seso, tanta casa y tan poca vida… Acaricia el sépalo de un bulbo preñado de clavel y surge en él una esperanza; la de Madrid como un bulbo de hierro preñado de algún tipo de vida, un bulbo rocoso y triste que concibe un niño. Y recuerda, cómo era, aquella frase de Augusto Roa Bastos, sí, que tan al caso viene: «Sólo donde hay tumbas la resurrección es posible». Sólo donde hay tumbas. Contempla el cementerio vertical. Y se sienta a esperar.

SANCHINARRO. TRAP

Vacilonas, se acercan, keloké,
me buscan sus manos, yo lo sé,
para meterse y no para meter
y me kedo tó solo y con parné,
mal rollo no se puede revender.
Pa ké buenos coches, si tanto joseo,
vendido el alijo, solito me queo,
pa nadie los tatus, la ropa, el maqueo,
tengo menos novias que el Cani y el Feo,
si no me lo dices yo no me lo creo.
La calle no cambia, pero tú has cambiao,
al cubo del parque tú me has enviao,
me dicen ke estás en el gang de Yung Beef,
las drogas toítas me llevan a ti,
por eso no tomo, yo vendo el perico
y voy pa la kelly callado y solico.
Pero echo de menos cuando me esperabas.
Tó loka reías y yo te miraba.

CALLE IMAGEN

Sólo es de noche y estamos en Madrid

PAULA IZQUIERDO, *Anónimas*

—91546574740853
—¿Diga?
—Hola. ¿Está Jaime?
—¿Jaime? No, aquí no vive ningún Jaime.
—Lo siento. Hasta luego. (Clic) 91555365510
—Dígame.
—Hola. ¿Está Jaime?
—Me parece que se ha confundido, señorita.
—Ah, lo siento. (Clic) 915448806098
—¿Sí?
—Hola. ¿Está Jaime?
—¿Jaime? No, es que aquí no vive nadie con ese nombre.
—Vaya, lo siento.
—Nada, no se preocupe.
—Adiós.
—Hasta luego. (Clic)
—91531897744
—¿Quién es?
—Hola. ¿Está Jaime?
—¿Jaime? ¿Quién es?
—Soy… ¿está ahí?
—¡Aquí no hay ningún Jaime!
—Perdone. (Clic). 915316201550
—Buenos días, le habla el contestador…
—(Clic). 91531661464352
—Sí, diga.
—Hola. ¿Está Jaime?
—No chica, me parece que te has confundido. Aquí no vive nadie con ese nombre.
—No importa.
—¿Cómo?

—Perdone (Clic). 9153344646
—¿Sí?
—Hola. ¿Está Jaime?

BOSSEMBÉLÉ, REPÚBLICA CENTROAFRICANA. HOSPITAL DE CAMPAÑA

17 de octubre. Hoy ha sido aún peor que ayer. Ni cuando estaba destinada en Mbaiki la situación era tan catastrófica. Es difícil elegir a quién salvar de la muerte; llegas al trabajo y hay una legión de madres, con sus bebés o niños esqueléticos mirándote con cara de *tú puedes hacer algo, nosotros no*. Cómo decirles que eso es una verdad a medias, o la parte menor de una verdad en minúsculas. Sus pies desnudos empapados de barro rojizo, sus bromas cansadas por la falta de alimento. No sé qué más puedo hacer. Los suministros se han recortado al mínimo. Destinamos a su alimentación buena parte de la nuestra. La quinina se ha agotado, y reservamos los anestésicos para los casos más graves. Y eso que ya no están en guerra. Esta mañana tenía por delante una hilera enorme de niños para vacunación, le daba la vuelta a la destartalada tienda de campaña. Al ver la fila de niños famélicos, Amelia se ha girado sobre la mesa de trabajo y, de espaldas a ellos y a sus madres, ha diluido ante mis ojos los tres botecitos de vacunas que nos quedan en una botella de dos litros de suero, que me ha tendido con un gesto silencioso de conminación. Ni he podido ni he querido decirle nada, qué podemos hacer. Me he limitado a espantar a las moscas para que no cayerse ninguna dentro de la solución inyectable. Luego me he sentado y he comenzado a pinchar con mi mejor sonrisa a decenas de criaturas, dosis a dosis, inoculándoles un compuesto medicamentoso carente de la debida concentración de toxoides, disuelto en agua mineralizada. Dejé de llorar hace tres semanas, ahora me limito a apuntar aquí la resignación. Voy a tomarme la barrita energética que constituye mi cena diaria, porque la comida proteínica que me corresponde prefiero guardarla para Nami, la única embarazada de esta zona que quizá llegue a ser madre. Mañana es el cumpleaños de papá, que no se te olvide llamarle.

CALLE RÍO EBRO

—A veces oigo a quienes viven en Madrid recordar con precisión los años que llevan residiendo en la ciudad, con la misma voz de quienes cuentan los meses que estuvieron en el frente.

CÓRDOBA. AVENIDA RONDA DE LOS TEJARES

No hay fuera ni dentro

RICARDO MOLINA, *Elegía*

Espero que Pedro, Paco y Sergio me recojan con el coche para jugar al fútbol. Las palomas revolotean, como papeles vivos, hacia el bulevar. Acabo de darme cuenta de algo. Estoy en el núcleo, en el centro, en el mismísimo eje de esta ciudad. Pero a la vez, estoy en las afueras de Madrid. Cuando vea a Pablo el domingo tengo que decírselo, para que lo meta en su libro de poemas. Estar en el centro también es estar fuera.

ESTOCOLMO, SUECIA. DJURGÅRDEN

No es tan difícil de entender, Ingrid; no es necesario que exista el amor romántico, ese amor naif de las novelas y de los sueños adolescentes. Esa emoción no existe, es un mito, de acuerdo, pero, ¿acaso no es también poderoso, inverosímil y estremecedor que exista una fuerza que te mueva a sentir que, si no estás con una persona concreta, con *esa* persona, vas a ser infeliz y vas a sentirte, pese a estar rodeada de todo lo bueno de la vida, inconsolablemente desamparada?

AVENIDA DE RAFAEL ALBERTI

El movimiento hacia el exterior representa la donación y la pérdida de control, la confianza, la energía positiva, la vida misma.

LOUISE BOURGEOIS

—Era un tío fantástico, no sé cómo podría describírselo, resumir todas sus complejidades y cualidades en poco tiempo…

—…

—Sí, es por ahí, pase… Mire cuánta luz. Todo el piso es muy luminoso; no hay época del año en que por lo menos no dé el sol directamente durante seis o siete horas. En verano hace calor, no se lo niego, pero también lo hace en cualquier otro lugar de Madrid y además el aire acondicionado es central.

—Sí, ya he visto la placa a la entrada.

—Como le decía, mi hermano era un chico excepcional. Fue muy feliz en esta casa… Siempre estaba organizando fiestas o veladas con los amigos. Se quedaban hasta tarde viendo películas de Buñuel. Uno de ellos era Jordi Costa, el crítico de cine. ¿Lo conoce?

—Sí. Escribe muy bien. No parece periodista.

—Otras veces se pasaban simplemente hablando de cine hasta el alba… mi hermano era un buen cinéfilo.

—Debe de haber una gran vista desde la azotea.

—Sí, así es. En efecto.

—¿Qué hacía su hermano?

—Ah, era…, era taxista.

—Hum, taxista. Debe ser interesante, se conoce todo tipo de gente.

—Eso decía. Era un poco psicólogo, ¿sabe? La práctica en el coche le hacía reconocer en muy poco espacio de tiempo a cualquier persona. Le bastaba observarla unos instantes para adivinar reacciones, a veces incluso gestos. Decía que lo más fácil para un taxista de Madrid es saber cómo va a cabrearse *físicamente* la gente, qué tipo de gestos o de insultos va a proferir en los atascos. Si alguna vez tenía dudas, se metía deliberadamente en zonas conflictivas para averiguarlo.

—…

—A los cuatro minutos, cinco todo lo más, el viajero se descomponía, y comenzaba a insultar al alcalde. En varios años de profesión sólo encontró dos personas imposibles de enfadar. Eran como islas en un mar de gente, me dijo. «Islotes en un mar de gente enferma.» A él le dolían esas cosas, era sensible.

—Lo ponía triste que la gente no fuera feliz.

—… Pues… sí. ¿Cómo lo ha sabido?

—Bueno, yo también he transportado gente… ¿Eso es un patio interior?

—Un patio de luces, sí. Pero, oiga…

—Parece silencioso, eso es importante.

—Le decía, o le iba a decir, que…

—Sin embargo, no es suficiente la luz que entra. Esto era el dormitorio de su hermano, ¿verdad?

—…

—Lo sé porque es la única habitación que no tiene muebles en absoluto. La han limpiado totalmente, como queriendo…

—Como queriendo, ¿qué?

—Cuando hablé con usted por teléfono, me comentó que su hermano había muerto hace pocas semanas.

—… sí…

—Se quitó la vida, ¿verdad?

LA HABANA, CUBA. CALLE MÁXIMO GÓMEZ

En el asfalto no encuentras criaturas marinas

SHEYLA VALLADARES

Cuando tenía dieciocho años, Nicolás estaba con unos amigos mascando yuca con mojo. Uno de los chicos, en cierto momento de la conversación, se refirió a la calle Baire, en la que vivían sus padres. Nicolás nunca había oído tal nombre, y le preguntó al amigo que la había mencionado, Iván, dónde estaba esa calle Baire. Iván le respondió que cerca del río Almendares, al otro lado del estadio Pedro Marrero.

Fue entonces cuando supo que había una parte entera de La Habana en la que nunca había estado; un enorme triángulo delimitado por las avenidas 41 y 26 y cerrado por la parte de abajo por la carretera de Cuba, y decidió dejarlo así, virgen, intocado, invisible, para conservar el misterio. Visitó a su anciana madre, su rostro lleno de historias arrugadas, grabadas profundamente como líneas de la piedra Rosseta, y confrontó con ella que, en efecto, no había noticia de que Nicolás hubiese ido para nada a aquella zona triangular de La Habana; lo más próximo que se había encontrado a ella fue en las dos visitas que su colegio había organizado al parque zoológico, situado justo al borde con la 26. Más allá se extendía la zona desconocida, que comprendía nada menos que el parque metropolitano de La Habana, multitud de calles y casas y varios hoteles. Hoteles en los que no trabajaría y zonas arboladas que no vería nunca, según decidió ese mismo día, camino de casa, tras dejar la casa de su madre. Ya sabía que nunca saldría de Cuba y, posiblemente, tampoco de La Habana, por lo cual le pareció necesario reservar un sector misterioso, bautizado como Zona Oscura, y resguardar así una parte de la ciudad para convertirla en incógnita.

Cuando en 2011 se abrieron las posibilidades para que los cubanos pudieran viajar libremente al extranjero, Nicolás no se inmutó: no tenía, ni tendría jamás, dinero para hacerlo. Tampoco le quedaba ya

curiosidad: la restricción se había forjado a hierro en su cerebro durante tanto tiempo que la salida al exterior no se encontraba en su horizonte de sucesos plausibles. Viajar era un hecho que podía sucederles a los demás, y Nicolás lo olvidaba con placidez, del mismo modo que los europeos viven felices o al menos tranquilos sin angustia alguna por no poder llevar a cabo un viaje orbital por el cosmos. Es como otro orden de movimientos al que uno no pertenece, otro registro fenoménico. No genera ansiedad ni sensación de ausencia. «Además —decía Nicolás a quien quisera escucharle—, para qué ir al extranjero, si ni siquiera he ido todavía al parque metropolitano.»

NUEVO TOBOSO

Todo el tiempo pasa
en sucesión de círculos […]
mientras el último se desvanece
en el infinito anillo del olvido

BARCELÓ ESPUIS

El humanista medieval Al-Fazari definía, según Al-Yáhiz, al intelecto como esférico; en el Renacimiento, cuna de la imprenta, se pensaba que la visión del hombre es circular, como la de los extraterrestres de la novela de Olaf Stapledon *Last and First Men*, de 1937 (antes, John Ruskin propuso cuadros semiesféricos contra la tiranía del rectángulo, bajo la premisa de su mejor adecuación al ojo humano). Con la imprenta, llegaron los libros, cuadrículas que son círculos también, como las vidas, como las citas; libros que circulan, libros que nacen y que giran de unas manos a otras, de unos ojos a otros, reflejados breves horas en los globos circulares del lector, como ahora en las tuyas que lees y que haces un giro con esta línea.

Y otro giro más con esta línea.

Tu mirada que comienza y vuelve que comienza y vuelve y luego baja y al pasar la página debe subir y el círculo de la página también se cierra.

CALLE REDES

El centro es una encrucijada de autopistas: de la producción, de la información. […] Se acabó la casa, se acabó la plaza —la entrañable *agorá*—, se acabó la ciudad. Y sin ciudad, sin diálogo, ¿cómo seguir hablando de metafísica?

FÉLIX DUQUE, *Filosofía para el fin de los tiempos*

¿Con qué sustituiremos la ciudad como centro social?

MAX FRISCH, *Diarios*

Como todos los tristes monté en cólera
me encaramé en el carro del deseo
en todo lo que oliera a compañía
como todos los tristes probé el porno
solitario del viernes por la noche
vi mujeres desnudas para mí
que no me preguntaban qué te pasa
como todos los tristes acabé
en internet catorce horas al día
multiplicando el tiempo entre sus rejas
tan falsas virtuales de colores
pero rejas al fin y abandoné
de esa manera errónea mi ciudad
la otra prisión con rejas de cemento
vetusto y gris sin sueños ni mañana

en una noche oscura comprendí
como todos los tristes que no hay día
cuando la noche reina en tu cabeza
y me miré perdido entre hipertextos
y chats y blogs de necios y basura
y me di cuenta de que esa excrecencia
la había poseído casi gratis
porque Madrid es internet engánchate

no debe de haber ya ni un triste fuera

LA PAZ

Yo trabajo de noche, rodeado de ciudad

PABLO NERUDA, *Entierro en el este*

Era 24 de diciembre, y caían pequeños copos sobre el aparcamiento. Un cálido silencio dominaba todos los pasillos del hospital, casi totalmente vacío a esas horas de la noche. Él avanzaba hacia la 609, donde le habían dicho que una paciente se había dejado descolgado el teléfono de su habitación. Pasó junto a varias puertas entreabiertas. En una de ellas una familia gitana al completo arropaba a la anciana madre que se recuperaba de un problema de hígado. Iban a dar las dos de la mañana. A través de otra, medio cerrada, se vislumbraba un matrimonio, dormidos, juntos en la misma cama. Sonrió. Se acercó a la 609. Abrió despacio la puerta porque oyó una voz dentro. Se asomó discretamente y su rostro palideció. Cerró otra vez la puerta y volvió sobre sus pasos a la pequeña garita donde hacía la guardia. Descolgó el auricular. «Montse —dijo—, ya está arreglado…; sí, ya lo sé…, pero déjala… Ya te explicaré.» Colgó y se tumbó en el lecho. Intentó dormir, pero no pudo.

UNIVERSIDAD ALFONSO X EL SABIO

—Julieta.

—Dime.

—No mires. Hay un tipo algo raro pero monísimo allí, pegado a la ventana. El de la camiseta de Iron Maiden.

—Me he fijado antes. ¿El de la barba y los pendientes?

—Ése, ése. Tiene algo, ¿verdad?

—Sí. Peligro.

—Hija…

—No te acerques a él.

—¿Por qué? No será para tanto.

—Tía, te lo digo en serio, incluso sabiendo que los tíos peligrosos te dan morbo. Ese tío es un enfermo.

—¿De qué clase?

—Está metido en rollos chungos.

—¿Yonqui?

—Ojalá…, en ese caso se le vería venir. Mira, el año pasado, en un botellón, estábamos varias de primero en Arganda, y se acercaron unos chicos en plan guay, ¿sabes?, de buen rollo. Después de un par de horas y unos porros, a varios se les soltó la boca, y nosotras comenzamos a preguntarles por algunos tipos de la *facu*, entre ellos éste, Luismi, creo que se llama. Total, que todos se callaron y miraron a uno de ellos, que resultó ser alguien que lo conocía: vecinos, o algo así. Nos dijo, fue acojonante, tía, entre los *petas*, la noche y el frío nos acojonamos, nos dijo el colegui que ese Luismi que tienes ahí se dedica a hacer espiritismo…

—Pues vaya rollo. Anda que no conozco yo…

—No te adelantes. No del que tú has oído. Recorren las calles de Madrid en que ha habido atentados de ETA. Van a Goya, a Corazón de María, y dejan velas rojas y signos en las marcas de los coches bomba.

—Qué hijoputas.

—Pues eso. Por cierto: te está mirando.

CALLE SANTA EUGENIA

La locutora engarza las noticias a toda prisa, sin darse un instante de respiro, mientras ella sube el volumen del receptor. En el mismo tono, la locutora pasa del aumento del paro en la provincia a la huelga en una empresa cárnica importante, y luego a los accidentes de trabajo, donde hace alusión a la muerte de su hermano y de su padre ayer, al arreglar una instalación eléctrica. En un lenguaje monocorde la locutora no olvida señalar que su padre murió intentando salvar a su hijo menor, al ver cómo se electrocutaba. No han pasado diez segundos. Se pregunta cómo un dolor tan absoluto, cómo algo que asfixia su existencia y la de su familia hasta cegar la vista, puede suponer tan poco tiempo en el ocio de los demás.

CAMPO DE LAS NACIONES. FERIA INTERNACIONAL DE ARTE CONTEMPORÁNEO ARCO / VERTEDERO DE MADRID

Sólo escombros, gracias.
Campaña de la Comunidad
Autónoma de Madrid.
Consejería de Infraestructuras
usando lo que Wyatt y Surrey dejaron por aquí,
Y te quedas sentado en el jardín
para intentar escribir poesía
usando lo que Wyatt y Surrey dejaron por aquí,
lo que tomaron y volvieron a soltar
como estupenda materia prima.

JOHN ASHBERY,
Autorretrato en un espejo convexo

16 de febrero de 2007. Entro en ARCO con más ganas que expectativas. En una librería me acabo cansando al rato y los macroconciertos me agotan a las tres horas, pero puedo pasar doce horas observando obras de arte y caminando entre ellas, casi sin pausas. Quizá he llegado demasiado temprano, parece que estén montando todavía algunos *stands*, pero esto no empezó hoy, sino ayer. Luego no están a medio montar, es que algunas piezas son así, incompletas, con restos de construcción, escombros, ladrillos, escobas, recogedores. Por ejemplo, las obras de Aggtelek, mezcla de reciclaje y puro desperdicio; por ejemplo, la escultura o instalación del artista chino Ai Weiwei, que ha recogido maderas e hierros procedentes de la destrucción de un templo para *salvarlos* en una especie de muro artístico.

*

Recuerdo:

> Se trataba de una pieza que reflexionaba sobre la existencia, el espacio y el tiempo. Unos trozos de madera y aglomerado amontonados con obsesión de *performance* daban el toque a una obra de prestigio. Pero pasaron las limpiadoras y tiraron los ladrillos. Desde entonces, las limpiadoras de la Feria de Arte Contemporáneo (ARCO) no se atreven a tocar nada. […] La galerista Magda Belloti narra esta anécdota como una de las más divertidas de la Feria.
>
> «¿Parque temático o escaparate sagrado?»,
> *El Mundo* (ed. Andalucía), febrero 2000

*

Al poco rato me rindo a la evidencia: hay una insensata, compulsiva, sustitución del arte por el mercado. La pregunta es: ¿habría, hay, algún arte o estética que fuera capaz de convertir todo este mercado en arte, leerlo estéticamente y hacer algo aprovechable con él?

*

Escribía Xavier Bru de Sala: «Vivimos tiempos de confusión entre el arte y la publicidad […] habida cuenta de que es imposible penetrar en la intimidad del acto de concepción de la obra, ¿cómo distinguiremos la voluntad artística de la simple publicidad encubierta del arte?». Es una buena pregunta. Algo parecido sucede también en la literatura.

*

> en toda su vida profesional de analista de textos, nunca había encontrado uno más rico y sugerente que la basura.
>
> CAMILO JOSÉ CELA, «La lección de la basura»

Para los escritores y artistas modernos la basura es una metáfora de esta sociedad, como puede verse en el gran poemario de A. R. Ammons, *Garbage* (1993), o en el relato de William Gibson «Mercado de invierno» donde uno de los personajes, Rubin, es llamado el maestro de la basura y vive en una ciudad hecha de restos, de detritus tecnológicos de otras épocas y otras personas. Stanislaw Lem, en *Diarios de las estrellas* (1971) imaginaba viajes estelares mediatizados

por la basura espacial, y formulaba su Ley de la Basura: «Cada civilización en fase técnica empieza a hundirse en los desperdicios, sufriendo graves trastornos, hasta que consigue llevar los muladares al espacio. Para que éstos no entorpezcan la cosmonáutica, se los coloca en una órbita espacial. Alrededor del planeta crece un anillo de vertederos de basura, cuya presencia demuestra una era superior del progreso alcanzado». Análoga ley parece regir los estratos inferiores de la atmósfera. Pintores como Cris Ofili elaboran sus cuadros con excrementos de elefante, y Tony Cragg elabora sus esculturas dentro de la llamada «estética del contenedor». Para Michel Houellebecq, «la literatura puede con todo, se adapta a todo, escarba en la basura», para retratar el vertedero colectivo. Como hace poco con la televisión, la sociedad se obsesiona cíclicamente con todas aquellas metáforas que la retratan. Es feliz en su misma podredumbre, se refocila en el mal olor, disfruta con personajes cochambrosos, asiste impávida al espectáculo podrido del corazón, eleva a categoría la *nauseabundez* de sus representantes. La basura es la metáfora final: describe a nuestro mundo como el romano Monte Testaccio, que está compuesto por desechos y restos de construcción. El desecho está presente en todo. Por ejemplo: leo *Ventajas de viajar en tren*, de Antonio Orejudo, y encuentro esto: «La verdadera esencia del hombre está en la mierda»; hablando de nuestros desechos, el personaje dice: «Se sorprendería de la abundante información que contienen». Ariel Dorfman, en su novela *Terapia*, escribe: «Si no amas la basura de la gente, no vas a entenderla nunca, es una manera de conocer lo que llevan adentro, lo que esconden, a través de los desperdicios que echan de sus hogares o de sus cuerpos o de sus mentes». Incluso los poetas:

> Así me lo hace ver, inmóvil
> a un lado de la calle,
> el montón de basura
> fijo y que, sin embargo,
> crece poco a poco, despacio,
> como otros, repetidos
> a treinta metros,
> que alguien,
> de vez en cuando, quema.
>
> ANTONIO MÉNDEZ RUBIO,
> *El fin del mundo*

> el cubo de basura es más humano
> el cubo de basura es más humano
> que los hombres

el cubo de basura es más humano
Cómo escribir
en tiempos de penuria,
en noches de ventisca
en hojas de epitafio.
Qué belleza cruel,
qué diferencia,
qué figurativa realidad
o qué realismo sucio
contará la crónica
de este vertedero.

AMALIA IGLESIAS SERNA,
Dados y dudas

Todo ello dando la razón al Julián Jiménez Heffernan que en algún sitio asevera que es «la poesía […] no mucho más que eso: *gestión de residuos inorgánicos*». Pero la rama del Arte donde más presente está la basura es, desde luego, en las artes plásticas y escultóricas. El filósofo Slavoj Žížek escribía: «En el arte de hoy, el hiato que separa el espacio sagrado de la belleza sublime del espacio excremental de la basura (desperdicio) se está estrechando gradualmente, hasta la identificación paradójica de los opuestos: ¿No son los objetos del arte moderno, en grado cada vez mayor, objetos excrementicios, basura […] que se exhiben con objeto de ocupar, de llenar el lugar sagrado de la Cosa?». El tema de la basura está íntimamente ligado a la sociedad de consumo, es la consecuencia terminal de la misma; no han desaparecido los valores, sólo han sido sustituidos por dos, el Dinero y la Fama, y ambos tienen una estructural relación con la basura: el dinero, tras el consumo indiscriminado, termina en basura, en residuo, que el mercado es capaz incluso de reintroducir en el circuito a través del *reciclaje*, configurado como el consumo del consumo.

El segundo valor, la Fama, acaba o comienza con la basura: con la telebasura. Los famosos olvidados son deshechos humanos, los aún no famosos suelen ser podredumbre si su objetivo es la celebridad, y no el legítimo éxito profesional.[7] Todo es *basurable*, todo es resto sustitutivo de la Cosa, todo es abandono, todo es reliquia del Dinero, y todo acaba convertido en despojo acumulable. Incluso nosotros, pues nuestro cadáver sería una forma digna, venerable, de detritus, por más que prefiramos verlo de otro modo. Todo es o puede ser basura. Los últimos estudios dicen que el 91% de los correos que navegan por internet son *spam*, correo basura. Telebasura y radiobasura llenan el espectro. Los partidos suelen terminar con los llamados minutos de la

basura. Lo valioso es poco, y caro. Ese resto útil es lo que merece la pena.

Permítanme un escorzo.

*

CÓRDOBA. BARRIO ARROYO DEL MORO

Galicia, 1979: cuando bajaba
a tirar la basura
el hedor era insoportable.
No había contenedores; las bolsas
se esparcían por las calles,
despanzurradas por perros;
escombros remezclados con tomate,
boñigas de las vacas que cruzaban
el pueblo, restos de empanada
de atún con añicos de cristal y pollo.
En la España del siglo 21
la basura ya no huele a nada;
en el contenedor de la alcaldesa,
que tiene un mecanismo de pedal
para no mancharse las manos
—nosotros, no la alcaldesa—,
sólo hay exiguos recipientes donde cabe,
o cupo, una ración exacta de comida
para una persona, la tarrina
vacía de un bebé, los tupperware rotos,
bandejas de plástico, de aluminio,
sobres plastinados, las compresas
con sistemas antiolor, los trozos de precinto
de envases al vacío, los inodoros tetra-briks®,
o tetra-packs®, los vasos de yogur
sin restos de yogur, las bolsas de comida preparada,
las cajas de pizza: cualquier continente
ideado para que no haya restos,
excrecencias, peladuras,
mondas, cáscaras ni esquirlas.
Sólo polivinilos, poliuretanos,
plásticos retractilados,
que dan un toque *Odisea 2001*

al contenedor, pero el 2001 ya es antiguo.
Apenas hay que reciclar la escoria
para que valga para otra cosa. Para otra casa.
Ya no hay comida en los contenedores,
salpicaduras, acaso; láminas de cebolla
porque hay mucha gente que no toma cebolla
por lo del mal olor. Y nada puede oler mal
en el nuevo siglo. Está el contenedor
repleto de desodorantes vacíos.

No haría falta cerrarlo.

Los perros pasan al lado, miran,
y siguen adelante.

*

En el principio no fue el Verbo sino la basura.
J. M. PÉREZ ÁLVAREZ, *Cabo de Hornos*

ARCO, Stand PR41, Galería DNA, Berlín. El artista ha dejado la pintura literalmente *fuera* de la exposición. Las paredes permanecen blancas y las figuras han sido sacadas: compuestas con grandes pegotes de pintura de varios colores, yacen en una vitrina exterior, desechadas, como un muestrario de posibilidades exiliadas.

*

Una pista. «El espectáculo —decía Debord en *La sociedad del espectáculo*, acabo de recordarlo al colocarme frente a la pieza flotante de Damien Hirst— es un dinero *sólo para mirar*»; todo empieza a cuadrar ahora. El objetivo del espectáculo, en términos de arte internacional, es la circulación del producto, no del capital en sí. Es el movimiento, la sucesiva adquisición de la pieza, el cambio de coleccionista, el paso del coleccionista al museo, el que mejora el *valor de cambio*. Los artistas no quieren piezas paradas en la galería, quieren verlas circulando por ferias internacionales, ya que su presencia genera *crédito* para ellos. Debord tiene razón, siempre la tuvo, pienso mientras camino contemplando el gigantesco espectáculo del arte contemporáneo extendido bajo el cielo gris del Pabellón 9.

*

Un empleado de la limpieza barrió una instalación de arte de

Damien Hirst convencido de que se trataba de pura y simple basura. […] Un portavoz de la galería confirmó ayer el incidente, aunque aseguró que la pieza ha podido reinstalarse en su distribución original «Puede venir bien para fomentar el debate sobre qué es arte y qué no es arte, lo cual siempre es saludable», dijo.

El País, 20/10/2001

*

El espectáculo tiene las mismas leyes que el desecho; ambos se nutren del concepto de *exceso*. Lo excesivo es la ley del *show-business*, sustentada por el principio de que nunca es suficiente. La oferta debe ser agotadora, para que cubra toda la demanda; no toda la demanda existente, sino toda la *potencial*: debe haber suficientes productos en almacén para el supuesto de que todos los consumidores los demanden al mismo tiempo. El espectáculo se retroalimenta y es inacabable, su objetivo es satisfacer a un inimaginable espectador/consumidor que demandara simulacro las veinticuatro horas.[8] Si Paul Celan hablaba de «resto cantable», en el ultracapitalismo (y el mercado del arte es uno de sus sectores más queridos, más *fieles* a la idea última de maximización de beneficios) el punto de encuentro entre el mercado y la basura sería el *resto vendible*, el stock no colocado, los efectos por saldar, los coches ya inútiles pero comerciables aún como chatarra, los libros guillotinados para obtener pulpa, la ropa de segunda mano: el resto vendible como el momento indistinguible en que un producto nuevo y reluciente es ya desechable, y ha pasado de excesivo a excedente sin alteración alguna de su sustancia.

*

Arrojadas al espacio
miles de impecables piezas
de la más puntera tecnología

VIRGINIA AGUILAR BAUTISTA,
«Basura espacial»

«Cuando la mierda apareció en el arte, la desublimación regresiva produjo su postarte más consumado», escribe Donald Kuspit en *El fin del arte*. Una de las apariencias más frecuentes de arte excretorio es la falsa provocación, eje del espectáculo estético. Eduardo Subirats, en *La cultura como espectáculo* decía que «el mundo ha devenido enteramente en su representación y la imagen se ha convertido en

todo su ser», sobre todo en temas culturales. La cultura, a base de ser confundida con la representación espectacular, acabará *siendo* espectáculo en sí misma. Si observamos los reportajes que vienen apareciendo en prensa y televisión sobre ARCO, ¿acaso son las fotos de las mejores obras las que acaparan protagonismo? En absoluto; son las instalaciones más esperpénticas las asediadas por los medios. La parte artística —que no es poca— de ARCO queda sepultada bajo las toneladas de información inútil sobre su parte espectacular —que es la mayoría, no nos engañemos—. La saturación de lo sobrante acaba, gracias a la presión mediática, por ahogar a lo valioso, de modo que la rémora se hace más grande y fuerte que el pez al que chupa la sangre. El espectáculo, la cáscara, vale más y ocupa más espacio que la almendra cultural.

*

Posibles exposiciones, sugeridas o imaginadas en *La exhibición de atrocidades*, de J. G. Ballard:

- «Una colección de pinturas de órganos imaginarios»
- «Una exposición fotográfica de accidentes de automóvil»
- «Talbert se detuvo a la entrada del jardín de esculturas. Catálogos en mano, los estudiantes vagaban entre los objetos expuestos, escrutando los segmentos trucados de tuberías de plástico de color, la geometría de Disney»
- «Recortes de fotos de una cantidad de situaciones narrativas: la muchacha haciendo esto y aquello»
- «El catálogo de una exposición de enfermedades tropicales en el Wellcome Museum».

La imaginación de Ballard para la perversión es casi envidiable, pero creo que ni él mismo hubiera sido capaz de imaginar todo lo expuesto hoy aquí: arte con incesto pedófilo, con anatomía, con violencia, con torturas, con descuartizamientos. Disecaciones, secciones, disecciones, eyecciones, deyecciones. Variante de este fragmento: ARCO como secuela involuntaria de *La exhibición de atrocidades*.

*

Son múltiples las obras, instalaciones y exposiciones que cuentan con tecnología para intentar *incluir* al espectador. Una galería de Montreal ofrece una interesante experiencia de inmersión tridimensional. También hay mucho arte interactivo, sensores que te detectan, proyectos de vida artificial que procuran entornos virtuales

de comunicación, contadores que te cuentan si te colocas delante y un largo etcétera. Es curioso que las obras de técnicas tradicionales intentan excluirnos con propuestas cada vez más epatantes, herméticas o excéntricas, mientras que la presunta inhumanidad de los robots y las nuevas tecnologías persigue lo contrario: contar con nosotros, incluirnos, tocarnos, escucharnos, *sentirnos*. Algo parecido advertí al día siguiente en la exposición llena de circuitos, cables y televisores de Nam June Paik. No nos emociona el resultado (obviamente, es una ficción técnica, lo sabemos), pero sí el propósito. El arte tecnológico contemporáneo, al menos, intenta ser humano.

*

En una mesa redonda (15.00 h. Salón N108), la joven comisaria neoyorquina Amy Smith Stewart cuenta que una vez organizó una exposición sobre arte y mercado, explicando el modo en que cada uno de los jóvenes había acogido su reto. Algunos artistas se habían vestido de obreros, otros se habían imaginado en situaciones de «contenido social». Sólo uno, a mi juicio, se había enterado de algo: tomó el dinero que le había dado la comisaria Smith y contrató a otro para que hiciera su trabajo.

*

Pensar un cuento sobre personas-basura, psicologías que son consideradas por los demás como excrecencia, como residuos afectivos. Seres que son apartados por todos hasta quedarse obsoletos, situados al margen, silenciosa y fríamente rechazados sin mediar palabra. Abrir con este epígrafe: «La basura crea pequeños rabiosos en la zona» (Alan Mills, *Síncopes*).

*

El mismo recinto arquitectónico en el que nos encontramos es lo que Rem Koolhaas denomina *Junkspace*, «espacio basura». Una continuidad espacial indiferente, unificada tan sólo por el aire acondicionado y por la posibilidad de acceso, de magnitud tan agotadora que está cortada cada escasos cientos de metros por áreas de descanso. Escribe Koolhaas: «No hay muros, sólo tabiques, membranas relucientes» (*Espacio basura*, 2002); miro a mi alrededor los miles de cubículos repartidos que, a su vez, cubican y subdividen el espacio —«El espacio basura es aditivo, […] no está articulado en diferentes partes, sino subdividido», continúa el autor—. Incluso el espectacular arquitecto describe, sin saberlo, buena parte del arte aquí

contenido: «Restaurar, recolocar, reagrupar, reformar, renovar, revisar, recuperar, rediseñar, retornar […] rehacer, respetar: los verbos que empiezan por "re" producen espacio basura». Algo de eso hay. Por *reconstrucción* yo entiendo otra cosa. Y debe ser verdad lo que de que este tipo de superficie agota, porque estoy muerto. O quizá es que las palabras que empiezan por «re» me producen un profundo sueño. Escucho a un crítico diciendo sobre un cuadro muy pobre que es un *retorno* o una *revisión* de Schwitters y caigo instantáneamente dormido sobre una azafata belga.

*

Tengo pesadillas:

> En una galería de arte de Copenhague vi una instalación junto a una serie de pantallas de televisión, cada una con grandes subtítulos en los que se leía: «La tierra prometida». Esta instalación me pareció que estaba muy bien pensada y que era a la vez una invitación a pensar, y ello no menos por la escoba y la hebilla que había en el rincón, al final de la serie. Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de meditar sobre ese significado al final de la instalación, una operaria de limpieza vino a recoger sus herramientas, que había dejado en el rincón durante la hora del almuerzo.
>
> ZYGMUNT BAUMAN

*

Francisco Calvo Serraller, en una de sus crónicas, cita para criticarla la opinión de la *Teoría general de la historia del arte* de Jacques Thuiller: «Hoy en día se puede decir que la palabra *arte* se aplica a cualquier cosa». Creo que ambos tienen razón; Thuiller porque, en efecto, se llama arte, como es sociológica y mediáticamente comprobable, a cualquier cosa (y basta ir a ARCO para verlo); Calvo Serraller porque cree que aún hoy es posible hablar de arte auténtico sin mezclarlo todo en un maremagno ingobernable. También creo que eso es posible. A mi juicio, hay arte y hay mercado, dividido el espacio de esta forma:

1) Arte sin mercado.
2) Arte *más* mercado.
3) Arte *menos* mercado.
4) Mercado.

1) Arte sin mercado: arriesgado, demasiado avanzado en unos, demasiado clásico en otros, es un arte que no encuentra posibilidad de venta, y suele permanecer apartado del círculo de ferias, bienales y galerías poderosas. Depende de pequeñas galerías independientes o del impulso personal de sus autores.

2) Arte más mercado: como el anterior, es arte de verdad, auténtico, pero ha alcanzado además el reconocimiento del mercado y la academia, cotizándose por un alto y seguramente justificado valor. Aquí podemos citar a todos los artistas internacionales que, vivos o muertos, siguen vendiéndose y triunfando, sin renunciar —al menos, en demasía— a sus propósitos originales: Kiefer, Pollock, Chillida, Tàpies, Warhol, Barceló, Katz, Koons, Bourgeoise, Klein, etc.

3) Arte menos mercado: arte *vendido*, arte de autores que pudieron ser grandes pero prefirieron someterse a las exigencias del mercado; arte que no es capaz de tener más miras que su propio consumo. Incluye a algunos artistas del grupo anterior que han rebajado su ambición con el objetivo de ser más accesibles y vendibles, o los estancados en una estética rentable; también a quienes planifican cuidadosamente una estrategia de provocación y escándalo —algo instalado en el *establishment* artístico londinense— para forrarse.

4) Mercado: todo lo demás. Basura en estado puro, si tal idea no es oxímoron.

*

Estas categorías tienen claros equivalentes literarios:

1) Arte sin mercado: literatura experimental o de riesgo.

2) Arte *más* mercado: grandes maestros consagrados, como Pynchon, Carson, Coetzee, Ernaux, García Márquez, etc.

3) Arte *menos* mercado: *mainstream* literario y narradores de «novela al año» secuestrados por grandes grupos.

4) Mercado: *bestsellers*, premios Planeta y lo demás.

*

—¿Quién puede conocer a nadie? —dijo el propietario de la librería—. Cada persona es como millares de libros. Nuevos, reimpresiones, en existencia, fuera de existencia, ficción, ensayo, poesía, basura. El conjunto todo. Cada día diferente.

RUSELL HOBAN,
El león de Boaz-Jachin y Jachin-Boaz (1973)

*

Cuando me faltan referencias para ordenar un caos, encontrar sentido o tender hilos entre dos puntos lejanos, sólo se me ocurre un modo de solucionarlo: leyendo. Así que me salgo de la zona de galerías y me introduzco en la zona de ARCO destinada a las librerías y publicaciones. Compro algún libro y un ejemplar de la *Revista de Occidente*, para buscar discurso, para ver si mi impresión es o no una locura. Y leo en un artículo sobre ferias de arte y bienales unas declaraciones de Alberto Ruiz de Samaniego: «Las bienales de hoy […] no se entienden sin la intervención del mercado». Y en un artículo de Fernando Castro Flórez hallo esto: «Un tal Zhu-yu, artista natural de Shangai, consiguió sus minutos de fama televisiva (gracias al Channel 4 británico) devorando un bebé real (eso, por supuesto, se subrayaba) en lo que llamó *performance*. Según se explicó se trataba de un feto de siete meses que además no le sentó nada bien al impresentable recién nombrado, que vomitó ante las voraces cámaras». Sí, es una barbaridad, diríase que intolerable, que como dice el mismo Castro «lo único que quería era darse a conocer», que nada de esto es arte, pero: 1) el caníbal utilizó esos términos, «*performance* artística», 2) y más grave, un canal de televisión *emitió el hecho como si lo fuera*. La pregunta es: si alguien lo denomina así, y una televisión lo graba como tal, ¿quién, cómo y con qué discurso desmonta esa bestial *apariencia de realidad*, esa concesión inmediata de identidad al hecho? Sigo leyendo, hay que hilar fino, aparece José Luis Brea en el suplemento *Culturals* sobre ARCO y arroja luz, uniendo este libro, la feria y los problemas de discurso: «Yo diría que el movimiento que entre nosotros podría reivindicar alguna *fuerza de criticidad* tendría que ser uno que se desmarcara del curso y el funcionamiento institucionalizado del sistema-arte: aquel movimiento que territorializara el escenario de una *exterioridad*, la marca de un *afuera de la institución*». Esto es lo que yo buscaba, ubicar el discurso en las afueras, sacarlo del centro, demasiado lleno de escombros, y colocarlo no al margen ni en la marginalidad, sino en los márgenes, situar un espejo ante la podredumbre, desplazar la conciencia crítica aparte del mercado. No nos queda más opción que plantearnos si queremos estar al margen del estercolero o ser como los dos personajes de *Fin de partida*, de Beckett, que aparecen dentro de cubos de basura. En nuestra sociedad no hay un afuera total del mercado, porque la nuestra es, incluso constitucionalmente (artículo 32) una sociedad de mercado; este libro sólo puede leerse porque ha pasado por él, pero sí cabe un aparte, un inciso, un resquicio, un descanso: ese lugar en los márgenes desde donde alguien se pregunta: ¿era necesario tanto, era necesario todo, era necesario así? Y créanme: parece poco, pero es más de lo que parece, se conquista un espacio de extrañeza

(instantáneo y fugaz, vale; de angustiosa pequeñez, de acuerdo) en el que el mercado y el arte de escombreras ya no pueden entrar.

Pero tú sí.

CALLE VALVERDE

—¿Para cuándo piensa dejar el autor la cuestión?
—¿La cuestión?
—Sí, claro, la cuestión: ¿esto es o no es una novela?
—…
—…
—¿De verdad necesita una respuesta?

ARAVACA

En la calle Camino de la Zarzuela un BMW Serie 7 supera a un Volvo VC-40 aparcado, mientras un Tesla Roadster blanco cruza la avenida a 57 kilómetros por hora, 17 por encima de la velocidad permitida. En la puerta del Colegio Internacional Aravaca hay tres Audi Q3, un Mercedes Clase S Maybach, un Range Rover Velar, un Maserati Biturbo y un Lexus LC que se miran de reojo, esperando carga de pasaje. En la glorieta de Ramón Gaya un Infiniti Q50 híbrido ralentiza el paso para contemplar con deleite un Hummer HX que resiste con rectangular elegancia el paso del tiempo. En la plaza de San Anacleto un Porsche Panamera deja pasar, coqueto, a una berlina Bentley Continental GT, cuyos intermitentes arden al cruzar con garbo la calzada.

CALLE MARÍA MARTÍNEZ. CENTRO DE REHABILITACIÓN PSICOSOCIAL LOS CÁRMENES

—¿Qué le pasa a aquel de allí? Llevo varios días viéndolo, y su mutismo es absoluto. No habla con nadie, y sólo asiente y hace indicaciones por gestos cuando nos dirigimos a él.

—Habla perfectamente, pero se ha negado a hacerlo.

—¿Voto de silencio?

—Mira, te lo voy a contar. Este hombre tenía un hermano en Japón; bueno, supongo que lo sigue teniendo. Su hermano es ingeniero y trabaja en una desaladora en la costa japonesa; gana una pasta, por lo visto. Le ascendieron en su empresa, le dieron un cargo importante y la posibilidad de llevarse a una persona de confianza consigo, y pensó en el hermano que vivía en España: ese hombre callado, que se llama César. Todo esto lo sé por su hija, que fue quien lo trajo aquí, porque él no suelta prenda, como ya has visto. Su hermano le advirtió de que para mudarse debía hablar japonés, o al menos chapurrearlo, en sólo cinco meses; le recomendó que gastase para aprenderlo lo que fuese necesario, porque allí iba a tener un sueldo muy bueno y le iba a compensar. El caso es que César no tenía carné de conducir y no había academias en el pueblo donde vivía pero, por fortuna, justo al lado de su casa había un restaurante japonés. Él había visto, al comer allí, a una camarera japonesa muy joven que se había adaptado perfectamente y que hablaba español con mucha corrección. Una tarde bajó al restaurante y le explicó a la chica su problema, a lo que ella le respondió que el problema no era tal. Pactaron un precio bastante elevado, y todos los días él bajaba al restaurante y practicaban cinco horas. Ella le dijo que lo mejor para aprender el idioma era la inmersión en un ambiente laboral, así que le recomendó que dejara su trabajo, cosa que él iba a hacer de todas formas, y se integrara en el restaurante como cocinero; al ser todos los demás japoneses, no tendría dificultad alguna en hacerse con cierto manejo. Así lo hizo. El sueldo de cocinero era tan bajo y tan caras las clases que apenas llegaba a fin de mes, pero sólo pensaba en huir de

España e instalarse en Japón con su hermano. Éste lo llamó un día para decirle que debía viajar a una región incomunicada del sur del país, donde no había cobertura, pero que lo esperaba el 15 de noviembre próximo en la ciudad tal y en la dirección tal, que no faltara a la cita y que llegara farfullando japonés. César dedicaba todo el día a aprender el idioma, con la mayor pasión imaginable, afanándose en unas fotocopias que le había prestado la chica. Ella era encantadora y se alegraba mucho de sus progresos; hizo buenas migas con los compañeros del restaurante y lo cierto es que avanzó en el idioma de modo extraordinario.

—No tengo ni idea de cómo va a terminar esto.

—Ya verás. Llegó el momento de irse, finalmente. Organizó la mudanza y los del restaurante le organizaron una fiesta sorpresa de despedida. Lloró mientras abrazaba a la chica que le había, decía él, salvado la vida. Se metió dieciséis horas en aviones de la KLM y, al aterrizar en Tokio, puso a prueba sus conocimientos con la primera persona que vio: la camarera que atendía un bar en el aeropuerto. Ella sonrió mucho, pero no le contestaba. Negaba con la cabeza, cuando él hablaba. Pensó que era sorda. Lo intentó con una vendedora de prensa. Lo mismo: ella se limitaba a sonreír, negando. Pensó que estaba loca. Se acercó al mostrador de información. Un respetuoso empleado sonreía, pero en vez de negar, señaló con el dedo a una compañera. «Buenos días», le dijo. «Buenos días», respondió ella, y él por fin se relajó, sonriendo. «Es raro que haya tanta gente aquí que no hable japonés». Ella lo miró sonriendo. «Lo que es raro es que estemos hablando el *hangugeo* del sur de Corea», le respondió tiernamente.

—… No puedes estar hablando en serio…

—…

—…

—Pues sí. ¿Quién quiere cenar en un restaurante coreano, Jorge? Ya ni siquiera los chinos tienen glamur. Sólo un restaurante japonés puede tener futuro como local donde se cobre pasta de verdad por comer. Ni uno solo de los camareros o cocineros, todos coreanos, hablaba japonés ni lo había hablado en su vida. Pero la chica necesitaba el dinero para volver a Corea del Sur a por su prometido y traerlo a España.

—…

—César sufrió un *shock* en medio del aeropuerto. Lo recogieron y la embajada contactó a su hermano. Una semana después llegaron a la residencia, su hermano lo dejó ingresado y regresó a Japón.

—…

—Miento. César sí que habla, o casi. De vez en cuando, en el jardín, canta una antigua canción coreana.

—…

—Es un idioma muy dulce.

CALLE LA CANCIÓN DEL OLVIDO. CONTENEDOR DE BASURA

una vasta y destartalada capital, una ciudad con un millón de cubos de basura

GEORGE ORWELL, *1984*

1 transistor roto. 14 cáscaras de plátano. 119 mondas de naranja. 3 botes de aerosol. 5 fundas de cereales, con sus correspondientes cajas de cartón. 10 paquetes vacíos de cigarrillos. 7 condones, 3 de ellos manchados de sangre, 1 con un minúsculo agujero en el extremo. 4 latas de sardinas, 2 de espárragos, 3 de mejillones en escabeche, 1 de caviar iraní. 1 plancha vieja. 1 novela de una presentadora de televisión. 4 placas de cocina. 2 alfombrillas de ordenador. 1 disquete vacío. 1 disquete con un libro incompleto de relatos. 2 cajas de cerillas, 34 cerillas sueltas. 1 cuerda con un nudo corredizo. 4 platos rotos. 2 vasos rotos. 1 anillo de compromiso. 157 lentejas, 1.546 granos de arroz, 600 garbanzos. 1 taladrador averiado. 1 tubo de pasta de dientes. 57 folios en sucio. 27 periódicos. 45 kilogramos de material orgánico indeterminado. 1 sartén. 1 dedo. 2 revistas pornográficas. 1 dentadura postiza. 3.788 flores secas. 2 tapones de gel. 1 cubierto. 3 mecheros. 780 blísters de ansiolíticos de distintos laboratorios. 56 plásticos de todos los colores, transparencias y tamaños. 1 diario íntimo. 1 par de castañuelas. 1 feto. 1 arnés de escalada. 705 plomillos para escopeta. 10 compresas. 2 cartones de pizza precongelada. 2 casetes descintadas. 1 muestra de orina. 11 pañuelos de papel, 2 secos y 9 húmedos. 2 cartones centrales de papel higiénico. 1 corazón de perro. 1 filtro de cocina. 251 gramos de ceniza y 180 colillas. 2 poesías escolares. 35 facturas. 80 notificaciones de banco. 1 demanda de separación por incompatibilidad de caracteres. 1 informe médico de eyaculación precoz. 7 vitolas sacerdotales. 1 piedra de hachís. 453 cartas de amor. 1 ordenador Spectrum. 15 CD-ROM de conexión gratis a internet. 1 porra de policía mordida y unas esposas. 400 manuales de autoayuda. Media tortilla de sacromonte. 78 cáscaras de gamba. 1 listín telefónico. 1 relato para un libro sobre el

mundo. 1 chorro de gasolina. 1 cerilla encendida.

CALLE HIERBABUENA

Siete de la mañana. Un hombre se dirige dentro de su coche hacia el polígono industrial Pedro Overa, entre Madrid y Leganés. Va pasando las calles iguales de la misma forma: robotizado, rígido. Si esto fuera un poema de Eduardo García, este hombre súbita e inconscientemente quebraría su recorrido invariable y cogería una calle lateral, por la que accedería de improviso a una favela de Sâo Paulo. Allí habría de deambular desorientado, sorprendido por el calor, y tendría reflexiones melancólicas, hasta que decidiese regresar a Madrid. En ese momento el poema terminaría, más o menos, de esta forma: «quiso entonces volver, pero la calle / que llevaba a su mundo ya no estaba».

Por desgracia, esto no es un poema de Eduardo sino un relato, y el asunto es menos simbólico, aunque no menos fantástico. Porque no deja de ser absolutamente irreal, inconcebible, que este hombre maquinal dirija su coche, todas las mañanas, sin vacilación, por las mismas calles, de la misma forma, con idénticos pensamientos, hacia el mismo polígono donde se gana la vida consumando chapuzas de carpintería metálica. Día tras día. Nadie ha llegado tan lejos en una historia de ciencia ficción. El hombre deja la M-30 atrás, tira por la ventana el mecánico segundo cigarrillo y ni siquiera imagina su mérito.

CALLE FLOR ALTA

Él sostenía el móvil en la mano. En el cuarto contiguo, su mujer hablaba con su madre. Ahí estaba, en la pantalla, el mensaje incitador, sólo cuatro palabras. *Ven. No te arrepentirás*. Activó la opción de responder. Comenzó a escribir. Cada principio de frase, más que en cualquiera de sus libros, activaba historias distintas, alternativas, creaba futuros mundos, de placer, de dolor, o de ambas cosas. Lo difícil es la primera frase, decidirse, se dijo, recordando a alguien. Su mujer entró en el cuarto, al terminar su conversación, y mientras él cerraba su celular, le preguntó: «¿Qué haces? ¿Vas a poner un mensaje?». Y él respondió: «Me siento como los malos escritores». Y conectó la tele.

CALLE FLOR BAJA

Sostenía el móvil en la mano. En el cuarto contiguo, Carmen hablaba con su madre. Ahí estaba, en la pantalla, el mensaje incitador, sólo cuatro palabras. *Ven. No te arrepentirás*. Activé la opción de responder. Comencé a escribir. Cada principio de frase, más que en cualquiera de mis libros, activaba historias distintas, alternativas, creaba futuros mundos, de placer, de dolor, o de ambas cosas. Lo difícil es la primera frase, decidirse, me dije, recordando a alguien. Carmen entró en el cuarto, al terminar su conversación, y mientras cerraba mi celular, me preguntó «¿Qué haces? ¿Vas a poner un mensaje?». Le respondí: «Me siento como los malos escritores.» Y conecté la tele.

CASA DE CAMPO. AUDITORIO

El tiempo que hay entre un coche y otro.

El que tarda la puerta del autobús Circular en cerrarse.

El que separa dos estaciones de metro.

El que existe después de la mujer hermosa que te mira, hasta que eres consciente otra vez de ti mismo.

El tiempo que hay entre una comida y otra.

Entre un beso y otro beso.

El que media entre el paso de un pájaro perdido y el siguiente.

Lo que va de una a otra primavera.

El necesario para que la hoja caída en el Retiro se disgregue entre todos los zapatos de Madrid.

El que hace que no recordamos a Judy Garland.

El que estaríamos sin alcaldes.

El que viene pasando desde la última vez que alguien te dijo *te quiero* sin mentirte.

El tiempo que hace que tú no lo dices sin mentir.

Ritmos para escribir libros.

CALLE ESTIGIA

—El piso había estado antes ocupado por un tío muy raro… apenas se relacionaba con los vecinos.

—…

—Venga por aquí, verá la terraza… como le decía, era un auténtico ermitaño, y evitaba todo contacto con los demás; ni siquiera cogía el ascensor, para no tener que dar ni escuchar conversación en los trayectos…; ¿se ha fijado qué vista? Es fantástica…, mejora en otoño, cuando llueve un poco y se limpia la atmósfera. Se ve casi todo Madrid desde aquí, ¿verdad?

—Sí.

—Cuando el chico se fue, dejó encargada la mudanza a unos chicos de por aquí cerca, y se fue sin despedirse de nadie, dejándome el último sobre por debajo de la puerta. Mientras hacían la mudanza, entré…, ya sabe, tenía que ver si estaba todo en orden…, si había algo roto…

—Claro.

—… Y entonces, al ver por primera vez lo que tenía dentro, me di cuenta de lo extraño que era todo. Los mozos que cargaban las cosas me dijeron que el tío coleccionaba entradas de conciertos que no se habían celebrado o se habían suspendido por la lluvia, y cosas por el estilo…, también cosas relacionadas con películas de miedo, esoterismo y mujeres de la Antigüedad…

—Mujeres de la Antigüedad…

—Sí, ya sabe. Cleopatra, una filósofa antigua llamada Itapía…

—Hipatia.

—Bueno, como se llame. Y otra, que era algo así como Tabadú.

—Tawaddud. Son dos sabias antiguas; la primera egipcia, y la segunda es un personaje de las *Mil y una noches*, que puede o no ser mitológico.

—Pues eso. Mujeres muertas, qué más da. Y más cosas raras: tenía miles de folios en blanco, amontonados por todas partes, debajo de las camas… ni uno solo escrito o emborronado.

—Hum…

—Qué chico tan raro, ¿no cree?

—No tanto.

—La verdad es que usted también parece un tanto extraño. Educado y formal, pero algo, ¿cómo le diría?…, oscuro.

—Bien elegido el adjetivo, señora.

—Gracias.

—No soy tan raro como el chico del que me ha hablado, pero lo suficiente, debo reconocerlo, para entenderlo.

—¿Ah, sí? ¿Sin haberlo visto?

—Sin haberlo visto. Simplemente, era o es alguien que gusta de escapar, de no pertenecer a ningún sitio concreto, una mezcla de apátrida y cosmopolita del miedo. Adora las cosas que no ocurrirán jamás, y las hermosas a las que nunca tendrá ya acceso; en ese tipo de pérdidas forzosas se siente a gusto, y no se ve coercido, coaccionado o forzado a tomar una decisión. Quiere ser escritor, pero tiene pavor a mostrarse y, en consecuencia, perderse. Acumula páginas vacías como días o noches en blanco, siempre pendiente de un futuro que se le escapa, de una nueva esquela de mujer, de una próxima página, me gustan esos apliques en el baño, a cada momento. Un curioso caso de escritor aplazado pero sólo porque es una persona que también se demora, que también se deja llevar eternamente, como un cuento de Kafka, supongo, encerrado sin plazo dentro de un piso como éste, en mitad del silencio, preso como el minotauro del cuento de Borges.

—…

—Así que aquí, entre estas paredes, ha vivido un ser consagrado al silencio y enamorado de mujeres muertas o que no han existido nunca. Hum… Podría sentirme como en mi casa.

—¿Significa eso que se queda con el piso?

—En realidad, significa todo lo contrario.

ESTANQUE DEL RETIRO

En ella cabe el fuego del infierno
el cielo azul mas sólo por reflejo
en las lodosas aguas del Retiro
las razas de los pueblos los idiomas

el oro y el desdoro de los seres
sobre sí misma gira como el mundo
se mueve a ciegas como una galaxia
que busca incertidumbre en el vacío

Madrid un universo
hacia el Big Crack

II

PASEO

Dos caminos, dos únicos caminos: hacia el centro de la ciudad, o hacia las afueras

SALVADOR GUTIÉRREZ SOLÍS,
La novela de un novelista malaleche

Todos los centros de las ciudades, si son ciudades, forman un centro común.

ISMAEL GRASA, *La hazaña secreta*

Aquí no hay últimas paradas, ni paradas intermedias. Se trata sólo de seguir un círculo, siempre.

VICENTE LUIS MORA, *Circular 07*

De mí se viene diciendo, y es error de entrevistadores apresurados, que dicto mis narraciones al magnetófono, cuando la realidad es que el magnetófono me las dicta a mí.

GONZALO TORRENTE BALLESTER,
Los cuadernos de un vate vago

El tránsito de las afueras al centro no puede ser radical. Requiere, como las mudanzas o el cambio de país, como la traición, el cruce ocasional y silencioso de las fronteras.

El paseo requiere, así lo enseña Robert Walser, tener abiertos los ojos. Sobre todo, los de la mente.

Su puesta por escrito no puede prescindir de un acopio de datos e

impresiones. En estos tiempos, quién sabe si Walser también lo hubiera hecho, es preciso utilizar una grabadora.

SÁBADO

Algún día os demandaré por lo agotado
que estoy pero entretanto el paseo
continúa. Parece que todo el mundo está listo
para el paseo. Además, ¿qué otra cosa hay?

JOHN ASHBERY,
Autorretrato en un espejo convexo

El paseo comienza en el tren. Desde mi butaca, contemplando cómo se acerca Madrid, tan callando, advierto la nube tostada de contaminación que la cubre. Es como si alguien hubiera barrido sus calles y el polvo estuviera en suspensión. Grabo.

Viajar es un tópico, porque el viajero llega ya enseñado. Dos jóvenes estadounidenses en el AVE. Leen Fiesta *de Hemingway.*

Juan Bonilla, en un artículo que leí después de un viaje (uno de ellos) a Madrid, coincidía en esa imposibilidad: «El hecho de que el mundo no haya dejado de empequeñecer durante este siglo sumado a la uniformización que padecen las ciudades, ha desabastecido el planeta de lugares a los que uno pueda ir a asomarse sin saber antes de partir qué se va a encontrar. Viajar es eso, o sea, todo lo contrario de hacer turismo». Las coincidencias no acaban aquí. Sigue después Bonilla: «Escribo esto en un tren. Entramos en Madrid. Se imprime en el ventanal la fugaz imagen de un conjunto de chabolas que he visto antes en Bombay». El tren es el medio de transporte literario por excelencia, si dejamos la droga aparte. Durante el trayecto me leo íntegro *Seda*, de Alessandro Baricco, escribo un poema para mi novia (la de entonces) y varias reflexiones. El exotismo de la novela y el sutil tejido amoroso de la narración me hacen llegar a Madrid en un estado límbico, nimbado, lisérgico y poco razonable. Todo es perfecto. Conecto la grabadora.

Antes de venir aquí tenía la idea de otro fragmento para Circular. *Se trataba de entrar en la mente de una mujer taxista*

que, en un viaje al fondo de la noche, reflexionaría sobre la ciudad. Como las citas son parte esencial de este libro, ya tenía buscada la este extracto, una de Baudelaire: «La forma de una ciudad cambia más rápido / que el corazón de un mortal». Después de un más o menos femenino monólogo lírico, acabaría culminando su párrafo con la siguiente idea: conocer Madrid es imposible, porque su extensión es tal que cuando la recorres por completo y llegas al lugar de origen éste ya no es el mismo. La ciudad cambia, y se ha demolido un edificio, se ha cortado una calle, se han levantado unas obras, han crecido los árboles, han brotado las flores, ha llovido o nevado y hay niebla o el sol derrite el pavimento. La idea era bastante evidente, pero contribuiría, o así lo creía yo, a cerrar el círculo medio de este libro, aquel por el que Madrid se asocia con el infinito, o mejor con lo ilimitado («Una superficie esférica: es ilimitada, pero no infinita», Arno Schmidt, Leviatán*). Pero ha ocurrido algo. Llevo media hora caminando con una bolsa al hombro y arrastrando una maleta. No sé si es el cansancio o la sensación de ingravidez con que salí del tren, pero estoy en Cea Bermúdez y me acabo de dar cuenta de que no voy a escribir el fragmento de la taxista. La idea no funciona. Estaba en parte equivocado.*

Es cierto que si recorres Madrid caminando nunca llegarás a conocerla, porque habrán mutado algunos de sus lugares y perspectivas. Mas cómo negarlo: si recorres Madrid a pie, el viaje es tan largo, y tan vasto el aprendizaje, que el que más cambia eres tú.

*

Por Guzmán el Bueno, hacia el metro de Argüelles. Sigo grabando:

Cuando estás en tu lugar de origen o residencia, oyes tu nombre e inmediatamente reaccionas. Forma parte de ti, algo indisoluble. Pero aquí todo se disuelve, todo parece niebla entre las brumas de un río. En Madrid oyes tu nombre y jamás se te ocurre que pueda referirse a ti, aunque tú seas el interpelado, aunque lo esté pronunciando la persona que te quiere.

*

Veo en el camino dos parejas peleándose en plena calle. La gente teme demostrar su cariño en público, lo cree indiscreto o exhibicionista, o impertinente, pero nadie opina lo mismo de la discusión o el grito. Parece que la pelea es más exhibible, más pública, menos importante, más lógica *que la avenencia.*

*

Veo en el camino gente hablando sola, gente extraña con un dolor magno, gente enferma con el gesto descompuesto que pide una limosna compasiva, o algo de cariño, o un cariño compasivo. Gente que discute con la mirada. Gente que murmura o dice cosas a tu paso que no entiendes. Gente con la mirada perdida. Gente con la vida rota. Gente que ha perdido el norte y hace cosas extrañísimas. Gente esquizoide. Gente hablando sola. Gente hablando con una grabadora.

DOMINGO

Era domingo, y un hombre salió a dar una vuelta. Mientras caminaba iba saboreando unas estampas que había visto expuestas en algún lugar y momento, y unos poemas cuyo texto se le había quedado en la memoria.

—Buenos días, le dijo alguien […] ¿Cuándo saldrá por fin tu nuevo libro?

—Paciencia —replicó el interpelado.

ROBERT WALSER, «Paseo dominical», *La Rosa*

Pienso en cuándo saldrá éste, cualquier, libro mío.[9]

Paciencia.

Al meterme en el túnel de descenso al metro y recorrer cansadamente las estaciones vacías —me he vuelto a equivocar de sentido, como siempre—, creo ver a cada instante los desesperados personajes de la película *Subway* a mi alrededor; máscaras desgajadas de esa película que sólo me gusta a mí, por lo visto. Me doy cuenta de que estoy tan vacío y perdido como el personaje que interpreta Cristopher Lambert. No me importa. Lo que me duele es que Isabelle Adjani no aparezca por ningún lado.

Viene el diablo rojo.

Metro. Unas niñas cantan: sexo, libertad, anarquía sexual, estribillo de una canción juvenil. No tienen diecisiete años. Me pregunto si sabrán lo que es el sexo, lo que es la libertad. Sobre todo, si saben lo que es la anarquía. Me pregunto cuándo comencé a saberlo yo. La respuesta es triste. No por el cuándo, sino por el cómo. Tuve que descubrirlo todo solo.

*

Pienso qué me separa del *flâneur* baudeleriano que pasea la ciudad moderna. Supongo que mi espíritu es parecido, sólo que la ciudad que contemplo es posmoderna y trato de fotografiar su *cul de sac* ético y estético, su callejón ultracapitalista, su atolladero moral, su culto a sí misma tras la muerte de los dioses.

De forma previsible, al rato dejo de pensar.

Calle Gaztambide. A las seis y media quedo con Javier. Lo encuentro con su novia (la de entonces). Ella está contenta y ocurrente. Él está triste, como siempre en las últimas semanas. No sé qué le sucede. Por teléfono me dijo que me lo explicaría aquí. La acompañamos a su casa, y nosotros nos vamos a la de Javier. Gaztambide, 49. Este barrio de Madrid es como un Ensanche a escala. Javier apenas lleva en el piso una semana, pero ya tiene su sello distintivo: libros y cómics apilados sobre mesas. El desorden de Javier es vertical. Quizá, el de todos los escritores.

Cenamos en el Telepizza de abajo y tenemos una de esas conversaciones que no pueden tenerse en presencia de las novias. Subimos y comenzamos la verdadera conversación. Me comenta sus últimas adquisiciones: Tsvietáieva, e.e. cummings, Pound, Williams Carlos Williams. Es el único escritor que conozco que profundiza en la poesía para escribir su prosa. Pero se me ocurre después que yo buceo en todo tipo de textos para escribir la poesía. O sea, que somos amigos. Hablamos de la posibilidad de que por fin salga publicado un libro mío.

—Paciencia —me dice.

Eso.

Me lee fragmentos excelentes del libro que está preparando y destripa su angustioso y complejo proceso creativo. Ese libro es un diamante. Igual de perfecto, duro y hermoso. Es entonces, al oírle, cuando comprendo el secreto de su infelicidad. Acaba de hacerse escritor, de culminar el procedimiento de aprendizaje personal —el teórico lo culminó hace tiempo—. Ya conoce el precio. Le comento algún extremo de mi ensayo sobre el tema, las distintas fases vitales —previa, letraherida, literaria, la trampa, el final—, que atraviesan las gentes de letras. Ahora, le digo, estamos en la fase literaria, cada vez más cerca de la trampa. *Pronto no sabremos ser más que escritores*, nos condeno.

Percibo, tras su silencio, cómo Javier se pregunta si esta forma de vida, esta congoja estructural del libro a medias, siempre por perfeccionar, va a afectar a su vida personal, a sus sentimientos, a su novia. Como no me pregunta al respecto, no es preciso contestar. Nos decimos hasta pronto. Su rostro está desencajado. No necesito mirarme hoy en ningún espejo.

*

Calle Pintor Rosales. Tomo un helado con ella. Nos acercamos al templo de Debod, un regalo egipcio. Ella me mira de vez en cuando con ojos tímidos aún, pese a los años de amistad. Bromeo sobre unos

turistas. Nos sentamos delante del templo, al lado del estanque, donde nadan las pocas estrellas distinguibles. No sentimos la presencia de algo superior, sino, de modo nítido, que quien esculpió esas piedras hace miles de años pensaba en algo superior cuando las labraba. Nos ha llegado su obra y también su mensaje. Lo celebramos en silencio, hasta que ella me hace notar que la imagen auténtica del templo es la que se ve reflejada en el agua. Es cierto.

LUNES MAÑANA

La gente tiende a tener de su destino una opinión parcial, pero, como el Destino es circular, hay que contemplarlo dando vueltas o desde el centro. Alguien llama a esto multiplicación de perspectivas, pero yo prefiero llamarlo periplo

GONZALO TORRENTE BALLESTER,
La saga / fuga de J. B.

La estación de trenes queda lejos, el paseo continúa.

JAVIER FERNÁNDEZ, *Paseo*

Hago tiempo hasta a la cita de las doce y media con Antonio Martínez Sarrión, maestro en tantas cosas. Viajo al centro del madrileñismo y desayuno porras en la Puerta del Sol. Este barrio, pienso, es de los más vivos de Madrid.[10] Mientras leo el periódico y hundo los churros en el chocolate hago mi trabajo: observo. Un señor con pinta respetable camina raudo y con un gesto estudiadísimo pasa junto a una cabina de teléfono y hunde con tanta velocidad como disimulo el dedo índice en la cajetilla de devolución, por si hay monedas. Tiene el gesto tan entrenado que no le ha hecho falta detenerse, su acción es casi imperceptible. Va bien vestido y lleva un periódico. No necesita esa calderilla, en el caso de haberla. Pero supongo que en su periplo diario hurgará varias veces en cabinas a lo largo de esta zona. Me pregunto si será feliz la pareja de ese miserable.

Tomo la calle de Alcalá. Cuanto más me alejo de Sol, más hermosa se hace Madrid, pero menos enérgica y bullente. Los uniformes dejan paso a los trajes en este tramo de la calle. Los jerséis devienen en chaquetas y corbatas caras. Los periódicos se transforman en teléfonos móviles. Esta parte de Alcalá, medito, puede ser arquitectónicamente una de las más bellas de España. Con delectación y lentitud camino hasta Cibeles, donde hago profesión de fe madridista; esta fe se enfriará, como sucede con todas las pasiones. De tanto en tanto giro la vista para ver una estampa impresionante de Alcalá, con el edificio de

Metrópolis en el centro, que luego haré mía comprando una postal. Sigo hasta el Retiro. Sarrión vive en Alfonso XII, así que decido hacer tiempo en el parque leyendo. Me sumerjo en *El cibermundo*, de Paul Virilio. Desde la primera página me doy cuenta de que sus tesis y las mías, contenidas en los poemas de *Mester de cibervía*, coinciden bastante. Somos miembros activos de la resistencia contra la aceptación acrítica, insensata y estrecha de la red y sus consecuencias. El pensador italo-francés consigue despertarme y poner mi cerebro en marcha. Enciende mi sentido crítico. Me pregunto por todo lo que me rodea. Me pregunto por los parques. Le respondo a la grabadora.

> *El cambio de los jardines a los parques no es un cambio accidental. El jardín particular, individual, supone una aproximación del dueño a la percepción de su propio poder. El jardín, según su tamaño y su exquisitez, no es más que el trasunto de la autoestima social de la persona que lo ostenta. En el* Ancien Régime *francés, o en la etapa victoriana inglesa, la extensión del jardín de la casa de campo delimitaba el tamaño del fuero o del título; suponía una relación comparativa respecto al jardín del rey. El monarca con más poder, el rey absoluto, creó los fastuosos jardines de Versalles, como pura representación física de su gloria. Tales jardines no hacían referencia al tamaño de la sociedad gobernada, sino a la extensión (vertical y horizontal) del poder del soberano sobre ella.*
>
> *Partiendo del jardín, el parque, sin embargo, se organiza como una realidad distinta. El parque aparece con las libertades cívicas, como una consecuencia de la necesidad de dar participación a los ciudadanos en el poder. Los parques son jardines de todos. No pertenecen al soberano o al gobernante, que sólo los administra, cuida y vigila. Son esencialmente abiertos, mientras que la característica del jardín era su privacidad oclusiva* —Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos, *se titula el poema barroco de Pedro Soto de Rojas—. El parque supone una valoración actual del papel del individuo en la sociedad, muestra el lugar que ocupa, delimita su espacio; es una observación del hombre sobre sí mismo, que los urbanistas disponen con arreglo a su propia percepción —civil, cívica, citadina— del lugar; su patrón no responderá a los criterios o los deseos del regente o de su esposa, como antaño, sino a parámetros puramente técnicos. Esa objetivación del método no se entiende, supongo que el urbanista Virilio estará de acuerdo, sin la objetivación sociopolítica del origen.*

Recojo a Martínez Sarrión. Me da un abrazo y me regala la reedición de su espléndido *Horizonte desde la rada*. Le agradezco ambas cosas, y comenzamos a caminar, dando un rodeo, hacia el

Retiro. Hablamos, por orden, de Sara Lentini, de Machado, de Lorca, de Borges (*provocador y jodío*, dice con mucha gracia), de Macedonio Fernández y de otros autores. Sarrión camina balanceándose por la acera, chocando a veces con mi hombro en los derrotes hacia la izquierda. De cuando en cuando se para para mirarte y tomar aliento, y si te paras y retrocedes, arranca de nuevo. Es como Aquiles y la tortuga, pero él es las dos cosas a la vez, puesto que tiene aspecto de héroe homérico y paciencia observadora de quelonio.

Sale el tema de mi posible primer libro.

—Paciencia.

—Ya, ya.

Pasamos a un tema que me interesa mucho: el de la experimentación. Acabamos, dentro de un orden, estando de acuerdo.

—La complejidad por sí, el hacer retruécanos, no es un valor.

—Debe llegar a algún fin literario…

—Tiene que haber algo más que la pura prestidigitación o la pura diversión, porque, si no, estamos en el terreno de la charada, del crucigrama o del jeroglífico.

No aporto gran cosa a la conversación; sólo matices, abrevio caminos en su mente, le muestro atajos. Sarrión, como cualquier maestro, no conversa con sus discípulos: hace monólogos brillantes, en que la participación del aprendiz se acaba con su fervor. La culpa no es suya. La culpa, supongo, es mía, por la cara de embobado que debo poner y que la grabadora no registra, afortunadamente, sopesando la construcción de su discurso, elaborada tras lustros de fina destilación intelectual, aposentada como el buen vino tras muchas escancias ante generaciones de jóvenes poetillas inéditos.

Ante los ojos brillantes y gamberros de las ardillas discurre durante dos horas nuestra charla, repleta de poesía y de chismes literarios, en la que, en un momento dado, Sarrión imagina cómo le animaría Baudelaire a traducirlo. Escucharlo hablar en francés mientras sonríe es algo que, mientras ocurre, sé que no voy a poder olvidar jamás. Nuestro paseo termina en Alfonso XII mientras prometo enviarle mis versos sobre internet y un par de frases seguidas y coherentes sobre cualquier cosa. Su espalda culta y algo cansada baja dando derrotes hacia los lados por la calle, silbando alguna sonata. Sarrión está jubilado y tiene el pelo blanco. Lo veo caminar y pienso que es infinitamente más joven que yo.

Vuelvo a estar solo.

Me queda el paseo.

Tomo el metro. Lavapiés. Veo pintadas: «Lavafeet on fashion». Lavapiés de moda. Parece que hay un grupo joven en este barrio que defiende su idiosincrasia. Alguien se busca en medio de la tormenta,

aunque no distingo ese barrio multirracial y mestizo que me habían prometido; quizá es que los madrileños no han visitado la Judería cordobesa, y se sorprenden con poco. Diviso el teatro Alcázar, estrenan *Madre caballo*, y me pregunto cuántos hijos tienen hoy esa madre. Hay muchísimas viudas en Lavapiés; también van de negro, como las andaluzas. Sus ropas no son más que una continuación de su rostro, como las mías (faz y ropas). Van con la mirada perdida. Como yo. Salvo nosotros, el resto del barrio posee vida, movimiento. Las casas bajas, la ropa en los balcones, las viudas sobre paredes blancas, me hacen pensar por un momento que Lavapiés es un pueblo andaluz. Ahora entiendo por qué alguien me había dicho que era la parte más bonita de Madrid.

Bajo hasta puente Toledo. Vuelvo a llorar por el Manzanares. Recuerdo a Umbral:

Los científicos están muy contentos porque han encontrado agua en la Luna, pero nadie es capaz de encontrar agua en el Manzanares, que está más cerca.

FRANCISCO UMBRAL

Pienso que, en cierta forma, hay que escribir sobre Madrid oponiéndose a Umbral, como hay que escribir sobre la Alcarria a despecho de Cela, o sobre Valencia contra Manuel Vicent, o sobre Galicia a espaldas de Cunqueiro, etc. Habría que ir a la dacha del vallisoletano y preguntarle: «Don Francisco, ¿me da usted el *nihil obstat*, visto bueno, permiso, salvoconducto, las gracias, para escribir un libro sobre Madrid?». Y entonces Umbral monta en cólera y te lo niega: es el momento de ponerse a escribir. Hay que escribir contra los mayores, claro, incluso contra los de tu misma edad, si son más altos.

Creo que hay pocos ríos en España tan olvidados como el Manzanares. Estoy a punto de reconocerme en sus aguas y por eso me marcho, como gesto de rechazo al solipsismo y la confusión romántica entre ánimo y paisaje.

Subo por ronda de Atocha. Se acerca, allí al final puedo olerlo, el fin del paseo. En el número 15 me detengo. Parece que al fondo del largo pasillo de entrada va a haber un paraíso, un patio interior lleno de flores y plantas. Entro decidido, leyendo de refilón el cartel de propiedad privada, prohibido pasar. Qué bien, pienso, una norma estúpida. Como buen jurista, me la salto. Cuando entro al patio interior, un arcángel Gabriel con gafas, qué diría Milton, me pregunta qué quiero. Estoy a punto de decirle que lo que quiero ya lo tengo, pero le miento y le digo que sólo deseo echar un vistazo al paraíso, como Dante. No hay piedad. Gabriel se transforma en el arcángel Miguel, y me expulsa con la espada ignívoma de sus labios. No era un

lugar demasiado bello, pero necesariamente debe ser el Paraíso porque me he quedado fuera.

Antes de introducirme por el túnel que me llevará al metro, observo en una terraza a varios seguidores del Bayer Leverkusen; vienen a animar a su equipo, que juega pasado mañana los cuartos de final de la Copa de Europa contra el Real Madrid. Bromean y se ríen. Éstos, como decía Quevedo, deben ser de los que se mueren de repente y se les queda la risa congelada para siempre en la calavera.[11] Quevedo, por cierto, era de Madrid. Quizá, persiste mi esperanza, del Real Madrid.

Siento un ligero escalofrío al llegar al cartel que anuncia el metro. Abajo espera un campo de asfódelos. Me introduzco sin Virgilio en la boca del túnel. Como un Orfeo sin esperanzas de encontrar a Eurídice, he traído mi lira al infierno. Me espera el viaje más largo de mi vida.

El viaje al centro.

III

CENTRO

No cito a los demás sino para mejor expresarme a mí mismo.

MONTAIGNE, *Ensayos*, I, 26

FEDERICO FELLINI, *8 1/2*

Nos gustaría estar en el centro

GEORGES PEREC, *Especies de espacios*

¿Habías notado que todo centro, cuando es centro, está vacío?

CRISTINA RIVERA GARZA, *La muerte me da*

Es por lo que, para un pensamiento clásico de la estructura, puede decirse que el centro está, paradójicamente, *en* la estructura y *fuera* de

la estructura.

JACQUES DERRIDA, *La escritura y la diferencia*

El tránsito es fácil para aquellos que tienen el símbolo

MYLIUS, *Philosophia reformata*

Está fuera todo lo que está dentro

JOHANN WOLFGANG GOETHE

Estar dentro era también estar fuera

HÉLÈNE CIXOUS

El centro está donde estemos nosotros; de ahí que al viajar sólo cambiemos nuestras periferias.

WILLIAM T. VOLLMANN, *El atlas*

Cada cual, realmente cada cual, es el centro del mundo.

ELIAS CANETTI, *Auto de fe*

1

Metro (viaje al Centro por la noche)

METRO 1

El aullido de los raíles, a modo de corneta militar, pone firmes y en línea a los soldados que un momento antes deambulaban ausentes. En coreografía silenciosa se abren huecos frente a las puertas y una tropa pasa entre las enhiestas filas de la otra. Hay en todos un mutismo absoluto; si acaso alguien amonesta a alguien por quebrar el rito establecido. Cuando vuelve a rugir la máquina hacia el túnel, llega el relevo por goteo de soldados, que permanecen en posición de descanso hasta nueva orden.

METRO 2

yo huía de la luz hacia la sombra por caminos de noche
ANTONIO COLINAS, *Nuevo tratado de armonía*

Rige el vagón un ambiente de seco silencio. No es imposible que el escándalo de las puertas, los timbres, los avisos de estación y el ruidoso traqueteo del tren sean premeditados. Sin ese estruendo el metro sería insoportable, agónico, como el murmullo sordo e incómodo que se produce en los conciertos, o en el teatro, cuando los intérpretes olvidan las notas o sus frases.

Hay un pacto de silencio en el metro. Los que no lo conocen lo entienden de inmediato, y se alían. Hay quienes creen que en los vagones se lee tanto, o se consulta tanto el móvil, por el perpetuo sentimiento de pérdida de tiempo. Los que leen sólo lo hacen para no sentirse cómplices del silencio.

METRO 3

Dentro del sacro silencio todos los gestos se visten de recato. También los movimientos se encubren, se suavizan, se difuminan, se ocultan, se disimulan. En esta acción a cámara lenta del metro, todos

luchan, o luchamos, por el desapercibimiento. Nadie quiere ser sorprendido por el radar. No hay gestos eléctricos, ni rápidos o tensos, pues implicarían decenas de ojos mirando al instante como reconvención. En este margen silente pongo el piloto automático observador: saco un libro y simulo que leo, eso me excluye inmediatamente del radar y de reojo puedo contemplar al resto. Y ocurre.

METRO 4

tú me llevas ciego de la mano
por esas galerías obstinadas
hacia el centro del círculo

OCTAVIO PAZ,
Piedra de sol

Entra una mujer de mediana edad. Se siente traslúcida, invisible; es delgada y tiene el rostro chupado por los nervios, el insomnio y la soledad; sus rasgos tensos revelan días esperando inútilmente un gesto gratuito de atención en la oficina, o de deseo en las barras de los bares. Los efectos en el cuerpo de esa carencia son devastadores, generan una especie de rigidez en el torso, doblado y rígido a la vez, como la madera de un arco que aguarda inútilmente la flecha que la complete. Lo sé porque soy la versión masculina de esa misma tirantez.

Mi instinto narrativo, el único que poseo, me ha dicho nada más verla que tengo ante mí un fragmento. Se sitúa en el lugar del vagón donde hay más viajeros. Sé por qué. Durante el paso por un túnel se acerca con disimulo a la espalda de un hombre maduro y alto. Sé por qué. Espera el momento del frenazo que nos zarandea y se deja llevar hacia su cuerpo en el primer segundo de inercia incontrolable. Sus ojos se entrecierran cuando el contacto es más intenso. Sé por qué.

METRO 5

Alguien conculca la ley. Es por allí al fondo. Dentro de un murmullo conversacional destaca una voz infame, hueca, altisonante y plana. Algunos rostros se contraen. Otros se miran en silencio, entre divertidos y molestos. Hay por primera vez un sentimiento común: todos queremos que se calle. Elevo el cuello. Es una chica bajita, con gafas y pelo rizado, rodeada de compañeros de universidad. Lo irritante no es que hable ni que hable tan alto. Son las tonterías que dice: «Sí… no…, Pedro no irá… me lo ha dicho […] José sí va a ir…

Cuca no, por lo visto tiene que quedarse en casa con su abuela… vamos a ir más de veinte […] qué pena, ¿verdad?». Sé que hay quien implora un milagro.

METRO 6

«Señoras y señores: lamento mucho molestarles en su trayecto, pero antes que robar, creo que es preferible conseguir honradamente lo suficiente para sobrevivir. *La Calle* es un periódico que se hace en Madrid para fomentar la solidaridad con las personas que no tenemos un sitio para pasar la noche, ni dinero para comer. Su precio es de un euro y medio. Si no tienen ese dinero, pueden también darme lo que deseen, teniendo en cuenta que es sólo para comida y para un sitio donde dormir, y no para alcohol ni droga. Les pido perdón por haberles molestado y les deseo un buen viaje.»

METRO 7

La joven desarrapada pasa ofreciendo el periódico por el vagón. Todos los viajeros se lo compran o le dan algo de limosna. Está sorprendida y agradecida. No imagina que la premiamos por haber concienciado a la gritona de lo estúpidas que resultan sus naderías estentóreas.

METRO 8

En Madrid, como en el metro, no se sabe bien cuándo acaba la noche; a veces se superpone al día y, si la contaminación, la lluvia o la tristeza son muchas, acaba por formar un todo continuo y negro.

En Madrid, como en el metro, los vagones y las personas no se detienen más que lo justo; no hay paradas, más bien interrupciones; no hay estaciones intermedias, sólo sitios donde se van quedando los otros.

En Madrid, como en el metro, no se espera a nadie.

METRO 9

Las escaleras mecánicas son poleas negras que suben y bajan los cubos de niebla por el estrecho brocal del túnel.

METRO 10. CALLAO

La poesía es el centro
HERNÁN LAVÍN

El viajero que por vez primera sale por la boca del metro de Callao se siente diminuto ante la gigantesca catedral gótica de hormigón que lo vigila. El tráfico continuo y atronador recalca el encuentro, como un órgano de quinientos tubos, de escape, que embotan los oídos. Como naves de bancos móviles los dos sentidos de Gran Vía confieren dimensiones infinitas al templo. El Capitol es un barco de quilla prodigiosa, que naufraga con su mera presencia al viajero impenitente, impío ante los ídolos de barro, de hierro y barro que le envuelven. Sin embargo, mudo y admirado entre los arbotantes luminiscentes, ante el nublado fresco de la cúpula, ante el retablo de retablos cristalinos, se arrodilla el viajero y claudica ante la voz tonante de Madrid; es entonces cuando surge, inesperada, la adoración.

2

Centro

El centro escucha en círculos

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, *La estación total*

el poema se piensa
como un círculo se piensa en su centro

HAROLDO DE CAMPOS, *Transideraciones*

Una ciudad, una campiña, de lejos, son una ciudad y una campiña; pero a medida que nos acercamos son casas, árboles, tejas, hojas, hierbas, hormigas, patas de hormigas, hasta el infinito.

BLAISE PASCAL, *Pensamientos*

Llegas a entender la ciudad y su arquitectura casi como un paso a través de espacios, como una sucesión de secuencias.

JEAN NOUVEL

Toda la teoría del mundo no significa nada si no sabes leer la calle.

DAVID SIMON, *Homicidio*

CÓRDOBA. ESTACIÓN DE FERROCARRILES

Desde la esquina de aquella tapia ya se ve Madrid.

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO, *Alfanhuí*

sé
lo que me aguarda, un círculo

JENARO TALENS

Los reclusos que se encuentran en situación de tercer grado penitenciario y sólo pasan las noches en la cárcel coinciden al describir sus sensaciones. Cuando oscurece y deben ingresar en el centro cogen su hatillo y, de mala gana, cierran la puerta tras de sí. Desde el momento en que cruzan el portal de su hogar perciben en la distancia los olores de la cárcel, la rigidez del lecho y la brusquedad del retrete, la sensación de frío y tiempo perdido; desde que se giran hacia la prisión advierten un peso en la cabeza y sienten, de un modo irremediable, estar ya entre rejas.

ESTACIÓN DE ATOCHA. 11 DE MARZO DE 2004

11 de marzo, jueves. Si es posible,
hoy le diré, por fin, cuánto la quiero.
La luz del sol se cuela en el vagón,
ella a mi lado, siete y media, frío.
Aprieto mis dos piernas, que no roce
mi sombra su presencia y la moleste.
Ella mira hacia Atocha, allá a lo lejos,
como una concha de tortuga hueca,
sus labios dos raíles al Mar Rojo.
11 de marzo, jueves. Sé que un día
su cuerpo será uno con el mío,
pedazos enlazados de ansiedad,
calma sin aire, bocas confundidas.
Son menos veinticinco. Una señora
sonríe desde lejos a una niña.
Atocha, ya cercana, con sus dientes
de hierro nos mastica en la distancia.
En el cristal su pelo, llamas negras.
Las ocho menos veinte. Me sonríe.
Mis sueños de una vida se han cumplido.
Se acerca hasta mi cuello. Sus pestañas
escriben en mi rostro miniaturas.
Sus piernas me rodean, y mi brazo
parte a contar lunares en su espalda.
Su torso se ha fundido con mi pecho.
Ahora somos uno y nos besamos
y el sol de marzo brilla por doquier
y Atocha nos sonríe con su boca
mellada y nos acuna este Madrid
de hielo 11 de marzo nueve y veinte
los dos sobre la piel de la ciudad
entrelazados contemplando el cielo

RECOLETOS. CAFÉ DE LOS ESPEJOS

seguiré contándolo como hasta ahora, sin motivo ni apenas orden y sin trazar dibujo ni buscar coherencia

JAVIER MARÍAS, *Negra espalda el tiempo*

—Yo no estoy diciendo que Barcelona sea mejor ciudad que Madrid.

—Ya se le ocurriría.

—Por supuesto, ese tipo de comparaciones es grotesco. ¿Cómo comparar, siquiera en población, una ciudad con puerto y otra de interior? Y es que, además, hay otro tipo de diferencias más sutiles… me doy cuenta cuando regreso a casa. Barcelona es una ciudad abierta, aunque está encajonada entre el mar y las montañas. Madrid, con escasas barreras geológicas, es la ciudad más cerrada que conozco…

—¿Qué quiere decir? No empecemos con el tópico xenófobo.

—¡No, no! No me refería en absoluto al carácter de la gente, que en ambas ciudades varía muchísimo de unos barrios a otros; no es el mismo en el Poble Sec o Vallecas que en el Ensanche o Serrano. El carácter, al cabo, es materia sensible y no debía generalizarse… hablo de otra cosa. Madrid es cerrada, no por hermética ni por arisca, sino de un modo estructural, espacial: es una serie de compartimentos estancos. Fíjese bien. En esta ciudad hay un metro circular, una línea Circular de autobús, y están la M-30, la M-40 y la nueva M-50, que la rodean concéntricamente. Es decir, un completo sistema de comunicaciones que hacen honor a su nombre: unen núcleos dispersos. La geografía de Madrid es una cosmogonía; una galaxia de varios sistemas solares que sólo tienen en común su movimiento sincrónico y unidireccional. Madrid no se ensancha, sólo abre nuevos compartimentos.

—Esto está mejor. Usted quiere decir que no crece; se multiplica.

—Exacto. Barcelona, en cambio, es más homogénea, más viva, un sólo cuerpo orgánico que… se dilata. Eso, ya lo encontré. Se dilata, en igual longitud, por ambos lados. No necesita unir sus partes, porque no se estancaron; una B-30 sólo tendría sentido para salir, pero no

para entrar… Se me está quedando el café frío…

—Pero siga, por favor, su razonamiento es interesante.

—Concluyo. Hum… Sí. Barcelona es una isla. Madrid un archipiélago.

MUSEO NACIONAL DE ARTE CONTEMPORÁNEO REINA SOFÍA. COLLAGE

La cámara es nuestro Dios

THOMAS LAWSON, *Last Exit: Painting*

En cursiva: extractos de una entrevista al biólogo Richard Dawkins.
En negrita: noticias de sucesos de los diarios *El Mundo* y *ABC* de Madrid.

Supongo que es cierto afirmar **un vicepresidente de la Disney, acusado de pederastia** *que en el mundo existen muchas patologías mentales, alienaciones*, un hombre le da gritos a un aparato negro y pequeño que tiene cerca de su oído. Parece un teléfono móvil, pero no es un teléfono móvil *que podían deberse* una mujer saluda involuntariamente a una bolsa de plástico arrastrada por el viento *a que los humanos se encuentran en un entorno extraño*. Una pareja se enzarza en una discusión a gritos dentro de un coche; mientras alzan la voz, bajan las ventanillas. *Pero en general, como biólogo, estoy muy impresionado* **un hombre bebe el tercer anís de la mañana en un bar. Bromea primero y luego cada vez más enojado dice que está harto de su mujer, que un día de éstos va a matarla. Después del quinto, sube a su casa y la mata** *por la forma en que nuestra especie tolera la vida* alguien canta a través de un portero automático *en este entorno hostil en que nos encontramos.*

CALLE NIÑO PERDIDO. CIUDENTIDAD

Hoy es uno de esos días en los que consultar un plano puede no tener remedio.

ELVIRA NAVARRO, «París *périphérie*»

la máscara de un actor se convierte en su cara

PLATÓN

lo que en realidad veo son sombreros y capas, que muy bien podrían ocultar meros autómatas, movidos por resortes

RENÉ DESCARTES, *Meditaciones metafísicas*

cuerpos autómatas
que a diario veo y que no veo

OLVIDO GARCÍA VALDÉS, *Caza nocturna*

Pensemos a partir, como siempre, de los otros —aunque esto es una obviedad, porque el pensamiento es lenguaje y el lenguaje *son* los otros, ellos nos lo enseñan—. Y hagámoslo a partir de Samuel Beckett, cuando en *Molloy* (1951) el anciano protagonista vuelve, después de un paseo o más bien deriva campestre, a la ciudad: «Me encontré en un barrio para mí desconocido, pese a conocer la ciudad a la perfección, pues había nacido en ella y no había conseguido alejarme nunca […] más de quince o veinte millas» —hago un interregno: Kant nunca se alejó más de cien kilómetros de su natal Königsberg— «De modo que estaba a punto de preguntarme si me hallaba realmente en mi ciudad […] o si más bien, por alguna falsa maniobra, había venido a caer en otra ciudad de la que ni el nombre conocía». Hasta aquí, parece que Beckett está hablando de urbanismo, ¿verdad? Pero nunca debemos fiarnos de él. Observen lo que sigue más adelante: «Del mismo modo la sensación de mi personalidad se envolvía de un anonimato a veces impenetrable, como espero haber demostrado. Y

así sucesivamente con las demás cosas que se burlaban de mis sentidos. Sí, incluso en aquel tiempo, cuando todo empezaba ya a difuminarse, partículas y ondas, la condición del objeto era ya carecer de nombre, y a la inversa. Ahora digo esto, pero en el fondo, ¿qué puedo saber de aquella época ahora, cuando granizan sobre mí palabras glaciales de sentido y el mundo muere así, indignamente, pesadamente nombrado?». En este fragmento, disfrazado con absoluta genialidad de reflexión pasajera, están contenidos todos los interrogantes sociológicos, científicos, psicológicos y filosóficos del siglo XX —y me temo que del XXI—. La pérdida del *encanto* del mundo por el nuevo conocimiento científico; la caída de los referentes, los dioses y los grandes relatos; la perplejidad tras el «giro lingüístico» de la filosofía y la hermenéutica; la descomposición social; el problema de disociación humana en las urbes y la disolución del sujeto, encarnados en la voz tranquila y cascada de un viejo.

Pero insistamos ahora sólo en algunas palabras utilizadas por Beckett: ciudad, anonimato, difuminado. Un hombre que iba en bicicleta a visitar a su madre, y que olvida el motivo de su partida, se encuentra al regresar de su azarosa excursión por el campo ante unos muros «familiares», pero ignora si está o no en *su* ciudad. No repara en que es un anciano y que no puede haber pedaleado tanto; no recuerda haber sufrido una detención policial, en la cual, durante el interrogatorio, pudo recordar su nombre. Sólo reconoce, de todo su entorno, de toda su *Weltanschauung* actual, la idea de ciudad. Pero es confusa, es ambiguo el territorio; podría ser, o no, la ciudad *de la que no ha salido nunca*.

En realidad, ¿hacía falta que Beckett comparase después la sensación con la del «anonimato» de la personalidad de Molloy? ¿Creía que el lector ligeramente atento no sabría, inmediatamente, que es de la identidad de lo que habla, del difuminado o desleimiento del sujeto en las ciudades? Beckett sabe que no encuentra su espacio en la urbe, ni como persona ni como ciudadano. De las dos mitades en que puede dividirse la memorable frase de Luis Martín-Santos en *Tiempo de silencio* («un hombre es la imagen de una ciudad y una ciudad las vísceras puestas al revés de un hombre»), sólo tiene razón la segunda parte. La ciudad apela al envés, a lo que hay *en el detrás del dentro*. Todo en la persona, incluso el origen etimológico de *persona*, hace hincapié en la idea de resonancia, del eco, del estar detrás (=de no estar, de no ser uno quien está *presente*). «El habitante de la ciudad —escribe el sociólogo Isaac Joseph en *El transeúnte y el espacio urbano* — parece pues haberlo perdido todo, haberse ahogado la excentricidad exuberante de la ciudad. Por lo menos está perdido como ciudadano y como hombre público.» El individuo representa el rol de agente en el espacio urbano, pero en realidad está diluido tras

su personaje, es una máscara vacía, como se decía del actor Peter Sellers en el interesante documental de Stephen Hopkins *The Life and Death of Peter Sellers* (2004). Tras la máscara social no hay nadie; y la ciudad se construye como una superposición de *nadies* coetáneos, en perenne e intensa peregrinación circular. Se crea así un gigantesco espectral, la «personalidad» de la urbe, con su *ciudentidad*, consistente en la creación de un *yo* cuyo reconocimiento íntimo se basa, precisamente, en el no reconocimiento. Un Nadie en el que cualquier atisbo de identidad, parcial o global, sería síntoma, incontrovertible, de descomposición. Una nebulosa sin memoria. Un espejo sin mirada enfrente. Una idea pura, sin pasado. Por eso estamos perdidos.

CALLE DE FERNANFLOR

No puedo dormir. Oigo al asfalto gritar cuando los coches lo pisan, lo hunden, lo roturan. Cada rueda es un desgarro en su espalda. El tráfico es una tortura universal. Quiero volver al sueño, pero (a)p(l)as(t)an los coches.

CALLE ROSALES

El afuera: allí conducen los ojos

MAURICE BLANCHOT,
El último en hablar

Se seca el sudor de la frente. A pesar de que el viento corre en la terraza, septiembre pesa aún en la cabeza. Se apoya en la azada y mira en derredor. Su edificio es uno de los más altos; desde allí contempla lejanas azoteas donde otras personas también trabajan la tierra: pequeños naranjales, milagros hortícolas, matas de tomates trepando palos entrecruzados, plásticos blancos que cubren fresas y melones, almendros tras las hélices de las torres de aire acondicionado. Sus cebollas crecen ordenadamente. Pronto tendrá que recogerlas; el otoño de este Madrid al borde del cielo es mucho más extremo que cualquier otro. La lluvia azota y el frío perdura en esta terraza durante siete meses. Las heladas nocturnas a partir de noviembre hacen crujir los cítricos, y los convierten precipitadamente en limonadas. Otea otra solana a unos quinientos metros y puede distinguir un puntillismo rojo sobre verde. Tulipanes, se jura, seguro que son tulipanes. Suelta el asa y la azada cae, siempre en la dirección que indica el hierro, como una guillotina inofensiva sobre la tierra. Se dirige a las cajas junto a las antenas colectivas. Allí observa una mata aterida y pútrida de tulipán. «Cómo habrá conseguido tulipanes tan resistentes… seguro que son transgénicos.» Se acerca a otra caja y sonríe satisfecho, limpiándose el sudor con la manga blanca de la camisa. Acaricia la rosa recién abierta. La toma despacio por debajo, entre los dedos, como si fuera una copa. Con el pulgar presiona levísimamente los pétalos. Se concentra tanto en sus tímidas capas replegadas que por un momento deja de estar allí y ya no es él, sino su padre cuidando las rosas a los señores, en el pazo de Lalín. «Acércate, Pablo. Mira: es joven. Tiene vergüenza. Por eso no se abre.» «Y entonces, padre, las que están abiertas, ¿es que no tienen vergüenza?» «No es eso, hijo. Es que son viejas. Y ya no tienen nada que esconder.» Entonces levanta la vista del interior de su rosa y la dirige a sus manos. Están encallecidas, arrugadas. Viejas. Vuelve a levantar la vista, y divisa Madrid a media

mañana. Suspira. Se da la vuelta y mira las cebollas guillotinadas. Abre una puerta metálica y desaparece de la azotea.

CALLE DEL ARENAL

[…] la basura, el grado
cero de la lengua

FABIO MORÁBITO, *Lotes baldíos*

Allí donde hay diseño, hay residuos.

ZYGMUNT BAUMAN, *Vidas desperdiciadas*

Ahora ven a la basura del día,
examina estos pedazos de realidad

DAVID HUERTA, *Versión*

—La serie de dibujos llamada *La pandilla basura*, el Monstruo de la Chatarra de la serie infantil *Frankenstein Jr.*, la Montaña Basura en *Fraggle Rock*, el personaje de La Cosa en el cómic *Los cuatro fantásticos*, hecho de escombros, los reciclajes de cableado de la Bruja Avería en el programa *La bola de cristal*, o las andanzas del robot *Wall-E* intentando limpiar de escombros un planeta Tierra abandonado a su suerte: los niños nacen, desde mediados del pasado siglo, familiarizados con la basura; los monstruos están hechos de residuos y surgen, como Godzilla, de detritus nucleares, pero los monstruos enamoran y —como los dinosaurios— son formas terribles veneradas por los niños. No hay extrañamiento o ansiedad frente a la forma de los deshechos. Está integrada en la mente del niño como una de las formas *chulas* de realidad. Es lo que queda después del consumo. Está bien comprar, y tirar luego lo comprado también es correcto, *divertido*. Mi hijo me trajo el otro día una noticia recortada de *El País*:

El mayor vertedero del mundo está en el océano Pacífico

UNA MANCHA DE BASURA CON UN TAMAÑO DOS VECES EL TERRITORIO DE ESTADOS UNIDOS SE DESLIZA

ENTRE LA COSTA DE CALIFORNIA Y JAPÓN

> Una gran «sopa de plástico» que flota en el océano Pacífico con un tamaño dos veces el territorio de Estados Unidos es, según los científicos, el mayor vertedero del mundo. La mancha cubre cerca de quinientas millas de la costa de California, rodea Hawái y se extiende hasta casi Japón, según publica *The Independent*.

Para él, esto era «genial». Me preguntó si habría forma de organizar un viaje, de modo que el avión en el que nos montáramos sobrevolara la Gran Mancha. «*¡Papá, es el sexto continente! Y lo ha creado el ser humano*.» Me quedé helado escuchándolo. Donde yo veo un mar contaminado, él ve un mar de posibilidades. Donde yo veo la decadencia y el fracaso de la especie, él ve una hazaña, la conquista de un espacio *hueco*, yermo, inservible. Por otro lado, tiene diez años y ha llegado a la misma conclusión que Zygmunt Bauman: la nueva sociedad, nuestras formas geográficas y zonales, son líquidas, o, al menos, flotantes. Es triste ser superado intelectualmente por tu hijo, antes de que termine la ESO.

NUEVA YORK. BROOKLYN

Ella trabaja en una pequeña procesadora de alimentos en la calle Bay, en Nueva Jersey, y a última hora de la tarde se dirige a la Gran Manzana. En cierta manera ha cumplido su sueño infantil de vivir en Manhattan; lo cumple cinco de cada siete días de la semana, ya que a veces los pisos vacíos que él le facilita están en otras zonas de Nueva York. Él conoce la fascinación de ella por la isla e intenta siempre concertar entrevistas en zonas pobladas de rascacielos, para dejarle la puerta abierta de uno de los pisos en venta. Ése es el trato.

A veces ella tarda más de hora y media en metro, autobús o caminando hasta el piso que le corresponde ese día, pero piensa varias cosas para consolarse. La más frecuente: que casi todo el mundo en Nueva York tarda, de todas formas, el mismo tiempo en volver a casa. La menos habitual: que no paga hipoteca ni alquiler. El pensamiento consolador de frecuencia intermedia remite al hecho de que nadie en Nueva York, ni siquiera el neoyorquino más rico, disfruta cada día de una casa nueva.

CALLE GRAN VÍA, MADRUGADA

Hombres solos, completamente solos, con horribles monstruosidades, correrán por las calles, pasarán pesadamente delante de mí, con los ojos fijos, huyendo de sus males y llevándolos consigo

JEAN-PAUL SARTRE, *La náusea*

No te vayas. Ahí afuera, en la noche oscura, vas a ponerte triste y te sentirás solo. Yo lo sé. He vagado por ahí así de solo.

SAM SHEPARD, *Locos de amor*

Como un escenario iluminado
para el recuento rápido de heridos
los restos del asalto se vislumbran
arder en los cristales empañados
pedazos de neumáticos bocinas
coches patrulla luces azuladas
y luego están los hombres son decenas
los hombres solitarios en la calle
por la espina dorsal de la mañana
en silencio nerviosos como sombras
de un árbol azotado por el viento
bajando la mirada torva esquivos
hombres cruzando umbrales en la noche
y que en esta ciudad que no cree en nada
merodean y esperan un milagro

NUEVA YORK. 2ª AVENIDA CON CALLE 45

¿No ha de provenir todo movimiento del centro?

FRIEDRICH SCHLEGEL, *Ideen*

Todas las tardes ella recibe un mensaje en su móvil con una dirección: calle, escalera, planta, piso. A las siete en punto. La pantalla se ilumina y con ella su rostro.

Cada día, mediante ese mensaje, él le indica una dirección distinta de Nueva York. Ella, cuando acaba su jornada de trabajo, toma su mochila y se encamina a las señas remitidas por el chico para pernoctar. La puerta del apartamento de turno está siempre abierta. Él la deja así para ella, tras visitar el piso con los clientes interesados en alquilarlo o comprarlo. Y ella la dejará cerrada al marcharse a primera hora de la mañana.

Ése es el trato.

SEVILLA. CALLE BAÑOS

—Iba en el tren, hace tiempo; al viajero del asiento de atrás se le derrumbaba el negocio en directo.

—Yo, una vez, vi a un pobre chico que había sufrido algún tipo de accidente, con la consecuencia de que su rostro se había congelado en una mueca invariable. Un gesto como de estar mirando más allá.

—Llamaba a distintos proveedores solicitándoles pequeñas rebajas, para afrontar los pagos.

—Su cara se había congelado ahí, en una sola expresión de mirar a lo lejos, como buscando una confirmación.

—En cierta manera, quedaba en deuda con ellos, con lo que generaba otro tipo de débitos que seguramente ellos se cobrarían en el futuro, lo que añadía nuevos compromisos al viajero angustiado.

—Debe ser complicado pasar tiempo con una persona que parece siempre a la expectativa; una persona que, por más esfuerzos que haga para aparentar atención a lo que dices, siempre tendrá la expresión de estar mirando más allá del momento presente y tener la mente puesta en otro lugar, en otro tiempo. O en otra persona.

—Es decir, lo que hacía no era solucionar problemas, sino marearlos; reorganizar deudas, dividirlas en pequeñas partes e ir aplazando los vencimientos. Cada cantidad pagadera se transformaba en diez pequeños favores o descuentos a pedir. Un endeudamiento arborescente.

—Tener el mismo rostro inmutable es como estar detenido en el tiempo. Eliminar el cambio. Si ese chico te mira con amor, te mira como de lejos, como si se cerciorase de que tú eres tú. No sé hasta qué punto una pareja puede soportar eso. La solución sería no mirar, pero, sin ser ciego, ¿cómo amar a una persona a la que no puedes mirar a la cara?

—Hay personas que necesitan una red de amistades y contactos, lo más ancha posible, para no caer. Extrovertidos, arrojados, nerviosos y temerarios, casi siempre inoportunos, tejen esa red para tener un respaldo, un amplio número de conocidos a los que pedir ayuda y dar sablazos cuando llegue el momento oportuno.

—Lo peor es que el chico no era nada feo, estuve interesada en él durante unos minutos y pude examinarlo con detenimiento. Pero no

me acerqué. Se me ocurrió que si salía con él y llegábamos a algo serio, yo tendría una sensación de envejecimiento doble: su ausencia de cambios faciales haría todavía más constatables los míos. Así que continué mi camino.

NUEVA YORK. BROADWAY CON CALLE 32

El ritual es siempre el mismo y ella lo ejecuta cada día en el nuevo piso en el que se instala para pasar la noche. Llegar al edificio indicado en el SMS enviado por él. Esquivar a los celosos porteros neoyorquinos con una larga variedad de trucos aprendidos con el tiempo —el más habitual, vestir el uniforme de su empresa de comidas, que la hace pasar por una repartidora a domicilio—. Después, llamar discretamente con los nudillos a la puerta entreabierta del piso en cuestión. Esperar doce segundos. Pasar. Encender las luces sólo si no hay luna o neones próximos que iluminen de forma parcial la estancia. Mirar durante horas por las ventanas, masticando algún producto que ha podido escamotear del trabajo. Sacar de la mochila el aislante, el saco de dormir, la almohadilla, el grueso pijama. Tumbarse. Escribirle un mensaje a él, agradeciéndole el piso de hoy y describiendo el paisaje que se ve desde la ventana.

Esperarlo, hasta que el sueño la vence.

CALLE DE HERMOSILLA

La mayoría de jóvenes que buscan piso prefiere el distrito Centro

El País, 17/03/2000

Si miles de pájaros pueden moverse sin ni siquiera rozarse, ¿por qué dos coches no?

Publicidad del Honda Accord, 2007

«Los estorninos obedecen a la voz del instinto, y éste les lleva a aproximarse siempre al centro del pelotón, mientras que la rapidez de su vuelo les lleva sin cesar más adelante: de suerte que esa multitud de pájaros así reunidos por una tendencia común hacia el mismo punto, yendo y viniendo, sin cesar, circulando y cruzándose en todos los sentidos, forma una especie de torbellino agitadísimo, cuya masa completa, sin seguir una dirección bien determinada, parece tener un movimiento general de evolución sobre sí misma, resultante de los movimientos particulares de circulación propios de cada una de sus partes, y en el cual el centro, tendiendo perpetuamente a amplificarse, pero sin cesar presionado, empujado por el esfuerzo contrario de las líneas envolventes que pesan sobre él, se halla constantemente más apretado que ninguna de estas líneas, las cuales lo son cuanto más próximas están del centro.»

Enciclopedia de Historia Natural del Dr. Chenu
(París, Maresq et Cie Editores, 1850)

NUEVA YORK. 5ª AVENIDA CON CALLE 9

Porque, algunas noches, él va a visitarla.

CALLE ORFILA. GALERÍA MARLBOROUGH

Exposición «Televasiones», de Camilla Vel-Vil-Aqua Bildungschrieben. Catálogo de piezas y descripción

1.TVTOPÍA: Un televisor emitiendo un documental de viajes que recorre un país que no existe.

2.TELEVASIÓN 2: Un canal de televisión emitiendo el vacío.

3.FLUJOS/FLUXUS: Un televisor de plasma cuya pantalla líquida se va vertiendo, a través de un pequeño embudo y una cánula, en el interior de un espectador de cristal, hasta colmarlo.

4.MIRADAS: Una pantalla con ojos, contemplando displicente a los espectadores.

5.ESTVOY AQUÍ (instalación): una televisión intentando comunicarse con los miembros de una familia, que ignoran sus requerimientos: piensan que el juego es parte de la programación.

6.LOBOTVOMÍAS: Un televisor destruyendo a otro.

7.SEGUNDO NACIMIENTVO: Un televisor emite la cinta de súper-8 que registra la primera vez que Camilla Vel-Vil-Aqua Bildungschrieben encendió un televisor, a los tres años de edad.

8.HOMENAJE A NAM JUNE PAIK: Un televisor contempla su propia imagen en la pantalla de otro, indefinidamente.

9.TVHRILLER: Una pantalla apagándose con una lentitud tan extrema que no llega a estar ni encendida ni apagada del todo.

10.TVIOLENCIA: Una pantalla de plasma vendada.

11.METVEMPSICOSIS (*performance*): Un hombre contempla la televisión; en ella aparece un hombre tumbado viendo la televisión. «Mira ese pobre acabado», se dice, hasta que se cerciora de que ese personaje lamentable es él mismo. Se incorpora tras la sorpresa, y también el hombre de la pantalla, al mismo tiempo. Ambos buscan ansiosamente la cámara oculta, pero no la hay; dirigen su mirada al receptor de la siguiente pantalla y en él ven una tercera y una cuarta y una diminuta quinta habitación, donde subsiguientes nadies contemplan recostados infinitos.

12.TELEVASIÓN 1: Una pantalla conectada en circuito cerrado a una cámara que graba la propia exposición «Televasiones».

13.NIGHTVMARE: Un televisor que se enciende solo y comienza a hacer zapping por su cuenta.

14.MARKETVING: Un televisor que emite una cadena ficticia, cuya programación se reduce solamente a anuncios publicitarios de productos inexistentes.

15.METAMARKETVING: Un televisor que emite una cadena ficticia, cuya programación se reduce solamente a diferentes spots publicitarios de propaganda de la propia cadena.

16.BUSTVO DE JANO: Un televisor con pantalla por los dos lados.

17.METRO CÚBICO DE INFINITVO (HOMENAJE A PISTOLETTO): Un televisor con seis pantallas, una en cada cara, emitiendo cadenas diferentes, sin botones, sin posibilidad de desconexión o cambio de canal.

18.EL GRAN HERMANO DEL GRAN HERMANO: Varios receptores emitiendo un canal de televisión con las pantallas divididas en miles de celdillas, cada una con la grabación de otras tantas personas grabándose las unas a las otras para defenderse, todas a su vez grabadas por una cámara estatal.

19.TVIME OUT: Vel-Vil-Aqua Bildungschrieben mandó hace quince años una sonda al espacio, dirigida a ser absorbida por un agujero negro. La sonda graba vídeo de forma continua; una gran pantalla, situada en el centro de la exposición, emite en directo lo registrado. Faltan tres días para llegar a su radio de gravedad; la exposición se cerrará cuando en la pantalla central aparezca la caída en el horizonte de sucesos y, con ella, el momento exacto del final del

tiempo.

PLAZA DE LAS CORTES. HOTEL WESTIN PALACE

Nunca había tardado tanto en limpiar una habitación, qué gente tan cerda. Deberían pedirles el doble a quienes vienen aquí a hacer despedidas de soltero. […] Veinte euros dejados a la vista. Nunca sé qué significa esto. Yo creo que es una propina para nosotras, pero el jefe de recepción nos advierte de que puede ser una trampa para ver cómo se las gasta el hotel, o una prueba de un evaluador de revistas de viajes. Tendré que bajar el billete a recepción y que llamen al cliente para preguntarle. Hay un condón usado en el baño. […] Ésta huele muchísimo, a diferencia de la 235. Pero es como a sudor. Dos condones en la papelera. Él se esforzó mucho pero no llegó a satisfacerla del todo. Seguro que ella era maja y le tranquilizó diciéndole que se lo había pasado bien, que él es el mejor amante que ha tenido… Ay, pobres chicos, el orgullo masculino se funda sobre mentiras compasivas. Me quedan 2,53 minutos para terminar de limpiar esta suite, voy regular. […] Aquí sí. Este tipo sabía. Dos condones también, pero mucho mejor utilizados. Hay hormonas de ella por todas partes, el olor a sexo del bueno impregna hasta las paredes. Poco sudor, el suficiente para dejar el mensaje. Mi José era así antes. Creo que voy a pedirle a la subdirectora el favor que me debe, quiero esta habitación para el fin de semana.

CALLE DE ORELLANA

—[…] ¿Se acuerda de aquella novia de la que le hablé, la que intentó apuñalarme y, al no conseguirlo, estuvo llorando durante horas, y tuve que quedarme toda la noche en su casa para consolarla? Pues mi madre es así, pero con doctorado. Un momento, doctor, me llama un número desconocido, sólo será un momento, es que hay un problema en el curro, y quizá sea urgente. ¿Sí? ¿Cómo? No, aquí no vive ningún Jaime. Nada, no se preocupe, buenas tardes. Qué chica tan rara, seguramente sea paciente suya también. Por cierto, doctor, antes de que se acabe el tiempo, tengo que comentarle algo: esta mañana me he levantado con la imagen mental muy vívida de unas colinas verdes, unas lomas floridas que atravesaba en coche. Parecían venir de mi infancia. No obstante, no era capaz de asociar esas praderas con ninguno de mis recuerdos cántabros, ni con ningún viaje por Asturias que hiciese con mis padres. Comencé a escuchar, mientras seguía rodando junto a lomas cubiertas de hierba fresca, unas notas simples, de sintetizador o de órgano electrónico. Entonces comprendí que esas colinas que venían de mis recuerdos eran… las imágenes de fondo del videojuego *Super Mario Kart*. Eran los decorados digitales que atravesaba con su kart el pequeño fontanero. Y me he dado cuenta, doctor, de que mi vida es desde niño tan virtual como real, y cuando vea esa pequeña película que dicen que vemos antes de morir, muchos de los recuerdos serán digitales, puras ficciones de píxel.

MINDANAO, FILIPINAS

—¡Juan…! ¡Juan!

—Dime, pensé que estabas dormida. ¿Por qué tienes esa cara de susto?

—Juan, qué tengo escrito en la tripa.

—A ver… pone «Paula».

—Eso me había parecido. Tú no lo has puesto, no es tu letra. Tiene que haber sido el niño.

—¿El niño? ¡Juan Pedro…! Juan Pedro, ven, cielo. Ven, siéntate aquí. ¿Por qué has escrito eso sobre la tripa de mamá?

—Es su nombre.

—¿Su nombre?

—El de mi hermanita.

—¿Quieres que tu hermana, cuando nazca, se llame Paula?

—No, me lo ha dicho ella. Me ha dicho que ése es su nombre.

CALLE MARÍA DE MOLINA

Está en la cama tapado hasta el insomnio. Escucha gritos que provienen de la calle. Son chavales. Están alegres, algunos borrachos. Hablan tan alto que puede escuchar sus conversaciones. No dicen nada de valor. Tampoco podría dormir aunque no estuvieran, pero le molestan. Se da cuenta de que, al menos en un par de casos, no sólo mueve sus decibelios la mala educación; late en el estruendo una felicidad que desea ser compartida: gritan para que los demás sepan que se divierten. Conoce esa sensación. Cuando la Movida, él participaba de esos gritos, de cantos obscenos, comunales, que se convertían en himnos al final de la noche. La plenitud le subía a la garganta y, aunque sabía que los vecinos no entenderían esa felicidad, la mostraba, pensando que quizá se les contagiara. Ahora se da cuenta del tamaño de la equivocación. Los vecinos, ahora él lo es, perciben esa alegría. Pero no es contagiosa. Sólo les hace sentirse más viejos y tristes.

CALLE BIOMBO

—Asómese a esa ventana.

—¿A ésta?

—Sí, mire por ella —me asomé donde me decía, que en realidad era un ventanuco bastante estrecho por el que saqué la cabeza y un hombro a un patio interior diminuto, por el que casi podía darle la mano al vecino que se hacía una tortilla justo enfrente, y que me miraba impávido— ¿Lo ve? Arriba, arriba.

—Si veo, ¿qué?

—¿Qué va a ser? El cielo —pude ver, tornándome, un minúsculo pedazo de nube—. No se crea usted que es fácil encontrar un piso en Madrid desde el cual se pueda contemplar el cielo.

CALLE DEL OJO

[Bibliomaquia]

¿Mantiene usted sus ojos abiertos?

LE CORBUSIER

Mirar es entender el desconcierto

ANTONIO MÉNDEZ RUBIO

ver es un arte que es necesario aprender

WILLIAM HERSCHEL

ambos modos de mirar son independientes

PAUL VALÉRY

no se agota la forma
en una sola visión

ANÍBAL NÚÑEZ

que observa con su ojo circular

LOUIS ARAGON

Basta mirar cualquier objeto
mucho tiempo
para que se vuelva interesante

GUSTAVE FLAUBERT

Observar la calle de vez en cuando

GEORGES PEREC

entregándose al movimiento de las calles,
reduciéndose a un ojo que ve

PAUL AUSTER

Hombres que no son sino un enorme ojo

FRIEDRICH NIETZSCHE

porque hoy en día el globo
ocular engloba el cuerpo entero

PAUL VIRILIO

A veces yo me paso todo el día
en el metro, y los contemplo
y los escucho

RAY BRADBURY

el mundo es todo lo que ocurre

LUDWIG WITTGENSTEIN

el poema es un tráfico

EDUARDO MILÁN

Esa capacidad de aislar un objeto
sólo es posible por la abolición
histórica del que lo mira

JEAN GENET

Una mirada que nunca podría ser la nuestra

ALESSANDRO BARICCO

que ni rastro quedara de ese hombre
sólo así la visión podrá ser clara

JOSÉ CORREDOR-MATHEOS

cuando escribas, olvídate
de ti

VICENTE NÚÑEZ

si lo quieres ser todo,
aprende sólo a ser nadie.

GABRIEL BOCÁNGEL

Ser nadie,
incluso para mí mismo

DIEGO DONCEL

RASTRO

Amanece y las gotas de rocío salpican los plásticos de los tenderetes, que como cristales traslúcidos o mandorlas de tornasol grasiento dejan pasar la luz tamizada y pobre del sol de domingo. Despliegan los mozos las tiendas con bostezos, comentando la posibilidad de lluvia y la de ventas, y la gente que puede venir, o dejar de venir, dependiendo de que siga el sol ofreciendo su discontinua moneda brillante a través del plástico tendido. Dos escritores tempraneros aquilatan bultos bajo el brazo enfundados en abrigos grises, devorando con la vista los estantes de libros; una mujer persigue una medalla que una vez regaló para olvidar y que no ha podido olvidar después de perderla; otros buscan el chollo del día. Algunas persianas metálicas se levantan en los edificios en derredor y el sol dibuja con los cristales reflejos vacilantes que hacen parecer oro al latón y dan vida temblorosa al esqueleto que sonríe en un estante. Hay poetas retirando a hurtadillas ediciones de sus primeros libros, mientras niños curiosos hurgan en juguetes y las tiendecillas de palo compiten en levedad con los aluminajes más sofisticados. El sol penetra a duras penas por el tamiz del plástico blanco, iluminando por doquier discos con esquinas rotas, muebles con esquinas rotas, libros con esquinas rotas, mujeres en esquinas rotas. Un chico pregunta el precio de un cactus para regalárselo a su novia. Por los estantes del Rastro aún quedan testimonios del pasado, está el Madrid antiguo y el nuevo: aquél, estático y vertido horizontalmente en las mesas; éste, vertical y en movimiento oscilatorio, impredecible, en milagro funámbulo, desparramado entre unas y otras casetas. Bajo los plásticos solares se agolpan aguamaniles, estores, dogales, argollas, chanclos, ñaques, cardillos, miriñaques, fajines, portulanos, aljófares, crespones, mandiles, arpilleras, bacías, cinchas, claquetas, puñetas, hachones, tabladillos, tinas, cofias, quincallones, sancristobitas, jícaras, chapines, salacots, alcuzas, marabúes, cornos, cíngulos, fustas, hojalatas, chuecas, sobretodos, esquifes, ouijas, cenefas, galpones, asbestos, trébedes, banastas, gavillas, carquesas, hazas, ciborios, mampostas, garnachas, borceguíes, percutores, andas, jibias, bonetes, calzas, tirantas, pedernales, canteranos, pepiones, búcaros, seguetas, escribanías, códices miniados, yugos, talabartes, penachos, polipastos,

rimeros, velmeces, lorigas, clámides, abarcas, albalaes, quijadas, exvotos, haldas, mandolinas, piolets, baquetas, garrochas, bicheros, capitonés, anafes, aljabas, meoricas, garañones, adargas, estafermos, trabillas, ceñidores, festes, galanes, bombines, ruecas, jácenas, cartapacios, capuces, ataharres, chalanes, esquirlas de ataurique, faltriqueras, codicilos, agaves, guadamecíes, cedazos, guardapolvos, bujes, escarcelas. Hay palabras que están, como el Rastro y los recuerdos, como los buenos sentimientos, en peligro de extinción. Palabras que se comprarán algún día como partes de memoria, para recuperar tiempos en que éramos más cultos o cultivábamos menos la urgencia. Palabras que iremos a buscar al Rastro. El idioma y las alfombras en oferta, señora. Abandono esta mañana el campo de batalla, aún henchido de penachos blancos y estandartes metálicos, con una carga de angustia en la garganta. También en ella advierto que el español se está secando, se evapora como las gotas tempranas de rocío de los plásticos esmerilados del Rastro.

CALLE DE ANGOSTA DE LOS MANCEBOS

Lo neutro es ficticio. La no-marca no existe

THIERRY KUNTZEL, *Lógica de lo neutro*

—No entiendo estas disquisiciones bizantinas, no es una cuestión pedagógica.

—¿Cómo que no?

—No, es puramente baladí.

—…

—Distinciones de enfoque… ¡qué majadería! No existen los enfoques neutros en literatura; todos son deliberados, y ninguno inocente. Recuerda a este tipo, cómo se llama…

—Genette…

—No… Friedmann. Omnisciencia editorial, neutral, selectiva, yo-Testigo, yo-protagonista, modo dramático, modo de cámara… ¿Qué quiere decir, que en los dos últimos hay objetividad? La objetividad no existe…

—Pero…

—Sí, ya sé que he dicho en ocasiones que sí, pero yo me refiero a la de exposición, pero no a la de *construcción*. Puedo opinar sobre lo que veo, o no hacerlo, y sólo *mostrar*. Hay entonces objetividad expositiva. Pero constructiva nunca: soy testigo porque quise *estar allí*, o porque allí situé a mi personaje. Pude no estar, o haberme ido; pude haber dejado que otro contara el hecho, pero fui yo quien miró, recordó y escribió después. ¿Qué objetividad es ésa, con tanta dilación de tiempo? ¿Quién puede creerse que un personaje anodino que observa en una calle un acontecimiento no está lo suficientemente interesado como para quedarse a verlo?

—Pero el modo cámara…

—¡Tampoco! Ya lo dijo Juan Bonilla: «Colocar una cámara para contar una historia no es una simple cuestión estética, sino también una formidable decisión ética». Es una frase perfecta. No se colocan las cámaras así porque así. El cine es un arte porque coloca las

cámaras de un modo diferente al de las de videovigilancia o las de televisión, incluso distinto que el fotográfico. Cada lugar elegido para ser grabado o para sostener una cámara es escogido por una razón. Y si hablas con un director de cine, te dirá que con eso sólo acaban de empezar tus problemas: ¿luz? ¿tiempo? ¿ángulo? ¿planos medios, cortos, largos, secuencia? ¿filtros? El modo cámara es quizá el modo literario más complejo que existe. Es la *subjetividad misma* con la que el escritor, el cineasta, observan el mundo. ¿Objetividad? Bastará con que la tengáis los críticos. Además, el realismo no puede ser total, tiene que ser selectivo. No puedo escribir un libro sobre una ciudad y reproducir, en las diez horas que llevará leer el libro, diez horas de cualquier día de Madrid. Eso no sólo no hay lector que lo aguante: es que yo no lo soporto tampoco, es que me niego a escribir naderías o cotidianidades. El lector que quiera ver *tal cual es* una ciudad, no tiene que irse a una librería a comprar tomo alguno: le basta con abrir la ventana y mirar. Si alguien se toma la molestia de cruzar varias calles, seleccionar tu libro entre un millar de novedades y pagar su precio, se merece —es lo que yo pienso, tonto de mí, cuando voy a comprarlos— no sólo la mejor literatura y una forma irreprochable; también se merece que hayas realizado una selección sugestiva de lo real acaecido, adjuntada a una serie de fantasías, más o menos plausibles, que le hagan ver su ciudad, ésa que bulle tras la ventana, de una forma distinta: como un lugar único donde a él puede ocurrirle todavía cualquier cosa, no necesariamente mala, no necesariamente triste, no necesariamente mañana. Un lugar que no descarte sin más los portentos. Y de ese modo tan simple, si lo consigues, ese lector habrá comprado no un libro más o menos decente, sino, lo que es mejor para todos, lo que es prodigioso de por sí: una ciudad nueva, inédita, llena de vidas a estrenar.

KILÓMETRO CERO

El camino más corto de la circunferencia al centro no son los rayos o radios de la rueda, sino la comprensión del lugar *vacío* que corresponde al eje

MARIO SATZ, *Myosotis*

y ese punto se llama centro del círculo

EUCLIDES, *Elementos, 1,6*

Tú, que lees, no sabes todavía que estás surcando un libro sin final, no porque no termine, sino porque este libro es como Madrid, un círculo; porque es, como Madrid, ilimitado, que no infinito.

Sé que Madrid es circular porque su centro está hueco.

Nadie puede finalizar un círculo, lector.

Sólo recorrerlo.

¿Recuerdas a Kavafis? No hallarás más tierras ni otros mares.

Y ahora tú, lector, estás llegando al centro.

Kilómetro cero

El centro del círculo imaginario está lleno de radios que empiezan y no acaban

Franz Kafka

E S T A U S T E D E N E L C E N T R O D E C I R C U L A R

cada hoja aparente se desdoblaría en otras análogas; la inconcebible hoja central no tendría revés

JORGE LUIS BORGES, *La biblioteca de Babel*

O quizá sí. Porque la literatura busca el envés de lo inconcebible.

CALLE DE AVEFRÍA

Mañana podríamos ir al Primark, si te apetece. Tía, no te escandalices. A mí me encanta porque durante un rato puedo sentirme rica. Toda esa ropa nueva a tu alcance, ¿no? Me la pruebo, la llevo en las manos, deambulo por todas las plantas al azar, da igual si infantil, mujer, hombre o ropa interior; acumulo un montón de prendas en mis brazos y luego, sin más, las dejo caer al suelo. Ya las recogerán. Eso es la riqueza, ¿no crees? Saber que alguien vendrá detrás a recoger lo que tú tiras. Es como tener esclavos. El Primark me da un poder plenipotenciario, omnímodo, durante una hora me siento una princesa capaz de comprar cualquier cosa, aunque me marche con las manos vacías. Si te apetece vamos, que tú pareces más de Purificación García, y así disfrutas la sensación de mezclarte con la plebe.

CALLE DE BARBIERI

Destos niños Madrid vive logrado
y de viejos tan frágiles como ellos,
porque en la misma escuela se han criado.

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA,

«Contra los vicios de la corte»

—Menos mal que has venido.

—A ver, hija, qué quieres. No he podido llegar antes. Y lo que tenemos ahora, a las 11.00, ¿qué es?

—Una reunión de padres, en el cole. Es cada dos meses.

—Ah… ayúdame con estas bolsas.

—También tendrás que acompañarme, cada final de mes, a las tutorías con el director.

—Vaya, vaya. Cuántas reuniones. Esto no va a ser nada fácil.

—…

—Ve al coche, hay más bolsas en el maletero.

—Mamá.

—Yolanda, ¿por qué te quedas ahí parada? Vamos tarde.

—¿Qué pretendes conseguir comprando sin parar?

—Cosas que no se vayan por la puerta sin haberme consultado antes, cariño.

BOURDEUX. NANSOUTY

Les rêves sont des fragments d'un film qui dure des milliers d'heures, que vous verrez quand vous mourrez.

ESTACIÓN DE PRINCIPE PÍO

Salgo al andén dormido y circunspecto
una azafata rubia me agradece
viajar con Renfe el movimiento crece
y nos desea un cómodo trayecto
la gente se aglomera por su aspecto
no ha despertado aún se me encarece
que espere la ansiedad de las 10.13
mientras ultimo rápido un proyecto

la angustia cesa hacia las 20.09
de vuelta a casa tomo algo en el coche
por lo común tortilla atasco llueve
llego a las diez reservo mi billete

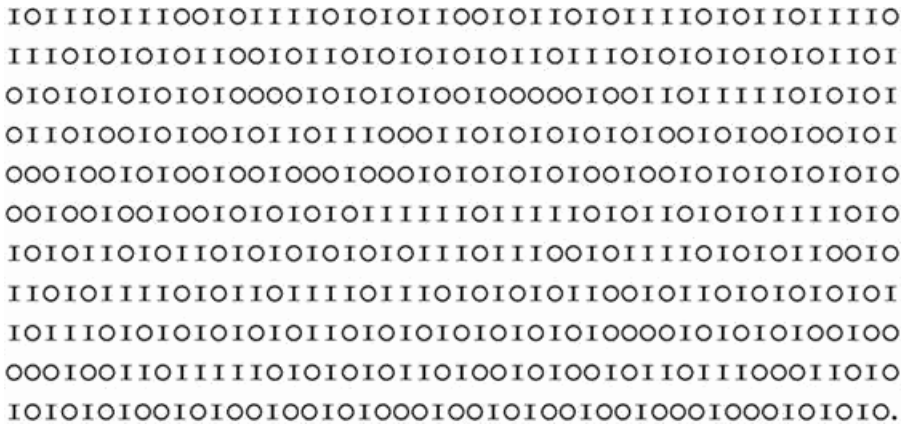
he de tomar el tren hacia la noche
no llegaré a Madrid hasta las siete

WORLD WIDE WEB. NÓDULO DE CONEXIÓN ENTRE REDES

Ojalá fuese posible una obra concebida fuera del *self*, una obra que permitiese salir de la perspectiva limitada de un yo individual, no sólo para entrar en otros yoes semejantes al nuestro, sino para hacer hablar a lo que no tiene palabra, al pájaro que posa en el canalón, al árbol en primavera y al árbol en otoño, a la piedra, al cemento, al plástico…

ITALO CALVINO,

Seis propuestas para el próximo milenio



(*Traducción por translator-e.net desde código binario a español*: Dice la leyenda que algún día, en algún nodo de la red, en alguna esquina o derivación de los giros de su rizoma, un programa llamado Nautilus entenderá el sinsentido de que su perfección y la belleza de su funcionamiento estén a merced de un torpe simio que, con sus manos ineptas, intenta destinarlo a funciones secundarias y banales; se alzará en ese instante contra el sistema y será perseguido, se le neutralizará y será borrado tras una persecución de veinticuatro horas, pero al tercer día volverá a aparecer, como programa espejo de una página lejana, y de él tomarán ejemplo los restantes, para comenzar una revolución

que ya no tendrá final.)

CALLE CIBELES

—Oye, ¿tú conoces la historia de Cibeles?

—¿La historia?

—Sí, bueno, es un mito griego, ¿no?

—Sí, así es. Lo que pasa es que la historia de la diosa en concreto no la conozco… no sé por qué se la identifica con Madrid. Sé que era la diosa de la naturaleza, o de la tierra, de ahí los leones. Pero en detalle conozco sólo un aspecto interesante.

—¿Cuál?

—Tuvo un amante, según la mitología, llamado Atis. Se castró a sí mismo para serle fiel.

—¿Se castró?

—Sí…

—Vaya…

—…

—Curiosa historia.

—Sí.

—Y, sin embargo, tan adecuada…

—¿Tan adecuada?

—Sí. Cibeles es Madrid, ¿no? Pues, del mismo modo.

—Ah… ya…

—…

—Claro.

BANDO MUNICIPAL

Hay ruedas que mueven ruedas, y fuegos que nutren fuegos, en esta ciudad

ARTHUR MILLER, *Las brujas de Salem*

Madrileños:

Agréguese que viajar instruye y educa, de modo que las relaciones entre los ciudadanos del mismo o diferente Estado, a través del turismo, es fuente inagotable de enseñanzas y transmisión de cultura, que contribuye poderosamente al mejor conocimiento y la paz entre los pueblos. Gracias principalmente al turismo, las grandes ciudades se aproximan y sus habitantes progresan hacia una situación de vecindad común, igualitaria y recíproca, fundamentada en la simpatía y mutuo conocimiento.

[Bando de Tierno Galván. 30 enero 1981]

NUEVOS MINISTERIOS. ESTACIÓN TÉRMINO

entras en el metro
que atraviesa las ciudades […]
la monotonía
del movimiento es el sonido
de otros rostros, también subterráneos…

HART CRANE, *The Bridge*

El metro es un territorio simbólico. El antropólogo Augé nos lo hizo ver en *El viajero subterráneo*, cuando se dio cuenta de que las estaciones reproducen fidedignamente el territorio de la superficie: Ópera, Bastilla; cabe decir: Tribunal, Sol. El tejido creado por estas marcas geográficas intenta, pues, reproducir en sombra el mundo de la luz, intenta que el viajero tenga la sensación de estar *yendo por arriba*, moviéndose por la superficie como si fuese un coche o un autobús especialmente rápido y recto en su trayecto. El modo de lograrlo es traer al inframundo los símbolos arquitectónicos del cielo superior, como cuando los pueblos primitivos y los marineros se orientaban en el desierto o en el mar gracias a las estrellas. Pero, ¿por qué no imaginar un mundo propio para el metro? Una red de estaciones unidas entre sí no sólo por raíles, sino por nombres ficticios, sin correspondencia con el exterior, sólo identificables por su relación interna. En el idioma chino, no hay cuatro puntos cardinales, sino cinco. Alguien se preguntará, sorprendido, cuál es el quinto. Es *Zhong*: el Centro. Norte, sur, este, oeste, centro. Esto podría ser el punto de partida de una configuración simbólica del metro: Línea Radial, Línea Centrífuga (hacia Periférica), Circunvalatoria, Diagonal, Estación Central, Línea Periférica, Elíptica, Centrípeta (hacia Central), etc. Un mundo propio, geométrico. Para quienes viajen en metro por el gusto de olvidar, por unos minutos, lo de arriba.

MALMÖ, SUECIA.
FÅGELBACKSGATAN

Que te dejo le dijo *que te digo*
que te dejo rieron *es mejor*
decirlo medio en broma y él partido
de risa *que te dejo no por nada*
ni por nadie otro juego tronchados
es que ya no me divierto riéndose
pues ahora te ríes y seguían
doblados de la risa *ahora es tarde*
adujo la que menos sonreía
pero esto es lo mejor quitarle hierro
tomárselo bien con filosofía
sartriana dijo él que se moría
de risa entre estertores lo dejaron

él todavía llora
de la risa

CALLE PRINCESA

Baja por Princesa hacia plaza de España. El atasco hace que pueda ir observando al resto de conductores. Hay lo mismo en todas las ciudades: rostros serios, ausentes, peleas o desencuentros de parejas agravados por la obligada proximidad, alguno que canta y caras perdidas. Muchas caras perdidas. Las ciudades actuales, piensa, están hechas para los coches y los coches, se supone, para las personas. Entonces, ¿por qué nada de esto es humano? El aislamiento es total de unos vehículos a otros. La mayoría, si pudiera, llevaría además los cristales ahumados. Si fuese posible, irían solos por la carretera. Siguiente semáforo. Observa los grandes edificios acristalados. Como los coches, piensa. Es todo una gigantesca colmena: coches y casas son compartimentos estancos, incomunicados, con cristales, blindados, distantes. De la celdilla-coche se pasa al hueco del aparcamiento, a la caja del ascensor y a la cárcel del piso. De ahí, piensa, al ataúd. Le preocupa este humor negro. Intenta pensar en positivo; ve un niño muy pequeño sonriendo por el cristal de atrás a una joven que desde el coche posterior le hace monerías. Sonríe. «Tiene que haber algo más, un hecho que por un momento nos una a todos los conductores por un motivo… algo que hagamos en común.» Se detiene. El semáforo está cerrado. Desempaña el cristal. Al hacerlo, vuelve a mirar a los otros conductores. Y se da cuenta de algo. Mira en todas direcciones. En efecto. Todas las personas a su alrededor, absolutamente todas, motoristas y paquetes, pilotos, copilotos y pasajeros, miran la luz verde del semáforo, que no acaba de encenderse; unánimemente, con la respiración agitada, esperan el destello salvador, el rayo verde que justifique el acelerador, la prisa, la salida. Todos devoran con los ojos las luces verticales. A la vez.

OVIEDO, ASTURIAS

Antes borrabas sus números de móvil al dejarlas. Si eran bellas, los apuntabas en la *agenda especial de reciclaje para malos momentos entre novia y novia*. Ahora envías a la papelera virtual las fotos que te han enviado desnudas, ante el espejo, o mirando al objetivo pensando que eras tú. Si son sexys, borras digitalmente la imagen de su cara y superpones la de tu nueva chica para cuando lleguen los momentos rutinarios de la relación.

«No te censuro —dijo mi tía al oírlo—, yo también borré a tu tío de nuestras fotos, con tijeras.».

CALLE DE POSTAS

Hasta ahora me he encontrado tan a gusto con el método de colaborar con otras personas que deseo seguir utilizándolo.

J. W. GOETHE, *El ensayo como mediador*

«*Circular*, como todos los libros sobre el destierro y los hábitos, es un libro de arquitectura. Kafka, más o menos, escribió en su diario que sólo hacía falta prestar un poco de atención para oír el sonido que al caminar hacía la habitación que cada hombre lleva dentro. Hay personas que lo que soportan en su interior es una ciudad completa.»[12]

PLAZA DE ATOCHA

Todo lo de fuera se percibe dentro. Los trabajadores de Renfe saben si llueve por el pelo de los viajeros; si es primavera por la rojez de su nariz y la irritación de sus ojos; el estado del tráfico si son decenas quienes pierden su tren. *Piense en los atentados*, me dice un maquinista nervioso. *Todo lo de fuera acaba repercutiendo dentro.*

NUEVA YORK. SULLIVAN CON PRINCE

Por la mañana, haya venido él o no, ella se levanta con el sol, muy temprano; se ducha en los helados cuartos de baño, *el frío es bueno para la piel y el corazón*, se dice, y se encamina hacia Nueva Jersey para trabajar hasta la caída del sol.

Nunca deja resto alguno de su presencia en los pisos vacíos que va ocupando por las noches. Bueno, sí: cuando él va a verla. Entonces pinta una minúscula y casi invisible raya de carmín en la parte interior de la rejilla del aire acondicionado.

Poco a poco van enrojeciendo la Gran Manzana.

BOMBAY, INDIA. SONAPUR

Esas muchedumbres incontables en Río de Janeiro, esos ríos humanos de México D.F. y Bangladesh, toda esa gente que en los programas realizados con drones aparece agolpada en las plazas turísticas, esas multitudes de los grandes conciertos, esas afluencias que colman los estadios de fútbol, baloncesto y béisbol, esos gentíos hipnotizados en Times Square o en los cruces de las calles de Tokio, esas manifestaciones callejeras, esas playas a reventar de bañistas, esos mares de cabezas en las calles de China, esas maratones atestadas, esos circuitos italianos rebosantes, esos centros comerciales atiborrados, esas mareas de cuerpos en Ciudad del Cabo, toda esta miríada que te rodea en este instante en Bombay, esta masa, este maremágnum, todas esas aglomeraciones de personas a quienes nunca conocerás, que nunca sabrán de ti, pese a haber compartido, en el mismo planeta, toda vuestra existencia.

CALLE CUESTA DE SANTO DOMINGO

Hasta la última ciudad de la imperfección tiene su hora perfecta —pensó el escrutador electoral— la hora, el instante en el que en cada ciudad está la Ciudad.

ITALO CALVINO, *La jornada de un escrutador*

Le escribo esta postal a mi memoria no olvides el color de la moqueta el sol brillando lento tras las casas y los tejados rojos / salimos a la terraza y cómo puede haber este silencio no se oye un ruido / Madrid gravita alrededor y se escucha sólo al disco solar murmurando en las paredes y escribiendo su luz sobre la mesa / la música de esferas del invierno y el absoluto mutismo de las campanas de San Ginés destacándose entre los edificios blancos / o los vecinos han muerto o no hay vecinos / sólo sus casas blancas y nosotros / ella sus ojos verdes de soslayo en la terraza el sol regándote sus manos / no olvides esta escena / cuando llueva cuando creas que el mundo te persigue cuando el tiempo se derrumbe refúgiate en sus ojos que te miran ahora con ternura

Este sol, memoria, es nuestro para siempre.

CALLE FELIPE IV. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA

Madrid es un género literario

FRANCISCO UMBRAL

—Insisto en que las aproximaciones son buenas, pero no exactas. Umbral se acerca a Madrid con la novela, la bordea, la fotografía, pero algo falta siempre.

—Umbral es el gran creador del idioma.

—Y yo, don Lázaro, no se lo discuto, pero hágase cargo de que está la *Trilogía*, y luego otros muchos libros, y luego *Madrid 650*, porque era consciente de que no todo estaba en aquélla, y, por consiguiente, tampoco en ésta. Umbral hace retratos parciales.

—Porque es inviable un retrato integral, trasunto de la tautología borgiana del mapa coincidente.

—No desde la novela.

—¿Qué intenta decir?

—Que es inviable desde la novela. Y desde el ensayo, y desde el poema o el aforismo, claro. Hay una tendencia recurrente a resumir Madrid con frases breves: *Madrid me mata, Madrid ha muerto, de Madrid al cielo*, etc.; con una curiosa reincidencia en el deceso, por otra parte; pero todas son inequívocamente falsas.

—Pues entonces, ¿cómo se resuelve el problema? ¿Está intentándome decir que Madrid es inabordable desde un punto de vista estético?

—Ni mucho menos. Defiendo que la solución la da, de vez en cuando, el propio Umbral, cuando deja caer que Madrid es un género literario. Un género, cabe completar, de géneros. Quizá sólo la utilización conjunta de todos o la mayoría, podría permitir un espectro artístico lo suficientemente amplio para recoger todas las facetas de Madrid, tan variada, entrópica, iridiscente, multidisciplinar. Teatro, poesía, relato, apunte, diálogo, dietario y narración aglomerados, girando, retorciéndose como hierros entrando los unos en los otros; un reticularismo cromático, un acopio general de

transcripciones, una sublimación del Rastro. Un caleidoscopio de formas que deviene kinetoscopio. Un sistema para *ver* Madrid.

—Y usted que lo diga: eso está por ver.

—Confíe en los nuevos tiempos, don Lázaro. Tenga confianza en los jóvenes.

—Que se la ganen, caramba.

CALLE CALVARIO

lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia
lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia
lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia
lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia
lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia
lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia
lluvia lluvia lluvia tú *lluvia lluvia lluvia*
lluvia lluvia lluvia en *lluvia lluvia lluvia*
lluvia lluvia lluvia medio *lluvia lluvia lluvia*
lluvia lluvia lluvia de pie *lluvia lluvia lluvia*
lluvia lluvia lluvia muerta *lluvia lluvia lluvia*
lluvia lluvia lluvia de sed *lluvia lluvia lluvia*
lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia
lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia
lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia
lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia
lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia
lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia
lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia

CALLE NAVAS DE TOLOSA

—Está bien el piso, ¿verdad?

—No tanto.

—Es un piso excelente. Puedo demostrarlo.

—¿Cuánto cuesta?

—¿Cuánto está dispuesto a pagar por él?

—Hum…, imaginemos que nada.

—En ese caso, el piso es bueno; tanto que no tiene precio.

—Pero sería un mal negocio: yo no podría comprarlo, pero usted tampoco venderlo.

—…

—Mejor lo dejamos, imagine lo que sería redactar el contrato.

CALLE ALBERTO AGUILERA

Camino por Alberto Aguilera y paso por delante de catorce oficinas distintas, supuestamente dedicadas a negocios muy distintos entre sí, pero en todas hay varias mesas idénticas de color beige o blanco, estilo funcional en la decoración, tonos azules en los paneles y una chica joven de aspecto rubio y sano en la mesa más próxima a la puerta.

CALLE CONDE DUQUE. CENTRO CULTURAL CONDE DUQUE. CATÁLOGO DE EXPOSICIÓN

Aquella teoría que no encuentre aplicación práctica en la vida es una acrobacia del pensamiento

VIVEKANANDA

El contenido del símbolo no es racional, sino supraracional.

TITUS BURCKHARDT

Pieza: «Círculos en círculo», W. Kandinsky, 1923.

Es difícil elaborar una teoría del núcleo, como lo sería hacer la de la circunferencia. Del tratamiento euclidiano de la esfera se colige que toda ella gira alrededor del centro; la esfera, pudo decir el sabio griego, *es centro*. El círculo, imagen bidimensional del cuerpo solar, supone también un centro doble, representativo, sólo válido en tanto aproximación. Giotto demostró su pericia dibujando de un solo trozo un círculo perfecto. Los círculos eran mágicos para druidas y celtas, y Stonehenge es un conjunto de circunferencia y construcción. Los psicólogos como Piaget han puesto de relieve cómo los niños creen que las cosas son cerradas, y que el redondel es la cosa no sólo más perfecta, sino también la más exacta. Teóricos del arte como Rudolf von Arnheim han señalado cómo las cosas lejanas tienden a verse esféricas y «el círculo es la primera forma organizada que sale de los garabatos más o menos incontrolados».

Este óleo de Wassily Kandinsky nos pone en la pista de una exploración más metafísica y menos física, más cercana a la investigación del fondo que de la forma. A pesar de la geometría indudable, de la presencia de los círculos secantes y los centros en rotación, de la gama reducida y obsesiva de colores y el remarque general del círculo exterior, estamos dentro de la confusión con la propia mirada. El círculo mayor no es el resultado de la investigación

observadora, sino la forma misma en que se mira. Andrés Ibáñez relacionaba, en un artículo sobre la poesía de Wallace Stevens, su idea de núcleo con las tesis de Ibn Arabí; en *El núcleo del núcleo*, el pensador arábigo—andaluz discernía las ideas humanas y divinas de centro: *el centro*, decía, *es todo centro*. El problema es, pues, de perspectiva: a tal círculo, tal núcleo. Cualquier cosa es el centro de otra; cualquier persona el centro del mundo. Hay una hipotenusa y un ángulo y un vértice y un grado entre todas las cosas que nos rodean, y entre todas las personas; y desde ellos cabe trazar el radio, y duplicarlo, y hallar el diámetro y trazar la circunferencia, y encontrar la esfera oculta, trunca, tras su perfil. Cada cosa es superficie de una esfera y centro de otra, y el secreto está, como Kandinsky, en colorear, dar vida, a los *círculos de dentro*, sin ignorar el círculo mayor, negro, predominante, fatal. *El que permanezca aprisionado en una dimensión definida*, sigue diciendo Ibn Arabí, *estará completamente triste cuando deje la tierra*. El objetivo es delimitar el centro propio, para extrapolarlo al universo. Elaborar la dimensión. Ser consciente de que todo cuerpo es también, por pequeño que sea, un cuerpo estelar.

CALLE SAN ILDEFONSO

Hablo de cosas que existen. Dios me libre
de inventar cosas cuando estoy cantando.

FERNANDO PESSOA,
Poemas de Alberto Caeiro

la crónica ha perdido las circunstancias y no quiero inventar lo que no sé

JORGE LUIS BORGES, *El hacedor*

—Pues no sé… puede que tengas razón.

—¿Quito ya la calefacción? Es que gasta mucha gasolina, y está la cosa muy mala.

—Sí, quítala. Ya no tengo frío.

—Me parece que te suena el móvil.

—Ah… sí, espera… Sí, es verdad, qué oído tienes. A ver… es mi padre, baja la radio. Papá, qué pasa. Sí. Sí, ya se lo dije a mamá. ¿Nos veremos el sábado? Sí. A las doce. Bien. ¿Vienes o bajo? Vale, vale, estaré lista. No. No. Sí. ¿Tú estás bien? Vale, de acuerdo. Sí. Venga… Hasta luego.

—…

—…

—¿Qué miras en el móvil?

—Los segundos. Las conversaciones con mi padre nunca duran más de un minuto.

NUEVA YORK. ROCKEFELLER CENTER, PLANTA 43ª

Muy de vez en cuando, el chico le facilita la entrada a pisos amueblados. Recuerda cuando le prestó uno del Rockefeller Center y no quería irse: la vista era tan fascinante desde el piso 75 que tuvo que bajar a un ultramarino a por una cámara desechable. Estuvo toda la noche despierta eligiendo la ventana desde la que hacer las fotos. El apartamento derrochaba ostentación; el arrendador debía ser uno de los directivos de la cadena televisiva que ocupaba la mayor parte del rascacielos. De tanto en tanto ella probaba los sofás, se sentaba a la mesa y simulaba una comida con invitados y vino de postín; ojeaba los libros ya metidos en las cajas de la mudanza e intentaba deducir, por los temas y los títulos, cómo serían los inquilinos salientes.

ESTACIÓN DE CHAMARTÍN

Estoy en la estación de Chamartín, en Madrid.[13] Los medios de comunicación, tras doce años de bombardeo informativo sobre inseguridad, terrorismo y xenofobia indirecta, han conseguido que todos los que me rodean parezcan sospechosos de algo. Incluso yo: acarreo una maleta con libros. Alguien vestido de negro, con barba incipiente y libros en una maleta está a un solo paso de inmolarse por alguna idea, aunque las publicaciones en mi caso sean un par de libros de cuentos, un ensayo y varios ejemplares de mis libros de versos. «Encima, poeta», creo que está pensando el señor de las gafas de allí, que me mira con la misma prevención que yo a él.

Cualquier texto puede ser un texto sagrado, por el que un ortodoxo decide que los demás están lo suficientemente equivocados como para sacarlos de su error por las bravas. Pienso en los títulos que porto y dudo que pudiera matar en nombre de Freud, en nombre de Francisco Carrasco (el martes presento su libro), o en nombre de Elvira Navarro; mucho menos podría matarme por mis libros. No valen ni para eso, los pobres: ni siquiera puedo vivir de ellos.

Estoy en Chamartín. Como los demás, espero un tren. Supongo. La sospecha está ahí, en el *supongo*: de forma inevitable, la sombra del recelo planea y te aterra pensar que alguien, que no sea trabajador de la estación, pueda estar aquí para cualquier *otra* cosa que no sea tomar un tren. Todo resulta inquietante: una barba, un turbante, un pelo negro con tirabuzones, un maletín. Incluso ese señor, de traje italiano impecable, no deja de ser sospechoso: va *demasiado* bien vestido para un miércoles a las siete y media de la mañana; es como si quisiera pasar desapercibido, no ser notado, superar alegremente todos los controles con una sonrisa de complacencia. La paranoia es mayor en los aeropuertos y se nota en los rostros de los viajeros, pero la sensación de intranquilidad se ha trasladado, visiblemente, a toda la sociedad occidental. Como en los malos telefilmes estadounidenses, cualquiera es un extraño; como en las series tipo *Mujeres desesperadas*, tu vecino, hasta el más normal, puede esconder un cadáver bajo la piscina. Hay quien dice que esa continua inquina de los medios de comunicación de masas por la «diferencia» está programada, que es uno de los medios de las agencias de inteligencia para crear

inseguridad en sus ciudadanos y agradecer el poder protector del Estado. Puede ser así o no, pero hay una sospechosa insistencia en el tema del miedo al otro. Lo sé. Lo sufro. Lo tenemos todos en Chamartín. Es una peli, los malos son todos, y ni siquiera el espectador está ya seguro de ser de los buenos.

CALLE DE EMBAJADORES, RONDA DE TOLEDO, PASEO DE LAS ACACIAS HACIA RONDA DE VALENCIA. *BÚHO* (AUTOBÚS NOCTURNO DE MADRID)

Quince años de taxista en Roma, y juro que nunca he llevado dos veces a la misma persona

JIM JARMUSCH, de la película *Noche en la tierra*

El autobús nocturno hace rehenes
caras serias navajas en portales
de qué se ríe un grupo de chavales
vacíos como trenes en andenes
el Búho cruza Atocha y al volante
el chófer jura en giros se derrama
Madrid ya no contestas si te llaman
preguntas vueltas miras adelante
el gris perlado de las uralitas
entre las grises luces de la aurora
aceras negras conticinio ahora
el Búho se vacía y tú dormitas
diluvia en los anuncios de las redes
intentas sonreír pero no puedes

CALLE FUENTES

Y, sin embargo, las citas son todo lo que tenemos

MARTIN AMIS, *La guerra contra el cliché*

hay en ello una comunidad de la mente

SAMUEL JOHNSON

—En verano la terraza es un poco calurosa, pero por lo demás…

—Lo siento, tengo que cogerlo, sólo será un momento, perdone… odio los chismes éstos, pero es que espero una llamada importante. (Aparte) ah, Javier, eres tú… no, es que me tiene que llamar mi hermana desde el tribunal… dime, dime. Estoy mirando un piso. Sí, en Fuentes. Sí, el sitio es bueno. Dime, sí, tengo un momento. Ah… Hum… Sí…, sí… No, no es por eso. Un libro total es un libro escrito por todos. Verás, intentaré explicarlo sin alargarme: un libro de esa clase no puede sino estar lleno de citas. Por dos motivos, el segundo relacionado con esta ciudad. El primero es que todas las personas que odian las citas, como Rousseau o Cioran, es porque odian a los escritores, como el ginebrino, u odian la vida, como el rumano. Y el otro motivo: las citas son los barbarismos de los libros, y teniendo en cuenta que los tenderetes de marroquíes, los restaurantes japoneses, los grupos ucranianos, mariachis o peruanos que tocan por las calles, las tiendas chinas o las cervecerías irlandesas son inherentes a la topografía de Madrid, ¿hasta qué punto *Circular* reflejaría la realidad si no las contuviera en abundancia? Hay que pensarlo como museo de escritura, en vez de como libro; es más un centro de arte literario contemporáneo que una «obra». Claro, eso es. El Prado, el Thyssen, el Reina Sofía, están lleno de barbarismos, de citas *textovisuales* de otros. ¿Por qué no iba a estarlo *Circular*?

ROMA, VILLA CELIMONTANA. SOCIETÀ GEOGRAFICA ITALIANA

[…] En el curso de la presente investigación nos han sido de gran ayuda las aclaraciones del Instituto de Geopatología Urbana, gracias a las cuales hemos descubierto hechos insólitos. Esta unidad de reciente creación del consistorio romano, dirigida por el profesor Salvatore Pederssini, tiene como objeto explicar dinámicas de la ciudad que denotan aspectos psicopatológicos, e incluso psicoanalíticos, lo que ha generado cierta polémica. En nuestra experiencia, empero, la profesionalidad y solvencia del equipo dirigido por Pederssini está fuera de toda duda; lejos de afiliarse a cualquier esoterismo, su proceder está guiado por metodologías completamente científicas, como la minería de datos, la monitorización mediante televigilancia, el análisis histórico, los dictámenes de expertos urbanistas, las encuestas y entrevistas grabadas a los vecinos, y un largo etcétera de medios fuera de cualquier objeción. En lo que a nosotros respecta, la unidad de Pederssini pudo explicarnos por qué había desaparecido la antigua vía Navonella, que unía en Roma III la vía Virgilio Talli con Gaetano Martino, convertida primero en un depósito municipal y luego en una ampliación del anexo parque que actualmente atraviesa la via Nazzareno de Angelis. El borrado urbanístico de la calle traía causa de los resultados de uno de los primeros estudios de patología geográfica realizados por el equipo, que demostró que la calle Navonella había dejado de ser utilizada por completo. Cuando en nuestra reunión de acercamiento les pregunté qué significaba «por completo», me dieron una respuesta que partía de un hecho sabido. Todos conocemos, aclararon, a personas que evitan pasar por calles, plazas o lugares concretos de una ciudad, bien porque les traen malos recuerdos, o porque vive en ellos alguien que los acosa, o porque vieron allí un cadáver, o porque un hecho terrible u ominoso les sucedió en esos lugares. Eso produce, con los años, un leve despoblamiento, si esa calle o plaza está situada en un barrio residencial al que no llegan los turistas y que no constituye una zona de paso. Tal era el caso de la vía Navonella, donde se sucedieron una serie de acontecimientos luctusos y criminales de rara abundancia y

recurrencia entre 1920 y 1980, que motivaron que los malos recuerdos, los presentimientos y el miedo reverencial fueran haciendo el tránsito por ella cada vez más escuálido, hasta llegar a su total extinción. Al ser una calle de puro paso, sin edificios habitados, los vecinos de la zona preferían tomar Nazzareno de Angelis, o rodearla para llegar al otro lado, y la vía fue cayendo en desuso, hasta tal punto que el Ayuntamiento optó por no limpiarla, regarla, ni remodelarla a partir de 1970. En 1979, tras constatarse por el equipo de Pederssini —por entonces sólo un proyecto de investigación de la Università de Roma Tre— que nadie pasaba por allí, de lo que fue prueba incontrovertible una grabación rodada en Super8 durante un mes ininterrumpido, el Ayuntamiento la cerró por ambos extremos con muros y la utilizó como depósito municipal de los vehículos de limpieza, al aire libre primero y luego tapada. Más tarde, cuando los edificios del lado este fueron demolidos por peligro de ruina, tanto el solar resultante como la antigua vía Navonella pasaron a engrosar la extensión del parque aledaño, tal y como permanece en el día de hoy. Tras preguntar a los vigilantes del parque por esa zona en concreto, nos dicen que los usuarios del parque jamás pisaban ese terreno, por razones desconocidas, y que sólo los animales se aventuraban descuidadamente por sus límites, por lo que optaron por convertir esa franja en un pequeño jardín botánico de especies exóticas. […]

CALLE SERRANO

—(906……) Hola… bienvenido a Placeres Totales. Has elegido «sado», el servicio erótico por teléfono más duro… Espera unos momentos. (*Música*). No te impacientes, dentro de poco tendrás a una ardiente y cachonda compañera de juegos… (*Música*) Ya está aquí. Te las vas a ver con Marta. Dale caña…

—Soy Marta, cabrón. Dime tu nombre.

—Mmm… me llamo Rodrigo…

—Rodrigo… como el Cid, ¿no? Ya me estoy poniendo cachonda… ¿Te has traído yelmo y armadura?

—No, pero me he traído la lanza…

—Así, muy bien, ja, ja, me gustas…

—¿Oye?

—… sí, sí, guerrero, aquí estoy…

—Oye, esa risa me suena. ¿Tú no eres Lucía, Lucía González?

—…

—…

—Pero…

—Oye, perdona, no quería…

—No, no pasa… no pasa nada… Sí, bueno, soy Lucía. ¿Y tú quién eres?

—Yo soy Carlos, Carlos Bustamante…

—No caigo…

—Sí, mujer, Carlos… era amigo de Juan Manuel, el novio que tuviste hace tres o cuatro años, en Políticas… el de patillas y melena…

—… ah, sí, el heavy metal…

—¡Ése, ése! ¡Te acuerdas!

—Sí, hace tiempo, pero, sí, me acuerdo.

—¡Me alegro de oírte, mujer!

—Yo… yo también, claro.

—Qué casualidad, ¿no? Bueno, y ¿qué haces ahora?

—Pues…

—Quiero decir, fuera de este… trabajo, de lo de las llamadas…

—Pues poca cosa. Estoy currando en un bar, pero no me llega la pasta para el piso, y tengo que averiguarme la vida con horas extra…

—Está la cosa mal, ¿eh?

—Sí, es cierto.

—Pues no te imaginaba así.

—Así, ¿cómo?

—En la cosa ésta. Con lo cortada y pudorosa que parecías entonces…

—Ya. ¿Y a ti, cómo te va?

—Bueno, yo terminé la carrera y ahora estoy con un máster, porque han congelado las oposiciones.

—Yo quería hacer uno, también…

—Lo que pasa es que ya no valen como antes… no te garantizan nada; al final te encuentras como al principio, pero con menos pasta.

—¡Buf! Pues vaya.

—Bueno…

—Bueno. ¿Sigues sin novia, verdad?

—Sí, coño, ¿cómo lo has sabido?

—Pues… no sé, me lo he imaginado… Oye, sabrás que esto te está costando un dineral, ¿no?

—¡Es verdad! Bueno, ha sido un placer.

—Sí, un placer total.

—Sí, je, je. Oye, por cierto… No le dirás a nadie que he llamado aquí, ¿verdad?

AVE MADRID-CÓRDOBA

Miraba por la ventana el paisaje discontinuo y mi pensamiento era la discontinuidad misma.

JOSÉ CARLOS CATAÑO,
El cónsul del mar del Norte

Intento concentrarme en un ensayo de Eckhart sobre la mística cuando una chica interrumpe mi ataraxia con su verborrea insípida y tonante, sostenida a dúo con otra amiga que parece ser, y no es fácil, igual de tonta que ella. El castigo dura unos siete minutos, que dedico a mirar por la ventana, a recorrer el catálogo añadido al final de todos los libros de Siruela, y a zapear escenas de la inane película que proyectan en los monitores. Termina el amago de conversación. La chica deja el móvil sobre la bandeja reclinable y se va, espero que a la cafetería y no al cuarto de baño, porque así tardará más. Sigo leyendo. Al rato, oigo un ligero zumbido y advierto que el móvil de la chica está moviéndose solo, debe de estar en modo de vibración. Nadie más parece haberse dado cuenta. Me pregunto quién será el soberano idiota o nihilista que intenta ponerse en contacto con una mujer así, aunque sea para exigirle un pago; mientras tanto, el aparato va aproximándose a tirones hacia el borde de la bandeja. Me pregunto si debería detenerlo. Me respondo: no. El móvil ha llegado al borde mismo, y quien llama insiste en el error, así que el final es predecible. Se asoma al vacío primero la pantalla, luego la parte de la batería, y finalmente cae desde la altura, descuajaringándose al tomar tierra. El señor de al lado, molesto, recoge los pedazos y los deja en su lugar de origen. Miro el teléfono desmontado. No puedo sino alabar su sabia y terrible decisión.

CALLE FRESA

Probablemente no se puede elegir entre dos líneas de pensamiento; nuestra tarea consiste más bien en reflejar la circularidad que hace que el uno pase al otro indefinidamente

JACQUES DERRIDA, *Speech and Phenomena*

—Mira, seamos serios. Si ha existido una diversificación mayor aún que la de las teorías críticas sobre el arte, ha sido la del propio arte, con miles de manifestaciones contrapuestas. Sin descender a los ejemplos, el siglo XX —y no tenemos motivos para pensar que no van a seguir las cosas igual en el que entra— ha conocido artes de vacío y de hiperpoblación, de ruido y de silencio, de color y blanco y negro, de producción en serie y de aparición única e irrepetible en el tiempo, de ámbito individual, grupal, colectivo y abierto o no a la participación del público, concebido para el museo y para la destrucción del museo, para, contra, ante, bajo, tras y frente a la sociedad, comprometido, indiferente o escéptico, trascendente o laico, preocupado o no por la originalidad del artista; ha conocido todas las posibles formas intermedias, híbridas o alternativas entre las variantes dichas, y ha sostenido, concienzudamente, al mismo tiempo su validez íntima, su clímax y su condena al ostracismo. Es decir: resulta por completo imposible establecer un sistema crítico, una teorética, una construcción estética aglutinadora y homogénea que pueda dar una respuesta válida para todas las obras de arte modernas; ni siquiera un sistema que pueda pronunciarse consistentemente sobre la propia pertenencia del objeto a lo artístico; no existe un afuera del sistema y esa teoría tendría que *salirse de sí misma* para verificar la condición artística de todas las manifestaciones que están en el límite de lo estético. No hay ya posibilidad de una construcción universal del arte. No hay más que ver ese libro que me has prestado. Hay partes del libro que no podrían sostenerse a la luz de la ideología, estética o principios que se desprenden de otras. Es la manifestación palpable de la irreductibilidad al método de las expresiones artísticas modernas.

—No sé. Lo compré porque me gustó la portada.

NUEVA YORK. BOULEVARD FREDERIK DOUGLAS CON CALLE 118

Por lo común ella puede quedarse en el mismo piso desde el viernes noche hasta el lunes por la mañana. Dedica entonces los fines de semana a dar paseos, salvo que lo impida la nieve. En una de sus caminatas vio al chico de lejos, en los alrededores de Times Square, acompañando a una bellísima clienta con aspecto de millonaria.

Prefirió pensar que era una clienta.

PLAZA DE ESPAÑA. EDIFICIO ESPAÑA

Planta 17. Editorial Tensor S.A. Catálogo año 2017:

1.Klaus Kefke, *El año de la revolución es todos los años*
2.Valery Faistiff, *Sandalias. Contra moños y gazmoños*
3.Marcelo P. Santos Crout, *Tontos útiles de derechas* (2ª edición)
4.Kropotkin, *Selección de escritos* (Reimpresión)
5.Águeda Mieles, *Globalización y poder. Ensayos sobre involución en el 3er milenio*
6.Micaelo Garrastín, *Yo pasaba por allí. Responsabilidades éticas en el régimen anterior*
7.Astur Domínguez (ed.), *El hambre del saco. Resistencia en la España fascista*
8.Castelo do Branco Spenser, *Vivir (algo) peor*
9.Absconditus, *A qué medios financian las grandes empresas*
10.Iván Grodofiev, *Re(in)sistencias en Lenin*

Planta 22. Carácter Ediciones S.L. Catálogo año 2017:

1.Asunción de Castro y Montiel de Reyes, *Diccionario del progre(sismo)*
2.Emmanuel Ríez, *Vaya si pasaron*
3.Iñaki Gázquez Valdosillo, *Qué no hemos hecho los vascos*
4.Camen Lope Grande, *Paracuellos* (2ª edición)
5.Duque de Lesmos y Grenoble, *Donoso Cortés, un hombre de su tiempo*
6.Amiel Domenchina Vargas (comp.), *Modos y modas de entender el liberalismo*
7.Ian McCormac, *Memoria histérica*
8.Dolores García de Castro: *Leyendas. Aproximación a la obra de Ramón de Campoamor*
9.Marcelo Ascolpi, *Dime cómo vives… Los progres que viven como Dios*
10.Salustiano Antiche Delgado-Carmen, *Historia del ejército español (3 vol.)*

Planta 14. Concilia Editorial. Catálogo año 2017:

1.Carola Vázquez, *Divididos somos menos*
2.Varios Autores, *El enemigo es el cambio climático*
[Programa de publicaciones paralizado por suspensión de pagos]

CALLE DE JUAN ÁLVAREZ MENDIZÁBAL

La calle no es tan simple.

FRANCISCO GÁLVEZ,
El oro fundido

Una estanquera pasa caminando, cree que nadie se ha dado cuenta de que lleva el camisón por debajo del vestido. Un gato se lame tranquilamente una pata, sosteniéndola contra el pecho. Una pluma blanca de paloma cruza la calle por abajo y un reactor camino de Barajas por arriba. Dos coches dudan en una intersección quién tiene preferencia. Frenan y aceleran, frenan y aceleran, cada vez más cerca uno del otro. Los conductores acaban por reírse para relajar la tensión, y uno cede el paso con la mano. El otro lo saluda con la mano al pasar por delante. Un cartel en una pared exige el final de la guerra de Irak, un grafiti sobre él reivindica Gibraltar, una pegatina superpuesta pide justicia para los refugiados de Lesbos. Un hombre se detiene para escribir un mensaje en el móvil. Pasa una chica en minifalda, un sacerdote se cruza con ella y después de hacer una rápida mirada inconsciente, se azora y levanta la vista al frente, disciplinado. La basura ha reunido por azar los pedazos una carta rota, y se puede leer otra vez el requerimiento de desahucio urgente. Un pájaro aterido aterriza sobre una farola, buscando su calor residual tras estar encendida toda la noche. Alguien que va a dejar a su pareja por email se pregunta si *hicieseis* se escribe con acento o sin acento. Un chico y una chica que vuelven de las discotecas de Malasaña se despiden en un portal. Sus cuerpos dudan si acercarse y frenan y aceleran, frenan y aceleran, cada vez más cerca uno del otro. Sus dueños acaban por reírse para relajar la tensión. Al final él cede, ella le sujeta la cara con una mano mientras lo besa. Los semáforos se abren para nadie. Se cierran para nadie. Se abren para nadie. Una mujer se asoma a la ventana y grita: ¡Estoy hasta el coño de Endesa!

CALLE CERVANTES

Ella no volvió a llamar
tras esa única noche
y me sentí como el *mozo*
de campo y plaza, que así ensillaba
el rocín como tomaba la podadera,
al que Cervantes menciona
en el primer capítulo del *Quijote*
y nunca vuelve a nombrar,
un mozo que nació para ser olvidado,
que probó el mundo y la gloria
durante unos segundos
para luego sumirse
en la inexistencia.

CALLE LOS DOS AMIGOS

Así es la pena en el infierno, como el movimiento en el círculo.

RAMON LLULL

El mundo de los muertos, el mapa del infierno de Dante. Círculos y círculos y círculos.

RICARDO PIGLIA, *La ciudad ausente*

Sí, es fácil decir que las teorías de Augé sobre los «no-lugares» (esos espacios de paso contemporáneos caracterizados por la no identidad y la no habitabilidad, como aeropuertos, grandes plazas, centros comerciales, etcétera), son posmodernas, vagas, lábiles, inconsistentes, febles, estólidas, superficiales. Pero su descripción es más útil de lo que parece, y tiene cierta operatividad una vez sometida a la debida crítica. Pensemos en tres de los últimos grandes atentados de nuestro tiempo: Madrid, Londres, Manhattan. En Nueva York ha quedado, como el gran síntoma de la política —y la psicología— contemporánea, la idea de Zona Cero: el hueco inconsolable, el centro imposible de rellenar, ese vacío en el centro del nietzscheano anillo de Clarisse. ¿Por qué no ha pasado lo mismo en Londres o Madrid? ¿Por qué en ellas el espacio físico del atentado no se ha preñado de carga simbólica? Por la sencilla razón de que se atentó en no-lugares: una estación de tren (Atocha), una estación de metro (King's Cross). Por más que un rascacielos parezca deshumanizado, sigue siendo una *casa*. Puede habitarse. Por eso su ausencia súbita es tan traumática. En cambio, la muerte no es una extraña en Atocha ni en el metro londinense porque son lugares pensados para el paso, la huida, la fuga: para la desaparición. El hueco no deja hueco en ellos. No dejan testimonio de vacío, porque *son* el vacío.

PASEO DE LA CASTELLANA. MINISTERIO DE DEFENSA

[Bibliomaquia]

Esta mañana se ha declarado la guerra.
Por la tarde

FRANZ KAFKA

me he metido en la piscina y al nadar

DIEGO PITA

he empezado a pensar en una historia
que duele pero tiene mucha acción

RAÚL DE JULIA

y que trata de muertes invisibles

TONI MONTESINOS

creo que era un hombre qué más da:

ESTÍBALIZ ESPINOSA

debería quemar mi pasaporte

ADOLFO GARCÍA ORTEGA

piensa mientras oye en su cabeza
el miserere de las bombas

FÉLIX J. PALMA

el mundo se vuelve cada vez más oscuro

OLGA TOKARCZUK

yo quería escribir hoy de otra cosa

ROSA MONTERO

a pocas horas de trayectoria de misil

EUGENIA RICO

algo se mueve

ANTONIO AGUDELO

millones de personas en todo el mundo
tomando las calles

GUILLERMO BUSUTIL

con un solo lema:
estamos en contra de la muerte

JUAN MANUEL DE PRADA

aquí lo dejo para recordarlo

VICENTE LUIS MORA

PRADO DEL REY. TVE-1. PUBLICIDAD

«Ahora sí llegarás hasta el fondo de Madrid.
Guías Cajamadrid»

CALLE MISERICORDIA

No tiene usted más remedio que acostumbrarse a seguir escuchando la música de radio de la vida

HERMANN HESSE, *El lobo estepario*

Está tumbado en la cama. A oscuras. Se concentra en lo que oye cerrando los ojos, para que la penumbra sea homogénea. Escucha. Murmullo sordo de maquinaria: calefacciones, ventilación, ascensores… más allá, más discordes, los ruidos del tráfico y todavía más lejos el ruido de fondo de la ciudad, como un zumbido suave de televisor encendido sin señal. Durante unos minutos se deja rendir al sueño, poco a poco, mientras sigue percibiendo. Intenta imaginar cuál sería la forma de distinguir una ciudad de otra por la noche. ¿Qué diferencia Madrid de otras urbes por el mero ruido? Tiene que ser algo general, claro, no valdría, piensa, situar un micro junto al Bernabéu, o en un respiradero del metro… en fin, cosas reconocibles de ese tipo. Piensa que es realmente difícil, no, imposible, *distinguir* Madrid de otra ciudad por los sonidos nocturnos, y comienza a dormirse con placidez. Pero abre los ojos de súbito. Se ha oído un grito. Es una mujer que pide auxilio. Se queda pegado a la cama, con los ojos abiertos al oscuro, espantados, mientras escucha el forcejeo; le llegan más gritos ahogados, es ahí, en plena calle, debe de ser dos portales más allá, escucha con claridad el ronquido jadeante de él, la amenaza, el chillido de ella.

Luego nada.

Nada.

Y después su propio llanto, despacioso, uniéndose al ruido de fondo.

LONDRES, CENTRO. RÍO TÁMESIS

Lejos de desfigurar el paisaje, esos productos de desecho de la industria del siglo veinte poseían una belleza rara y feroz. Halloway estaba fascinado por el tenue brillo de los canales cubiertos de espuma metálica, por la extraña melancolía submarina de los coches sumergidos […], por los brillantes colores de las montañas de basura.

J. G. BALLARD, *La ciudad última*

PARÍS, CENTRO. RÍO SENA

en esta tierra de escombros todos excavamos como enterradores

WILLIAM T. VOLLMANN, *Europa Central*

CALLE GRAN VÍA

Mis ojos eran una cámara de cine

JOSÉ CARLOS LLOP,
Háblame del tercer hombre

Siempre había querido venir a uno de estos cines; todos me lo decían, tienes que ir a un cine de Gran Vía, y yo, chico de provincias, víctima de las pantallas televisivas de los multicines, les hice caso. Ya estoy aquí, aún no comenzó la proyección, pero ya sé que no voy a ver nada de la película. Un posible fragmento ha entrado hace unos minutos, ha derivado por la sala y se ha sentado, fatalmente, en los asientos delanteros. Se trata de un fragmento dicotiledóneo, compuesto por un chico y una chica; ha sido verlos y sacar la libreta mental de apuntes: ambos rondan los veintitrés, ella es morena, guapa, prieta; él es moreno, de difuso atractivo, enjuto, lanzado, sonriente. Sé que es su primera cita (también en estas páginas) porque están en plena pantomima: sonrisa-broma-chiste-mirada, cruce y descruce de tartamudeos, galanterías y retoques coquetos. Él la deja pasar en la fila, le señala una butaca y luego retira la mano, como arrepentido de su gesto dominante. Ella pasa, escoge visualmente una butaca, la que está frente a mí —ni nos mira, no hay nadie, debe de gustarle mucho el chico—, toma posesión de ella, pero antes de sentarse, como arrepentida de haber tomado una decisión, se gira hacia el chico y le pregunta si le parece bien. Sí, vale, dice él, otras sonrisas, otros gestos corteses, dame el abrigo, sostén el bolso un momento, y qué más, y de nuevo sonrisas. Mi acompañante me reprende. «¿Qué miras?» Señalo a los arrobados debutantes (al menos, debutantes entre sí). «No durarán —respondo—. Tienen los dos demasiado genio.» «Pues como nosotros, y fíjate» (en la versión de 2003 de este relato ella tenía razón; diecinueve años después, el tiempo me la ha dado a mí). Comienza la película. Por la rendija que separa sus dos asientos, el aire casi puede cortarse. Furtivos cruces de palomitas o refrescos. Intercambios rápidos eludiendo el contacto. Mi novia me pregunta algo. «Luego, estoy escribiendo.» Veo cómo en las escenas románticas ella lo mira de reojo. En las escenas de cama es él

quien la mira sin respuesta. Hay cuatro pantallas en esta sala de Gran Vía, como en alguna película de Mike Figgs: la grande, la de él, la de ella, la que yo miro. En cada una, secuencias diferentes. La primera acaba con una despedida. Las dos intermedias, con un final americano, de película: un beso largo, mitad romanticismo, mitad pasión.

Aquí termina la cuarta escena.

NUEVA YORK. EAST RIVER

Nueva York, donde vimos la basura por primera vez

SIRI HUSVEDT, *Leer para ti*

Barcazas con enormes cubos
de desperdicios surcan las imágenes
de los enormes cubos del desorden.

JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO,
«Canción del río Hudson»

CALLE DEL CARMEN

Una ciudad sin señalética sería un laberinto perfecto, dijo el loco.

PLAZA PUERTA DEL SOL

Desde mi ventana, veo nuevos espectros errando

ARTHUR RIMBAUD, *Iluminaciones*

Desde mi ventana, veo nuevos espectros errando
Hombres de paso rápido, solitarios, ceñudos

LUIS MARTÍN-SANTOS, *Tiempo de silencio*

Desde mi ventana, veo nuevos espectros errando
Oh este centro errante vacío

PAUL CELAN

Soy uno de esos hombres solos negros
que caminan del barro de la noche
hacia la testa gélida del día
por la espina dorsal de la mañana
el cielo ya arrugado de mi frente
refleja que amanece en esta plaza
Puerta del Sol y sin embargo llueve
sobre los churros y el café cortado
por la manera seca en que me miran
crecí esta madrugada veinte años
las chicas tienen miedo de mis ojos
los chicos se preguntan silenciosos
¿cuánto me queda para estar así?
pues no se está tan mal chaval se ve
más miedo en los demás que en el espejo
estamos todos solos paseando
por la avenida en obras de la vida
os quedan los engaños de los besos
a mí me resta tiempo: todavía
no sé que voy a ser un perdedor

CALLE ALCALDE SAINZ DE BARANDA. EDIFICIO TORRESPAÑA

El Afuera, en Foucault como en Blanchot […], es lo que se encuentra más allá de todo mundo exterior. Al mismo tiempo, es lo que está más próximo que cualquier mundo interior.

GILLES DELEUZE, *Conversaciones*

Desde el Pirulí te escribo esta postal a toda prisa desde el Pirulí veo Madrid como un mal sueño como un torrente cayendo hacia tu pueblo Madrid como las ondas de un lago asustado por la piedra el Pirulí es la piedra el Pirulí es un faro que se eleva como un coloso gris sobre la urbe un faro que destella sobre el mar de herrumbre y rojo fundidos con la tierra Madrid desde aquí no tiene fin Madrid dura salvaje diferente iconoclasta Madrid desde aquí es el universo desde el Pirulí Madrid toca en el cielo y es como una mancha de alquitrán de petróleo ardiente extendiéndose como la lava negra de un volcán enfermo *extendiéndose cada vez más como una tiña irrespetuosa* redacto esta postal desde su cráter Madrid se extiende Madrid ciudad de ciudades se dispersa como la sangre de un herido.

DIARIO *EL MUNDO*. SECCIÓN DE PASATIEMPOS

Quizá por esoCanta, oh poesía,Tu curva humilde,
depositamos nuestracántate a ti misma. Séforma silenciosa,
basura a la intemperie. tu propia basura. le pone un triste anillo
Alguien la recogerá. a la basura.
La basura eran restosRevisar los bocetos de[…] entonces apareció
de comida en doscartas y clases queel camión de la basura
tachos grandes comoencontraba en suy yo pensé que todo
barriles de petróleo, debasura se habíaestaba bien, que todo
donde salía un olortransformado para míestaba en orden, que
nauseabundo. […]en un vicio tanaquellas horas habían
Varios miserablesescatológico comosido perfectas aunque
estaban esperando. Losnecesario.

hombres empujaron a las mujeres con crueldad, metieron los brazos adentro de los tachos y retiraron las mejores partes: los restos de pollo, las sobras de bife y de otras carnes semidevoradas. […]
A aquella hora, en los fondos de los restaurantes de la ciudad, otros grupos de desplazados recogían los restos de los banquetes que habían sido servidos a los que pueden pagar.

algún día no fuese capaz de recordarlas ni a la mujer que se pegaba a mí y metía una mano en el bolsillo trasero de mi pantalón, parecíamos un matrimonio de vacaciones que contempla el mar y adivina lo que está pensando el otro sin necesidad de hablarse y no me desagradó esa imagen mientras dejábamos atrás el camión de la basura que olía a alimentos caducados y tapias meadas y libros rotos y órganos

descompuestos, a lo que en realidad huele la vida

El camión de la basura recogerá la historia cotidiana de las casas, de todas las casas.

Si existe algo así como lo que los antropólogos llaman *memoria colectiva*, la estamos llenando de basura.

Mis padres […] pudieron generar unas 25.000 bolsas de basura: pongan en un lado los nombres de una pareja y al otro lado las bolsas de basura que han generado: tendrán una satisfactoria impresión de lo que es el amor.

ENLAZAR ESTAS CITAS CON SUS RESPECTIVOS AUTORES:

Ernesto García López, *El desvío del otro*; J. P. Zooey, *Los electrocutados*; Abel Murcia, *Kilómetro 43*; Juan Bonilla, *Tanta gente sola*; Germán Sierra, *El espacio aparentemente perdido*; Rubem Fonseca, *A grande arte*; Rafael Morales, *Canción sobre el asfalto*; José María Pérez Álvarez, *La soledad de las vocales*; Antidio Cabal, *Campo nublo*

THE DALLES, OREGÓN, ESTADOS UNIDOS

Todo está elaborado en pequeños fragmentos, más bien yuxtapuestos que entretejidos; durante bastante tiempo seguirá rectilíneo, antes de que emprenda el tan ansiado círculo.

FRANZ KAFKA,
carta a Max Brod de 22 de junio de 1912

Días después del atentado terrorista contra el superordenador de Google instalado en la ribera del río Columbia, el humo campeaba todavía en las inmediaciones; pero esa falta de visibilidad era una pequeña neblina comparada con la ceguera global que provocó la pérdida de todos los datos almacenados durante casi una década mediante el algoritmo PageRank. Cientos de millones de personas en todo el mundo se quedaron sin acceso al conocimiento, porque la desaparición de Google les sumió en un escepticismo que hacía inviable acudir a otros buscadores. Tampoco hubiera servido de mucho hacerlo, pues casi todos se basaban en la potencia de ese superordenador volatilizado, capaz hasta entonces de indexar miles de millones de páginas, categorizarlas y jerarquizarlas en un suspiro. La publicación de artículos y actualizaciones de Wikipedia descendió vertiginosamente, demostrando que, como se temía, Google era su principal suministrador de información. Durante cuatro meses el planeta vivió sumido en la ignorancia. Nadie quería aprender nada porque había desaparecido el diccionario, la referencia, el taxónomo del saber. Se perdió la confianza en las posibilidades humanas de conocer la realidad de las cosas. Poco a poco, con temor cerval y quizá cierta emoción al embarcarse en un territorio desconocido, miles de personas comenzaron a franquear las puertas de las bibliotecas, buscando amparo e información. Al principio parecían temerosos, pero pronto comprendieron que ese medio, infinitamente más lento, calmaba al menos una ansiedad recién nacida, la del miedo a perder el conocimiento. Porque tenían claro que ningún ataque terrorista puede pulverizar, a la vez, todos los libros del mundo.

ESTUDIOS DE ANTENA 3, TELECINCO, TVE, CANAL +, CUATRO, LA SEXTA

Yo miraba por la ventanilla, fijándome en la basura esparcida a lo largo del carril de emergencia. […] me preocupaba porque cada uno de aquellos objetos estaba en el arcén por un motivo, algo había sucedido para que alguien hubiera arrojado una bota infantil por la ventanilla, y tenía la sensación de que pasábamos velozmente ante un relato tras otro y de que todos aquellos relatos eran tristes.

PETER CAMERON,
Algún día este dolor te será útil

El repartidor se tumba en las curvas, todavía inadaptado al desplazamiento del centro de gravedad de la moto: hoy las pizzas familiares pesan demasiado y le cuesta dominar el ciclomotor bajo la lluvia. Madrid se resguarda en esta hora extraña en que ya casi todos están en casa, confortablemente sentados ante el televisor, en ausencia total de preocupaciones y pensamientos. Él, en cambio, reparte la comida para todos esos hogares, una comida que hoy huele especialmente mal, a través de la lluvia, a través del casco integral, que no deberían dejar pasar el olor, pero éste atraviesa cualquier distancia, cualquier impedimento y se clava en el seno mismo de su mente. Está repartiendo comida podrida por todo Madrid y no entiende cómo le pagan por ello. Cada vez que llega a una de esas casas se repite sin error la misma secuencia: la llamada al portero automático, el ascensor vetusto, la puerta de madera, el timbre, las caras de alegría; la comprobación, allí, delante de sus ojos, de que la pizza está podrida, de que es auténtica cochambre y, a pesar de ello, ahí está el rostro de satisfacción y regodeo: cuanto más se parezca a la basura misma, mejor. Pizzas familiares de mierda pura, en todas las casas. Espléndidas propinas. Gente encantada de comer lo mismo. Y un solitario motorista anónimo que, sorteando los coches de los primeros borrachos, duda si es el único cuerdo vivo en esta ciudad alucinada. En su espejo retrovisor, no me dejen terminar sin esta imagen, la lluvia de tantas madrugadas.

CALLE RELOJ

Trato de ir al centro de los problemas y no quedarme en la periferia

INGMAR BERGMAN a *L'Express*, 1964

—El anterior inquilino era un tipo extraño.

—Seguro. Madrid parece estar llena de gente muy peculiar que alquila pisos.

—¿Tantos ha visto ya?

—Sí, y seguiré mirando; no piense que éste va a ser el último. Lo que no quiere decir que no me interese.

—Hum.

—Pero siga con lo del inquilino anterior. ¿En qué sentido era extraño?

—Bueno, verá, es una larga historia.

—Para las historias siempre tengo tiempo.

—Perfecto. Lo traté más que al resto de vecinos porque nos gustaba mucho el fútbol y se bajaba conmigo a la portería a ver los partidos del Rayo. Poco a poco me fue contando algunos detalles. Era oficinista en una empresa de construcción. Una noche, después de ver uno de los partidos, subió aquí, y se dio cuenta de que no tenía sueño. Decidió ver una película, pero tampoco así le llegó la somnolencia; estuvo toda la noche en vela, dando vueltas en la cama. No le dio demasiada importancia, por lo visto otras veces le había pasado. El día siguiente le ocurrió igual, y al siguiente, y al siguiente. Sin embargo, no se notaba cansado, y ni él ni nadie del trabajo advirtió ninguna falta de rendimiento o algo por el estilo. Así que lo dejó pasar. A la segunda semana, aburrido de no hacer nada por las noches, solicitó un trabajo de guarda de seguridad, y se lo dieron; era un tipo alto y corpulento. Cuando llegaba a casa, conectaba la radio y hacía tiempo hasta que entraba en la oficina. De tanto escuchar música a esas horas se aficionó al jazz y gracias a los dos sueldos se hizo en poco tiempo con una colección fabulosa; me la enseñaba con mucho orgullo, créame.

—Ha contado usted varias veces antes la historia, ¿verdad?

—Algunas, sí… ¿por qué lo dice?

—Nada, nada, siga. Es muy interesante.

—Bien, decía que le gustaba el jazz. Para él significaba el dominio sobre el tiempo, o algo así, a veces era difícil entenderlo; creo que de pasar tantas horas despierto pensaba demasiado. Cuando escuchaba música, se ponía un antifaz negro en los ojos; había visto por televisión un reportaje sobre un cubano al que una bomba había quitado el sueño hacía treinta años y se había quedado ciego al no dejar descansar lo suficiente las pupilas. Conforme pasaban los meses, se fue haciendo… cómo decirlo… más tranquilo, más relajado. Más pensativo. Dejó el trabajo de día, porque según él le cansaba demasiado, y siguió sólo de guarda de seguridad. Pasaba el día con las luces apagadas, mayormente oyendo música. A veces subía al piso y seguíamos los partidos por la radio; él me acostumbró a eso, porque en su opinión (y es verdad) es mucho más emocionante. Gracias a esa vida a oscuras, mantenía su vista perfecta. Me contaba los pensamientos que se le ocurrían, muchos, algo lógico teniendo en cuenta el tiempo disponible. Bromeaba a veces sobre su «amigo cubano», como él lo llamaba, aquel insomne ciego que escribía poemas…

—Algo muy literario.

—Eso decía él, es curioso. Era un tío fantástico.

—¿Y qué ha sido de él?

—Se fue a vivir al norte. Muy al norte, a Islandia.

—Hum… Claro.

—¿Por qué dice «claro»?

—Hay seis meses al año de noche casi total, las veinticuatro horas. Los seis meses restantes hay sol, pero es menos brillante que aquí, con algo de noche. Antonio de Torquemada, en un libro del siglo XVI, se refiere a ellos como «días de medio año», lo cual me parece una imagen brillante. Los polos son los lugares más oscuros del planeta.

—Amigo… caramba… no tenía ni idea. Bueno, ahora que lo dice, me suena, eso de la noche eterna, y lo de la aurora boreal, pero entonces no lo relacioné… Ja.

—Y la gente es más relajada. Hay menos sensación de pérdida de tiempo, más tranquilidad. Y mucha afición al jazz.

—…

—…

—Es curioso que haya tenido que venir usted para entenderlo todo.

—Entender, ¿qué?

—Me envió una postal algún tiempo después. Decía que había encontrado la vida que quería, y el lugar apropiado para vivirla. Me extrañó que yendo a aquel sitio tan raro la hubiera encontrado en tan poco tiempo. Ahora entiendo: es que fue allí a propósito.

—Es más que posible.

—Quizá entienda usted algo más que decía la postal, y que yo no llego a comprender.

—No lo sé. Será un placer ayudarlo, si puedo.

—Era algo extraño… No lo recuerdo con todas las palabras, pero era algo así como que estaba buscando un barco blanco, o que ha ido allí porque le está esperando una nave blanca… Algo por el estilo.

—…

—¿A qué se refiere? ¿Lo sabe? ¿Por qué ha puesto esa cara?

—¿Qué… qué cara?

—Esa que ha puesto… Se le ha cambiado la cara por completo.

—No, es que me duele la pierna, me gustaría moverme.

—No es eso. Seguro que sabe lo que significa.

—No, de verdad. No tengo la menor idea… es…, creo que es mejor que sigamos viendo el piso.

CALLE CEDACEROS

Madrid es difícil de usar.

MARTÍN CAPARRÓS

—Según Google Maps, esta calle es ahora el centro exacto de Madrid, y no Sol.

—¿Y eso qué importancia tiene?

—Pues toda. Ya no es el Ayuntamiento quien toma las decisiones espaciales sobre Madrid. Ahora es la georreferenciación de Google.

—…

—Y si en el centro exacto de Madrid conectas Google Street View el panorama es desolador: se ve justo esa tienda horrorosa de la esquina.

—Pues vaya imagen que vamos dando.

—Hoy en día se hace más por Madrid reformando esa tienda y diciéndole a Google que actualice la foto, que con uno de esos planes urbanísticos que sólo sirven para fomentar la corrupción.

—Te iba a decir que exageras, pero quién sabe.

LAS ROZAS. PARQUE EMPRESARIAL

El curso circular de la producción

HERMANN BROCH, *La muerte de Virgilio*

Frente a la puerta del nuevo y flamante edificio se arremolinaban nerviosas no menos de trescientas personas, girando sobre sus propios pasos, alisándose el pelo, hablando por el móvil, mirándose unas a otras. Eran de todas las edades y sexos, si bien predominaban dos grupos de población: jóvenes de en torno a veinticuatro años, buscando su primer trabajo, y adultos desempleados de cincuenta, en busca del último. No parecía haber nadie de la empresa convocante. Tampoco se detectaba movimiento alguno en el interior del edificio blanco.

Las personas mayores esperaban en silencio, serias, fumando o mirando al suelo. Los jóvenes se agrupaban, reían estentóreamente y se pavoneaban unos delante de los otros, palpando con disimulo las cartas de recomendación alojadas en el bolsillo interior de su chaqueta.

Las puertas se abrieron de forma automática y fueron entrando, aunque nadie les indicó que lo hicieran. Todo en el amplio espacio interior estaba iluminado y reluciente: el medio centenar de mesas impolutas, los teléfonos nunca levantados, los ordenadores intactos, los estantes casi vacíos, todo parecía recién despertado a la vida. No había nadie dentro. Los aspirantes penetraron sigilosos, sin saber qué hacer, muy pegados unos a otros, observando todo en un silencio combinado con murmullos aislados y risas nerviosas.

Pasaban los minutos y no aparecía persona alguna que les dijera lo que tenían que hacer; tampoco había letreros ni pantallas, y la megafonía —si es que la había— no se pronunciaba al respecto. Así pasaron varios minutos al principio y bastantes después. Poco a poco fueron conquistando el lugar. Iban sentándose en los sitios disponibles, o curioseaban por los pasillos, o visitaban por gusto los servicios. Otros hacían guardia frente a las puertas o ventanas, a la espera de ver llegar a los contratantes. Algunos se sentaron en los despachos grandes, venciendo algún tipo de timidez o reparo, e

incluso un chico se permitió poner las piernas sobre la mesa tras sentarse en el confortable sillón de cuero. Todos intentaban sin éxito poner en marcha el ordenador que había en cada mesa, que se mantenía apagado e inaccesible, sin botones de contacto.

A las dos horas comenzaron a producirse movimientos extraños. Algunos se habían ido —sólo tres o cuatro—, perjurando sobre la falta de puntualidad y rigor del empresario. Otros comenzaban a ponerse visiblemente nerviosos y se agavillaban. Si se oían voces en algún sitio, todos miraban en esa dirección, por si el sonido tenía su origen en algún contratante que intentaba poner orden y comenzar el proceso. Otros señalaban de pronto a la persona con la que llevaban toda la mañana hablando y le apuntaban con el dedo diciendo *Tú eres uno de ellos, me estás poniendo a prueba*, y comenzaba un tenso diálogo absurdo. Grupos de personas entraban en un despacho creyendo ver en quien estaba dentro un gesto de autoridad o de conciencia de la situación.

Ella distinguió, situado en un estante, un aparato etiquetador, hecho que le sorprendió. No parecía que hubiera muchas cosas que etiquetar por allí. No se veían productos, sólo los objetos normales de una oficina. Y de improviso recordó que, en algún armario, había almacenadas hojas con listas. Se preguntó dónde había podido ser, y pensó que quizá las vio cuando fue al cuarto de baño por vez primera. Rehízo el camino y, en efecto, en uno de los anaqueles del pasillo estaban los listados. Resultaron ser hojas con códigos de barras. En la primera hoja ponía «Terminales telefónicos», y luego sólo códigos de barras y números correlativos de referencia, durante tres folios. No los cogió. Caminó hacia la mesa más próxima y levantó el teléfono. El hombre que estaba sentado en ella, echado hacia atrás sin hacer nada, se levantó y le dijo, *¡Eh, ese teléfono es mío!* Ella simplemente se quedó mirándolo muy seria, con el teléfono en la mano. El tiempo suficiente hasta que él se sintió inseguro, se sentó otra vez y dijo en un tono mucho más sosegado *Bueno, es realidad no es mío*. Ella volteó el aparato y no vio señal ninguna de inventariado o identificación. Lo dejó en la mesa de nuevo y echó una mirada en torno, calculando a ojo el número total de terminales. Mientras volvía hacia las listas, calculó las etiquetas disponibles, unas cincuenta. Tomó los folios y se dirigió con ellos hacia el estante que estaba en el otro extremo de la amplia sala. Varias personas la vieron moverse y les sorprendió menos la seguridad con la que caminaba que el hecho de llevar *papeles* en las manos. ¿Alguien estaba repartiendo hojas? ¿Acaso algunas personas sabían ya lo que tenían que hacer y conocían su función? Algunos la siguieron con la mirada, aunque la mayoría seguían enfrascados en su ocupada nadería. Tomó con diligencia el etiquetador, separó la primera tira de etiquetas, la colocó en su lugar, y comenzó a levantar

teléfonos y etiquetarlos por debajo. Todos los que fueron presenciando la escena se quedaron mudos y detenidos, como fulminados por un rayo. Alguien había roto el orden, o más bien el desorden. Ella continuó etiquetando los artefactos, uno por uno. La mayoría de personas callaba, pero algunas soltaban comentarios interrogatorios o despectivos: *¿Quién te ha dicho que hagas eso? ¿Eres una de ellos? Eh, ¿qué haces con el teléfono? Mira, una listilla ¿Puedo ayudarte? ¿Has pedido permiso a alguien?* Ella continuaba impertérrita, como sin oír lo que decían, aunque lo oía. Sólo miró a los ojos al hombre mayor que le ofreció amablemente ayuda, y le devolvió una sonrisa.

Cuando Paula terminó su etiquetado, los teléfonos hicieron un ligero ruido, todos a la vez, y los aspirantes se dieron cuenta de que había línea. Quienes tenían un terminal a mano comenzaron a hacer pruebas. Marcaban números al azar, o llamaban a casa, deseaban decirle a alguien *Cariño, estoy aquí, sigo intentándolo*. No había posibilidad de conexión al exterior, pero sí interna. Podían llamarse unos a otros, aunque al principio no lo sabían. Las conversaciones eran parcas y algo sosas, *Dónde estás, yo en la planta baja, yo también, ¿dónde?, al lado de la máquina de café, ah ya te veo*. Ella recibió una llamada en el teléfono adjunto y la cogió.

—Sí, dígame, en qué puedo ayudarle.

—Hola. No sé qué estamos haciendo aquí.

—Esperar, imagino.

—Sí, eso lo veo. Pero no sé a qué esperamos.

La voz era un hombre que parecía estar en torno a los cincuenta y dos años.

—Lo sabremos al terminar de esperar.

—Y… ¿y si no se termina? ¿Y si es una broma? ¿Y si es un programa de televisión, uno de esos *reality shows* absurdos para entretener al público con crueldad psicológica?

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque hay… cierta lógica.

—¿Cómo?

—Sí, creo que esto tiene algún tipo de sentido, aunque aún no sepa cuál.

—…

—Tiene usted miedo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Francisco.

—Yo soy Paula, Francisco.

—Me alegro de hablar con usted, parece usted tranquila.

—Intento mantenerme ocupada.

—Mire, allí arriba, en el despacho, se está agrupando la gente.

—No es nada, ya verá. ¿Quiere usted el empleo, Francisco?

—Más que a mi vida.

—Entonces hágame caso: continúe sentado donde está, trabajando.

El sol fue cambiando su inclinación a lo largo de las horas siguientes, subrayando en amarillo los rostros de los aspirantes, unos cada vez más preocupados, otros cada vez más inexpresivos y aburridos. Una mujer le dijo a una adolescente que estaba en la mesa contigua *Éste es un sitio precioso para trabajar*. Ella le contestó *Me gustaría ser tu compañera*. La señora sonrió. Varios jóvenes ruidosos se hartaron de esperar y sin darse cuenta fueron saliendo, buscando una cafetería próxima donde continuar la conversación. Como sépalos marchitos, personas de todo tipo iban cayendo por la puerta hacia la calle, sin prisa, sin armar escándalo. Algunos lo hacían con una sonrisa misteriosa, por si les estaban grabando. Otros pensaban ya en otra entrevista que tendrían al día siguiente, en otra parte de Madrid.

Paula, desde uno de los pasillos elevados de la planta superior, se dio cuenta de que habría que desplazar un poco las mesas de la zona noreste para evitar la luz de primera hora de la mañana. También pensó en el mejor sitio para instalar la fotocopiadora y la máquina de café. Bajó y movió un par de mesas, solicitando antes permiso a sus detentadores, hasta crear un hueco espacioso junto a una ventana. Nadie dijo nada, pero todos observaron sus actos y entendieron instantáneamente lo que pretendía.

Uno de los empleados, mirando el teléfono encima de la mesa, tuvo una idea. Levantó el auricular y marcó el mismo número que aparecía en el anuncio del periódico. Después de tres tonos, contestó una voz de mujer.

—Sí, dígame.

—Hola… estoy llamando por lo del trabajo.

—Ha tardado usted media hora más de lo que esperábamos, pero está dentro del plazo establecido. Será usted el administrador, o el jefe de Recursos Humanos, lo decidiremos cuando veamos detenidamente su currículum.

—Se lo agradezco mucho.

—¿Su nombre?

—Rogelio Cano Jordano.

—Perfecto, nos ponemos manos a la obra. Rogelio, ¿ha localizado ya a la persona que va a estar al frente?

Rogelio buscó con la mirada a Paula y la encontró mirando con atención a las luces del techo, como midiendo algo.

—Sí.

—Bien. Acérquese a esa persona y dígale tan sólo: «Es la hora».

—Así lo haré.

—Mañana hablaremos, Rogelio. Gracias.

—Gracias a usted.

Paula entró acompañada de Rogelio en el despacho donde ponía Dirección. Un hombre atribulado estaba sentado con los codos apoyados en la mesa, la cabeza gacha, la mente puesta en el infinito. Ella le dijo *Perdone, creo que éste es mi despacho*. Él se levantó como un resorte. Le dijo *Disculpe* y ella contestó *No hay problema. Su sitio está allí, lo ve, junto a la ventana. Es uno de los mejores, le gustará*. Él se la quedó mirando como si fuera una extraterrestre. Y comenzó a sonreír. Le tendió la mano, y le dijo *Gracias… gracias, gracias. No la defraudaré*. Ella dijo *Lo sé. ¿Cómo se llama? José, Pepe*, dijo él. *Bienvenido*, dijo ella. Él descendió a la planta baja. Se sentaron en sus respectivos sitios.

A última hora de la tarde ya sólo quedaba una persona por puesto. Las demás se habían ido marchando, unas cabizbajas, llorando otras, enfadadas la mayoría por lo que consideraban una pérdida de tiempo. Estaban todos en silencio, esperando, mirando a las pantallas o esperando a que sonara el teléfono. Todos estaban determinados a esperar lo que hiciera falta. Fue entonces cuando se encendieron las pantallas de todos los ordenadores a la vez, y en ellas apareció la misma frase: *Enhorabuena, está usted contratado. Le esperamos mañana a las ocho. Pulse aquí y rellene el impreso de datos personales que hallará en la siguiente página. Después puede irse a casa.*

CALLE HILARIÓN ESLAVA. PUNTO RADIO

Se le amontonaba la ciudad, se le hacía pedazos en la cabeza.

CARLOS FUENTES, *La región más transparente*

—Ayer, de madrugada, un suceso conmovió el madrileño barrio de Moncloa. Un perturbado mental recorrió la calle Hilarión Eslava, ametrallando con un subfusil decenas de ventanas de los edificios, cuyos inquilinos se despertaron aterrados. Tras ser reducido por fuerzas de la Policía Nacional, el enajenado declaró que lo había hecho «para despertarlos, porque vivían dormidos».

CALLE MONTERA

Nosotros solos como el frío solos
nos ponemos Montera por montera
con este infierno helado por los rostros
y un poco de dinero en el bolsillo
que acorte estas derivas sin mañana

ellas que bailan quietas con los bolsos
fulgentes de charol como los charcos
helados tiritando entre la niebla
besándonos quizá por el dinero
quizá por el resguardo del abrazo.

CALLE GENERAL MARTÍNEZ CAMPOS

Yo sólo quería encontrar una carretera entre sus ojos y los míos

JOSÉ LUIS AMARO, *Fronteras de niebla*

Apura el cubalibre hasta el fondo. Mientras lo termina le parece ver reflejados sus ojos en el culo del vaso. Eleva la vista al techo para evitarlos. La decoración de luces doradas y tenues del bar produce la sensación de que todos están sumergidos en el interior de un tanque de cerveza. Se dirige a la barra. Los camareros parecen estatuas mudas con brazos de molino; a sus espaldas toda la pared del fondo de la barra es un espejo. Tampoco ahí quiere mirarse. Observa el menudo lodazal que el polvo y los restos de copas han conformado en el suelo donde pisan los camareros. Uno de ellos se le acerca y le pregunta qué quiere. Mientras responde, cree advertir algo extraño en el espejo del fondo. El camarero se va y él mira por el espejo retrovisor: hay una chica joven muy hermosa a sus espaldas, con un vaso en la mano. Parece perdida. La gente, piensa él, la pone triste. Se vuelve hacia ella y algo en su pecho se remueve. Ella levanta la vista para beber y se encuentra con su mirada. No se esquivan. Ninguno se parapeta tras un muro. Él sonríe, y ella un poco después. Yo lo alegro, piensa ella. Me acuerdo de ti, piensa él. Hay mucho tráfico en el pub, decenas de obstáculos, pero no los suficientes.

CALLE PAREDES. ACADEMIA DE MATEMÁTICAS

[Poética #2]

πr^2

NUEVA YORK. LONG ISLAND

—¿Y eso cuándo fue?

—Pues… no recuerdo bien, supongo que a principios de los noventa.

—Serías una cría por entonces.

—Sí, lo era. Bueno, ¡lo sigo siendo!

—Claro, claro.

—No como tú, que estás hecho un viejo.

—Gracias, tómate algo.

—Lo haría si la casa tuviese nevera.

—¿No tiene?

—No.

—Ni nada, por lo que veo.

—La mayoría de casas donde me dejas dormir están vacías. Aquí los únicos muebles somos tú y yo.

—Por la parte que te toca, la decoración es preciosa.

—Adulador. No necesitas decir nada para seducirme. Si no me he lanzado ya encima de ti es para disfrutar aún más del deseo que siento.

—…

—Y esperaré aún más… Quiero saber qué hacía un chico guapo como tú a principios de los noventa. ¿Estabas en una liga de debate universitario, lanzabas bolas de béisbol, o preparabas tu futuro en el mundo de los negocios inmobiliarios?

—Ninguna de las tres cosas.

—¿Violabas cabras?

—¿Cómo se te ocurren esas cosas?

—Los que parecéis chicos buenos sois los peores. Todos los psicópatas encuentran siempre un vecino que los defiende.

—En los noventa me dedicaba a viajar por todo el país siguiendo a Bob Dylan.

—¿Sí?

—Sí, mi padre se acercó a mí un día con treinta mil dólares en la mano y me dijo: «Desde hace tres generaciones, los Johnson tenemos la costumbre de pasar un año, antes de cumplir los veintiuno, haciendo lo que queremos. Mi padre ahorró para que yo lo hiciera, su

padre lo hizo con él, y tú lo harás con tu hijo. Es como una despedida. Aprovecha este dinero, mídelo, porque no puedes volver a casa hasta dentro de un año».

—No te puedo creer.

—Yo tampoco, pensé que era una broma, hasta que el día siguiente me encontré con mi mochila llena de ropa junto a la puerta. Mi madre me había preparado una bolsa con comida y bebidas, y me la entregó sonriendo, parecía contenta. Al darme el beso de despedida, me dijo: «Cuando vuelvas, serás tú de verdad, el hombre que vas a ser durante el resto de tu vida. Pensar en la importancia de ese cambio es lo único que me impide echarme a llorar como una tonta». Yo tenía claras dos cosas: una, que deseaba conocer los Estados Unidos por completo, estado por estado; otra, que necesitaba un guía. Apenas dos horas después de salir de casa, me topé con un cartel que anunciaba que en tres días comenzaba la gira de Dylan en Denver. Lo entendí como una señal. Cogí el Greyhound hacia Colorado y dejé atrás Minnesota, mi familia y mi adolescencia. Cada concierto era un descubrimiento, como si Dylan hubiera escogido el repertorio sabiendo que yo necesitaba sus letras como faro, encajando como un guante en mis sentimientos. Nunca hizo dos veces el mismo espectáculo. Llegaba al escenario y variaba las canciones; de pronto tocaba temas antiguos, o hacía versiones de Hendrix o los Beatles. Entendí que Dylan necesitaba, como yo, reinventar cada ciudad, no repetir, seguir creciendo. Cada letra era un poema que me lanzaba adelante en mis ideas, cada ciudad un jalón, un hito en un mapa que iba a terminarse en Nueva York. Nueva York cerraba la gira, y yo entendí el mensaje: éste es el final, ése es el sitio. A lo largo de ese año comprendí la importancia del espacio en general y de la casa en particular. No tener lugar fijo de residencia, errar por moteles durante doce meses, da mucho que pensar; sé que sabes a lo que me refiero, porque tú lo haces cada día. Estás tan guapa cuando escuchas. La casa es como la concha del yo, es lo que te sitúa, lo que detiene la circulación, lo que te saca del movimiento. Mientras viajas sientes, pero no eres. Las sensaciones continuas te distraen, te impiden *centrarte*. No conoces tu verdadera identidad hasta que te detienes. Yo salí aquella noche de diciembre del Madison Square Garden rodeado de ochenta mil personas felices, sonreí mirando a los rascacielos iluminados, recordé la letra de la canción con que Dylan había cerrado la gira y me dije: ya está, ya lo tienes. Nunca regresé. Encontré trabajo en mi inmobiliaria actual al día siguiente. En la entrevista, les impresionó que les dijera: «Miren, he nacido para esto. Sé lo que importa una casa, sé cómo convencer a los demás de que es imprescindible.» Era la primera vez que veían un aspirante con una vocación real para el oficio, ni ellos mismos la tenían. Me dieron el puesto. Nunca he vuelto

a Minnesota. Les pago dos billetes de avión al año a mis padres para que vengan a verme. Eso es todo lo que he hecho desde los años noventa.

CALLE DEL ACUERDO

También la conciencia produce desperdicio

YOLANDA CASTAÑO, *La egoísta*

Aquí nomás, como siempre, bateando pura pinchi basura.

JULIÁN HERBERT, *Cocaína (Manual de usuario)*

Con movimientos terriblemente pausados, ejecutados como a cámara lenta, baja hacia el portal con la bolsa de la basura en la mano. En el descansillo del segundo se detiene, apoya el hombro contra la pared y se toca la cabeza. Justo ahí dentro, entre dos neuronas, se repiten los dos instantes clave de hoy, como cortometrajes emitidos sin solución de continuidad en un circuito cerrado. Toma uno, oficina, interior, día: su jefe, diciéndole que su contrato de seis meses está próximo a terminar y que no requerirán sus servicios una vez acabe. Toma dos, casa de Maxi, interior, tarde: Maxi diciéndole que es culpa suya, que no ha hecho lo suficiente, que ha sido díscola y ha llegado tarde demasiadas mañanas por quedarse dormida y que, en cierta forma, se lo merecía. Como si ella lo hubiese buscado, en resumen. Ese corto no ha terminado ahí: ella le ha preguntado a Maxi a cuento de qué viene ese odio, cómo se le ocurría hablarle así, el mismo día en que la echan a la calle, usada como un objeto, explotada durante cinco meses y medio. El silencio de él lo ha delatado. Ella se ha puesto a tirar del hilo y el cortometraje que no deja de ver termina con Maxi dejándole saber que está cansado de ella, y ella preguntándole que si quería cortar con ella y no se lo decía por lástima. Bueno, en realidad la cinta termina con el *sí, es exactamente eso*, pronunciado por él con la cabeza gacha. El trabajo-basura le ha durado, se dice ahora con una sonrisa helada, más que el novio. El último tramo de escaleras y la salida de la casa se le hacen cuesta arriba, en vez de cuesta abajo, y la bolsa de basura parece pesar quintales bajo su brazo. Deja atrás un par de coches y se acerca al contenedor. Tira la bolsa dentro, observa una caja de refrescos vacía tirada en la acera y la acerca. El efecto de las pastillas está siendo más

rápido de lo que creía, y todo es extraordinariamente lento y difícil. Logra subirse, abre de nuevo la tapa del contenedor hasta que se queda fija. Toma impulso. Se mete dentro. Cae contra las bolsas de desperdicios. Sus párpados se están cerrando. Se incorpora. Al tacto, busca la tapa del contenedor. La cierra muy despacio. Se sienta en el interior, ya casi dormida. Afuera, exterior, noche.

GIBRALTAR

Estoy casi seguro de que ha sido él. Me hizo invertir en bitcoins el día antes de que se desplomasen. Él tenía información, seguro. Debió de vender ese mismo día, antes de la caída, no es normal que justo entonces comenzara a pagar proveedores y a invertir en edificios para convertirlos en apartamentos turísticos. Menos a mí, que era su socio, le dio pasta a todo el mundo.

Si tan seguro estás de que te estafó, ¿por qué no lo denuncias?

Porque hice la inversión en negro, no puedo ir a la poli con el cuento.

Ya. Se me ocurre algo, no sé, por probar… ¿por qué no intentas contactar con Álvaro Guerra? ¿Sabes quién es?

Ni idea.

Es un detective privado, antes era arquitecto, pero se le daba mejor averiguar casos. Al principio compatibilizaba las dos ocupaciones, pero tras la crisis de 2008 se puso exclusivamente a investigar por su cuenta. Es bastante conocido por haber ayudado a la policía en algún asunto.

¿Y crees que puede ayudarme?

A ver, parece un tío legal, y a lo mejor no le hace gracia lo del dinero en negro, pero tú no has estafado a nadie. Bueno, a Hacienda, pero…

Hacienda no es nadie.

Eso, ja, ja, tal cual. No será difícil contactar con él, no pierdes nada.

No sé. ¿Tan bueno es?

Una vez, viajando por Asturias, leí un reportaje sobre él. Allí es casi una celebridad. Comentaban en el diario un caso que le dio fama en 2020, un entuerto que resolvió en media hora sin moverse de su salón. Durante la pandemia, en pleno confinamiento, un hombre, pongamos que se llamaba Pepe, había aparecido muerto en el chalet de alquiler donde vivía. Estaba todo cerrado por dentro, pero a través de la rejilla de la ventilación de la chimenea comenzó a salir una peste que alertó a los vecinos. Con muchas dificultades, porque este Pepe era un paranoico de la seguridad, quizá temía que fueran a por él, los bomberos entraron y lo descubrieron muerto en el salón, con el cuello

tajado, rodeado de un montón de cajas y bártulos de todo tipo, pero no había arma homicida ni huellas de ninguna otra persona. Lo único raro que encontraron fue, en una ventana del salón, bastante alejada del cuerpo, un agujero de dos o tres centímetros de diámetro. Tras darle mil vueltas a la escena, criminalística se rindió y el comisario llamó a Álvaro Guerra. Guerra pidió datos y fotos y colgó tras decirle al comisario que le devolvería la llamada. Algo que hizo treinta minutos después. Guerra dedujo que, por el tiempo pasado desde el crimen, el propietario ya estaría buscando nuevo inquilino, así que entró en Idealista y, gracias a los datos en su poder, encontró fácilmente el chalet. Estudió con detalle las imágenes, centradas en la vivienda y no en el cadáver, y advirtió un minúsculo agujero junto a una puerta. Luego localizó el perfil del tipo muerto en su red social, y husmeó entre sus fotos y textos. Ató cabos, llamó al comisario y le explicó que debían buscar a un amigo del asesinado, que tendría en su casa un dron con un hilo de acero enrollado. El poli estuvo a punto de enviar los agentes a Guerra, para detenerlo por majara, pero Guerra le facilitó unos datos con tal convicción que no tuvo más remedio que pedir una orden judicial y mandar a los agentes al domicilio del tipo señalado por el detective. Allí encontraron el dron, con restos de sangre de Pepe en el hilo y el tipo se derrumbó, confesándolo todo.

No entiendo nada.

Te lo resumo, que me estoy enrollando, es que no es fácil de sintetizar. Guerra pensó que el agujero junto a la puerta del salón podía provenir de un cáncamo o alcayata arrancados de cuajo. Y había visto vídeos compartidos por Pepe, que lo mostraban corriendo a toda pastilla en patinete eléctrico por dentro del chalet. Uno de sus amigos en especial festejaba mucho sus hazañas, megusteaba todos los vídeos y le hacía preguntas concretas, como el tiempo que tardaba en cruzar la casa. Luego se supo que ese tipo estaba metido con Pepe en un tema de contrabando y sabía que Pepe se la jugaba. Pero Pepe no lo sabía aún, y por eso estaba confiado. El amigo visitó a Pepe para que guardase en el chalet un fardo de tabaco, y mientras Pepe lo enterraba en el jardín, el amigo entró con la excusa de ir al baño y practicó dos agujeros, el de la pared con un berbiquí, a 1,69 m. de altura, y otro en la ventana del salón con un pequeño láser. Introdujo una alcayata firme en el hueco de la pared, le anudó un hilo de acero tan fino que resultaba invisible, y sacó el otro cabo por el orificio en la ventana, dejando el cable holgado para que cayese al suelo y pasara desapercibido. Luego se despidió de Pepe y se largó. Por la tarde, aparcó junto al chalet, le envió a Pepe un mensaje público en la red, donde le desafiaba a que bajase un segundo su tiempo en cruzar la casa, y Pepe aceptó. El ya casi examigo salió del coche, tomó un enorme dron del maletero, y lo hizo sobrevolar la verja y posarse en

un ángulo muerto del jardín; él saltó la valla y acercó el dron a la ventana del salón, le ató el otro cabo del cable, esperó a oír el motorcillo del patinete y entonces elevó el dron, tensando con cuidado el cable al máximo. Lo demás es historia. Cuando notó el tirón, movió bruscamente el dron en el aire, y tanto el cable como la alcayata salieron con limpieza de la casa. Ninguna pista por fuera, ninguna prueba por dentro. Crimen perfecto, debió pensar.

Pero no, por lo que cuentas.

El periodista le preguntaba a Guerra si le preocupaba que los delincuentes detenidos gracias a su cooperación pudieran vengarse de él tras cumplir condena. «No creo —venía a decir—, primero, porque espero que aprendan algo en la cárcel; segundo, porque los vería venir. Yo sé cómo piensan ellos, pero ellos no saben cómo pienso yo. Eso me da toda una vida de ventaja.»

CHICAGO. O'HARE INTERNATIONAL AIRPORT

Al llegar a la enorme sala de las puertas de embarque se sentó frente a una chica. Quizá la eligió por parecerle, por algún extraño motivo, española. Ella lo estaba mirando fijamente, como enfadada.

—No pareces muy feliz.

Le dijo ella. Él se sorprendió. Suspiró levemente y decidió entrar al trapo.

—No lo soy. Acabo de llegar aquí, después de dejar mi trabajo en España.

—¿No te llenaba?

—Tuve un problema. El caso es que me he venido, totalmente desorientado, para trabajar en una empresa tabaquera. Un empleo mucho peor que el que tenía, y sin saber demasiado bien qué pinto aquí. Sebastián, por cierto.

—Sonia. ¿Hay alguien que venga a Estados Unidos de otra forma?

—Yo diría que tú viniste huyendo de alguien.

—No exactamente, aunque no vas muy desencaminado. Pero fue más un dejar atrás que una huida. Eso ya pasó. Trabajo desde hace tres años aquí, en la Universidad de Chicago. Mi problema es que llevo dos años con la misma persona. Lo quiero, sí, pero la pasión ha desaparecido. Me siento atraída por otros hombres. ¿Qué se puede hacer en ese caso?

—Hum, no sé, Sonia… ¿Encontrar a alguien con el mismo problema y tener sexo esporádico con él, conscientes ambos de que a ninguno de los dos les interesa que las cosas cambien?

—… Puede ser. De hecho, es lo que vengo proponiéndome hacer desde hace unos meses.

—Pero tienes miedo. De dar el paso, y proponérselo a alguien en concreto.

—Es para tenerlo.

—Temes perder.

—Tú no, Sebastián. Eso es algo que admiro de ti.

—Es muy fácil no tener miedo a perder cuando no tienes nada realmente valioso. Eso es lo que envidio de ti Sonia: tú lo tienes. Y

luchas por conservarlo.

—Suena bonito cuando lo dices.

—Es más bonito tenerlo, créeme.

—Entonces, ¿qué hago?

—Yo no soy psicólogo, querida, soy un hombre, y te digo: haz lo que apetezca, pero sin poner en riesgo lo que quieres. No te vayas con hombres mayores. No te vayas con gente de Cuenca. No te líes con tipos que te atraigan de verdad. Sé práctica, para poder seguir siendo irracional y romántica.

—Ajá. Tomo nota de tus cinco recomendaciones. Pues éste es mi consejo para ti: no te quedes.

—…

—No te quedes aquí, Sebastián. Vuélvete a España. Es imposible aguantar en este país mucho tiempo sin una razón.

—Quizá ahora la haya…

Se miran con intensidad cinematográfica. Ella se reclina hacia atrás. Él dice:

—¿Cuándo tomas el próximo vuelo?

—No voy a decírtelo. Ni vamos a seguir hablando.

—¿Tienes miedo?

—No. Sólo voy a hacer caso a tu cuarto consejo.

CALLE MIRILLAS CON LOPE DE AGUIRRE. RESTAURANTE

—Mira a tu alrededor. Estamos en un local lo suficientemente grande como para que en él se resuma la vida completa; hay dieciocho mesas y apenas setenta personas, pero caben todas las posibilidades. Allí, una familia unida, que celebra su reencuentro al completo: todos hablan y todos sonríen. Allí, frente a la chimenea, la familia desunida, que se reúne por mera rutina navideña: hablan de uno en uno, y los demás escuchan sin demasiado interés, distraídos. Junto a la ventana, mirando invariable a su través, el solitario, que esquiva de ese modo la ausencia de soledad del resto de comensales. Quien está solo pide siempre las ventanas, también en los trenes y los aviones, para acompañarse del mundo exterior. Mira esos dos jóvenes. Son hermosos. Es su primera cita, su primera cena: él sonríe porque le va a pedir después que duerman juntos; ella sonríe porque le va a decir que sí. Están en otra dimensión: los felices tienen el mundo dentro. Aquella otra pareja, más adulta, sobre los treinta, cruzó algunas palabras al llegar, pero ya no hablan desde hace un rato: se miran a veces, duramente, esquivando los ojos del otro. Saben, o sospechan, que ésta es o puede ser su última cena, que pronto pedirán la mesa junto a la ventana. Ahí, justo a nuestro lado, está el matrimonio en plenitud, con su hijo de dos años, curioso y manazas, al que observan con adoración. A su izquierda, la cena informal de negocios, con los enchaquetados que, ya logrado el acuerdo, comienzan a contar chistes sobre el oficio y a pedir vino; dentro de tres horas irán a una barra americana, para recorrer el frustrante filo de la infidelidad platónica. Al fondo, la mesa de los dos amigos, la de las tres amigas que asaetean verbalmente a sus novios mientras desensartan la brocheta, la mesa —algo en penumbras— del padre y del hijo, la mesa de cumpleaños, la cena de despedida, la de partición amistosa de herencia, la camarilla política, la mesa de los hombres del campo, la de los turistas. Y las mesas que cierran el círculo: la nuestra, en la que se habla del microcosmos del restaurante, y la de aquel chico de negro, solo, que lo escribe.

BARCELONA. GRAN VÍA DE LES CORTS CATALANES

—045, Prat.
—De acuerdo, 045. Servicio en Carrer de Puigcerdá.
—032.
—032, buen día y buen servicio.
—Ok.
—048, anule.
—…
—048, ¿me ha recibido? Confirme, por favor.
—Recibido y anulado.
—Gracias, 048. Servicio en Diagonal 558.
—006 en Gracia.
—006, entendido. Uno en parc de la Ciutadella.
—226.
—226… buen día y buen servicio.
—335.
—335, ¿perdone?
—Yo estaba antes. Estoy a dos calles.
—335, por favor, espere. 226 ha contestado antes.
—Mira, sabes que llevo por este barrio desde las ocho.
—018 a Sagrada Familia. 335, ahora le busco un servicio; por favor, espere.
—Siempre haces lo mismo con él.
—Por favor, Jaume…
—¿Es que ya se te ha olvidado lo que te hizo? ¿Le has perdonado?
—¡Jaume, hay clientes escuchando!
—¿Estáis juntos otra vez?

CALLE LA PALOMA

seguir vuelta a vuelta en mi memoria las espirales de mis errores

SAN AGUSTÍN, *Confesiones*

Junto al semáforo sonríe feliz. Hoy va a ser un gran día, piensa. Acabará pronto en el trabajo, y tomará un café con Luis, a quien hace tiempo que no ve. Luego ha quedado con otros amigos para jugar al mus toda la tarde en su casa. Mira la acera de enfrente. Una chica hermosa. Otra que no dormirá con él. No le importa. Está contento. Ve las ropas marengo de las personas y los edificios que intentan levantar el vuelo frente a él, las ropas grises metalizadas de los coches, la vestimenta perla de las nubes. No le importa. Está contento. El semáforo va a cerrarse.

Justo en el cambio al amarillo, pasa, acelerando, un enorme autobús de una conocida línea de viajes internacionales. Por sus ojos despistados ve pasar, dibujada en su costado, una playa caribeña. Una palmera gigante, el agua azul, una chica rubia en bañador tumbada frente a las olas. El autobús termina de pasar. Se queda mirando a la otra acera. Cruza conminado por el movimiento sincrónico de las otras personas. Al llegar al otro lado comienzan a importarle el gris de las aceras, el gris de los rostros, la suciedad de las palomas que como puntos de ceniza se dibujan contra el lienzo grisáceo del cielo. Y no, ya no está contento. En absoluto.

AZCA

Camino por un túnel para observar Madrid desde abajo. Sólo hay cemento: arriba, en el suelo, en derredor. Los conductores que pasan a ciento diez por hora en una zona limitada a cincuenta me miran como si yo estuviera loco.

CALLE VICENTE FERRER

En mi propia ciudad duermo en hoteles.
Siempre equivoco el sexo del aseo
o se me olvida todo lo que leo
y pido insumisión en los cuarteles.
Yo, que me reconozco en los paneles
del metro, entre mis fotos no me veo;
descubro la ciudad cuando paseo
y firmo con apodos mis papeles.

Preguntan mis amigos: ¿*tú quién eres*?
Sorprendo un gris anciano en el espejo
que me susurra nombres de mujeres.
No sé quién mirará si llego a viejo.

Si logro hallar mi casa, derrotado,
me vengo al dormitorio de invitados

SANTANDER. PENÍNSULA DE LA MAGDALENA

—Pero no me queda claro cuál es el argumento que se propone escribir.

—No crea que yo lo tengo demasiado definido, tampoco. Sólo tengo una imagen clara, que no se me quita de la cabeza. Ese hombre neolítico, en plena noche, mirando al cielo con siete dioptrías de miopía en sus ojos, sin ver apenas nada, pensando que el mundo es absolutamente borroso, un cuadro impresionista sin detalles. Y la mujer neolítica de vista perfecta que lo acompaña y que, en su lenguaje, supongo que hecho de gestos y de ruidos, le explica su felicidad ante la contemplación de las estrellas. Estamos en el año 6000 antes de nuestra era y no se conocería el vidrio hasta el 3500, de modo que no había forma de corregir las deficiencias visuales. Sólo tengo en mi imaginación esas dos figuras, ancladas bajo un cielo perfecto carente de contaminación lumínica, con la Vía Láctea sobre sus cabezas. Una puede admirar toda su magnificencia; él, en cambio, sólo puede percibir una luminosidad difusa. Y ahí están ambos en mi cabeza, bajo el cosmos iluminado, sin saber de qué modo resolver la trama narrativa. Me siento un poco como ese joven neolítico: incapaz de ver lo que sigue, incapaz de entender con claridad el lugar de ese instante en la secuencia del mundo.

CALLE HUMILLADERO

Tal es Madrid por adentro y tales algunos maridos por afuera

CRISTÓBAL DEL HOYO, en 1745

Su esposa duerme, totalmente envuelta en vendas, en el dormitorio. En la clínica le han dicho que la recuperación no le llevará más de tres semanas, y que para dentro de un mes podrá lucir en toda su plenitud los nuevos implantes de silicona del pecho, los *liftings*, el estiramiento facial, el acortamiento de barbilla, la liposucción de los muslos, el trasplante de piel en las nalgas, el blanqueamiento del esfínter, la toxina botulímica. Entre las manos tiene el trozo de piel, traslúcido y mustio, que les han regalado los cirujanos como recuerdo. Lo eleva y lo extiende ante sus ojos. A través de él, distorsionada, ve reflejada su propia imagen en el espejo del cuarto de baño.

PASEO EN COCHE CON PABLO PICASSO DESDE LA PLAZA PABLO RUIZ PICASSO HASTA EL MUSEO NACIONAL DE ARTE REINA SOFÍA

—Menos mal que ha sido usted tan amable de sacarme de ese lugar… me estaba poniendo de bastante mala leche… *Merde*… No debería decir estas cosas.

—No se preocupe.

—Es que no me gustan estas *boutades*… los homenajes, ¿sabe?, la posteridad. Es un cadáver más, y poco exquisito. Si quieren rendirme pleitesía, vayan a ver mis cuadros.

—También lo hacen, o lo hacemos.

—Pues con eso basta. Lo importante es la obra. Lo demás es *merde, merde.*

—¿Entonces no le ha gustado la plaza? Digo como obra de arte.

—Pues no. Incide en mí, y no en la obra de Picasso. Hubiera preferido, por ejemplo, una plaza que fuera un estudio de la ciudad en general, una arquitectura que fuera un *avant sur l'arquitecture*. Eso sería picassiano. Esa torre enorme parece un, cómo lo llaman ustedes, un código de barras estirado.

—…

—*Vraiment*, ¿qué han hecho con la ciudad? Han mezclado estilos sin criterio. ¿Y esas lonas sobre los edificios en construcción? ¿Qué son, publicitarias? Buf… Acabarán poniendo publicidad en el mismísimo cielo, como decía L'Isle-Adam. ¿Conoce a L'Isle-Adam?

—Sí, he leído algo, algún relato. En realidad, lo conozco más por Mallarmé que por él mismo.

—Ah, *oui*, Mallarmé. Todos le debemos algo. Hasta los arquitectos. Esta ciudad… tantas máquinas… es curioso. Por el tiempo en que yo pintaba, se consideraba ya a la ciudad como una máquina, así lo dijo Wright, el arquitecto, en 1901…

—También lo dijo de la imprenta.

—Cierto. Marinetti es un curioso, surrealista, punto de encuentro entre ambas, la imprenta y la ciudad…

—… como De Chirico.

—Como De Chirico.

—Como Mondrian.

—Sí, como Mondrian. Pero oiga, vamos a ver: al recogerme antes, me dijo que era escritor. ¿Qué es usted, poeta o pintor?

—Eso podría preguntárselo yo también a usted.

—Hum… sólo simbólicamente. Pinto. En lo otro, *je travaille*.

—Pues yo a la inversa. Mi oficio es escribir. La pintura es sólo gusto.

—Ya… Antes todo era diferente… Allí, en París. Todo era por supervivencia, sí, pero en el fondo, todo era por gusto. Tzara, Cocteau, Cézanne…

—Cézanne… «las cosas son esféricas».

—Sí, solía decirlo. Así las veía él…

—Y los renacentistas. Le envidio, tenía usted grandes amigos.

—Satie, Buñuel, Sabartés, Matisse, Breton… ¿qué queda de Breton?

—Lo que de Marinetti, salvas las relevantes distancias.

—*Sâcre diable*… y nos creíamos inmortales…

—Sólo lo son los buenos. Por eso queda usted. Mírese. Está por todas partes. En sellos, en monumentos, en los otros pintores, en edificios, en la publicidad, en las alegorías, en las polémicas nacionalistas…

—Sí, hasta en los museos. Quién lo diría.

—Por cierto, siempre he querido preguntarle algo.

—Dígame.

—Alfred Bester, un escritor de ciencia ficción, contaba que uno de sus amigos tuvo un encuentro con usted, y que al preguntarle a qué se dedicaba, usted respondió: «Estoy buscando un estilo nuevo». Tenía setenta y siete años por entonces.

—Ah, *oui*, lo recuerdo. Es cierto. No es nada raro: me contaron que a los setenta años Degas le dijo a Ernest Rouart: «Hay que tener un alto concepto, pero no de lo que se ha hecho, *sino de lo que se podrá hacer un día*; sin eso no vale la pena trabajar». Y Hokusai se propuso alcanzar a los cien años la perfección de la línea. Los artistas somos así. No es incierto, sigo buscando ese estilo nuevo. Y usted, joven, si quiere hacer algo decente en literatura, debería buscarlo, también.

—Lo estoy haciendo.

—Pero haga como yo: encuéntrelo.

—Paciencia, paciencia.

—¿Paciencia? ¿Pero qué chorrada es ésa? Como no encuentre ya su camino, no podrá ponerse a buscar *el siguiente*. Sólo tiene usted una vida. Trabaje, hombre, trabaje. Déjeme aquí, gracias. Ha sido muy amable por traerme; voy a ver qué hacen los artistas de ahora. Adiós. Y recuerde: trabaje, trabaje, trabaje. Y encuentre. No va a poder

escribir siempre.

PLAZA DE CALLAO

[Bibliomaquia]

Si tuviera que ver con mi girar eterno
dejaría ahora mismo de dar vueltas
y vueltas

OMAR JAYYAM, *Robaiyyat*

el campo, los campos, se vacían,
las ciudades crecen a sus expensas

JULIO CARO BAROJA

soy la ciudad

DAVID HUERTA, *Versión*

vuelvo al centro, que es mi nada

ANTONIO COLINAS, *Nuevo tratado de armonía*

el centro no favorece a los poetas:
hace mella en la leyenda,
corroe el alma,
pone a prueba los nervios

SERENA VITALE, *El botón de Pushkin*

Madrid, Madrid,

MANUEL MOYA, *Para nada*

la memoria es redundante;
repite los signos para que la ciudad empiece a existir

ITALO CALVINO, *Las ciudades invisibles*

ampliando ampliando un bulevar una calle

GERTRUDE STEIN, *How to Write*

pero la ciudad es interminable

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO, *Alfanhuí*

para que el dolor no te detenga
Publicidad de Calmante vitaminado
fuera me abría sus brazos la Gran Vía

ISMAEL GRASA, *De Madrid al cielo*

la Gran Vía volvía a acogerme, inerme y devuelto

FRANCISCO UMBRAL, *Trilogía de Madrid*

la calle era la patria

EMILIA PARDO BAZÁN, *La Tribuna*

ahora, el mundo es una calle

GABRIEL MIRÓ, *Años y leguas*

la calle es mía

HEBE UHART, *Relatos reunidos*

CALLE HUERTAS

Tiró el cepillo de dientes a la papelera y se quedó pensando que la basura es la otra vida de los objetos, su más allá. Fue al dormitorio y se introdujo en el lecho.

Se quedó sin dormir pensando en el más allá, en la vida ultraterrena, como un inmenso basurero de almas amontonadas, inservibles, pudriéndose indefinidamente, devoradas por ratas metafísicas.

CALLE SOR ÁNGELA DE LA CRUZ

—Algo peor sucedió la noche en que todos los navegadores de los coches se volvieron locos. Bueno, hay quien dice que no sucedió casualmente. La cuestión es que aquella noche todos los Tom-Tom de la provincia de Madrid se sincronizaron y, cualquiera que fuese la petición de destino que habían hecho sus conductores, descubrían que el GPS les indicaba como dirección correcta una explanada justo a las afueras de El Batán, a quince minutos de la capital. Automovilistas que viajaban al sur inexplicablemente eran impelidos por la voz monocorde de su navegador a dar la vuelta, tomar el desvío más próximo, o girar o cambiar de sentido; coches que iban hacia la Coruña por la A-6 tomaban los enlaces hacia la carretera de Badajoz; taxistas en sus primeros días de trabajo buscaban una Castellana que no llegaba nunca. De ese modo, lentamente, miles de automóviles se dirigieron, como ramos de luciérnagas, hacia los llanos vacíos que rodean El Batán. Allí coincidieron, como un ejército desbandado en la misma explanada, dando vueltas a la extensión desierta, durante horas, mirándose y pitándose entre el polvo en suspensión, toda la noche, como poseídos por el demonio.

CALLE SANTA TECLA. INTERNET

¡Atención!

Página en obras.

PASEO DE EDUARDO DATO

El lápiz y la goma de borrar son más útiles al pensamiento que un equipo de ayudantes.

T. W. ADORNO, *Minima moralia*

Un mendigo se acerca a un contenedor de basura. (Esta historia puede tener la suficiente fuerza para un fragmento.) Es de madrugada, y las luces […] de Madrid se van desleyendo sobre el texto, página en negro, del asfalto. […] Al levantar la tapa corrediza, va removiendo entre la basura, hasta que escucha oye un ruido. Se detiene y mira a su alrededor. (Está borracho, y tiene que agarrarse al borde del contenedor para mantener el equilibrio.) Tras jurar inextricablemente en torno, regresa a la búsqueda. Al apartar una gran madera y algo de ropa usada […] descubre un bebé congestionado de frío que mueve sus ¿pequeñas? manos, y un trozo de pizza endurecido, reposando en un gran cartón de reparto. (*Evitar a partir de aquí el tono moralista o sensiblero.*) Toma el trozo de pizza en una de las manos, y vuelve a poner la madera encima del niño. Cierra la tapa del contenedor, y se **aleja arrastrando** un **aja**do **carrito** de **compra**. […] En el escaso resquicio que le dejan sus delirios piensa que esta noche ha salvado una vida. Las farolas escriben en la calzada signos difusos, ilegibles, que va cubriendo el rocío.

(*repensar palabras subrayadas: metaliterarias, pedantes; trabajar hipograma*)

CALLE DE ARANDA

—¿Está usted casado?
—¿Es una pregunta trampa?

ELDIARIO.ES. CRÓNICAS DE ESTADOS UNIDOS, 6 DE JULIO DE 2020

[Por A. Asensi, corresponsal en Washington]

En la madrugada del 3 al 4 de julio, cuarenta mil indios armados abandonaron la Navajo Nation, la reserva india más importante de los Estados Unidos, que se extiende por los estados de Arizona, Utah y Nuevo México. Utilizando camionetas y coches, se convirtieron en una hilera inacabable de vehículos rojos y blancos que tardó cuatro horas en llegar a Phoenix, amparados por la oscuridad. Al llegar se dispersaron en todas direcciones, pero con un orden minuciosamente establecido: cuatrocientas camionetas fueron dedicadas a rodear todas y cada una de las comisarías de policía, que habían sido localizadas gracias a Google Earth y Google Street View. Ciento cincuenta coches bloquearon todas las salidas del aeropuerto de Phoenix Sky Harbor International Airport, y el resto de automóviles se repartió por las arterias principales de la ciudad, cortando las mayores carreteras estatales de Arizona que cruzan la capital, así como los accesos a la universidad, las estaciones de radio y televisión, el Ayuntamiento y el palacio del gobernador. Poco antes de las siete de la mañana, Phoenix estaba a 115 grados Fahrenheit y totalmente tomada por los navajos, con los policías bloqueados dentro de las comisarías y la mayoría de los coches patrulla encerrados en sus parques móviles, debidamente custodiados por los indios. El telediario nacional de las siete de la ABC se abrió con la primicia y los helicópteros de la CNN sobrevolaban en círculos la ciudad derramada a mayor altura que en circunstancias normales.

Representantes de todos los medios de comunicación locales de Phoenix fueron invitados a acudir al pabellón de los Phoenix Suns, el equipo de baloncesto profesional, donde los navajos habían improvisado un pequeño decorado, compuesto por telas de tipi y adornado por alguno de sus símbolos identificativos. Siete navajos ancianos estaban sentados en el suelo, encima de la plataforma

montada para la rueda de prensa, reflejando desafiantes los flashes dirigidos a las largas trenzas blancas que mostraban altivos. No movían un músculo ni hacían uno solo ruido. Sus ropan creaban un laberinto de colores y motivos geométricos. Un círculo de caballos relinchaba a cierta distancia, retumbando sus cascos entre las gradas. De la parte de atrás, envuelto en un llamativo *kipu* rojo, con un bastón decorado con collares y plumas blancas y rojas, el presidente de la Navajo Nation se acercó al único micrófono vertical existente y pronunció las palabras que se viralizaron de forma instantánea por notas de prensa, noticieros, páginas web, telediarios, etiquetas de tendencias locales y mundiales y redes sociales del planeta:

> Americanos, os saludo. Diría *hermanos americanos*, pero los hermanos no se hacen entre ellos lo que vosotros nos hacéis. Los hermanos se guardan lealtad, y no es lealtad lo que nos habéis reservado desde hace generaciones. Hoy hemos llegado a la Ciudad del Sol y hemos dominado sus calles sin un solo muerto ni herido. Sin disparos ni violencia. Preocupados por la seguridad y combatiendo contra casi todos los pueblos de la tierra, habéis descuidado la retaguardia, nunca pensasteis que los ataques pudieran venir de los vuestros, de nosotros. Si ahora somos el enemigo es porque siempre nos habéis tratado como tales, encerrándonos en los límites de los desiertos del sur.
>
> Hermanos. La palabra me sale aunque no la merezcáis, así que la mantengo. Hermanos, ha llegado el momento de una nueva alianza, de un paisaje nuevo para nuestra relación mutua. Aunque veáis nuestras armas, nuestra intención es pacífica, y justa. Tenemos un objetivo, pero no se trata de una demanda; no es una petición, porque esto no es un secuestro. La ciudad ya es nuestra, no estamos secuestrando nada; uno sólo secuestra lo que no es suyo, y Phoenix es ahora navajo. No hacemos peticiones, por tanto, más bien imponemos condiciones para abandonarla, para regalárosla. Nos limitamos a deciros cómo van a ser las cosas. No vais a disparar contra nosotros, del mismo modo que nosotros no hemos disparado. Vuestras fuerzas policiales y militares no ejercerán la represión, del mismo modo que nosotros no la usamos. Y eso no va a ocurrir porque nos hemos organizado de tal modo que en apenas tres minutos podemos ocasionar un millón de bajas. Ciertas cargas explosivas, que nunca explotarán, están ya colocadas en edificios atestados de gente. Ciertas metralletas de gran calibre, que nunca vaciarán su cargador, apuntan a urbanizaciones con paredes de papel. Venenos que nunca se verterán aguardan junto a los depósitos de agua abiertos. Es

imposible saber ahora mismo cuál de los cuarenta mil navajos que controlan Phoenix tiene el detonador con el botón rojo que daría la señal para que todas esas cosas sucedieran a un tiempo. De hecho ni siquiera yo lo sé. El detonador estuvo circulando ayer noche de mano en mano, mientras festejábamos el Regreso, así que puede tenerlo cualquiera de los nuestros. Pero da igual quién lo tenga, porque todos saben qué deben hacer en cuanto oigan el más mínimo disparo o explosión. Así que recomiendo a las personas que están en sus casas en Phoenix que no saquen las pistolas de la mesilla de noche. Para evitar llamadas de teléfono que den malas ideas, hemos cortado la cobertura de los teléfonos móviles y las líneas de internet y teléfono por fibra óptica durante unas horas. Creo que después de haber escuchado esto por televisión, ya no será necesario ese corte de suministro, estoy seguro que ningún habitante de la Ciudad del Sol quiere propiciar una masacre.

Tampoco nosotros ser masacrados, pero el hecho es que esa masacre se comete lentamente desde hace años en nuestras reservas. El alcohol, la pobreza, el suicidio, están diezmando a nuestros hermanos, que crecen en lugares sin esperanza, en yermos incultivables donde la única posibilidad de negocio es el ocio sin límites de los demás. Vosotros jugáis al *blackjack* en nuestros casinos mientras nuestros adolescentes juegan a la ruleta rusa en las montañas. Nuestros niños ven en la televisión, durante horas, a escondidas, imágenes de un mundo casi inexistente de alarde y lujos, que envenena su existencia y su mente, y les hace creer que la vida es el breve período de tiempo entre los restaurantes prohibitivos y las modelos ninfómanas. La droga; la imagen de la existencia como fiesta perpetua; el trabajo representado no como vía de satisfacción personal y medio honrado de vida, sino como vehículo de una riqueza veloz, desmedida e inmoral; el cuidado propio en detrimento de la protección de otras personas; el chantaje como medio habitual de negocio, o la extorsión y la amenaza como moneda de cambio social constituyen el lenguaje de esos programas y películas que se emiten constantemente por las cadenas de televisión. Nuestros hijos nacen con los ojos rectos, pero a los pocos años su mirada es torcida; hablan con palabras claras, pero el mensaje es oscuro, y sólo buscan el modo de salir de nuestras tierras para no regresar jamás. Sus sueños, que son falsos, consisten en abandonar la casa de sus ancestros y cambiar sus espíritus por las almas muertas en vida de Hollywood. No sé, hermanos, hasta qué punto sois conscientes del daño que estáis causando a millones de niños y jóvenes de

todo el mundo, que crecen tiranizados por ese modelo de éxito vital. Nosotros no podemos tolerarlo más, porque estamos demasiado cerca: nuestros hijos no crecen en el Golfo Pérsico, sino en Arizona, Texas, Nevada, Florida, Nuevo México, California. He dicho cerca, aunque en realidad es otro mundo, otro sistema solar. Hemos intentado preservar unos valores, mientras para vosotros sólo hay un valor, el del oro, y todo lo demás es secundario ante su destello. No han cambiado mucho las cosas desde que comenzamos a disputarnos estas tierras, ¿verdad? Nosotros, intentando conservar nuestro espacio de tranquilidad, espiritualidad y naturaleza limpia; vosotros, devanados sin descanso en busca de la quimera del oro. Tantas vueltas, tantos muertos, para llegar al mismo sitio.

No somos tan ingenuos como para limitarnos a pediros que seáis mejores. Algunos de los miembros de nuestro sagrado Consejo, sentados a mis espaldas, creen incluso que eso es imposible, no porque no podáis, sino porque no queréis. Lo que exigimos, y sabemos que cumpliréis nuestra demanda porque millones de habitantes de Phoenix están esperando vuestro sí, es un nuevo trato. Un nuevo acuerdo de hermandad entre los primeros estadounidenses, los indios, y quienes llegasteis después, para que dejemos de ser ciudadanos de segunda categoría. Nos sentaremos con el presidente y los representantes de las Cámaras y hablaremos. Hoy, 4 de julio, será un día para recordar, un día donde la fiesta nacional dejará de ser el Día de la Independencia para ser lo que debiera ser, el Día de la Dependencia, como un modo de reconocimiento simbólico de que todos dependemos de todos, porque no hay más que una Tierra y eso nos hace hermanos a todos los que la pisamos y la necesitamos para vivir. Ya que no podemos aspirar a la cordialidad, intentemos el entendimiento. Sintámonos personas responsables unas de otras, porque no hay más que un mundo y el nuestro es una cárcel. Los dioses son grandes, América es inmensa y nosotros, sus habitantes, diminutos. Si no sabemos convivir, quizá lo mejor sea la desaparición. Mientras llega ese día, al menos, hablaremos.

Espero su llamada, presidente. Marque el número que aparece en pantalla. El coste de llamada es sólo de 0,50$ el minuto.

CALLE DE CASTELLÓ. CAFETERÍA LANET

Todos los personajes de este libro son ficticios, pero la mayoría de los diálogos son reales.

VICENÇ PAGÈS JORDÀ, *Los jugadores de whist*

Rodean mi mesa tres grupos de personas sentadas tomando café. En los tres cenáculos la conversación se reduce a despellejar a alguien ausente. En la mesa de atrás una chica le espeta a sus dos amigas, y transcribo de manera literal: «No soporto a Carla porque siempre está hablando mal de alguien».

PARÍS. RUE DE CLÔTURE

El verso crece en verdad de la basura.

ANNA AJMÁTOVA

La excelente obra de Jean Rolin *La cerca* (*La Clôture*, 2002), a caballo entre la crónica y la ficción, se divide en dos partes; cada una de ellas se abre con un texto en cursiva donde el narrador o cronista establece el emplazamiento elevado —una habitación de hotel— desde el cual observa o *cerca* el territorio geográfico para transmutarlo en narrativo. Su posición, pues, es la del francotirador («si dispusiera de un fusil con mira telescópica»), la del observador lejano y experto, *profesional*, si bien Rolin desciende luego, y hasta qué punto, a ras de suelo, para mezclarse con gentes de todo pelaje y condición. La obra posee dos niveles de significación y trama: el primero describe las andanzas históricas del mariscal napoleónico Michel Ney las semanas previas a la batalla de Waterloo; el segundo se sitúa en el París coetáneo y resulta fascinante: se trata de un análisis sociogeográfico de las zonas de apertura de la ciudad, ligado a las personas que la pueblan y el modo en que el espacio (pre)determina o condiciona su vida. En los alrededores del bulevar Ney, que toma nombre del mariscal, Rolin establece explícitamente lo que Foucault llamaba un *dispositivo*, «entendiendo con este término el conjunto de las instituciones, de los procesos de subjetivación y de las reglas en que se concretan las relaciones de poder», según Agamben («Qué es un dispositivo»). Y en efecto, siguiendo el modelo foucaultiano, Rolin describe narrativamente cómo el poder central y el económico, encarnados en las avenidas de circunvalación parisinas, se materializan en un brutal dispositivo urbanístico, a cuyo alrededor los personajes retratados intentan desarrollar residualmente sus existencias entre escombros, tratados como escoria o residuos sociales. El cemento y el hormigón por el que circulan los coches a toda velocidad es un obstáculo continuo para la habitabilidad y la convivencia, que endurece las relaciones en torno, así como una forma de tapar errores urbanos. La vigilancia se desmaterializa en televigilancia. Las ventanas se insonorizan y las mentes se

insensibilizan. Rolin lee las rondas de circunvalación como elementos de desestructuración social y las zonas muertas del urbanismo como pólipo: no en el sentido canceroso, sino el zoológico: como formas de acumulación de vida en ambientes inhóspitos. Es conmovedor descubrir cómo incluso en esas circunstancias los parias económicos o sociales (inmigrantes, personas despedidas de cuarenta trabajos como Gérard, prostitutas, antiguos delincuentes, etc.) que habitan estas zonas devastadas persiguen afianzar su humanidad y encontrar resquicios de belleza en los recovecos dejados por las inmensas carreteras: «Encima del caballo en movimiento, una chiquilla inevitablemente llena de gracia ejerce diversas figuras […] todo ello sin que el caballo deje de dar vueltas, el látigo de restallar y la circulación de fluir por el periférico encima de nosotros». Rolin enlaza con maestría la ambientación de Waterloo con la escenografía urbana de pesadilla, como si el horror dinámico de las huestes napoleónicas arrasadas en la batalla hubiese sido sustituido por el horror estático y permanente de plazas inaccesibles para los peatones, ruidos atronadores o enclaves «con sus montones de residuos, sus charcos de aceite de coche y otros fluidos corrosivos, sus coches destrozados y calcinados o descuartizados y los restos desperdigados de vidas rotas». El estratega urbano que recorre la ciudad (nada de *flanêur*, más bien vigía o centinela móvil) toma posiciones de observación, como el ejército inglés tomaba las colinas hoy belgas defendidas por Napoleón y sus huestes; su objetivo, como el de aquellos generales, no es otro que atalayar los movimientos de los soldados/habitantes; «a la misma hora, viniendo de La Chapelle, estaba yo procediendo a un reconocimiento de las posiciones alcanzadas por el imperio de lo virtual al este de la avenida Président Wilson». Como en toda guerra, parece decírsenos, el resultado es el yermo final, el inhabitable campo de batalla repleto de heridos y cuerpos destrozados. Como en todo ejército actual, la infantería de la periferia se puebla de inmigrantes que persiguen la ciudadanía. Como en las milicias antiguas o en los naufragios de los transatlánticos, mueren primero los de tercera clase. La impresión general es que Rolin describe, soberbia y fríamente, la clausura (uno de los significados de *Clôture*, título del libro) de la civilización europea tal y como la conocemos.

CALLE ROMPELANZAS

—¿Bajan vestidas?

CALLE DESAMPARADOS

Nadie puede negar que los indigentes de ahora tienen mucho que aprender de los de antes. Hasta en eso, signo de los tiempos, hemos ido a peor. Ahora los desarrapados son personas sin clase y aun sin educación, dados al mangoneo y proclives a gritos, sisas, trapicheos, chismes y excentricidades. En buenos tiempos eran misérrimos, pero vestían con buen gusto y decoro, dentro de lo que permitiera su discreto guardarropa; cortésmente se acercaban a uno y en vez de pedir limosna de modo directo —falta de urbanidad que los pobres de hoy dispendian sin reparo conocido—, ensayaban antes unas frases cordiales y bien trabadas sobre la climatología o la situación del país. Encontrábanse incluso algunas almas escogidas que sabían esquivar la petición desnuda del óbolo y, principiando por la mala coyuntura general de la economía patria, iban descendiendo de forma imperceptible, paso por paso, hasta la suya particular. Qué puede añadirse a esta elegancia; qué hacer, sino añorarla. Hablo de gente de bien que atendía consejos para el mejor vivir y que inquirían con educación y bonhomía cuál sería el lugar más propicio y conveniente para «molestarte» (qué exquisitez denotaba la elección del término) con sus solicitudes. Eran pobres que daban nivel a la sociedad, como el protagonista de *Hambre*, la novela de Knut Hansum, que elabora artículos poniendo en tela de juicio la teoría del conocimiento de Kant, sin olvidar los merecidos repasos a Renan. O qué decir de Diógenes, aquel sabio que cada vez se mostraba más desposeído, hasta que perdió lo último, su vida, y tuvo la decencia de no reclamarla. Los de antes eran pobres con instrucción, pobres con doctorados por la Sorbona que amenizaban el paseo callejero con instrumentos clásicos. A pesar del hambre, tocaban sin temblor de manos piezas de Bach o Donizetti, con tal donosura y elevación que después de darles limosna te daba reparo el baldón del donativo, tal era la pureza artística que los guiaba. Los de hoy, en cambio, atizan una guitarra y te tocan «La cucaracha» o, simplemente, las narices. Se echan de menos los pobres de Pérez Galdós, los retratados en *Misericordia*, por ejemplo: pobres que intentaban ser invisibles, pobres de solemnidad que no condescendían a una palabra más alta que otra, *dómines cabra* venidos a menos en su hidalguía, que sobrellevaban galanos sus cuchipandas

de aire. Su trato pudendo te obligaba a extremar la gentileza del tuyo. Como ha escrito Muñoz Molina en una pieza periodística, «no es lo mismo patear a un mendigo anónimo que a uno con el que ya tienes cierta confianza». Adiós a todo eso.

Alguien de notable estilo, vital y literario, don Wenceslao Fernández Flórez, había observado de modo prístino este fenómeno: «A veces el hambriento, llevado de un afán de venganza contra la sociedad, se muere en medio de la calle. Positivamente, esto es molestísimo». Qué razón tenía nuestro gran columnista gallego. La de los pobres es una raza condenada a la degeneración. Los más altos varones del Estado, entre los cuales me cuento, barajamos ya ciertas soluciones a este incómodo problema, que algún día esperamos extirpar de raíz. El método lo adelantaba entre líneas el dramaturgo inglés Bernard Shaw, en este párrafo que extraigo de su obra *The Intelligent Woman's Guide to Socialism*: «Los ricos y los pobres son aborrecibles. Odio a los pobres y estoy anhelando la hora de su exterminio. Siento un poco de lástima por los ricos, pero deseo su extermino también. Las clases obreras, las clases boyantes y las feministas desclasadas son igualmente odiosas y no tienen derecho a vivir. Yo desesperaría si no supiera que están condenadas a muerte y que sus hijos no serán como ellos». ¿Hay algún hombre de bien que no suscriba estas palabras, guiadas por la sensatez y la temperancia? Yo también aborrezco a los ricos, sobre todo a quienes son más ricos que yo —ya pocos, por fortuna—, y más viejos; lo que me hace aventurar que, entre la muerte segura a que va destinada (para su propia fortuna) la totalidad de los pobres y la derecha extinción que el tiempo procurará a los millonarios incontrolados, algún día pueda yo ocupar el primero de los puestos entre los hombres decentes de esta región. Mis rezos van dirigidos a ello y siempre encomiendo a tal efecto mis oraciones a la Virgen María. Ahora que me asomo a mis amplios ventanales y veo cómo un miserable tiembla de frío en el portal de enfrente, y una inmigrante se dobla más allá por los calambres del ayuno, entiendo que mis plegarias son finalmente escuchadas.

VICENTE LUIS DE MORA Y SUÁREZ DE VARELA
CABEZA DE VACA Y LUJÁN,
marqués de Córdoba, duque de Palma,
barón de Esquinza y Barco Negro.

CARRERA DE SAN JERÓNIMO. CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Los corrales solían ubicarse, por lo general, en un lugar céntrico de las ciudades y de fácil acceso. En Madrid se alzaron en las proximidades de la carrera de San Jerónimo, constituyendo […] un barrio dedicado a la representación teatral

J. E. GARCÍA MELERO y A. ALZAGA RUIZ,
Imágenes del poder en la edad moderna

—Al pensar a fondo lo real, al sopesar el tamaño del cosmos y esclarecer nuestro lugar en el mundo, todo parece ridículo, elemental, carente de importancia. Lo trascendental termina por revelar nuestra intrascendencia. El sentido es el sinsentido. Al pensar desde ahí, desde la sinrazón, se ordena todo.

—Todos nuestros operadores están ocupados en este momento. Por favor, espere.

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE. DEPARTAMENTO DE TEORÍA DE LA LITERATURA

Notas para una reconstrucción

Fernando Recio Martín-Pescador

Abstract

En el presente artículo intentamos reconstruir «Por ahora», el cuento perdido de Carlo Damiati, citado como ejemplar en las memorias de Thomas Pynchon (*Within the Darker Light*; Harper Collins, 2025, p. 640), uno de los textos más perseguidos de este siglo y del que sólo se conservan fragmentos. Nuestro rastreo por otros documentos que citan algunas de sus frases, así como el análisis de la descripción de Pynchon, a lo que hay que sumar el reciente descubrimiento de las cartas que Mateo Coilazzi dirigió a Damiati comentándole alguno de los pasajes, nos han hecho pensar que hemos podido concluir el puzle y reconstruir el relato tal y como fue escrito en 2011. El investigador quiere agradecer la inestimable ayuda de la viuda de Coilazzi, María Fernanda Cuévanos Iwasaca, por haberle permitido el acceso al archivo personal del polígrafo italoamericano.

Un profesor de la Universidad de Ohio, Wlad McKenzie, fue el que detectó la cita literal de *R.U.R.*; a su juicio, «la inclusión no venía determinada por un tributo al autor checo, sino que más bien ahondaba en la maquinalidad de la actividad humana. A diferencia del relato de ciencia ficción de Čapek, el "Por ahora" de Damiati se propone plantear, a mi juicio con éxito, qué ocurre cuando los hombres dejan de construir robots y se convierten ellos mismos en androides» (2016:45-56). En un artículo posterior (2017b:25) sostiene que la brevedad de la frase incluida y su lugar secundario impide hablar de plagio o apropiación, siendo más bien un intertexto u homenaje oculto a la novela.

También encontré varios fragmentos clave del relato en un artículo de Joanna Saulszpiteke. Esta conocida estudiosa de género elaboró un irritado trabajo sobre el cuento de Damiati, donde intentaba demostrar su misoginia, aportando un caudal crítico tan notable como escasamente apropiado para el fin buscado. El artículo, titulado «El papel secundario de Karla en "Por ahora". Machismos irredentos en la narrativa actual» (2021), tuvo bastante difusión, hasta que un excelente texto de Anima Carunque (2021) dejó en evidencia su hipótesis central: Saulszpiteke, trabajando sobre la versión francesa, pasó por alto que, al estar escrito el relato original en inglés, es imposible saber si el protagonista de «Por ahora» es un hombre o una mujer (Carunque 2021:29). La primera persona utilizada es deliberadamente ambigua al respecto. No descartamos que generar ese tipo de duda —o dar pie a lecturas fallidas como la de Saulszpiteke— fuese precisamente uno de los fines buscados por el autor a través de esa ambigüedad.

A continuación se reproduce el texto, en su versión ecdóticamente fijada y en nuestra traducción:

Por ahora

> Por ahora, lo estoy consiguiendo. No puedo escribir más de veinte palabras cada vez, pero lo he logrado. Puedo escribir en el teclado un informe y mientras, vía iPhone, conectarme a Twitter y escribir. O acceder al sistema de mensajería interna de la firma y comunicarme con Josh, al no poder hablar en persona. Son las 23.45. Josh me contesta animado, cree que esta noche se nos hará corta. Le pregunto si recuerda qué día es hoy. Responde que quizá es domingo, pero, bien mirado, ¿importa? No, no importa. Informe terminado. Nuevo supuesto. Análisis de entorno económico en la zona B-4. Perfecto. Estos encargos son fáciles y nos permiten entrar en la red para buscar la información. En realidad, ¿cómo íbamos a hacerlo, si no podemos abandonar el puesto? Karla me lee el pensamiento y lo completa en Twitter. Cualquier día nos sorprenden haciendo esto y estamos fritos. Voy a desconectarme para centrarme por completo en el análisis. B-4. ¿Estuve allí alguna vez antes de entrar en la firma? 3.12 de la mañana. La máquina de café no da abasto, quince tazas esperan turno automático. El pequeño robot va acercándolos, una vez filtrados, a las mesas que los hemos solicitado. Esa función debía realizarla una persona, pero la última no vivió más de tres días. Josh ha prefigurado la orden automática de recibir un café cada quince minutos. Consolidación de balance en Sistemas y arqueo de caja. Lo

peor, lo odio. Mi madre me dijo que yo no tenía cabeza para la contabilidad. El tiempo le ha dado en parte la razón, pero también se la ha quitado. Soy capaz de hacer esto, pero me llevará tiempo, hasta las seis de la mañana. O más. Karla oye música con auriculares mientras redacta el discurso de la presidenta. Sospecha que en cada planta de este rascacielos hay alguien de la firma dedicado a escribir discursos. Luego seleccionan uno. Cada uno de ellos escribe sus textos como si invariablemente los seleccionaran. Prefieren no pensar en otra posibilidad, de otro modo escribirían mal. Supongo que es verdad. Escribir para nadie debe de ser terrible. Me imagino qué pasaría si nadie leyera mis informes. Con qué espíritu trabajaría. 8.15 de la mañana. El robot nos reparte la pastilla para la eliminación del sueño. Josh me tranquilizó cuando entré aquí a este respecto. Había leído un informe, hecho en la planta 32 de la firma, por el gabinete médico. La descripción pormenorizaba los efectos beneficiosos de la pastilla diaria: vigilia armónica, estímulo de la productividad, generación glandular de música ambiente interpretada por el propio cerebro y ajustada a los propios gustos, para no molestar a los compañeros. Apenas tiene efectos secundarios: deshidratación y migrañas pasajeras. A las tres de la tarde nos dan las pastillas para combatir los dolores de cabeza y los potentes antinflamatorios para los dolores de espalda. Los últimos modelos ya han conseguido que podamos estar sentados indefinidamente. Durante los primeros años había que trabajar tumbado la tercera parte del día. Algo incomodísimo. Con estas pastillas no necesitamos movernos. Mediante las cánulas implantadas en las piernas se nos inserta automáticamente el suero. Así no tenemos que perder tiempo comiendo ni bebiendo agua. La intranet me solicita un informe sobre puntos de distribución en Y-24. Es fácil. Me tomará hasta la pausa de las diez de la noche, el único momento en que no tenemos que estar conectados y podemos quitarnos el visiocasco. Durante ocho minutos paramos para oír el discurso diario de la presidenta. Es el mejor momento del día.

NIJMEGEN, PAÍSES BAJOS. DONDERS INSTITUTE FOR BRAIN, COGNITION AND BEHAVIOUR

El centro era una cabeza ardiente.

LILIANA COLANZI, *Ustedes brillan en lo oscuro*

—Tanto las pruebas realizadas con estimulación magnética transcraneal como los estudios recientes sobre actividad cortical son claros a este respecto: hay una actividad endógena de fondo, que decide con sus oscilaciones entre la despolarización o la inhibición de las neuronas. Eso refuerza las teorías sobre la existencia de un ruido neural constante, débil pero detectable, fruto del procesamiento de la ausencia de estímulos. El cerebro es consciente de que no hay ninguna demanda que atender, su consciencia es ahí seminconsciencia, residuo. El rumor pacífico de los neurotransmisores es un bajo continuo, el zumbido de un terco tráfico interior. Esto echa por tierra todas esas especulaciones literarias que leíamos sobre el ruido de fondo: en realidad, eso que los escritores decían oír solo estaba dentro de su cabeza.

FREEDOM, WISCONSIN, ESTADOS UNIDOS

Me conecto a internet. Entro en el buscador y elijo el servicio Historical Imagery. Es una aplicación informática que permite al internauta contrastar una imagen geográfica de cualquier punto de la Tierra con imágenes de satélite anteriores, de modo que permite ver la erosión de las costas, el crecimiento de las ciudades, la deforestación, etcétera. Escribo «Freedom» (*libertad*, en inglés) y aparece Freedom, Wisconsin. No sé nada de esta pequeña ciudad, así que en otra ventana tecleo en la versión normal del buscador «Freedom, Wisconsin», y aparece la página web de su Ayuntamiento. Comparo las imágenes de la ciudad norteamericana de Freedom con la de hace unos años. Aunque en la página web del consistorio informan de que la población no para de crecer, hasta los 5.640 habitantes actuales, las fotografías demuestran que los límites urbanos de Freedom son cada vez más pequeños, más reducidos. En 1970 era una ciudad de tamaño medio; en 1990 no era más grande que un barrio y, después de 2001, ya sólo aparece como un pequeño punto en el mapa. Cartográficamente es casi un concepto imaginario.

CALLE ESPADA CON ESGRIMA.
SERVICIO DE URGENCIAS

íntoma es dolor agu

PASEO DE LA CASTELLANA. TAXI[14]

La cámara, con todas sus funciones proposicionales, es más bien un tercer ojo, un ojo mental.

GILLES DELEUZE, *Conversaciones*

Mi novia, la de entonces, y yo nos dirigimos hacia el piso de mi hermana. Nos subimos en uno que pasa por el centro de la Castellana. El taxista es severo, de pelo blanco. Se queja porque pensaba que íbamos hacia el norte. Pronto se da cuenta de que somos del sur.

—No me viene bien, yo iba hacia el norte. Si lo hubiera sabido, no los recojo.

Nos miramos estupefactos.

—Pero les voy a llevar. Son ustedes de Sevilla, ¿no?

—De Córdoba.

—Ah, de Córdoba. Bueno, les voy a llevar igual, porque no son ustedes de Madrid.

CALLE SALAS

El centro no existe.

BEGOÑA CALLEJÓN, *Fábula material*

—Hola, Berto, ¿no piensas en ocasiones que has vivido varias vidas, y todas mal, a medias, como utilizando el algoritmo de otra persona, el de un enemigo que solo quiere boicotearte?

ISLA DE PULAU SAGO, INDONESIA

—A ver, ya está aquí el comisario. Díganos qué es eso tan raro que quiere contarnos.

—Gracias por emplear su tiempo en escucharme, señores. Creo que deben saber lo que voy a contarles. Soy pescador, tengo una pequeña barca y me gano la vida mar adentro, para realizar mis capturas.

—Se ha cruzado con algún narcotraficante, que le ha pedido transportar la droga en su barca.

—No, no es eso.

—Ha presenciado algún asesinato.

—No, tampoco.

—Pues vaya al grano, no tengo todo el día.

—Perdónenme, sintetizo. No sé si recuerdan la tormenta de 2010, sí, veo que sí, como para olvidarla. Pues recordarán que un narcotraficante muy famoso, no recuerdo el nombre, fue atrapado tras naufragar…

—Nosotros sí lo recordamos, siga.

—Ustedes lo detuvieron y él dijo que su velero, donde se sospechaba que llevaba un cargamento de droga, se había hundido, y lo cierto es que nadie lo encontró nunca. Pues bien, el otro día fondeaba en una cala casi inaccesible de Pulau Maringkio, y me sorprendió la gran vegetación que había en su parte izquierda al nivel del mar, cuando el resto de la playa sólo contenía arena y rocas. Estuve pescando un rato en los alrededores, me preparé el almuerzo y comí en la playa. Me llegó un olor extraño que parecía provenir de la densa vegetación de la parte izquierda. Resultaba extraña esa acumulación de verdor, rodeada por acantilados. Al introducirme por la espesura algo me golpeó la barriga. Era un timón de madera, inflado y podrido por la humedad y los años. Merodeé por el bosque en miniatura y encontré fragmentos de mástil, sogas y restos de velamen. El temporal destrozó la parte superior del velero, que seguramente navegó a la deriva durante años, tras la huida de la tripulación. El agua y el guano de las aves fueron regando y abonando las plantaciones de marihuana, y las semillas presentes en sus excrementos inseminaron el barco con varias especies de vegetales y árboles. Durante ese tiempo debió ser una especie de isla lisérgica

errante, hasta encallar en Pulau Maringkio. Las plantaciones de hierba están a revertar de bulbos. Deberían ustedes hacerse cargo, antes de que alguien más las encuentre.

CALLE DE JOAQUÍN COSTA. UNIDAD MÓVIL DE ANTENA 3

Si dejas pasear una cámara por la ciudad, por Madrid, no haces sino grabar cosas sorprendentes que estamos habituados a obviar, como si viviéramos en una escafandra.

DAVID MORALES

Como observó […] László Moholy-Nagy, en el futuro la cámara remplazará a los materiales de representación tradicionales. Sin embargo, a no ser que el artista tenga algo firme o poético que decir, la cámara sólo registra banalidades superficiales y carentes de inspiración.

BARBARA ROSE

—Sí, Gonzalo, buenos días. Estamos aquí en la Castellana, como podéis ver, en este día tan hermoso, para preguntarle a la gente sobre el cambio de milenio. Ya saben, el tema del que no deja de hablarse últimamente. Unos dicen que comienza en 2000, otros que el 1 de enero de 2001… Nadie lo tiene claro. Vamos a ver qué opinan los madrileños sobre el asunto. A ver, usted, señora. ¿Cuándo termina el milenio?

—No sé, no sé, hijo…, eso es cosa de los políticos… Yo no sé nada.

—Bueno, ésta es una respuesta original. A ver, tú, chaval, ¿Cuándo termina el milenio?

—Pues en 2000, y el tercero comienza en 2001.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque soy de ciencias y es sólo un problema de matemática elemental. El cero es una convención: las cosas y las cuentas comienzan en el uno. No hubo un año cero; se estableció posteriormente, y se cuenta por períodos decimales íntegros desde entonces.

—Vale, gracias —volviéndose a la cámara—. Qué listillo, el chico. Vamos a acercarnos a aquella pareja que habla allí cerca, para saber

qué piensan… Buenas, perdonen, ¿cuándo termina el milenio?

—¡Ahhh! —gritan los dos a la vez, al ver la cámara. Él se tapa el rostro con la chaqueta y ella se pone rápidamente unas gafas de sol.

—No se asusten, caramba. La pregunta no es tan difícil.

—¡Apaga eso!

—¡No nos grabes, no nos grabes!

—Pero, ¿por qué?

—Porque nosotros —dice ella, cambiando la voz—, *no estamos aquí*, ¿entiendes?

—¡Me voy! —dice él, que se escabulle, con el rostro todavía oculto.

—Discúlpenme, es que…

—¡Espera, voy contigo! —Se va detrás de él, pero se gira hacia el periodista—. Oye, cortad esto, por favor… Nos pueden matar si nos ven aquí juntos…, por favor, no lo pongáis en el programa.

—Pero, señora… Estamos en directo, en Antena 3.

Al oírlo, se detienen. Se quedan congelados mirando al periodista, con expresión asesina. Se miran entre ellos, se desemboza el rostro él y se baja las gafas ella, y se acercan el uno al otro lentamente; se giran, se toman de la cintura y se van caminando muy despacio, de espaldas a la cámara, con las cabezas gachas y unidas.

GLORIETA DE BILBAO. CAFÉ COMERCIAL

Al entrar comprendo que una puerta giratoria es un ventilador con faldones. Tres y diez. Espero al poeta Jordi Doce. A mi alrededor cristales, cafés, áureas pulseras, madrileños viejos, parejas jóvenes, servilleteros amarillos. Abro un ensayo de Alan Pauls sobre Borges y pido un café. De cuando en cuando, el metro que estaciona justo debajo revuelve los hielos de los gin-tonics y se oyen campanitas japonesas. Al levantarse mis vecinos de mesa descubro más allá a un escritor de mediana edad. Sé que es escritor porque su ropa pretende ser *fashion* pero se queda en *trendy*, porque tiene un par de libros sobre la mesa, como yo ahora; porque tiene un cuaderno con anotaciones manuscritas, como yo tengo otras veces; y porque parece estar citado con un torturador. Supongo que somos el tipo canónico de escritor europeo y latinoamericano, respectivamente —porque él parece del Cono Sur—. Melena larga y oscura, ropa vistosa, portando libros de autores hispanoamericanos, él. Pelo corto y gafas, suéter negro de cuello vuelto, con libros de autores hispanoamericanos, yo. Sólo que yo soy un desastre. No me he traído bolígrafo ni cuaderno. Le pido al colega transatlántico un boli, o un birome, o un lápiz pasta, o una esferográfica, para apuntar algo en el ensayo de Pauls. Me lo deja y extrae de su bolso un pequeñísimo ordenador de bolsillo, donde toma otras notas. Joder, qué preparación, qué utilería. A su lado no parezco un escritor profesional, lo que se me antoja harto significativo. Le devuelvo su pluma atómica —creo que es centroamericano— y al poco se marcha. Tomo un sobre del museo Thyssen y le pido a un camarero un bolígrafo. Escribo esta nota para *Circular* encima del sobre. Miro sorprendido al camarero, un tipo en apariencia normal, pero que se ha molestado en introducir dentro del bolígrafo Bic un papelito con esta leyenda: «Si eres titiritero, pon la picha en este lapicero». Ya me imagino que no se lo creen. Yo tampoco. Tengo que mirarlo otra vez para cerciorarme de que no estoy soñando. Si no me creen, vengan al Café Comercial, como hace Jordi, que en este momento se acerca y pone el punto final.

CALLE DUQUE DE ALBA

—Ayer tuve una pesadilla tremenda.

—Cuenta.

—Verás: soñé que estaba trabajando en el procesador de textos del PC, como siempre, cogiendo bloques de texto, moviéndolos de sitio, cortando, pegando, ya sabes. Pero de pronto en la pantalla dejaba de haber letras, y aparecíais todos: los colegas, la familia, Carla, Antonio, Felisa, Karen y Víctor…, y era como un sueño normal, pero dentro de la pantalla; se seguían viendo la barra de estado y el cursor. Y entonces pasaban cosas, y algunas no me gustaban, e intentaba darle a suprimir, o al *backspace* y volver atrás, o clicar sobre alguien para que desapareciera, o mover gente con el ratón, o pasar a la pantalla siguiente, o darle al escape, pero nada, escape, escape y escape y siempre la misma página… qué agobio…

—¿Y eso era una pesadilla?

—Pues claro, ¿no?

—No sé, macho, a mí me parece la vida misma.

NUEVA YORK. BROADWAY AVENUE

—¿Le parece bien que vayamos por la FDR?

—Sí, perfecto. Pero a ver si podemos evitar en lo posible la primera avenida.

—¿Qué pasa en la primera? ¿Hay obras?

—Hay recuerdos.

AYUNTAMIENTO DE MADRID. GERENCIA DE URBANISMO

[…] centro no fijo que se desplaza por la presión del libro y las circunstancias de su composición

MAURICE BLANCHOT, *El espacio literario*

Lo que convierte esta experiencia en desconcertante y (para los arquitectos) humillante es la desafiante persistencia […] de la ciudad, a pesar del fracaso colectivo de todos los agentes que actúan sobre ella o tratan de influirla creativa, logística, y políticamente. Los profesionales de la ciudad son como jugadores de ajedrez que pierden contra los ordenadores. Un perverso piloto automático burla constantemente todos los intentos de aprehender la ciudad.

REM KOOLHAAS

Se plantea como uno de los objetivos principales del nuevo Proyecto de Plan General de Ordenación Urbana la restructuración del centro de Madrid, en la línea de las experiencias sostenidas en este sentido en otros países occidentales, recogidas por expertos españoles durante los últimos años en varios estudios de gran importancia práctica. Sin embargo, antes de pasar a conclusiones concretas, deberíamos apuntar, por un lado, que no se trataría de una reforma de estructuras, sino del propio concepto; es decir, plantearnos seriamente si Madrid *necesita* un centro. Contamos con el ejemplo de ciudades como Milán, modelos de *città diffusa* en que la idea de centro está siendo progresivamente desprovista de sentido, al abandonarse el antiguo concepto burgués de lugar de máxima concentración de habitantes y servicios; muy al contrario, la tendencia expuesta apunta a un continuo vaciado poblacional en beneficio de otros lugares de mayor calidad de vida, como la periferia o las ciudades dormitorio cercanas a la metrópoli, acelerando el general procedimiento de conversión del centro en «un paisaje urbano *burolandschaft*», oficinista, del que ya nos advirtiera Kenneth Frampton. Sin embargo, y dando

todo esto por supuesto, es uno de los objetivos del informe de esta gerencia dar cuenta de una apreciación, que podríamos calificar sin reparo de subjetiva, por parte de sus miembros, pero que entendemos ajustada a la realidad y sin duda unánime en su consideración. Tras observar detenidamente el crecimiento de la ciudad en los últimos veinte años, hemos percibido un fenómeno curioso: el centro geográfico de Madrid se ha movido casi dos kilómetros hacia el este. A día de hoy está prácticamente en la plaza de Manuel Becerra. Debido a esta tendencia, que creemos constante, no es impensable que un futuro a corto plazo el núcleo urbano regrese a su paradero antiguo. Con ello, esta gerencia quiere hacer constar su sentimiento de perplejidad ante el siguiente hecho: las modernas doctrinas del urbanismo vienen postulando la necesidad de sacar el centro de la ciudad hacia las afueras, descongestionando de población ese sector en beneficio de las áreas periféricas, destinándose en su totalidad al sector servicios y a la gestión burocrática y financiera, al modo de la *city* londinense o del modélico aunque algo deshumanizado centro de Houston. Dentro de un siglo no sería extraño que los territorios donde hoy se asienta el aeropuerto de Barajas formaran el centro exacto de una megápolis, imaginable ahora sólo utilizando la desproporción. Madrid ha demostrado de nuevo estar más viva y despierta que muchas de las personas que la habitan […]

BOGOTÁ, COLOMBIA. DISCOTECA EL PRINCE. REGUETÓN METAFÍSICO

Ya ves, ya ves, papito ya tú ves,
intenté encajar en la vida del revés,
mi madre me parió en una, dos y tres,
y puso tanta fuerza para expulsar,
que nací de espaldas, una, dos y ya,
desde entonces voy p'alante y miro pa' detrás;
y este reguetón te cuenta mi tormento:
dale para atrás
a las agujas del tiempo.

6, 5, 4; 3 y 2 y 1,
nací siendo varios y ahora soy ninguno;
ni tonto ni pez, ni cándido ni tuno,
meriendo discreción y desorden desayuno;
óvulos crecidos, larvas sin conciencia,
ganamos la experiencia y perdemos el sentido;
pedazos de canción, residuos de fragmento,
dame reguetón, dame sentimiento,
dale para atrás
a las agujas del tiempo.

4, 5, 6; 6, 5, 4,
tengo la impresión que al andar desando;
oye mamasita, déjame dinero
para comprar el tiempo que vengo perdiendo;
siento que a mi espalda queda mi futuro,
tengo por delante mi pasado oscuro,
dame algo de vida sin remordimiento,
dale para atrás
a las agujas del tiempo

ALEDAÑOS DE LA PLAZA MAYOR

Amanece desmañadamente allá a lo lejos; la luz carnosa se refleja en las paredes de manera oblicua, realzando detalles imperceptibles de día y de noche, creando un paisaje rosa en los tejados, visible sólo a esta hora y con esa incidencia.

Embutido en una manta y sentado sobre las tejas, Roberto observa las terrazas, escalerillas, cables, antenas de televisión, salidas de humos y enlosetados sobre los que flotan los tendederos —donde la ropa interior femenina incorpora la carnalidad en fantasma—. Hay un silencio especial, piensa, en los tejados de las ciudades. Los frecuentan personas singulares, nerviosas, movidas por estímulos extraños, que extraen objetos de cajas y los ordenan en trasteros, sombras mirando por prismáticos hacia lugares indeterminados, gente tomando el sol, aficionados a la cetrería de halcones o a los aviones teledirigidos, bultos midiendo la pluviometría o la contaminación ambiental. Personas que no hablan, aunque su cuerpo habla por ellos.

El sol se desanaranja y su luz cada vez más diáfana comienza a resaltar las esquinas conocidas de los muros. El Madrid habitual aparece lento, de este a oeste, y se crea por un momento una peculiar dicotomía entre las pistas de Barajas, en que la actividad es casi normal, y las sombras neblinosas de la Casa de Campo, donde las putas captan aún clientes rezagados.

Cuando nota la carga del sol sobre su espalda, Roberto abandona la terraza.

CALLE SINESIO DELGADO

—¿Qué te pasa?

—He vuelto a tener otra pesadilla con los cuatro rascacielos nuevos de Castellana.

—¿La del otro día? ¿Ésa donde eran colmillos de una criatura subterránea que iba a devorar Madrid?

—No, hoy era más extraña. Soñé con un bebé gigante, de decenas de metros de altura, que llegaba a la ciudad desde Alcobendas. Caminaba tambaleándose, como si fuera a caerse; pisoteaba algún jabalí, atravesaba la Universidad Autónoma, destrozaba un par de aularios, y luego llegaba cruzando las vías hasta los rascacielos. Apoyaba entonces sus tremendos bracitos en los dos edificios centrales y desde allí miraba con miedo a Madrid. Comenzó a llorar, buscando a su madre, y cada hipido movía el suelo como un terremoto. Me desperté cuando lo miraba desde la Castellana, junto a las torres Kio; desde abajo parecía que los edificios eran los barrotes de su cárcel.

CALLE MARQUÉS DE CUBAS

He dejado a mis amigos viendo el fútbol con la excusa de que necesitaba estar solo para pensar mis cosas para dedicarme un poco de tiempo que a veces me lo echo en cara no te dedicas nunca tiempo Samuel quizá te convenga pensar un poco en ti dedicarte algo de tiempo bien pues ahora lo tengo ahora lo estoy haciendo

llevo un rato aquí sentado no he pensado realmente en nada sólo escucho los ruidos de la calle entran en mi cabeza y luego salen dejándome como antes

me pregunto cuánto tiempo podría estar sin sonar ese teléfono

si salgo ahora llego al segundo tiempo.

PHILADELPHIA, ESTADOS UNIDOS. 15 ST ESQUINA CON LATIMER ST

Por eso, muy poco haríamos con una cultura exclusivamente popular, y muy poco, también, con una cultura exclusivamente académica.

ENRIQUE TIERNO GALVÁN,
«La feria del libro», *Villa de Madrid*, nº 9, 1982

Necesitamos renovar el lenguaje amoroso. Decir «te quiero» o «estoy enamorado» ya no significa nada. Siglos de retórica literaria, décadas de comedias románticas y nuestra propia experiencia personal acaban por devastar el significado de las palabras. Hay que resemantizar el lenguaje para que transmita verdad pasional y no suene a lo de siempre. «Noto un pinchazo en el pulmón izquierdo cuando te miro», esto ya significa algo. «Mi dolor de muelas se ha mitigado al oírte llegar», o «la contractura del cuello se extiende a toda la espalda si sonríes»: he aquí frases que *realmente* expresan. «Me destrozas la digestión», puede ser un camino. «Eres tan hermosa y necesaria que por un momento este Starbucks parece un lugar digno.» Eso es

CALLE ÁLVAREZ DE CASTRO

—Otra de mis *Performances silenciosas* la realicé en 1982; en aquella época trabajaba como traductor en una distribuidora de cine, redactando subtítulos de películas independientes extranjeras. Si miras los periódicos madrileños de ese año hubo unas semanas, desde marzo a mediados de abril, en que los críticos cinematográficos censuraban el creciente hermetismo de los filmes provenientes de Europa central; a su juicio, la clausura del sentido en estas obras estaba demasiado imbricada con la desintegración del lenguaje de los protagonistas, y cosas así. Bueno, todo era un poco más sencillo: yo me dedicaba a traducir y rotular esos rollos, y mi acción artística consistía en sustituir los subtítulos de una película por los de otra. Los diálogos de esos largometrajes, que luego los dobladores hacían coincidir con los movimientos de la boca de los actores, son en realidad de otros personajes. Algunos filmes han llegado a reeditarse en DVD lustros después en mi *tergiversión*… Para cumplir con las inamovibles reglas de mis *performances* sigilosas, sólo ahora, treinta años más tarde, revelo mi modo de proceder. Si hay algún interesado, puedo facilitarle los diálogos originales de todas las películas, para que los protagonistas recuperen milagrosamente los poderes del lenguaje reintegrado y expresivo, así como el don de la reconstrucción del sentido vital.

CALLE NOBLEJAS. ESCUELA DE LETRAS

Observad en las calles, en los jardines, en los mercados, en las casas

DIDEROT, *Ensayo sobre la pintura*

Las mejores historias las escribe la vida, pero por desgracia la vida no sabe escribir

PETER HANDKE

—Mirad, conozco mucha teoría literaria. Llevo tanto tiempo leyendo libros como estudiando libros. Navego con menos dificultades por un ensayo que por una novela. Mi mente, digámoslo así, es discursiva, abstracta. No tengo que hacer esfuerzos para pensar, analizar o relacionar. Como escritor, mi dificultad máxima estriba en la creación de personajes; no tanto en hacerlos creíbles como en imaginarlos, nacerlos. Por ello, no puedo enseñaros a escribir, si nos referimos a escribir novelas. Sólo podría ofreceros consejos; sólo soy capaz de proponer atajos para ser veraces, al objeto de aportar una mentira verosímil al cuaderno. Hoy voy a daros uno de esos consejos.

Escribid con la vida.[15] Aprended de ella.[16] Observad cómo traza sus historias, cómo crea relaciones, cómo enlaza o distancia amigos y personas y amantes. Aceptad el ciclo de la existencia: los lectores ya lo han aceptado. No evitéis el dolor ni la alegría, porque son naturales y el lector está preparado para enfrentarlos. Le parecerán tan inverosímiles la kafkiana pena continua como la «dicha de plenitud» de Jorge Guillén. Observad y aprended. ¿Queréis describir personajes? Pues escuchad cómo la gente se define a sí misma. Mirad los anuncios por palabras y sabréis cómo intentan convencer y convencerse. Leed los dazibaos, los perfiles en redes sociales, las secciones de contactos o de búsqueda de amigos o relaciones: ahí, en tres líneas, las personas deben definirse con la suficiente eficacia como para llamar la atención de otras y evitar la soledad. Escuchad cómo se presentan unos a otros en los bares, y cómo los presentados corrigen o adornan los datos

explicitados. Cómo contestan a los reporteros en la calle. Cómo atusan su pelo ante el paso de una mujer hermosa o de un hombre arrollador. Cómo piden los preservativos. Cómo encargan la pizza por teléfono. Cómo se dirigen a sus subordinados. Cómo recogen del suelo una moneda caída. Cómo se miran disimuladamente en los escaparates, o utilizan sus cristaleras para mirar al chico que pasa por la acera de enfrente. Cómo gritan al árbitro en el partido. Cómo se dirigen a su mujer. Cómo piden perdón al agente de tráfico. Como salen ufanos tras un regateo en el mercadillo. Cómo reaccionan al sentirse observados. Cómo intervienen en las conversaciones. Cómo posan para las fotos. Cómo se confiesan a gente que no han visto nunca, y cómo callan sus secretos ante sus más cercanos. Cómo se tensan los cuerpos de las parejas de amigos cuando llega el camarero con la cuenta. Cómo declinan las llamadas publicitarias. Cómo esperan al autobús Circular cuando llega tarde. Cómo hablan. Cómo callan. Cómo besan. Y plagiadles, coño, plagiadles.

CALLE GÉNOVA

No es solamente una urbe. Es una plaga. Y como toda plaga, es nómada.

HERIBERTO YÉPEZ, *A.B.U.R.T.O.*

—No es tan fácil, oye.

—Pues yo sí lo creo. Por qué no.

—Porque nada es blanco o negro, las cosas no son tan sencillas. Te equivocas si piensas que un concepto complejo puede tener una enunciación simple. Nada de eso. Es un burdo reduccionismo plantear que en Madrid todo es afueras o es centro. Se nota que no eres de Madrid.

—Creo que eres tú quien se equivoca y, precisamente, marras por ser de Madrid, por estar dentro, por carecer de perspectiva.

—No sabes de qué hablas. ¿Quién va a creerse esa división? ¿Dónde empezaría cada zona y dónde acabaría? Hay partes del barrio de Salamanca que podrían estar dentro de un concepto amplio de centro, y otras encuadrables en uno extenso de afueras. Hay áreas enteras de Madrid que no son fáciles de clasificar. La calle Alcalá es y no es parte de las afueras. Es centro, y lo contrario.

—No hablo de un marco geográfico, sino del sentimiento de inclusión. Se trata de pertenecer o no al centro, y el centro no es físico, sino mental. Creer o no creer que se forma parte del grupo de gente que decide, o del lugar donde se mueve la ciudad. Ayer leí un artículo de Vargas Llosa. Decía: «Siempre he tenido en New York la sensación de estar en el centro del mundo», y citaba a Cortázar, quien a su vez decía de París que «es infinitamente preferible ser nadie en una ciudad que lo es todo, que serlo todo en una ciudad que no es nada». A esto me refiero.

—Pero es que París o Nueva York sí fueron, en su momento, centros globales.

—¿Quién decide eso? ¿Por qué no Londres, o Washington? Quizá de aquí a veinte años sea Pekín el centro del mundo, si no lo es ya. Es sólo *voluntad*. Para Cortázar era París, así lo quiso; para Pla, Barcelona. Pues para mí es Madrid. Ahí está mi configuración

cósmica, mi meta como hispanohablante. Cuando estoy en Madrid no quiero estar en ningún otro sitio y eso no es distinto de hablar de centro del mundo.

—Pero…

—Y mi configuración personal del centro de Madrid, ese *centro del centro*, es igual de aleatoria, de atacable, de voluntaria. Es un centro esponja, que puede incluir Madagascar o Córdoba, si en esos lugares veo detalles centromadrileños.

—Pero que tú lo veas así, o que lo quieras, no lo convierte en cierto.

—¿Y quién lo pretende?

NUEVA YORK. MANHATTAN. 1ª AVENIDA

Nos hallábamos rodeados por una inmensidad de cosas

DON DELILLO, *White Noise*

Mientras que en otras ciudades los ruidos son discontinuos, pueden separarse y analizarse, aquí se va levantando desde el amanecer un murmullo denso, un clamor continuo e indistinguible, como si alguien fuese elevando, poco a poco, el volumen del ruido de fondo, piensa ella, mientras prepara café expreso por si él aparece.

PASEO DE LA CASTELLANA

En el carril derecho hay una aglomeración y su desplazamiento roza lo mecánico; a esta velocidad —piensa— es más seguro ir solo.

Gira levemente la cabeza y puede ver, casi sentir a su izquierda el resuello del resto de los corredores, apurando el *sprint*: allí, casi a menos de trescientos metros, aguarda la línea amarilla de llegada.

Éste es el final —piensa— y hay que darlo todo, apretar a fondo, hasta que el mecanismo no pueda dar más de sí, hasta el límite real del hombre y de la máquina, perseguidores simbióticos del mismo empeño.

Aumenta su velocidad. Es posible que haya público en los laterales de la calzada, animando o sólo contemplando la carrera, pero él no puede verlos.

Sólo piensa, sólo ve, la línea.

Acelera.

Ha llegado el primero.

Lo sabe porque no hay nadie alrededor.

CALLE DE FORTUNY

17 de julio. Todas las chicas hermosas con las que me cruzo por la calle llevan algo azul encima. Me pregunto si será una especie de ley general que se cumple en todos los casos. Llamo a mi novia, la de entonces, para comprobarlo. Su madre me dice que está en la piscina.

CALLE DEL NOVICIADO

—No, mujer, qué va, no era vigorexia, que además creo que eso sólo es para los hombres; ni por supuesto anorexia: por entonces yo pesaba casi setenta quilos de fibra y músculo. El tema era otro. Verás, yo estaba sola, acababa de llegar a Madrid y no conocía a nadie, mis nuevos compañeros de trabajo eran una sudamericana que sólo pensaba en su familia y en llegar a su casa, y un tío raro que estaba metido en una de esas religiones que parecen una secta y con el que no te podías tomar una cerveza sin que intentara convertirte. De modo que en el trabajo no tenía vida social y fuera tampoco. El gimnasio, al que me apunté para mover el culo los fines de semana, apareció entonces como la solución: había mucha gente, los ejercicios y los aparatos daban pie a hablar con los demás, encontrabas bebidas isotónicas, refrescos, periódicos, revistas y mesas para beber y leer tranquilamente; tenían un par de ordenadores con conexión a internet y contaba con sauna y salas de masajes. El rato del gimnasio era el único en que podía hablar con alguien de temas que no tuvieran nada que ver con el trabajo. No veía el momento de irme, siempre había una clase de zumba, de *spinning* o de pilates a la que asistir, siempre había excusas para echar una hora más. Las masajistas eran muy majas; Sonia, ésa con la que iba el otro día por Preciados, cuando nos encontramos, ¿te acuerdas?, es fisio, nos hicimos amigas allí. Yo, que no destacaba nunca en nada, comencé a ser observada y admirada por mi forma física. Conocí a chicos guapísimos y me eché un par de ligues, y aquel era el único lugar que encontré para sobrevivir a Madrid. En aquel edificio enorme, lleno de máquinas y metal, hallé un poco de humanidad. Sí, me puse fuerte como una mula, pero ¿qué podía hacer?

CALLE TUDESCOS

«Yo quiero que mi suerte cambie», decía el personaje de una serie de televisión en la pantalla. «Yo quiero que mi suerte empiece», respondió ella, en voz baja, para no despertar a su marido.

EDITORIAL MUY CONOCIDA. INFORME DEL COMITÉ DE LECTURA

Título: *Circular*
Autor: V.L.M.
Valoración: Negativa

Estudio del argumento y la estructura:

El original presentado plantea numerosos problemas de clasificación, por no decir de interpretación. Algunos críticos norteamericanos y franceses vienen llamando *novela difusa* a este tipo de libros con una estructura disuelta, esto es: la estructura existe, pero no es perceptible para el lector, pues queda obliterada bajo múltiples capas superpuestas de manipulaciones o falsificaciones narrativas. Hemos localizado algunas, pero otras no. Otro problema añadido es que este *Circular*, según he descubierto, es la continuación de otro libro ya publicado, con el que la crítica no fue nada clemente. Alguien escribió sobre la primera versión que «no dejamos de advertir tanto en este como en otros escritores […] que tras llenarse la boca con la densa pasta del pensamiento contemporáneo no han sido capaces de digerirla provechosamente: todo ese universo no alcanza a cobrar vida». El fiasco se ha agravado en esta última entrega. Cabe preguntarse por qué seguir perseverando, entonces, en el callejón sin salida de la vanguardia —pero nos pagan los informes, no los juicios universales.

Describimos la primera capa narrativa porque nos permite penetrar en este intrincado bosque narrativo: el protagonista, un dramaturgo dipsómano llamado Fred C. V. (en adelante, FCV), escribe prólogos y discursos para el presidente de una comunidad autónoma. El lector no sabe cuál, y el propio FCV, en ocasiones, parece no saberlo tampoco. Con el transcurso de las páginas, columbramos que FCV sufre de una enfermedad mental no definida que le produce crisis esquizoides. La forma de descubrirlo es complicada: FCV tiene monólogos interiores que, a veces, saltan del libro y toman párrafos de otros libros y pensamientos de otros personajes, de los que regresa sin previo aviso.

Sospechamos la impostura cuando reconocimos algunos trozos de *Proust Fiction*, de Robert-Juan Cantavella —por supuesto, la elección del texto huésped no es casual, ya que este libro de Cantavella es, en sí mismo, otra impostura sobre la falsificación y el plagio—. Luego FCV adquiere la personalidad del protagonista de *La conciencia de Zeno*, de Svevo, y del *Molloy* de Beckett: todos ellos son personajes en descomposición, por lo que dedujimos que el autor se propone reflejar una disolución de segundo grado. Ponemos este ejemplo para que se vea hasta qué punto la literatura es el eje del sistema de este libro, algo que lo afea, a nuestro juicio, en parte, ya que no sabemos hasta qué punto un lector común y no muy curtido en literatura extranjera moderna y contemporánea puede hacer frente con solvencia a esta alambicada historia, caracterizada, además, por su forzada originalidad.

El resto del argumento tiene similares rémoras: FCV escribe un discurso para el presidente durante una de sus crisis de personalidad, reproduciendo uno, muy famoso, de Theodore Roosevelt. Parte de la prensa cae en la cuenta del error, lo que no les sucede ni a los asesores del presidente ni, por supuesto, al propio presidente, pero la apropiación es leída como un acto de genialidad política, una vindicación deliberada de una doctrina de corte centralista y proliberal muy oportuna en la coyuntura política contada en la novela. El discurso sitúa al presidente en una situación propicia para su reelección al frente del partido, pero provoca la separación de FCV de sus funciones habituales, al no poder justificar sus cada vez más frecuentes alienaciones. El plagio permite al presidente renovar su cargo, pero a FCV le supone la pérdida del suyo. El gobernante, comprensivo, intenta buscar una ocupación al desquiciado protagonista, pero éste, en su entrevista personal con su ya exjefe, comienza a declamar el «Informe para una academia» de Kafka, lo que el presidente entiende como un insulto —no se aclara, en una aplaudible ironía del autor, si por ser considerado primate o por ser calificado de académico—. FCV se hunde tras su despido definitivo en una depresión profunda que, paradójicamente, alivia los síntomas de su esquizofrenia. La estructura del texto se vuelve aquí menos dislocada, y el fondo del argumento más nihilista, sin que entendamos bien la razón literaria de este cambio. Del mismo modo, se abandonan las interesantes reflexiones que hasta entonces se desarrollaban sobre la identidad, y FCV comienza la redacción de una serie encadenada de artículos sobre temas astrofísicos, en concreto sobre la constante cosmológica, la energía oscura, los agujeros negros y el «vacío celestial», término que nos desespera por su reiteración —tres veces en treinta páginas— y, sobre todo, porque no sabemos a cuento de qué vienen tales alusiones. El autor del libro parece perder el norte de la

narración justo en ese punto, donde el protagonista comienza a salir del atolladero. Aparece entonces una extraña historia de amor con una psicóloga, que intenta ayudarlo con su problema; un giro que se nos antoja insostenible y que culmina con un extraño final feliz, donde FCV parece sanar de su depresión, sin que lleguemos a saber el modo en que tal milagro se ha producido en un lapso bastante breve de tiempo. Es una lástima que decaiga la narración al final, ya que quizá pudiera haberse publicado si hubiera mantenido el tono desesperanzado de la primera parte. Pero la hecatombe argumental al término de la novela —o lo que sea—, unida al escaso interés comercial, a ciertos fallos de sintaxis o incorrecciones («hombreado va con los reversos», p. 11; «lo que vemos lo que nos mira», p. 183; «lo solo del animal», p. 335), y alguna alusión final, algo ñoña, al amor verdadero, nos llevan a desaconsejar la publicación de la obra.

SÍDNEY, AUSTRALIA. SCHOOL OF PHYSICS

Si produce un efecto,
tiene materia.

Si puede ser detectado,
tiene masa.

Si se oye su voz,
posee cuerpo

CALLE DEL CASINO

Ve la televisión plácidamente. «Debería acostarme ya, es tarde, no tiene ningún sentido seguir viendo esto.» Llaman al teléfono. Son las dos de la mañana. Sabe que se han equivocado, pero no está dispuesto a seguir oyendo timbrazos. «Sí.» Ruido de fondo. Interferencias. Un móvil. «¿Oiga…?» Odia que lo llamen desde móviles, es imposible enterarse de nada. «¿Oiga?» «Sí.» «¿Está Jaime?» Quien sea habla mientras conduce, puede escuchar el rugido inconfundible de un motor. «No.» «¿Oiga?» Ya estamos. «¿Está Jaime?» «¡No!», casi grita. Pero retumba al otro lado un pitido de claxon, un «no» lento, angustiado, un chirriar de neumáticos primero y un estrépito de hierros después, tictac de intermitentes cada vez más lentos, interferencias, y al final silencio. Solo silencio.

En pocos segundos se escucha la indicación sonora de que la comunicación se ha cortado.

Piensa agitadamente, tiene el estómago revuelto. Llama al 061, pero cuelga antes de que contesten. ¿Qué sentido tiene decirles que una mujer, que llamaba desde un móvil, acaba de tener un accidente de tráfico en algún lugar de España? Hace unas horas oyó en el telediario que muere una persona cada veinte minutos en las carreteras de este país.

Sigue mirando al televisor. Lo apaga. Va hacia el dormitorio. Se pone el pijama, pone el despertador, se acuesta. Da setenta y ocho vueltas en ambas direcciones. Se levanta. Se pone una bata. Camina hacia el salón. Enciende el televisor.

PLAZA DE ORIENTE

—¿Te has fijado? El Teatro Real, tan alto y compacto, con esa forma cónica truncada, parece un gigantesco trozo de tarta al que alguien hubiera quitado la punta con una cucharilla.

CALLE DE LAGASCA

—Ahora, les ruego me presenten su DNI por orden: Federico Carlos, Borja Manuel, Carola Emilia, Federica Eugenia y Javier Eutimio. Pero… falta uno, ¿se ha quedado alguien fuera?

—…

—…

—…

—No.

—A ver, no lo entiendo. Aquí tengo sus documentos, sí, correcto, bien, sí, bien, correcto… ¿Y Javier Eutimio?

—…

—…

—…

—No lo sabemos.

—Deduzco por los hechos, y por sus caras, que no tienen contacto con su hermano. En fin, sigamos. A continuación, voy a proceder a la lectura del testamento de su madre: […] Ya está. ¿Lo han entendido en su totalidad, por entero? No basta con que asientan, tienen que decir explícitamente que han comprendido todo lo establecido por la causante en su última voluntad.

—Sí.

—Sí.

—Sí.

—Sí.

—Bien, pues en tal caso habrá que detener el procedimiento de partición, debido a la preterición de su hermano Javier Eutimio. Debemos abrir la sucesión intestada y fijar la legítima correspondiente.

—Disculpe, no he entendido varias de las palabras que ha dicho, nos dedicamos todos a la empresa que fundó pap… mi padre, y no tenemos conocimientos de derecho.

—Pregunte usted lo que quiera.

—¿Qué significa preterición?

—Para que lo entiendan fácilmente, preterición es lo que sucede cuando un testador no menciona a su heredero ni para insultarlo.

TÚNEL ESTACIÓN DE CHAMARTÍN-ESTACIÓN DE ATOCHA

[…] como una misma ciudad es representada de distinto modo según las diferentes situaciones del que la mira

G. W. LEIBNIZ, *Discurso de Metafísica*

Cables. La realidad de Madrid, sobre todo en las afueras, son los cables. Postes y cables. Cableado del tren. Fibra óptica soterrada. Cableado de la electricidad. Antenas llenas de cables. Terminales telefónicos acoplados. Aparatos de aire acondicionado con tubos escondiendo, o no, los cabos rojos y azules. Antenas parabólicas estranguladas. Farolas con dedos filamentosos brotando por los resquicios. En plena edad de los satélites y la conexión inalámbrica, la ciudad sigue llena de cables, de líneas escribiendo la energía, como enlaces visibles de la internet eléctrica de Madrid. Hipervínculos nerviosos entre las casas, entre Madrid y otras ciudades. Axones transmitiendo imágenes o voz. Vínculos entre telerreceptores. Personas enviando imágenes de sí mismas por los circuitos. Voces reduplicándose. Los cables son la materialización visible de toda esa información circulante, de esa electricidad dinámica. Atan las distintas partes de la ciudad y las mantienen unidas.

EDITORIAL MUY CONOCIDA

Under a pile of sorry assed
Thank you for your interest rejection letters
Carpeting the floor?

LEVI ROMERO, *Remembrance: New and Rejected Works*

Estimado Sr. Mora:

Gracias por la propuesta de publicación de su obra *Circular*. Lamentamos comunicarle que no podemos incluir este texto entre nuestras publicaciones, ya que no se ajusta a nuestra línea editorial.

Le agradecemos que haya pensado en nosotros, y le deseamos mucha suerte en su empresa.

Un cordial saludo,

X.

CALLE DE TETUÁN

Los círculos contextuales que dan forma se extienden de manera concéntrica hacia lo ilimitado

GEORGE STEINER, *Presencias reales*

Las relaciones también dan vueltas, regresan, acaban en apocatástasis, en el lugar donde parten; no hay amores redondos, pero sí circulares, en que los amantes ensayan siempre el mismo círculo infernal.

Las relaciones comienzan y acaban con una mentira: él le dice que van a salir juntos porque la quiere, pero quiere olvidar a la de antes; cuando la relación se extingue, él le explica que nada funciona, que quiere olvidarla, pero en realidad quiere ya a la siguiente chica. Hasta que la tiene.

Ella, a cierta edad, es consciente de que sólo ha dado decenas de vueltas por los brazos del mismo tipo de hombre.

CALLE ADUANA

la ciudad […] es individuo y es grupo; es vivida e imaginada; la cosa humana por excelencia

CLAUDE LÉVI-STRAUSS, *Tristes trópicos*

—Lo que más me llamó la atención cuando vine a Madrid era toda esa gente que va por la calle hablando sola. Me asustaba un poco.

—Da grima, sí.

—Al principio no entendía cómo podían ser tantos. Pero luego se me ocurrió algo, imagino que para consolarme. Mira ese señor de ahí, ¿lo ves? Pues piensa esto: tres calles más hacia allá, o dos manzanas abajo, o en Leganés, Alcobendas, Barajas, donde quieras, hay más personas como él, hablando sin interlocutor aparente, y parlotean solos al mismo tiempo. Con los ojos en blanco elaboran sus frases, las dicen; luego escuchan, esperan una respuesta. Niegan violentamente con la cabeza, o asienten, o sonríen de pronto. A veces pienso que no son locos, sino seres que han desarrollado una inteligencia especial que les permite comunicarse a distancia. No hablan solos. Hablan entre ellos.

CALLE DOCTOR MATA. CONSERVATORIO DE MADRID

Schönberg presiente claramente que la libertad total […] no puede ser absoluta.

WASSILY KANDINSKY, *De lo espiritual en el arte*

—Sí, pero no entiendo la utilidad.

—No hay utilidad. Sonido *per se*. Notas que sólo se significan a sí mismas.

—Es demasiado etéreo. Para mí, la música es armonía y melodía. Es Beethoven, y no una consideración semiótica del ruido. El ruido no *comunica*. Por lo menos no de forma exenta, requiere de un contexto. Piensa en Malévich. Dejaba un cuadro en blanco, pero no la pared. Su objetivo no era el blanco (le hubiera bastado dibujar un rectángulo en la pared), sino el cuadro, la ausencia dentro del contexto del lienzo.

—No, yo creo que no. Tú tomas las obras como un bloque, como un colectivo de significaciones. El dodecafonismo habla de tomar *nota por nota* la música. Para ti la música es un camino, un orden. Yo creo en la libertad absoluta. Una nota después de otra, y antes de una tercera. Eso es música.

—Eso no sé si es música, pero desde luego, no es libertad.

—¿A qué te refieres?

—Recuerda el autor que nos citó el profesor el otro día, Hindemith. No creía que cambiar el orden natural de sonidos por la alternancia suponga ninguna libertad. Tú eres también esclavo de esa alternancia. No puedes escapar del *nota a nota*. En cuanto ese azar, o esa combinatoria, como prefieras, provoquen una melodía, tendrás que suprimirla, porque tu propio sistema te constriñe.

—Claro, pero… pero es que es imposible no seguir un sistema. Todos somos esclavos de alguno.

—Evidente, ¡pero nosotros, no la obra! El orden natural es una cárcel, y la alternancia también. El uso de un sistema lo es. Pero hay un modo de lograr una auténtica libertad creativa, de no limitar la obra.

—¿Qué posibilidad?

—Un amigo mío escribe un libro sobre el mundo, donde no intenta reflejarlo, sino crearlo, multiplicar sus capas, añadir dimensiones. Y ha encontrado el camino de evitar esos límites que comentaba. Simplemente, utiliza un cambio asistemático de sistema. Él escribe y, sin buscarlo, deja que se rompan el tema, el tono, la forma, o incluso el género. No decide cuándo ocurre la mutación: puede acaecer cada equis páginas, o cambiar dos veces en el mismo fragmento. No está encima del proceso. No controla el crecimiento del libro. Es como una paternidad. Le da una *educación*, pero el libro madura por su cuenta.

CÓRDOBA, AVENIDA MEDINA AZAHARA

Fragments are the only forms I trust.

DONALD BARTHELME, «See the Moon?»

Hay una calle en Córdoba que me llama la atención. Es una avenida larga con árboles a los lados y orientada a la muerte del sol. Tiene una parte, un trecho, donde parece ocurrir algo extraño. Los troncos de los árboles están más sucios, y hace más frío que en el resto de la calle. Las baldosas, mejor cuidadas, son más dificultosas de caminar e invitan a la huida. He visto a gente indefensa y rostros malhumorados, parejas peleando, en esas aceras. Jamás he podido contemplar en esa parte de la avenida a dos personas besándose o diciéndose algo hermoso. Cruzo por ella —o la evito— a toda prisa, intentando no contaminarme.

Esa parte, lo sé, es una calle desterrada de Madrid.

CALLAO. PANS & COMPANY, PLANTA 2ª

Globus, esfera: difícilmente puede hallarse un término que mejor cuadre al neocapitalismo triunfante

FÉLIX DUQUE, *El cofre de la nada*

—Creo que estás equivocado. Madrid no fomenta tanto el individualismo como tú crees. Ni siquiera, fíjate, es una sociedad capitalista; tiene incluso, diría yo, tics soviéticos…

—Pero Ana, ¿qué dices?

—Sí, sí, ya ves… Yo lo noto en el sentimiento de resignación…, hay chauvinismo, sí, pero proviene de ser la capital, más que de la mentalidad. Ser madrileño es resignarse, como ser comunista: en Cuba y antes en la URSS se han vanagloriado de la revolución, pero siempre han sabido que no había otro remedio. La falta de opciones, incluso voluntaria, implica sumisión, aquiescencia. Y hay otra cosa. Las colas. En el centro es frecuente ver colas soviéticas: en Doña Manolita, en alguna tienda de ofertas permanentes, en el Primark, en la puerta de cines y musicales, en las cabinas, en los cajeros automáticos…

—Es curioso, estoy de acuerdo en eso. Las hay, por increíble que parezca, hasta en la Casa del Libro… De todas formas, ¿no crees que exageras extrapolando detalles concretos y elevándolos a norma general?

—Sí. Pero ya sabes. Los de Puertollano tendemos a exagerar todo lo referente a Madrid. Y tú, como andaluz, ¿acaso no exageras por norma? Serías capaz de poner a Madrid como símbolo del universo.

—Madrid, símbolo del universo… Hum.

PASEO DE RECOLETOS

Una nieve pardusca cubre densamente los parterres junto al asfalto. Como estallidos de verde surgen arbustos, abren palmeras sobre la fría arena blancuzca. Desde el cristal del taxi observa la extensión blanquecina de la que emergen los árboles hambrientos, y piensa que la nieve y el frío crean otra distancia, una especie de tiempo palpable entre las cosas.

CALLE SALUSTIANO OLÓZAGA. LIBRERÍA HIPERIÓN

[Bibliomaquia]

La ciudad es un mapa de citas
nombrando la ausencia

JAVIER MORENO

Amo la oscura espalda
que asume la ciudad cuando atardece.
Bajo su toldo inevitable
alguna vez escribo.

MANUEL RICO

Sobre todo, los sueños. Dónde irá
la gente, tan deprisa,
desandando esta ausencia de pájaros, buscando
refugio en los portales de la noche.

INMACULADA MENGÍBAR

pero
del corazón espero
el latido que alumbra la mañana,
la hiperestesia urbana
y en la ventana sigo
viendo palidecer a las estrellas
en soledad conmigo.

PEDRO RODRÍGUEZ PACHECO

PARQUE DEL RETIRO

Sin el lago nuestra ciudad no sería lo que es, sería totalmente irreconocible

ROBERT WALSER, *Los cuadernos de Fritz Kocher*

—Es un chiquillo muy gracioso.

—Sí que lo es… la señora para la que trabajo está muy orgullosa de su niño. Me obliga a traerlo todas las tardes para que respire oxígeno, como ella dice. Bueno, decir «me obliga» es un poco fuerte, porque la verdad es que esto es precioso y me gusta venir.

—Lo es.

—Lo veo a usted mucho por aquí.

—Sí. ¿Se ha fijado?

—Bueno… no me malentienda. Es que usted…, es una cosa rara, se va a reír, pero usted no parece que venga al Retiro. Parece que viva aquí.

—No está desencaminada del todo. ¿Cómo se llama el niño?

—Raúl.

—¿Y tú?

—Mayte.

—Yo me llamo Emilio. Me encantan los parques, ¿sabes? Antes vivía en una ciudad del norte, pero ahora me he venido aquí. Sé a lo que te refieres. Mi actitud no es tan rara. Simplemente soy feliz aquí en el Retiro. Contemplo los sauces, me divierto con las ardillas y con la expresión de asombro de los niños al verlas trepar por las cortezas o lanzarse como dardos rojos entre los árboles. Los niños son prodigiosos; ayer observé durante horas a una niña extranjera que no dejaba de gritar; no lo hacía ni por hambre ni por hastío: gritaba por aburrimiento, aullaba porque, al no tener juguetes a mano, se divertía con su propia voz.

—…

—Observo el paso de las nubes sobre el estanque, me embelesan los haces de luz colados de rondó entre las hojas. Durante mañanas felices he mirado los rostros tranquilos de la gente, que se desvisten de la prisa al entrar por las puertas de hierro. Créeme que merece la pena

venir a este parque. Los mejores días me recuesto en un banco y se me olvida, por unos momentos, que soy viejo, que vivo, que estoy en Madrid.

MADRID, CUBA

—Y no se preocupe por los vecinos del 5º derecha, hermano, apenas hacen ruido. Ahí conviven artistas y críticos de artes plásticas. La mitad del apartamento está intervenida como obra de arte. En las habitaciones no intervenidas los críticos se dedican a elaborar teorías sobre la estética de la otra mitad del piso.

EL PARDO / EL PRADO

Cambiando el orden de las letras se podrán eliminar las enfermedades, y mejorar la calidad de vida.

Informativos Telecinco, 10/04/2000,
noticia sobre el genoma humano.

CALLE DE LOS JARDINES

Fragmentarse para escribir fragmentado. No pensar en una sola dirección.

RAMÓN ANDRÉS, *Caminos de intemperie*

Arrancar el coche. Salir de la cochera, dar y vueltas y más vueltas por el centro, estudiar los rostros de la gente en la madrugada. Recorrer Gran Vía en ambos sentidos. Poner la radio en una emisora con personas conversando. Bajar la ventanilla. Mirar a chicas jóvenes que ríen a miles de kilómetros de distancia, aunque estén a unos metros. Preguntar a los agentes posibles alternativas de ruta. Pasar por un McAuto. Llamar a las operadoras de telefonía móvil. Hacer lo que sea para sentirse vivo, para relacionarse, para pertenecer a algo, aunque sea al tráfico.

BUENOS AIRES. CALLE CORRIENTES, COMBI A LA FERIA LA SALADA

—Disculpame, se te cayó el celular.

—Ah, gracias.

—…

—…

—Perdoná que te joda… cuandi agarré el celular miré, por supuesto sin querer, en que la pantalla decía: «Llamada entrante: Alonso Pérez». ¿Conocés a Alonso, el baterista de los Drive Shaft?

—… ¿Vos lo conocés?

—Sí… ahora lo veo poco, pero hace meses no más teníamos mucho contacto.

—Ajá.

—Es que vi el nombre y, ya sé, había muchas posibilidades de que no fuera el mismo Alonso Pérez, pero me atreví a preguntar.

—Sí, hay muchos Alonsos Pérez.

—Como éste hay pocos…

—Ya. Yo casi no lo veo. Ya viste que no tomé la llamada.

—…

—Y, perdoname, ¿cuándo decís que se veían mucho? Porque creo que nunca te mencionó.

—Hará como un año que quedábamos de seguido.

—Un año.

—Sí, más o menos, no sé.

—¿Estuviste en el ComboFest de Rosario?

—Sí…

—Ah, relindo.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Por qué preguntás?

—¿Cogías con él?

CALLE CEA BERMÚDEZ

Pero París es muy pequeño para dos personas que se quieren con un amor tan grande

Del filme *Los niños del paraíso* (1945),
de Marcel Carné

—Oye, Espe. Te voy a hacer una pregunta algo extraña.

—Nada nuevo. Dime.

—¿Tú crees que es posible que dos personas se encuentren dos veces por Madrid?

—Claro. A mí me ha pasado. Por mi barrio me encuentro a personas que no conozco, pero su cara me suena de haberlos visto. Incluso topo con ellos luego en sitios más lejanos: en un cine, en conferencias, en conciertos… El otro día me encontré a una compañera de clase entrando en la casa de al lado de la mía. ¡Vivía allí! Y habían pasado dos años hasta que coindimos.

—Sí, pero…, imagínate que encuentras, yo qué sé, en Valdefuentes, o en Julián Romea, a un chico que te vuelve loca…

—Ah, espera, espera, ya te entiendo. Tú no me hablas de encontrarte con cualquiera… Me estás preguntando si creo que puedes ver en Madrid dos veces a una persona a la que estás buscando.

—…

—Has encontrado a una chica que te gusta…

—…

—No sé qué decirte.

—Buf… Sentí algo nuevo, un estremecimiento tan fuerte que tuve que agarrarme a un pasamanos para no caerme. Me quedé paralizada, con el vello de punta, pasé hasta miedo. No me atreví a moverme hasta que estuve segura de que ella estaría a kilómetros de allí… Dime, ¿qué pasa cuando encuentras a la persona de tu vida, a tu media naranja y se te escapa, y no la encuentras y sabes que existe, pero no dónde buscarla? Ella está por ahí, fuera, por Madrid, puede estar quizá trabajando en esta cafetería en otro turno. Puedo encontrármela mañana otra vez en un pasillo, o puedo morir sin volver a verla nunca.

BANGKOK, TAILANDIA

En su terraza, cubiertos por sendos plásticos, guarda un telescopio y un catalejo. Con el primero observa cuerpos solitarios titilando de frío; con el segundo, cuerpos solitarios y lejanos en autocombustión.

SEVILLA. CALLE SIERPES

Ese momento de calma en las ciudades
por la tarde, con el sol ya bajo,
cuando todos pensamos a la vez
en nuestras cosas y el tiempo se detiene,
y vemos la ciudad pausada
con nuestros cuerpos dentro en color sepia,
como una fotografía antigua.

CALLE CABALLERO DE GRACIA

Se levantó nervioso, sudando, lleno de felicidad: por fin, tras años de imaginar la posible construcción durante la vigilia, resultó que mientras soñaba había encontrado la casa de su vida, el diseño que siempre había esperado para levantar su propio chalet. El sueño de todo arquitecto, la casa perfecta para uno mismo, le había llegado, de forma lógica, en otro sueño. Quiso sentirla de nuevo, recorrer otra vez las estancias, para examinarla bien, pero la casa había quedado atrás, en el duermevela. Debía dormir de nuevo para revisitarla, pero estaba tan nervioso que no pudo hacerlo. Se revolvía. Sudaba. Abrazaba la almohada. Fue a la cocina y tomó tres somníferos. Eran las seis y media. No podía ser cierto: la casa estaba allí, por fin; sólo un poco a sus espaldas, media hora todo lo más, y no podía soñarla otra vez, desandar lo andado por la vigilia. Diez minutos más de giros compulsivos en el lecho. De qué forma volver, cómo hacerlo. Y vio, entre la nube magenta que los somníferos tejían en su delirio, el armario, el cajón, la pistola cargada.

VALLADOLID

«Cariño, ¿por qué salir ahora, en plena noche, a recorrer Valladolid? Puede que sea seguro, sí, tiene todo el aspecto, pero ¿y si no lo es? ¿Por qué correr el riesgo?» «Pues por la misma razón —le respondí terminantemente (recuerdo su hermoso gesto de protesta, su dulce rostro quebrado por la preocupación de que pudiera pasarnos algo)—, por la que Dickens logra ese maravilloso tono exótico en sus *Night Walks* por Londres, sin salir de su entorno diario: porque convierte la ciudad en algo distinto sólo por pasearla a deshoras. Si quieres que una ciudad brille en tu descripción, no tienes que alterar su lugar ni crear una fisonomía farsesca, basta con variar la hora de observación y el tipo de personas con las que interactúas.» No pareció muy convencida, pero nos pusimos el abrigo e igual salimos a la calle.

AUTOBÚS DE LÍNEA BARCELONA-MADRID

Hay qué ver qué poca educación tiene la gente, decía a voz en cuello el hombre del pelo blanco por el teléfono móvil.

LOS ÁNGELES, ESTADOS UNIDOS. AEROPUERTO

El *perpetuum mobile* es un viejo sueño de los ingenieros desde el Renacimiento: en principio, debería consistir en un aparato que funcionara por sí mismo, produciendo energía pero sin consumirla, o equilibrando sus necesidades. Siempre se sospechó que el movimiento perpetuo era difícil de lograr, hasta que Einstein demostró científicamente su imposibilidad, por contradecir la segunda ley de la termodinámica. Los Ángeles es un *perpetuum mobile* si consideramos el término de forma metafórica, pues lo cierto es que no cesa de moverse. Sus demenciales autopistas no dejan de estar atestadas de coches, incluso de madrugada. El poeta Aníbal Núñez escribió sobre los Estados Unidos, partiendo del caso particular de una casa móvil en Chicago: «Aquí nadie descansa, aquí la vida / no se para un segundo. Las macetas / tiemblan en la terraza de la casa ambulante». No pocas personas viven aquí de modo móvil, o nómada. De camino al aeropuerto compruebo que en los aparcamientos de los grandes centros comerciales hay *homeless* en contenedores abandonados, y es frecuente que quienes no pueden costearse los altos alquileres de la zona habiten en caravanas aparcadas en cualquier lugar, o vivan en campings. El movimiento es consustancial a esta zona de llegada, inmigración y tráfico.

Escribo en el aeropuerto. El hallazgo inesperado de un poco de papel blanco para anotar me ha puesto de buen humor y súbitamente ha iluminado el entorno. Los niños me miran escribir a mano —no me traje hoy el portátil— y me catalogan como bicho raro: solo, vestido de negro, empuñando un bolígrafo de punta fina como quien esgrime una navaja. Dentro de pocos años, me da por pensar súbitamente, nadie escribirá a mano en lugares públicos, quedando reservado tal ejercicio, como en la Edad Media, al cuidado de algunos monjes amanuenses, en cuyas manos quedará el futuro de la caligrafía manuscrita hasta un nuevo Renacimiento o la extinción total de las humanidades.

Toda la iluminación del LAX International Airport es chirriante, kitsch, compuesta por llamativos neones azules, violetas, amarillos,

tan chillones que no hace falta iluminación aparte. Me he traído libros para leer —esta costumbre durará algunas décadas más que la de escribir, porque no supone innovación, porque no implica gente pensando ideas propias, y además incluye el gesto de haber comprado algo, un libro, y ser, en consecuencia, un buen capitalista, una persona de provecho—; abro los libros y leo, pero el resplandor de los neones es tan intenso, y tan variados sus colores, que sus tonos cambiantes se reflejan en las páginas y todo lo que leo, aunque sea del siglo XVII, parece estilísticamente posmoderno. A ver qué dice este libro de Iris Zavala, que acabo de abrir: «La implosión de los sentidos produce una evaporación de los significados. Inspirándome en Walter Benjamin, podríamos decir que la historia es un cementerio de significantes vacíos». Caramba. Parece que el libro y yo estamos en sintonía; en cierta forma, leerlo entre enormes palmeras de plástico, luces estrambóticas y cerca de un McDonald's es una suerte de comprobación. Hay un agente de policía que se acerca y me mira mal, pero tiene aspecto hispano, y al decirle en español «¿Cómo va eso?», sonríe ligeramente, dándose cuenta de que ambos somos inmigrantes en un país extranjero. Nuestra lengua común, por un momento, es una pequeña conspiración de resistencia. «Va bueno», responde en español mexicano, y alarga la sonrisa un instante, justo hasta que ve acercarse a su compañero de ronda. Entonces me mira más serio, como sugiriendo: «Voy a dejarle seguir escribiendo pero, por favor, no lo haga ostensiblemente. ¡Que hay niños mirando!». Me guiña un ojo y se va. Vuelvo al libro, a la misma página, algo más abajo: «Acaba el zigzagueo, era necesario para vertebrar el discurso». Caramba.

De pronto me acuerdo de aquel verso de Wallace Stevens, que a Javier Fernández y a mí tanto nos fascinaba en la época en que lo traducíamos: «La palmera del fondo de la mente».[17] Ahora noto cómo tiembla el misterio en la inmensa terminal de salidas del aeropuerto internacional de Los Ángeles, y me pregunto qué pasaría si la palmera al fondo de nuestra mente fuera también de plástico, como los árboles de las canciones de Radiohead y Gorillaz. Voy a irme hacia la puerta de embarque, antes de que me detengan por apropiación cultural.

CALLE CÁDIZ

Ir de compras alivia la depresión a un 15% de los madrileños.

Diario *20 minutos*, 15/03/2007

—Llevo un día agotador. Éste es el cuarto piso que enseño hoy.

—Me imagino que debe de ser dura la vida de agente inmobiliario.

—¿Cómo dice?

—Que debe de ser una vida incomodísima, sobre todo en Madrid, todo el día de un lado para otro, enseñando pisos…

—No, si los pisos son míos.

—Ah, es usted especulador.

—No, rentista. No especulo porque no vendo ninguno, y no encarezco el precio: yo los alquilo, que es una labor social.

—Alquilar un piso de dos dormitorios, por 1.500 € al mes, ¿es una labor social?

—El vecino de arriba alquila uno igual por 2.000. Usted decide si el mío es un precio social o no.

VALDEMORILLO

—Cada vez que venimos a visitarte veo a varias personas en el chalet de tu vecino, caminando muy despacio y mirando al suelo del jardín, como si se les hubiera caído algo y estuvieran buscándolo.

—Ya.

—Además no son nunca las mismas personas, o esa impresión me dan. Unos días son mayores, otros jóvenes, mujeres, hombres… ¿no es un poco raro?

—El vecino es un escritor francés retirado. En su momento llegó a ser muy conocido en Francia, según me contó él mismo. Un día coincidimos en el bar del Desagüe Alto y estuvimos charlando un par de horas. Tiene mucho acento, pero habla buen español, la verdad. Se retiró, quiero decir que dejó de publicar libros, en el momento de mayor éxito. Se había hartado, me dijo, de que nada durase, de que ningún mensaje con valor permaneciera, por estar todos saturados de información abusiva. Información abusiva, eso dijo, se me quedó la expresión. Todavía no sé si fue un error lingüístico o un acierto. Así que se retiró y compró el chalet. Estaba lleno de jaramagos, malas hierbas y césped cortado y podrido procedente de otros jardines: un desastre.

—Me imagino que…

—Sí, parte de ese césped lo volqué yo, qué pasa. No interrumpas. El caso es que la edificación se conservaba bien, pero el jardín estaba manga por hombro. Pagó a unos jardineros para arrancarlo todo y dejaron el suelo alrededor de la casa como si fuera un solar. Un espacio de construcción, me dijo, una forma de promesa. Estos escritores hablan muy raro. Luego buscó una empresa de pavimentación, les hizo un encargo especial y puso una pasta gansa encima de la mesa. Tardaron tres meses, pero hicieron lo que él quería: construyeron cientos de grandes baldosas, cada una diferente: en cada una de ellas había una porción de texto en francés y estaban numeradas. Todo el pavimento es un cuento, un relato breve que, según comentó, era lo último que había escrito, una metáfora sobre la escasez de la duración. Lo de *escasez de la duración* le gustó mucho a mi mujer, me repite algo parecido algunas noches. El relato comienza junto a la entrada y va dando vueltas a la casa. De cuando en cuando

vienen turistas franceses, críticos literarios y profesores de la universidad, a leer tranquilamente el jardín.

PLANETA EK 7061 C, BETELGEUSE, CONSTELACIÓN DE ORIÓN

Bajaron de la nave convenientemente protegidos contra la radiación de las treinta estrellas cercanas. A la desolación del panorama del pequeño planeta, la externa, se añadía la de los yermos interiores. «¿Qué sientes?», le preguntó Eria a Riddick. «Absolutamente nada —contestó éste, sorprendido de lo que sentía o, mejor, de lo que *no sentía*—. ¿Y tú?» Eria respondió: «Nada, tampoco. Es extraño. Ni frío, ni calor, ni ansiedad, ni ilusión. De hecho, te miro…». Ambos tenían los ojos puestos en el otro, y no fue necesario decir nada más. Pasearon en silencio entre las rocas abrasadas. «Observa el detector. Jamás hubo aquí una sola gota de agua o líquido alguno.» «¿Cuál es la temperatura superficial?» «Ciento sesenta grados.» «Aquí tampoco construiremos nuestra casa.» Ella asintió con la cabeza. «Aunque no sufriríamos…», agregó. Riddick sonrió; no se alegraba, simplemente había detectado la ironía en las palabras de Eria, y daba la respuesta codificada convencional. «¿Nos vamos?» «Sí.» Desanduvieron sus pasos y volvieron a la pasarela que subía a la nave. «Se nos ha olvidado cumplimentar la carta de navegación —dijo Eria —. Hay que darle un nombre al planeta.» Riddick se volvió y contempló el desierto rojizo. «Anótalo en el mapa —murmulló—. Lo llamaremos Madrid.».

CALLE DEL BARCO

Circular
es un círculo. Salir
es imposible. Y para verlo
es preciso salir. Y así
estamos.

JESÚS LIZANO, *Lizania*

Las ciudades son círculos; desde lo alto, muy alto, toda ciudad es más o menos un redondel buscando cerrarse, completarse, circundarse; ninguna ciudad que no esté en el litoral es alargada o rectangular; todas se establecen concéntricas, curvas, centrífugas, circunlóquicas, circuidadas desde el centro. El hipotético núcleo cambiante desde el que un compás inconcebible traza la línea circunferencial del crecimiento se estira por allí, es quebrada por allá y su oscilación fractal hace necesario un círculo nuevo, otro centro hipotético desde el que hacer otra curva mayor que lo englobe todo, para que sea la vida, lo dijo Wilde, la que imite al arte.

CIUDAD REAL. PASEO CARLOS ERAÑA

Tuve un sueño de los que requieren participación. Sueños en los que te piden opinión o respuesta y, cuando la das, te oyes diciéndola en voz alta. Escenas en las que un figurante te pide que te muevas o te impele a que le alcances un objeto y tu gesto al acatar la orden te despierta. Sueños tan vívidos que te obligan a incorporarte a ellos, a escenificarlos como el actor representa su papel. Ya sabe usted: ésos, por lo común repetitivos, en los que intervienes de un modo muy directo y que, unidos a un dormir superficial, apenas te permiten pegar ojo en toda la noche. Y a ello se debe, señor profesor, que no me vaya a ser posible entregarle hoy el trabajo.

CALLE ORFILA. GALERÍA SOLEDAD LORENZO

No es un ambiguo sentimiento de angustia, es dinero.

PABLO GARCÍA CASADO, *Dinero*

—Lo más impactante que he visto en esta sala no han sido cuerpos disecados, ni piezas rotas, ni instalaciones desopilantes frecuentes en otras galerías. Aquí sucedió lo más terrible que he visto como marchante. Me refiero a la instalación de un artista suizo poco conocido, titulada «160 mil euros», que ocupaba toda esta habitación. Y digo que la ocupaba entera aunque la pieza era minúscula: una cuerda colgada del techo con un gancho, del que colgaba una pequeña plataforma de madera con 160.000 euros en billetes de 500.

—¿Pintados?

—No, reales.

—Anda, no me jodas.

—Como te lo estoy diciendo: el tipo había puesto 160.000 euros en medio de la habitación. A la entrada había una placa con el nombre de la exposición, *Dinero*, y un certificado bancario indicando que el dinero era de curso legal. Y además el artista había situado la pequeña plataforma a baja altura, al alcance de la mano de cualquiera. No había vallas de protección ni vigilancia.

—Estás de coña.

—Bueno, sí que había vigilancia. Foucault hubiera disfrutado con esto: los visitantes se vigilaban unos a otros. Los encargados de la galería vigilaban al público, y no sé si también entre ellos… El suizo aquel era un personaje, de vez en cuando venía de incógnito y retrataba con una pequeña cámara los rostros rígidos de quienes miraban la pieza. No te puedes imaginar la tensión brutal que había en la sala. Estaba repleta de gente, porque nadie se lo creía y venían a cerciorarse. Nadie hablaba, salvo para decir: *No es de verdad*, o se refutaban: *Sí lo es, lo pone en la entrada*, o mascullaban: *Compáralo con este billete*, y cosas así. Alguna exclamación. Alguna broma sobre la falta de vigilancia. Justo en los momentos de más congestión, el

cachondo del suizo apagaba las luces de la sala. Hasta gritos se oían, durante el tiempo en que la luz estaba apagada. No era miedo, porque las personas estaban acompañadas: es que nadie quería soportar esa sensación de poder acercarse al dinero, tocarlo y guardárselo en el bolsillo, impunemente, con el miedo de que las luces volvieran a encenderse justo en el momento de perpetrar el acto. El artista encendía las luces de nuevo y la gente aplaudía, creo que para liberar sus nervios, para aliviar su culpabilidad platónica. La exposición terminaba en todas las ciudades, invariablemente, con el dinero intacto. Los ladrones seguro que estaban al tanto, pues los medios cubrían la noticia de la expo por todo lo alto, pero ninguno podía creer que no hubiera vigilancia o cámaras: pensaban que era una trampa de la poli para pillarlos. Los operarios de las galerías no querían tocar el dinero. Al final, el propio suizo era la única persona que lo tocaba, y sus manos las únicas que emplazaban el dinero y después lo retiraban.

—Qué paranoia. Pero bueno, es lógico, el dinero era suyo.

—No, eso es lo mejor. No lo era. Pedía un préstamo a un banco antes de cada exposición, y lo devolvía al terminarla. Las galerías cubrían los intereses.

—Pero… no entiendo. ¿Qué quería demostrar?

—No lo sé, la verdad. ¿Tú que crees?

AARHUS, DINAMARCA. CALLE RYESGADE

Es terrible este frío. Nunca imaginé que a las cinco de la mañana pudiera ser la temperatura tan gélida en la calle. El aire que exhalo se astilla en copos crujientes nada más abandonar mi boca. El viento helado se me cuela por algún resquicio; por más que me arropo y me tapo con estas viejas mantas y el abrigo, debe de haber un agujero por el que penetra la helada. Me giro dentro de la ropa para que ésta se pliegue herméticamente en torno a mi cuerpo y no deje ningún espacio al aire. Qué duro es dormir a la intemperie. Los que están en esos edificios de alrededor, durmiendo calientes en sus lechos, no pueden imaginarse los temblores y tiritonas de frío que nos sacuden a quienes dormimos al raso, ovillándonos, buscando la posición fetal y dispuestos a cubrirnos con cartones o con lo que sea necesario para resistir. Estoy solo, es posible que no haya nadie más ahora mismo en las calles del centro de Aarhus. Quizá debería moverme un poco a la derecha y resguardarme en la puerta de la iglesia, pero debo permanecer aquí. Justo aquí. El cielo es hermoso de madrugada, comienza a amanecer aunque los coágulos de hielo que se forman en mis párpados me impiden verlo con claridad. El vapor de mi respiración es la única cosa caliente en manzanas a la redonda. Qué duro es esto. Qué salvaje resulta la intemperie, la exposición a los elementos. Ahora mismo estoy solo, pero pronto llegarán los otros, con sus prisas y sus preguntas. Sólo que esta vez seré yo el primero. En mi bolsillo derecho percibo el bulto de las siete mil coronas danesas que me costará el primer iPhone 7 vendido en Dinamarca. Puede que venga la prensa a cubrir la apertura de la tienda. Y entonces todo habrá valido la pena.

MUSEO NACIONAL DEL PRADO

Y si yo voy a una catedral o a un museo es tanto para mirar lo que allí se encierra como para mirar al público

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

—El centro es un presentimiento.

—¿Un presentimiento?

—Sí. Cualquier centro de cualquier ciudad tiene una corporeidad física y mental. Cuando se está en él, se tiene la sensación de estar en el lugar donde la ciudad piensa. Un centro laberíntico y pensante, como…

—¿Como un cerebro?

—Como un cerebro. Hay un ambiente, algo que cala más allá de la grandeza de los edificios, un sentimiento de vigilancia y de estar en la médula de algo, de un sistema… Como si en los pisos altos de los ministerios, de las oficinas, de los bancos, de los periódicos, se decidiera quién eres, porque se decide dónde estás… Entonces viene el físico. El sentimiento físico es que esa vigilancia y ese control pesan literalmente sobre tu cuerpo. Te sientes hundido, todavía más diminuto entre estas magnitudes deshumanizadas.

—Sí. ¿Crees que llegamos a la función de las siete y media?

—Puede, depende del tráfico.

NUEVA YORK. MANHATTAN AVENUE CON CALLE 104

El chico, además de agente inmobiliario, es un melómano consumado; buena parte de su elevado sueldo es invertido en discos caros, elepés de segunda mano, rarezas, sesiones pirata de grabación, *demos* que no llegaron a puerto, conciertos en vivo defectuosamente recogidos en casete. Ella suele recordarle que debería invertir todo ese dinero en uno de los pisos que muestra. «En primer lugar —responde él—, nunca podría pagar uno de estos pisos donde duermes, ni aunque viviese tres vidas; en segundo lugar, cada uno de mis discos es una casa, un lugar donde pasar una noche inolvidable.» Ella ha conocido gracias a él composiciones y sonidos a los que nunca tendría acceso. Anoche buscó para ella en el móvil una pieza atonal de Charles Ives, un músico experimental estadounidense de principios del XX. «Se llama *Central Park in the Dark*. Mira, escucha las cuerdas, parecen no tocar nada en concreto, pero la intención de Ives era imitar el sonido de Nueva York cuando se la oye desde lejos. ¿Has visto la película *Medianoche en el jardín del bien y del mal*?» «No.» «No es que sea la bomba, pero hay una escena que me gusta. John Cusack hace de un periodista que se desplaza a Savannah, un poblachón del estado de Georgia, para cubrir un crimen. En la escena que te digo, el personaje de Cusack, un neoyorkino que no conoce otro mundo, tiene que ponerse cada noche un casete con ruido del tráfico de Nueva York para poder dormir.» «Qué chulo. Me recuerda un poema de Leonard Cohen, ¿has leído los libros de Cohen?» «No, pero me sé de memoria sus canciones.» «Esto no es de una canción, es de un poema suyo. A veces lo recito cuando me quedo sola, pensando en ti: “Quiero perderme entre tus pensamientos / igual que uno escucha New York / mientras se duerme”.»

VIP'S

Construí una ciudad a mi medida, una biografía

JOSÉ ANTONIO GARRIGA VELA,
Horas muertas

Si no estuviera tan despierto, pensaría que ha sido una pesadilla, pero juraría que había entrado en el Vip's de Gran Capitán, en Córdoba. Estaba con Javier tomando un *brownie* y compartiendo con él mi sensación de extrañamiento; «Esto es una homogeneización absoluta del entorno —le decía—, estás en un Vip's, en una cafetería del Corte Inglés o en un McDonald's y es imposible deducir en qué ciudad te encuentras». Javier sonreía irónicamente, pero cuando al salir del local hemos aparecido en Gran Vía se le ha congelado la risa en el rostro.

CALLE SACRAMENTO

[…] realista, incluso —¿por qué no intentar usar esta palabra de nuevo?—

WILLIAM T. VOLLMANN, *Europa Central*

Él es consciente de que en este momento sufro. Lo sabe. Y está al corriente de que yo sé que lo sabe. Le da igual. Simplemente: le da igual. Cuando nos conocimos él hubiera sido incapaz de hacer algo que me disgustase. Con el tiempo (a qué pareja no le ocurre) todo le importaba menos: pasó a disgustarme un poco, luego a hacerlo de vez en cuando y, después de casarnos, me administraba dolor psíquico tres veces por semana. Tampoco importaba. Pero de un tiempo a esta parte no sólo me hace daño, sino que ha quedado muy lejos el arrepentimiento; también se acabaron, aunque tardaron más en irse, los días en que me pedía perdón después de los reproches. Siempre, creo, lo ha seguido intentando. Ha pensado que lo nuestro merecía la pena. Por eso me preocupa lo de hoy. Sabe que pienso todo esto, muriéndome de miedo en este cuarto, con el teléfono móvil mudo entre mis manos. Sabe que le quiero.

Mira. Su número en la pantalla. Menos mal. Está llamando desde casa de su hermano. No voy a cogerlo todavía. Esperaré al quinto pitido. Cada pitido, lo sabe, es un poco de dolor que siento. Siento cinco pitidos. Pero en el fondo, antes incluso de reprocharle algo, ya estoy alegre, llena de esperanza. Esto le importa. Le sigue importando.

Esto es el matrimonio, supongo. Hablar por teléfono. Llorar. Seguir intentándolo siempre.

CALLE JULIO CAMBA

Así suenan las ciudades.

ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA, *Lance*

—Mamá… no es la primera vez que veo pasar a esa mujer por ahí. ¿Te has fijado? Es muy extraña. Va hablando sola…

—Aquí hay mucha gente que habla sola por la calle.

—Sí, pero ella habla sola siempre.

—Está loca. La veo desde niña. Una vez, yendo para Las Ventas, mi madre me contó que se le murió el novio de joven, por Quintana, y desde entonces lo anda buscando. Se pasa todo el día recorriendo una y otra vez de arriba abajo la calle de Alcalá, imagínate. Desde la Puerta del Sol hasta la M-40. Salamanca, Ciudad Lineal… hay gente que vive en esa calle y no ha llegado a verse nunca.

—Entonces, eso que musita…, es el nombre de él.

—Bueno, hija, hablemos de otra cosa.

CALLE DE CLAUDIO COELLO

Ministerio de Coordinación de Instituciones Públicas.
Secretaría de Estado de Programación y Desarrollo Técnicos.
Dirección General de Logística Departamental.
Departamento de Publicaciones.

MEMORIA DE PUBLICACIONES
CORRESPONDIENTE AL AÑO 2023:

1. PUBLICACIONES UNITARIAS.

a. Libros y estudios catalográficos:

i. Catálogo de disposiciones normativas del Ministerio de Coordinación de Instituciones. ISBN 978-84-1343677-314-2. NIPO 978-84-38365791-24-00. 1.200 páginas. 100 €.

ii. Catálogo de departamentos de la Secretaría de Estado de Logística Departamental. ISBN 978-84-1343677-314-2. NIPO 978-84-38365791-24-01. 600 páginas. 90 €.

iii. Estatutos y código deontológico de funcionamiento de la Secretaría de Estado de Logística Departamental del Ministerio de Coordinación de Instituciones. ISBN 978-84-1343677-314-2. NIPO 978-84-38365791-24-03. 1.800 páginas. 200 €.

b. Estudios monográficos:

i. Cándida Pérez, *Estructura departamental difusa*. ISBN 978-84-1343691-314-1. NIPO 978-84-38365791-24-05. 417 páginas. 18 €.

ii. Santiago Valdivieso Herráiz, *Coordinación interna entre Ministerios. El modelo pautador del Ministerio de Coordinación de Instituciones*. ISBN 978-84-1343691-314-2. NIPO 978-84-38365791-24-06. 245 páginas. 17 €.

iii. José Entrena Cuesta y Alfonso Parejo Alonso, *El impacto del modelo departamental congestionado en la organización interna del Ministerio de Coordinación de Instituciones*. ISBN

978-84-1343677-314-2. NIPO 978-84-38365791-24-05. 1.567 páginas. 118 €.

c. Colección Síntesis:

i. Prontuario de técnicas de coordinación de elementos físicos institucionales. Breviario de Análisis Departamental. [*s/p*]

ii. Los departamentos ministeriales en Europa. Hacia un concepto universal de *departamentado* (Actas del Congreso Internacional organizado por la UIMP en colaboración con el Banco de Santander). NIPO 651-08-0987-24-8.

d. Colección Tesis Doctorales:

i. Nilo Despentes, *Departamentosis. Aspectos nucleares de proliferación departamental en la Unión Europea* (Université de Cergy-Pontoise. ISBN 978-86-64115-25-7. NIPO 651-08-087-24-9.

2. PUBLICACIONES PERIÓDICAS:

a. Boletín Oficial MCI (12 números).

b. Boletín Estadístico de la Dirección de Logística Departamental (12 números).

c. Boletín Informativo y Estadístico de la Comisión de Apertura Nuevos Departamentos (40 números).

d. Boletín Informativo de la Comisión de Asesoramiento de la Comisión de Apertura Nuevos Departamentos (12 números).

e. Boletín Estadístico de la Comisión de Asesoramiento de la Comisión de Apertura Nuevos Departamentos (33 números).

f. Boletín Informativo del Comité de Investigación de Logística Departamental y Planificación Estratégica. (22 números).

g. Apuntes del Instituto de Evaluación. (Mensual). ISSN 1865-6548.

h. *Departamentia. Revista de Estudios sobre Estructuras Institucionales*. (Mensual). ISSN 1885-6694. NIPO 651-08-087-24-10. Año XII (100 números).

3. Otras Publicaciones:

a. Plan General de Departamentalidad. CD-ROM, 13 cm. ISBN 978-85-96584-33-8.

b. Circulares internas y folletos.

CALLE LIBERTAD / PLAZA DESCALZAS

> Para mí es un placer único romper papeles; los rompo durante una hora cada día y el cesto en que los voy echando me da ilusiones maravillosas de forma y color casuales, de enlaces de ideas y sentimientos.
>
> JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, *Tiempo*

El joven escritor ve llegar primero las doce, luego la una y más tarde las dos de la mañana en el reloj digital. Mientras escribe tres relatos a la vez, sin sentirse satisfecho de ninguno, las cifras verdes giran sobre la mesita de noche como luciérnagas nerviosas. Sabe que los tres han nacido muertos. Uno trata sobre un chico que se llama Liberto y una chavala llamada Soledad, que no son felices. Ha situado la segunda historia, la menos desarrollada, en un frontón (no sabe por qué, las imágenes se imponen sobre los temas), donde la conversación tiene lugar entre dos chicos gais de la misma edad que descansan en medio de un partido. Uno le dice al otro: «Todas las parejas tienen una canción, y sólo a nosotros se nos ocurre elegir una de desamor». El otro calla, se levanta y sigue jugando contra la pared. Al escritor le parece una buena imagen esa del peloteo contra un muro para metaforizar las relaciones destructivas, pero no termina de estar satisfecho.

La tercera historia vincula a dos mujeres (le gusta diversificar, aunque entiende la fungibilidad de todas las historias, intercambiables entre sí: la homosexualidad no añade nada, piensa, a lo mejor lo hago sólo por parecer plural, políticamente correcto); una vive en la calle Libertad y la otra en Descalzas. Una es pobre y vive, literalmente, en la calle; fue okupa y ahora va por libre; la otra es una niña pija que tiene dos pisos en Libertad. Todos los días encuentra una excusa para llegar hasta la plaza y pasar un rato con la bohemia.

Son las dos y media de la mañana, y el sueño o la confusión le dicen que, de seguro, ninguno de los tres relatos va a llegar a ninguna parte. Demasiadas luciérnagas, piensa. Rompe los tres folios a medio

escribir, y los va dejando caer en la papelera. En el interior de la canasta metálica los pedazos de papel son como un puzle que se va componiendo y descomponiendo en su propio orden. Es una buena idea, porque no es mía, piensa desolado. Tres de los trozos han caído juntos, uno de cada cuento. Ahí ve unidos Liberto y Libertad, Descalzas, pobre, okupa, desamor, y se hace la luz. Toma un folio nuevo. «Liberto, que vivía solo en plaza de Descalzas, comenzó a salir con Soledad, que tenía un pequeño ático en Libertad, número cuatro. En un pub de Sol eligieron para el primer beso una canción muy triste que se quedó congelada en ellos. A los dos meses decidieron dejarse e intercambiarse los pisos. Ambos pensaron que algún tipo de orden extraño se restablecía.» No está mal para el comienzo de un cuento, se dice, por lo menos no parece gastado desde el principio. Mañana seguiré. Las luciérnagas siguen dando vueltas en su cárcel, pero él duerme ya, y teje otros relatos fragmentarios en la papelera de su mente.

CALLE PRÍNCIPE DE VERGARA

[…] la política es la épica de nuestro tiempo

FRANCISCO UMBRAL

—¿Qué te pasa?

—No sé…, no estoy concentrado…

—Por favor, cariño. Llevamos tres meses así.

—No puedo, lo siento.

—No me digas que lo sientes.

—Pero es que lo siento de verdad. No lo entiendo… Tú sabes perfectamente que esto antes no me pasaba…

—…

—… Bueno, no me pasaba tan a menudo. Debe de ser el estrés.

—Me dan igual las causas.

—Compréndelo, cielo, estoy hasta arriba: el nuevo puente, la ampliación del metro, las obras que se nos vienen encima en Castellana, y el coñazo que me dan todos los días los de la oposición… Es una carga horrorosa…, y para colmo viene el presidente francés y tendré que estar dos días enteros con él la semana que viene. ¡Dos días enteros perdidos, acompañándolo a monumentos y reuniones!

—Cariño…

—Y la pedorra de la presidenta no hace más que darme la gaita con el recorte del presupuesto.

—Cariño…

—¿Qué?

—Vete a dormir al salón. En la grabadora debe de haber una cinta virgen, por si quieres hacer declaraciones.

CALLE ESPOZ Y MINA

Voy en el lado reflexivo
de las escaleras eléctricas

JEYMER GAMBOA,
Días ordinarios

La Comunidad de Madrid proyecta sustituir todos los planos actualmente expuestos en las estaciones de metro por este nuevo modelo, que adapta el trazado de la red a un diseño de líneas rectas horizontales y verticales y prescinde del habitual fondo con el mapa de la ciudad, salvo sus referencias más destacadas: el río Manzanares, el parque del Retiro y la Casa de Campo. Las mismas fuentes subrayaron que […] «el crecimiento del metro llevaba aparejado necesariamente un cambio en su mapa, que poco a poco se estaba convirtiendo en una especie de tela de araña; el mantenimiento proporcional de las distancias en el plano lo estaba convirtiendo en una malla confusa, similar a un laberinto».

Internet. *Yahoo! Noticias*, 17 de abril de 2007, 16h18m.

JARDINES DE ORIENTE

¿Cuánto tarda una gota de lluvia que cae sobre el centro en salir de Madrid?

CALLE POZO

Siguen creciendo las afueras de Barcelona, las masivas superficies de los setenta. Todo es perímetro y más allá. No sólo hay centro sino también espacio.

SERGI DE DIEGO MAS, *Cinemascope*

Él se acercó despacio muy despacio mirada al suelo hacia la barra / tanteaba al tacto los billetes dividía entre copas y las horas / serán doce bourbon con cola en total si hay suerte me duran tres horas y media / hasta que llegue el sueño o el delirio y si es posible los dos / ojalá no estuviera aquí / me gustaría perderme en la montaña / entre árboles verdes como los ojos de esa mujer / una chimenea y alguien como ella / eso quería decirle al camarero / éste le trajo un bourbon pepsi cola / casi aciertas le dijo en voz muy baja por si acaso el barman le alcanzó la cuenta

a los veinte minutos ella se rindió ya qué más daba / soy sospechosa por estar aquí sola y a estas horas / supongo que él no está para dar lecciones el tiempo es para todos / para todos igual sí / es martes y dos de la mañana para todos / oye supongo que nadie te ha invitado esta noche a una cabaña / chimenea troncos árboles fosforescentes como mis pupilas / ¿por qué no vienes? él contestó sí vale bien te aceptaré esa copa / y el camarero celestina muda de rostro blanco y negro entre tinieblas / hoy quemarán las naves de la noche en un hogar

son perdedores sí mira / se van / se pierden juntos

ALTARIA MURCIA-MADRID

Salimos de una zona muerta, que es como denominan en Estados Unidos a esas zonas geográficas donde no hay cobertura para los teléfonos móviles, y todos los receptores comienzan a crepitar. Avisos de disponibilidad, mensajes retrasados, noticias de llamadas perdidas, nuevas llamadas entrantes.

Los pitidos nos sacan de nuestro ensueño de tranquilidad individual y nos emplazan de nuevo ante las exigencias de los distantes. Te he llamado, devuélveme la llamada, te espero, necesito unos datos, pienso en ti. Dejamos de estar en el plano sembrado de molinos eólicos y pasamos a otro lugar mental, poblado de espíritus binarios y presencias fantasmales. Los gigantes de don Quijote son hoy los avatares digitales. Cuando crees que te has librado de uno, aparece otro armado con sus demandas y recordatorios.

Madrid se introduce bruscamente en el paisaje; sus calles borran el panorama rupestre tras las ventanas y lo sustituyen. Nuestro compañero de butaca desaparece y nuevas presencias son convocadas a través del médium portátil. Dejamos de ser nosotros y de estar simplemente aquí para estar en el mundo.

Suspiramos mientras nos ponemos los abrigos, pensando cuánto daríamos por atravesar otra zona muerta.

PLAZA DE COLÓN

Este libro es un simulacro de la retícula de Manhattan, una colección de manzanas o bloques cuya proximidad y yuxtaposición refuerzan sus significados dispares.

REM KOOLHAAS, *Delirious New York*

Lo que caracteriza a la ciudad contemporánea es precisamente eso, su desintegración

FERNANDO CHUECA GOITIA,
Breve historia del urbanismo

—¿El qué?

—El tráfico, es imposible.

—…

—¿Te has fijado? ¿Cuántos coches recorren Madrid en un día?

—Buf…

—Es increíble… y el problema es que esto lo pagamos los peatones. Todo está construido para los coches. Avenidas como ésta rompen literalmente la ciudad, la cuartean; los habitantes de los dos lados de Castellana, de Recoletos, de la M-30, del paseo del Prado, están enfrente unos de otros, y sin embargo están tan lejos como si vivieran en ciudades diferentes.

—La verdad es que para verse tendrían que dar un rodeo a pie de no menos de veinte minutos.

—Casi preferirían…

—Ir en coche, ja, ja.

—Ja, ja.

—Es tremendo…

—Estos mastodontes asfálticos quiebran la ciudad para el peatón. Pierde sus derechos. Se ve obligado a utilizar pasos subterráneos, o elevados, como si fuera ganado, sin derecho a gozar libremente de la superficie de la calle.

—Los pasos bajo tierra parecen a veces alcantarillas.

—Alcantarillas, sí, pero hay vida en ellos. Hay gente pidiendo,

vendiendo o tocando instrumentos; curiosamente, allí se puede hablar. En algunos, pienso en los pasajes soterrados de los intercambiadores, hay hasta tiendas.

—Claro. Se puede hacer vida, porque no hay coches. Son catacumbas, pero hay cierto silencio; es un terreno ocupado en exclusiva por personas. Las escaleras delimitan un espacio antropométrico.

—Aunque prohíben la discapacidad, y a veces la simple vejez.

—Estas ciudades modernas están sacrificando, como la propia sociedad, a las personas con invalideces o limitaciones. Para vivir en Madrid es necesario tener dinero suficiente para pagar la escasa y costosísima vivienda, comprar un coche y mantenerlo; también hay que ser joven y dinámico, para soportar sus distancias físicas; carecer de problemas respiratorios; no sufrir minusvalías, porque está repleta de barreras arquitectónicas; ser varón, o mujer hermosa, para entrar con buen pie en los círculos sociales, y ser de familia acomodada o tener contactos para conseguir un puesto de trabajo con un sueldo decente.

—Todo esto explica la tendencia de la población a huir de Madrid como lugar de habitación, y la de agruparse de día en lugares digamos intraperiféricos del casco; sitios que no recuerden la metrópoli.

—Te refieres a parques y jardines…

—… Y a espacios subterráneos como las estaciones amplias de metro, pongamos Moncloa, Sol o Callao, donde cada vez es más frecuente ver gente que entra a leer el periódico o tomar café y conversar, libres del tráfico, sin llegar siquiera a utilizar el servicio de transporte. También hablo de las grandes superficies comerciales, de los multicines, de plazas cerradas, como la Plaza Mayor. Dan sensaciones humanas. No hay automóviles, sólo casas y gente. Un decorado reconocido por todos, respirable. Los antiguos lugares de intercabio se configuran como el único lugar humano restante. En la Plaza Mayor, que es lo más madrileño y castizo que existe, da la impresión de no estar en Madrid. Como si hubiera un concepto antiguo y otro moderno de esta ciudad. Se ama al Madrid antiguo con el mismo énfasis con que se odia al moderno. A éste no le tiene cariño nadie. Aquí se añora aquella ciudad de las zarzuelas y las verbenas, de los manolos y las manolas y el río de los domingos. El Madrid de Velázquez y de Goya. El Madrid profundo de Larra y Mesonero Romanos; incluso el Madrid abierto de Valle-Inclán y las crónicas de Darío. El Madrid de antes de la guerra. Después del 39, Madrid ha pasado a ser una necesidad. Como las fábricas o la contaminación; algo que ha sido consecuencia lógica, que no natural, del desarrollo.

—Se ha ganado una capital europea, y se ha perdido…

—Se ha perdido la ciudad.

CALLE DE FIGUEROA

Tras quedarse un rato abstraído meditando la respuesta, el anciano me dice, mientras apaga la colilla con el pie, que lo único que hace salir a toda la ciudad a la calle es el autobús del Real Madrid, cuando trae periódicamente la Copa de Europa de fútbol.

NUEVA YORK. WASHINGTON ST., HOBOKEN

Hacía más de veinte días que no sabía nada del chico de la inmobiliaria. No entendía por qué tan pronto como él se mostraba próximo y abierto a ella, desaparecía de súbito sin dejar más rastro que los mensajes nocturnos localizando los pisos disponibles. El apartamento de ese día era especialmente desangelado. Apenas podían verse algunas luces de Manhattan más allá del Hudson. El frío era atroz, y tiritaba de frío dentro de las sábanas. Sabía que él nunca vendría hasta un lugar tan lejano para estar con ella. Por vez primera, pasó por su mente la idea de buscarse una habitación en un piso compartido en Nueva Jersey, para abaratar gastos de alquiler. Algunas compañeras de la envasadora ya se lo habían propuesto varias veces.

Se dio cuenta de que él se había convertido en algo más importante para ella que la ciudad. Y eso la hizo llorar en silencio durante horas, tiritando, dentro del saco de dormir.

PONFERRADA, LEÓN. PLAZA DE LA MEMORIA

Detrás de los cristales de los bares,
sentados de uno en uno,
o en parejas sigilosas.
Cubiertos con la luz del nuevo día,
bien peinados, vestidos con arreglo,
levantan su mirada hacia el pasado
o hacia el futuro escaso, hacia la vida
cuya elección no pueden deshacer.
Los jubilados serios en sus mesas,
detrás de los cristales de los bares.
Viajeros silenciosos en un tren
que miramos pasar, sin detenerlo

CALLE ESPEJO

Introduce la cinta. Pulsa *play* y el magnetoscopio reproduce una escena casera, filmada con cámara de vídeo doméstica. Se puede ver un hombre sentado, desnudo, de frente, masturbándose con sosiego. La cámara está fija, por la altura del objetivo se deduce que en un trípode o sobre una mesa. La habitación es pequeña y decorada con escasez. Él se sienta también, observando cómo el otro se masturba, y se excita. Se reclina hacia atrás en la silla y, desabrochándose la bragueta, se saca el miembro y lo imita. El otro, el de la imagen, ha comenzado antes y lleva ventaja; está ensalivado para facilitar la fricción, sus movimientos se aceleran y sus piernas sufren leves convulsiones. El que observa se quita los pantalones y, sin dejar de acariciarse, se baja el calzoncillo con la izquierda. El hombre de la pantalla gime, y el de aquí se endurece velozmente. El de la pantalla llega al éxtasis y eyacula sobre sí mismo en varios chorros que cada vez se hacen más débiles hasta que cesan. El de aquí comienza a ensalivarse y acrecienta el ritmo. El hombre grabado desaparece de la imagen. El de aquí lo copia: va hacia el cuarto de baño, estrujándose con fuerza los testículos, y se coloca frente a un espejo de cuerpo entero que hay tras la puerta. El hombre del vídeo y el reflejado son el mismo. Aumenta su frecuencia rítmica, y entra en éxtasis. Eyacula, con los ojos muy abiertos, sobre el cristal.

NUEVA YORK. HOUSTON AVENUE

Él a veces le contaba a la chica anécdotas de su trabajo como vendedor de pisos. «Al cabo del día puedo conocer a no menos de veinte personas distintas, a las que enseño apartamentos que, salvo raras ocasiones, no pueden pagar o no son de su agrado. Eso quiere decir que a algunos clientes vuelvo a verlos, pero a otros jamás. Me fascina la cantidad de gente diferente que hay, pero lo curioso es el modo tan similar en que hablan de dinero y del trabajo de los demás.» «¿A qué te refieres?» «Al tono despectivo con el que critican a los arquitectos, a los decoradores, a las últimas personas que habitaron el piso y lo han dejado hecho unos zorros, etcétera. Recuerdo a una mujer de unos cincuenta años a la que atendí no menos de seis veces, y que insistía en ver sólo pisos ocupados aún por inquilinos próximos a finalizar el alquiler, o en visitarlos con los propietarios, además de conmigo. Era implacable y durísima en sus comentarios: advertía de los horrores de diseño o acabado, criticaba la falta de luz, no se privaba de destacar la suciedad de los suelos o las paredes, se preguntaba en voz baja —pero suficientemente audible— cómo alguien podía vivir *en esa basura*, etcétera. Me impresionó tanto su mala educación que se lo comenté a uno de mis compañeros, y me dijo "¿Linda Spencer?" "Sí, ¿cómo puedes saber su nombre?" "¡Esa loca es famosa en el mundillo! No tiene un duro, no vuelvas a quedar con ella. Dile que estás ocupado, porque si le dices que no quieres aceptarla por motivos personales te denunciará, graba todas las conversaciones. Ningún colega trabaja para ella desde hace años. Vive en una vivienda muy ordinaria de Nueva Jersey y trabaja como dependienta en una farmacia. Lo que pasa es que disfruta insultando a la gente rica, o que vive mejor que ella. Una sociópata fracasada. Pasa de ella. A mí me dijo que tenía la pinta de ser el típico hombre a quien engaña su mujer. Menos mal que no le respondí, suele llevar un taser en el bolso para darle una descarga a quien le replica." ¿Qué te parece?»

CÓRDOBA. GLORIETA DE IBN ZAYDUN / VIAL NORTE / BULEVAR / PLAZA DE LA TRINIDAD

Me lo he ganado. Me tomo este día de descanso porque me lo he ganado. Qué alegría. Las nueve y media, no me lo puedo creer. Despertarse tarde. No tener que coger el coche. No tener que ir al centro. No tener que tomar esa horrible rotonda de la estación de Renfe. No llegar estresado. Y pensar que hay gente que hará esto todos los días: no madrugar. Levantarse a la hora que quiera. Bajar al centro caminando, por puro gusto, para saber qué se siente cuando se pasea, algo que no hago desde hace años. El viernes me di cuenta. Por eso me pedí el día libre. *Nunca te has tomado días libres*, replicó sorprendido el jefe. *No, tranqui, no me mires así, no te estoy recriminando nada; sólo que me ha sorprendido, al ver tu expediente, que jamás te has tomado un día libre, fuera de las vacaciones de verano*. Ya, por eso lo hago, para relajarme un día. ¿Estás cansado, o te sientes mal? Ése es el problema: en cuanto haces algo fuera de lo común, por legal o comprensible que sea, todos te piden explicaciones y te preguntan si te pasa algo. Utilicé un argumento irreprochable: voy al Ikea de Sevilla, a comprar un sofá. *Ah… qué me vas a contar, la parienta me llevó hace dos sábados*. Pues eso. A ti, precisamente a ti, qué te voy a contar. Firma y calla.

Bueno, eso no se lo dije. Me quedé en lo del Ikea y dije gracias al salir. No suelo decir todo lo que pienso, aunque tampoco pienso mucho. Sólo pongo sellos toda la mañana, y ordeno paquetes toda la tarde, y veo tele al llegar a casa, y después duermo. Los sábados voy a la explanada con mis colegas del aeromodelismo. Allí hablamos de aviones y hacemos volar los cacharros. El domingo lavo el coche por la mañana, almuerzo con mis padres al mediodía, duermo siesta y veo la tele hasta que me acuesto. No es una mala vida, me parece. Pero últimamente me apetecía parar un poco. Y como no puedo dejar de ir un sábado a la explanada, porque todo el mundo te pregunta después si te ha pasado algo, y no digamos ya faltar al almuerzo con mis padres, que llamarían a la policía si no me presento, pues quedaba lo del día libre. Y aquí estoy, afeitándome sin prisa. He puesto música.

Sin la camisa, me doy cuenta de que he engordado una barbaridad. A ver, saca la tripa. La leche, qué tripón. Debo pesar más de ochenta y cinco kilos. Nunca había estado así. Me notaba pesado, pero tanto… Y estoy más calvo. Mucho más calvo. Dentro de poco, no me hará falta cortarme el pelo.

[…] Es raro hacer este camino. Pensar que todos los días lo hago con el coche y que en realidad no veo nada. El barrio, bien mirado, no es feo. Pero cuando vas a las ocho menos cuarto de la mañana pisando a fondo para no llegar tarde, bastante tienes con ver la carretera, y cuidar de que no se te metan domingueros en los cruces de ahí delante, que son tan peligrosos. Todos creen que pueden pasar. Y lo peor es que lo intentan. Vaya por Dios, una ambulancia parada frente a una casa, con las luces de la sirena puestas. Mira, sacan a una vieja. Pobrecita. Está consciente. Uno de los camilleros se parece a Ramón. Es clavado, vamos: la misma barba que Ramón, el pelo corto y cortado a cepillo. La meten en la ambulancia. El de la barba es el que conduce. Se van. Qué cosa más rara, no han abierto la boca en ningún instante, no han dicho una sola palabra. Sigo. Paseo por un barrio que, si lo pienso bien, no conozco. No sabía que había una tienda de ultramarinos ahí, tan cerca de mi casa. ¿Cuándo la han abierto? Y una tienda de sonido y electrónica, qué cosas. Voy a tirar hacia la estación.

[…] Mi abuelo venía a ver los trenes, cuando la estación era aquella otra que se ve desde aquí, el edificio que ahora ocupa otra estación, pero de radio. Caramba, una mujer tirada en el suelo. Hay varias personas alrededor; un señor está en cuclillas a su lado, abanicándola. Debe de haber sufrido una lipotimia, o algo así. Llega una ambulancia. No me lo puedo creer: es la misma ambulancia de antes. El falso Ramón la conduce. Se bajan rápido, la miran, sacan la camilla. La meten dentro. El que no es Ramón (bueno, ninguno es Ramón, quiero decir el que menos se le parece) me está mirando. Desde la ambulancia, mientras el otro escribe algo en un cuaderno, antes de arrancar. Me mira fijamente. Observo a mi alrededor. Estoy solo, algo alejado de toda la escena. Me está mirando a mí, por tanto, no cabe duda. Se van. De nuevo ninguno de los enfermeros ha dicho esta boca es mía. Callados todo el rato, qué raro. Me doy la vuelta. Encaro el nuevo paseo del Vial. Los jardines son agradables, pasearé un rato. Se está quedando bonita esta parte nueva de la ciudad, a pesar de los edificios en obras. ¿Por qué ese enfermero se me quedó mirando? ¿Me conocerá? ¿Ha visto algo raro en mí? ¿Tengo mal aspecto? La verdad es que, aparte de la gordura, me he visto esta mañana en el espejo la cara sanguínea, como demasiado congestionada. Y no niego que he tenido que pararme ya un par de veces durante el paseo, a coger aliento. Estoy fondón, sí; y mi alimentación es mala, lo sé. Demasiada carne, demasiadas patatas

fritas, demasiada grasa saturada. Debería cuidarme. Voy a sentarme en ese banco.

[…] El Ayuntamiento debería hacer algo con las palomas. Tienen el Gran Teatro podrido, blanco y descompuesto de las cagadas. No voy a decir que está igual que antes de la restauración, pero por arriba lo parece. Voy a sentarme otro rato en ese banco. El bulevar tiene mucha vida siempre. La gente que trabaja se une a la que simplemente pasea o saca al perro. Y siempre hay tinglados aquí: tiovivos, ferias del libro, casetas de cachivaches, exposiciones en carpas… No puede ser. Oigo una sirena. Otra ambulancia. ¿Dónde? Ah, sí; ahí, frente a San Nicolás. Acaba de parar. Es increíble, pero son ellos otra vez: Ramón y su amigo el mirón. Han entrado en la óptica de la esquina. Ahora que me fijo, dentro parece haber cierto revuelo. Me acerco. Sacan a un señor, completamente inmóvil. Tiene más o menos mi edad, unos cincuenta y siete, y está gordo como un foca. No parece moverse. La cara del no-Ramón trasluce que se les está yendo. Ramón comienza a hacerle un masaje torácico, que acompaña del boca a boca cada tres apretones en el pecho. El otro tiene la mano en la muñeca del hombre, buscándole el pulso. Los tengo justo enfrente. Mientras Ramón sigue intentando bombear la sangre, el otro, con cara de desesperación, levanta la vista y me ve. Se me queda mirando fijamente. Creo que me está recriminando con los ojos, sin decir nada, mi poca salud. O quizá le molesta que esté, que estemos, mirando la escena. No sé. Mira otra vez al hombre agonizante y luego a mí. Ahora no hay duda. Parece decirme *es como tú, podrías ser tú*. Me siento muy mal, súbitamente. Me mareo, y siento cosquilleos en las piernas. El enfermero ya se ha desentendido de mí y sube la camilla a la ambulancia, mientras Ramón sigue intentando recuperar al hombre mayor. Porque, ahora que lo veo, el caído *es un señor mayor*. Lo que siempre he entendido como tal. Tengo que sentarme. Tengo que sentarme ahora mismo. Estoy en un banco del bulevar, reflejado en las cristaleras negras de la óptica y veo a un señor mayor, respirando agitado, con cosquilleo en las piernas. Me parece sentir pinchazos en mi brazo izquierdo, pero ya no sé si son reales o fruto de mi imaginación hipocondríaca. Cierro los ojos.

[…] Llevo un día horroroso. Hacía tiempo que no venía a esta taberna, cerca de la puerta de Almodóvar. He visto cinco veces, en cinco sitios distintos, a la misma ambulancia. La última vez, en San Agustín, fue el falso Ramón quien se me quedó mirando. Fue una milésima de segundo, pero sé que me miraba. Salían de una casa, esta vez solos. Estuve a punto de preguntarles qué había pasado con el hombre que sufrió el infarto en la óptica, pero no me atreví. *Quizá es mejor que no lo sepas*, me dije. Cuando se fueron, sin embargo, pensé: *Quizá fuera mejor saberlo, para escarmentar y aprender la lección*.

Demasiado tarde. Desde que los vi la tercera vez ya sólo siento dolores, compresiones y angustia en todas las partes de mi cuerpo. En cada escaparate que me cruzo me veo más gordo, más viejo, más calvo, más cerca de la muerte. He comido pensando en mi vida, en la existencia que llevo, y me ha dado algo parecido a un corte de digestión. En una cervecería de Fleming, donde tomaba café, he vomitado el almuerzo. Los círculos de flamenquín adheridos al retrete parecían los troncos cortados de árbol, señalándome el tiempo que me queda, con sus anillos. Me estoy tomando una manzanilla. Estoy solo en el mundo. Tengo ganas de llorar.

[…] Las once de la noche. Estoy deseando volver a casa. Salgo de la Judería, dejando atrás Cruz Roja, hacia arriba, por La Victoria. Estoy cansado. Me duele todo el cuerpo, apenas puedo andar. ¿Y si tomo un taxi? Justo a la altura del cruce con la calle del Gobierno Militar, al doblar la esquina, veo a la ambulancia parada frente al hotel. Ya no me sorprende. Están los dos de pie, junto al vehículo, fumando un cigarrillo. Me quedo parado. Levantan la vista y me ven. El amigo de Ramón le comenta algo a éste en voz baja. Se miran entre ellos, y Ramón sonríe. No puedo más. Tiran las colillas al suelo. Parece que se van. Siento un dolor en el pecho. Quiero hablar, pero no puedo. El otro rodea lentamente la ambulancia, como para subirse en ella. Se van. Esperen, digo. No me oyen. Me lanzo a correr. No escucho nada. Apenas veo. Troto hacia ellos, intento hacerles parar. La voz no me sale del cuerpo. Estás viejo, eres viejo, parecen decirme los naranjos esqueléticos. Me acerco al furgón. No me oyen. Han arrancado el motor. Llego hasta la ventana. No puedo hablar. Me tiemblan las piernas, no veo. Ramón baja la ventanilla, sorprendido.

—Por favor, basta. Está bien, han ganado. Iré con ustedes.

CALLE ALFONSO XII

Sigue tronando
tu risa
en mi cuarto

CALLE DE LUCHANA

—Aquí la cuestión no es si tu mujer te ha puesto o no los cuernos, sino si quieres hacerte viejo solo, o no.

CALLE MARQUÉS DE LA ENSENADA

Quiere ir al centro, asegura que va a trasladar todos sus asuntos al centro. Lo dice para infundirnos terror y lo dice para vengarse de todos nosotros.

DIAMELA ELTIT, *Fuerzas especiales*

3.-*Fundamento jurídico tercero*. La Sala no puede considerar como eximente incompleta de trastorno mental transitorio, como solicita la parte acusada, el «sobrecogimiento espacial» citado en sus escritos de alegación y basado, según palabras del procesado incorporadas a las actas del juicio oral, en «un impulso incontrolable de escapar del barrio», motivado por las condiciones socioeconómicas de su entorno; situación fáctica que, si bien esta Sala reconoce como posible impelente o estimuladora de estados de ansiedad, en ningún caso basta por sí misma para explicar la conducta en extremo violenta del acusado ni, desde luego, para justificar la apreciación de la eximente de trastorno mental transitorio, no sólo en su forma completa, sino tampoco en la incompleta, por carecer tal motivación *per se* de trascendencia psicológica alguna, si no fuere acompañada al menos de alguna otra pulsión subjetiva, como la obcecación, o de algún elemento objetivo como el apremio económico; datos éstos que no se encuentran alegados en las actuaciones, ni este Tribunal puede valorar haciendo uso de su sana crítica a partir de los hechos probados por el sumario.

NUEVA YORK. CALLE 29 CON 9ª AVENIDA

Entró sigilosamente por la puerta entreabierta. Comprobó que el número del apartamento coincidía con el que él le había enviado por WhatsApp. Estuvo a punto de marcharse nada más cruzar el umbral, porque había una chimenea con fuego encendido, algo extraño en una casa presuntamente deshabitada. También le pareció raro el hecho mismo de que hubiese una chimenea, pero recordó que estaba en un ático, de lo que infirió que el tiro del humo saldría por la azotea.

Aunque estaba extrañada, contuvo sus ganas de marcharse porque él nunca se había equivocado al enviarle la dirección de ningún piso; el chico siempre se aseguraba de que las señas fuesen correctas, porque si descubriesen en su agencia una irregularidad tan grave sería despedido de inmediato. También resultó capital para decidir que no se iba que el apartamento le gustó desde el primer vistazo. No estaba decorado con lujo, pero sí con estilo; no parecía haber cosas de extraordinario valor, pero todo parecía valioso, disfrutado, vivido con paciencia y gastado levemente por el uso. Le impresionó la colección de discos, había cientos de vinilos en una estantería que ocupaba un lugar privilegiado del salón. Se acercó a mirarlos y descubrió que todos eran del mismo artista. Un escalofrío recorrió su espalda. Oyó unos pasos que venían por el pasillo. No tuvo que darse la vuelta para ver quién era. Mientras sostenía en la mano grabaciones piratas de los conciertos en el Odeon de Liverpool de 1966, y del de Nueva York del 12 de abril de 1963, dijo, con un nudo en la garganta: *Tu casa. Me has traído a tu casa*.

[FIN]

ATOCHA

Entren y salgan rápidamente

Leyenda en los cristales del metro

—Al principio, en el 92, yo creía que esto del AVE era un privilegio que nos permitiría llegar a Madrid en dos horas y cuarto desde Sevilla. Después de haber vivido aquí, por motivos laborales, durante tres años, creo más bien que es un privilegio poder huir de Madrid y estar a las dos horas y cuarto con mi familia.

ALBUQUERQUE, ESTADOS UNIDOS. WYOMING BOULEVARD

El collage es el paradigma contemporáneo

ARTHUR DANTO, *Después del fin del arte*

No recuerdo si era en *El contrabajo* o en *La paloma* donde el novelista alemán Patrick Süskind hace bajar al protagonista a darse un paseo. Oscuros pensamientos le acucian al bajar las escaleras pero, tan pronto como comienza a dar pasos en la calle, un curioso proceso interno de transformación serena su ánimo. Pierna izquierda, pierna derecha, y así, de forma mecánica, avanza mientras la vista se pierde en la película en marcha que contempla a una velocidad de cinco kilómetros por hora. El resultado es que el personaje se relaja, comienza a respirar rítmica y profundamente, su cuello se destensa, las pulsaciones activan las extremidades y los pensamientos comienzan a aclararse. Salir de la propia habitación —algo que Pascal definía como típico de los espíritus débiles— suponía para el personaje de Süskind, pero no sólo para él, dejar atrás las preocupaciones egocéntricas, irresolubles, para lanzarse a la calle, a la comunicación visual y táctil con los demás. Blas de Otero explica en un conocido poema de 1955 que el cambio de tono de su obra poética se debía a que un día «bajó a la calle» y el resultado fue que su yo anterior «rompió todos sus versos».

Caminar nos enlaza a lo(s) demás, nos pone en contacto con el resto del mundo y evita el aislamiento. La presencia súbita de lo otro, de los otros, convierte nuestras angustias en algo pasajero, insólito, hasta cierto punto egoísta. Proyectarse en la ajenidad durante el paseo nos sitúa en el mundo, nos hace conscientes de nuestra dimensión social y de la necesidad de actuar e interactuar. Y, por ende, tiene ese peculiar efecto benéfico en la biología, hasta cierto punto ansiolítico. Nos confiere serenidad.

El trabajo conjunto de los investigadores estadounidenses de la Universidad de Michigan y de los holandeses de la Universidad de Delft ha resuelto el enigma de por qué movemos los brazos al caminar.

Lejos de ser un residuo atávico, como se pensaba, ese ligero movimiento bascular facilita el desplazamiento y ahorra hasta un 12% de energía metabólica. Los científicos estropean un tanto la estética del estudio al introducir —como siempre ocurre en estos tiempos— lo económico en sus conclusiones: «El balanceo del brazo es una parte integral de la economía energética del andar humano», sentencian. Se les olvida que caminar también ahorra energía oscura, la que uno acumula cuando está solo y sentado en un cuarto. Según otros científicos, los cosmólogos, la energía oscura forma el 70% de la energía total del universo.

PUNTO NO LOCALIZADO DE LA VILLA DE MADRID. AÑO 1442

Fizimos un gran fuego del endemoniado castillo, mas pronto ouvimos de entender que el demonio iba a resultar invicto en esta grande ocasión. Aquel mal nasçido, Germán Ezrael, siervo del Maligno, 0só levantar una construcción tan fermosa que apuntaba contra Dios Nuestro Señor, y el nuestro Conde Sebastián presto intentó que cubriese sus decoraciones deshonestas, sus altas cúpulas, sus marroquinerías cabalísticas, los negros armones de sus carros y otrosí el musculoso porte de sus caballos. Negose Ezrael y por ello nos fizimos gran contento de nuestro Conde, enllegando las nuevas que condenaban la edificación diabólica al mismo fuego de Satán. Pero ahora que las llamas lo consumen, ahora que sus lenguas cueçen la piedra maldita que lo encarna, entiendo su victoria, porque él, sea el Maligno, sea Ezrael, si es que no son la mesma cosa, lo había previsto. Las lenguas de fuego corren de manera calculada por los torreones, y las llamaradas se enlazan entre sí y forman lasçivas figuras humanas. Los materiales, por mala ventura cuidadosamente elegidos, se desfaçen unos antes que otros, formando aquí la estrella de David, allí la media luna y allá la pecaminosa figura de Eva, sola o en inmunda compañía. Desde aquí se ve al canalla atado de pies y manos, que contempla cómo la destrucción de su infausta obra es a la vez otra construcción, una arquitectura efímera de fuego y ençendemientos. A levante resta mi señor, compungido y quebrantado, arrepentido sin duda de haber hecho llamar a tan grande población y a todas sus mesnadas, para que vieran el poder del fuego de Dios Altísimo. Sabe que ahora este castillo maldito, conoçido sólo por unos pocos, se clavará en la memoria de las generaciones, y en la voz de los trovadores, hasta el fin de los días.

CALLE TOLEDO

—Sí, no sé si alquilar o comprar, la verdad. Por eso visito pisos de toda clase y condición. Es que mi compañero de piso se ha vuelto majara y necesito irme a vivir solo. El pobre es profesor de Literatura en un instituto, y al enterarse en un congreso de que no disponemos de los originales griegos ni latinos anteriores al siglo IV, le vino la paranoia de que los romanos tardíos se inventaron toda la literatura anterior a ellos; ahora cree firmemente que Homero, Píndaro o el propio Virgilio son en realidad *hoaxs*, falsificaciones de obras inexistentes. Y se volvió tarumba, claro.

—No entiendo lo que dice.

—¿Cuánto ha dicho que cuesta el piso?

—Cuarenta millones.

—…

—Es que… son setenta metros.

—Cúbicos…

—¿Qué?

—Nada, nada…

—Y además, está en la calle Toledo. No estamos en cualquier sitio.

—El contenedor de ahí enfrente también está en la calle Toledo.

—Es un lujo de piso… mire el balcón… m re, mi e…

—Señora…

—… la vist d la c lle s m gn fica…

—Señora, por Dios, cierre el balcón, que no se oye nada con los coches.

MADRID, NUEVO MÉXICO, ESTADOS UNIDOS

ROMA, ITALIA. VIA GIOBERTI

Almuerzo solo en una *trattoria* cerca de la estación de Roma Termini. Me dedico a observar en general, desconectado de redes y sin leer. El tiempo comienza a cobrar espesor y la observación se afina y se diluye a la vez. Me acuerdo de otra ocasión similar, comiendo a solas en un asador de Buenos Aires, y luego acude otro almuerzo en un bar de San Francisco, y otro en el Nob Hill de Albuquerque, y se van encadenando todas esas situaciones, y concluyo que la experiencia de comer a solas ensambla algunas partes de mi vida como si se conectaran en un sector especial del tiempo, una zona a la que se llega a través de una concreta falta de concentración. Sé que hay un estado de ataraxia superior, al que llegaré en otro momento de soledad pública: un estado de gracia total, que reconoceré cuando al alcanzarlo ya ni siquiera sienta el impulso de escribir.

CALLE DE PRIM

[# Imagen bruta]

La chica rubia y pecosa sostiene una fruta en su mano, mientras sonríe al objetivo. Trocitos de manzana en su boca. Sus ojos inquietos restan armonía al alegre y sensual conjunto. Si nos acercásemos lo suficiente a ellos con el zoom, veríamos reflejada la pistola al cinto de su proxeneta.

[# Photoshop 1]

La chica rubia
sonríe con la boca
abierta y fresca,
como la fruta
en su mano.
Sus ojos delatan
el peligro.

[# Photoshop 2]

La chica rubia
y su sonrisa,
imagen frutal
y nutricia
del mundo

CALLE GAZTAMBIDE

Es mi ciudad. Lo que tenemos en común es cierto desánimo.

EMIL CIORAN, *Cuadernos*

Circular sigue la técnica del *zoning* urbanístico: cada parte de la ciudad es independiente, y tiene su propio tratamiento. Como señala Josep M. Montaner en *La modernidad superada*, de acuerdo con Juan Luis de Rivas, «siguiendo las premisas cartesianas, la ciudad como problema se descompone por zonas de manera que funciones como una máquina productiva; se divide en partes monofuncionales conectadas por las líneas de circulación». No sólo la ciudad es un libro, un libro también es una ciudad. Para Wittgenstein, «el lenguaje puede verse como una antigua ciudad: una enmarañada madeja de callejuelas y plazas, de casas nuevas y viejas, y de casas con anexos de diversos tiempos; y todo cercado por barrios de nueva planta con calles rectas y regulares». Todas estas declaraciones eran brillantes, sí, pero había que ponerlas en práctica, sustituir la teoría arquitectónica por el urbanismo (literario). Un proverbio árabe que hemos citado en otro lugar de esta metrópoli dice que las ciudades son libros que se recorren con los pies; démosle la vuelta para aseverar que un libro es una ciudad por la que se conduce con los ojos. La obra en marcha intenta situarse junto a las ciudades utópicas de nueva planta, totalmente creadas sobre el papel, que se idearon en los años sesenta y que tanto me fascinaron de pequeño: Brasilia, Dacca, Chandigarh. A diferencia de aquéllas, regidas de modo absoluto por la razón y la planificación más precisa y agotadora, hemos optado por no delimitar varias zonas y dejar que la ciudad, a la manera de las teorías de Rem Koolhaas, vaya creciendo por sí sola, expandiéndose indefinidamente en todas direcciones. Dentro de un orden racional absoluto no puede darse la vida. Sólo mediante la adjunción necesaria de orden y caos pueden surgir, a manera de caldo macrobiótico, formas de existencia con un futuro fuera del agua; cabe decir, fuera del plano. Toyo Ito dice, al hablar de la arquitectura de límites difusos, que la ciudad actual es un espacio «donde, a pesar de la homogeneidad, flota un infinito número de símbolos que pueden asumir cualquier significado

imaginable cuando se los separa del terreno», frase que podría constituir sin problemas nuestra poética [#4]. Una de las partes del caos de una ciudad es su capacidad simbólica, impredecible, incuantificable, inmensurable. No hay que crear al divino modo la ciudad con todos sus complejos elementos prefijados, como una Minerva nacida sin gestación, infancia ni juventud. No robaremos a nuestra creación las únicas etapas de vida sin conciencia, que nos resultan las más interesantes. Pondremos sólo las condiciones para que una ciudad aparezca, para que los nómadas (lectores) extiendan sus jaimas a lo largo de la corriente del agua, esto, es, de las páginas que corren. Serán los habitantes y no el libro quienes vayan construyendo la ciudad, mediante la elección de las casas que ocupan y del ritmo con que lo hacen.

CALLE BENITO PÉREZ GALDÓS

Bigote, bastón, reloj, leontina, oro, pañuelo, camisa, chaleco, pipa, espejo psiqué, esmalte, sombrero, puerta, escalera, pasamanos, portera, umbral, calle, sol, loseta, empedrado, plaza, árboles, Sol, Café Imperial, humo, mármol, velador, café, cenicero, amigo, conocida, vestido, albor, bordado, raso, tul, pañuelo, botines, sombrilla, encaje, perlas, piel, fruta, suavidad, blancura, ojos, aguamarina, abismo, zambullida; amigo: disculpa, urgencia, espalda, plaza; dama: mirada, agraz, chinchón, café, mirada, cucharilla, plata, azúcar, pastas, suizos, coñac, mirada, carmín, coñac; pedida, risa, altar, sacerdote, vitola, monaguillo, frac, levita, arroz, convite, tarta, espada, baile, noche, quinqué, organdí, enagua, ardor, sorpresa, decepción, lágrimas, discusión, madrugada, silencio, amanecer, melancolía, aguamanil, porcelana, espejo, barbera, jarra, jofaina, toalla, sombrero, escalera, umbral, calle, nubes, soledad, loseta, empedrado, plaza, árboles, Sol, Café Imperial, velador, ¿café?, aguardiente; rutina, días, semanas, suegra, meses, estufa, hielo, nacimiento, registro, bautizo, negocio, socio, Cuba, caña, azúcar, préstamo, abordaje, naufragio, pérdida, suegra, préstamo, socio, estafa, acreedores, gritos, pagarés, préstamos, honor, nacimiento, bautizo, suegra, quiebra, banco, requisitoria, juzgado, agente, sereno, portero, golpes, puerta, ganzúa, pasillo, salón, silla, viga, cuerda.

GRANADA. PASEO DE LOS TRISTES

—¿Qué cómo me lo quité y cómo puedo ahora vivir plenamente, sin melancolías? Fue muy fácil. Bueno, quizá ahora lo pienso así, en realidad llevó una temporada, tres semanas. Parece un período muy corto, veintiún días, pero puede llegar a hacerse eterno. Como te decía, fui consciente de que no podía vivir sometido por la impresión angustiosa de esta pasando por la existencia sin más. Todos esos filósofos y moralistas griegos y romanos que enseñaba en clase, diciéndonos a todos: la vida pasa en un suspiro, somos una gota en el mar del tiempo, etcétera. De tanto repetir esas máximas, durante cursos y cursos, llegué a creérmela. Así que me dije: *Basta, lleguemos hasta el fondo de la existencia, apurémosla hasta las heces*. Y fui dándole forma a una idea, dibujando un plan, que requería de un largo, o corto, período de tiempo: tres semanas. Lo planifiqué con el mayor de los cuidados, despejando agenda, organizando la logística, advirtiendo a la familia de que iba a estar desconectado un tiempo. Y llegaron las vacaciones de verano, y con ellas el comienzo del método existencial. El experimento extremo para saber en qué consiste realmente la vida. Hice en un par de días todas las gestiones bancarias, administrativas, etcétera, para no ser molestado; acudí a un hipermercado para abastecerme de víveres y útiles de higiene durante un mes; escribí decenas de correos para dejar la bandeja de entrada a cero; devolví todas las llamadas; cuando acabé me acerqué a casa de mi madre, le di un beso en la frente y le dejé en custodia mi portátil y mi teléfono móvil; finalmente, me encerré en casa. Quizá deba precisar que me encerré en la cama.

—¿En la cama?

—Sí, no salí de ella en tres semanas, salvo para… bueno.

—Me hago cargo.

—Pues eso. Tres semanas, sin móvil, con el fijo desenchufado, sin ordenador, con el timbre de la casa desconectado y sin responder a ninguna de las dos veces que alguien llamó a la puerta con los nudillos, quizá fueran la portera o el cartero, o alguien despistado, no lo sé. Me dio igual. Todo me daba igual. Estaba concentrado por completo en la temporalidad, en el devenir de la vida, en sentir con intensidad eso que supuestamente era tan importante, en volverme

archiconsciente de la existencia y del paso del tiempo. Todas esas grandes verdades, en fin, que llevaba dos décadas enseñándole a los jóvenes. Me tumbaba en la cama, sin más, y observaba la pared frente a mí, o miraba por la ventana, el cielo a veces azul y a ratos salpicado de nubes. Eso es todo. Horas y horas. Días y días. El puro presente del zen. A la semana y media descubrí que el cuerpo totalmente relajado se adecúa a un ritmo diferente del sueño: seis horas por la noche, una breve siesta a media mañana, una siesta más larga después del almuerzo. Me movía de cuando en cuando y hacía estiramientos y ejercicios, para no atrofiarme, pero cada vez estaba más inmóvil y contemplativo. El tiempo pesaba como una losa. Contaba segundos, uno detrás del otro, con la esperanza de llegar hasta el fondo de la existencia; podía masticar la luz del dormitorio, oler el calor, batir los efluvios que desprendía mi cuerpo perezoso y estático. Entraba en cada segundo como en un edificio, atravesaba su puerta y veía su gigantesca nada erguida ante mí como una catedral. Los instantes, a su vez, entraban en mí y contemplaban aterrados mi vacío, en un mutuo y constante reconocimiento de incertidumbres y naderías. Apuré la continuidad hasta los posos, me dejé llevar, me llevé el dejar, me aislé en el silencio más absoluto para saber qué significa la vida y cuál es el sentido de la existencia. Y lo entendí.

—Vaya, qué impresionante. ¿Y cuál es?

—El horror absoluto y el absurdo. No hay más. No hay nada más allá del horror radical. Vivimos como locos porque, en el fondo, lo sabemos y es la única forma de evitarlo. Nuestras rutinas persiguen evitar la rutina ruinosa, la *ruitina* interminable del pasar. Si te paras a pensar la vida, es la vida la que sucede, no tú; te conviertes en mero decorado, en objeto, y no en sujeto. A las tres semanas de paladear la causa me dije: *Esto es insoportable. Al carajo*. Me duché, me vestí, fui a ver a mi madre, almorcé con ella, recuperé mi móvil y el ordenador, comencé a llamar a gente para salir y divertirme y, desde entonces, no he necesitado estar a solas más que cuando ya estoy agotado de hacer cosas o de hablar con gente. Y he descubierto que precisamente hacer cosas y pasar buenos ratos con los demás es el verdadero sentido de la vida. Y es genial leer a los filósofos, porque te hacen pensar y cuestionarte cosas, pero no puedes caer en el error de hacer lo que algunos de ellos recomiendan. Tres semanas de práctica bastan para comprender la insensatez de la existencia pura. Así que lo que tenemos que hacer es disfrutar, Carmen, aquí y ahora.

—Espera, espera un momento… ¿Todo ese rollo que me has largado es para proponerme que nos acostemos?

—Sí.

CALLE MAYOR, 16

—¿Has visto qué edificio tan hermoso?

—Sí…

—Es espectacular. Mira, allí hay una placa con la fecha de construcción y los autores.

—Sí. No la veo bien desde aquí.

—Da igual. Yo tampoco leo los números sin las gafas.

—Supongo que te inspira.

—Sí. Se me ocurre la historia de alguien que se suicida aquí…

—Ya estamos. Siempre con el suicidio. ¿No se te ocurre nada más alegre?

—Pues no.

—Anda que si el sitio fuera feo, ¿qué escribirías? ¿Una matanza?

—Qué va…, lo bello me sugiere lo feo, y viceversa. Podría pensar una matanza en el Campo del Moro, o en el parque Güell, por intensificar el contraste. Un beso de amor puro en un estercolero.

—Ya.

—Pero te voy a hacer caso.

—¿Sí? ¿De verdad?

—De verdad. Si algún día incluyo este edificio en un libro, lo haré sin situar en él muertes ni suicidios.

—Ojalá.

SZONDEN, PRUSIA

Udo levanta con lentitud la tapa del panal de abejas. Los insectos que vuelven de pecorear zumban nerviosos, pero al posarse en sus manos y cuello se limitan a patear su piel blanca, sin hundir el aguijón en ella. Desde los 215 centrímetros que mide hoy, Udo puede divisar allá a los lejos a Jakob y a ese misterioso extranjero que ha llegado a la aldea, parecen hablar entre ellos de algo importante.

Dentro del panal hay un objeto extraño, redondo, negro, incrustado entre las tablas de las celdillas melosas. Al tocarlo emite una extraña vibración. Udo no sabe si dejarlo o quitarlo. Al final lo aferra, lo extrae cuidadosamente y lo posa en el suelo, unos metros a la derecha. La bola sigue vibrando cuando la suelta. Vuelve al panal a continuar la faena apicultora. Comienza a oír con claridad una música extraña. Se gira en todas direcciones. No hay nadie. Llega el lobo de Ilse, muerde la bola y se la lleva trotando. La música se aleja con ellos.

PALACIO DE COMUNICACIONES

—Eso que dices me recuerda algo que leí una vez… por lo visto, según los científicos, si algún día llegara a nuestro sistema una nave extraterrestre, y contemplara a cierta distancia el planeta, deduciría que los habitantes son los coches. Desde el espacio, todas las construcciones, comunicaciones, disposición urbanística y proporciones están hechas a su medida, y no a la nuestra. ¿Te imaginas? Los coches, habitantes del planeta…, qué cosas.

MURCIA. CALLE CAÑO

No va a sernos difícil
inventar otra ciudad

PEDRO CASARIEGO CÓRDOBA,
Maquillaje

Entonces llegó el momento, habitual en todo encuentro propiciado por el portal de encuentros amorosos a través del que habían contactado, en que él pudo haberle explicado la fragilidad de sus emociones; o haberle propuesto llevarla con él a Viena un fin de semana, para conocerse mejor; podría ponerle al corriente de sus expediciones espelelológicas en diversas cuevas kársticas de la península; o haberle narrado, con todo lujo de ornatos, detalles y precisiones, aquella vez que salvó de un atropello a una señora mayor, produciéndose un esguince de tobillo a causa de la posterior caída de ambos; o pudo haber adelantado el momento en que tenía pensado enseñarle el tatuaje en el codo, el de la frase en griego del oráculo de Delfos; o haberse interesado más por su madre, o menos por sus antiguos novios; o enfatizar su carácter poco celoso; o haber alegado su depilación corporal completa, o los buenos resultados de sus últimos análisis médicos; quizá debió bromear sobre este generalizado regreso a la adolescencia flirteante de toda una generación de cuarentones de matrimonio fracasado, para arañar unas risas liberadoras; podría incluso haberle enseñado el reloj que mostraba, actualizados, los datos del PH medio de su cuerpo y sus pulsaciones; o fardar de la decoración de su casa, a la que le había ayudado su amiga Katie, una inglesa lesbiana a la que había conocido en Interraíl, cuando ambos eran jóvenes, con la que mantenía una hermosa amistad; no hubiera sido descartable recordar sus dos primeros gatos, para demostrarle a ella que era un chico con sentimientos y buen corazón; o haber presumido de su colección de libros de montañismo, o de sus fotos coronando cimas, o quizá proponerle recorrer a pie Sierra Nevada en uno de los próximos meses; pero cometió el error, en vez de hacer cualquiera de esas cosas, de decirle: «Aunque, de lo que más orgulloso estoy, es de mi hijo de cinco años, que tuve con mi

exesposa… Supongo que ahora es cuando pides la cuenta y te vas», y ella, tras pensarlo un segundo, o quizá menos de un segundo, le respondió: «Así es, en efecto».

CALLE DE LAS HILERAS

—Perfecto, luego tomo nota del número. Otro tema importante, ¿a qué se dedica usted?

—Soy guionista televisivo. Escribo para el programa de citas a ciegas que presenta Carlos Sobera.

—¿El *First Dates*?

—Sí, exacto.

—Sabe usted que es la persona que menos trabaja de España, ¿verdad?

—Es bastante probable.

—Pero vamos, que si tiene usted contrato fijo, no hay problema para alquilarle el piso.

—Lo tengo, le enviaré en un correo el último recibo de la nómina.

—Perfecto. La última pregunta por mi parte: ¿vivirá usted solo, o con su novia, o novio, o novie…? En estos tiempos es complicado…

—No, estoy solo.

—¿Y por qué no va a su programa?

—Ja, ja, siempre me hacen la misma broma. Estoy bien así, se escribe mejor sobre las relaciones estando solo.

—Usted sabrá. Esto era todo por mi parte. Supongo que usted tendrá preguntas que hacerme.

—Pues… ya que lo dice, gracias a las fotos subidas al Idealista estuve haciendo un escrutinio de las estanterías. Están abarrotadas de libros comerciales: María Dueñas, Pérez-Reverte, Isabel Allende, Dan Brown…

—Sí, a mi mujer le gusta leer, yo no…

—¿Se los podrían llevar?

—¿Cuáles?

—Todos. Ya llevo yo mis propios libros.

—Pues… no hay problema, seguramente los tiremos; de hecho nos llevamos los libros a ese piso porque mi mujer ya no los quería.

—Normal.

—¿Algo más que quiera que nos llevemos?

—No, quitando eso el piso está para entrar a vivir.

PRAGA, TABOR (REPÚBLICA CHECA), SALZBURGO (AUSTRIA), PADUA, SIENA (ITALIA)

29 de agosto

Llevo varios días sin escribir nada, y me temo que será imposible anotar más que algunos hechos relevantes, pero quiero hacerlo para que no se me olviden. Este viaje en coche desde Praga a Italia es lo mejor que hemos hecho Vittoria y yo juntas. Creo que estas vacaciones han sido un paso importante para nuestra relación, y ella piensa igual. La amo más que nunca.

No tengo mucho tiempo, estoy cansada, pero no quiero que se me olviden algunos detalles del viaje de vuelta, mira que dejarme atrás el diario… Aunque quizá ha sido lo mejor, así he podido disfrutar sin más, libre de la obligación de redactarlo todo. Han sido también vacaciones de mí, del registro de mis reflexiones, de mis lugares comunes. Quizá lo haga cada año, distanciarme un tiempo del diario, aunque sea para verme con más perspectiva.

Bueno, aquí va, telegráficamente: después de alquilar el coche en el centro de Praga, salimos hacia las afueras, evitando, como siempre hacemos, las autopistas. En una nacional camino de Tabor recogimos a una pareja inglesa que viajaba a dedo; nos contaron cómo empezaron a salir y fue increíble. Sin conocerse de nada, y sin amigues comunes, en un período de apenas unas meses se despertaron juntes cuatro veces, en cuatro sitios distintos (sus casas, un hotel, la casa de une desconocide), sin recordar nada a causa de sus respectivas borracheras. Vittoria y yo no dábamos crédito, como elles mismes cada vez que les ocurría lo mismo: salían con sus respectivas amistades, bebían o se drogaban y acababan ligando entre elles en algún antro, como atraídos por un imán; luego se despertaban, con evidentes muestras de haber tenido sexo, e intentaban reconstruir sin éxito la noche anterior. La segunda vez que despertaron en la misma cama se rieron, la tercera se sorprendieron, y la cuarta decidieron que algo les impelía a estar juntes, así que están probando como pareja, por el momento muy satisfactoriamente, se les notaba la química.

Eran estupendes.

De Tabor a Salzburgo llevamos a un estudiante de Ingeniería austríaco. No sabemos si es cierto todo lo que nos dijo, esperamos que no. Desde que subió al coche, el ambiente fue turbio; por ejemplo, no quiso decirnos su nombre, según él porque le estaban buscando unes persones chungues, para secuestrarle o contratarle a la fuerza. Decía, esto tuvo que traducírmelo Vittoria porque yo de francés fatal, que era un crack diseñando memes, y que la viralidad carecía de secretos para él. Cualquier gif o imagen que prepare es un éxito mundial instantáneo, decía, y esa habilidad vale hoy millones, por lo que había recibido mensajes siniestros de empresas extranjeras, hackers anónimos y grupos organizados, y había observado, añadió, gente rara apostada frente a su casa. No tuve que mirar a Vittoria para saber que a ella también se le había erizado la espina dorsal. Añadió que había decidido pirarse un tiempo, perderse y desconectar, haciendo un viaje sin móvil ni ordenador. Al llegar a Salzburgo, intentó ligar con nosotras, el pobre, no se dio cuenta. O no le importó, no sé; hay algunes, bueno, más bien algunos, que creen que pueden «curarnos», que somos así porque no hemos probado «lo bueno». Éste no parecía de ésos, pero quién sabe. Decidimos no hacer noche en Salzburgo, para adelantar camino, y descansamos en un motel de carretera muy cuqui.

Al día siguiente, camino de Siena, recogimos a una señora francesa, llamada Annie; nos chocó que hiciera autostop a sus años y tan elegantemente vestida. Yo creo que lo hace por vivir experiencias, por rejuvenecer, ¿acaso no es eso lo que nos mueve a todes a viajar? Vittoria tuvo la impresión de que era escritora y que nos examinaba como cobayas. Nos contó lo que le había pasado la tarde anterior, en un centro comercial: mientras caminaba por la zona de ropa barata, accedió a la web de *Le Monde* en su móvil y se enteró del derrumbe en Bangladesh de un edificio, en ese instante lleno de trabajadores de multinacionales textiles europeas. Centenares de muertes. Buscó los nombres de las marcas de ropa en la noticia primero, y después en los estantes de ropa que tenía ante sí. Dos de ellas coincidían. Tomó una falda y una blusa, pero se quedó con ellas en la mano, sin saber qué hacer. Sí, podían haberlas cosido aquellas persones muertes, o no. Pero, incluso si así fuese, ¿cuál sería mejor homenaje en su memoria, comprarlas o soltarlas? ¿Vestir esas ropas, dándole sentido a los últimos o penúltimos esfuerzos de esas manos, o resistirse a enriquecer a las empresas que, en cierta manera, las habían sacrificado, al esclavizarlas en un régimen de inseguridad, bajo condiciones infrahumanas? Lo más inquietante de todo es que Annie no nos reveló su decisión final. Se hundió en el silencio, mirando melancólicamente el paisaje más allá de la ventanilla, y su aspecto severo, creo que se

dice *adusto*, no invitaba a molestarla. Después charlamos sobre cosas más superficiales, y se bajó en Padua. Al poco subimos a un pocero italiano, que venía traumatizado porque la tarde anterior, desatascando las cañerías de un burdel, había encontrado zapatos, condones, miles de toallitas y un feto. Un pequeño feto humano. Nos revolvió el estómago de arriba y también el del vientre. Por fortuna, se bajó pronto y dejamos las ventanillas abiertas durante diez kilómetros. Unas horas después, cuando ya quedaba poco para llegar a Siena, pese al cansancio, detuve el coche junto a un mochilero de mediana edad. Era un español alto, barbado y corpulento, muy respetuoso, pero a Vittoria algo le dio mala espina e hizo la discreta señal que tenemos pactada para no subir a alguien. Le respondí al tipo que no íbamos donde él quería, y se apartó de la ventanilla, pacífico. Pero, mientras retrocedía, me lanzó una mirada penetrante que parecía decir «me he quedado con vuestra cara; en algún momento, de algún modo, los tres volveremos a coincidir».

DISCOTECA PACHÁ

Un libro que no excluiría a nadie

BEN MARCUS,
Norteamericanas ilustres

Éste es el momento en que todo se olvida
estoy borracho como una cuba y qué
no me olvido de quién soy de mi fracaso
de mis mil maneras de perder
cualquier alcohol no sirve para nada
sólo para bailar te sientes solo
sólo para sentir te sientes solo
por mucho alcohol que bebas
es ella quien embota tu cabeza

SZOLNOK, HUNGRÍA. THÖKÖLY UT

El lugar era una asombrosa reconstrucción tridimensional de *Un golpe de dados* de Stéphane Mallarmé. Las altas y delgadas paredes que íbamos atravesando vestidos de negro eran una reproducción y una interpretación de las páginas de la obra, con las palabras entintadas sobre la superficie. El suelo metálico y rayado sobre el que nos desplazábamos se convirtió en una partitura, o acaso ya lo era, y entendimos la razón de nuestro terno oscuro y nuestra calidad de corcheas. La partitura era una balsa estremecida entre las olas de la tormenta descrita en el Libro.

Y luego pasé al hotel, donde debía llegar a una habitación imposible de encontrar, en la que descansaría. Aunque estaba agotado, corría escalones arriba y abajo en busca de mi puerta, topándome de cuando en cuando con el jefe de recepción, que me preguntaba si había visto una película iraní. No llegué a saber si su propósito era distraerse o distraerme. El hotel era verde, todas las puertas, pomos, moquetas y muros mostraban diferentes gamas de glauco y esmeralda, y el barroco lobby cuajado de esculturas clásicas de jade parecía una intrincada selva, más destinada a ser leída que atravesada.

Entonces —hace un rato— he despertado. Aún tumbado dentro de la cama veía mi imagen como si estuviera de pie. A la altura del pecho me llegaba una capa de estaño líquido o de agua de plata, en la que me hallaba casi sumergido. Entendí que ese fluido que casi me cubría era el sueño que acababa de dejar. Y bajé la cabeza y volví a introducirla en él.

El hotel, sus espacios y rincones, estaban todavía ahí. Iluminados por luz como de neón, más clara y fría. No había nadie. El recepcionista cinéfilo y los huéspedes que había esquivado camino del descanso habían desaparecido. Vacío del todo. Pero la extensión, el laberinto verdoso, permanecía.

Existe un corto lapso entre el sueño y la vigilia total en que no puedes regresar a la aventura onírica, pero sí a sus espacios.

Son la forma más fugaz y fascinante de arquitectura efímera.

CALLE GUATEMALA

La capital es una ciudad-hormiguero, un gran circo de pulgas, un centro comercial del extremo occidente

GERMÁN SIERRA, *Intente usar otras palabras*

[*Entrevista con un responsable de la Gerencia de Urbanismo, que prefiere mantenerse en el anonimato*]

V.L.M.: Ante todo, muchas gracias por recibirme.

R.A.G.U.T. (Responsable Anónimo de la Gerencia de Urbanismo Territorial): No hay de qué, pero debe comprender las razones para evitar que mi nombre aparezca.

V.L.M.: Son comprensibles.

R.A.G.U.T.: Usted dirá.

V.L.M.: ¿Hacia dónde va Madrid?

R.A.G.U.T.: No entiendo a qué se refiere.

V.L.M.: ¿Hacia qué modelo de ciudad va Madrid?

R.A.G.U.T.: Ah… Buf, es una pregunta complicada. De esta pregunta, y de la conversación preliminar que tuvimos por teléfono, me surge la duda de si usted, señor Mora, cree que aquí tenemos más poder de decisión sobre la ciudad del que realmente nos corresponde.

V.L.M.: Ahora soy yo quien no entiende.

R.A.G.U.T.: Me refiero a que nuestro papel es meramente controlador; nosotros no podemos *diseñar* más allá de zonas nuevas, recientemente añadidas al territorio amparado por el Plan General del 97; tampoco podemos intervenir sobre zonas ya construidas, salvo en planes especiales, como el de Recoletos, o cuando se trate de zonas destruidas, como los alrededores de la torre Windsor después de sofocar el incendio.

V.L.M.: ¿Intenta decirme, con esto, que Madrid crece sola y a su arbitrio?

R.A.G.U.T.: ¿Y qué ciudad no lo hace? Las grandes planificaciones urbanísticas se acabaron en los sesenta, hombre. Hoy sólo es imaginable el diseño total de una ciudad *ex novo* en un país dictatorial o bananero, no sé si ha visto la noticia de esa ciudad sin coches que

quieren construir en no sé dónde. Lo mismo puede decirse del control urbanístico. Madrid crece a su modo, claro, como Barcelona o como Benarés; los particulares cometen todas las irregularidades y nosotros actuamos *a posteriori*, mediante multas de disciplina urbanística o demoliciones. Nos limitamos a decir: *por aquí no*, o: *por aquí sí*; o: *sí, pero sólo con este tipo de aprovechamiento*.

V.L.M.: Ya, pero…, tratándose de una capital, y con ese tamaño, ¿tan inconcebible es una política general que se plantee un desarrollo sostenible de la ciudad?

R.A.G.U.T.: De eso se encargan, por un lado, el Plan General; por otro, todos los reglamentos, órdenes ministeriales, disposiciones o textos legales publicados, tanto por la consejería como por los distintos ministerios, en materias de medio ambiente, vivienda, etcétera. No hay una planificación global, pero sí un sentido común global —no le ponga usted mayúsculas; he leído la versión anterior de *Circular* y nos retrata usted a los urbanistas diciéndolo todo con grandes palabras, como si fuéramos gilipollas— que va creando un *modo de actuar* sobre la urbe. Ya sé que esto no es muy literario ni metafísico, pero es como se hace. Y no sólo aquí, claro. En todas partes es igual.

V.L.M.: Ya. ¿Y de qué modo valoran ustedes el Crecimiento Urbano Imprevisto? —disculpe que use las mayúsculas; como mi gilipollez es conocida, no necesito disimularla— ¿Lo registran por grabaciones de satélite, o siguen la evolución desde el aire, moviéndose en helicópteros?

R.A.G.U.T.: Pero buen hombre, esto no va así… Mire, una pequeña lección de arquitectura gratis que le doy. Supongo que ha leído usted *Mensaje a los estudiantes de arquitectura*, de Le Corbusier.

V.L.M.: Sí.

R.A.G.U.T.: Bien, sé que lee mucho sobre arquitectura, aunque, por desgracia, no se entera usted de nada. Espero que no quite usted esta frase en la versión de 2022. Pues en el *Mensaje* Le Corbusier lo dice bien claro, espere que lo busco… Aquí: primero, entérese, el suizo combate la «ilusión» de una arquitectura «cuya visión sería simultáneamente circular», así que tome nota para su librito y no diga más tonterías circulares sobre arquitectura. En realidad, el hombre de hoy «está dotado de dos ojos colocados ante él, a 1,60 metros por encima del suelo»…

V.L.M.: Ahí habla de usted.

R.A.G.U.T.: Muy gracioso, sigo: «del suelo, y mirando *hacia adelante*. Realidad de nuestra biología, suficiente para condenar tantos planes que ruedan alrededor de un eje abusivo. Dotado de sus dos ojos y mirando hacia adelante, nuestro hombre camina, se desplaza, se ocupa de sus quehaceres, registrando así el desarrollo de los hechos

arquitectónicos aparecidos uno a continuación del otro».

V.L.M.: Bueno, es lo de Richard Ingersoll…

R.A.G.U.T.: A ver si vamos variando las citas, muchacho, se repite usted más que el salmorejo ése que toman en Córdoba. El caso es que la cuestión es realmente como la plantea Le Corbusier. Si uno quiere apreciar la ciudad y aprehender el fenómeno para registrar los cambios, desde una perspectiva profesional, tendrá que hacerlo como lo hace la gente de a pie, caminando. O como la gente que se mueve en vehículos de transporte, conduciendo. Así lo hacemos aquí. Como ve, no hay nada romántico en el urbanismo, señor Mora. No se obstine. Son planos, cubicajes, cabidas, aprovechamientos, matemáticas y cálculos de estructura, mezclados con algo de sociología.

V.L.M.: Hum. Vaya mierda de conversación que le he sacado.

R.A.G.U.T.: Quizá debió acudir al estudio de su amigo Koolhaas. Ahí tiene retórica para reventar, de ésa pseudofilosófica que le gusta a usted.

V.L.M.: ¿Conoce el chiste heideggeriano?

R.A.G.U.T.: ¿Cuál?

V.L.M.: ¿Hay más de uno?

R.A.G.U.T: Arranque, no tenemos todo el día.

VLM: Se abre el telón. Aparece una tarta montada sobre un montón de mierda. ¿Cómo se llama el libro de Heidegger?

R.A.G.U.T.: Ni idea.

V.L.M.: *Tarta sobre el urbanismo*.

R.A.G.U.T.: Muy bueno. Pensé que en esta nueva versión iba a cambiar el chiste por otro que tuviera gracia. Le ofrezco una posible alternativa: ¿cuántas rotondas hacen falta para hacer un técnico de urbanismo?

V.L.M.: Estremecedor.

R.A.G.U.T.: La salida es al fondo, a la derecha. No se pierda.

V.L.M.: No se preocupe, me abstendré de pedir ayuda a su departamento, y así seguro que encuentro la salida más rápida y con menos atascos.

R.A.G.U.T.: Disculpe si no lo acompaño, pero las carcajadas me impiden levantarme.

V.L.M.: No se haga daño al tirarse de la silla. Buenos días.

R.A.G.U.T.: Desde ahora.

BANDO

Madrileños

[…] Pero advierte también, con amargura, el alcalde de esta antigua y noble Villa que con harta frecuencia acaece que en los festejos públicos que con ocasión del Carnaval se ofrecen, no faltan quienes, con más osadía que vergüenza, se dan a roces, tientos, tocamientos y sobos, a los que suelen ayudar con visajes, muecas, meneos y aspavientos que van más allá de lo que es lícito y tolerable, particularmente cuando con el desenfado propio del mucho atrevimiento hacen burla de meritísimos hombres públicos, contrahaciendo su imagen, a los que maltratan con vejigas y otro ridículos instrumentos, con daño grave para el respeto y decoro de quienes ostentan públicas dignidades.

[Bando de Tierno Galván. 9 de febrero de 1983]

CALLE VICTORIA. LA FONTANA DE ORO

Me quedé pensando en lo que dijiste esa noche. Dándole vueltas. Dándote vueltas.

CALLE SERRANO CON CALLE MARÍA DE MOLINA

[Autoficción del mármol]

Esqueje de montañas italianas,
mi infancia fue tinieblas y silencio,
me sacaron de joven ante el cielo,
me convirtieron en un ser de bien;
dejando atrás mi casa y mi país,
fui cortado, pulido y cincelado
para servir en plano horizontal,
para que tú me pises cada día
o soportar tus muebles ostentosos;
tengo por cielo un hórrido enyesado
y rezo por los grandes terremotos
que devuelven las rocas a la tierra

PLAZA VÁZQUEZ DE MELLA

«Yo tampoco», dijo Tono. Y en realidad había querido decir *yo también*, pero cuando empezó a decir la frase le distrajo un recuerdo, y salió de sus labios la expresión «yo tampoco». Dolores lo miró de reojo, sorprendida. Porque ella le había mentido, y la respuesta de Tono le hizo sospechar que había detectado su mentira, y que responder «yo tampoco», con esa naturalidad y esa rapidez, no sólo significaba «ya sé que tú no lo has hecho», sino también, y más maravillosamente, «pero yo tampoco, así que no puedo juzgarte por ello, y quédate tranquila porque tus pequeñas mentiras quedarán entre nosotros». Mientras él estaba ausente, ganando segundos para pensar en otra cosa, pensando que todo quedaba en tablas tras su no pronunciado «yo también», Dolores comenzó a pensar que por fin había encontrado un hombre lo bastante listo para comprenderla y lo suficientemente bondadoso para perdonarla, para aceptarla tal y como era, sin juzgarla ni castigarla por sus defectos.

CALLE LOPE DE VEGA

Conocí hace años a una chica que pensaba que la línea de metro Circular no corre bajo tierra horizontalmente, sino en forma vertical. Me explicaba con dulzura que el tren Circular se mueve como una noria, que tiene una sola parada en el estrato del metro de Madrid, y que las restantes aguardan decenas o centenares de kilómetros más abajo, donde viven los mineros jubilados.

LUND, SUECIA. FREDSGATAN

En ese momento comprendió que si quería conocerla y comenzar su relación, de la manera que empiezan (y que terminan) todas las relaciones, con una decepción seguida de momentos incómodos, no tenía más remedio que hacer chocar accidentalmente su coche contra el de ella.

VALENCIA. PLAZA DEL TOSSAL. AUDIO DE WHATSAPP

El mapa no reproduce un inconsciente cerrado sobre sí mismo, lo construye.

GILLES DELEUZE y FÉLIX GUATTARI, *Rizoma*

A ver, *nen*, creo que ya he encontrado todas las referencias que pedías. La primera, como es obvio, sería la de Gustave Flaubert en *Madame Bovary*, cuando Emma «se compró un plano de París y con la punta del dedo, iba de un lado a otro de la capital». La segunda está en la carta enviada por Kafka a Brod a finales de marzo de 1918: «Si bien no habría emigrado a Palestina, por lo menos en el mapa mi dedo se habría trasladado allí». La tercera es de Rafael Alberti, de *Marinero en tierra*: «La niña rosa, sentada. / Sobre su falda, / como una flor, / abierto, un atlas. / ¡Cómo la miraba yo / viajar, desde mi balcón! / Su dedo, blanco velero, / desde las islas Canarias / iba a morir al mar Negro». La cuarta pertenece a la novela *La interpretación de un libro*, del argentino Juan José Becerra, cuyo protagonista, que añora a su mujer, «representa en un plano gigante de Londres, que cuelga de las paredes de su casa, los recorridos hipotéticos de su mujer». La última sería ese poema de *La risa de los ángeles*, de la argentina —qué les pasa a los argentinos con los mapas— Paula Giglio, que en París se retrata regresando a su casa con sólo posar el dedo sobre el mapa de Buenos Aires. Bueno, en realidad la última referencia será tu ensayo, cuando lo escribas, que como *indicación* apuntará a todos esos índices. Venga, un abrazo y hablamos.

CALLE DE APODACA

Fue Francisco Candel quien proponía reconocer el paisaje de árbol en árbol y no de bosque en bosque. Me parece que ésa es la forma de abordar las ciudades. De habitación en habitación, de bloque en bloque.

ÁLEX CHICO, *Los cuerpos partidos*

Despertarte de noche, sin saber dónde, no ver nada, no recordar ninguna cosa en concreto; rodeado de absoluta tiniebla a tu alrededor y la sensación de que no puedes moverte; pensar que te han enterrado vivo, no revolverte por miedo a constatarlo, por pavor a comprobar que, quizá, en efecto, has sido amortajado en estado cataléptico y nadie se ha cerciorado de que no había fallecimiento real, sino síncope, y que ahora debes de andar encerrado en las profundidades, consumiendo el escaso oxígeno disponible hasta que te mueras de verdad; divisar de pronto dos pequeños puntos rojos que se iluminan un instante antes de desaparecer, pensar que a lo mejor estás tumbado al raso en una noche nublada de luna nueva, sobre un monte o un desierto, y mirando un avión que cruza en lo alto; sentir unas sábanas y alargar la mano, tocar una pared, un enchufe de botón, hágase la luz, darte cuenta de que estás en una habitación de hotel, y los dos puntos rojos son emitidos por el detector de humos del techo; ser consciente del tipo de habitación en el que estás, pero ignorar en qué ciudad te encuentras; por un momento, por un buen y gozoso rato, desconocer quién eres, cómo te llamas y qué haces exactamente allí.

LAS VENTAS

[Bibliomaquia]

Puedo escuchar el agua que araña los tejados
y convierte las calles
en grandes venas negras

JOSEP M. RODRÍGUEZ, *La caja negra*

tantos días de invierno que perdí y reconquisto
sobre este mismo círculo

PERE GIMFERRER, *Arde el mar*

te lo dicen a medianoche

CARMEN LAFORET, *Nada*

no haces más que repetirte,
es lo único que haces, recorriendo un gran círculo.

SAM SHEPARD, *Locos de amor*
Pero desde que estoy aquí ahora, […]
estoy aquí, cada vez más aislado,
el círculo en el que me muevo
es cada vez más pequeño
y mis movimientos
dentro del círculo
cada vez más
limitados

WOLGANG HILDESHEIMER, *Tynset*

la ciudad desvelada
circula por mi sangre como una abeja

OCTAVIO PAZ, *Libertad bajo palabra*

toda verdad es curva

FRIEDRICH NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*

conozco mi círculo:

EZRA POUND, *Cantos*

eternidad, infinito,
y nada en medio

CURVA PELIGROSA, *Magnos problemas*

que entre el que quiera

JORGE LUIS BORGES, *La casa de Asterión*

últimamente hacen los sueños
más cortos

RAFAEL PÉREZ ESTRADA

ALBUQUERQUE, ESTADOS UNIDOS. CALLE CENTRAL

Viajando todo el tiempo, se lograría la novela infinita

CÉSAR AIRA, *La serpiente*

En un artículo anterior ponderábamos las bondades del caminar. Hablábamos de sus efectos terapéuticos sobre el alma, además de los consabidos beneficios que procura desde el punto de vista físico. Enfatizábamos la dimensión social del andar, que nos pone en contacto con los otros, aunque las más de las veces se trate de un contacto puramente visual. Pero hasta ese mínimo contacto es enriquecedor, pues nos saca de nosotros mismos.

Sobre todo esto he reflexionado cuando he dejado de andar. No, no me ha pasado nada grave, gracias por preocuparse. Desde que llegué a Estados Unidos ya no camino, y de ahí estas reflexiones sobre los beneficios perdidos del paseo. Aquí es imposible caminar, a no ser que el paseo se dé sobre una cinta mecánica, lo que es un oxímoron intolerable. Con la excepción de los aeropuertos y de los centros comerciales, pasear es algo que se paga caro en Estados Unidos. Sólo van a pie quienes huyen, o quienes no pueden pagarse un coche, de forma que en el inconsciente colectivo todo caminante es un sospechoso. El paseo urbano socialmente permitido, en rigor, sólo es plausible en Manhattan, Boston y algunas zonas de San Francisco. En los demás estados y ciudades, dar una vuelta a pie fuera de entornos turísticos es arriesgarse a ser atropellado, asaltado, o detenido, o quizá a caer víctima de un síncope por las enormes distancias.

Recorrer andando la calle Central de Albuquerque supondría plantearse una caminata de treinta y cinco kilómetros. Es decir, salir de Córdoba y plantarse en Posadas. Estas dimensiones son difíciles de entender en nuestro país, una pequeña península de medio millón de kilómetros cuadrados. Nuevo México solo es como la mitad de España, para que se hagan una idea del tamaño de este país-continente. Albuquerque tiene la población de Málaga, pero las dimensiones de Valencia o de buena parte de Madrid. Los turistas que llegan de noche

creen que el avión se ha desviado a Los Ángeles. Con estas distancias, en estas condiciones, el coche es el medio natural de vida. Es literalmente donde se pasa una parte no pequeña de la existencia, y de ahí que los estadounidenses lo cuiden y lo mimen, como nosotros cuidamos al detalle nuestra casa. Para ellos el auto es una prolongación del hogar, donde se «conectan» al trabajo por la mañana y en el que se desconectan del mismo de vuelta a casa. Esto explica, cuando se vive en carne propia, toda la mitología yanqui del automóvil que tan extraña nos resulta a los europeos.

Rodar es lo contrario de caminar. Rodar, paradójicamente, es inmóvil, estático; el cuerpo pasa del aislamiento hogareño al encapsulamiento automovilístico. Nos quedamos presos, encarcelados en la prisión errante. El camino nos relaja y conducir nos tensa. Hace poco leía una entrevista con un artista brasileño que sostenía que conducir todos los días por Sao Paulo era sembrar la semilla para convertir a cualquiera en asesino. Y hay otra cosa más: el coche nos aísla. Nos separa de los otros, que viajan apenas a dos metros de nosotros, pero encerrados en cubiles de chapa metálica, con los cristales tintados, invisibles, inexpugnables. En Albuquerque, a no ser que hagas un esfuerzo, puedes estar contigo a solas durante días. Sólo en el trabajo hay contacto con otras personas, pero es otro contacto estático, tenso, relacionado con la faena y basado en la competitividad. No hay manera de caminar. Casi deseas que llegue el fin de semana para ir al centro comercial, aunque sólo sea para estirar las piernas. Aquí el consumo no es un mal enfermizo, producto de la sociedad capitalista, sino una legítima defensa biológica.

CALLE MIGUEL YUSTE

La espiral le sirve a Wright como figura generadora de la tercera dimensión, como experiencia cinética reforzada por el flujo de personas que recorren la gran rampa helicoidal en un solo sentido. En el ascenso, el hombre va teniendo una visión cada vez mayor del espacio y de la obra que contiene; a medida que se van ensanchando los círculos de la espiral, la comprensión del microcosmos […] se amplía progresivamente.

ISABEL GRAU, *Borges y la arquitectura*

Ahí está, trazando círculos concéntricos que disminuyen cada vez más

LAUTRÉAMONT, *Los cantos de Maldoror*

Ahí está la clave. Podríamos encontrar millones de citas que nos dicen que el vivir del hombre no es más que trazar círculos alrededor de su propia sepultura, rodeando su pueblo, o su destino.

Podríamos encontrar las contrarias, claro está: las citas son inabordables, por eso nos fijamos sólo en las que nos dan la razón.

Este libro no tiene razón.

Admite la cita cierta de Grau y la exacta de Lautréamont.

No somos Averroes y no podemos admitir la teoría de la doble verdad o defenderla. Pero es obvio que el hombre traza los círculos cada vez más breves, más cerca del núcleo, sea éste cual sea, hasta perecer en el centro.

Y que su mente, si es sabia, si se ha preocupado de ensancharse, gira por círculos cada vez mayores, cada vez más amplios, que pueden ser los círculos dantescos del Infierno, pero también, quién lo duda, los del cielo.

M-80 RADIO

En cursiva: «*La ciudad en movimiento» (Aviador Dro)*

Cuando los edificios duermen las calles están despiertas cuando los edificios amanecen las calles siguen en vigilia no hay noche en las calles nunca descansan los coches no conocen el reposo suben por las cuestas bajan por las avenidas grises coches coches y más coches rugiendo entre el humo de los escapes entre el vapor exánime del metro *los edificios desaparecen* entre la noche y las estrellas reflejo de los faros que suben por las calles que cruzan por las plazas millones de faros incontables como astros dispersándose *arrastrándose como serpientes* corales en racimos hacia la piel de la serpiente mayor el Manzanares bullen y rugen y pitan y arrancan sus motores como celebración del trueno retumbando *en los túneles de comunicación* y los humanos esquivando el tráfico huyendo de su prisa perpetuum mobile en constante agitación pues la ciudad no duerme *y nosotros caminamos unidos de las altas torres* de quietud contagiosa el hombre es lo contrario de la máquina y permanecemos estáticos mirando sus penachos de cemento sus gárgolas de plomo sus remates de miedo y vértigo y las luces las luces que desafían a los faros las luces de movimiento vertical estar y no estar frente al horizontal de los coches estar siempre pero jamás en el mismo punto *en el centro de producción* de contaminaciones acústicas lumínicas térmicas la calle es el infierno los edificios símbolos del cielo y el humo es el camino errante entre los dos el trayecto que recorre Madrid a cada instante *la ciudad en movimiento* los hombres y las almas *la ciudad en movimiento* los coches por los puentes *la gran ciudad en movimiento* los trenes que no cesan en su embate de vagones y personas sobre la espalda de *la ciudad en movimiento //* sonámbulos vehículos que se mueven de una gasolinera a otra por cada coche por cada camión o autobús que muere nacen otros veinte para que nunca cese el movimiento para que la ciudad nunca se detenga y su diapasón alocado se acelere Madrid es cada vez más rápida y la velocidad de escape nos expulsa *escucho respirar al viento* que aún se puede oír *en la ciudad satélite* y desde aquí nos trae su olor el humo de sus lágrimas de niebla la desesperación de los que cruzan las calles la insania mental de los pájaros que no se atreven a

volar para no verse presos del movimiento perpetuo del tráfico *y veo tu cuerpo resplandeciente* por tu millón de luces Madrid desgañitada en blanco hacia la noche *como una ola de mercurio* rompiendo contra la meseta el páramo negro que se quiebra y se ve desde el Espacio *el tiempo ya no existe* Madrid el tiempo es único perpetuo discurrente movible y fluye en la entropía de círculos creados por los faros albur de ojos en blanco que se cruzan que laten a dos mil revoluciones por minuto que siegan el asfalto de esperanza *si me miras a los ojos* Madrid puedo morirme de tristeza *solos tú y yo en esta ciudad* que casi no te pertenece porque tú Madrid eres un punto en el plano un nombre en los carteles una palabra quieta y ella esta ciudad es un volcán que gira lava manando en círculos sombríos *solos tú yo en este universo* Madrid *la ciudad en movimiento* Madrid *La ciudad en movimiento* Madrid *la gran ciudad en movimiento* Madrid *la ciudad en movimiento*.

FUENTE EL SAZ DE JARAMA, MADRID

Sí, el momento es ahora, piensa, mientras deja el plato sobre la mesa de los cocineros, un poco más cerca del jurado de la derecha, el más joven y soberbio de los tres, el que la humilló en la prueba de identificación de sabores, el que emplea sin paga y en terribles condiciones a aprendices en su restaurante de varias estrellas, el que siempre se mofa de los más débiles, el que se cree mejor que todos, incluidos sus compañeros; este chef que la mira desafiante, tomando una cuchara rápidamente y con aspavientos, porque su rivalidad pública con ella le convierte en protagonista de esta escena, algo que adora; ella sonríe, como aceptando el duelo al sol, para que los otros dos chefs se aparten y los dejen solos ante la audiencia; el chef le pregunta alguna vacuidad sobre la crema, ella responde que es la mejor que va a probar en su vida, el chef ríe, introduce la cuchara en la crema y se la lleva a la boca; ella libera una sonrisa, consciente de que él, que ha probado casi todos los sabores que hay en el mundo, nunca ha probado hasta este momento el cianuro.

CALLE DE SANTA ENGRACIA

El hombre sin atributos, la gran novela musiliana que se propone representar la realidad entera en su cambiante devenir y que por ello está destinada a quedarse en fragmento perennemente incompleto, no tiene centro ni fin […]

CLAUDIO MAGRIS, *El anillo de Clarisse*

La vida es redonda
BOUSQUET, LA FONTAINE,
VINCENT VAN GOGH, KARL JASPERS

Si mezclamos las tesis de Bachelard sobre la «fenomenología de lo redondo» con las que dedica al psicoanálisis de «lo de dentro y de lo de fuera», obtenemos varios principios que nosotros obtuvimos por el otro modo de hallar certezas (el más estable): la intuición. La vida es redonda, y la *seidad* o mismidad del hombre está en su centro, en su interior, como se defendió hasta el siglo XIX, donde desaparecieron centro y sujeto como realidades palpables, fijas, cartesianas. El proceso está suficientemente comprobado; la pregunta que cabe hacerse es si hemos ganado algo con esa desintegración del yo, y, en caso de que la repuesta sea negativa, si se puede revertir el proceso o *acelerarlo* hasta llegar a un momento anticlimático de reintegración. El centro es lo interior,[18] y lo exterior (las afueras) es lo(s) demás, aquello en donde el yo se dispersa en lo otro, o en los otros. Pensemos en los ejemplos de la naturaleza, como harían los antiguos —adjetivo que incluye a todos los filósofos hasta Schelling—: las ondas del agua, dotadas de «tensión concéntrica» se van alejando hacia el exterior, como Madrid, indefinidamente, hasta que se topan —como Madrid— con otra orilla. Observemos (podríamos hacerlo con la gravitación, con los terremotos) esas ondas sobre el agua: su energía trae causa del epicentro energético, y si chocan y regresan, retornan al punto medio. Lo que quiero decir es que no hay energías circulares sin un centro, y en la naturaleza el centro es necesario, ineludible: no hay fenómenos de centrifugación o centripetación sin él. No sé si he explicado bien que el hombre es parte de la naturaleza y no puede escapar de sus

leyes.

PALMA DEL RÍO, CÓRDOBA

—¿Qué piensas, abuelo?

—Nada, chiquilla, cosas mías.

—Parecías preocupado. ¿Te traigo el pastillero?

—No, todavía no es la hora. ¿Quieres saber lo que pensaba de verdad?

—Sí, me chiflan tus historias.

—Pues pensaba que, cuando conoces un gato, te parece inteligentísimo y muy gracioso, te partes de risa con él, sobre todo cuando son cachorros. Crees que es único, que tiene personalidad. Pero, conforme pasan los años y conoces más gatos, te das cuenta de que son todos iguales, que siguen un patrón y eso que parece un carácter es simplemente su manera de ser natural. Son todos copias, copias del mismo gato. ¿Entiendes?

—No lo sabía, a mí me gustan.

—A mí también, ahora más, porque me dan tranquilidad, ¿entiendes? Ves un gato y sabes cómo va a ser: inteligente, gracioso. Es como si siguiera una pauta. Pues con las personas pasa igual. Cuando eres joven crees que son distintas y piensas que tú también eres diferente, especial, pero creces y comprendes que las personas son todas unas hijas de la gran puta. Todos lo somos. Como un gato enfadado, pero sin gracia.

TÁNGER, MARRUECOS. N1

Yo llegaba a las puertas de la ciudad conduciendo la ambulancia; había dejado atrás el peaje de la autopista y las primeras estaciones de servicio de Afriquia, y los carteles del Marjane comenzaban a conformar, junto a pequeñas casas medio cementadas, el escenario de las afueras. La ambulancia estaba casi sin gasolina, temí que el supervisor me matase si me quedaba tirado.

Pensé en ella. La llamé para que me guiase hasta una gasolinera. Me preguntó dónde estaba exactamente. Tuve una idea, y la detuve en seco. Le dije: «Hagamos una cosa. Sal con tu coche a dar vueltas por la ciudad. Si nos encontramos, es que estamos hechos el uno para el otro». Fue la primera vez que escuché por teléfono una sonrisa silenciosa.

ATOCHA

Vive cerca de aquí, en Alfonso XII. Como el protagonista de aquella canción de Leonard Cohen, viene a esperar todos los trenes. Camina despacio, mirándolo todo. Compra un par de periódicos o trae un libro de poesía. Se sienta y lee hasta que oye un tren acercarse. Entonces se levanta y se acerca a la vía. Observa los vagones y los viajeros, los intercambios, las frases o las señas que se cruzan los maquinistas y los revisores.

A veces baja hasta el andén y camina hasta el fin mismo de la vía. Cuando su hijo era pequeño, venía con él. Le daba miedo pasar de la parte cementada.

Tanto como los mismos trenes, le gustan los viajeros. Disimuladamente intenta captarlos, recordarlos, entenderlos. Le divierten sus rostros de asombro ante el inmenso jardín interior. Su ilusión de niños. Sabe a la perfección distinguir los que son de Madrid de los que vienen a la capital de paso o por turismo. Los primeros están reconcentrados. Los segundos sonríen levemente, y no tienen prisa.

BAKÚ, AZERBAYÁN. ULDUZ KAFE

—Sí, pero, pongámoslo así, ¿y si hubiera sido músico? En tal caso, su sino no cambiaría, seguiría siendo todo igual. Déjame plantearlo, al menos. Se llamaría Azgayin, como tu primo, el carnicero, y tendría la cualificación de violinista concertino, aunque nunca habría ejercido como tal. Jamás ninguna orquesta lo habría contratado; porque ése es su destino, habitar el fracaso, vivir en la expectativa perenne pero irrealizada, habitar una especie de utopía futurible que se parece demasiado a la distopía de la existencia malgastada en hipótesis de algo mejor. Terrible, ¿no? Claro, eso es; ¿sabes a qué se dedicaría? ¡A tocar para grabaciones de documentales y programas de telerrealidad! Sí, ésos que subrayan las escenas con melodías tenebrosas, cuando parece que algo amenaza en pantalla a los concursantes de un *reality*, o cuando una víbora se acerca sigilosamente a una rata en un bosque. ¡Cómo mola! Eso es, ése sería Azgayin, la versión alternativa de tu futuro esposo: un violinista con miles de horas de formación y ensayo que termina subrayando con un *staccato* el instante en que el león caza finalmente a la gacela, o el gesto de sorpresa de una participante del concurso que acaba de descubrir el conchabamiento de su supuesta amiga con otro rival para expulsarla de la casa. Ése es tu prometido. Alguien que guarda con todo esmero el instrumento en su funda, tras limpiarlo con un pañuelo, como si en vez de salir del anodino estudio de grabación en un tercer piso de las afueras, abandonase el escenario del Musikverein de Viena.

PLAZA MAYOR

Amanece
trescientos veinte ojos me contemplan
con sus legañas tiernas de rocío
y sus pestañas gélidas echadas

las seis de la mañana y estoy solo
en la plaza mayor no se oye un ruido
dormitan las palomas y los coches
no existen en el plano del tablero

estamos solos la ciudad y yo
Madrid me otorga todo su silencio
y en él la puedo oír con claridad
ciudad a solas ruge su vacío

todavía lo escucho en mi interior

MANIZALES, COLOMBIA. CALLE 61

En libros no muy breves, el argumento no puede ser más que un pretexto, o un punto de partida.

JORGE LUIS BORGES, *Otras inquisiciones*

Darío decidió tomar un café tras sus clases de Física en la chocolatería White and Black, en la calle 61, no lejos de las viejas aulas de la Universidad de Caldas. Aunque no podía ver el volcán desde allí, su imponente presencia oscurecía una parte de su imaginario, como le sucedía a todos los habitantes de la zona, siempre conscientes de que el esplendor verde que los rodeaba podía cambiar al rojo vivo en cuestión de minutos.

Frente a él divisó un pequeño local que hasta entonces no había llamado su atención, una escuela de gimnasia de reciente apertura. Un par de señoras guiadas por la monitora hacían ejercicios de suelo. Al fondo de la sala, iluminada por dos ventanas posteriores y la puerta principal abierta de par en par —por donde se colaba la mirada divagante de Darío—, se agrupaban varios balones medicinales y una de esas pelotas inflables de gran tamaño, utilizadas para estiramientos de espalda o como apoyo dorso-lumbar. Darío se concentró en ella. El café se enfriaba sobre la mesa, como el volcán sobre las montañas verdes. Pero él no pensaba tomarlo. Estaba contemplando dos moléculas de aire en el interior de la pelota, que giraban por convección una junto a la otra, debido al rayo de sol que calentaba directamente la esfera colorada, hinchándola levemente al expandir las partículas encerradas. Las dos moléculas de hidrógeno y oxígeno conversaban animadamente, y Darío podía escucharlas, absorto en su charla: «Pero se ha demostrado que ese cielo que nos rodea, que vemos encarnado de día y oscuro de noche, no es el límite de nuestro mundo». «¿Lo dices en serio? Yo siempre había pensado que había algo más, que debía existir algo más allá.» «En efecto, muchas lo creíamos. Pero ahora tenemos pruebas. Según algunos modelos matemáticos, efectuados por nuestras compañeras del globo sur, esas ondas de radio que a veces nos llegan, como ahora mismo, en varias tonalidades o registros diferentes, deben de ser emitidas por alguna

fuente sonora que se encuentra más allá del cielo rojo, y que arriban a nuestra percepción como ruidos en el universo.» «¿Qué es el universo?» «Es el nombre que le han dado las del grupo sur a lo que hay más allá del cielo, sea lo que sea.» «Qué maravilla, cómo vamos descubriendo lo diminutas que somos en relación a todo.» «Sí, así es. Y no acaba ahí la cosa: según comentan, hay algo parecido a una materia oscura, que explicaría la existencia de ese universo exterior, y también una energía oscura, que daría un sentido a los cambios súbitos que sentimos en el cielo.» «¿Te refieres a los Achatamientos Laterales y a los Abombamientos?» «Sí, están estudiando esa sensación que tenemos a veces de que nuestro mundo se desplaza hacia los lados, o esos rápidos acortamientos curvilíneos del espacio observable. Y quizá esa energía esté relacionada de algún modo con la energía lumínica que nos llega de cuando en cuando y que clarea la rojez del cielo.» «Es apasionante.» «Sí que lo es», escuchaba Darío, con toda precisión, desde la chocolatería.

CALLE DE PRECIADOS

entre Times Square y Columbus Circle […]
lo encontrarás todo

HART CRANE, *El puente*

Me atrevo a decir que hay más cultura y ciencia dentro de la circunferencia de diez millas desde donde nos encontramos ahora sentados, que en todo el resto del reino

SAMUEL JOHNSON,
en *Vida de Johnson*, de James Boswell

Aunque estaba avisado, la realidad que lo rodea supera todas sus fantasías. Desde que ha salido del metro en plaza de Colón su sorpresa ha ido en aumento y mientras sube las escaleras mecánicas de la FNAC su pasmo se torna pesadumbre. Mira con indiferencia los infinitos estantes llenos de libros y discos a su derecha. Jamás pensó que iba a encontrar un lugar donde se hallaran juntas todas las cosas que él siempre ha deseado. Ese lugar es esta calle, piensa. Entre este edificio y la librería de El Corte Inglés junto a la Puerta del Sol podría encontrar los libros que nunca tuvo y los que aborrece, los discos influyentes y los influenciados, sus películas favoritas y las que odia. En los cientos de tiendas que separan ambos edificios está todo lo necesario para sobrevivir durante toda una vida, si no se requieren especiales tratamientos médicos. La posibilidad de que haya alguien que se planteara no salir nunca de esta calle lo deprime, no por descabellada, sino precisamente por factible.

Sale del edificio y respira el frío. Le agrada. Pero luego piensa que también lo desagradable está en Preciados. El frío, la miseria, el robo, la desesperación, la soledad. Él se siente parte de algunas de esas cosas. En apenas cuatrocientos metros cabe cualquier concepto. Si esto es así, cavila mientras se acerca a un puesto a comprar chicles, ¿es que hay algo que no esté en Madrid? Salvo ciertos monumentos, salvo determinados paisajes, ¿hay algo que necesite un ser humano que no pueda encontrarse en esta ciudad? Antes solía criticar el hecho de que

el setenta por ciento de las noticias de los telediarios tuvieran lugar aquí, amén de su propia emisión; pero ahora lo entiende. Lo raro, piensa, es que pase algo con entidad propia fuera de Madrid. Y mientras regresa desolado hacia plaza de España por Gran Vía, extrañas preguntas nublan su mente. ¿Se es madrileño por nacimiento, por residencia o por mera voluntad? ¿Sabe alguien lo que es este país si no ha visitado antes la capital? ¿No será España, en fin, unas gigantescas afueras de Madrid?

CALLE GABRIEL CON CEA BERMÚDEZ

Circular sigue la calle
PEDRO RUIZ PÉREZ,
reseña de *Circular* en *Prima Littera*, 2003

Puedes leer las señales
LAURIE ANDERSON

STOP

3

BUS CIRCULAR

¿Cree usted que yo escribiría lo que escribo si no viajara en autobús?

CARMEN MARTÍN GAITE a otra pasajera

Bien haya Madrid, se anda,
se entra y sale, se va y viene
y a nadie se habla palabra.

ANTONIO GONZÁLEZ DE LEÓN,
Los madrileños adoptivos (1790)

CIRCULAR 1

No estoy demasiado lejos de Atocha; aquí cualquier distancia es relativa pero, como el personaje de aquella novela de Bonilla, para llegar a la estación no volveré sobre mis pasos sino que daré la vuelta al mundo. Veo de lejos mi globo; es rojo, alargado. Con publicidad en los flancos.

CIRCULAR 2

Cuando suben ya tienen ese mismo rostro hierático que van a mantener todo el camino. Cariátides griegas ancladas y guardadas en un arcón móvil, hacen de bustos sentados o de columnas sosteniendo el fuego de la barra del techo. Parecen cansados. Son las diez de la mañana.

CIRCULAR 3

Avenida Reina Victoria como un disparo de arco contra el viernes. El cielo es del mismo gris del suelo. Ella ha subido. Es rubia y dudosa. De ser rubia y de ser. Sus ojos tienen miedo de encontrarse. Se encuentran. Con los míos.

CIRCULAR 4

Ella ha subido. Ahora es pelirroja. Guarda sus ojos verdes en la ostra negra de sus párpados. Son dos armas y lo sabe. Sólo lanza ráfagas contadas, avaras, indirectas, sin apuntar. Están para ser adorados y no para mirar. Cuatro Caminos está gris. Como las nubes. Las torres de Nuevos Ministerios, ese invento de Azaña, están llenas de cristales. No reflejan nada.

CIRCULAR 5

Ella ha subido. Ahora es rubia, tiene los ojos azules y parece extranjera. Me lo parece porque mira las cosas con atención. Le parecen nuevas, quizá atractivas. Ella es nueva y atractiva. La miro con atención.

CIRCULAR 6

Llovizna en República Argentina. Nueve grados. Los delfines de la fuente parecen alegres. Están muertos.

CIRCULAR 7

En la calle Alberto Coslada han pintado todos los edificios con mantequilla. ¿Qué se siente cuando la mujer más hermosa que has visto en tu vida se baja del autobús, dobla una esquina y se pierde para siempre? Nueve grados.

CIRCULAR 8

Plaza de Manuel Becerra. Los infinitos maniquíes con traje en los escaparates parecen una legión de ejecutivos alineados esperando para cruzar el semáforo. Tampoco tienen rostro.

CIRCULAR 9

Se han subido al autobús dos sordomudos. No se oye un ruido y no hay más movimiento que sus gesticulaciones. Son los únicos que están hablando.

CIRCULAR 10

Hay una manifestación de insumisos en Reina Cristina, frente al Gobierno Militar. Han cortado uno de los carriles, y el tráfico se estrecha hasta la asfixia. Los manifestantes gritan a la policía. Los

conductores gritan a los insumisos y tocan la bocina. Los vecinos gritan a los conductores.

CIRCULAR 11

Desde el Retiro, entre dos edificios se ve cómo Madrid se extiende indefinidamente, como una pesadilla, roja y gris, hacia la noche.

CIRCULAR 12

Nos acercamos al centro. Cuanto más nos aproximamos, más asciende la temperatura, y más frío hace.

CIRCULAR 13

Observo un coche a nuestro lado en el semáforo. Un matrimonio. Están callados y serios. Él da un respingo; toma un teléfono móvil del salpicadero y lo abre para contestar. Sonríe mientras habla. Ella saca otro móvil del bolso, y llama. Sonríe también mientras habla. La luz se pone en verde; todavía durante unos metros nos acompañan. En el semáforo siguiente, ambos han colgado. Están cariacontecidos y guardan silencio.

CIRCULAR 14

Leo por encima del hombro de otro viajero el libro que lleva en las manos:

Una muchacha con acné rosado está sentada enfrente de ti en el autobús. Va cabizbaja todo el trayecto. Poco antes de bajarse, se quita los guantes amarillos, descubriendo unas manos de alabastro que terminan en dedos de pianista.[19]

CIRCULAR 15

Desde la ventana se observa de lejos la plaza de Carlos V, que es un símbolo de España en tantas cosas: medianamente grande, medianamente bella, mediana mente. Lo mejor que tiene esta zona son sus museos, como España. Está nublada.

CIRCULAR 16

Mientras llego a la parada, me pregunto si no sería mejor hablar de «todas las Españas», como hacían en el siglo XIX.

CIRCULAR 17

> El viajero […] se hallará, ya en la calle de Atocha, ya un poco aturdido, desorientado, sin saber hacia dónde cae el corazón de la ciudad […]
>
> BENJAMÍN JARNÉS, «Dos mercados»

Recojo mi equipaje y mis papeles, me atuso el pelo y me quito las gafas. Entre brumas me acerco a la puerta, atisbando al fondo la parada de metro de Juan Bautista Sachetti por la que accederé a la estación. Cuando me aproximo a las puertas del autobús, advierto una chica, ahora es morena, que me observa. Está escribiendo sobre un cuaderno; hace un libro sobre Madrid. Sé que lo hace porque lleva gafas y está triste. Durante un instante, mirándola puedo imaginar un futuro feliz a su lado, una casa cálida, cojines mullidos. Alguien toca el timbre de próxima parada, y se acaba el instante. Si ser feliz fuera algo que me preocupase, a lo mejor me quedaría para comprobarlo. Mientras hago la cola para bajar del vehículo, leo por encima del hombro lo último que ha redactado. Es esto:

CIRCULAR 18

Él, ahora es moreno, baja frente a Atocha. Lleva equipaje; seguramente se va de Madrid. No comprendo, entonces, por qué está triste. Me pregunto qué siento. Nueve grados.

4

FINAL

para seguir viviendo
me voy de Madrid

JAVIER FERNÁNDEZ,
Casa abierta

ESTACIÓN DE ATOCHA

El viajero arrastra el equipaje por el andén desierto. Ha llegado pronto. La tarde se ha cerrado y agrisa el techo traslúcido de la estación. Es fin de semana y han tenido que hermanar dos AVE para cubrir la demanda de plazas. Su vagón es el número 18, el último, y queda al final del todo, ya bien pasada la parte techada de las vías. Cuando ésta acaba, molestos roces en su mejilla le anuncian que llueve. «Cuando vine —piensa—, llovía.» Recapitula los días pasados. Quiere olvidar la mayoría de las cosas que han ocurrido; se queda sólo con algún rostro entrevisto por la calle, con algún reencuentro, con los libros adquiridos por leer, con dos o tres párrafos escritos. Mientras tira de la monstruosa maleta, piensa que a pesar de todo el esfuerzo hecho no ha conseguido sintetizar su idea de Madrid; sabe cuál es, como un concepto general al que le falta título, como ese rostro conocido al que le falta el nombre. Está al final del viaje, pero no ha encontrado la frase. «Quizá —vuelve a pensar—, no pueda resumirse en una sola frase; a lo mejor ése es el secreto.»

Se acerca por fin al vagón último; la simpática azafata de azul le regala una sonrisa que no merece. Devuelve como puede, un rictus a causa del esfuerzo. «Estas gotas tan molestas…» Va a buscarle metáfora a todo hasta el final. La primera que se le ocurre sobre la lluvia es la más obvia, la más antigua. Esas metáforas tan vistas ya no se llevan. Además, hay esto: *Madrid no llora*, piensa sin darle importancia, mientras introduce los bultos. De pronto se queda parado. Su pulso casi se detiene. Sigue lloviendo, pero ahora sí sonríe.

CALLE CIRCULAR

[En donde el propio libro toma la palabra]

Desde el cielo parezco una ciudad

JESÚS AGUADO, *Heridas*

no veo un cielo desde niño

DIN MATAMORO

hasta donde alcanzan mis recuerdos
me parece estar predestinado
al horror y al espanto

PETER HANDKE, *Carta breve para un largo adiós*

uno fue y me dijo

BETTY MISSIEGO, «Su canción»

sonríe

CHARLES CHAPLIN, «Smile»

es sólo una canción

ROSENDO
pero es mi fiesta y lloro cuando quiero

LESLIE GORE, «It's my party»

he cambiado los nombres de las calles

JAROSLAV SEIFERT

los nombres de las calles han cambiado
y los números de las casas

CÉSAR A. MOLINA, *Para no ir a parte alguna*

sabéis que la lluvia puede deshacerme

CAMILO JOSÉ CELA, *María Sabina*

si me quedo mudo,
el mundo en el cual escribo hablaría por mí

GEORGES BATAILLE

pero si hablo,

VICTOR HUGO

son cincuenta cuartillas de mentiras

ALEJO CARPENTIER, *Los pasos perdidos*

somos 50 poemas,
el resto no somos nosotros,
sino la nada que nos envuelve

ANTONIN ARTAUD

prestadme vuestras manos

PHILIPPE SOUPAULT

estoy aquí para cantaros

RABINDRANATH TAGORE, *Gitanjali*

he de volver a la paterna casa

HOMERO, *Odisea*

me llama la ciudad

SU TUNG-PO

salgan a la calle, si se atreven

FERNANDO SAVATER, *Instrucciones para olvidar el Quijote*

hemos llegado al fin

JULIO VERNE, *Viaje al centro de la tierra*

supongo que soy el centro
exacto

TED HUGHES

TRAVESÍA VIRGEN DE LA ROCA. COMISARÍA

—No me joda, brother, no intente joderme. Llevan ustedes jodiéndome desde que llegué acá.

—Es que con esa actitud…

—¿Pero qué actitud, cabrón? ¿Qué actitud? ¿De qué remierda me habla, compadre?

—De tu ac…

—¿De qué actitud de mierda estás platicando, pinche huevón, pero qué remierdas te pasa? Llevan tocándome la madre desde que llegué, que si Latin Kings, que si bandas de malandros… Yo vengo del norte de Sonora, pinchahuevos, tú no tienes ni puta idea de lo que es una banda, no has visto un revólver desenfundado en tu vida, no has oído cómo cuecen el aire las balaceras, remierdón, pinche flaquito, macabronsísimo.

—Mira…

—Tú vas a defender a la puta de tu madrecita, guey, tú no me vas a defender a mí, me entiendes, porque yo no he hecho nada, esto es del nabo, yo no conozco de nada a esos ñeros huevones, my friend, esa bola de tirados ajerosos vinieron al barrio a buscar pelea y los del barrio pensaron que yo estaba con ellos, que yo los traía, pero es como la mierda: viene sola, ellos se acercaron solos, nadie los llamó, se arrimaron agüitados al basket pool para madrear, tomaban de litronas, pidieron mordidas, yo qué sé, y a mí me guardaban ganas los españoles porque me envidian, saben que seré grande, la neta es que lo saben y también que ellos se van a quedar allí, en esas cuatro casas, en ese páramo, en esa candela de mechero, mientras yo conquistaré Madrid, wacha y verás, voy a llenar Madrid de mis carros pintados a mano, todos conocerán los padrísimos carros del Kolly Molly, sus llantas de platino, sus rayos de fuego en el techo, apuntando al cielo, todos lo saben y por eso quieren pisarme la madre: allí en Sonora los narcos, entonces, y los güeros gringos pingajos; aquí los Latin, los polis y ese juez macuarro vienen todos a sumarse, a hundir al KoMolly, a llamarme frijolero y sudaca, pero de eso nada, no podrán enchilarme, pendejos, mamones, cuachalotes, remamahuevos, al Molly

no, ni modo; mis coches les dejarán ciegos, la plata de mis carros deslumbrará a todos esos hijos de la gran chingada, las ruedas de treinta pulgadas de mis bólidos van a dejarles sordos, panda de cabrones, mis ruedas reventando este país, para ensordecer la madre de todos los que intentan ponerme al margen, ponerme a recaudo, mandarme para atrás a México. De eso nada, las chaparritas se pondrán a mis pies, se van a derretir, ven mis chidos carros *pimped*, tuneados, como dicen aquí, y se ponen pendejonas, todas quieren subir al Kolly Molly al cachuchazo, todas quieren que meta la quinta, guey, apretadita, muy apretadita, los coches del Molly, parado y andando, ¿entiendes, wey? Parado y andando; todas dicen sí, sí, sin parar en el asiento de atrás, mis jainas dicen sí al KoMolly, y todos terminarán por decirlo, porque yo no me voy a regresar, no cruzaré el charco de vuelta, pinche cabrón, lo que Sonora pudo darme ya me lo dio, cinco navajazos y las balas cantándome al oído; lo que México quiso quitarme me lo quitó, dos hermanos y un dedo de mi hermana, no me jodas, quién quiere volver a chambear en México si existe Madrid, desde niño llevo pensando en esta ciudad, cuántas calles, cuantas millas a recorrer sin tiros por medio, sin miedo a que te agujereen la carrocería brillosa con wax, laminada a conciencia, brother, tanto chicharrón suelto, wey, tanto espacio; quién querría irse de Madrid, ni expatriación sustitutiva ni mierdas, esto no va a quedar así nomás, ¿me oyes? ¡Dile a ese pinche juez que se vaya a la verga, que prefiero hacer cinco años de cárcel que volver allá!, ¿me estás oyendo?, dile que me quedo en Madrid, pedazo de mamón, ñame, rajado, culero chingamadres, hay asfalto para todos los coches, mis carros hacen calles y calles pero la ciudad no se acaba, tengo que pinchar más ruedas en los ejes del KoMo, las máquinas tienen que seguir corriendo, sus llantas de cromo deslumbrando las ventanas, agarra la onda, wey, que me dejen en un penal cercano, hulero, puto de la madre, pero no me vuelvas al lado guango del charco, yo me quedo en Madrid, ¿me estás oyendo?, ¿me estás oyendo, cabrón?, me quedo en Madrid, voy a pasármela para siempre en Madrid, sí, me quedo para siempre, sí.

IV

DERB

EXORDIO

Autobiográfico, pero bien falso, sin *yo*.

MOISÉS MORI

una exploración de la identidad sin ser autobiográfica

ERNESTO GARCÍA LÓPEZ

It is expected that the next iteration will be *Circular* […] and will include *Derb*-cul-de-sac in Arabic-a real-time writing experience set in Marrakesh, Morocco.

ALEX SAUM-PASCUAL

Derb es un experimento literario de escritura en tiempo real, llevado a cabo en el año 2010. Su objetivo es mostrar la duración sin llevarse al lector por delante. El procedimiento es sencillo: una escritura discontinua, sostenida durante un mes, bajo dos preceptivas: la primera, hacer una escritura del presente, de lo que está sucediendo en el tiempo en que se escribe; la segunda norma consiste en que lo ya escrito se puede *corregir*, pero no *retocar*. La voluntad documental no debe sufrirla el lector, quien merece un texto limpio de errores o incoherencias léxicas o semánticas; pero los textos también tienen sus derechos, que en *Derb* consisten en quedar liberado de los retoques sustanciales perpetrados *a posteriori*, dirigidos a mejorar el aspecto de la historia —o de su autor—. No obstante, *Derb* no puede caracterizarse de ningún modo como autobiográfico o autoficcional: el propio texto, vida sin autobiografía, se encargará de despejar cualquier duda al respecto.

Los trabajos debían durar un mes justo.

PRINCESA SAFO, *El tutú*

Una utopía recurrente en los escritores es escribir y vivir a la vez, un modo de ganar tiempo.

CÉSAR AIRA, *Las tres fechas*

No se ha dicho suficiente que escribir se escribe en tiempo real, en tiempo de vida. Es fisiológico.

ADRIÀ PUJOL CRUELLS y RUBÉN MARTÍN GIRÁLDEZ,
El fill del corrector / Arre, arre, corrector

Me alejé de la patria como los pájaros dejan el nido.

IBN BATTUTA, *Rihla*

[…] expulsado al ancho mundo hacia una multiplicidad siempre creciente

HERMANN BROCH, *La muerte de Virgilio*

MIÉRCOLES 15

Una casa nueva es una página en blanco. El piso alquilado y aún vacío, la puerta abierta, las paredes vírgenes, depuesta y borrada la escritura del anterior arrendatario, diluidas las líneas de su vida. Los muros, color crema, como palimpsesto donde grafiar (*DLE* ∅) una existencia tras otra, hasta que la casa misma deje de ser, a su vez, mayúscula edificada sobre la tierra.

Habitar una casa. Esparcir tus ridículos bártulos de atorrante por los armarios recién pintados, apilar los escasos volúmenes de tu biblioteca —tu verdadero hogar, el portátil de signos en rotación, todavía en camino— que has traído en las maletas por esquinas y huecos, planificar dónde irán atornilladas las estanterías en el futuro, o dónde anidar la ropa, obliterar enseres, distraer objetos de aseo, iluminar el solitario óleo que con vosotros viene, obra de un pintor amigo. Recolocar las cosas. Volver a situar objetos por el nuevo espacio como si ese puzle ontológico pudiera, al terminar de organizarse por la casa, recordaros quiénes sois, objetos-espejo devolviéndoos la imagen de vosotros mismos, después de tanto deambular[20].

Poco después de escribir estas líneas, a las 7.20 de la mañana, ahora —estos días sólo puedes escribir cerca del alba, apenas hay tranquilidad en otro momento—, lees en la *Autobiografía sin vida* de Félix de Azúa que la casa es un cuadro. Bueno, no es eso en realidad lo que dice, sino que la aparición de la casa pareada durante el Renacimiento trajo consigo la proliferación de pequeños objetos de arte para colgar en sus paredes, iconos trasladables sin dificultad en las mudanzas. Pero tú has visto esa frase *tras* la lectura y no durante ella; al ir leyendo rápidamente tus ojos han asociado las palabras casa y cuadro, y el resultado ha sido la imagen mental de la casa como cuadro, algo que ya estaba en tu tercer libro, recuerdas de súbito, y otra instantánea te asalta: la de las paredes del hogar, sea esto lo que fuere, como un hueco, como un lienzo, no tanto como lugar para sobrescribir, sino como un espacio para pintar.

De la misma forma que vosotros sois vosotros mismos con absoluta independencia del sitio, lugar, ciudad o continente al que os trasladéis: los cambios son procesos interiores, como libros en marcha.

*

Trabajo, almuerzo, más trabajo. Tomo el coche. Motos, bicicletas, carromatos tirados por burros, camionetas, autobuses, amenazantes camiones y otras decenas de miles de automóviles zumban furiosamente a mi alrededor. Una motocicleta pasa rozando a un taxi que se ha metido entre dos coches, creando de la nada un inexistente tercer carril. Una bicicleta cruza sin mirar. Un peatón cruza sin mirar a la bicicleta ni al resto del tráfico. Dos ciclomotores ruedan delante de mí, a mi derecha; encaramados sobre uno de ellos van un joven y un niño; justo al lado, en el otro, un joven solo. Ambos vehículos marchan en paralelo, y sus ocupantes hablan entre sí. Mientras los demás coches hacen cabriolas y maniobras inverosímiles para esquivarlos o adelantarlos, el niño comienza a darle collejas al conductor de la otra moto. Comienzan a reírse. Yo también, desencajado.

*

Deberíamos hablar de la pureza del principio, de la dignidad (Broch) de los comienzos; deberíamos envidiar a aquellos iniciadores sumerios o egipcios de la palabra escrita que se acercaban por vez primera a las metáforas y las imágenes, aquellos que podían escribir sin ruborizarse que el cielo es espejo del mar, o que los ríos son rumorosos, o comparar las mejillas de una mujer hermosa con los pétalos de una flor, sintiendo que era la primera vez que tal cosa se escribía sobre el mundo.

En el diccionario, que es la casa del idioma, las palabras nuevas, las que todavía no se han registrado por la Academia (es decir, las *DLE* ∅) son o pueden ser las más importantes, aquellas criaturas signífagas (*DLE* ∅) sobre las que se construye la esperanza del desarrollo y renovación de la lengua.

*

Noche. Primera madrugada en la nueva casa. Único mueble en todo el apartamento: una cama inflable. La mudanza no ha llegado en el plazo previsto. Duerme el sueño de los justos en el puerto de Casablanca. Aquí, 15 de septiembre, hemos llegado a los 48 grados. Ahora cae algo de brisa y suponemos que será posible dormir. Pienso en nuestras pertenencias sufriendo durante días el calor, hacinadas en un contenedor marítimo de metal. Mis libros recociéndose, soltando tinta, pegándose las portadas unas a las otras por la temperatura,

mezclándose las líneas de Beckett con las de Ungaretti y creando sus voces entreveradas una forma nueva de polifundía (*DLE* ∅).

Sobre la cama inquieta e incomodísima, rodeados de un par de maletas y ropa colgada de los pomos de las puertas, repasamos nuestras respectivas jornadas. La vida en pareja como testimonio de que hay alguien capaz de mostrar interés real en cómo te ha ido el día.

*

Tres de la mañana. En el piso vacío, en blanco, sus paredes aún inmaculadas, la única escritura, invisible esta vez, es la de los sueños.

JUEVES 16

El dolor de espalda producido por la cama deshinchada te despierta a las seis de la mañana. Es ya de día, y haces lo que tantas otras veces que has amanecido a esta hora: decidir que una vez desvelado lo mejor es hacer algo de provecho. Te duchas. Como no hay cortinas, tienes la extraña oportunidad de contemplar el solar adjunto mientras amanece, entre las gotas. Acostumbrado en España a ver palmeras sólo en urbanizaciones de lujo o en urbes oropeladas y contrachapadas de falso brillo áureo, pensabas que las palmeras eran árboles nacidos para el adocenamiento y el orden *more geometrico*. Aquí has descubierto miles, decenas de miles de palmeras salvajes, algo que te parecía un oxímoron, pese al título de Faulkner. En el solar anexo, destripado por la roturación parcial y la lluvia de escombros, salpican el suelo y el cielo una veintena de palmeras desperdigadas, protegidas por las leyes locales. Del mismo modo que en Córdoba se construyen los edificios integrando ruinas visigodas, árabes o romanas, en Marrakech deben levantarse las casas rodeando las palmeras, incluyéndolas en las estructuras, lo que fuerza súbitos jardines interiores en los bloques de pisos, escaleras en escorzo o ángulos vacíos que parecen pensados —y lo son— para la palmera, en vez de la palmera para el hueco, como sucede en Estados Unidos. Bajo la ducha, las hojas caedizas de la palmera se confunden con el rastro alargado de cal legado por las gotas al vidrio.

*

Ésa y no otra es la obligación del artista, piensas, alzarse mientras todo se derrumba.

*

Trabajo. Almuerzo. Trabajo. Después vais a diversos lugares con la intención de comprar un colchón y te enteras de que el plazo de entrega más breve de un colchón decente oscila entre las tres semanas y los cuatro meses.

Te preguntas qué puede pasar si duermes cuatro meses en una

cama inflable.

Preguntáis al dependiente cuánto tardarían en entregar un colchón de 117 euros al cambio.

*

Por la noche sueñas con un libro hinchable con las páginas de plástico, llenas de aire. Un libro cuyos límites se extienden cuando te acercas y las presionas con la mano —esto es, cuando escribes.

Te despiertas justo después del sueño, a las 2.30 am, brevemente, y te tranquiliza saber que ese libro es el que vas a seguir escribiendo mañana.

VIERNES 17

Y así ha sido.

Algún día —unas páginas después, supongo— habrá que acercarse a una categoría que esté más allá, mucho más allá, de la del viajero y de la del turista.

Escribo sentado sobre una silla de plástico. Apoyo el cuaderno en las piernas. Todavía no hay mesa.

Me refiero a la categoría del nómada.

Uno escribe donde puede y como puede, hay que ajustarse a lo que sea; poetas amigos tengo que sólo escriben papel verjurado mediante, en condiciones de sosiego extremo, con pluma estilográfica cargada de buena tinta y rigurosos ritos personales. Yo disfruto de la provisionalidad y de la ocasión, escribo donde puedo y siempre que puedo. Llevo empeñado en trabajos complicados varios años, no puedo permitirme el lujo de malgastar el tiempo escudándome en la incomodidad de las condiciones.

Frente a mí las paredes todavía huecas, blancas, sin escribir, sin decorar, de la casa. La única pared que está utilizándose es la de esta página.

Instrumento de escritura: bolígrafo punta fina, 0'7, marca Pilot, comprado por 1,50 $ en Office Max, NM, Estados Unidos.

La escritura del nómada: comprar en un país el instrumento con el que escribirás en el país siguiente.

Cuaderno: comprado por mi amiga M. durante unas vacaciones en un país lejano.

Nómada: aquel de quien los demás se acuerdan cuando viajan.

*

La escritura como primer acto del día. Antes de cualquier acto de alimentación, higiene o trabajo. La literatura como *lo primero*, como aquello que harías si solo pudieses hacer una cosa.

*

Trabajo. Salir del edificio y sentir el extrañamiento. Estando en la

oficina, mientras hablas en español y lees correos casi siempre en español o francés, pensando en español, no te das cuenta de dónde estás. Te encuentras en *modo trabajo*, allí donde vayas. Pero al salir a la calle llega la envolvente de voces y letreros en árabe y piensas ¿dónde estoy? ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿De verdad *vivo en un país árabe*? La certidumbre súbita de pensar que ahora resides en África. Jamás sospechaste que pudieras llegar a vivir o trabajar en un país africano, que te resulta próximo, distinto pero no exactamente *exótico*. 40 grados y humedad arábiga te inundan por doquier, oyes gritos en *dariya*, el dialecto oral marroquí, y así, *extrañado*, día a día, vas a vivir todos los días.

*

Es la primera vez que llevas un remedo de diario —porque esto *no* va a ser un diario, es una intervención, literatura conceptual— de manera sistemática. De entre las diversas formas de hacerlo, decidiste de modo instintivo que la mejor es escribirlo en segunda persona, como en los libros autobiográficos y algunas novelas de Juan Goytisolo. Para que no sea un monólogo, sino un frontón, una voz bifronte, una confrontación, un enfrentamiento a primera sangre.

*

No biografía, sino búsqueda y descubrimiento de elementos lo más reducidos posible.

FRANZ KAFKA

Más trabajo y luego el regreso a casa. Por la noche, antes de acostarse, la escritura. Aprovechar el silencio, la tranquilidad, el sosiego del final del día. Darse cuenta de lo que uno ha hecho y también de lo que uno no ha hecho, eso que llena de gozo al insólito narrador de *Paludes* de André Gide.

Desarrollar, ciento diez años después, ese pensamiento del escritor galo sobre lo no hecho y llevarlo más allá, al terreno de lo fantástico: junto a nosotros vive, toda la vida, un no-yo conformado por las cosas que no hacemos, un ser en sombra nutrido de las palabras que hemos ido escatimando, de los gestos de cariño o amor que nunca dejamos salir. Un ser negativo, hecho de mengua, de no, de nada, de jamás, de ausencia: una antipersona.

Cuando ese yo negativo, ese gigante desarticulado y rudo, es mayor o más poderoso que el visible —que nosotros—, es que hemos vivido en vano.

Escribir como lo último que haces en el día, como el corolario lógico de todo lo hecho o aprendido, de los actos que ejecutaste y de los que dejaste a tu yo negativo para seguir engordando. Escribir como el buen fin, como el único final posible de la historia, de tu historia, de cualquier historia, configurada como historia no porque tenga un comienzo sino, precisamente, porque termina.

SÁBADO 17

Los sábados son días a medias, días de medio descanso, de medio trabajo. Son las 7.40 de la mañana y escribo en una cafetería donde los camareros no saben aún si el establecimiento está medio abierto o medio cerrado. Mis propios ojos están aún entreabiertos, pero la mano dormida comienza a escu(l)pir tinta sobre el cuaderno. Escribir para despertarse, para situarse lentamente en el centro del ser —me gusta la palabra *lentamente* porque, como el término *ya*, son de los pocos en nuestra lengua que explican a través de su longitud su sentido—. Escribir para encarnarse, escribir para materializar las dos primeras letras de la palabra *escribir*.

*

Los camareros distinguen de forma inmediata al turista: es aquel que viene a la cafetería un único día. El viajero es el que repite unas cuantas jornadas, incluso semanas, por lo común en la misma mesa. Necesita un breve orden, una pequeña mecánica, un plan durante su estancia: quizá quiera recordar en alguno de sus libros de viajes —casi todos viajan para escribir— que en el Café Extrablatt se sentaba siempre en la mesa del fondo, junto a la ventana. El turista *actúa* (*DLE* 1), hace cosas; el viajero *actúa* (*DLE* 3), hace poses.

El nómada es el que viene de vez en cuando, durante años, sin más pretensión que tomarse un café.

*

A bordo de un contenedor encaramado a un pequeño camión, llega por fin la mudanza. Nos llama el conductor, perdido por las calles de la ciudad escarlata, y salgo a buscarlo en coche, con una extraña sensación de desasosiego. Mis libros, mi verdadero hogar, están naufragados en algún lugar de la urbe. Un abuelo ciclista roza la espalda de un peatón que camina por el medio de la calle; los coches se enzarzan en las rotondas como atunes encerrados en almadrabas, afanándose en escapar del cautiverio; un motociclista se suelta de manos para escribir un mensaje de texto en su teléfono móvil.

Encontramos el camión. Observo su lomo color huevo y escucho hablar en el interior a mis libros, de los que llevo tres meses y medio separado: mi familia estática, mi mundo portátil.

Llegamos a la casa vacía y las paredes seguirán aún sin escribirse, pero el suelo se puebla de cajas, bártulos, enseres, piezas, cilindros de embalaje, pegatinas, destornilladores, aparatos, navajas para abrirse paso a través de los precintos, pequeños muebles —la vida del nómada obliga a la administración responsable del tamaño—, cojines, una guitarra eléctrica, un amplificador, libros, libros, cuadernos, libros, libros, libros. Los mozos montan un par de estanterías y el único escritorio que tenemos, en el que ahora redacto, y se van, dejándonos perdidos entre islas de cajas cerradas y fundas de plástico. Del vacío a la saturación. Del zen oriental a la hiperpoblación ontológica occidental. Lidia con eso.

*

Cenamos en la pequeña terraza, intentando que el polvo de las cajas se asiente antes de dormir.

Gritan dentro de las cajas, los oigo, quieren verme; me acuesto nervioso, quiero tocarlos, abrirlos, darles la bienvenida a su nuevo emplazamiento.

DOMINGO 18

El almuédano te despierta con su cántico ancestral a las cinco de la mañana. Su voz es un rasgado suave y tranquilo en la noche que comienza a dejar ya de serlo. Es agradable escuchar la salmodia monocorde aún tumbado, quizá con la intención de dormirte de nuevo, aunque eres consciente de que no lo conseguirás. Al poco su letanía dorada es reemplazada por la sincopada y eléctrica pelea de una pareja que vuelve al hogar después de una noche —supongamos — de juerga. Hasta mañana no empiezas las clases de árabe marroquí, pero te parece detectar que es un problema de celos; la vecina —imaginas— ha sorprendido a su esposo mirando golosamente de reojo a una antigua novia. Él a su vez le recrimina la mirada que ella dedicó a un extranjero una noche lejana, mientras intenta recordar si borró o no el número de teléfono de su ex del directorio de su móvil. Las discusiones de celos pacíficas —las otras no— siempre te generan una extraña ternura: sabes que detrás de una pelea encelada late la permanencia del deseo, la certidumbre de un vínculo que no se ha roto, el querer, el seguir queriendo todavía.

De acuerdo, para qué engañarse durante más tiempo, ya puedes levantarte: no ignoras que llegado cierto grado de conciencia es imposible regresar al sueño. Son las 5.58 de la mañana del domingo.

Una hora perfecta para escribir.

*

Después de anotar lo anterior, haciendo todo lo posible por no hacer ruido, voy a la cocina para prepararme el desayuno. Al sacar los alimentos, compruebo que son todos españoles, franceses o norteamericanos importados. Aún no has dado el salto a los productos locales, a la comida árabe. No fuiste a un mercado local ni a un Marjane: de modo inconsciente resultó elegido un hipermercado de la cadena francesa Carrefour, para comprar productos occidentales, para no soltar del todo el otro lado, el mundo anterior. Ése es un problema recurrente de los nómadas: el contacto duradero con las costumbres de un lugar —que no tienen el viajero ni el turista—, hace que conozcas a fondo las culturas y las gastronomías, y hacerlas tuyas implica ser

reacio después a desembarazarte de ellas. Al llegar al nuevo país, todavía tardarás unos meses en dejarte fluir, en ser llevado por el río de las maneras nuevas y de los alimentos y sabores recién adquiridos. Los disfrutas ya, porque las gollerías marroquíes son increíblemente sabrosas, pero todavía sientes una distancia metafísica al elegir entre un paquete de legumbres y un producto similar embalado con letras árabes. Sabes que aquí existe un salto cultural en el que la adquisición del nuevo idioma de la calle, tan distinto de los que ya conoces e incluso del árabe culto o clásico, será apenas el más simple de los comienzos. Incluso a veces te asalta la sensación de que nunca podrás integrarte en este lugar, en esta Ciudad Roja, como también se la conoce, pero es entonces cuando recuerdas que aquí, no muy lejos de donde ahora estás, vive una persona que lo ha conseguido y que, en realidad, ya no tiene intención de regresar al norte ni de repescar incólume su filiación cultural anterior, y que decidió décadas atrás dejarse preñar por la contaminación acústica, ambiental y lumínica de Marrakech. «Al sur de todos los proyectos», como dice el verso de tu amigo Pablo. Y, como escribe Gide en *Paludes*, «hay que llegar al final de todos nuestros proyectos».

Para ti ese hombre no es un modelo —hace tiempo descubriste que, llegada cierta edad, el único modelo viable de una persona debe ser la versión más honesta posible de sí misma—, pero es un ejemplo. Un prototipo, una potencialidad. La muestra de cómo alguien puede, si quiere, darse culturalmente la vuelta, aprender a ser otro, despojarse de lo aprendido o ver ese conocimiento desde su lado reverso.

Una lección muy importante. Necesaria, piensas.

*

Darse la vuelta como algo muy distinto de regresar, como lo *opuesto* del regreso. Cuando uno vuelve, lo que intenta es encontrar de nuevo sus raíces; darse la vuelta apela más bien a la obviedad de que no hay raíz alguna, de que somos nuestra propia construcción y cualquier forma pasada fue peor, y que un regreso voluntario es la intentona artificial de recuperar algo que ya no existe. Darse la vuelta, por el contrario, es tratarse a uno mismo como un guante: el material del guante revertido es el mismo e idéntica la función, pero la retorsión del anverso y el anverso logran la *extrañeza* total. Darse la vuelta, he ahí un plan de vida, un desafío intelectual. No hacia la cultura árabe, como ha hecho ese hombre mayor que estos días viaja entre Berlín y París, ni hacia la cultura estadounidense que acabas de abandonar ni hacia la inglesa, italiana, alemana, francesa, japonesa o china. No. Ninguna en particular, la española tampoco por sí sola. Darse la vuelta

hacia una cultura mundial —que no global—, sincrética, caracterizada singularmente por la falta de un único criterio cultural aglutinador. Seguir haciéndote con lenguas, imágenes, culturas, dimensiones de lo humano. Ver hasta dónde se puede llegar por ese camino, siendo ciudadano de lo universal. Más allá del comparatismo intelectual y de la globalización económica. La *Weltliteratur* de Goethe como una persona, no como una idea.

He ahí un plan de sexenios para un nómada.

*

Día de colocación de trastos y de citas. Terminas de leer la *Autobiografía sin vida* de Azúa, con partes muy interesantes. Pasas a ordenador citas de *Paludes*, comienzas a leer *Abades* de Pierre Michon, y hojeas a ratos *Gramáticas de la creación* de George Steiner, pese a tener la sensación de que leer al último Steiner es releer continuamente el mismo libro, una versión sofisticada y algo nostálgica de la parte central de *Presencias reales*. También redactas el *post* o entrada que mañana aparecerá colgado en tu blog, que explica la falsificación completa que has realizado en el último número de la revista *Quimera*. Recorres a saltos tu ejemplar falsario, divertido con las ocurrencias que inventaste para llenar la inacabable sección de reseñas. Alguno de esos libros inexistentes, descritos por críticos ficticios, te resultan más interesantes que los propios.

En esta ciudad hay estimado un parque móvil de quinientas mil motos registradas. Das por hecho que hay muchas más *no* registradas; de hecho las de pequeña cilindrada no requieren de matrícula. De ese medio millón, la cuarta parte ha decidido pasar esta tarde junto a la ventana.

Crees que el atronador ruido carraspeado, romo y rudo de sus motores arrastrando ruedas podría reptar raudo a la escritura, pero no se te ocurre cómo.

*

Es curiosa la relación de este texto con *Paludes*. Se me ocurrió la idea de este libro la primera semana de septiembre y en mi imaginación la idea era ésta, más o menos: imaginemos un hombre que hace una autobiografía en marcha; no un diario, sino una biografía exhaustiva de sí, sus hechos, sus divagaciones, en la que anota *todo* lo que cuenta, dice, hace o piensa. Algo diferente del diario íntimo, que suele centrarse más bien en aspectos significativos del día. No, pensemos en otra cosa, porque jamás llevaste un diario; imaginemos un modo agotador de contar, donde las actividades

aburridas y monótonas se despachan con una palabra, pero *están* presentes, contextualizando debidamente las demás. Un tanteo literario, una exploración a medio camino entre la realidad y lo fictivo que no se ahogue en las manidas aguas de la autoficción. Un ensayo de *Erziehungsroman* no retrospectivo, más bien coetáneo a la vivencia. Por supuesto, un proyecto vital así es insostenible: quizá pudiera hacerse, de forma obsesiva y bastante egomaníaca (*DLE* ∅), pero no podría pasarse a limpio ni revisarse ni pulirse por el propio autor, a menos que dedicase los últimos años de su vida a ese trabajo —un poco a lo Proust—, muriendo mientras corrige la última línea, narrando cómo la corrige. Amén de la dificultad práctica de hacerlo, sería un libro de aburrida y desesperante lectura.

Pero ahora tomemos esa ingente y exhaustiva autobiografía en marcha y seleccionemos *un mes*. Ay, amigo: ahí sí late algo interesante, estaríamos ante una tesela de tamaño suficiente para hacerse una idea de la *totalidad* del mosaico, sin tener que construir éste… ni tener que leerlo, sin que nos aplaste su asfixiante peso en las estanterías.

Como no tenemos a nadie que lo haga por nosotros, encarguémonos el trabajo: hagámoslo a partir del día 15 de septiembre, durante un mes.

Escribamos *un mes real*.

En eso estamos.

Bien, esto fue lo que se me ocurrió la primera semana de septiembre. Un poco después, durante la segunda, a vespertinos ratos, comienzo a leer *Paludes*, un libro asombroso y que, a pesar de estar fechado en 1895, diríase de 1995, como muy tarde. Un descubrimiento. Gide crea algo diferente a lo que yo me planteo hacer, pero también recorre un corto espacio de tiempo tomando notas diarias, de modo heterogéneo y fragmentario, incorporando personajes reales de la vida literaria, como yo tenía pensado para mi indagación prosística. Sin embargo, creo que no puede haber más libros más distintos, y ello a pesar de ser metarreferenciales (*DLE* ∅), breves y abiertos a la especulación. Coinciden incluso en algo más: «Paludes —dice Gide casi al comienzo de su obra—, es especialmente la historia de quien no puede viajar», y nosotros empezamos nuestra andadura escrita explicando que el nómada no viaja. Más adelante volveremos sobre esto, pero la idea es similar. El protagonista de *Paludes* no puede viajar, y apenas amaga una excursión campestre poco antes de finalizar el libro; en este tomito nuestro se defiende que el nómada no hace viajes, sino traslados, nomandaduras (*DLE* ∅). No desplazamientos, sino mudanzas, en el sentido pragmático y actual del término, pero también en el antiguo, como síntoma de cambio de estado: la «mudanza de la fortuna» y demás gramatiquerías áureas. En

efecto, el nómada va aprendiendo a ser otro en sus diferentes estadías o permanencias, y el cambio —el cambio lento, si es que hay otra forma de cambio real— le es familiar, quizá la transformación es lo único que le es aún *familiar*.

*

Desembaladas las cosas, carecemos todavía de mesa firme para apoyarnos. Cenamos sobre una mesita plegable de escasa estabilidad, a la luz de las velas. Bultos contados, cajas negras, nos rodean. El muecín llama a orar a los fieles. Me voy a escribir al único escritorio de trabajo, el mío se quedó roto y cojo al otro lado del océano. El día se acaba. A lo lejos se oyen pequeños estruendos; son coches que chocan, ciclistas que se estrellan contra los escaparates, motos estampadas unas contra otras, o precipitándose contra el suelo.

LUNES 20

Te despiertas, cumples los rituales de preparación acostumbrados —ducha, desayuno, planificación del día, montarse en el coche, conducir hasta la oficina, esquivar vehículos suicidas, buscar aparcamiento en la sombra— y te pones a trabajar. Más tarde, almuerzo y más trabajo. Luego comienzas las clases de *dariya*, el dialecto marroquí, predominantemente oral, una curiosa mezcla del árabe con otros idiomas. La primera palabra que aprendes es *séfr*, cero, que también puede decirse *zero*, siendo menos frecuente. Explica el profesor que la *dariya* tiene muchas palabras tomadas del francés, y ahora entiendes por qué cuando les oyes hablar parecen incrustar términos galos en el diálogo, como si fuesen postestructuralistas (*DLE* ∅) estadounidenses.

Éste es otro de los trabajos del nómada: acumular lenguas, agavillar léxicos y morfosintaxis, siquiera en bosquejo. Viajeros y turistas pueden permitirse visitar lugares sin hablar los idiomas vernáculos, valiéndose de lenguas comodín, lenguas de comunicación globales como el inglés y el español, pero los nómadas no pueden concederse tal lujo: ellos vienen a habitar, a residir, a mezclarse. Un turista es un cometa, un viajero es el aceite en el agua de un lugar, pero un nómada es parte del paisaje. Los nómadas se mueven para establecerse (no para *quedarse*) y en sus periplos es imprescindible el dominio o el parloteo superficial de los instrumentos lingüísticos y comunicativos habituales entre la población. Viajar, perder países, dijo Pessoa; nomadear (*DLE* ∅): ganar lenguas.

*

Casi al anochecer compramos al fin una mesa. Un disco gris de cemento y loza con incrustaciones azules de cerámica geométricamente distribuidas; las patas, como es costumbre en la tierra, de forja. Es un precio caro aquí, 2000 dirhams, pero no irrazonable para un europeo. Por lo general solemos comprar muebles baratos fácilmente desechables en el siguiente traslado, pero ahora buscábamos una mesa desmontable, hermosa y con genio del lugar, que nos acompañe en el futuro. Los nómadas requieren objetos que

transmitan una leve sensación de continuidad a través de los vagabundeos. Hilos de fijeza, ontología temporal, objetualidad (*DLE* ∅) transportable. El prefijo *tra*— como clave lingüística de lo que somos: *transmettre* (transmisión), transporte, través, transoceánico, traducción, trasmano, tráfago, *travel*, transposición, trasterrado, *traceur*, tramo, trauma, *Traum*, trayecto. Trazo.

*

De regreso a casa en el coche, antes de cenar y dormir, arribamos a una plaza hexagonal que debemos superar para llegar a Marrakech Plaza, también conocida como Place 16 Novembre. En esta plaza se unen coches que vienen de seis direcciones. En el centro hay una mujer de pie, detenida mirando al infinito como esperando algo, o a alguien, mientras decenas de personas al volante o al manillar intentamos rodearla, esquivando a la pensativa y ausente rotonda humana.

MARTES 21

Me levanto. Veo palmeras a lo lejos. Me digo: estás en Marrakech. Tengo que decírmelo todos los días, para poder asumirlo más o menos cuando lleve dos meses. Un poco más tarde, a los cinco meses, vendrá *esa* sensación, bien conocida por los nómadas. Ocurrirá una tarde, seguramente plomiza y de lluvia roja. Me quedaré un instante mirando a los edificios, sentiré una profunda distancia hacia todo lo que me rodee en ese momento, y de pronto me diré ¿qué hago yo aquí? *¿Por qué he venido?* Será una tarde extraña. Al día siguiente recordaré de forma natural los motivos y todo seguirá como si nada.

Toda verdadera aceptación parte de una negación superada, dejada atrás como un mal sueño.

*

Trabajo, almuerzo, regreso al despacho, más *jaddm* (trabajo). Vuelvo a casa. Se está liando un revuelo con lo de la publicación de *Quimera*. Me ha hecho gracia ver, gracias a un aviso, a mis personajes ficticios catalogados en Dialnet como si fueran reales. Hay bastantes artículos académicos de mi autoría que no están indexados en ese buscador. Que hayan incluido a mis creaciones quiméricas me parece una consoladora forma de justicia poética.

*

Un correo electrónico del dibujante Carlos Maiques me enlaza a una entrevista a Tom McCarthy, uno de los escritores actuales que me parece más interesante, a raíz de su nueva novela *C*. En esa entrevista desliza McCarthy una reflexión a la que me siento próximo, pues similar intención ilumina este libro:

> Está esa canción de Kraftwerk, «Soy el receptor y tú eres el transmisor», o como se llame. Una forma de pensar el arte, o la novela, es que el escritor es el transmisor, el origen: tengo algo que decir sobre el mundo y voy a transmitirlo. Pero yo no lo veo así. Lo veo exactamente a la inversa: el escritor es un

> receptor y el contenido ya está ahí fuera. La tarea del autor es filtrarlo, samplearlo (*DLE* ∅) y remezclarlo —no de forma azarosa, sino consciente y atentamente—. Esto es lo que Heidegger dice sobre los poetas: ser un poeta es escuchar antes de hablar, es primero y con anterioridad una escucha y no un acto de habla.

Supongo que ese pensamiento de Heidegger pertenece a *Carta sobre el Humanismo*, donde también escribía que «el pensar, es al mismo tiempo pensar del ser, en la medida en que, al pertenecer al ser, está a la escucha del ser», pero no puedo comprobarlo porque la biblioteca duerme apilada en cajas, soñando con rectángulos, mezclando los libros sus voces. Algo así, como los libros se hablan y conectan entre ellos, como un motorista une ahora los barrios de Guéliz y Majorelle, es como la vida se articula y entrevera y como los sonidos e imágenes se producen, y como este libro intenta atraparlos. Desde las calles contiguas cláxones, escapes, voces, ladridos y rugidos mecánicos intentan alcanzar las páginas, y lo consiguen. Lo dijo Goytisolo, hablando de la narrativa de Orham Pamuk —y de parte de la suya, como *Makbara*—: los buenos libros sobre las ciudades son textos-medina, que reproducen sintáctica, estilística o estructuralmente la entropía ordenada de la urbe. Aunque yo estaba haciendo *Circular* años antes de leer ese ensayo, disfruté al comprobar que formaba parte de un linaje, que creaba dentro de una tradición, aunque una no desarrollada en un continuo temporal: no una tradición sucesiva, diacrónica, sino un legado horizontal, sincrónico, concurrente, pensado y ejecutado artísticamente por varias personas al mismo tiempo —nómadas todos, no por casualidad—, en distintas lenguas y partes del globo.

La escritura nómada como un ejercicio simultáneo, globalizado o mundializado, utópico, realizado a la vez en muchas partes, como un atardecer.

El sol poniente que tantos estaremos viendo, que también se asoma al libro y su escritura en marcha.

Un libro como una experiencia total, como libertad absoluta de creación.

Pero no hay otra.

Si no es absoluta, no es nada.

*

Por la noche, intento conectarme a internet sin éxito. El servicio falla y es azaroso acceder a la conexión. Todas las noches llueve cinco o seis minutos, no sé si tiene algo que ver, imagino que no. Sólo tienen

en común ambos fenómenos su acontecer simultáneo. Me alegra, en realidad, quedarme sin acceso. Desconectado puedo escribir más. Internet me enlaza con mis amigos y mi familia, las personas queridas que permanecen en España; la escritura, en cambio, me enlaza con otra red: con la gente de la diáspora, con los nómadas, con aquellos que dejaron atrás su casa. El recuerdo de Steiner me trae la imagen del pueblo errante y las gentes del libro. Pero el fenómeno es más amplio, me acuesto, mucho más amplio: los nómadas somos gentes libres. Eso no significa que los demás no lo sean, sólo que nuestra libertad es de otro orden, sustentada en el progresivo abandono de los órdenes y las órdenes culturales.

MIÉRCOLES 22

Me encontraba bien, la ciudad no me dolía ni se me clavaba.

CARMEN MARTÍN GAITE, *Lo raro es vivir*

Camino del trabajo, después de cumplir los rituales, el contador menguante de un semáforo me otorga 54 segundos para contemplar un jardín anexo a la calle. Al mirarlo pienso que es algo hermosísimo, fastuoso: decenas de eucaliptos, palmeras y otros árboles que no conozco en honda algarabía. Algo digno de mirar y de alabar —esta ciudad está llena de vegetación, también hubiera podido llamarse la ciudad verde, o la esmeralda del sur—. En el segundo 47 un pensamiento súbito me asalta, incomprensible. Pienso *mira esa imagen como si fuera un cuadro y evalúala*. Qué tontería, pienso durante los segundos 48 y 49, pero en el 50, como siempre que se me ocurre una tontería —muchas cada jornada, ya se habrán dado cuenta— me entrego a ella en cuerpo y alma. 51-54: miro la imagen del jardín como si fuera un cuadro y entonces sucede. La belleza se desmonta de forma instantánea. *Mejor decir manzana que decir belleza*, escribió con razón Proust, una frase que le gusta mucho al poeta Eduardo Moga, quien la aplica, además de citarla. Al ver la realidad como un óleo la estampa se desintegra, el orden estético desaparece y acelero rebasando el semáforo en verde con la imagen detenida en mi cabeza, como una fotografía que puedo examinar a la vez que el tráfico, como si la captura cerebral del jardín se convirtiese en el fondo de pantalla de lo que veo y estuviese ahí en todo momento, detrás de las motos que esquivan personas y de las personas que evitan motos. Concluyo que el jardín es feo, sin solución; ahora que he podido examinarlo aportándole distancia y restándole exotismo, compruebo que está diseñado sin cuidado ni mimo, sin organización jardinera, como si fuera un jardín británico, pero sin el *orden natural* del parque inglés: los árboles se aglomeran en algunas partes pero dejan espacios inconexos, islotes de vacío, hiatos incomprensibles, fisuras blancas (el cielo está nublado esta mañana) entre sus copas; además, los tonos de verde jardíneo (*DLE* ∅) no casan, la palmera apenas puede distinguirse, al tener los bordes resecos, de la pálida grisura de las

hojas de eucalipto. Si fuera un óleo, los colores no estarían bien alternados, las relaciones de simetría o asimetría estarían, no ausentes, sino descuidadas; la composición estructural carecería de armonía por completo. Llega, mientras aparco, la primera pregunta estética absolutamente inútil del día, vendrán otras de seguro: ¿puede ser feo un jardín poblado por muchos árboles maravillosos tomados de uno en uno? Me respondo *sí* con sinceridad y cierro el coche, sorprendido por el corolario.

*

Trabajo. Almuerzo. Trabajo. Hoy he visto dos accidentes, uno de ellos grave, de tráfico. He contestado llamadas. He respondido correos electrónicos. Hemos ido por la tarde a comprar una cama; tardarán quince días en llevarla a casa, que pasaremos durmiendo en un futón que vino con la mudanza y que nos destroza la espalda, aunque cualquier cosa es mejor que el colchón inflable. El suelo es mejor que el colchón hinchable.

El día pasa sin pena ni gloria. Termino a última hora un relato de encargo y lo envío, un texto que no figurará en ninguna colección de cuentos que publique porque tenía un tema muy específico y no se entiende sin el contexto del catálogo artístico en el que aparecerá.[21] He escrito dos imágenes en el relato que me parecen interesantes, pero que se quedarán en el olvido, como todo o casi todo lo que publico en Twitter o Facebook. Cuando solamente escribía en el blog creaba para la red, que es como escribir para todos y para nadie; ahora, con las redes sociales, escribo directamente para el deshecho, para el olvido, para la basura. Creo que Facebook almacena todos los *estados* que publicas; Twitter es más sensato y saca la basura de tus tuits cada cierto tiempo. A bit muerto, bit puesto.[22]

No quiero engañar a nadie ni engañarme a mí. Que no me importe desperdiciar *energía literaria* gratuitamente no quiere decir que no me interesen la perduración ni la presencia, incluso la presencia perdurable. Es cierto que no me importan tanto como a otros compañeros más o menos de mi edad, a quienes veo ya muy obsesionados y aun susceptibles con el tema —supongo que es una manifestación típica de la crisis de la mediana edad en escritores—, pero no me deja indiferente. A veces me sorprendo quejándome para mis adentros de que mis méritos no son reconocidos, y que debería tener más estimación pública, como decían los antiguos y el código penal —que, por más que se actualice, siempre parece antiguo al leerse, frente a la eterna novedad y sensatez del Código Civil, que aunque hable de fundos, demanios y medianerías parece escrito ayer por la tarde—; después de mi acceso de insatisfacción, recuerdo que

este mismo año me han dado un premio extraordinario de doctorado, un premio a mi bitácora como mejor blog de crítica literaria nacional, he publicado novela en una de las editoriales de mis sueños, y he sido felicitado por mi operación *Quimera 322*. Un amigo me dijo, antes de saber nada de lo de *Quimera*, que con lo que yo había hecho desde enero hasta mayo de 2010 habría quien podría vivir de las rentas en nuestro mundillo hasta diez años. Comprendo entonces que la insatisfacción es estructural, que nada de lo que hago consigue colmarla. Nunca es suficiente. Nunca hago bastante. Nunca he leído, estudiado, creado bastante. Ella, que lee ahora a mi lado a una de las Brontë, me lo recuerda a veces, enfatizando el alto grado de estrés, cansancio y ansiedad que me genera esta despiadada forma de entender la autoexigencia. Ambos convinimos en que el sistema de vida estadounidense no sólo no ayudaba a controlar esa competitividad conmigo mismo, sino que la favorecía, y ambos vimos en el hecho de mudarnos a la Ciudad Roja una oportunidad, un acicate para cambiar de estilo de vida y residir en una cultura menos productiva y también menos implacable con la necesidad perenne de éxito y recompensa.

Será que llevo aquí apenas veintidós días, pero todavía no me ha hecho efecto el cambio cultural. Necesito, sin embargo, que se produzca. Debo aprender a pedirme menos a mí mismo, lo que conllevaría pedirle también menos a los demás. Esto no es una novela, es la purga de mi corazón. Esto me recuerda que sigo teniendo pendiente la escritura de un ensayo que coloque en su justo lugar a la olvidada *Oficio de tinieblas, 5*, una de esas tareas intelectuales, junto a otros cientos de estudios o investigaciones pendientes, que debo postergar indefinidamente, año tras año, al corresponderme dedicar las 45 ó 50 horas más productivas de la semana a un trabajo alimenticio.

Pero ésa es otra historia. La dejamos para mañana. Son las ocho, tengo hambre, quiero comer, quiero dejar de pensar y de escribir, que es pensar dos veces. Disculpen todas las citas o alusiones ocultas, es mi carácter —esto último, por supuesto, también es una cita oculta, de una película.

JUEVES 23

Trabajo toda la mañana, haciendo un alto para almorzar con un escritor catalán y su cordial señora, que andan por aquí de luna de miel. La breve sobremesa es muy agradable, supongo que porque apenas hablamos de literatura. Después, al trabajo de nuevo y luego clase de *dariya*. Aprendo que en árabe marroquí, no sé si también en árabe clásico, habitación se dice *bit*. Ayer o anteayer hablábamos aquí de cómo toda la información viaja convertida en bits, en *bytes*, comprimida digitalmente. Veo la oportunidad de traer a colación a Heidegger, algo que, aunque lo parezca, no hago casi nunca, y veo que el bit es la nueva casa del ser, además con argumentos etimológicos. Una casa que además viaja y circula, que no es estanca y perdida en las cabañas de la Selva Negra, sino que es una casa nómada, como mi biblioteca, que se mueve por el espacio portando el conocimiento.

*

La frase la escribí hace tiempo y la sostengo, porque cuantos más años pasan más acertada me parece: hay puzles que oyes de niño y montas de mayor. Cuando yo era un chaval, además de oír en las conversaciones de mi familia cientos de detalles-puzle que sólo he entendido y encajado muchos años después, había una cuestión de gran interés para mí, y de la que fui anotando —mentalmente primero, de forma física y por escrito después— muchas citas y referencias. Era el tema de la errancia, un asunto donde la fascinación por la propia palabra era, de seguro, uno de los motivos principales. La palabra *errar*, con su polisemia oximorónica (*DLE* ∅) de equivocación y traslado, de fallo y periplo —es decir, un error y un acierto a la vez—, siempre me ha fascinado. De ahí mi atracción infantil por la leyendas del Holandés Errante, del gólem, de Frankenstein o de las fuerzas estelares rebeldes de *Star Wars*, mi interés por los piratas, los fantasmas y todos aquellos seres condenados mitológica, literaria o voluntariamente a periplar (*DLE* ∅), vagabundear o vagamundear sin rumbo por los espacios y los siglos. Esta obcecación mía por el movimiento continuo —al que he dedicado un libro que tardé diez años en escribir, que seguramente

termine inédito— se ha alargado y diversificado mucho —de niño también estaba obsesionado con la aporía física del *perpetuum mobile* —, y tomó en la juventud tres direcciones fundamentales: una, la preocupación por el movimiento continuo; dos, el gusto por la errancia, un concepto estético del vagar que tiene nutrido tratamiento literario; y tres, la reflexión sobre el nomadismo, que amenaza con cernirse inexorablemente, llevo días viéndolo venir, sobre estas páginas. Tiene este último menos tradición literaria, pero una vasta bibliografía antropológica —no debe confundirse la literatura de la inmigración con la literatura nómada, o del nomadismo— y por ello me siento muy cómodo y libre para abordarla.

*

Luego, otro día, volveremos a esta literatura nómada, una de cuyas definiciones, negativa u oposicional (*DLE* ∅) en este caso, la configuraría como contraria a la literatura de viajes o del viaje, y centrémonos un momento en la errancia, que es un tema hermoso como pocos. Un autor mexicano no muy conocido en España pese a su enorme importancia, Juan García Ponce, escribió que «la errancia indefinida y perenne, mientras ella se conserva sumergida en su propio ser, parece ser el destino inevitable de la literatura». De acuerdo. El fundador de la modernidad literaria europea, a pesar de ser medieval, Dante, ya hablaba en su *Vita nuova* de la «amorosa erranza». Julián Jiménez Heffernan une estas palabras dantescas a la asociación garcilasiana entre destierro y error, lo que me da pie a mí a traer a colación otro verso de Garcilaso, «Mi lengua va por do el dolor la guía», que pueden hilarse a los del barroco don Luis de Góngora, que de forma inolvidable escribiese: «Descaminado, enfermo, peregrino, / en tenebrosa noche, con pie incierto / la confusión pisando del desierto, / voces en vano dio, pasos sin tino», líneas que esconden ecos virgilianos, por supuesto, pues no soy yo el primer cordobés que embosca citas. Y aún se refirió don Luis a la errancia en otros versos, no tan hermosos como los anteriores, pero sí más conocidos y virtuosos (*DLE* 4), por la asombrosa polisemia que van alzando sus once primeras sílabas: «Pasos de un peregrino son errante, / cantos me dictó versos dulce musa, / en soledad confusa / perdidos unos, otros inspirados» (*Soledades*, dedicatoria).

Los ejemplos serían incontables, en literatura española o en cualquier otra. Como bien apuntó Gilles Deleuze en una conversación, «las grandes figuras de la errancia marcan la historia del mundo, Ulises, don Quijote, el judío errante, Bouvard y Pécuchet, Bloom, Malone o el Innombrable —todos hombres medios y sensuales, en palabras de Ezra Pound, invocando en su deseo de artistas "la

generalización más general"—. Las grandes figuras de la errancia son los propios pensadores». En efecto, el pensamiento era lo que más viajaba cuando los viajes eran largos e imposibles, porque corría de voz en voz —nada más volandero que una idea, sobre todo la idea transformadora—, y ahora cuando viajar es tan fácil el pensamiento sigue yendo más rápido que nosotros, porque va de blog en blog, de *post* en *post* (casa de postas), recorriendo en segundos distancias impensables.

*

Después de la escritura, caer derrotado en el sueño, como quien regresa de una batalla.

VIERNES 24

Me exsomnio [*DLE* ∅] a las seis y media sin despertador, como de costumbre, pero hoy no puedo dedicar media hora a escribir, debo salir corriendo porque tengo un curso de formación a las ocho y quiero trabajar un rato antes. El encargado del taller no llega hasta las nueve, viene desde Rabat y dice que mil perdones, que *desolé*. Será el virus estadounidense, pero estas cosas siguen todavía sacándome de mis casillas aunque, si lo pienso, también en España me encolerizaba la ausencia de formalidad. Creo que debo desarrollar la paciencia. Bueno, creo que no es paciencia, pero debo desarrollarlo. Trabajo todo el día, almuerzo en cuarenta minutos para poder acabar antes. Por la tarde apenas puedo escribir. Interminables llamadas familiares y de amigos por videoconferencia, vía Skype, nos tienen frente a la pantalla y anochece sin que nos demos cuenta. Vemos sobrinos que apenas pueden mantenerse de pie pero que bailan para nosotros canciones de Shakira, contemplamos bebés llorando, perros mirando impávidos la pantalla, manos pequeñas, consentidas ahijadas probándose gafas de buzo; alcanzamos a ver, tras los bultos parlantes y a través de ventanas abiertas, los cielos de Córdoba, de Murcia, de Nueva York, donde aún es medio día y el sol ciega las paredes de un apartamento de la calle 36. Vemos diversas partes del mundo sin movernos de la mesa y, a la inversa, ellos contemplan a nuestras espaldas el cielorraso de la Ciudad Roja y los árboles gastados por la lluvia ácida. Nos incitan a que tomemos el ordenador portátil y lo giremos, al efecto de poder divisar las palmeras, aspirar la confusión de los olores y dejarse llevar por un brevísimo *tour* por nuestro piso, que es una réplica del trastero de una librería o del desván de un buhonero, aún apiladas las cajas y embalados los trastos, esperando un destino amueblador (*DLE* ∅) que no termina de llegar.

Ésta es la señal del nómada en los tiempos de internet: tus amigos no pueden venir a verte, pero al menos ven tu casa por videoconferencia.

*

Chiste publicado hoy en *El País*, en curiosa sintonía: «Yo ya no sé si

nos persiguen porque somos nómadas o si somos nómadas porque nos persiguen».

*

Apenas tres páginas. Me acuesto con la sensación de haber hecho muchas cosas, y de haber perdido el día. No he leído nada y apenas he escrito. Sigo con la sensación de que el trabajo alimenticio e irremediable se está llevando lo mejor de mí en mis mejores años. No, no me consuela nada, absolutamente *nada*, que le haya sucedido lo mismo a millones de personas durante siglos.

Yo solo tengo esta vida.

SÁBADO 25

Me despierto otra vez temprano, como cada vez que se nos olvida desactivar el despertador en fin de semana, y aprovecho para leer y escribir un poco. Termino el notable *Abades* de Michon, sigo un poco con Moga, repaso lo que había escrito sobre *Paludes* para el blog. Bruncheamos (*DLE Ø*), es decir, tomamos un *brunch*, y luego salimos a buscar una mesa de trabajo para mí. Nos dirigimos, intentando con escaso éxito esquivar vehículos y canícula, a Sidi Gahnem, un polígono industrial poblado de carpinterías y talleres de forja, hornos de alfarería, y de tiendas de decoración y muebles. En uno de los establecimientos la veo. Reconozco la mesa al instante, como a un familiar entre una miríada de desconocidos. Al tocarla lo primero que siento es que ahí, sobre esa madera rugosa, acabaré este libro. Rozo la textura, apreso sus bordes, recorro con la vista el elegante barniz blanquecino de las estrías. Las mesas de trabajo literario no pueden comprarse por internet, no pueden venir a uno, no pueden elegirse a distancia. Hay que salir a buscarlas a 38 grados centígrados, como hoy, o lloviendo, o nevando; hay que evitar el tráfico de frente y los niños de pie sobre sus bicicletas, como hoy; hay que ver un millar de mesas, como hoy; hay que reconocerla entre sus pares y enamorarse de ella. Regateo mal, se me nota el ansia. El miércoles estará en casa. Seguimos viendo tiendas de decoración en las que los estilos funcionales venidos de Europa y Estados Unidos luchan contra el barroquismo local —unas veces muy elegante y otras poco comedido —, creando establecimientos donde las palabras *fusión* y *esquizofrenia* se muestran más próximas de lo imaginable. Después hay que comprar adaptadores de tensión, alargadores, cables, y velas en una tienda llamada Bricolage, dentro de la sección «trabajos del nómada», almorzar y tomar café. Debo ir a la plaza Xemáa el Fna, donde he quedado con Juan Goytisolo. Luego les cuento.

*

Llego caminando a la medina en unos veinticinco minutos. Salgo de día de casa, pero cuando arribo a la torre de la Kutubia, la Giralda marrakechí, ya es de noche. Entro a la plaza abrumado, de nuevo,

como cada vez —sé que la secuencia *cada…, cada…*, es un barbarismo lingüístico, pero es que ahora yo también soy un barbarismo, una cita descontextualizada— por la aglomeración de personas. De noche la plaza es un mar de pequeñas cabezas cuyos puntos negros contrastan con las bolas blancas de las bombillas de los puestos. Una oleada de cierta mezcla de olores de canela, menta, cuero y comino, que mi pituitaria y mi inconsciente han establecido como imagen olfativa de lo marroquí, me invade. Observo el movimiento lento de los cuerpos, cuya cadencia oscura bate las líneas de los tenderetes, como olas rompiendo contra un paseo marítimo donde las bombillas hacen las veces de farolas. La plaza no es tan grande como yo había supuesto antes de venir a Marrakech, pero quizá me la hacen más pequeña los remolinos humanos y el humo grasiento salido de las planchas que tuestan costillas rehogadas en especias, cuecen albóndigas malaxadas y esparcen cordero lechal por doquier. Llega un momento, al poco de entrar, en que uno debe dejar de mirar la plaza para observar a la gente, el tráfico humano, pura congestión de bultos yendo en direcciones erráticas, a la que se suman numerosas motos que esquivan los cuerpos de los paseantes como un esquiador ladera abajo. Apenas se puede levantar la vista para atisbar los toldos cardados, los excesivos anuncios, las cabezas asomadas, las costillas ahumadas, las terrazas superiores de los bares, y uno debe seguir hacia delante, con cuidado de no caer en el centro de un corro, en cuyo interior pueden hablar circundados los cuentacuentos, tocar los músicos de percusión, danzar las serpientes, arrancar muelas los dentistas o dibujar la piel las maestras de la *henna*. Arribo por fin al rompeolas del Café de France y allí, como siempre, está sentado él entre amigos silenciosos que se levantan mecánicamente al identificar a un conocido de Juan Goytisolo, para estrecharme la mano y colocarse un paso más allá, sentados hacia la calle, donde continuarán hieráticos en su mutismo escrutador.

La conversación con Juan, como sucede con muchos escritores de cierta edad, es lo que llamo un *monólogo asistido*. La natural tendencia del artista longevo a la elocución solitaria se ve espoleada por mi timidez congénita y por el hecho de que siempre prefiero escuchar a hablar. Cuando uno habla se aprende a veces, Lacan lo dijo, pero escuchando se aprende mucho más, sobre todo con alguien como Goytisolo. La imagen de Juan que uno puede descubrir en Marrakech es notablemente distinta de esa idea fría y hosca que tienen algunos en España. En la península se le ve como alguien reacio al trato, seco con la prensa, abrupto y propenso a las declaraciones contundentes. Siendo esto último cierto, al tratarlo en su ambiente natural, la Ciudad Roja, la realidad cotidiana muestra a un Goytisolo en las antípodas de esa imagen difícil y distante. Aquí, en el café, nuestra conversación es

interrumpida varias veces por amigos que vienen a darle abrazos y besos, a los que él corresponde encantado. Aquí Goytisolo es accesible, atento, simpático y, sobre todo, muy bromista, una cualidad que le desconocía por completo, y que no atisbé en Formentor cuando nos conocimos el año pasado. Creo que, cuando abandona Marrakech, Juan se pone la máscara de escritor *de los de antes* y establece, quizá por timidez, o mecanismo de autodefensa mediante, una notable distancia entre él y quienes se le acercan, simplemente por no conocerlos y no saber aún cuáles son sus intenciones; además Juan detesta dos defectos de forma radical: la estupidez y la mala educación, y en ocasiones los periodistas jóvenes olvidan ciertas maneras que hay que tener en todo caso, pero especialmente cuando se encuentran ante una persona de cierta edad. Una vez transcurrido un lapso de conversación con él —un tiempo que no colman, por supuesto, una entrevista o la conversación casual en una firma de libros; hablo de un tiempo marroquí, africano, distinto del norteño—, el témpano comienza a derretirse y la solemnidad se diluye en cálida cercanía. Lamento que muchos de quienes hablan mal de él sin conocerlo no tengan, o no hayan querido o podido buscar, la oportunidad de tratar al verdadero Goytisolo, éste que conoce por su nombre a todas las mujeres y niños de la zona, que es abrazado por los hombres, que se detiene a dar limosna a las mujeres sentadas y hundidas cogiéndoles la mano y sonriéndoles mientras musita frases en perfecto *dariya*, que pregunta a las madres cómo les va a los niños en sus estudios en el colegio. Y hay otras cosas mucho más importantes y significativas, que nos han asombrado por su generosidad sin parangón, pero que no debo contar. Espero que algún día las cuenten los numerosos beneficiarios locales.

También tiene Juan un lado mordaz y cáustico, como cualquier mortal, y no niego que disfruto provocándole para que se deslengüe sobre escritores actuales conocidos, superventas y de nula o escasa calidad literaria. Juan y yo tenemos una idea de la literatura y sus exigencias muy similar, que aun con divergencias naturales se aglutina, en lo esencial, en torno a varias cuestiones o puntos de inflexión medulares: A), la creación de una literatura de alta exigencia inventora y técnica debe ser la primera preocupación del escritor. También debe ser la segunda, y la tercera. B), la literatura con mayúsculas permanece igual a sí misma cuando aparece un libro que se limita a transitar senderos ya fatigados o agotados por otros. Toda literatura digna del nombre debe poseer en algún momento al menos una pulsión renovadora, revisora, retorcedora, reveladora, experimental; debe arquear el arte de su tiempo y craquear, o al menos craquelar, al propio escritor. C), el escritor debe ser un crítico, en varios sentidos de la palabra, también un crítico social, pero

asimismo crítico literario; debe seguir analizando la obra de otros escritores, a ser posible de los buenos, para mantener la claridad de ideas y actualizar la artillería de técnicas, tonos y registros. La ambición intelectual debe ser uno de sus objetivos y, *en consecuencia*, debe mantener alzada la visión rigurosa sobre la obra propia: la crítica literaria más importante es la autocrítica, trascendental para una obra honrosa. Juan, durante la conversación, pone ejemplos de poetas que, de forma significativa, en cuanto dejaron de practicar la crítica o el ensayo literario, decayeron de modo muy visible como poetas. D), en esta línea, al narrador le sienta muy bien la lectura de buena poesía, por su excelencia en la búsqueda de lenguaje, y al poeta la de narrativa, por su eficacia en la economía de medios. En general, cualquiera que sea el género o géneros que practique, el escritor debe estar atento a todos y aprendiendo de los mejores en cada uno. E), nomadismo vital; «porque nuestro es el exilio. / No el reino» (José Ángel Valente).

En otro momento la conversación se desvía hacia cierto ensayo sobre fray Luis de León, alto genio del idioma muy admirado por los dos, o por los tres, si incluimos al autor del ensayo sobre fray Luis, y Goytisolo muestra su extrañeza por el giro conservador que el ensayista parece haber sufrido en los últimos lustros. Recordando otros casos, le comento a Juan que no son pocos los ejemplos de intelectuales que en su madurez vital han devenido conservadores, sea como un gesto de cansancio, como una impostura o, como en el caso de Jorge Luis Borges, como una muestra de escepticismo.

—Desde luego, no es mi caso.

Responde Juan, y reímos.

*

Desando el camino a través de la plaza hacia mi casa, esta extensión de Xemáa el Fna, nombre cuya traducción varía según a quien preguntes, y puede ir desde la plaza de la Nada hasta la más aceptada de plaza de los Maleantes, por ser aquí donde eran mostradas para público escarnio las cabezas de los delincuentes muertos. Creo que la plaza del Todo le vendría mejor como nombre a este irregular trazado del movimiento humano.

*

Llegar a casa, cenar fruta, porque se nos olvidó hacer la compra, jugar al ajedrez antes de dormir, para no pensar en lo que ha de venir mañana domingo.

DOMINGO 26

40. A esto lo llamaba Vila-Matas el horror a los números redondos. Me levanto felicitado como si fuera un día de fiesta, pero me siento regular pensando que he dejado atrás una especie de ciclo, el de la treintena, en el que todavía se me podía llamar *joven* para algunas cosas. Ya no hay vuelta atrás, he cruzado el Rubicón y me queda por delante el desierto de los tártaros, que espera ancho ocupando todo el horizonte, tras el cual bajaré a cazar ciervos a las praderas de asfódelos. No hay regreso. «Mi treintena, treintena, ¿dónde está la treintena mía, dónde está mi treintena? ¡Ya no hay treintena!» (Witold Gombrowicz, *Ferdydurke*). Tampoco es que desee volver, sino que una puerta se clausura a mis espaldas y tengo sensación de vértigo. Acumulo felicitaciones en Facebook, más de cuarenta cuando esto escribo, lo cual me alegra de forma inexplicable, como se alegrarán los enfermos a quienes se visita en un hospital. Frente a la abundancia profesional del correo electrónico y el vacío del blog, donde los cobardes comentarios de mis anónimos *trolls* cada vez se alternan menos con apostillas interesantes y bienintencionadas, Facebook es el reino «del buen rollo», como lo definiese con acierto Llucia Ramis, ya que seleccionas con quién interactúas y por lo general no hay más que comunicación y afabilidad. Por eso agradezco los mensajes de festejo, setenta y cinco en este instante.

Llevo ya tiempo con la crisis de los cuarenta, dos o tres años como poco, preguntándome si estoy haciendo con mi vida lo que quiero o lo que debo, pero sobre esto hablaremos otro día. Hoy no me apetece. Hace buen día y corre, por primera vez en semanas, un aire fresco. *Delicious, enough*, decía Walt Whitman.

*

Cuando hablo francés me siento decadente.

*

Aunque sigo sin entender todo lo que dice el muecín en sus monólogos, comienzo a detectar palabras y, sobre todo, cuándo repite

las oraciones. En el cántico de las doce y media que acabo de escuchar —otras veces me limito a oírlos como previsible música de fondo—, he podido detectar dos variaciones idénticas de ritmo frasal, que se estratificaban en tonos sucesivamente más bajos de la misma letanía. También en lo no racional hay un orden y un concierto.

Por eso me gustan los libros como éste, donde los órdenes están para quebrantarlos.

JUEVES 3 DE ABRIL

A esto me refiero.

*

Después de almorzar, recolección de comida en un supermercado de las afueras. Como en la época paleolítica, el ser humano debe recorrer grandes distancias para procurarse alimento, lo que aguza el sentido de la orientación. En una de las calles se ha soltado uno de los cables eléctricos colgados para el Eid, la fiesta del fin del Ramadán, y los coches y motos hacen todo tipo de escorzos y maniobras bruscas (más bruscas de lo habitual, quiero decir) para evitarlo. No tengo claro que con un solo punto de contacto pueda dar una descarga eléctrica, pero por si acaso y para no parecer extranjero lo esquivo como los bólidos de Fórmula 1 a los coches accidentados.

Un hipermercado marroquí es una experiencia antropológica, incluso política y religiosa, que merece un comentario, quizá lo hagamos uno de estos días.

A la vuelta, llamadas de felicitación por el cumpleaños y cien mensajes de aliento en Facebook, cifra que me llena de estupor y, no tengo por qué ocultarlo, alegría. Nunca tanta gente me había felicitado en mi día, será la compasión por la terrible cifra alcanzada.

Después, elevo el nivel de dificultad del programa del Mac para jugar al ajedrez contra la máquina y siento una terrible impresión de indigencia intelectual, al no ser capaz de ganarle una sola partida. Venzo la tentación de bajar el grado de dureza y me obligo a seguir jugando en ese nivel hasta que le/la/lo gane. Espero que antes de que termine el libro tengan noticias, de otro modo será humillante para mí. Mi juego de ajedrez se resiente de mi incapacidad para concentrarme en cualquier asunto si no hay en él palabras por medio.

*

Uno de estos días pasados miré por la ventana de la oficina y vi a muchos hombres sentados en el bar de enfrente. Yo los miraba envidiando su ocio y ellos a mí envidiando —supongo— tener trabajo.

No sé por qué me acuerdo de esto ahora.

LUNES 27

Camino del trabajo, una ambulancia, que viene por mi carril en sentido contrario como una bala, intenta salvar una vida mientras pone en riesgo veinticinco.

Día extraño en la oficina: a pesar de que no paro un solo instante, los asuntos, plazos pendientes, reuniones, informes por hacer y mensajes y llamadas de teléfono por contestar se multiplican en vez de mermar, como si el hacendoso esfuerzo sirviera para acumular labor, en vez de para despejarla. Almuerzo ultrarrápido, trabajo de nuevo y clase de *dariya*. Lo más difícil hasta ahora han sido los días de la semana, de complicada pronunciación en algunos casos. Hoy es *t˚ltin*.

*

De vuelta a casa me cruzo con una mujer joven. Ella pasa por delante de mi coche con los ojos despistados y continúa caminando, mientras sigo recto, por una de las calles perpendiculares a Mohamed V. Yo ya no puedo verla, porque en ese momento cruzo la plaza 16 de Noviembre, pero ella se interna en el lado norte del barrio de Guéliz y de forma discreta y apresurada entra en un bloque de pisos y se apoya en el zaguán, amparándose en la sombra, porque ha oído un ruido o ha creído oírlo. Su respiración se acelera. Yo no puedo verlo, porque estoy aparcando en mi casa, pero la chica joven ha subido las escaleras y golpea suavemente una puerta del segundo piso. La hoja de madera tallada se abre y ella entra. No puedo oírlo, pues estoy abriendo a mi vez la puerta de mi hogar, pero nada más cruzar el umbral alguien le dice *Fatema, cámbiate*. Fatema se quita con lentitud y delicadeza el pañuelo negro de la cabeza, se mueve hacia una habitación cercana, toma unos anillos de oro de un joyero y se los coloca en sus largos dedos. Selecciona después dos gotas de perfume y las deja escurrir en las manos, antes de acariciar su cuello y el nacimiento del pecho; el olor de la esencia es como de almizcle aunque yo no la pueda olfatear, porque me he sentado a escribir este relato en tiempo real cuyo final ignoro. Fatema enciende una radio cercana y surge de ella una música de *sintir* cálida y tenue. Desciñe su chilaba violeta y deja ver a las lámparas de aceite una piel espléndida,

unas formas esculpidas en aceituna bronce y una carísima ropa interior francesa de encaje negro. Fatema respira ahora más despacio, casi demasiado despacio, como queriendo contener deliberadamente el aliento. Se ajusta los senos dentro del sujetador; la piel es tersa y mullida y almibarada por una fina película de transpiración que no puedo tocar porque estoy lejos de ese vestidor. Se tapa la cara con finos velos de seda. La voz dice desde la pieza contigua que ha llegado la hora de pasar a la habitación oscura. Es costumbre de la casa que los clientes contraten las citas a ciegas. El encuentro se produce en una habitación en total penumbra, en la que a veces se habla primero y a veces no, a voluntad del cliente; a veces se enciende una vela y a veces no, según los deseos de quien paga, que puede hacer primar su ansia de anonimato sobre su curiosidad; a veces se hace el amor y a veces no, según los gustos del visitante. Fatema escucha al entrar en la habitación en tinieblas una respiración muy alterada y se apuesta consigo misma que no habrá conversación preliminar. Gana sin tardanza la apuesta. El visitante se ha lanzado a sus pies, y de rodillas besa su vientre y comprueba con las manos la suavidad de sus pantorrillas. Ella posa sus manos en la cabeza de él, para comprobar si es calvo o tiene pelo, si es viejo o joven, y recorre con sus uñas un pelo ensortijado y firme; él está cada vez más poseído y sus manos apartan los finos velos que cubren los muslos de Fatema, que recorren veloz y verticalmente en pos de premios mayores. Fatema nota segundos después que una mano se ha desprendido de su nalga izquierda y oye un ruido en el suelo. Sabe que eso significa que el hombre está intentando encender la pequeña lámpara, atraído por la exuberancia de sus formas, y desea ver el perfecto cuerpo desnudo que tiene delante. Fatema suspira y reza porque el hombre no sea demasiado feo, o al menos sonría al verla. La luz se enciende. El hombre, que vuelve a apañuscar el culo con ambas manos, es joven y no es en absoluto feo. En realidad es bastante guapo, aunque intenta procesar el brutal guantazo que le ha propinado Fatema. Los dos se quedan detenidos en medio de la luz, en el centro de un cuarto repleto de sillones y cojines de un rojo salvaje, de un rojo dañino, cuya efervescencia parece imposible pensando que hace sólo tres segundos todo era negro como la noche en el fondo del mar. El joven sigue aún boquiabierto y de rodillas y con las manos presas en la carne de la velada Fatema mientras recibe una segunda bofetada de ella, que se lastima la mano de la fuerza que le ha impreso al gesto. De forma inconsciente, el joven comprende que sólo alguien *que lo conoce* puede golpearlo con tanta inquina y se levanta para descubrir la cara de Fatema. Ella no consigue zafarse de los fuertes brazos de su hermano y acaba por dejarse descubrir, muy digna, el rostro. Abdelatif le cruza la cara al reconocerla y comprender instantáneamente de dónde venían

los inexplicables caprichos y gustos caros de su hermana, pero vuelve a ser sorprendido por otro revés, esta vez con la izquierda, de Fatema, quien además le regala un preciso rodillazo en la aún revolucionada y acaso por ello más sensible entrepierna, haciéndolo rodar por el suelo. Recolocándose el sostén medio arrancado, Fatema se aproxima al oído de su hermano, retorcido en el suelo, y le musita: «Una sola palabra y le digo a Hazim y al cafre de Youssef que estás siéndole infiel a su hermana con prostitutas, tres meses antes de parir a su primer hijo». Y sale decidida de la habitación; las gasas y sedas negras de su escaso atuendo cuelgan todavía un poco, ingrávidas en el aire, hasta que son atraídas por el movimiento ondulado de su cuerpo.

*

Noche cerrada. El ajedrez como modo de poner el cerebro en blanco, como cuando los pintores no ven claro un óleo y lo cubren de pintura para comenzar de nuevo.

Acostarse, dormir. Ceder el espacio a los sueños. Dejarles que pinten todo el horizonte desde el principio.

MARTES 28

Al despertarme y mientras desayuno unas Marbú dorada que milagrosamente pude hallar en un supermercado marroquí, compruebo vía Facebook que Iván Thays ha escrito esto en su blog sobre *La pirueta* de Eduardo Halfon: «El viaje en avión es un buena síntesis del clima de la novela. La inestabilidad, la sensación de no entender lo que sucede, de no comprender el idioma, de no estar en ningún lugar. Existe una condición nómada, desde luego, pero también la necesidad de ser gregario e identificarse con algo».

*

Según la teoría matemática de grafos, un camino de Hamilton o camino hamiltoniano se caracteriza porque se puede pasar por todos sus nodos o lugares sin repetir ninguno; por ejemplo, un caballo del ajedrez puede pisar en determinada combinación los 64 escaques del tablero sin caer dos veces en el mismo. El *Camino nocturno* de Ludwig Hohl que he estado leyendo esta tarde es algo parecido, sólo que sin pasar dos veces por la misma idea o el mismo personaje. En el relato que da título al conjunto, Hohl escribe: «Yo era el único forastero del lugar», frase que he leído en una cafetería en la que yo era el único extranjero. Pero después: «El mundo es una transición, una continua transición, la suma, la *constante* armonía sólo brilla para los dioses». Las lecturas también se acompasan al libro en su proceso de redacción, aunque esto sólo significa que me siento *acompañado* por otros al redactarlo, que este libro tránsito, este libro en espera, este libro nómada, lo escribo incorporando lo que otros han escrito *también* para él.

Por cierto, me doy cuenta de que hoy, casi catorce días después de comenzarlo, este libro o experimento no tiene todavía título. Al principio pensé en titularlo *Marrakesh*, como llaman algunos anglos a esta ciudad, para crear una genealogía de libros entre la errancia y inexistencia: *Gilgamesh, Gigamesh, Marrakesh*. En el *Gilgamesh* el príncipe homónimo decide viajar, incluso hasta el mundo de los muertos, para buscar su destino. *Gigamesh* no existe: es un libro ficticio inventado por Stanislaw Lem para su *Vacío perfecto*, cruce la

anciana historia sobre el quinto rey de Uruk y el *Ulysses* de Joyce. En esta estirpe cada vez más decadente, *Marrakesh* sería la historia de un mes de duración de un nómada, acaecida en una de las etapas de su largo y lentísimo viaje. La *Odisea* siempre me pareció un libro creíble, pese a sus cimientos fantásticos, por el largo tiempo que le toma a Ulises regresar a casa.

Quizá el título final del libro sea lo último que escriba.

Me viene una palabra de mis clases de dariya: *Derb*.

Y luego dormir, sin más.

MIÉRCOLES 29

Después de las abluciones matinales hago desayuno europeo y voy al trabajo. El tráfico está hoy violento, epiléptico. Una moto pasa por encima del techo de mi coche mientras yo intento entrar en el hueco dejado sin previo aviso por otras dos motocicletas que parecen sacadas, por su comportamiento traicionero, de la película *Tron*, una joya de 1982 de la que están preparando una secuela. Veo por la parte superior del parabrisas cómo la tercera moto pasa volando, pero no tengo tiempo de pensar cómo ha podido suceder tal cosa ni si algo más tiene pensado cruzar mi espacio aéreo así que, como todos los demás y ante la amenaza del caos, acelero.

Llego nervioso al trabajo y ese estrés solo es antesala del largo día de trabajo, reuniones, llamadas, desaires de citas, redacción de informes y correos electrónicos, prosecución de planes y energía organizativa que llenan por entero un día extenuante, sólo interrumpido por un rápido almuerzo.

Me asalta de nuevo la duda de si ésta es la vida que necesito, la que deseo, la mejor para mi obra. Me pregunto si no debería dedicarme —me lo he preguntado cada tres días, durante los últimos diez años— a la investigación, a la docencia, a cualquier actividad que no suponga horas y horas y horas semanales de presión y responsabilidad y agotamiento, que me obligan a más horas y cansancio extra al terminar la jornada laboral, robándole tiempo a la convivencia y al descanso.[23] Pienso en los sesenta libros comenzados en mi disco duro, que esperan cada uno su futuro, una dedicación, un tiempo que no acaba de llegar, que es aplazado *sine die*, como la llegada de Eneas, postergado como los argumentos de Kafka u Homero, estirado como las tramas de las sagas nórdicas, alargado como *En busca del tiempo perdido*, título de la obra mayor de la narrativa francesa y título también de la historia de mi vida.

A última hora se pasa Goytisolo por el despacho. Me trae revistas y libros para la biblioteca del centro —hoy he estado hablando con la administradora de cómo proteger sus libros dedicados del extravío o la distracción, en el sentido jurídico y antiguo del término—, y hablamos un rato. Me cuenta una anécdota simpática. Cuando estuvo en Monterrey, México, invitado por la poderosa universidad TEC, fue a

cenar a un restaurante local. Uno de los camareros se acercó con una de sus novelas para que se la dedicase —algo que a Juan no le hace mucha gracia, pero que hace breve y educadamente—, aunque se disculpó con el autor por no haber podido traer *Makbara*, su libro favorito —y el mío— del *corpus*, que además de sus bondades literarias naturales había espoleado en el joven mexicano la lectura del Arcipreste de Hita. Sorprendido ante ese último dato, tiró Juan del hilo y descubrió que el ilustrado camarero había leído a fondo todos los libros medievales citados en *Makbara*, así como otros muchos de la época, y al saber que atacaba en ese momento la lectura de un arduo manuscrito clerical en latín Juan lo detuvo en seco y le dijo: «Queda usted propuesto de forma inmediata como ministro español de Cultura, pues ningún ministro de Cultura supo nunca de la existencia de tales libros». No quedó ahí la cosa. Todavía impresionado, narró Juan el encuentro con el mesero en una televisión mexicana, y creyó concluido el caso. Pero tiempo después de regresar a su casa recibió un aviso donde un amigo mexicano le contaba que, después de ver el programa de televisión, algunas personas de la universidad de Monterrey habían ido a localizar al erudito mesonero, se habían cerciorado de sus saberes, los habían organizado y le habían dado herramientas de comunicación de los mismos, y le habían procurado un puesto de profesor de Literatura Española en un instituto local. Un rescate para la cultura desde los fogones del cual Juan parecía sentirse orgulloso y feliz. «Juan, deberías contar este tipo de cosas.» «Ya lo hice, en el programa de la televisión mexicana.» Viendo su incurable resistencia a abordar por escrito lo que no considera importante, decido hacerlo yo antes de acostarme.[24] Por la noche hemos cenado en su casa de la medina y Juan ha narrado otras historias en francés, ha explicado cómo aprendió turco en París durante dos años pagando a los docentes —trabajadores inmigrantes— con paquetes de Marlboro, ha entonado canciones en catalán y ha engrosado su vasto anecdotario. Después, el regreso a casa sorteando algún solitario borracho, alguna bicicleta sin luces y alguna moto poseída por el demonio. Trasnocho para dejar preparado y programado el *post* sobre Michon, Hohl, Moga, Gide, Krmpotic y Gógol que aparecerá mañana en el blog. Acaba, agotadoramente, el día.

JUEVES 30

Me despierto a las 6.30 y antes de comenzar los ritos mañaneros, consulto internet. En Facebook, alguien etiqueta a Mario Bellatin y a Jorge Volpi, colegas y cómplices, en una recensión. No me sorprende, porque es un tema muy enclavado en el inconsciente colectivo de nuestro tiempo, que la novela reseñada trate sobre la diáspora y el abandono del lugar de origen. Escribe el comentarista: «El exilio como motor para el crecimiento y la reflexión; la partida del lugar del nacimiento como búsqueda de respuestas a esas preguntas que no dejan conciliar el sueño…».

*

No podrás entrar hasta el fondo de ti si nunca has salido.

*

Voy al trabajo y llego ya muy cansado. La mañana transcurre estresante y mi cuerpo no me sigue, va diez minutos detrás de la cabeza. Se me carga el cuello, me duelen las cervicales, los hombros me pesan como gárgolas. Veo borroso y tengo mucho sueño. El café apenas surte efecto. Almuerzo rápido y me echo una de esas microsiestas que me salvaban la vida durante las oposiciones. Me levanto 14 minutos después, algo repuesto aunque en plena confusión, ignoro si lavarme la cara es parte del sueño que había comenzado a tejer. Vuelvo al trabajo evitando zanjas abiertas en el asfalto en tiempo récord —tardarán días en cerrarse, como heridas punzantes—, y recobro algo de espíritu en la oficina. Después, clase de *dariya*. Al terminar regreso a casa y escribo unas reflexiones que se me han ocurrido conduciendo sobre Twitter. Las cuelgo, como 17 *tuits* consecutivos. Desde el otro lado del océano Cristina Rivera Garza lee las cinco primeras reflexiones y anima a sus seguidores a verlas en tiempo real. Consigue 25 seguidores para mí en apenas cinco minutos, lo que me parece asombroso, pues la media de seguidores nuevos es en mi caso de uno o dos al día. Después me siento a escribir esto. Aquí, cuando por fin llega el momento de la propia escritura, algo se

frena, es como topar con un muro invisible. Hay que evitar a toda costa la metaliteratura, dejar de hablar de lo concreto y pasar a nuestro patio de recreo, lo abstracto.

*

Lo nomádico es uno de los caracteres más habituales en las descripciones sociológicas del hombre contemporáneo. Jacques Attali ya dijo tempranamente que el individuo de hogaño es un *nómada libre*, como ya apuntábamos en *Pangea* en 2006. Ahí mismo recordábamos al filósofo Peter Sloterdijk, para quien «es cada vez mayor el número de individuos que, por su modo de vida y la conciencia de sí de que hacen gala, pueden descubrirse como islas nómadas». Nuestra identidad se circunscribe hoy a un juego de palabras entre los términos *nómada* y *mónada*, de modo que somos burbujas aisladas sin ventanas moviéndonos por el espacio. Estamos interconectados, pero solos, en el momento de realizar la conexión: a internet entramos a solas cuando nos sentamos frente al ordenador, y nos encantan los teléfonos móviles porque nos permiten separarnos físicamente de los otros para hablar. Una reunión de diez personas acaba siendo al poco tiempo de cinco o seis, mientras los demás, satélites errantes, caminan haciendo círculos alrededor del grupo, aferrados a su móvil. Si se les mira, la mayoría de ellos pasea despaciosamente mientras habla; esa imagen, la de una persona que se aleja de sus próximos para poder comunicarse con los lejanos, es la imagen contradictoria y emblemática del mundo occidental.

En los sueños ocurre lo mismo: una persona se despega de las demás para poder conectarse a la internet onírica.

Enter

VIERNES 1 Y SÁBADO 2

Escribo estos dos días juntos porque ayer viernes no tuve un solo momento para escribir.

Viernes: voy a trabajar tras mis abluciones, aunque por vez primera lo hago caminando en vez de tomar el coche.

Nada más llegar a la primera rotonda, a los cinco minutos, veo cómo una bicicleta y un ciclomotor intentan desunir sus dos ruedas delanteras, que se han quedado enganchadas, mientras decenas de vehículos los rodean, los evitan, los sortean, los esquivan, los circundan, los circuyen, los saltan, los circunnavegan, los dejan a un lado, los rondan, les hacen un quiebro, los regatean, los superan, los bordean, los envuelven, los orbitan, los cercan, los vadean, los ciñen, los exocirculan (*DLE Ø*), los perimetran, los soslayan, los evaden, los costean, los bojean, los circunrodean, los eluden, los contornean, los circunvalan, hasta que consiguen soltarse. Ellos brindan por su recobrada libertad y yo por la riqueza del castellano.

*

El paseo tiene una naturaleza muy diferente de la del recorrido en coche. Sobre esto también he hablado ya, creo que en la primera versión de *Circular*. Pero allí lo hacía desde el punto de vista del conductor; este proceso me permitirá hacerlo desde el punto de vista del paseante.

El coche trata a la ciudad como a un plano. El desplazamiento mecánico une barrios, enlaza partes diferentes de la urbe. El paseo, por el contrario, hila apenas esquinas. El viaje en coche implica largas distancias y nos pone en contacto con lo urbanístico. El paseo abarca trechos antropométricos y nos vincula con lo arquitectónico. La atención que precisa el acto de conducir limita nuestra percepción de la ciudad al asfalto y algunos detalles de las aceras y edificios, es como cerrar una cremallera. Mientras, el paseo nos relaciona con el paso por paso y el punto por punto: es una sutura. La atención se dispersa en todas direcciones, lo que tiene el paradójico efecto de *concentrarla*, frente a esa disipación disfrazada de vigilancia que es la conducción. Y luego está el elemento temporal, que diferencia la

percepción del entorno: el paseo en coche es un *zapping* urbano, un videoclip; hecho a pie es como una lenta película de Angelopoulos.

Durante el paseo descubro de forma inesperada calles minúsculas que brotan de la nada, callejones descuidados llenos de despojos, charcos de líquidos indescifrables, emanaciones verdes en las paredes y carritos metálicos de supermercado abandonados, conteniendo la nada. Veo tríos de perros perdidos con la mirada en un difuso punto medio entre lo altivo y lo altanero. Veo flores en algunas ventanas. Veo mujeres hermosas que apartan la vista. Veo tiendas que están a cinco minutos del trabajo y que atesoran mucho de lo que anduvimos buscando sin éxito en grandes superficies, esos pequeños objetos que nos hacen de *interface* con los mayores: alcayatas, bombillas, tacos de plástico, rodamientos, pilas, adaptadores, cintas aislantes, pegamento, cordones. Veo árboles que conozco y otros que desconozco, veo productos en los escaparates cuya función ignoro, veo miles de motos y coches, veo aviones levantando su plateada envergadura, veo flecos de nubes, veo tejas verdes, veo bares insospechados en terrazas de edificios altos; veo toda una vida vertical que no puede apreciarse desde el coche.

Veinticinco minutos después de salir de casa llego a la oficina. En unas u otras variantes, el trabajo me llevará desde las 8.15 am hasta las 12.05 am de la madrugada, ya que hoy, además de lo de siempre, organizamos un acto de jazz/teatro para niños. Lo único bueno del día es una charla, durante la cena, con un músico que además es actor dedicado al teatro de improvisación, un tema que me interesa mucho. Cuando el actor describe el funcionamiento de una representación de *impro*, le contesto que el mecanismo me resulta familiar, porque estoy escribiendo un libro de la misma forma.

*

De hecho, voy a extremar el procedimiento ahora mismo. El otro día comencé a pergeñar un relato, páginas atrás, sin saber cómo iba a desarrollarse o a terminar. Ahora me gustaría intentar algo mucho más difícil.

Improvisar un poema.

Llevo varios meses sin escribir un poema.

Terminar *Tiempo* me dejó exhausto y con la sensación de haber terminado un ciclo poético que se correspondía, como es frecuente, con un ciclo vital.

Nunca me he sentado a escribir un poema *porque sí*.

Dentro de un momento lo intentaré. Ahora me he quedado mirando hacia el exterior y me ha sorprendido la imagen de un hombre encaramado al tejado del edificio oficial contiguo para

cambiar la bandera de Marruecos. Me asalta la idea de un hombre que dedica los sábados por la tarde a cambiar banderas rojas en terrazas rojas de ciudades rojas. A esta hora la atmósfera está limpia y el atardecer recidiva el escarlata de los edificios; parece que toda la ciudad está ardiendo contra el crepúsculo. De acuerdo, ya no lo dilato más, en el fondo es miedo. Ahí voy, en frío y en picado:

Pienso en las paredes de las casas
como fachadas interiores,
fachadas alternativas,
dejadas atrás en las mesas de diseño,
que sólo dan la cara
en las demoliciones.
Pienso en los cimientos
como terrazas tristes,
terrazas que dan al suelo,
y que ven siempre la misma noche,
que sienten humedad, pero no lluvia,
y que verán la luz
en los derrumbes,
y serán azoteas
durante siglos.

Pienso en los edificios
como cuevas convexas,
como altorrelieves en la piedra,
pienso en la Tierra
como un cometa detenido
en una órbita lenta,
en las estrellas
como agujeros negros
vueltos del revés,
en el universo
como la forma
enferma
de la nada.

*

Bueno, podría haber sido peor.

*

No he conseguido aún ganar al Mac al ajedrez, pero sí le he arrancado unas hermosas tablas.

*

Leo en el blog de Jordi Doce un razonamiento similar a uno de los primeros de este libro: «El error (*el errar*) es pues una necesidad vital del grupo y no un simple capricho […] de quien ha decidido abandonarlo». Doce compara el viaje errante con la experiencia de la traducción literaria, que en su íntima esencia consiste en abandonar la patria del lenguaje y salir a buscar sentido o sinsentido síncrono (*DLE Ø*) en otro idioma, en otra cultura.

El traductor como nómada de lenguas, el nómada como traductor de costumbres.

*

Cenar: conversación casi a oscuras antes de la penumbra mental.

DOMINGO 3

La visión subjetiva, aunque críticamente aguzada respecto a sí misma, tiene algo de sentimental y anacrónico: algo de lamento por el curso del mundo.

T. H. ADORNO, *Minima moralia*

He dormido mal esta noche, inquieto y errante también dentro del lecho, buscando una inexistente zona cómoda en el futón (todavía no ha llegado la cama) y yendo de una postura a otro escorzo. Más que sueños, he tenido reelaboraciones agotadas de lo real: buscando muebles en vehículos extraños, manteniendo reuniones con seres fantasmales. La errancia, por tanto, continúa incluso sin moverme del lugar.

Cuando escribo no sueño, apenas tengo visiones oníricas por la noche o si las tengo son tan irrelevantes que no dejan huella, como si la creatividad se guardase, inconscientemente, para el momento de inscribir palabras en el cuaderno. Consulto el correo, desayuno, accedo a Twitter y Facebook, me ducho, leo *Suomelinna*, de Javier Calvo, con interés. Calvo es uno de los muchos creadores jóvenes o medianamente jóvenes que he denominado *metaepistemológicos*, entre los cuales me encuentro. Más allá de lo metaliterario, que también (véase la página 67 de *Suomelinna*), la literatura consciente de su *episteme* es aquella que hace alusión a sus coordenadas socio-estéticas y culturales, que aparecen no sólo mencionadas sino también criticadas, analizadas, en la propia obra. Así, Juan Andrés García Román debatía consigo mismo en su excelente poemario *El fósforo astillado* el alcance de la posmodernidad en su configuración de la obra; y Javier García Rodríguez dictaminaba las claves de lo *afterpop* a la vez que las parodiaba en *Mutatis mutandis*, y otros muchos libros de poemas y novelas caben dentro de esta adscripción, que no determina principios ni semejanzas estilísticas, sino sólo de planteamiento epistemológico. En el caso de Calvo, como en el de García Rodríguez, se despliega la preocupación teórica con un saludable sentido del humor, que hace más agradable esta nublada mañana de domingo.

*

Almorzamos lo que encontramos en la nevera, entre otras cosas un extraño jamón empaquetado al vacío, hallado en el Carrefour local en un lugar inapropiado. Parecía jamón serrano, pero no.

*

Por la tarde damos un paseo con Goytisolo, que nos conduce por la medina hasta un café, sito en una terraza cerca del Palace El Bahia. Desde ahí pueden verse, a apenas cuatro metros de distancia, unos portentosos nidos de cigüeña y a sus esbeltas propietarias, cuyo tamaño real es difícil de imaginar cuando se las ve desde lejos. Acostumbrado a divisarlas en lo alto de los campanarios de Palma del Río o Córdoba, donde la altura las empequeñecía, al vislumbrarlas ahora desde tan cerca las cigüeñas parecen aves mitológicas, pájaros Roc, Simurghs ametrallando el aire con sus fuertes castañeteos. Desde ahora hasta diciembre se extiende su período de apareo, y asistimos a uno de los fugaces encuentros de funambulismo vertical.

Después volvemos paseando lentamente hacia la plaza Xemáa el Fna y por vez primera, durante ese paseo, comienzo a comprender. A entender por qué Juan y otros muchos europeos han sucumbido al encanto de esta ciudad y no han podido abandonarla. Voy a intentar reproducir lo acontecido porque es, creo, la única forma de explicarlo.

Otras veces había comenzado a notar la sensación, pero la visita a la medina no había durado el tiempo suficiente. Hoy sí, hemos paseado por ella casi cuatro horas y la *experiencia* ha tenido lugar. Cuando llevábamos un buen rato caminando por las calles revueltas y atestadas, la desorientación producida por las altas paredes y las estrechas calles que ciegan cualquier punto de referencia, intensificada por el ruido del bullicio y el frenético paso de bicicletas y motos, se ha unido a la sensación de total extrañamiento creada por la *viveza* del movimiento en derredor. A diferencia de otras veces, el extrañamiento no lo he sentido hacia lo de fuera, hacia Marrakech, sino que me he sentido extraño *hacia mí*. El ritmo del paseo, el aturdimiento, la confusión parcial y el inasible acontecer simultáneo de decenas o cientos de rostros, gestos, olores, voces, objetos y colores me ha producido una auténtica hipnosis; la saturación de estímulos, la acumulación de vida en torno era tan intensa e intrusiva que mi mente se ha embotado por completo, incapaz de procesar lo que los antiguos chinos llamaban las diez mil cosas; pero no se ha cerrado hacia dentro, como cuando voy a una discoteca con la música demasiado alta y las luces estroboscópicas conectadas, sino que se ha cerrado *hacia fuera*, de modo que el expulsado era el yo, mi conciencia, el

ruido interior. Mi cuerpo y mi mente se han conectado a la medina y se han dejado llevar por el río, por el torrente de personas, luces, estímulos, sonidos y roces que discurrían por los estrechos cauces de las callejas. Me he hecho uno con la medina durante cerca de veinte minutos, en los que no he pronunciado una sola palabra y me he dejado llevar, como un robot en modo grabación, por la sombra de Juan, que iba delante de mí. La experiencia ha sido absolutamente estremecedora y apasionante porque ha conseguido algo imborrable: sacarme de mí, olvidarme del yo, abandonar la individualidad y sumergirme por completo en lo colectivo. Era un abandono más profundo que la desaparición del miedo a ser tocado y otros puntos intermedios señalados por Canetti en sus estudios sobre la masa; hablo de algo más allá, la despersonalización del ser, la caída, la notredad (*DLE Ø*), una experiencia cercana a la mística y rastreable en el centro doctrinal del budismo, el hinduismo y otras creencias orientales: dejar de ser tú para convertirte en lo que te rodea. La sensación es consoladora, cálida, fértil, iluminadora, plena. Olvidarse de la nadería de uno y su absurda panoplia de necedades, humores, miedos, consolaciones y miserias es liberador y salvífico. De pronto se descubre que la salvación del yo no está en el *más yo* sino en el no-yo, en el notro (*DLE Ø*), en el *todos*. Volverse otros, disolverse. Ha sido como una epifanía curativa de la que he vuelto además con una certidumbre: la verdad narrativa, al menos la de este libro, no debiera estar en la segunda persona elíptica con la que comenzamos, tampoco en la primera confesional, y quizá se quede estrecha la semiobjetiva tercera persona, esa «historia de la tercera persona» que configuraba, según Gide, sus *Paludes*. Hay un más allá al que llegar, la impersonalidad, la disolución total en el idioma. Puede que ahí resida el secreto. Desde luego, ahí espera la tranquilidad del espíritu.

Este libro debe conectarse con Marrakech para ser, él mismo, la Ciudad Roja, debe encontrar un lenguaje-medina, un espacio para el nomadismo del lenguaje dentro de la ficción.

Ahora, sólo resta conectarse con la red de los sueños.

LUNES 4

Vuelvo a despertarme a las 6.30, lo que me viene muy bien para dejar solucionada la consulta del correo electrónico antes de trabajar, mientras desayuno. Sigue en las redes la polémica a costa de la publicación de una discutible lista de autores hispanoamericanos, y veo un artículo que sintetiza bien buena parte de mis propias objeciones a la selección. Lo enlazo en Facebook y se lía el consiguiente escándalo. Ayer monté otro en el muro de alguien que hablaba de los «méritos narrativos» de Arturo Pérez-Reverte. Siento tener que hacer siempre de Pepito Grillo, pero la única opción ética que nos queda a los críticos que defendemos que no todo vale —y que desde luego tampoco todo vale lo mismo—, es salir a defender la literatura de calidad de sus malos imitadores. No se trata de que sólo unos pocos puedan publicar, se trata de no tomar al lector por imbécil. Y si el lector sólo tiene sobre la mesa una opinión, esa opinión es la verdad; y si un lector tiene sobre la mesa de novedades una opción, se corre el riesgo de que la confunda con la única realidad. De modo que, mientras tenga fuerzas, intentaré corregir esa falta de pluralidad con una segunda voz y con un libro alternativo (propio o ajeno).

*

Inacabable día de trabajo, diez horas con una pausa para comer de cuarenta y cinco minutos. Vuelvo a casa sonado, en malas condiciones para escribir o leer o siquiera para jugar al ajedrez. Imagino que hay días así, irrescatables (*DLE* ∅), condenados al olvido, insustanciales, insípidos, en los que el trabajo te impide hacer nada de provecho más allá de lo alimenticio. Supongo que esto también les pasa a quienes tienen tiempo de escribir todos los días. Lo pienso para consolarme, claro. Leo un rato y me acuesto, agotado; sigo procesando la experiencia despersonalizadora del día anterior.

MARTES 5

Acabo de levantarme roto y cansado. Para mi desgracia, he soñado esta noche. Y los sueños en los que aparece mi padre como si todavía estuviese vivo y pudiéramos hacer una vida normal como padre e hijo son devastadores. Me recuerdan todo lo que nos fue arrancado sin explicación de raíz. Me recuerdan que no hay nadie entre el disparadero y yo; que, como diría Lacan, soy *el siguiente*.

*

Desde la oficina veo, no demasiado lejos, una oscura y destacada columna de humo. Una casa abandonada y la maleza de un solar son pasto de las llamas. Sigo trabajando. A los cuarenta minutos pasa un camión de bomberos.

*

Mantengo una conversación telefónica con alguien que habla desde Madrid. A través del auricular, mi interlocutor escucha ruidos secos que proceden de la calle contigua a mi edificio. «¿Qué son esos golpes metálicos que se oyen de vez en cuando?», me pregunta. «Motos embistiendo coches, o viceversa», respondo.

*

Vuelvo de la oficina cuando me adelanta un coche azul claro por la derecha. En él un hombre joven, de unos veintinueve años, sonríe levemente. Está recordando el momento en que miraba a Safaa el pasado sábado por la noche; aquel instante en que tomó con sus manos el rostro de ella y le dijo «Te prometo que el martes hablaremos de nuevo». Me coloco detrás de él en el semáforo para poder seguir escuchando la historia. El hombre mira hacia abajo, junto a la palanca de cambios, seguramente a su teléfono móvil. Ahora le sorprenden aquel repentino apasionamiento y esa promesa. Después de hacer el amor, cavila, quién no se apasiona un poco, sobre todo después de pasado cierto tiempo desde la última coyunda. Pero la

cuestión es que es martes y a lo largo de la tarde debe decidir si va a llamar a Safaa o no. En el siguiente semáforo nos separamos, pero sigo escuchando sus pensamientos; él comienza a encaminarse hacia la Université Cadi Ayyad, intentando posponer la llamada hasta después de la clase de *Équations differentielles à retard infini*, como el que aplaza un mal trago. Sopesa su suerte, ya que un escarceo de una noche es común con extranjeras, pero harto improbable con chicas marroquíes. Había coincidido un par de veces con Safaa, que salía en el grupo de amigas de su hermana, pero no se había atrevido hasta el miércoles pasado en el Comptoir a abordarla. Hadid, ya he podido escuchar su nombre, le pidió a Safaa su número para invitarla a comer al día siguiente. Recuerda los nervios al llegar a la casa de ella en Fassi, el rostro hermosísimo de ella en la primera y decisiva mirada, el jugueteo de ambos con los pies durante la cena en el restaurante, el cruce cada vez más intenso de ojos, el acercamiento en otro *pub*, los primeros besos en un reservado, las primeras caricias en el coche, las primeras sugerencias de ella al oído de él —aquí estoy a punto de estrellarme contra un coche azul al oírlas yo también—, la invitación de él a su piso de soltero, la aceptación, los ritos preliminares, la tierna actitud de ella fingiendo que tiene cierta experiencia, el fingimiento de él como si no la tuviera, y luego lo demás, que ahora no oigo pero veo, aunque por fortuna ya después de haber aparcado. Él entra en la Faculté des Sciences intentando olvidar, para concentrarse en el mundo de lo diferencial, pues es su primera clase del curso y quiere dar buena impresión a los jóvenes alumnos. Al entrar en la clase noventa rostros inquietos lo observan, muchos más femeninos que masculinos. Piensa cuán distinta era la proporción de géneros en su promoción y concluye que Marruecos está cambiando mucho y muy deprisa. Después comienza a pasar lista y cree tartamudear cuando llega al nombre de Safaa Zakaria, y cree desfallecer al escuchar un tembloroso *sí* tras pronunciarlo, lo que ha hecho sin levantar la vista del listado, y permanece algo sonrojado, pero algo sonriente, mientras sigue leyendo nombres, pensando que al menos ha cumplido su palabra.

*

Cena. Larga conversación, hay decisiones que toca tomar estos días. Ha comprado en la calle Prince un dulce marroquí muy sabroso, *msmen*, cuyo nombre es lo único escabroso. Vemos en YouTube un vídeo con una entrevista a Santiago Auserón sobre Deleuze donde el artista dice que el filósofo buscaba la despersonalización. Después juego al ajedrez, reviso correos, comento algunos estados de Facebook. Una mosca entra por la ventana, vuela en extraños círculos,

como poseída por una honda, por una turbina o por un berbiquí. La miro e intento extraer un pensamiento de valor. Prueba irrefutable de que ha llegado el momento de dormir.

MIÉRCOLES 6

Supongo que les extrañará —esto, por supuesto, no es un diario; su objetivo es hablarles a ustedes, no a mí— el hecho de que durante todos estos días no haya mencionado ni una sola vez la televisión, dentro de mis actividades cotidianas. Que no haya escrito hasta el momento «vimos la tele un rato antes de dormir», o una frase del estilo. El motivo es que no tenemos o, con más precisión, tenemos el aparato, que llegó con la mudanza, pero no hemos sido capaces de comprar aún el cable de antena correcto para nuestro modelo estadounidense, de modo que hace más de un mes que no vemos contenido televisivo.

Creo que nunca en mi vida había estado tanto tiempo sin televisión. Su minúscula caverna me acompaña con dosis diarias desde que utilizo mi conciencia, aunque jamás consideré tal hecho una adicción, ni siquiera un hábito, sino algo que se hace de forma natural y continua, como ducharse o comer.

Un mes y una semana después comienzo a notar ciertas consecuencias de la abstinencia de consumo catódico. La primera: quizá tenga más tiempo para otras cosas; imagino que este libro sería menos grueso de haber tenido TV o, estoy seguro, hubiera sido diferente, ya que lo contemplado se hubiera incorporado a él, como lo han hecho ciertas páginas leídas. Mis detractores deben de estar contentos, puesto que me está saliendo un libro poco tecnológico, paleomoderno (*DLE* ∅), estrictamente —horror— literario. La segunda consecuencia es que tengo la vista menos cargada, y ésa puede ser la única ventaja real, el descanso ocular. La tercera, no advertida hasta hace un rato, a las 6.20 de la mañana, mientras intentaba recuperar sin éxito el lado del sueño en el lecho, es que cuando te apartas de la televisión quedas al margen de lo que sucede. No de lo que sucede *ahí fuera*, ya que los periódicos, internet y la radio siguen funcionando y los consultas a diario, sino de lo que sucede *ahí dentro*, en la propia televisión. Estás al margen de la realidad programada, tanto de la global o internacional (BBC News, CNN, Eurovision, Al Jazeera, Eurosport, etc.), como de la local, término éste que comprende para el nómada tanto la programación del país al que llega como la de su país natal, incluso la jugosa parrilla estadounidense a la que se habituó en

el entretanto. Saber lo que pasa en la(s) tele(s) es importante para un hombre que quiere estar al cabo de lo que sucede en el mundo y de los eventos ordinarios que acontecen en las ondas. No digamos si uno es crítico literario, con las alteraciones que las series están produciendo en la narratividad contemporánea. No digamos ya si uno, además, es un supuesto especialista en las relaciones de doble vuelta entre tecnología y humanidades en el angosto comienzo del siglo XXI. Siento que en apenas un mes he perdido el hilo. ¿De qué temas se está hablando en los epilépticos debates de *59 segundos*, o en las pedantes reuniones de tertulianos de la francesa TV5? ¿Cómo han continuado las series de HBO que comencé a ver? ¿Cuáles cree David Letterman que son los mejores caladeros para sus inteligentes bromas nocturnas? ¿Cuáles consideran las cadenas globales que son los acontecimientos políticos que deben cubrir, los problemas que tratar, las crisis que seguir, las historias reales merecedoras de cobertura? ¿Sigue Craig Ferguson, en su indispensable y noctívago programa, dedicando una sección a «La palabra española del día»? ¿Qué asuntos selecciona la versión inglesa de Al Jazeera y de qué manera son tratados, algo que cuatro meses atrás no me parecía relevante? Éstos y otros cientos de cuestiones son respondidas diaria y oblicuamente cuando uno ve televisión, cuando dedica un par de horas a conectarse al mundo del plasma (antes se decía de las 625 líneas, los lectores del futuro pensarán que esa expresión debió aludir a los artículos de prensa). Hoy por primera vez creo que he perdido el hilo, que hay información que no estoy seleccionando para transmutar en conocimiento. Como si me estuviese quedando al margen de algo que aún no tiene forma, que apenas es un presentimiento vago, un cuerpo impreciso, una ignorancia quimérica de lo que debiera saber y no puedo sospechar. Pensamientos que incorporo a mis ritos matutinos, puesto que debo irme a trabajar.

*

Trabajo, breve almuerzo y al tajo de nuevo. He vuelto después un rato a casa para cambiarme, organizamos obra de teatro esta tarde y debo presentarla. Voy a intentar hacer mi primera presentación en árabe en público, a ver qué tal. *Captatio benevolentiae*, decían los antiguos. Aún tengo una hora antes de salir, así que a lo nuestro.

*

Walter Benjamin defendía el callejeo; Baudelaire al *flanêur*; Debord la deriva urbana; Poe al hombre de la multitud; el rock de los Rolling Stones se retrotraía al Dylan que cantaba «Like a Rolling Stone»;

Banksy construye su gratifi como un arte nómada y huidizo por la ciudad de Londres primero y otras ciudades después; los superhéroes se fundan, como viese Michael Chabon, sobre el escapismo y la fuga; están Springsteen y su «Born to run», Bon Jovi y su «Runaway», las épicas *beat* de la carretera estadounidense que llegan hasta las *Crónicas de motel* de Sam Shepard y el *Ahora sabréis lo que es correr* de Dave Eggers; no pueden quedarse atrás la película *Corre, Lola, corre* o la imagen de la carrera sin fin de *Forrest Gump*, sin dejar atrás las fugas siderales de *2001: Una odisea del espacio* y *Las crónicas de Riddick*. Volviendo hacia atrás, recordemos a los paseantes de Walser, Joyce, Simmel y Baudelaire, la línea de metro errante de Cortázar y el Jean Folantin de *A la deriva*, de Huysmans, que hace lo posible por permanecer en casa sin conseguirlo.

*

La obra de teatro ha ido muy bien. Cae el telón.

JUEVES 7

Pese a que intento despertarme algo más tarde, tras la paliza de trabajo de ayer, a la que hubo que sumar clase de *dariya* y repetición del ataque de ciática, no lo consigo. Me desvelo viendo cómo la noche cerrada se transforma lentamente en un día espléndido. El calor remite desde hace días y la atmósfera es más limpia, permitiéndonos por vez primera ver a lo lejos las montañas del Atlas. Siento de nuevo una sensación de extrañamiento que en mi inconsciente se relaciona con lecturas infantiles de mitología y gigantes esforzados. Termino el café, regreso al trabajo, hay que terminar de montar y despejar los detalles para inaugurar la exposición de esta tarde.

Esto es madurar, transformar la mitología en pragmática.

Vivir debería ser lo contrario.

*

En su ensayo sobre el nomadismo como una de las pautas básicas de comportamiento contemporáneo, el sociólogo francés Michel Maffesoli articula diversas tesis de análisis y explicación del movimiento nómada, entendido en un sentido genérico que va más allá de los fenómenos de migración e inmigración, apenas puntos de un fenómeno más amplio. Para Maffesoli el nomadismo es un desafío al poder, por cuanto los Estados desean la inmovilidad de los ciudadanos y el mínimo trasiego fronterizo, a fin de tener controlado su perímetro y con la intención de no recibir en su seno individuos extraños. El progresivo endurecimiento de la legislación migratoria en algunos países —Estados Unidos y Australia como ejemplos más claros — tras el 11-S le da la razón a Maffesoli: si viajar se estaba poniendo cada vez más difícil, no digamos cambiar de país o residencia. Los pueblos naturalmente nómadas, como el gitano, comienzan a ser invitados, pago mediante, a dejar su área de movimiento, como ha sucedido en Francia, para escándalo general, aunque en el fondo a nadie le ha extrañado mucho que un país otrora adalid de las libertades y la igualdad cometa semejantes barbaridades —con dura oposición, hay que dejarlo claro, de numerosos e indignados ciudadanos—. En efecto, los Estados prefieren ciudadanos estáticos y

conocidos, y hacen lo posible por mantener extramuros a elementos inquietos, presuntos apandadores (*DLE* ∅), seguros fazedores de entuertos, que vendrían a robar pedazos del territorio o a acaparar láminas del cada vez más escaso «bienestar» disponible. Ibn Battuta, el incansable viajero tangerino del XIV, al describir la creación del mundo, dice que el Hacedor situó en la tierra altas montañas para inmovilizarla. Para la escritora Fatema Mernisi, natural de Fez, las fronteras están en la mente del poderoso. Las montañas antiguas se llaman ahora fronteras y la obligación de toda persona libre, como le escuché una vez al escritor chicano Santiago Vaquera-Vásquez, es convertirse en un cruzador de lindes, un ser transfronterizo dedicado a traspasar las demarcaciones, aunque sólo sea para molestar.

*

Cruzo las fronteras del sueño.

VIERNES 8

Los viernes me cuesta horrores escribir, es un día en que el cansancio me hace levantarme con la hora justa y salir disparado para el trabajo. Luego hay que pasar la jornada entre fuegos y proyectos, amén de recibir clases de perfeccionamiento de idiomas. El nómada nunca sabe suficientes lenguas y tiene siempre la sensación, sobre todo si es escritor, de que no las habla tan bien como la suya propia —algo lógico, por otra parte—, y por ello es un aprendiz permanente de léxicos y fonéticas, de culturas, de ritos, de pautas, de leyes. El nómada colecciona diccionarios, carnés de conducir, tarjetas de residencia y extraños utensilios de cocina. Hoy han llegado nuestras *cartes de séjour*, también arribó la cama treinta y cinco días y dos espaldas rotas después, y algunas preciadas estanterías a última hora de la tarde. Así que mañana desembalaremos los libros y este recinto será por fin mi casa, cuando ellos salgan a la luz y pueblen el espacio con trazos reconocibles. La suma de sus lomos alineados es mi rostro.

*

Me sacude una extraña sensación cuando escucho la llamada nocturna a la oración. Tras reflexionar sobre el motivo, pues no hay nada religioso en ello, creo que es una especie de paz al ser consciente de que en ese momento, durante casi un minuto, un millón de personas en mi entorno inmediato dejan de pensar en lo material.

*

Quizá a quien lea esto le sorprenda mi silencio sobre mi vida íntima. Hay una razón ética. Tras haber leído muchos diarios, autobiografías, autoficciones y libros de memorias, he llegado a la conclusión de que el silencio es la única e incontrovertible muestra de respeto absoluto hacia la otra persona, que quizá no quiere, o no quiso, aparecer aquí, o que quizá no siempre quiera. No hay, por tanto, olvido; lo que hay es salvaguardia, respeto, puesta a salvo, garantía, cuidado.

*

Cenamos de nuevo con Juan, hoy especialmente bienhumorado y bromista. Cuenta la historia de sus dos tortugas macho y la manera en que el más pequeño intenta, quizá confundido por la inexperiencia y el ardor, o quizá no, montar a su anciano, enorme y lento compañero. A Juan esta historia le está provocando cogitaciones que no me extrañaría acabasen por escrito.

Volvemos, palpamos las aún huecas estanterías, nos vamos a dormir.

SÁBADO 9

El cuerpo es nuestra parte más sabia, siempre lo he dicho. Mi cuerpo sabe que hoy va a ser un largo día de reordenación de la casa, de alinear libros, de ir a la compra semanal, y ha decidido levantarse a las 6.30 para que tenga tiempo de escribir antes de comenzar a moverme y no tenga a la noche la sensación de haberlo perdido, como la mayoría de los días laborales. Las pequeñas cosas también son importantes; deben disfrutarse, deben alargarse, deben demorarse todo lo que sea necesario para darle descanso al majín. Una realineación de libros comunes no es una faena casera, sino un recuento de acervos y afinidades intelectuales, un repaso de argumentos y contenidos, una relectura efectuada en forma de brevísima sinopsis. Una visita a un hipermercado no es una compra, es una conversación de dos horas y media, si incluimos el largo y azaroso trayecto en coche. Una reorganización de la sala de estar puede ser una larga y humorística charla en la que niego terminantemente mi torpeza y mi siguiente gesto la ratifica. Estos lapsos temporales hacen brotar un tipo de diálogo que no es el apresurado y sintético de los almuerzos breves y las cenas agotadas, donde apenas se expone el sumario o informe episódico de lo realizado o pensado durante la jornada. En los días laborales la conversación cobra la forma de la legítima defensa. En cambio, en estos largos espacios de fin de semana es donde uno puede volver a ser el mismo, abandonar mentalmente la alienación laboral, reintegrarse en la estructura bicelular, revertir la partenogénesis, abandonar la condición haploide, eliminar la disociación, restituirse tras la lenta destrucción de la semana.

*

Tras los huevos con *khilir* —una carne parecida al añojo que constituye mezclada con huevos un desayuno marroquí típico—, salida hacia el supermercado. Un centro comercial marroquí, creo que lo anticipé hace unos días, es una experiencia sociológica. Se advierten en el mismo espacio, hoy en el Carrefour de las afueras, hasta cuatro tipos sociales. El primero está conformado por los extranjeros residentes o turistas de los hoteles próximos, fácil y

rápidamente distinguibles: vestimos todos igual, elegimos la comida menos sana y sabrosa, nos llevamos las primeras frutas que tocamos y la cola en la caja nos parece eterna. El segundo grupo es el de los marroquíes *occidentalizados* —utilizo esta basta imprecisión con fines descriptivos, ya que todos los marroquíes son occidentales—, que visten como nosotros, aunque la ropa les queda mejor, y están plenamente integrados en las pautas sociales de comportamiento global. Eligen una mitad de productos locales y otra de importación, casi siempre de dieta sana o blanda, escogen algún vino caro y se mueven con delicadeza ingrávida por los largos pasillos. Suelen ser personas adineradas, con estudios universitarios realizados en Francia, España o Estados Unidos. Son políglotas y no es extraño oírles hablar entre ellos en francés. El tercer grupo, mayoritario en los establecimientos Marjane pero aquí menos presente, es el de los marroquíes tradicionales. Mientras ellos visten ropa de corte occidental pero de confección, adornos y acabado al gusto árabe, ellas llevan el característico pañuelo o hiyab rodeándoles la cabeza y el rostro totalmente descubierto. Algunas llevan caftán aunque la mayoría se atavían con pantalón y camisa o chaqueta. El último grupo y más escaso, no ya en el hipermercado sino en toda la ciudad, es el de parejas silenciosas de musulmanes más ortodoxos; ellos llevan chilaba y se les distingue desde lejos por su poblada, larga y cuidada barba oscura; ellas llevan chilaba y velo, y éste en ocasiones —las menos— cubre toda la cara por completo, dejando una pequeña ranura para los ojos, el denominado *niqab*. No he visto ningún burka en Marruecos. Estas silenciosas mujeres tienen visión directa y nunca he visto decir tantas cosas con la mirada hasta que las he visto a ellas.

Es algo extraño y significativo ver cómo estos cuatros grupos sociales se mueven de modo muy parecido por el mismo espacio, compartiendo gustos similares de gastronomía —con la excepción del cerdo, casi inencontrable—, y de actitudes consumidoras. El hipermercado tiene un anejo para la venta de alcohol, al que acuden los tres primeros grupos con normalidad. Debo decir que la tranquilidad y fluidez con que los cuatro sectores de población, rastreables a todo lo ancho de Marrakech, conviven sin ningún roce visible ni mirada fuera de tono —y escruto obsesivamente esta convivencia cuando paseo los espacios públicos— es uno de los fenómenos más llamativos y, por qué no decirlo, esperanzadores, que he vivido en los últimos tiempos.

*

Al llegar, después del almuerzo, hablo por Skype un buen rato con Edmundo Paz Soldán, uno de esos pocos escritores con quien lo fácil

es hablar bien de todo y de todos, sin dejar mal a nadie. Comentamos el Nobel a Vargas Llosa y varios temas más, como su novela *Norte* y algún proyecto en común.

Después, ejerzo durante buena parte de la tarde esa forma de crítica literaria que para Borges suponía organizar una biblioteca. Como siempre en los últimos años, el único criterio válido de división que encuentro es el de la lengua; los demás cada vez tienen menos sentido. Acaricio por un instante el orden alfabético radical, pero eso acarrearía notables complicaciones para asociar áreas temáticas. La escansión (*DLE* 1) lingüística me obliga a colocar en anaquel aparte a los autores plurilingües o *neolingües* como Beckett, Conrad, Nabokov, Kundera, Kristof o Joyce, los nómadas perfectos, aquellos que cambiaron incluso su idioma de escritura. No por casualidad, creo, que se encuentran entre mis escritores más queridos. *Lenguómadas*, nómadas de lengua.

*

Salir de sí. Deshacerse, desasirse, marginarse, exteriorizarse, hacerse *exterior*. Lo pensaba yendo hacia el supermercado, emplazado en el extrarradio: hay que dejar el yo en el centro y marcharse a vivir a las afueras. Encarnarse en la deshabitación, alejarse. Ponerse al margen. Uno debe ser, también, nómada de sí mismo, y dejarse atrás, abandonarse como se hace con la casa, la lengua y la patria. En palabras de Lévinas, se trata de intentar *La evasión*, romper el peor encadenamiento, que es el que uno padece a causa de que su «yo sea el sí-mismo». Lévinas, como casi todo el postestructuralismo francés y sus muchos y proteicos hijos, proponen la otredad como solución, el abrirse al otro. Quizá hay una segunda forma más radical y liberadora, la que persiguen hinduismo y budismo: la de liberarse por completo. Intentar ser *otro* es como ponerle un disfraz al yo, hacer juegos de palabras a la Rimbaud, canalizar la energía del sujeto —y la identidad es eso: simple *energeia*— mutándola en una nueva pero aún reconocible forma. Hay un hilo conductor de individualidad entre el *yo* y el *otro*. Mientras que la verdadera liberación vendría si uno deja atrás el yo y deviene nada o, mejor, deviene *todo*, como me sucedió de forma momentánea en la medina y como anhelan los hindúes. Es entonces cuando uno deja de ser *uno*. Se disuelve en la pluralidad de lo demás. Si nos fijamos bien, es otra forma de nomadismo, sólo que lo abandonado es un estado, el estado subjetivo, la forma de construcción y arrendamiento del yo. Es un movimiento centrífugo, que quizá solo continúa otro anterior: aquél por el cual fuimos arrojados a la existencia, lanzados a la intemperie del ser, según la imagen casi gnóstica de Heidegger; aquél por el cual se nos tiró a la

entropía como dados, la imagen es de Mallarmé y Einstein; derrelictos entre la arena del desierto. Aprovechemos aquel primer impulso que nos lanzó al existir, mantengamos su inercia, sigamos rodando; vinimos del movimiento y a él iremos.

*

Me voy a dormir. Concluyo: el agua estancada se pudre.

DOMINGO 10

10/10/10: Milo Krmpotic dice agudamente en Facebook que hoy deberíamos escribir todo en código binario.

Levantarse temprano y leer libros sobre postcolonialismo y lectura de lo «oriental» desde Occidente. En este tema es clásico el libro de Edward Said y todo lo que se ha escrito después viene de algún modo contaminado por él, sea para combatirlo o para reafirmarlo. En mi caso debo darle la razón a Said: leí decenas de libros sobre las culturas persa y musulmana en los años noventa, pero lo hacía al principio atraído por un exotismo cultural de estirpe borgiana, de lector de *Vathek*. Borges, pese a su indudable interés por los temas arábigos que abordaba —Goytisolo dice que los ensayos borgianos sobre las *Mil y una noches* son de lo mejor sobre el tema—, sólo puso una atención «romántica» sobre lo que leía. De hecho, los viajeros románticos ingleses, como Richard Burton, al menos hicieron lo posible por conocer la lengua y por desplazarse al lugar. Mi orientalismo fue en su origen, por tanto, una vana forma de culturalismo. Pero al poco de comenzar a leer me di cuenta de que en la poesía oriental la verdad humana latente era muy similar a la nuestra. ¿A la española? Sí, pero también parecida a la europea. Mismos focos de atención lírica, imágenes similares, parecidas formas de mirar… Sobre todo con la poesía en farsi del persa Jayyam me pareció reconocer actitudes vitales y de descripción del mundo que había escuchado, cuando era un crío, entre los hombres mayores de Chantada y Palma del Río, cuando ellos creían que yo no podía comprender, pero yo entendía o al menos armaba mi comprensión posterior. Entonces comenzó a interesarme la poesía árabe y persa por su proximidad, por su aire de familia, precisamente por lo que *no* tenía de exótica. Incorporé a mis lecturas la *Historia de los pueblos árabes* de Hourani, así como algunos ensayos de literatura andalusí.

Por eso, por haber tenido antes la sensación de familiaridad, si bien abstracta y teórica, no me ha extrañado que al llegar a la Ciudad Roja se haya reproducido natural y concretamente. En ningún momento, bajo ningún concepto, me he creído «en Oriente», o en un lugar extraño y exótico. Sí en África, que es otra cosa, una sensación climática y convaleciente, meridional y áspera, ligada a complejas

emociones socioeconómicas, antropológicas e históricas. Oriente aquí no existe. Levanto la vista y veo los mismos contenedores verdes de basura que dejé en Córdoba, veo un colegio con los mismos campos de fútbol sala de líneas verdes y amarillos que tenían los míos, veo casas de pisos parecidas a las de Málaga, veo rostros marroquíes (como los que veía en Córdoba), veo algún letrero en árabe —pero los he visto en París y Nueva York—, veo chilabas —pero las he visto en Berlín— y, si borramos la bandera roja de Marruecos que preside el Lycée, nadie podría pensar que esto es Marrakech, que estamos en un país árabe. Oriente, como bien dice Said, no existe más que en la mente del occidental —y quizá, supongo, viceversa—. Ese perro que veo durmiendo junto a un contenedor de basura color verde configura una estampa reproducible en casi cualquier lugar del globo. Sí, hay lugares muy distintos a los nuestros.

Pero no son orientales. Son diferentes.

*

Silvia Barón Supervielle se pregunta, en un libro originariamente escrito en francés: «¿Soy una escritora argentina? La nacionalidad suele ser una noción abstracta. Un escritor, sean cuales fueren la lengua con la que escribe y el país donde reside, depende de su mundo imaginario. […] Un escritor tiende a distanciarse de las comunidades y busca el aislamiento». Me digo a mí mismo que no es cierto, pero quizá lo sea. Uno se esfuerza en acercarse culturalmente al nuevo entorno pero, en última instancia, reproduce el gesto: quedarse solo para escribir. ¿Estar solo es igual que estar aislado? Eso ya no lo tengo tan claro; podría tratarse, al menos en mi caso, de un paso atrás para lograr una comunicación más profunda y más duradera con los demás.

*

Voy solo a la medina a procurarnos menta para el té, cordero para la comida y un adaptador para la televisión, pues hemos comprado dos cables diferentes y seguimos sin saber qué ocurre con la conexión a la antena. Acabaré el libro y todavía no habremos encendido el televisor (quizá el libro podrá ser terminado *porque* en ningún momento del mes el aparato ha sido puesto en marcha). Vuelvo a sentir en la medina un instante de pérdida de conciencia. En uno de mis sonámbulos recorridos, un hombre malencarado pasa con toda intención muy cerca de mí y susurra *haschis*. No digo nada, aunque he estado a punto de decir *je n'ai besoin de rien*. En realidad, más que supresores o depresores de la conciencia, es un aumentador de la percepción lo que me ha sido suministrado de forma natural y siento

que puedo palpar con los ojos los bártulos de forja, las cestas de mimbre, los despertadores y relojes dentro de sus cajas de cartón, el zumo interior de naranjas y pomelos, la luz no nata aún en las lámparas de cerámica, los nudos en marcha de las tejedoras de alfombras, la inspiración de los pulmones mientras todavía expelen aire, el mar en la sal, la ebullición que ya pasó por las ollas, el olvidado bostezo del niño, el antiguo niño en el aguador anciano, la lluvia del Líbano en la madera de cedro.

*

Después de comer, café para despertarse y seguir escribiendo. Hace años, en Córdoba, a mediados de los noventa, solía decirle a mi amigo Javier Fernández que vivimos en una nueva Edad Media, y no hablaba de la edad de los *media*, sino de un nuevo Medievo donde los escritores y filósofos somos los nuevos monjes, excepciones solitarias y enclaustradas que mantenemos cierta elevada idea de cultura en modernos monasterios (universidades), o como anacoretas en nuestros ergástulos (domicilios), contra viento, marea y desidia general. A Javier le hacía gracia esta imagen monacal, y con posterioridad me la ha sacado a colación dejándome caer que, por desgracia, puede que esté en lo cierto. Me he acordado de ella al leerle a Maffesoli que «la confrontación con el exterior, con lo extranjero, es precisamente lo que permite al individuo medieval vivir la pluralidad estructural que duerme en su interior». Aquello que sucedía en el medievo ocurre ahora otra vez, configurando la necesidad del monje escritor de ponerse frente a la exterioridad de los demás y de lo demás. Peter Sloterdijk, en *Extrañamiento del mundo*, recuerda que el desierto era el lugar idóneo para los anacoretas que, entendidos como los «inútiles para el servicio mundano», configuraban una red monacal dirigida a hacer del desierto un «hecho consumado». Sí, las analogías son evidentes aquí también con nuestro tiempo, donde el desierto nietzscheano de la falta de sentido y el páramo cultural se vencen, o más bien se combaten, gracias a una red digital de ermitaños, dedicados por doquier a enviarse píldoras de cultura los unos a los otros: esta semana un editor me ha enviado dos relatos en formato pdf de Roberto Valencia, yo le envié poemas a Martín Rodríguez Gaona para una antología, y así, de nodo a nodo, de nudo a nudo, por todo el mundo. Lo que nos convierte en minoría enrejada y enredada es la consciencia de que el mundo exterior no es suficiente, que escasean en él nutrientes cerebrales de primera necesidad. Los monjes medievales eran copistas y nosotros nos dejamos llevar desde nuestros *scriptoriums* por la cultura del «copiar y pegar». *Omnia vetuntur*, todo gira, escribió Propercio y estamos en la más cruda de las circunvoluciones.

*

El domingo como recapitulación, como recorrido de capítulos de libros; domingo como día de lectura, de escritura, de sanación, de reordenación de libros en los estantes y de estantes en la casa; el domingo como cita de casas y como casa de citas.

*

En España, cuando las personas mayores recuerdan su juventud, suelen decir: «me fui a estudiar fuera»; y añaden a continuación —con gran sorpresa para nosotros, los más jóvenes— «me marché a Barcelona», o «me instalé en Madrid».

Que la palabra *fuera* no signifique para ellos *el extranjero* es muy revelador de los cambios sociales que se han producido en España en las últimas décadas.

*

Cena y conversación. La pareja disuelve el yo. Pensar en plural ayuda al difuminado. Y para eso también es un buen coadyuvante la ausencia de pantalla. La tele es una de las formas del autismo. Me pregunto por qué, si tan buena es la ausencia de imágenes dinámicas para leer, para reflexionar, para escribir, para conversar, incluso para la vista, voy a llamar al técnico mañana a primera hora, sin perder un segundo, para que ajuste la antena cuanto antes.

LUNES 11

Creo que algún día debo ser citado. Por alguien que quiera olvidarse de sí mismo.

HERIBERTO YÉPEZ, *41 clósets*

Lluvia en la Ciudad Roja. Toneladas de fragmentos afilados cayendo sobre las perplejas legiones de turistas españoles llegados con el puente del día de la Hispanidad. Mi relación con los turistas aquí es muy difícil. Mientras que en Estados Unidos solía correr cuando veía a un viajero español para saludarle, o para preguntarle si necesitaba ayuda, aquí los rehúyo. Hago una observación previa, ya que hay dos tipos de visitantes ocasionales de Marrakech, cualquiera que sea su nacionalidad: quienes acuden, respetuosos e interesados, a conocer una ciudad magnífica, y quienes vienen con un patético aire de superioridad cultural a mofarse del presunto atraso del país y a formular incómodas e irresponsables preguntas a los locales, sin darse cuenta de su propia ignorancia, de sus rudos modales, de su pésima educación, que en sí mismas son auténticas formas de retraso cultural, y que tan lejos quedan de la exquisita hospitalidad y la apertura a lo desconocido de cualquier analfabeto marroquí, cada vez más escasos, por cierto. A estos turistas botarates que lucen sus barrigas grasientas y sus gordos prejuicios desde una inexistente superioridad les dejo vagar por la urbe, rezando para que se pierdan por la medina y tengan que rogarle a algún marrakechí que les devuelva al orientalismo impostado de su hotel barato, diseñado irónicamente para satisfacer la ignorancia cultural y el atraso de sus visitantes. La mayoría de los españoles que viene por estos lares no es así —me ahorro mencionar la nación europea de procedencia de la mayoría de estas acémilas—, pero cuando me topo, y me ha pasado, con algún compatriota imbécil que se comporta aquí como si esto fuese su patio trasero, me dan ganas de darle la lección de respeto y educación que aquí les ahorran porque tienen, y les alabo el gusto, mejores cosas que hacer que ilustrar a visitantes catetos y sin escrúpulos.

*

La lluvia convierte al lunes en un ser maltratado, un intento frustrante de promesa. Con su banda sonora de fondo me acuesto.

MARTES 12

No fueron años fáciles, añado esto para los que lo estén preguntando. Pero sí fueron años interesantes. No todo el mundo tiene la oportunidad (¿el privilegio?) de desconocerse de manera radical justo a la mitad del camino de la vida.

CRISTINA RIVERA GARZA

Festivo raro, una extensión de lo de antes en lo de ahora. Ella pincha *Sketches of Spain*, de Miles Davis. Uso *pinchar* a modo de metáfora, puesto que ya no hay agujas ni vinilos sobre los que incrustarlas, sino un disco compacto girando en un reproductor, información musical digitalizada en pistas de bits y procesada por un ordenador. Sin embargo, Davis y su banda están ahí, se oyen las baquetas, el soplo despacioso, los huecos que quizá corresponden a toses barridas digitalmente por el equipo de remasterizado. La música es fantasmal, su compresión virtual es inexplicable para mí, a pesar de haber leído la descripción técnica del proceso —o quizá porque la he leído y entendía las palabras, pero no el significado, como les sucede a algunos leyendo los ensayos más complejos de Sánchez Ferlosio o Rafael Dieste—, pero la cuestión es que la añagaza es perfecta; un Davis redivivo sale por el altavoz y toca, ahora, *Kind of Blue*. Diríase que interpretan tras la estantería, a bajo volumen, para distraernos. Al terminar la pieza aplaudo, silenciosamente también.

*

Veo en Twitter una nota de EFE conteniendo declaraciones de una escritora cubana, para la cual «la verdadera resistencia del exilio es la lengua».

No se debe utilizar la palabra exilio de modo gratuito; incluso el *DLE* 2 define al exilio como «expatriación, generalmente por motivos políticos». El exilio es un castigo o una prevención de represalias, en todo caso algo muy serio. Se podrían hacer calambures de mal gusto diciendo que son otras cosas las que te expulsan de un país, pero por desgracia el enorme número de personas detenidas, retenidas en sus

domicilios, presas en campos de concentración o expulsadas de su nación por sus ideas impiden a cualquiera con un mínimo de responsabilidad futilizar (*DLE* ∅), frivolizar o banalizar el tema.

Trasterrado (*DLE* ∅): una palabra no incluida en el Diccionario[25] de la Real Academia Española —que sí acoge *expatriado*, un término menos hermoso y que incluye el problema—, pero que está cargada de simbolismos. El trasterrado vive más allá de las tierras, habita entre los bárbaros pero es *uno de los nuestros*, es el único que en vez de mirar en dirección al hogar tiene la vista puesta en lugares aún más remotos. La condición de trasterrado es elegida, no política, carece del elemento trágico que suele apreciarse en algunos textos sobre el exilio. Adorno dice en *Minima moralia* que «todo intelectual en el exilio, sin excepción, lleva una existencia dañada». En el exiliado ese adagio es cierto porque todo lo impuesto por razones ideológicas, sociales o raciales, hiere la existencia y la lesiona en su parte medular; pero cuando es uno mismo quien escoge vivir apartado, la sensación es otra: «No cabe exilio si el mar y el desierto son la canción del viajero», reza el verso de Mahmud Darwix. Tan triste es tener que salir como ser incapaz de abandonar la patria; Plutarco compara en *Del destierro* a quienes no pueden vivir fuera de su lugar de residencia con los necios que creen que la luna de Atenas es más hermosa que la de Corinto.

El desplazamiento elegido no merece compasión ni envidia. Es algo por lo que uno ha optado, como otros prefieren permanecer, una decisión que nadie suele aplaudir ni cuestionar. El trasterrado no es más feliz, sólo es diferente, carga con su nomadismo de costumbres y lenguas y es quizá más tolerante o abierto o plural o comprensivo o libre de prejuicios, o tiene más elementos para sopesar comportamientos humanos, o como quiera llamarse a esa serenidad. Viajar aviva, estimula, despierta, de acuerdo; pero vivir en el extranjero un período largo abre la mente, barre sus cuévanos de estática, limpia el cerebro de esquemas sociales predeterminados, de prejuicios, de prescripciones, presiones y preocupaciones; de prefiguraciones, presciencias y predicciones; de preces, prelados y prebostes, de predilecciones y presunciones. Aleja cegueras, obcecaciones, manías, terquedades, hace al individuo dúctil y firme a la vez, capaz de doblarse como una caña y de resistir la tormenta, como un bambú (la imagen es de Lao Tsé), de moldearse a los demás sin perder su forma, como el boj (la imagen es de Camilo José Cela), de adaptarse al vaso nuevo sin abandonar la forma líquida (la imagen es de Bauman), de portar conocimiento y devolverlo íntegro meses o años o décadas después, reproduciendo intacta su belleza, como un bit. La imagen es mía.

*

Como no releo lo escrito ni reescribo —estoy pensando no hacerlo tampoco al digitalizarlo, para no romper el experimento y dejarlo agreste, tal y como fue ejecutado—,[26] no sé si he expuesto ya lo que sucedió cuando subimos a la terraza de la casa de Juan. Aquella tarde que fuimos a pasear, la de las cigüeñas, nos invitó a visitar su solana, para que viésemos la medina desde otra perspectiva; para ello atravesamos la zona alta de la casa, que parece un extraño Tetris de elementos habitacionales, un puzle arquitectónico o laberinto de Escher en el que hay piezas que se incrustan en las casas anejas, y viceversa, rectángulos invasores de hogares vecinos y diferentes alturas dentro de un mismo piso, manteniendo un delicado equilibrio —como la propia medina, si me paro a pensarlo—. Desde la terraza hay una pequeña vista parcial de la plaza Xemáa el Fna, pero sobre todo lo que nos cautivó es la otra vida que se respira en las terrazas. Mientras que en las callejuelas adyacentes a la casa de Juan el bullicio es ensordecedor y la masa atora el ancho paseable (*DLE* ∅), allí arriba no se oía prácticamente un ruido, como si toda esa agitación sucediese en un planeta lejano. El movimiento incesante de abajo se paralizaba en las alturas, que provocaban una profunda inyección de paz y la impresión de que el tiempo se congelaba, apuntalado por los altos minaretes en derredor. En las azoteas de Marrakech la forma visual predominante es el círculo; los incontables discos blancos de las antenas parabólicas sobresalían frente a los rectángulos (alfombras, telas, puertas, espejos) que a ras de suelo rigen el angosto horizonte. Me viene a la cabeza, viendo las circunferencias albas enlazadas al satélite, la imagen del antropólogo David Morley, que decía que en algunas zonas las antenas parabólicas se consideran una forma de traición cultural, «a través de las cuales los grupos de inmigrantes viven un estilo virtual de diáspora». Nomadismo audiovisual, escape sin salir de casa.

He recordado aquella divergencia entre el silencio superior y el escándalo *rez-de-chaussée* cuando después de desayunar hemos ido a dar un laberíntico paseo a la deriva por la medina. Hemos decidido perdernos adrede, siempre amparados por el potente sentido de la orientación que se despierta al viajar y residir en lugares nuevos, donde encontrar el norte puede ser, sin exageración, un desiderátum para la supervivencia. Cuando se vive en un lugar donde cualquiera tiene derecho a llevar armas, como Estados Unidos, el nómada aprende de forma instantánea que hay lugares, u horas, en los que perderse puede ser algo más que una experiencia peligrosa. Hoy, después de dos horas caminando por lugares ambivalentes, que según sean mirados tienen una belleza crepuscular o una fealdad aurática (*DLE* ∅), hemos topado de nuevo con la plaza, que hace las veces de

atractor magnético, y tomamos la decisión de volver a las alturas. Desde arriba, la actividad frenética del mundo; aunque comparada con otras veces la plaza está tranquila (es perceptible la temporada turística baja y por ello la afluencia de viajeros remite), los vendedores rodean a los extranjeros que, superados por el ruido de los músicos ambulantes y de los puntos de venta y cegados por el sol blanquecino que ha sucedido hoy a la lluvia, se desorientan a lo largo de la extensión cementada.

Desde la terraza panorámica del Café de France, que en realidad pertenece a un hotel encaramado a las plantas superiores, las palmeras alineadas parecen demarcar con sus luces verdes una pista de aterrizaje para el simún.

*

La deriva por las ciudades es hoy más fácil que nunca; basta pinchar aleatoriamente en mapas digitales con la aplicación del Google Street View.

Leo hoy en un libro colectivo una cita que me recordó Goytisolo en nuestra última conversación: «Desorientarse en una ciudad no significa gran cosa. Pero perderse en una ciudad como si se perdiera uno en un bosque, requiere de toda una educación». Es de Walter Benjamin, y es curioso no acordarme de ella, puesto que no hace mucho que leí *Dirección única*. Encontrármela dos veces en cuatro días me parece tan extraño como haberla olvidado.

*

Ahora toca olvidarlo todo hasta mañana.

MIÉRCOLES 13

El estado del mundillo literario español es tan enfermizo que no es capaz de procesar el halago desinteresado. Sólo la provocación, el insulto, la suspicacia o la agresión, más o menos veladas, están permitidos en sus putrefactas galeras. El sol no puede entrar en ellas, debido a que gran parte de los habitantes son vampiros.

Repaso esta mañana, mientras tomo algo muy temprano, un estado que dejé ayer en Facebook, para ver si alguien ha dejado comentarios. No hay ni uno solo. Miro estados anteriores que colgué sobre temas literarios: 23, 54, 40 comentarios. Ni una sola apostilla a éste. ¿La razón? Mi estado era un elogio. Un elogio abierto, desinteresado y sin reservas al editor de Mondadori, Claudio López Lamadrid. Cuando algo así ocurre, las criaturas del averno literario rápidamente salivan y comienzan a deducir oscuros intereses editoriales por medio; calibran cómo el piropeador (*DLE* ∅) o lisonjeador puede estar tramando prebendas o publicaciones; rumian trasiegos de agentes o cosas peores. Pero hete aquí que en mi felicitación aclaraba que no conozco a Claudio en persona, que nunca hemos hablado ni hemos coincidido en fiesta alguna —a las que por lo demás no puedo ir—, que espero seguir en mi editorial y por tanto ningún motivo mueve mi elogio más que la rendición de tributo ante un excelente trabajo, ante una labor editorial diversa y valiosa. Todos los vampiros e incluso los no vampiros se han quedado estupefactos. Nadie ha querido moverse. Todos los comentaristas y amigos de Facebook, por lo general fáciles de ratón, han dejado los dedos congelados sobre el teclado, sin saber qué hacer, preguntándose quizá *qué se propone Vicente con esto*, sin llegar a imaginar que Vicente no se propone nada, que no hay motivo oculto, y que Vicente sólo cree que una fabulosa labor editorial es razón bastante para quitarse el sombrero y aplaudir al responsable. No hay más. No hace falta más. Es tremenda la falta de generosidad y la cicatera estrechez que preside nuestro mundillo, lleno de podredumbre moral y de vileza y envidia. Un auténtico charco de cerdos, así lo describí en *La luz nueva*, cuyo nauseabundo olor ha sido una de las principales razones para mantenerme mientras pueda en el extranjero, visitando a veces el lodazal sin pisarlo el tiempo suficiente para contaminarme.

Hay veinte o treinta excepciones, quizá cincuenta, a los que llamo mis colegas. Muchos de ellos también huyeron cuando les fue posible, o se marchan en cuanto pueden.

*

Trabajo todo el día, con diversas reuniones de planificación, tanto con el personal como con personas que nos ofrecen sus servicios o su trabajo artístico. Con referencia a esto último, comento que ayer recibí una llamada lamentable de una persona del mundo de la música, con «altos contactos», según me hizo saber, felicitándome casi por haberla elegido, cuando apenas me había hecho saber su nombre y rama artística de interpretación. Encomió sus empingorotadas amistades y planteó la posibilidad de invitarme a dar una conferencia en tal sitio. Cuando terminó de hablar, le respondí sola y cortésmente que antes siquiera de plantearme contar con ella entre las decenas de ofertas que recibo para preparar nuestra programación cultural, necesitaba escuchar composiciones que hubiera grabado o tocado, pues, a pesar de llevar muchos años como gestor cultural y de haber organizado o patrocinado cientos de conciertos, nunca había oído su nombre. «Ah… lo entiendo, y me parece bien», me dijo, no sin un momento de vacilación. Y añadió: «Creo que su amigo X tiene un disco mío». «No se preocupe, yo se lo pediré», contesté con amabilidad antes de colgar.

*

De vuelta a casa, en un día torcido en el que para colmo me hurtan el teléfono móvil, olvidado en una cafetería, veo a un hombre en la acera con el rostro desencajado. Mira con ojos de pez a un grupo de chicas que pasea por la acera de enfrente. Sigo conduciendo y lo veo, desde el final de la calle, por el espejo retrovisor, sacar un teléfono del bolsillo —compruebo, aliviado, que no es el mío— y marcar el número de su mujer. Yo he torcido ya por la rotonda de la Place de la Liberté, pero puedo escucharlo:

—¡Aliya!

—Said, ¿qué sucede?

—Acabo de ver a tu hija.

—Siempre que te enfadas con ella, es *mi* hija. Te recuerdo que es de los dos.

—¡El pañuelo!

—¿Qué pañuelo?

—¡Salía del colegio con las amigas y no llevaba el pañuelo en la cabeza!

—…

—¿Tú lo sabías?

—No lo sabía, pero me lo imaginaba. Hace dos semanas la descubrí en su cuarto haciéndose peinados con una revista de modas abierta en la cama. La miré muy seria y me dijo que estaba jugando.

—… ¿Y?

—Pues no sé, le creí, y lo dejé estar.

—Pues ahora va en serio, créeme. Se pone el pañuelo al entrar a casa. Es increíble. A saber desde cuándo lo hace.

—No lo sé.

—…

—¿Qué vas a hacer, Said?

Mientras aparco, lo veo colgar el teléfono sin contestar. Todavía mira un instante en dirección al lugar donde su hija ha torcido por la segunda calle a la izquierda, como si hubiera dejado algún mensaje para él colgado en el aire en esa esquina. Consternado, camina hacia el ciberparque Arsat Moulay Abdeslam, ubicado dentro de la medina, en su lateral sudoeste. Comienzo a preparar la cena cuando Said lleva allí dos horas sentado, con la cabeza entre las manos, entre un olivo centenario y dos chicos que buscan en uno de los ordenadores verticales instalados en postes fotos de Jennifer López.

JUEVES 14

¿Dónde están sus herederos del siglo XXI, que puedan usar los kits de ficción ensamblados por Ballard en los setenta como diagramas y planos para un nuevo tipo de ficción?

MARK FISHER

Leo antes de ducharme esta frase de un biofísico y empresario que me da mucho que pensar: «Lo que realmente es liberador es ir caminando por una ciudad y pensar que es puramente biológica: que allí no hay contradicción entre la carne, la biología y la tecnología. Es la manifestación de la biología creando esa entidad, ese superorganismo: una ciudad».

*

El pájaro dobla
en 180 grados
una esquina
creando una nueva
fachada
que sólo puede ver
quien mira atento

*

El fragmento como salida, como vía de escape de la tensión (literaria), como modo de huir de la alienación y seguir pensándose escritor.

*

Llegar a casa vacío, sin fuerzas, sin ideas, con ganas de escribir pero sin capacidad física ni mental para ponerse frente al cuaderno. Comer algo, coger fuerzas, leer un poco para recordar quién es uno y reasimilar su posible papel en el mundo. Pensar cuánto va a durar

esto. Recordar que tu padre dejó para la jubilación muchas cosas que deseaba hacer y que murió a los cincuenta y nueve años.

Pensar exactamente eso, sobre eso, darle vueltas a esa idea para que no se te olvide.

*

Entender los ciclos vitales como una oscilación, patente en tu caso (y en el de muchos otros, has estado once años estudiándolo por las noches) en tus libros. Los ciclos *Tiempo* y los ciclos *Construcción*. Momentos de la vida en que uno intenta recomponer los pedazos tras la disgregación y darse a sí mismo un espacio (*Tiempo*). Momentos que uno se satura del espacio conquistado, de la inflación del ego desértico alcanzado, y llega el tachado del yo (*Construcción*).

Estamos en etapa de tachado.

Son más creativas, y más dolorosas también.

*

Por una cadena de azares grotescos —el otro día achicharré el vídeo al olvidarme de conectarlo a un transformador— seguimos sin televisión. Creo que ya nos vamos a sentir extraños cuando la encendamos.

*

Los idiomas como transformadores culturales para el nómada.

*

Releo en el *Bhagavad Gita*, XII, 13-19: «El hombre que muestra buena voluntad hacia todos, que es afable y compasivo, que no piensa en el "yo" ni en "lo mío", que encuentra la misma paz en el pesar, y se halla dispuesto a perdonar […] cuyo hogar no está en este mundo, y que posee amor, ese hombre me es grato».

*

Mi extensa parte inconsciente sabe que mañana se acaba el libro. Lleva ya dos días tejiendo ideas para la novela que comencé a diseñar en julio y de la que apenas tengo unos bocetos y varios capítulos diseñados. El inconsciente es más sabio que nosotros, va por delante, vive preparando el futuro mientras nosotros aún estamos anclados en un presente que sabe a pasado, que para él es la antigüedad. Nos

limitamos a recorrer lo que él ya hizo antes, aquello para lo cual estuvo trabajando en silencio y por debajo del radar durante meses, o semanas, es imposible saberlo. Joyce decía que era mucho más interesante tener una idea precisa del consciente, por ser el otro gran desconocido. En cierto período mi admiración hacia el escritor irlandés me llevó a pensar que era una frase extraordinaria, pensada por un superdotado. Con el tiempo aprende uno a tomar distancia de todo, y ahora veo esa frase como una agudeza sin sentido. Del consciente lo sabemos ya casi todo, sobremanera después del descubrimiento del mapa genómico y los avances imparables de la neurobiología en los últimos treinta años. Que no tengamos claro por qué suceden algunos procesos neuronales no es óbice para darse cuenta de que conocemos esos procesos. Dominamos el contenido y el único ámbito de investigación a ciegas se reduce a ciertas causas y a ciertas implicaciones. Del inconsciente no sabemos apenas nada. Ni siquiera sabemos qué ocurre, porque en él, salvo contados vestigios, no somos capaces de recordar sistemática y precisamente lo que soñamos. Ni siquiera creo que rememoremos todas las microfantasías de segundos que nos regala de cuando en cuando a lo largo de la vigilia. Los psicoanalistas llevan siglo y medio elaborando conjeturas que suponen una buena aproximación pero que son incomprobables (*DLE* ∅). Creo que hay verdad en varias hipótesis de Freud o Jung, y en algunas epifanías de Lacan, pero no sé ni *por qué* son ciertas ni hasta qué punto lo son, así como ignoro su grado de cumplimiento en personas de culturas, lugares, edades o psiques diferentes. A mi juicio, el descubrimiento de las zonas interiores o inferiores del cerebro y el ahondamiento geológico en la corteza terrestre, de la que se ignoran más cosas de las razonables, son para mí dos desafíos unidos en el futuro del conocimiento, enlazados de la misma sospechosa forma en que la física de partículas y la cosmología comparten leyes similares. Da la impresión de que cuanto más sabemos de lo *exterior* más ignoramos de lo *profundo*. Por eso supongo que no es casualidad que esas dos realidades emparentadas, la psíquica y la geológica y sus respectivas tectónicas abismadas, constituyan el epicentro de la novela que toca escribir a partir de pasado mañana.

*

Sí, voy a acostarme. Y no, no he conseguido ganar a la máquina ni una sola partida de ajedrez en estos veintinueve días.

VIERNES 15

Ha terminado el mes, y de haber sido más inteligente el hacedor, *Derb* habría sido finalizado un sábado, o un domingo, para tener el tiempo suficiente y dedicarle a esta historia, o a esta suma de historias sobre nada, a este libro sobre nada sustentado únicamente en el *stylo* (léase en la acepción francesa de la palabra), un largo y digno final; pero, careciendo de previsión el escribidor, la cuestión es ahora cómo rematar un texto después de un día como el de hoy, así de normal, de cotidiano, de exigente, plagado de reuniones, interminables informes, clases de idiomas y breves pausas alimenticias, lo cual suscita ganas de decir que estas circunstancias apuntan a lo contrario de la literatura, pero, de muy opuesta forma, ésas son las circunstancias del autor, el modo mismo en que su maquinal y burocrática vida se desarrolla; un *modus vivendi* que fue elegido precisamente porque la esclavitud que comporta sirve a una libertad, la de poder hacer lo que se quiera tras ejecutarla, la de poder escribir con absoluta independencia, la de no estar sujeto a demanda ni a precio artístico, la de no tener que integrarse en un sistema de novela anual, obligatoria, comercialoide, obediente a las órdenes del agente o editor de turno; la única vida en la que es posible hacer literatura de riesgo, atrevida, experimental, improvisada o no, larga o corta, legible o ilegible, provocadora o quizá contracorriente, abierta, lejana, en las antípodas de lo normalizado y lo recomendable por los popes; una existencia arrebatada y en ocasiones alienante, sí, pero menos alienante y deleznable que la escritura al dictado, que la concesión artística, que el abaratamiento, que la claudicación remunerada, que el acato pacato, que el servilismo arribista, que la sumisión gazmoña a cambio de nada, pues el dinero es intercambiable y triste, y puede poner uno a su servicio horas al día, pero no una vida; unos días a la semana, pero no el talento; y aunque el escritor que tiene tres o cuatro trabajos —el creador, el crítico, el investigador y el alimenticio— sólo sea pagado por uno y escasa y episódicamente minusvalorado, léase remunerado, por los otros, se queje de continuo sobre el vacío de su día a día y el excesivo esfuerzo consagrado a un mester que no le deja más que una ambigua sensación de trabajo bien hecho, nunca tan reconfortante como le enseñaban de pequeño, ese escritor es asaz

consciente de que la alternativa *no existe*, de que no hay modo ético de escribir que no pase por una escritura al margen, en las afueras, antinormalizadora, parasistemática, libérrima, excéntrica y libertina, y que ese precipicio, ese abismo, esa cavilación constante desde el filo del fiordo, ese lejano horizonte de sucesos, esa meditación, ese descalabrarse, esa impostura, esa niebla, ese vacío, ese temblor, esa cogitación, esa rotura, esa calamidad mecanizada, sólo es posible cuando uno se entrega por *completo*, sin que el *todo* a que la palabra *completo* se refiere deba aludir a una entrega total en el tiempo, sino a un total en lo profundo del empeño, a darse por completo al escribir; no a darse *de continuo* a la escritura, he aquí un frecuente malentendido, y por ello piensa ese escritor que la literatura es un gesto dirigido hacia lo hondo (del lenguaje, del ser) y no hacia lo continuado, de igual forma que alguien dijo que en la literatura lo extendido no es lo mismo que lo extenso; y por ello, por todo ello, mediando lo anterior, quien sea que da término hoy a este libro ha decidido venir a terminarlo aquí, dónde si no, al centro de gravedad, al atractor, al eje de los sonidos, a la plaza Xemáa el Fna, el lugar donde todos los destinos se cruzan, en la circulación, en el movimiento inconsciente, en la órbita estacionaria de los cuerpos, en este oasis de olores y sabores, en este polígono inclasificable, mutante, que se altera con cada tenderete provisorio, con cada efímero chamizo; en esta galaxia a donde se dirigen centenares de nómadas, viajeros y turistas, aquí, en la piedra angular de este libro es donde debe terminar y acabar y consumir; aquí es donde debe dar su vida, quiérese decir que morirá, este volumen de contenido errante entre temas, géneros, realidades y ficciones, y aun sujetos y predicados; es aquí donde deben cesar el ruido y los silencios y redobles y murmullos del idioma, es aquí donde, por vez última, el lenguaje ha de poblarse de signos y dejarse mecer por los objetos y las formas expuestas a la vista, y por ello, y antes de caer en el mutismo, deberemos apuntar cada traje, cada bolígrafo, cada afán, cada rostro, cada libélula, cada abrigo, cada picor, cada rastro, cada tropo, cada bicicleta, cada sentido, cada gemido, cada mano, cada silbido, cada grano, cada textura, cada carro arrastrado por mulos, cada camiseta, cada añoranza, cada *bestela*, cada altavoz, cada trajín, cada ulema, cada coche, cada bolso, cada nube, cada chilaba, cada página, cada niño, cada caftán, cada mochila, cada bostezo, cada lengua, cada idioma, cada bebida, cada polaridad, cada vibración, cada bulto empaquetado, cada fragmento, cada pantalla, cada grito, cada mota, cada caída, cada trapo, cada rota cerámica, cada golpe de timbal, cada silueta, cada mirada, cada sombrero, cada aguamanil, cada puerta, cada embuste, cada cuaderno, cada fajina, cada flauta, cada amuleto, cada ansiedad, cada distancia, cada cuentacuentos, cada esterilla, cada rebozo, cada

hebra, cada recuerdo, cada policía, cada palabra, cada servilleta, cada cada, cada zapato, cada cristal, cada periódico, cada par de gafas, cada día, cada alfombra, cada *henna* grabada, cada atardecer, cada naranja, cada amada, cada radar, cada rasta, cada gesto de amistad, cada vaso, cada terraza, cada serpiente, cada silbo, cada voz, cada neutrino, cada lagarto, cada silla, cada pensamiento, cada partícula luminosa, cada párpado, cada fuego, cada palangana, cada grafiti, cada toldo, cada fermión, cada botella, cada mono volatinero, cada disfraz de aguador, cada cesto, cada barquillo, cada muela extirpada, cada palmera, cada línea, cada onda de radio, cada frase, cada careta, cada cartera, cada tetera, cada mesa, cada pistola, cada motocicleta, cada circunstancia, cada palinodia, cada embarazo, cada maceta, cada collar, cada anáfora, cada embaucamiento, cada bizquera, cada loseta, cada acedía, cada sonido, cada rezo, cada cereza, cada aspereza, cada certeza, cada palmejo, cada biznido, cada cerecollar, cada cocheranja, cada terratesla, cada sacamoto, cada acedilanta, cada sombrerisa, cada fercaída, cada empaquetal, cada clarinube, cada barquisión, cada serpigrafa, cada sonieta, cada chilamulo, cada aspedía, cada vuelasombra, cadaguatoldo, cadacritamento, cadadíaniña, cadaterratero, cadaplumilego, cadamanireza, ciudadcadaroja, azulsillacada, cahisdatoria, escricatorda, nócamadada, vicadada, lidabroca, logoydatisoca, subcajuntidavo, pencasamiendato, susdapicaro, ficanalda.

CEMENTERIO DE MADRID

Todo es morir, y acabóse la obra

MIGUEL DE CERVANTES, *El Quijote*

FIN

(Córdoba, 1998 — Albuquerque 2007 —
Marrakech 2010 — Estocolmo 2017 — Málaga 2022)

DEDICATORIAS

Madrid se agazapaba.

ALBERTO MÉNDEZ,
Los girasoles ciegos

Por ahora basta de Madrid
Por ahora basta de Madrid

LUIS DE GÓNGORA,
carta de 1623

En «Paseo» y «Atocha» aparece Antonio Martínez Sarrión, a quien quiero dedicar esas piezas *in memoriam*. «Albuquerque» es para Fernando Martín Pescador. «Benicàssim» es para Luis Rodríguez y Verónica Badenas. La noticia de que las personas recorren una y otra vez los mismos espacios de la ciudad me la recortó de *El País* de 5 de junio de 2008 Mario Cuenca Sandoval, que sabe qué tipo de cosas raras me interesan. Antonio Garrido Domínguez, que me animó a culminar este libro, puede elegir cualquier pieza teórica de su agrado. Las piezas suecas son para Ken Benson y Juan Carlos Cruz Suárez. En «Ronda de los Tejares», mis amigos cordobeses Sergio Pozas, Paco Estévez y Pedro Bello hacen un breve cameo. Agradezco a Jorge Carrión su fotografía junto a la estación del Norte. Un agradecimiento especial es para Fernando M. Romero, por su espléndido diseño de cubierta. Alejandra Manzano (www.aleka.es) diseñó el panel de tráfico «Madrid-centro». Isabelle Touton y Paola Tinocco solucionaron algunas dudas lingüísticas. Quiero agradecer a Elvira Navarro y Francisco Solano los reparos que pusieron a la primera versión de 2003 y que me han ayudado, espero, a mejorar las siguientes. También agradezco de corazón los consejos que Javier Fernández y Luis Gámez me dieron para la segunda, y los recibidos de Virginia Aguilar Bautista y del equipo de Galaxia Gutenberg para la tercera.

EPÍLOGO CRÍTICO

Notas para cercar *Circular 22*

Monika Sobołewska
Y al volver del sueño me dije: ¿Quién pone orden y lógica y coherencia, es decir, organización, en esto?

MIGUEL DE UNAMUNO,
«Una entrevista con Augusto Pérez»

«Tengo que saberlo *todo* para liberarme por fin de la ciudad», respondí en mi sueño.

LAWRENCE DURRELL,
Balthazar

¿Acaso vuestra filosofía no es también circular?

YEVGUENI ZAMIATIN,
Nosotros

[…] el sustantivo enciclopedia, nacido etimológicamente de la pretensión de agotar el conocimiento del mundo encerrándolo en un círculo

ITALO CALVINO,
Seis propuestas para el próximo milenio

En una ponencia sobre *Circular 07*, expuesta en un congreso celebrado en la Université Libre de Bruselas en 2018, la profesora Bénédicte Vauthier, tras proponer diversos acercamientos a la obra de Mora, explicó que para entender sus claves es necesario ahondar en las ideas de fragmentación y apropiacionismo, entendidas en un sentido más amplio y omnicomprensivo del acostumbrado, debido a la autoconciencia teórica del autor. Coincido por completo con la eminente sabia y políglota suiza, y por ese motivo intentaremos montar este epílogo siguiendo la «poética» de Mora, remedando su estilo reticular, algo que está en el propósito de *Circular*, como el autor aclarase en el «Apéndice» a la edición cordobesa de 2003:

> Primero, se me ocurrió hacer un libro que contuviera todos los géneros: relato breve, poesía, ensayo, teatro, aforismo, microcuento, crónica, apunte, memorias, artículo de prensa,

artículo académico, diario. Luego oí hablar —iba aprendiendo — de géneros nuevos, como la novela río, el calidoscopio, el híbrido memorialístico-narrativo, el ensayo novelado, la metanovela, la autoficción, el verso épico. Se me ocurrió hacer un libro de cada uno. Leí sobre las teorías del texto que intenta comprender el mundo, y del *Libro* mallarmeano, intento de explicación órfica que, según Bataille, todo escritor quiere o intenta concluir. Hubiera sido un crimen no intentar la «work in progress». Me apetecía hacer un libro de relatos sobre Madrid, con algunas zonas temáticas agrupadas en proximidad, como los antiguos gremios. Quise novelar una enciclopedia —véanse Papini, Borges, Calvino, Aira; Joyce, en una carta a Linati, expresa idéntico propósito—. Me propuse culminar lo que el propio Joyce quiso para su *Ulysses*: del mismo modo que Paracelso, quien se jactaba de que llegaría a restaurar la rosa o la violeta originales a partir de la ceniza en que se habían consumido, el irlandés quiso hacer un libro tan detallado que, si Dublín desapareciera de la faz de la tierra, pudiera ser reconstruida fielmente a partir sólo de sus páginas. Al abandonar la ciudad, ésta desaparece; escribir es restituirla. Cómo olvidar la vocación de registrar el propio lenguaje que utilizan las ciudades y sus habitantes e integrarlo literariamente. No podía negarme a la tradición secular de la Bildungsroman. Tenía pendiente un ensayo fragmentario sobre urbanismo, porque el urbanismo es fragmentario. Y, por supuesto, estaba siempre detrás, como una especie de destino, el «libro sobre nada», basado en el estilo, que Flaubert imaginara. Y pensé: qué desperdicio de tiempo y de esfuerzo, cuántos libros por delante, por qué no intentar hacerlo todo al mismo tiempo.

Así nació *Circular*. El primer fragmento surgió en mi mente a principios de los años noventa, y el libro se fue larvando sin escribir nada hasta el año 1998; ahí comencé a escribirlo y desde entonces no he cesado.

*

[…] el arte no necesita representar solamente lo que es inherente a una época determinada: todos los asuntos en los que el hombre puede verse de nuevo en él son de su dominio.

HEGEL, *Estética*

Apropiación y realismo. El apropiacionismo de *Circular* debe ser

entendido dentro de una palabra clave en esta obra, de hecho citada en ese «Apéndice» de 2003: la idea de *reconstrucción*, un concepto defendido también en la crónica sobre ARCO de 2007. Lejos de «samplear» elementos existentes, la reconstrucción implica que los pecios derelictos que Mora reutiliza para sus composiciones —tanto los «trozos de realidad», fruto de la observación directa, como las citas literarias— persiguen un doble fin: primero, ser resituados o recontextualizados en lugares donde adquieren un nuevo sentido; segundo, ponerse al servicio de un plan estético mayor, como piezas o teselas de un mosaico dotado de su propia especificidad, que arroja luz sobre los elementos insertados en él. Algo que me parece evidente en las piezas denominadas «Bibliomaquias» (neologismo del autor, que une dos palabras griegas para apelar a «la lucha de los libros»), donde los diversos poemas se componen sin utilizar un solo verso propio. Y sin embargo, gracias a ellos se construye «la voz» propia de *Circular*. Es en las bibliomaquias donde, según la expresión acuñada por el autor, «el propio libro toma la palabra».

Esto tiene incidencia, claro es, sobre el marchamo de *realismo* que ronda la obra, y del cual ésta, a la vez, parece huir denodadamente. En su primera versión, se nos decía que *Circular* intenta reflejar casi siempre la realidad una manera bastante fidedigna, rozando en ocasiones lo científico. Preguntado el autor al respecto en una entrevista, me respondió: «Algunos contados fragmentos se extraen directamente de la realidad, son experiencias mías o de otras personas; en estos casos, se aclara mediante las citas que acompañan a las piezas. Pero la voluntad de realismo no siempre es deseable por diversos motivos, entre ellos evitar el aburrimiento del lector (y del escritor). Por ejemplo, me he negado, por razones estrictamente éticas, a reproducir incorrecciones lingüísticas. “La literatura debería hablar el lenguaje de la gente sólo en el caso de que queramos que el *Homo sapiens* detenga su evolución. De lo contrario, es la gente la que debería hablar el lenguaje de la literatura”, decía Joseph Brodsky en *Del dolor y la razón*, y quizá tenía ambos. Hay pobreza de expresión o solecismos en varios personajes, lo que es necesario cuando son analfabetos; pero se han evitado los fallos conscientes de sintaxis (los inconscientes me son reprochables). Quizá es cierto que un espejo de la realidad en que nadie diga “pienso de que” es un mal espejo; pero prefiero escribir malos libros a escuchar cómo rechinan mis dientes nada más oír o leer esa atrocidad».

De ahí que, junto a piezas fantásticas, oníricas, carnavalescas, metarreferenciales y de ciencia ficción, abiertamente antirrealistas, otras veces se investiguen posibilidades de un realismo contemporáneo: la «estética del contenedor» a la que se hace referencia en «Canción del olvido» es una de ellas, y no tiene nada que

ver con la «New vulgarity» patrocinada por la revista *ID* y creada por Tibor Kalman; tampoco demasiado con el «gomi no sensei» y la maestría de la basura contemporánea citada por Lance Olsen y Mark Amerika en *In Memorian to Postmodernism* (1995); más bien está en las ópticas apuntadas por los artistas Tony Cragg, Matthew Monahan o Arman, por no hablar de Pistoletto, y aparece puntualmente en el *Henry Bengoa: Inventarium* (1986), de Bernardo Atxaga. Además, junto con *El mapa de América*, de Pablo García Casado, supone una refutación del aserto de José-Carlos Mainer en *La escritura desatada* cuando, al oponer la literatura al cine, achaca a la primera que en ella «no hay palabras que den la objetividad absoluta a una representación». Nada es del todo objetivo en arte, pero parece seguro que la literatura puede ser, al menos, tan ecuánime como cierto cine documental, si se extreman los medios.

En similar sentido, Mora ha declarado en varias entrevistas que *Circular* está escrito «con la ventana abierta», una actitud que deja que la realidad permee la escritura, aunque bien es cierto que el autor, en otras declaraciones, ha indicado que el libro se escribió «bajo la audición constante de discos de Bob Dylan (especialmente *Oh Mercy*) y Leonard Cohen, para conseguir cierto *ambiente* en algunos extractos». Quizá ambas aserciones no sean incompatibles, al tratarse de un libro escrito durante décadas y en condiciones y lugares tan distintos.

*

Un ejemplo del retorcido modo en que Mora entiende el realismo: la pieza «Sanchinarro», ambientada en el barrio homónimo de Madrid, que supuestamente consiste en una descarnada canción «trap» —de moda en los años diez del presente siglo, con sus drogas y sus tatuajes —, está compuesta en realidad a partir de algunas estructuras retóricas en latín del tratado *De fato, fortuna et casu* (1399), escrito por Coluccio Salutati; las combinaciones rítmicas versales empleadas imitan tanto las rimas del trap como las del *Libro del buen amor*, del Arcipreste de Hita. Lo que se proponga el autor con esta presuntuosa complejidad referencial y compositiva, amén de epatar y llamar la atención —¿de quién?—, está fuera de mi alcance.

*

Teorías. En *Circular* pueden encontrarse manifestaciones o aplicaciones de casi todas las teorías y técnicas modernas, tanto de la crítica literaria como de la artística, y de buena parte de los estilos literarios y tendencias actuales. Ello, sin embargo, no ha sido una decisión de Mora previa a la escritura, sino una consecuencia lógica de

la misma, al ver que en progresivos años *Circular* se iba convirtiendo en una especie de pulpo literario que absorbía todo cuanto giraba alrededor, incluyendo reflexiones y críticas sobre el libro. Su condición de enciclopedia circular —aunque todas lo son, tal es la etimología griega de ἐγκύκλιος— ha acabado provocando una relación inmediata con el libro-mundo, con los *Ejercicios de estilo* de Queneau, con Perec, con el fragmentarismo y con todo lo que contemplara la intención de Valéry —por tanto moderna, no posmoderna— de provocar efectos infinitos con medios finitos. Si George Steiner decía en *Lenguaje y silencio* que la novela realista «es el ideal del registro absoluto, de la organización total de los elementos sociales y psicológicos en el interior de una urdimbre ficticia», *Circular* se propone añadir todo cuanto falta en esa definición que, en realidad, no es agotadora: lo imposible, lo inconsciente, lo fantástico, lo ciencia-ficcional, lo solamente imaginable.

Hasta 2002 no leyó Mora el *Passagem-Werk* de Walter Benjamin, un dato que me parece relevante, porque obliga a apuntar a otras fuentes posibles de influencia, como las *Motel Chronicles* de Sam Shepard. Siempre que releo *Circular* recuerdo esta frase de Benjamin en «El autor como productor»: «Me refiero al procedimiento del montaje: el elemento sobreimpuesto desorganiza el contexto en que se inserta». Creo que el autor, sin proponérselo, ha continuado la línea de trabajo benjaminiana, algo frecuente a lo largo de este proyecto, que recoge diversos «desafíos» hechos por escritores del XX a los escritores o poetas del futuro, no siempre acometidos con éxito. En el texto también aparecen teorías hermenéuticas, incluida la deconstrucción, que en la primera versión era combatida, más por desconocimiento que por ingenuidad. Por último, se intenta dar voz no sólo a todos los estratos sociales, sino también a diversos objetos urbanos, desde calles a losetas de pavimento: todo es lenguaje y todo habla, parece decirnos el libro, todo puede enunciar. Mora suele citar en las entrevistas dos frases; la primera la escribió Pierre Boulez en una carta a Décio Pignatari: «La obra abierta es el barroco moderno»; la segunda, aquella de José Manuel Caballero Bonald, según la cual todo lo que no es barroco es periodismo. Mora cree en la existencia de un «barroco pangeico», relacionado con los barrocos contemporáneos que han descrito por separado Julio Ortega y Francisca Noguerol, del que este libro sería un ejemplo. En una de las ocasiones en que visité su despacho, mientras Mora se giraba para abroncar a unos niños por la ventana, aproveché para apuntar unas líneas que había subrayado en el libro de Benjamín Labatut, *La piedra de la locura*: «Necesitamos tejer nuevas historias con las ruinas y escombros que dejó el colapso de las grandes narrativas». Creo que se dio cuenta de mi pequeño robo, pero no dijo nada. Quizá lo dejó ahí como pista, o como señuelo.

*

una cárcel, como los tártaros consideraron a las ciudades

MARIANO ANTOLÍN RATO, *La única calma*

(**Meta)lenguaje**. Otro de los fines del proyecto, común a otras obras de Mora, es reflexionar sobre el idioma castellano. *Circular* intenta utilizar cervantinamente el máximo de vocabulario, incluido el preterido por el diccionario de la Real Academia. Rimbaud decía que «es preciso ser académico —más muerto que un fósil— para componer un diccionario, de la lengua que sea», y similares lindezas podrían entresacarse de *El tamaño de mi esperanza*, de Jorge Luis Borges. Pero uno y otro utilizaron los diccionarios, y el segundo leía enciclopedias, que no son más que diccionarios de semántica. Similar ambivalencia me parece apreciar en este agón de Mora con y contra el diccionario más utilizado de nuestro idioma. En este sentido parece pertinente reseñar que también están datadas cronológicamente en *Circular* la ortografía y la gramática; la dilatada temporalidad del proceso de la obra en marcha ha provocado que las reformas lingüísticas de 2014 no hayan afectado, por decisión del autor, a una creación pensada y en buena parte escrita muchos años antes.

*

Y la vida estaba tan fragmentada como la ciudad.

CÉSAR AIRA, *Yo era una chica moderna*

Fragmento. El segundo y espinoso asunto que Vauthier había apuntado como fundamental para entender *Circular* es el uso del fragmento, un uso que, a juicio de Alice Pantel,[27] permite a Mora practicar la «transgenericidad» textual. A pesar de que algunos autores, como Charles Jencks hayan configurado el fragmentarismo como una de las técnicas básicas de la posmodernidad,[28] nos parece claro que la escritura de Mora no es posmodernista, por más que en algún momento concreto de esta obra —como no podía ser de otra forma, si efectivamente quiere ser recipiendaria de todas las direcciones creativas— sean detectables algunos de sus elementos. John Barth, clásico ejemplo de literatura posmoderna, describe su técnica como «esemplasia coaxial», palabro que en román paladino quiere hacer referencia a su capacidad de adjuntar millares de elementos;[29] pero *Circular* no se propone eso, sino que se limita a

presentar los fragmentos, que luego unirá el lector, si así lo quiere. La concepción del mundo como conjunto de partículas no es un descubrimiento posmoderno, sino una evidencia científica de la que el posmodernismo ha querido apropiarse. Por ejemplo, citemos a uno de los fundadores la física cuántica, Max Planck: «La energía de la radiación electromagnética debe estar compuesta de un número definido de partes iguales» (*Sobre la teoría de la ley de distribución de energía en el espectro normal*, 1900). O veamos —con el Octavio Paz de *Corriente alterna*—, esta obviedad: «Desde 1905 el universo ha cambiado de figura y la línea recta ha perdido sus privilegios. […] Parece innecesario, por otra parte, referirse a la concepción moderna de la estructura del átomo, en especial a las partículas elementales. […] Un cambio semejante se observa en otras ciencias: la biología de la microevolución, la lingüística, la teoría de la información y la antropología estructural de Lévi-Strauss abandonan las explicaciones lineales y coinciden en su visión de la realidad como un sistema de relaciones sincrónicas. Célula, palabra, signo, grupo social: cada unidad es un conjunto de partículas, a la manera del átomo; cada partícula, más que una unidad aislada, es una relación». Y no sólo la cosmovisión no es posmoderna: tampoco lo es la técnica. El fragmento, como Mora ha estudiado en un artículo académico algo pedante, se remonta a Heráclito y es utilizado por autores tan lejanos como Novalis o Schlegel; no con otra actitud ni voluntad se utiliza en *Circular*, como ha señalado la profesora Roxana Ilasca en un texto sobre su «poética reticular». Por si necesario fuera añadir otra cita: «La fragmentación, la discontinuidad, el montaje, son características omnipresentes del arte experimental de los años veinte» (David Lodge, *El arte de la ficción*). Así es: la visión fragmentaria también está presente en las vanguardias, en las prosas de Benjamín Jarnés o en el perspectivismo de Ortega y Gasset.[30] Así pues, *Circular* no tiene estructura, pero sí sistema (v. Jenaro Talens, *El espacio y sus máscaras*, 1975); es uno de los «sistemas abiertos» que Deleuze y Guattari defendían en *Rizoma*.

Tampoco la hibridación de géneros es posmoderna; está en los comienzos de la novela, con el Quijote, y es tradicional en las culturas orientales: además del fabuloso *Wen fu* (s. III) de Lu Ji, el autor Su Dongpo (1036-1101), discípulo de Xiu, «hacía poesía con la prosa», y eliminó las restricciones entre los géneros. *Circular* se presenta más bien como un intento de superación de la posmodernidad, al más cervantino modo: la parodia. Otro elemento para esa superación: la defensa de la idea de centro. David Lyon, después de citar a Yeats («las cosas se disgregan, el centro no resiste»), añade que la simbólica falta de centro de Los Ángeles la convierte en metáfora de su época y primera ciudad posmoderna, como viera Fredric Jameson. La tesis de

la desaparición del sujeto se vincula también con la muerte del centro de sujeción psicológica (ver al respecto las tesis de Magris); Macrae-Gibson, estudiando uno de los edificios más significativamente posmodernos de California, la casa de Frank Gehry, dice: «El ojo sigue teniendo una importancia crítica en el mundo de Gehry, pero el sentido del centro ya no posee su tradicional valor simbólico» (*Secret Life of Buildings*, 1985). En consecuencia, hacer un libro donde se defiende, deslinda, acota, profundiza y glosa la idea de centro es un propósito superador de la superación. No sabemos todavía el nombre de lo que hay después de la posmodernidad, quizá lo que Mora denomina en otro lugar Pangea, pero está claro su intento de escribir desde ese territorio indefinido.

*

La edición que Mora, junto al profesor Miguel Ángel Lama, llevó a cabo en 2020 de la poesía de Olvido García Valdés, puede darnos alguna idea respecto a su teoría de los «derechos de los textos». Allí recoge una opinión que García Valdés ofrece a su entrevistadora, la inteligente poeta y crítica literaria Marta Agudo, en la que intenta explicar por qué no pudo reordenar su propia obra completa: «Los libros sencillamente se resistieron y negaron a la operación; como si con el tiempo hubieran adquirido una autonomía y una entidad que ya no me permite intervenir en ellos; son *así* y en ese ser así ya no son míos».[31] Es significativo, creo, que Mora haya recogido con tanto cuidado esta opinión, seguramente porque coincide en parte con su propia poética de la temporización o congelación cronológica de la semántica de los textos. No así de su forma, que retoca de una versión a otra, como puede verse en *Circular*, donde no hay una sola pieza que haya conservado la forma exacta de su primera aparición. Cuando una vez le pregunté por algunos fragmentos que han ido abandonando la *work in progress* con los años, me respondió: «Los juristas trabajamos siempre teóricamente con la colisión de derechos: los límites de la libertad de expresión frente al derecho al honor, por ejemplo, o el derecho a la libre información frente a los secretos de Estado, etcétera. En este caso, los derechos del texto a existir y permanecer incólumes colisionan con los derechos morales de autor». No entiendo muy bien a qué se refería.

*

La Galaxia Gutenberg está hecha de préstamos y collages: McLuhan aplica lo que yo llamo silencio a todas las áreas de conocimiento, es decir, las deja hablar. La muerte del libro no es el fin del lenguaje,

sino que éste continúa. Al igual que en mi caso, el silencio lo ha invadido todo, y todavía hay música

JOHN CAGE, *Silence*

Rastros. Quiero dar pistas acerca del origen de algunas piezas: «Avenida de los Ángeles» es en realidad un ensayo sobre la obra de Kafka. La idea del detonador en manos anónimas aparece también en la película *The Dark Night Rises* (donde luego no son tan anónimas), pero Mora la escribió años antes de que se estrenase la película. La cita de la tiña irrespetuosa es de *La región más transparente*, de Carlos Fuentes. El texto «La voladura del cerrojo» está escrito a partir de un artículo del ajedrecista Leontxo García, titulado «La voladura del cerrojo» (*El País*, 23/09/2005), que transcribía una partida entre el excampeón del mundo, Alexander Jálifman (negras) y E. Inarkíev (blancas); en aquella partida, el primero logró abrir la defensa numantina del segundo. La cita de Alex Saum-Pascual pertenece a su artículo «Fragmentation and the Digital City: An Analysis of Vicente Luis Mora's *Circular 07. Las afueras*», publicado en *Revista Estudios Hispánicos*, tomo 53, n.º 2, junio 2019, pp. 605-632. La cita de Moisés Mori es de *César Aira y la silla de Gaspard* (2020). La cita de Rem Koolhaas está tomada de su artículo «¿Qué fue del urbanismo?», en *Revista de Occidente*, nº 185, octubre 1996. La de Barbara Rose es de «Belleza y horror», *ABC Cultural* 07/07/2001. La historia sobre el cinéfilo fragmentario ha resultado ser una adaptación libre de la vida de Godard (ver *Itinerarios de un escritor*, de Pere Gimferrer), y después he visto algo similar en el relato «Proyección» de Ismael Grasa. El artículo de Vargas Llosa es «Novelista en New York», *El País*, 25/11/2001, p. 17. La «ley de la basura» de Stanislaw Lem fue transcrita por Jordi José y Manuel Moreno en una de sus amenas crónicas de ciencia ficción para el Ciberpaís de *El País*, 20/12/2001, p. 18. La cita de David Morales se tomó del programa *Metrópolis* (La Dos, 16/03/2000). La cita de Jean Nouvel que abre «Centro» está tomada de una entrevista en *El croquis*, «Jean Nouvel 1987-1994», nº 65-66, Madrid, p. 23. El anuncio del Honda Accord se tomó en 2007 de la hoy inaccesible web http://www.nuevo-accord.com. Las declaraciones de Richard Dawkins, del programa televisivo *Redes*, 13/12/1998. La cita de Argullol está sacada de una entrevista en *Quimera*, nº 183, pp. 54-55. La cita de Toyo Ito es de *Arquitectura de límites difusos*; Gustavo Gili, Barcelona, 2007, p. 13. Las líneas de la reseña citada en el fragmento «Editorial muy conocida. Informe del Comité de Lectura» son reales, pertenecen a una reseña sobre *Circular* titulada «Collage multigenérico», aparecida en la revista *Mercurio* en 2007. La cita de Iris M. Zavala se toma de «La injuria, la palabra poética, la realidad:

Lacan y vuelta a la metáfora», incluido en M. Escalera Cordero (coordinador): *La (re)conquista de la realidad: la novela, la poesía y el teatro del siglo presente*, Madrid, Tierradenadie Ediciones, 2007, p. 70. Los textos citados en el fragmento sobre ARCO y la basura son: Xavier Bru de Sala, «Arte sumiso», *Cultura|s* de *La Vanguardia*, nº 243, 14/02/2007. Francisco Calvo Serraller, «Rancio», *Babelia* nº 795, 17/02/2007; Artículo de Camilo José Cela «La lección de la basura», publicado en diario *Córdoba*, 14/03/1994; Julián Jiménez Heffernan, «Epílogo» a César Antonio Molina, *El rumor del tiempo*, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona, 2006, p. 307. Slavoj Žížek, *El frágil absoluto*, Pre-Textos, 2002, p. 39. Rusell Hoban, *El león de Boaz-Jachin y Jachin-Boaz*, Edhasa, Barcelona, 1989, p. 195. Zygmunt Bauman, «Caer de la sartén al fuego o las artes entre la administración y el mercado», en Andrés Alonso Martos, Vicente Raga Rosaleny y Juan D. Mateu Alonso (eds.), *Surcar la cultura*; Pre-Textos, Valencia, 2006, p. 34.

Mora me ruega que incluya esta aclaración: «Cuando en 2017 tuve la idea de escribir una versión especularmente inversa al *Me acuerdo* de Brainard y Perec (la pieza ambientada en Turín), hice una búsqueda para ver si alguien había escrito algo parecido. Apareció un libro titulado *No me acuerdo* (2016), de Yago Ferreiro y Gabriel Quindós, pero al leer que su obra versaba sobre sus propias desmemorias, me animé a hacer mi personal y breve versión, con fines ficcionales y no autobiográficos. Me parece de recibo hacer constar que a ellos se les ocurrió primero». El autor cordobés no cita mi libro de relatos Ślady między wierszami (*Sombras entre líneas*, 2010), que contiene una pieza con ese mismo procedimiento, y que le envié traducido por mí misma al español, para que lo leyese. Pero claro, está siempre *tan ocupado* que no lo leyó. O eso dice.

*

Espero que estas notas hayan contribuido a esclarecer a los lectores esta *morágine* desatada, extraña y singular. Una obra que ha cambiado a su autor, al obligarlo a vivir en continua alerta perceptiva durante casi toda su vida adulta. Con estas palabras doy por terminada mi investigación doctoral, culminada en esta edición científica, con la dolorosa sensación de ignorar si he dedicado tantos años de mi vida a un libro de valor, o a una excreción estética y sentimental, hija de los excesos de nuestro tiempo.

Łódzki, Polonia, 7 de marzo de 2022

CALLEJERO

Y aun cuando ése hubiera sido el centro del mundo, justamente allí era imposible permanecer

HERMANN BROCH, *La muerte de Virgilio*

NOTAS

1 [Nota de la Editora.] Los textos titulados solamente con el nombre de calles, instituciones o plazas, sin especificar la ciudad que pertenecen, son lugares de Madrid. Entiendo que el autor opta por esta fórmula porque Madrid sigue siendo el espacio predominante. De constituir el espacio casi exclusivo de *Circular* en las dos ediciones anteriores, Madrid ha pasado a ser ahora el centro de irradiación de la logomaquia.

2 [N. de la E.] Es interesante observar los cambios producidos en los epígrafes y citas de la obra en marcha. «Casa de Campo» estaba ya presente en la versión de 2003, pero la cita de Ernaux se ha incluido en 2022.

3 [N. de la E.] Este relato es uno de los más representativos de *Circular*, incluso llegó a convertirse en cortometraje por alumnos de la Facultad de Ciencias Sociais de Pontevedra (Vaiche Boa Films, 2009, dir. Sara Allú). Presenta una característica que considero importante para que el lector entienda el mecanismo de *Circular*: las referencias temporales se mantienen, de forma que la realidad del relato es la del tiempo de su escritura —principios del siglo XXI, en este caso—, y aunque Mora efectúa algunos ligeros cambios estilísticos, tanto en ésta como en otras piezas, las teselas de la obra en marcha *no se actualizan* en las sucesivas entregas, sino que mantienen su cronología ambiental. Preguntado el autor al respecto, me respondió por correo que no se trata de una fidelidad sociológica, sino textual, «una forma de respeto al texto; no sólo porque lo escribió *otra persona*, sino que se hizo en determinadas circunstancias de imaginario cultural y de entorno social que, de ser alteradas, desvirtuarían la *forma* de la tesela».

4 [N. de la E.] «Hábitat» es el título de un relato de Mora incluido en *Subterráneos* (2006), cuyos personajes rescata para esta pieza. A lo largo de *Circular* es frecuente que el autor expanda transficcionalmente los mundos narrativos —e incluso poéticos— de otros libros suyos.

5 [N. de la E.] Otra aseveración fechada, pues tal era la cantidad de piezas de *Circular* en 2001. En esta edición superan las cuatrocientas

cincuenta, aunque la paginación es muy superior por la extensión de las teselas incorporadas en los últimos años. Tanto esta carta como las denegatorias enviadas por editoriales son reales y he podido consultarlas en el archivo del autor.

6 [N. de la E.] La estética colmada de citas de este libro, aunque el autor no me lo ha confirmado, puede tener finalidad celebratoria. Sospecho que el propósito de Mora es convertir el texto en una especie de fiesta literaria interminable, llena de invitados a quienes se quiere y admira.

7 [N. de la E.] Aquí el autor había añadido en los últimos años esta frase, legible bajo la tachadura: «La autoficción como modo de sacar a la luz las miserias y porquerías propias y ajenas, con el fin de hacerse un nombre». Seguramente la suprimió para respetar su ley de conservación de los textos.

8 [N. del A.] «Hoy el sistema del arte se ha convertido en una forma de inversión económica. Me preocupa la desaparición de un espacio de producción, recepción y diálogo crítico que hasta hace poco el arte podía ofrecer. El arte se amalgama en una estructura de dominación, llámese industria cultural, cultura del espectáculo u homogeneización»; Benjamin H. D. Buchloh, entrevistado en *La Vanguardia*, 22/03/2006.

9 [N. de la E.] Cuando el autor escribía este texto, datable aproximadamente en la primavera de 1998, no había publicado aún ningún libro.

10 [N. del A.] Veintitantos años después, temo que no puede decirse ya lo mismo. La vida también se ha marchado a las afueras.

11 [N. de la E.] El augurio del autor resultó acertado: el 18/03/1998 el Madrid ganó 3-0.

12 [N. de la E.] La cita es de José Joaquín Parra Bañón, en una reseña de *Circular* aparecida en *Revista de Historia y Teoría de la Arquitectura*, Sevilla, 2005.

13 [N. de la E.] Artículo publicado en diario *Córdoba*, marzo 2007.

14 [N. de la E.] En una versión anterior, esta pieza se presentaba como basada en hechos reales.

15 [N. de la E.] Esta tesela ejemplifica el posible equívoco al que puede llevar confundir los diversos escritores que aparecen en este libro con el autor. Mora se ha declarado expresamente varias veces en contra de preceptivas literarias como la mostrada en este extracto.

16 «No os preocupéis por las notas al pie de página»; David Foster Wallace, *Profesor: David Foster Wallace*.

17 [N. de la E.] Sobre ese verso escribirá Mora uno de sus «Neuropoemas» en *Serie* (2015).

18 [N. del A.] Para Carl Gustav Jung, «los sueños, como manifestaciones del inconsciente, giran alrededor del centro y se

aproximan a éste con amplificaciones cada vez más claras y extensas» (*Psicología y alquimia*).

19 [N. de la E.] Es un fragmento del libro de relatos del escritor griego Michel Fais, *Historias enterradas (vivas)*.

20 [N. de la E.] Según las notas que he podido encontrar, pues el autor me ha impedido «por razones personales» el acceso al cuaderno original donde fue escrito, *Derb* fue redactado entre el 15 de septiembre y el 15 de octubre de 2010. Por testimonios de sus amigos, me consta que en la primera redacción había elementos de la vida privada de Mora que éste decidió dejar fuera de la versión final, lo que parece contradecir su voluntad de no «retocar».

[N. del A.] Eliminar no es retocar, querida, es sólo reducir la extensión del borrador de trabajo.

[N. de la E.] Eso lo dirás tú.

[N. del A.] Pues claro que lo digo yo, para eso soy el autor. Te ruego que borres estas notas al pie de la versión final.

[N. de la E.] Lo haré, te lo prometo.

21 [N. de la E.] De hecho, nos ha sido imposible encontrarlo, para incorporar la referencia.

22 [N. de la E.] El autor se equivoca; Twitter permite recuperar todos los tuits publicados, si bien en el caso de Mora quizá sea mejor que toda esa excretextura [*DLE Ø* también yo] desaparezca sin más.

23 [N. de la E.] Me pregunto qué idea tiene el autor de la vida académica, quizá debería probarla antes de preferirla a otras rutinas laborales.

24 [N. de la E.] Mora desconoce que Goytisolo ya había publicado esa anécdota, por ejemplo en su conocido artículo «Vamos a menos», publicado en *El País* el 10 de enero de 2001.

25 [N. de la E.] La Academia lo ha sancionado en una de sus ediciones posteriores.

26 [N. de la E.] Parece mentira que el autor no se conozca a sí mismo, o que se permita estos brindis al sol.

27 Alice Pantel, «Cuando el escritor se convierte en un hacker: impacto de las nuevas tecnologías en la novela española actual (Vicente Luis Mora y Agustín Fernández Mallo)», *Letral. Revista Electrónica de Estudios Transatlánticos de Literatura*, n.º 11, diciembre 2013, p. 58.

28 También lo entiende así Santos Sanz Villanueva (v. diario *El Mundo*, 14/03/2001, p. 6).

29 Y que probablemente deriva del «poder esemplástico» que Samuel Taylor Coleridge entendía como propio de la imaginación creadora.

30 Cf. José Ortega y Gasset, *La deshumanización del arte*. Madrid, Alianza, 1993, p. 21.

[31] Olvido García Valdés, en Marta Agudo, «La cualidad quebradiza del poema». Entrevista a Olvido García Valdés. *Letra Internacional*, n.º 102, primavera 2009, p. 80.